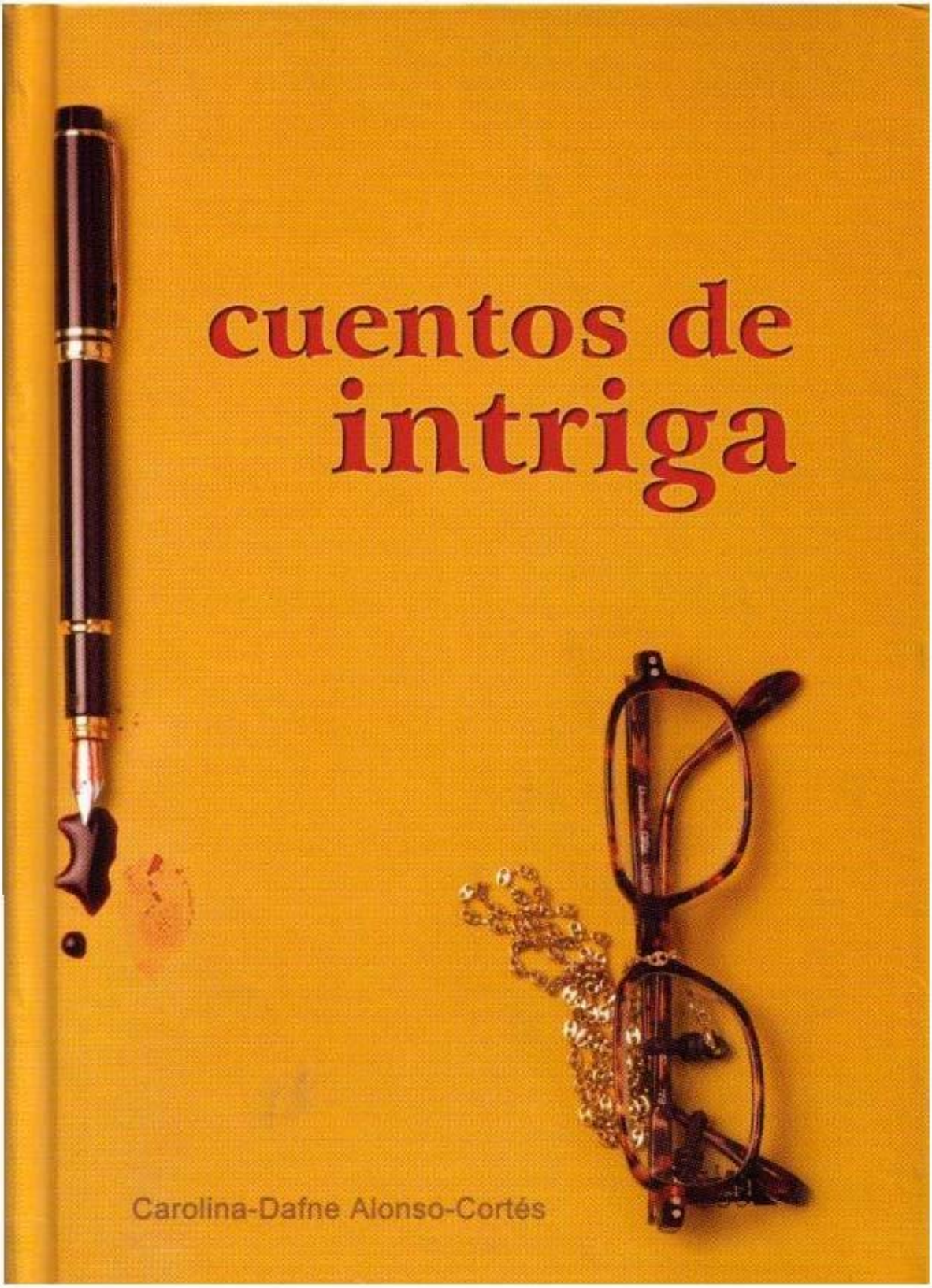
cuentos de intriga



Carolina-Dafne Alonso-Cortés

CUENTOS DE INTRIGA

CUENTOS DE INTRIGA

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

Edición literaria y Prólogo: Paloma Lázaro

KnoSSos

KnoSSos, Colección de misterio

© 2005, Carolina-Dafne Alonso-Cortés
Avda. Ciudad de Barcelona 110, Bº A
28007 Madrid
www.knossos.es
alonsocac@wanadoo.es
ISBN 84-922246-2-2
Depósito Legal: M. 19394-2005
Printed in Spain.

Diseño de cubierta: Paloma Lázaro

"...Y levantando los techos de los edificios, por arte diabólica, te he de enseñar todo lo más notable que a estas horas pasa. Mucho nos podremos entretener por acá, y más si pones los ojos en aquellos dos ladrones que han entrado por un balcón en casa de aquel extranjero rico, con una llave maestra, a la luz de una linterna que llevan..."

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA, "El diablo cojuelo"
Madrid, Imprenta Real, 1641

Índice

Prólogo 13

Invierno 15

La carta 17

La chapuza 19

Poleo de menta 22

Buenas noches, amor 25

El automóvil 28

El sacristán 32

Evasión 34

Un crimen horrendo 37

Muerte en el mar 39

La viuda 51

El truco 55

¿Quiere usted ligar? 57

El seguro 60

Gemelas 62

Un amigo 66

Los mosquitos 69

La pensión 81

El timbre 84

El número cien 87

Crimen y castigo 90

La clínica 93

Hará dos años para navidad 95

Un monigote con una larga nariz 98

La modelo 113

Un funcionario ejemplar 116

La sortija 119

Amor 122
Alevosía 125
La viajera 129
Puerto deportivo 132
Asesinato 145
Una dama 148
El espía 154
El claro del bosque 159
Accidente 163
Chantaje 166
Arena mortal 170
El diplomático 183
Un recuerdo inolvidable 189
Rififfí 195
Desaparecido 200
Las naranjas 204
Una verdadera señora 223
La vedette 227
El testamento 233
Un mechón de cabellos rubios 236
El cumpleaños 243
El casino 249
El encuentro 257
El robo de los diamantes 266
El funcionario 270
El refugio 274
El último condenado a muerte 280
El incendio de la fábrica 285
La corrida 290
Amigos 309
El pájaro azul 317

El escorpión 329

La carrera 343

La invitada 353

La rosa 371

El robo de las joyas 383

El anticuario 402

De muerte natural 417

La farmacéutica 424

El museo 439

El quiosco chino 458

Una gargantilla de diamantes 463

La azafata de turismo 463

Feliz navidad 463

El jugador de tenis 463

PRÓLOGO

Qué extraña afición es la que nos lleva a los humanos a sufrir como entretenimiento. Nos fascinan los sobresaltos, y los perseguimos, a fin de elevar el espíritu más allá de nuestras propias carencias. De ahí los espeluznantes ingenios mecánicos que llenan nuestros parques de atracciones; en algunos sólo falta que, al final del trayecto, el empleado de turno se nos marque con un descabello, poniendo fin a nuestro suplicio con pericia torera.

O esas películas que nos invitan a deleitarnos con hígados sangrantes, brazos cortados y ojos fuera de las órbitas... saludable ejercicio para mentes y estómagos blindados.

Algunos disfrutamos con emociones más sutiles, como las que inspira la lectura de relatos de intriga. Son auténticas píldoras de inquietud que nos incitan a una cierta impaciencia por conocer las eternas respuestas: ¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué?

Nos apasiona morder el anzuelo, dejarnos arrastrar por la curiosidad, hacia un desenlace que responderá a nuestras preguntas. Jugar a detectives mientras observamos los hechos, bien acomodados en nuestros asientos, con la certeza de que al final tendremos la solución, nos guste o no. Pero la tendremos, eso es seguro.

Qué extravagante es el ser humano.

El relato de intriga nos hace un doble favor, pues nos conduce a olvidar la realidad presente, con la ventaja de no prolongar nuestro sufrimiento más allá de unas breves páginas.

El cuento de intriga es refrescante. Como lo es el crimen presentado amablemente, si eso es posible...

¿Lo es?

INVIERNO

Hacía mucho frío fuera. Yo lo sabía, por eso no quería salir. No es que allí dentro hiciera calor, he de confesarlo. Pero no era lo mismo. Había estufas en los pasillos y, aunque produjeran mucho humo y lloraran los ojos, al menos los muros eran espesos y protegían de la intemperie y de la humedad del río.

Bajo el puente era mucho peor. Había una neblina que empapaba hasta los huesos, haciendo que el reuma te atenazara por las noches como unos grandes alicates.

Yo estaba allí por poco tiempo. Tenía un compañero de celda muy dicharachero, y por él supe que el río estaba helado.

—Mal invierno —dijo, moviendo la cabeza. —Algunos no verán la primavera este año.

Yo quería ver la primavera. En otro tiempo no hubiera temido al frío, pero ahora ya estaba viejo y tullido. No tenía fuerzas para enfrentarme con el exterior.

—Antes era distinto —le dije. —La gente te echaba una mano. Ahora pasan de largo deprisa, como si estuvieras apestado.

Al día siguiente, yo tendría que abandonar la prisión. Por más que le rogué al director que me dejara hasta el fin de semana, él no quiso oírme. Estaba empeñado en que saliera. Dijo que era la ley, y el reglamento, y algunas cosas más que no entendí.

El guardián entraba varias veces al día en mi celda. Siempre me pareció el más humano de los empleados, y hasta decían que ayudaba a algunos reclusos con dinero de su bolsillo. Eso ya no lo sé con seguridad.

—Es una buena persona —decían todos los compañeros.

Vivía cerca, y de mañana su esposa y un niño pequeño lo acompañaban hasta la cárcel. Luego, ella le llevaba a mediodía una fiambrera con comida, y los oíamos hablar. Al niño lo vi muchas veces; era un chiquillo muy gracioso, tenía los ojos azules y unos rizos dorados. En verano, su madre lo llevaba a bañarse en el río. Fue allí donde yo lo conocí.

El padre y yo habíamos hecho amistad. Me preguntó por mi familia y mis cosas y, como no quise contestarle, él me estuvo contando cosas de su niñez. Aquella mañana, la última de mi estancia en la cárcel, sentí que abría la puerta de la celda con llave.

—Puedes marcharte —dijo.

—¿Y si no quiero?

—Si no quieres, también te vas a marchar. Son órdenes del director. No puedes estar más tiempo aquí, sólo por un atraco callejero.

—¿No podría aguardar al final del invierno? —pregunté. —Hace mucho frío ahí fuera, y no sé si podré resistirlo.

Él me miró con sus ojos azules.

—Lo siento —dijo. —Pero tienes que irte.

Me pareció inútil discutir. Era un funcionario honrado y no había forma de convencerlo, y menos de sobornarlo. Cuanto más, que yo no llevaba una sola moneda en el bolsillo.

—Toma tus cosas —dijo él.

La vi brillar en su mano. Era una navaja pequeña, casi un mondadientes. A un niño lo hubieran dejado jugar con ella.

—Toma —dijo. —No te la olvides, te puede servir.

La cogí de su mano. No pudo decir más, pero chilló. Un momento después, su ojo derecho se había convertido en una masa sanguinolenta.

—Lo siento, amigo mío —dije. —Sabes que te aprecio de veras, pero hace frío y no quiero salir.

Hoy me han dicho que está muerto. Y aunque lo juro, nadie quiere creerme: yo no quise hacerle tanto daño. No quise atentar contra su vida. Pero las cosas, algunas veces, se ponen así.

LA CARTA

Cuando la mujer recibió la carta había terminado de preparar unos huevos revueltos con guisantes y tacos de jamón. Era de edad madura, y hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una verdadera felicidad. Ya, casi, ni la deseaba. Oyó el sonido de las llaves en la cerradura, y a continuación la voz adusta de su esposo:

—Esta carta es para ti. Estaba en el buzón.

Él era un hombre de aire malhumorado. Antes de entregársela miró el remite, pero no lo tenía. Mientras se quitaba el abrigo le estuvo diciendo como siempre lo mal que se había encontrado durante el día, y que iba a pedir la baja, porque estaba demasiado débil para trabajar. Según dijo, sólo se mantenía en pie gracias a un trago de cuando en cuando.

—No hace falta que te disculpes —murmuró ella. —Te conozco bien.

Estaba harta de escuchar a diario su sarta de quejas, cuando acudía a la casa con un sospechoso olor en el aliento. Pero al fin y al cabo tenía que aguantarlo porque era su marido. Él se dejó caer en un viejo sillón.

—Te crees muy lista —dijo. —La mujer perfecta.

Fue cuando ella examinó la letra del sobre que tenía en la mano.

—Dios mío —se estremeció.

Su corazón comenzó a latir fuertemente. Hacía tantos años que no había visto aquella letra y, sin embargo, la reconoció al instante. Estaba tan alterada que él lo notó, y dijo con el ceño fruncido:

—Vaya, tenemos secretos. ¿De quién es, si puede saberse?

Ella dudó antes de contestar:

—No es nada de particular. Es una nota del tendero. Creo que le he dejado algo a deber.

Para disimular su nerviosismo fue hacia la cocina y volvió con una bandeja.

—Aquí tienes la cena —indicó. —Tómala antes de que se enfríe.

Volvió a la cocina y abrió con manos trémulas el sobre, mientras su cerebro confuso trataba de hallarle una explicación a aquella carta. Porque, después de tantos años, estaba reviviendo escenas que no recordaba siquiera.

—Es su letra, no hay duda —se dijo, mientras su vista se nublaba.

Era la letra de su antiguo novio, su verdadero y gran amor. Y haciendo acopio de todas sus fuerzas, sin siquiera sentarse empezó a leer:

“Querida mía, te extrañará mi carta. Después de mucho aguardar ha surgido algo inesperado, algo muy importante para nosotros dos. Mañana mismo tengo que embarcar para América, porque al parecer he recibido allí una importante herencia. Nunca he ambicionado el dinero, pero éste hará posible que no nos separemos más”.

A continuación la invitaba a marcharse con él, sin que le preocupara lo que dijeran los demás. Tan sólo le importaba ella, se había convencido de que sin ella no podía vivir. Pero si ella no acudía a su cita en el lugar y hora indicados, supondría que rechazaba su ofrecimiento.

—Esta comida está muy sosa —se oyó en el comedor. —Dame la sal.

—Ya voy, ya voy —contestó ella, escondiendo la carta.

Apenas recordaba ya cómo habían ocurrido las cosas. Sí recordó los malos ratos que pasó cuando aquel hombre desapareció de su vida sin ninguna explicación. Y ahora...

—¿Vas a traer la sal, sí o no? —repitió el marido con la boca llena.

—Ya voy, ya voy.

Después de dejar el salero se dirigió al baño y cerró la puerta por dentro; necesitaba estar sola unos momentos para meditar. Se aseguró de que estaba atrancado el pestillo y sacó nuevamente la carta que había arrugado en el bolsillo del delantal.

Ahora sabía que él no la había olvidado. ¿Qué extrañas circunstancias habrían marcado su vida? Y supo algo más: ella también lo amaba todavía. Procuraba imaginárselo en la actualidad, y de pronto sintió terror de abandonar a su marido para acudir a la cita de él. Dio la vuelta a la hoja, y halló una nota escrita a lápiz que decía:

“Si no me acompañas, pensaré que renuncias a mi amor y procuraré olvidarte”. Y había una fecha antigua: trece de mayo de mil novecientos setenta y dos.

En el comedor, el reloj de pared daba las once de la noche.

LA CHAPUZA

Estaba necesitado de un albañil, sobre todo desde que había sufrido el accidente en la granja. Antes, yo mismo me las apañaba bien para algunas pequeñas obras, pero un caballo me había coceado, y con el brazo en cabestrillo no podía terminar la obra que había emprendido en la cocina. Y nadie quería hacer una chapuza por allí.

—Con los veraneantes que hay, no hay quien encuentre un albañil para nada —me había dicho el tendero del pueblo. Yo estaba de acuerdo.

—Llevo casi un mes con el suelo de la cocina levantado —le dije, mientras trataba de rascarme dentro de la escayola. —Iba a terminarlo yo mismo, pero tengo el brazo fastidiado y he tenido que dejarlo como estaba. De no ser por eso, no necesito a nadie para poner unos baldosines.

—Lo siento, amigo —me dijo el tendero, dándome la vuelta del importe de las mercancías.

Por más que hice gestiones en el pueblo, pude comprobar que era imposible encontrar un solo albañil. Cogí la bicicleta que había dejado en la plaza, y volvía a mi casa cuando vi que había unos obreros trabajando en un bonito chalet.

—Es el alcalde, y tiene todos los privilegios —me dije, contrariado.

Fue tan grande el sentimiento de injusticia, que la sangre se me subió a la cabeza y pensé incluso en ponerle una denuncia por abuso de autoridad. Me detuve un momento al lado de la carretera, y miré con curiosidad a los dos trabajadores.

—Buenas tardes —dije, movido por una ligera esperanza. Ellos se volvieron.

—Muy buenas —contestó el más viejo, que llevaba puesto un mono de trabajo y tenía unos ojillos azules y muy vivos. Me aproximé un poco más. El más joven trabajaba con tanto interés como si estuviera llevando a cabo una obra de arte. Estaba recibiendo una reja del chalet.

—Digo... ¿podrían acercarse a mi casa cuando acaben? —pregunté, mostrando el brazo escayolado. —He empezado una chapuza, y la he tenido que dejar a medio hacer. Es cosa de poco.

El más viejo asintió, mirándome con un cierto afecto.

—No se preocupe, pasaremos. ¿Dónde dice que está su casa?

Se lo expliqué con detalle; era una ocasión única y no podía desperdiciarla. Luego me fui pedaleando por la carretera. No estaba muy seguro de que cumplieran su palabra.

—No creo que vengan —me dije, frenando ante la verja.

Una hora más tarde estaban en mi casa. Dejaron a la entrada una vieja furgoneta cargada de chismes.

—Pasen, es por aquí —les mostré. —Ahí tienen los baldosines.

Hicieron el trabajo a maravilla: nunca había visto unas losetas tan bien alineadas. Cuando fui a pagarles, el precio no me pareció exagerado. Casi, demasiado bajo para los tiempos que corrían. Le puse al más viejo un par de billetes en la mano.

—¿Necesita algo más? —me dijo él, y yo hice un gesto negativo.

—No, gracias. No pueden figurarse el favor que me han hecho.

—Pues a mandar —dijo el más joven, alzando la mano a modo de despedida.

Me quedé a la puerta, viéndolos marchar. Luego, estuve dándole una vuelta al gallinero. Amenazaba lluvia, y cuando volvía a la casa distinguí al arriero que pasaba en su carro.

—Buenas tardes —me dijo sin pararse. —Voy a ver lo que ha ocurrido en casa del alcalde.

—¿Ha sucedido algo malo?

Me contestó de lejos y yo no lo entendí. Estuve recogiendo algunas herramientas, y las guardé en el cobertizo. Me había sentado en un banco a descansar cuando distinguí de nuevo al arriero, que volvía, y me levanté a medias. El brazo me dolía enormemente, debía ser el tiempo.

—¿Qué es lo que ha pasado en casa del alcalde? —le grité. Él detuvo a la caballería. Un perrillo había saltado del carro, corriendo hacia la casa.

—Ha habido un robo —dijo desde lejos.

—¿Cómo dice?

El perrillo volvía, con un pájaro muerto en la boca. El arriero gesticuló.

—Le han robado dinero, y las alhajas de su mujer.

Me puse en pie de un salto y caminé por el sendero de gravilla.

—¿Que le han robado, dice? —El arriero asintió.

—Ha sido en el chalet, ahí cerca. Ellos habían ido a pasar el día en la ciudad, y la criada ha dado parte en el cuartelillo.

Una idea fugaz pasó por mi mente. No, no era posible.

—¿Dice que en el chalet? —le pregunté. —Yo no he oído nada.

Una nube de un gris plomizo había cubierto el sol. El cielo tenía reflejos rojizos hacia poniente. El arriero se dispuso a partir.

—Los ladrones se vistieron de albañiles —añadió. —Dicen que eran cuatro.

—¿De albañiles? —pregunté, incrédulo. Él asintió de nuevo.

—Simularon una obra, quitaron una reja y luego la pusieron en su sitio, como si nada. Hicieron un trabajo fino.

—Pero, ¿está seguro? —insistí. El hombre se impacientaba.

—Claro que estoy seguro —afirmó. —Huyeron en una furgoneta.

Me quedé con la boca abierta. Era lo más increíble que había oído en mi vida. Luego, solté la carcajada.

—Sí que es una gente estupenda —dije, ante el estupor de mi convecino. Luego miré al cielo. —Va a mojarse si no se da prisa —señalé.

—Tiene mucha razón —contestó el hombre, arreando el caballo.

Cuando volví a mi casa caían unos grandes goterones. Cinco minutos más tarde, estaba diluviando. Cerré las ventanas y miré el suelo recién puesto de la cocina.

—Un trabajo muy fino —pronuncié en voz alta, mientras en mi garganta cosquilleaba la risa.

POLEO DE MENTA

Cruzaban siempre las calles por los semáforos, se acostaban a las diez y media, y los domingos iban invariablemente a la misa de once de la parroquia.

Él llevaba sus camisas impecables, los zapatos brillantes y los trajes sin sombra de mancha ninguna; para lo cual, se cuidaba muy mucho de rozarse con los automóviles al pasar por una estrechura, o de estar en casa con los pantalones de salir.

Tomaban la comida sin sal. Era el primer plato de verdura y luego, sin cambio posible, a mediodía un filete a la plancha y una fruta; por la noche, un caldo desgrasado y pescado hervido. Como postre una taza de manzanilla o de boldo, o cualquier otra hierba de las que su esposa guardaba en un antiguo frasco de botica.

—¿Qué vas a tomar hoy? —Decía ella, con un tono de complicidad.

—Sorpréndeme —le contestaba él, conteniendo un suspiro.

—Yo tomaré poleo de menta —decidía la esposa, rebuscando los papelillos en el interior del frasco, de la más auténtica cerámica antigua. —Es el único capricho que tengo.

—Como quieras, mujer. —Ella lo miraba con cariño.

—De esta forma viviremos mas tiempo —decía, y de tal manera llevaba a la práctica su dieta que no cedía un ápice, ni aún en las más señaladas fiestas de familia.

Desde que se jubiló, él había tenido que abandonar en absoluto el vicio del tabaco; los domingos, después de misa y del paseo, él tomaba un agua tónica en la cafetería de la esquina, y ella su infusión de poleo. Ninguna gamba, ningún calamar, ningún pincho de riñón al Jerez; eran excesos que, tarde o temprano, la naturaleza tendría que cobrarse.

—No quiero que te mueras antes que yo —decía la esposa, mientras regaba con cuidado las plantas de interior, para que no rebosara una gota. —No podría resistirlo.

Los suelos de la casa estaban brillantes: había siempre dos pares de bayetas a la entrada, que se habían convertido para el matrimonio en un segundo calzado casero. Nadie hubiera podido detectar una mota de polvo: la aspiradora era la reina del hogar. Nunca jamás las plantas de interior habían sufrido el ataque de insectos ni parásitos.

—No sé qué harían sin mí —decía la esposa, compungida, mientras se removía en el sillón de orejas. —Eres un poquito desastrado, y te olvidarías de regarlas y fumigarlas una vez cada quince días.

Él añoraba cada vez más su niñez, cuando corría por las calles del pueblo con los zapatos desatados, a pique de haber pisado los cordones y haberse roto los dientes contra el bordillo de la acera. Recordaba con un regustillo de pecado la confitería, donde hundía la nariz en un soberbio merengue de fresa, que acababa siempre decorando su jersey. Echaba de menos aquellos juegos en la nieve y el barro, cuando el ruedo de sus pantalones quedaba al secarse endurecido y negruzco.

—Costumbres bárbaras de chicos —decía la mujer compadeciéndolo, mientras le servía una taza de tila humeante.

—¿Otro mejunje? —preguntaba él, olisqueando juntos el olor de la tila y del poleo, que paladeaba su compañera.

—Te vendrá bien para los nervios —decía ella, mirándolo por encima de la taza. —Últimamente los tienes un poco desquiciados.

Hoy estaba contento. Por primera vez en muchos años, podría ver la televisión hasta su cierre. Por vez primera, al fin, abriría la botella que con motivo de su jubilación le regalaran sus compañeros.

A los postres se haría un café, de aquel paquete que le trajo de Portugal un amigo, y bebería una copa del coñac francés que tenía escondido hacía años.

—Lo haré a su salud —se dijo, sonriendo.

Por vez primera no estaría obligado a apagar la luz nada más acostarse, y podría dejarla encendida hasta por la mañana. También escucharía libremente el transistor, sin necesidad de aquel molesto aparatito que se introducía en la oreja.

Encendió un cigarro, y lo paladeó golosamente; mientras observaba la fina columna de humo azul, instalado en el sillón de orejas que últimamente ella se había adjudicado, fue haciendo un regocijado recuento de las últimas horas.

—No tengo ganas de cenar —había dicho ella. —Creo que voy a marcharme a la cama. He debido tomar demasiada verdura a mediodía. Y no te acuestes tarde, que luego me despiertas, y me desvelo para toda la noche.

Él asintió, paciente.

—¿No vas a tomar nada? —preguntó. Ella dijo que no con la cabeza.

—Tan sólo mi tacita de poleo. Quizá eso me siente el estómago. —Él la ayudó a cambiarse, amablemente.

—No te molestes —dijo. —Yo te la serviré.

—Que esté bien caliente —dijo ella. —Y bien cargada, ¿vale?

Por Dios, que iba la taza bien cargada de poleo. También llevaba azúcar, y una cucharadita de unos polvos verdosos que ella usaba contra los pulgones.

—Esto sabe raro —dijo la mujer, torciendo el gesto. Él la tranquilizó.

—Es tu estómago —dijo. —Estarás empachada.

Ahora, ella estaba descansando bien a gusto en su cama. Su cara tenía un tinte verdoso. El hombre suspiró, mirándola.

—Pobre —dijo, aspirando profundamente el humo. —No hubiera podido permitir dejarte sola, sin tener a quien martirizar. Hubiera sido demasiado duro para ti.

BUENAS NOCHES, AMOR

El hombre dormía plácidamente cuando la chica abandonó la habitación. Era una casa grande, de largos y complicados pasillos y, caminando en la penumbra, la muchacha tuvo dificultades para hallar la salida.

—Joé, cuántas puertas —masculló.

Un reloj dio las tres y ella pegó un respingo. Eran las doce de esa misma noche cuando había tropezado con él en la barra de un bar; parecía mentira que hubieran transcurrido ya tres horas. En realidad, ambos habían pasado un buen rato. Él estaba bebido, pero, aún así, se le notaba a la legua que era un verdadero señor.

Lo había estado observando desde el extremo opuesto de la barra; él tenía las sienes canosas, y llevaba un traje oscuro hecho a la medida.

—Un tío agradable —pensó, estirando sus bonitas piernas cruzadas. La falda corta dejó ver unos muslos preciosos.

—¿Tomas alguna cosa? —le preguntó el barman, empinándose para verlos mejor. Ella le dedicó una sonrisa.

—Todavía no —le dijo con un guiño.

El hombre canoso la miró un par de veces; había en su expresión un indudable interés, y al mismo tiempo notó en sus ojos un punto de tristeza. Ella estaba intrigada. A la tercera, la chica se instaló en una banqueta a su lado.

—Invítame a una copa —le dijo. Él asintió.

—¿Eres soltera? —preguntó, con un ligero ronroneo. Ella pareció sorprendida.

—Claro que soy soltera —dijo. —¿Y tú?

Él movió con pesadumbre la cabeza.

—Yo soy viudo —contestó.

Era increíble, pero habían charlado amigablemente en una mesa durante un par de horas. Mientras, el hombre seguía bebiendo, y al final ella pensó que tendría que ayudarlo a levantarse.

Debía ser un tipo de buena familia. Durante la conversación, le dijo que tenía una hija casada con un diplomático. Su madre era marquesa, o algo así.

—Vive conmigo —dijo él.— Ahora está de viaje, dando la vuelta al mundo con unas amigas.

Ella le palmeó el hombro, con una carcajada.

—Eres estupendo —le dijo. —No he conocido a nadie como tú.

—Tú sí que estás buena —dijo él, y al mismo tiempo dejó resbalar una mano más allá del cálido sobaco femenino.

Tomaron un taxi para ir a la casa de él. El hombre sacó una cartera abultada, y a duras penas pudo pagarle al taxista.

—Me da usted dinero de más —le dijo él, devolviéndole un par de billetes. La chica saltó del automóvil.

—Guárdatelos —le dijo. —Tiene muchos más.

Él denegó.

—No los quiero —dijo, y se los metió al hombre en el bolsillo.

Ante el portón de la casa, con grandes llamadores de bronce, ella se volvió un momento.

—¿Vives aquí? —preguntó, observando arriba los grandes miradores panzudos. Él se agarró a su brazo, y estuvo a punto de hacerla caer.

—Aquí vivo —asintió. —Por favor, ayúdame a buscar las llaves.

—Vamos, que subiré contigo —dijo ella. —¿Hay alguien en tu casa?

Él denegó.

—No hay abso...lutamente nadie —dijo, trastabillando.

Después de varios intentos, consiguieron localizar la llave. Tomaron un majestuoso ascensor lleno de dorados.

—Es aquí —dijo él.

Era un piso lujoso, de habitaciones amplias con los techos muy altos, llenas de muebles recargados. Había grandes arañas de cristal, y cuadros oscuros en las paredes. Sobre los muebles había jarrones antiguos y figuras de plata.

No hubo dificultad, porque él cayó en la cama como un leño. Trató de desnudarlo y

ponerle el pijama, pero luego pensó que era lo mismo, y se conformó con quitarle los zapatos.

—Vas a manchar la colcha, tan elegante —pronunció en voz alta.

Se quedó sentada a los pies de la cama, considerando su curiosa situación. Aquel tipo la había hecho perder una noche. Se miró en el espejo inclinado que había en el testero, y vio que se le había corrido el rímel de los ojos, y tenía chafarrinones en la cara.

—Mierda —susurró. —Vaya una visión.

Pensó si tendría tiempo todavía de volver a la barra, pero desechó la idea. Era ya demasiado tarde, y tenía sueño. Además, hubiera tenido que arreglarse.

Recogió las llaves de la alfombra, donde habían caído, y con la punta de los dedos las dejó sobre el cristal del tocador. Al lado estaba la cartera, y un relámpago brilló en su mirada.

—¿Por qué no? —se dijo. —Podía haberla perdido en la calle.

Estaba segura de que aquel hombre de buena familia no se atrevería a delatarla, por temor al escándalo.

—Buenas noches, amor —dijo, besándolo en la frente.

El hombre dormía plácidamente cuando la chica abandonó la habitación. Era una casa grande, con largos y complicados pasillos, y caminando en la penumbra la muchacha tuvo dificultades para hallar la salida.

—Joé, cuántas puertas —masculló.

EL AUTOMÓVIL

Un lujoso automóvil, o lo que quedaba de él, había aparecido abandonado en una carretera secundaria. Un grupo de muchachos “scouts” lo había descubierto, medio oculto entre los arbustos de la cuneta. Lo rodearon enseguida y observaron, curiosos, su tono plateado y la línea moderna y dinámica de la carrocería. Comentaron cada detalle con ruidoso asombro.

—Es una maravilla de coche deportivo —dijo un chico muy alto, que gastaba gafas. Su compañero más cercano asintió.

—Lástima que le falten las ruedas —dijo. —Podríamos quedarnos con él.

La portezuela estaba abierta, y el larguirucho estuvo husmeando en el interior. La tapicería era de cuero, y parecía nueva.

—Por dentro está muy bien —dijo, volviéndose. —No parece que lleve mucho tiempo aquí. Faltan la radio, y el cassette.

Era, en efecto, un automóvil poco corriente, seguramente importado, y parecía contar con todos los extras. Mientras los muchachos seguían descubriendo maravillas, otro vehículo llegó por la carretera y se detuvo con un frenazo. Era un coche de la policía.

—¿Qué hacéis ahí? —preguntó el conductor, que era corpulento y llevaba uniforme. —Vamos, retiraos de ahí.

—Yo lo vi primero —dijo un chico menudo. —Parece que lo han abandonado.

El policía grueso se bajó del coche celular, seguido por un compañero. Ambos se acercaron al vehículo.

—¿No habéis visto a nadie por aquí? —preguntó. El muchacho alto dio un paso adelante.

—No había nadie —dijo. —Hace sólo cinco minutos que llegamos.

Los dos hombres inspeccionaron el vehículo. Una llamada anónima los había alertado, y no tuvieron mucha dificultad para hallar el paradero del automóvil que estaba hundido en la cuneta, apoyado sobre la carrocería. Uno de los chicos intervino.

—¿Han visto qué trasto? Vaya chisme de lujo —dijo, admirativo.

El policía grueso abrió el capó, que cedió suavemente, y ante la mirada atónita de todos apareció el interior completamente vacío. Ahora fue el hombre quien silbó.

—Buena labor —dijo, pensativo. Su compañero asintió.

—Han tenido todo el tiempo del mundo para hacerlo —indicó. —Me pregunto quién será el dueño de este trasto, y cómo ha llegado hasta aquí. —El otro se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe —dijo. —Lo cierto es que aquí lo han desguazado, porque los neumáticos han dejado su señal en el barro. Fíjate.

Sobre la tierra húmeda podían percibirse claramente las huellas, algunas borradas por las pisadas de los chicos. El hombre grueso se volvió.

—Habrá que dar aviso para retirarlo de aquí. Es un peligro si alguien pasa de noche por esta curva. —El compañero resopló.

—¿Te das cuenta el dinero que debe costar un trasto así?

—Ya te digo —corroboró el más grueso. Luego, dirigiéndose a los chicos: —¿Estáis por aquí cerca? —preguntó. El muchacho alto asintió vivamente.

—Estamos acampados en un pinar, detrás de ese monte —señaló. —¿Podemos ayudar en algo? —El hombre entró en el automóvil policial.

—Es posible —dijo. —Ahora, podéis marcharos. Apenas queda nada por robar.

Cuando la grúa llegó ya anochecía, y los muchachos se habían retirado hacía tiempo. Izaron la carrocería, que fue a parar con otros muchos vehículos al lugar donde se aguardaría una posible reclamación. De no producirse ésta por su dueño, aquellos restos se subastarían.

Pero habían pasado semanas y el lujoso cascarón no fue reclamado por nadie. No tenía placas de matrícula, y el número de bastidor estaba borrado. Se hicieron averiguaciones, y transcurrido un tiempo prudencial se dio por liquidado el asunto.

—Seguramente, es de algún extranjero que habrá vuelto por otro medio a su país —comentó el jefe de servicio. —No es más que un cascarón, pero habrá que subastarlo.

—Hay que estar loco para cargar con eso —comentó su ayudante.

Se adjudicaron otros vehículos a sus nuevos dueños sin dificultad: unos serían desguazados y los mejores se repararían. El encargado se impacientaba, pero a última hora

alguien se interesó por el coche. Se trataba de una joven pareja. Él vestía vaqueros y una cazadora claveteada.

—¿No es guay? —le dijo ella. —Podía servirnos de hotel. —Él soltó la carcajada.

—Está bien —dijo. —Pero mis padres van a echarme de casa cuando llegue con eso.

—Es una ganga —dijo la chica alegremente. Con un poco de imaginación, haremos maravillas.

Al día siguiente, los restos del automóvil fueron retirados por los nuevos dueños, que habían alquilado una grúa al efecto. La carrocería quedó instalada en un garaje a las afueras de la ciudad.

—Estoy impaciente —dijo la muchacha. —Habrá que empezar cuanto antes.

Él cerró la puerta abatible del garaje. Se dirigió hacia el fondo, y con un llavín abrió un armario metálico. Dentro había una serie de piezas brillantes, completamente nuevas. Había cuatro ruedas con sus neumáticos, y una más de repuesto.

—Eso está hecho —dijo él.

Entre los dos, con la minuciosidad con que lo hubiera hecho un relojero, fueron situando cada pieza en su lugar. Luego las ajustaron, mostrando la habilidad de unos perfectos mecánicos. Cuando terminaron, ella se dejó caer en una silla y él se limpió el sudor con un pañuelo.

—Ya casi está listo —resopló. —Ahora, nos falta la matrícula.

Después de varias horas de trabajo, el automóvil había quedado como nuevo.

—Nos hemos ganado una buena merienda —rió la muchacha. —Tenemos los papeles en regla, y todo es legal. —Él la besó en los labios.

—Somos geniales —dijo.

Salieron a la autopista para probar el coche. Faltaban algunos ajustes, y con todo adelantaban fácilmente a cualquier vehículo que se pusiera a su alcance. Ella apoyó la cabeza en el hombro del compañero que conducía, y enlazó su pierna con la suya.

—Nos iremos de juerga esta noche —le dijo al oído.

La tarde era gloriosa. Todo resultaba perfecto, sobre todo aquella sensación de plenitud, la certeza de que habían burlado a las fuerzas del orden. Desde el día en que vieron el coche ante una lujosa urbanización, todo había sido cuidadosamente planeado hasta el último detalle: sin dificultad lo pusieron en marcha, y lo llevaron hasta aquella cuneta en una carretera apartada. Lo del desguace fue sencillo.

—Aguardaremos para dar el aviso —habla dicho él. —Hay que esperar a que pase el mes de vacaciones para que el fulano vuelva a su país. Entonces, no habrá ningún peligro.

Así lo hicieron. Mediado el mes de septiembre, la policía recibió una llamada. Era una voz femenina, y denunciaba la presencia de un coche accidentado, y el lugar.

Es un auto de color gris plata —informó. —Yo he estado a punto de chocar con él.

Antes de que el funcionario hubiera tomado sus datos, la mujer había colgado el teléfono. Se volvió hacia su compañero.

—Ahora no queda más que aguardar la subasta —rió.

Todo aquel enredo no era para ellos más que un juego apasionante. Y ahora, el automóvil volaba por la carretera sobre los altos acantilados.

—Conduce tú —le dijo él.

Fue cuestión de segundos. Cuando se apercibieron de la gran mole que se venía encima, no tuvieron tiempo de reaccionar. Era una curva pronunciada, y abajo los acantilados estaban bordeados por la blanca espuma de las olas. El conductor del camión vio con horror cómo aquel bólido de plata se salía de la carretera, yendo a caer en el mar con un sonido sordo, al que siguió un macabro burbujeo.

EL SACRISTÁN

Hacía un rato que el último feligrés había salido de la iglesia. Eran ya las diez de la noche, y la última misa vespertina se había terminado hacía media hora. Como siempre, casi todos los fieles que acudieron eran hombres jubilados y mujeres ancianas.

Era una iglesia antigua, y estaba situada en la parte vieja de la ciudad, en el centro de un barrio de mala nota. A esta hora, mujeres de faldas muy cortas y gesto cansado hacían guardia en las esquinas, o junto al quicio de algún portal donde un letrero anunciaba habitaciones.

Una lamparilla vacilante llenaba de sombras rojizas la nave lateral del templo. Junto a un altar de madera dorada, había un gran confesionario con torrecillas góticas, una reliquia de otro tiempo donde los fieles iban a descargar sus conciencias.

En el silencio sonó un crujido, y la cortinilla del confesionario se corrió con un sonido de anillas metálicas. Alguien salió de la caseta de madera, un hombre con un abrigo raído y una bufanda que le ocultaba el rostro. Sus pasos afelpados se dirigieron hacia el altar de San Antonio.

El cepillo de las limosnas estaba sujeto a la pared con grandes escarpias. Tenía una ranura, y para recuperar las abundantes limosnas que el santo recibía, el párroco utilizaba una pequeña llave. Él tenía una copia.

—Vamos a ver cómo te portas —murmuró en el silencio con voz ahogada.

Sonó un “clic” y luego el chirrido de la tapa, al que siguió el tintinear de algunas monedas que había entre numerosos billetes de banco.

—No está mal, no está mal —dijo la voz en un susurro.

Metió el dinero en una bolsa de gamuza y la guardó a duras penas en un bolsillo del abrigo. Los pasos cansinos alcanzaron la puerta de la iglesia, y se detuvieron un momento.

—Te enviaré unas flores —dijo el hombre, santiguándose. —Parece mentira cómo te tienen, todo lleno de polvo. Y hace meses que no lavan el mantel del altar.

Era el antiguo sacristán. Solía emborracharse con el vino de misa, y de tal forma aquella costumbre se había hecho incorregible, que terminaron por echarlo. Ni su vergonzosa expulsión había podido sofocar su devoción por San Antonio.

El pestillo se deslizó con un chirrido. Fuera, el personaje se palpó el bolsillo a la luz de un farol. Se sentía bien, porque sabía que pocos metros lo separaban de su taberna preferida.

La calle estaba solitaria, exceptuando unas mujeres que le dedicaron bromas soeces. Al doblar una esquina, una mano se posó en su espalda. El se sobresaltó.

—¿Quién anda ahí?

Hubo un corto forcejeo. El hombre no pudo decir nada más. Ni siquiera notó cómo la navaja le atravesaba la garganta. Lanzó un breve quejido y se desplomó sobre la acera.

—Beberé a tu salud —dijo un tipo corpulento con una risotada. Al mismo tiempo, hacía sonar las monedas dentro de la bolsa.

EVASIÓN

Procedió, en sus preparativos de fuga, sin prisas ni atolondramiento, y tan eficazmente como si estuviera llevando a cabo un trabajo rutinario de panadería.

La casualidad había puesto en sus manos la forma de evadirse de la cárcel. En un rincón cerca de la puerta estaban apilados los grandes cestos cubiertos de lona y los sacos de pan que unos reclusos, ayudantes del panadero jefe, habían llevado hasta allí.

—Ponedlos todos juntos —señaló el jefe con un fuerte vozarrón. —Van a venir a recogerlos temprano.

Era un hombre robusto y colorado, y llevaba siempre las ropas cubiertas de un polvillo de harina. Los ayudantes obedecieron en silencio y luego salieron, cerrando la puerta del almacén.

Pero un recluso no había salido. Aguardó cautelosamente a que se fueran los otros, cobijado entre unos cajones de madera. Cuando se aseguró de que estaba solo, fue hacia los cestos y alcanzó un saco vacío, que previamente se había encargado de ocultar.

—Tranquilo —se dijo, mientras su corazón golpeaba fuertemente en el pecho. —Sobre todo, calma.

Llenó el saco con gran parte de las barras del cesto, lo cerró luego cuidadosamente con el mismo bramente que los otros, y lo dejó a un lado, con los demás. Luego se introdujo en el cesto con los panes restantes, y se cubrió con una espesa lona.

—Esto va bien —murmuró. —Veremos qué sucede ahora.

Era de madrugada, y tenía tiempo de sobra antes de que descubrieran su ausencia. Se recostó como pudo, tratando de sosegar el galope tendido de su corazón, vigilando atentamente y a la escucha de cualquier ruido. Todo el resto de la noche permaneció en guardia; iba a amanecer cuando se sintió tan cansado que aflojó los músculos, y se dejó llevar por el sueño. Lo despertó la voz del panadero.

—Cargad primero los cestos —dijo. —Dejad los sacos para el final.

Los ojos del recluso parpadearon un momento; intentaba hallar una rendija y echar un vistazo al exterior. A tientas estiró la mano, pero notó que la cesta crujía, y volvió a su posición inicial. Cogió un pellizco de pan y lo masticó con fruición.

—Al menos, no moriré de hambre —pensó.

De pronto se sintió vapuleado y quedó en posición horizontal. Más tarde lo pusieron de pie. Lo introdujeron en el camión, y colocaron otros cestos encima.

—¿Van todos? —escuchó, y no percibió la respuesta, porque la compuerta del camión bajó con estrépito.

Resistió en la misma postura, sin apenas moverse; reconoció que ya no era posible volverse atrás, y le pidió al cielo un milagro. Aún quedaba lo más difícil, el momento crítico en que lo descargaran. Con un poco de suerte, no le sería difícil poderse escabullir.

Oyó la voz del conductor, y luego el camión enfiló la salida. Notó que un nudo apretaba su garganta. El camino que comunicaba el almacén con el exterior estaba pavimentado de grandes losas de piedra desiguales, y percibía en sus riñones los botes del vehículo. Pasaron junto a la garita y escuchó al vigilante:

—Puedes pasar —dijo. —Buen servicio.

Tomaron por fin la carretera, que él sabía bordeada de árboles raquíticos. No intentó moverse, entre otras cosas porque no podía. Si hubiera pretendido hablar, la voz no le hubiera respondido.

—Ojalá no me descubran —deseó para sí.

El camión hizo varias paradas, y fueron descargando los sacos y los cestos superiores. Cuando la mayoría del pan estuvo despachado, el motor rugió de nuevo.

—Hasta la vista —dijo una voz de hombre, un tanto cascada.

El olor del pan era tan suave, tan gustoso, que el recluso no pudo sustraerse al deseo de terminar la pieza que había empezado. Notaba ya el frescor de la mañana en su cuerpo, entumecido por la quietud. Imaginó el lugar en donde sería descargado: quizás una granja estatal, pensó. Imaginaba incluso el lugar: un arco de entrada y a los lados un largo poyete de piedra; al otro lado de la tapia empezaría la libertad, donde habría árboles centenarios y frondosos, y extensiones de trigo.

—Me quedaré a vivir en el campo —se dijo. —Trabajaré de jornalero, y ellos no me podrán encontrar. Aguantaré unos meses, hasta que haya cedido la vigilancia.

La inmovilidad lo estaba machacando, y bajo sus ropas sintió un sudor frío. Habían efectuado la última parada; lo bajaron del camión, y sintió cómo lo izaban, seguramente entre dos personas. Luego, dejaron caer de golpe el cesto.

—Pesa como un diablo —dijo uno de los hombres. El otro soltó una risotada.

—¿Qué has estado haciendo esta noche? —bromeó. —No te veo en forma.

Cuando se esfumaron las voces, se dispuso a salir. Lo hizo con toda la cautela posible; saltó al suelo y parpadeó, desorientado. Había demasiada luz para sus ojos, acostumbrados a la oscuridad del camión; no tenía la menor idea de dónde lo habían descargado, y antes de moverse lanzó un vistazo a la pieza. Enseguida, su esperanza se desvaneció.

Conocía el lugar. Se quedó en pie, apoyado en el cesto como un obrero perezoso, y contemplando la gran cocina que se extendía ante él. Era la cocina de un penal, que por desgracia conocía; más allá estaba el comedor, al otro lado de la puerta, con sus mesas de mármol blanco, dispuestas ya para el desayuno de los presos. Encima había grandes tazones de loza, y los cestillos de mimbre vacíos y dispuestos.

—Dios —musitó.

Su rostro tenía una expresión de pasmo. Se había quedado sin aliento, paralizado como en una pesadilla. Luego, su frente se volvió de color remolacha, y una vena empezó a latir en su sien. Al menos, de momento, no había nadie en el lugar.

—Tengo que hacer algo —masculló. —No tardarán en llegar.

Como respondiendo a sus pensamientos, una gran mano se había apoyado en su hombro.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? No se permite a los reclusos entrar en la cocina.

Giró sobre sí mismo, incapaz de reaccionar. Notó que los dedos del recién llegado se habían clavado profundamente en su cuello. Le faltaba la respiración.

—S...suelte, por favor —dijo sin fuerzas. El otro lo miró, bajo unas cejas negras y erizadas.

—Hombre, yo te conozco —dijo alegremente. —¿Qué pintas aquí? Creí que te habían trasladado de centro.

Él trataba de liberarse de aquella zarpa peluda, pero el otro no lo soltaba. Cada vez apretaba más. Desde mucho tiempo antes, él no había ejercitado sus músculos y carecía de reflejos. Aquel gorila iba a estrangularlo, y no podía hacer nada. Trató de zafarse luchando desesperadamente, propinando patadas en las piernas del otro, cuyos puños lo golpearon con dureza. El ayudante de cocina acababa de entrar.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó, asombrado. —¿Quién es este tipo?

—Es un antiguo huésped —dijo el jefe, soltándolo. —Parece que le ha tomado cariño a este lugar. Avisa al director, y dile que ha venido escondido en un cesto de pan.

Los puños del recluso se abrieron y cerraron, impotentes; por su parte, el cocinero se frotó los nudillos con las palmas de sus manos.

—Vamos —dijo. —Te invitaré a desayunar.

Suspirando, se sentó frente al tazón vacío; no le vendría mal un poco de café para entrar en calor. Había caído una vez más en la trampa del destino, pero volvería a intentarlo. La suerte había pasado muy cerca; la próxima vez, no la dejaría escapar.

UN CRIMEN HORRENDO

Mientras observaba de reojo al fiscal, el abogado defensor suspiró satisfecho. Todavía le quedaba el sabor al marisco que había paladeado a mediodía en un buen restaurante, cerca de su despacho. Lo había regado con un vino excelente, y de cuando en cuando volvía a su paladar en un agradable regüeldo.

Su defendido era un hombre de apariencia vulgar, de unos treinta años, miope y con expresión casi bondadosa. Desde el principio no le había supuesto ninguna dificultad su caso, y hasta el tribunal lo observaba con una cierta conmiseración.

—Parece un pobre hombre —había comentado alguien en la sala, en voz alta.

El asunto había sido sonado. Una prostituta apareció asesinada en terribles condiciones, con el vientre desgarrado, los senos seccionados y cortaduras en el rostro. Entre el público asistente, nadie creía en la culpabilidad del acusado, que había negado con viveza su participación en los hechos. La defensa resultó fácil, ya que la vida del hombre casi rayaba en lo ejemplar. Tampoco el que visitara tales lugares era extraño, pues era soltero y vivía solo desde que su madre murió.

—Dios la tenga en su gloria —solía decir, cuando hablaba de ella.

No había ninguna prueba fehaciente de que él hubiera cometido aquel crimen: ninguna huella, ningún indicio. La víctima había sido elegida al azar, pues en el momento del crimen no usaba su puesto habitual, ya que estaba sustituyendo a una compañera enferma.

Las circunstancias parecían haberlo inculpado en un principio, ya que varios testigos coincidieron en la circunstancia de su visita. Pero el crimen se había cometido en un piso bajo, y hallaron abierto el balcón, con lo que cualquiera hubiera podido entrar desde la calle y saciar sus sádicos instintos en aquella infeliz.

El fiscal, en cambio, parecía resistirse al fracaso. Extremó el estudio de las posibles pruebas, indagó en la vida del acusado, en sus amistades y relaciones anteriores, todo sin resultado. Era un hombre de rostro cuadrado y cetrino, de ojos agudos y negros, y cejas pobladas que le daban un aire mefistofélico. Tenía fama de ser muy eficaz a la hora de acorralar a un posible sospechoso. Se había ganado la antipatía del público, que comparaba su gesto duro de acusador con el hombrecillo a todas luces indefenso, de rostro bondadoso. Al formular su última pregunta, el fiscal carraspeó:

—Dígame, ¿es cierto que manipuló las entrañas de la víctima después de destriparla? Así parece demostrarlo el reconocimiento del forense. —Él lo miró con ojos inocentes.

—No entiendo lo que quiere decir.

—Conteste —dijo él. —Le estoy preguntando si manipuló las entrañas de la víctima.

El hombrecillo sonreía. Como si no fuera con él, miró primero al abogado y luego al fiscal. El público aguardaba expectante la respuesta del acusado.

—Es mentira —dijo él, moviendo levemente la cabeza. —¿Cómo se me iba a ocurrir semejante cosa? Me hubiera manchado los guantes que me hizo mi madre.

La boca del juez se abrió un palmo. El fiscal sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó ruidosamente. El abogado se ajustó los lentes.

—He terminado, señores —dijo, con un hilo de voz.

MUERTE EN EL MAR

(PREMIO DE CUENTOS SANTOÑA - LA MAR)

Era de madrugada, un lunes día nueve de agosto. Comenzaba a salir una exigua luna creciente cuando unos pescadores hallaron en el mar el cuerpo de una mujer. Tenía unos cincuenta años y estaba en bañador. El cuerpo fue trasladado al centro anatómico-forense, y el mismo lunes por la mañana le fue practicada la autopsia.

—No llevaba muerta ni veinticuatro horas —dijo el forense por teléfono, hablando con el juez de guardia. —En el estómago llevaba una buena dosis de somnífero, y había agua salada en los pulmones. Seguiremos con el estudio del cadáver, y enviaremos el informe con el resultado final.

Se estuvo investigando en los hoteles y chalets de la costa. Finalmente, a última hora de la tarde la policía logró establecer la identidad de la muerta: era una mujer muy rica, esposa de un psiquiatra conocido. El matrimonio ocupaba desde primeros de agosto un bungalow perteneciente a un hotel de lujo, frente al mar. Habían llevado con ellos a un sobrino de la muerta de veinte años de edad, ya que el matrimonio no tenía hijos.

El director del hotel era un hombre distinguido y alto, con gafas de sol.

—Últimamente, había llegado una enfermera para atender a la señora —informó a la policía. —Al parecer ella sufría depresiones, y la muchacha le ponía las inyecciones y la acompañaba en ausencia de los familiares.

Se supo que habían visto al psiquiatra charlando y riendo con la enfermera en el bar del edificio principal del hotel. El sábado, al parecer, habían almorzado juntos, y solos.

—Se trataban con familiaridad —dijo el encargado del bar.

Preguntaron al marido por qué no había dado parte de la desaparición de su esposa. Tenía el pelo canoso y una nariz prominente, y su atuendo era impecable.

—La eché de menos el domingo a mediodía, pero no era raro que comiera en casa de alguna amiga, en la ciudad. Una de ellas había quedado en venir a buscarla algún día. Luego, por la noche, pensé que se le habría hecho tarde para volver. No era la primera vez que ocurría, y no pensé que hubiera motivo de preocupación. Por eso decidí aguardar hasta el lunes. Estuve tratando de localizarla, pero no contestaba nadie en casa de su amiga.

—¿Sufría crisis nerviosas? —Él meditó antes de contestar.

—Estaba pasando una mala época debido a su edad, pero nada importante. A veces se ausentaba sin motivo justificado, pero siempre volvía, más calmada.

La policía consideró sus declaraciones sin demasiado fundamento, y fue detenido mientras se esclarecían los hechos. Se selló el bungalow, y se indicó al sobrino y a la enfermera que permanecieran en el hotel hasta nueva orden.

—Pueden trasladarse al edificio principal —indicó el inspector. —Mañana a primera hora quiero interrogarles a los dos.

El martes amaneció brumoso. Antes de las nueve, el inspector se había personado en el lugar con dos ayudantes. Dejaron el vehículo en una zona de aparcamiento exterior, y antes de entrar el hombre observó el blanco edificio de ocho plantas, con sus grandes ventanales y terrazas corridas. Al otro extremo del jardín quedaba el grupo de bungalows.

—Antes, daremos una vuelta por aquí —dijo.

Seguido del policía más joven tomó un sendero bordeado de palmeras, hasta los pequeñas edificios de una sola planta que se agrupaban en forma de media luna. En el centro había una explanada con césped y piedras de adorno, y en medio una piscina de forma arriñonada, que estaba desierta a esta hora.

—Es en el número uno —indicó.

Levantaron el sello, y estaban dentro cuando llegó el director del hotel, acompañado del segundo policía. Después de un rápido saludo, el inspector le preguntó dónde se alojaba la enfermera.

—En el número seis —dijo él. —Es un bungalow de un solo dormitorio, con vistas a la piscina y al mar.

—Siéntese —dijo el policía, y él lo hizo en un confortable sillón tapizado en cuero blanco. Se trataba de un apartamento lujoso, aunque moderno y funcional, y el gran salón tenía dos ventanales que miraban al mar. Al otro lado de un corredor acristalado se hallaban los dos dormitorios con sus respectivos baños, y a un extremo había una bonita cocina que nadie había usado, con los complementos de un color amarillo brillante.

—Empezaremos por el dormitorio principal —indicó el inspector. Era un hombre de edad madura, con el cabello escaso y unos ojillos que guiñaban constantemente. Por contraste tenía las manos muy velludas, y en su dedo anular brillaba una ancha alianza de oro.

En el dormitorio había una cama de matrimonio lacada en blanco, a juego con el resto de los muebles. La cama estaba hecha, y reinaba un orden total en la pieza. Hallaron en una de las mesas de noche varios objetos de uso femenino, y ropa del matrimonio en el armario. En el cajón de la cómoda, entre otras cosas había un telegrama doblado, y al lado una linterna. El policía joven trató de encenderla.

—No tiene pilas —dijo. El inspector había desplegado el telegrama.

—Parece de la enfermera —observó. —Lo llevaremos con todo lo demás.

El baño principal aparecía limpio y ordenado. Sobre la repisa había un frasco de somníferos, pero estaba vacío. El policía joven lo tomó con cuidado y lo unió al resto de las pruebas.

—Veamos el dormitorio del sobrino —dijo el inspector.

Allí la cama estaba revuelta como de haberse echado encima de la colcha; había colillas de cigarro por todas partes, incluso en los ceniceros. También había cerillas usadas. Estuvieron recogiendo muestras y volvieron con el director. Una vez en el salón registraron detenidamente los muebles. La chimenea de mármol parecía no haber sido usada nunca, y sobre la repisa había dos candelabros iguales, de cerámica blanca.

—Han utilizado una vela —dijo el policía, y el director asintió.

—Hace poco, porque se reponen a menudo.

La vista desde allí era espléndida: el inspector descorrió del todo la cortina de yute y alzó el visillo para mirar por la ventana. En la piscina ya había un par de muchachas bañándose, y en el césped giraban los regadores automáticos. El mar, al fondo, era completamente azul.

—¿Podemos visitar el número seis? —preguntó el policía. El director se puso en pie.

—Desde luego —afirmó. —Tengo la llave aquí.

Era mucho más pequeño, y tenía una cocina americana incorporada al salón. Se entraba desde el jardín exterior, frente a la carretera, y el único dormitorio daba a la piscina y al césped. Las cortinas eran de cretona floreada y estaban descorridas. No parecía haber dormido nadie en la cama, y no había ropa en el armario. El policía joven lanzó una exclamación.

—Mire esto —indicó. Era una vela de cera y estaba caída cerca de la ventana entreabierta, medio oculta por un sillón. El inspector se aproximó, observó la vela sin tocarla y vio que había estado encendida. Luego inspeccionó los cristales: estaban limpios y brillaban al sol, pero en un punto había unas huellas blanquecinas.

—Esto es importante —señaló. —Hay que sacar muestra de estas huellas. Recojan el cabo de vela. Qué extraño —observó, entrecerrando los ojillos. —La vela ha caído dentro, y las huellas están en el exterior.

Mientras, el ayudante de más edad observaba un enchufe eléctrico a la cabecera de la cama. En él habían colocado un aparato contra insectos que ahora estaba desconectado.

—Mire qué raro —dijo. —No contiene una pastilla de cartón impregnado, como las que venden en las farmacias. Esto es un comprimido de alguna medicina, y huele a desinfectante. —El inspector se aproximó.

—Recójanlo todo —ordenó. —Ahora, si es posible voy a interrogar a la persona que se ocupa de limpiar los bungalows. Luego veremos a la enfermera y al sobrino.

Cerraron nuevamente la puerta. La limpiadora era una muchacha regordeta y los botones de su uniforme abrochaban con dificultad. Su tez estaba muy curtida por el sol, y tenía las manos enrojecidas.

—El viernes me avisó la gobernanta de que la señorita enfermera había dejado el bungalow número seis, y que estaba en el cinco —explicó. —Parece que le molestaban los mosquitos que vienen de la piscina y el césped. En realidad sólo lo había usado una noche y yo lo estuve limpiando, como siempre hago cuando sale un cliente.

—¿Limpió usted los cristales? —Ella asintió vivamente.

—Claro que lo hice.

Negó haber puesto ninguna pastilla en el aparato antimosquitos.

—No había nada allí —aseguró. —Yo tiro siempre las pastillas usadas, pero allí no había ninguna. Ya saben, sirven para una noche sólo, y luego no valen para nada.

—¿No vio en el suelo un cabo de vela? —Ella denegó.

—No vi nada de eso —insistió, accionando. —Y si no lo vi, es porque no había nada.

—Está bien, gracias —dijo el inspector. —La llamaremos si la necesitamos.

El director los instaló en un saloncito del hotel, junto al gran vestíbulo donde las plantas exóticas se reflejaban en un estanque con el fondo de espejos. Aguardaron al sobrino de la fallecida que no tardó en llegar. Era un muchacho con el cabello rubio y rizoso como el de un querubín. Lo llevaba bastante largo, y tenía los ojos claros y unas facciones correctas. Vestía descuidadamente, y al entrar levantó la mano saludando a los policías. En ella llevaba un cigarrillo encendido.

—Ustedes dirán —dijo, dejándose caer en un asiento. Simulaba estar tranquilo, pero su rostro estaba crispado. El policía lo observó, inquisitivo.

—¿Qué puede decirme acerca de lo ocurrido? —preguntó. Él dudó antes de contestar.

—Yo no sé nada —dijo. —Ella era hermana de mi madre y, desde que mi madre murió, se encargaba de mí. Figúrese cómo me siento.

—Lo comprendo —dijo el policía. —¿Cuándo la vio por última vez?

—La vi el domingo por la mañana, a primera hora —dijo él. —Luego, no volví a verla. —El inspector se acomodó en su asiento.

—¿Qué día llegaron ustedes aquí? —El muchacho expulsó una bocanada de humo.

—Llegamos el día primero de mes, que era domingo —dijo.

—¿Dónde los instalaron?

—Mis tíos y yo nos alojamos en el bungalow número uno, que tiene dos dormitorios.

—¿Cuál era el estado de salud de su tía? —Él se pasó una mano por la frente.

—Ella no estaba muy bien de los nervios —dijo. —Era demasiado sensible, y solía sufrir depresiones.

—¿Tomaba somníferos para dormir? —El muchacho asintió.

—Mi tío se los había recetado, y él mismo se los proporcionaba.

Fumaba nerviosamente, y de cuando en cuando daba un vistazo alrededor. El policía fijó en él sus ojillos agudos.

—¿Era celosa su tía? —preguntó, y él se mordió los labios.

—Pues... sí que lo era. Y, a veces, pienso que con motivo. —El policía asintió.

—¿Cuándo llegó la enfermera? —El muchacho trató de hacer memoria.

—Al día siguiente de llegar, mi tío dijo que iba a llamar a alguien para que la acompañara los ratos en que estaba sola. Él tenía que hacer algunas visitas en los alrededores y yo salía, como es natural. Además, una enfermera podía ponerle las inyecciones para su depresión.

—¿Era la enfermera amiga de su tío?

—Al parecer, la conocía del hospital. Dijo que era muy eficiente, y de aspecto agradable. Yo la encontré demasiado guapa, supe desde el primer momento que a mi tía no le agradaría. —El policía pareció interesado.

—¿De qué manera la avisó? —Él dio una nueva chupada al cigarrillo.

—Creo que la llamó por teléfono, pero ella no estaba. Le dejó recado, y el miércoles por la mañana llegó un telegrama suyo diciendo que venía. Por la tarde, mi tío fue con el coche a buscarla a la estación.

—Siga.

—Aquella noche, ella se alojó en el bungalow número seis. Al parecer no pudo dormir, porque es alérgica y le picaron los mosquitos. Ese bungalow tiene el dormitorio hacia la piscina, y hay muchos por ese lado.

—¿Qué ocurrió luego? —Él se quedó mirando el humo de su cigarrillo.

—El jueves, durante la comida en el hotel, la enfermera lo comentó. Estábamos los cuatro almorzando, y la verdad es que mi tía estuvo un poco seca. Le dijo que cerrara la ventana y que enchufara un aparato antimosquitos.

—¿Y ella lo hizo? —El muchacho negó con la cabeza.

—En realidad, aquella misma tarde mi tío se preocupó de que la cambiaran de bungalow. Supo por casualidad que había quedado libre el número cinco, que tiene el dormitorio hacia el jardín que da a la carretera. Creo que lo habló con la gobernanta, y además le dio una buena propina. —El policía arrugó el ceño.

—¿Supo el cambio su tía?

—Yo no lo creo —dijo él. —No solía consultarle sus decisiones. —El inspector parecía cada vez más interesado.

—¿Qué ocurrió luego?

—Esa misma tarde llegó una amiga mía de la ciudad. Pensaba alojarse en el edificio principal, pero al saber yo que se quedaba libre el número seis le aconsejé que lo ocupara. A ella no le molestan los mosquitos, duerme como un tronco —sonrió. El inspector enarcó las cejas.

—¿Supieron sus tíos que había llegado su amiga?— Él vaciló antes de contestar.

—No creí necesario decírselo. Ellos ni siquiera la conocían, y la estancia la pagaba ella.

—Está bien, siga.

—Aquella noche la estuve ayudando a instalarse, ya que pensaba pasar varios días aquí. Luego volví al bungalow de mis tíos, y al pasar por el corredor oí que estaban discutiendo. Mi tía parecía muy enfadada.

¿Por qué discutían? —El muchacho cerró los ojos.

—Era por lo de siempre. Al parecer, ella tenía celos de la enfermera. Me acosté, y el sábado lo pasamos fuera mi amiga y yo. Estuvimos en la playa, comimos en un chiringuito y por la tarde fuimos a bailar. Quise dar un paseo de noche, pero no había luna y, además, ella estaba demasiado cansada. Se acostó pronto y yo me volví al bungalow. Me quedé dormido enseguida. —El policía se inclinó.

—¿Qué ocurrió el domingo por la mañana? —El muchacho habló con voz inexpresiva.

—Yo me había levantado temprano. Oí que mi tío salía, y entré en el dormitorio a darle a ella los buenos días. Me echó en cara que me hubiera ausentado la víspera, y yo no le di muchas explicaciones.

—¿Notó en ella algo raro? —Él se sonrojó un poco.

—La noté muy alterada —dijo. —Me preguntó si había ocurrido algo grave en el hotel y le dije que no, que yo supiese. Luego, no volví a verla —añadió tristemente. —Fui al bungalow número seis a ver si mi amiga se había despertado, y la encontré vomitando y con un fuerte dolor de cabeza. Lo achacamos a una insolación, ya que había abusado la víspera del sol. Estuvimos un rato en el bar del hotel, y en vista de que no mejoraba decidió recoger sus cosas y volver a la ciudad. Yo me ofrecí a acompañarla, conduje su automóvil y me volví en el tren. Entonces mi tía ya no estaba, y no volví a verla.

El inspector se había puesto en pie y miró por la ventana.

—¿No le pareció raro? —El muchacho aspiró hondo.

—Sí que me lo pareció, pero en cambio mi tío estaba muy tranquilo. Dijo que no me preocupara, que estaría pasando la noche en casa de alguna amiga.

—¿Solía hacerlo? —Él hizo un gesto vago.

—Se reunía con otras a jugar a las cartas un par de veces a la semana. A veces iban al cine y cenaban juntas. —El inspector se volvió desde la ventana.

—¿Qué opina de su tío? —Él se encogió de hombros.

—Psé. Tiene fama de ser un buen psiquiatra, de lo que está muy orgulloso.

El inspector permaneció en silencio, mirando por la ventana a unos turistas que llegaban. Luego se volvió de improviso.

—Dígame, ¿hicieron el amor su amiga y usted la noche en que ella llegó? —El muchacho frunció el entrecejo.

—¿Usted qué cree? —preguntó en tono insolente. El policía se mordió los labios.

—Vaya una pregunta —reconoció.

***

La enfermera era una muchacha realmente atractiva. Era alta y bastante delgada, y tenía una bonita melena de un castaño claro, casi rubio. No aparentaba más de veinticinco años. El inspector la invitó a sentarse.

—No voy a entretenerla mucho —dijo. —¿Conoce usted bien al doctor? —Los bonitos ojos de la mujer parpadearon.

—Sí, claro. Por eso me llamó.

El inspector observó su bonita figura dentro del traje veraniego, las finas manos cruzadas sobre las rodillas. Habló con suavidad.

—¿Cuáles habían sido sus relaciones? —preguntó. Ella lo miró a los ojos.

—Estrictamente profesionales —dijo con firmeza. —Lo conocí en el hospital, y él me proporcionaba casas donde atender a sus pacientes. No puedo creer que sea un asesino —dijo, sacudiendo la cabeza. El hombre la miró apreciativamente.

—¿Simpatizó con la señora? —Ella frunció los labios en un gracioso gesto.

—Yo sabía que ella sufría depresiones, pero no creí que fuera tan desagradable. La verdad, no me cayó simpática, pero eso es corriente entre este tipo de personas. Y tampoco le doy mucha importancia a esas cosas —sonrió. El hombre afirmó con la cabeza.

—¿Quizá sentía celos de usted?

—Es posible. Algunas enfermas reaccionan así.

Él observó los labios rellenos de la chica y su boca atractiva, y se explicó muy bien los celos de la muerta.

—Tengo entendido que le puso un telegrama al doctor. ¿En qué términos lo hizo?

—¿Cómo en qué términos? —preguntó la muchacha, extrañada. —En términos

corrientes, claro está. —El hombre habló con seriedad.

—Le mandaba un abrazo como despedida. ¿Es eso corriente? —Ella pareció molesta.

—No es más que una fórmula —dijo. Él acercó una silla y se sentó frente a ella.

—¿En qué sentido se mostró desagradable la esposa del doctor? —Ella parpadeó un momento.

—Al día siguiente de llegar, comenté que no había podido dormir por los mosquitos. Ella incluso pareció alegrarse, y así hubiera seguido todo si el doctor no se ocupa de cambiarme de bungalow.

—¿Estuvo sola con el doctor en el hotel? —Ella hizo un gesto de impaciencia.

—Nos encontramos en el bar del hotel la noche del viernes, y estuvimos charlando. ¿ Tiene eso algo de particular? —El tono del policía se endureció.

—Según se mire —dijo. —¿Qué hizo usted luego? —Ella lo contempló con sus ojos grandes y húmedos.

—Volví al nuevo bungalow, al número cinco —pronunció muy despacio. —En éste, el dormitorio da a la carretera pero a mí los ruidos no me molestan, estoy acostumbrada. Esa noche dormí estupendamente. El sábado la señora no se encontraba bien y no quiso almorzar. Comimos el doctor y yo en el restaurante del hotel. —El policía frunció los labios.

—Está bien —dijo. —¿Qué ocurrió la mañana del domingo? —Ella cruzó sus bonitas piernas.

—Me disponía a visitar a la señora, y me encontré con el doctor a la puerta de su bungalow. Nos sentamos en el balancín y estuvimos charlando unos cinco minutos. Comentamos la cantidad de gente que había venido a pasar el domingo a la playa.

—¿Vio usted a la señora? —Ella habló rápidamente.

—Se asomó a la puerta del bungalow mientras estábamos hablando. Me extrañó su expresión, parecía muy asombrada. Fue cuestión de pocos segundos, y cuando yo entré ella estaba en el baño. Llamé a la puerta por si necesitaba algo, y me contestó que me fuera, que no quería nada. Luego, no volví a verla. El doctor me dijo que estaba en la ciudad con unas amigas, y que podía tomarme la tarde libre. Tan sólo me pidió que el lunes volviera temprano. Yo así lo hice, y regresé en el primer tren.

Se detuvo un momento, y luego continuó:

—No la vi en todo el día. Luego, por la tarde, me enteré de la horrible noticia. No puedo creer que él la haya matado. De veras, no puedo creerlo.

***

Transcurrió todo el martes sin que hubiera ninguna novedad. La enfermera y el sobrino de la difunta fueron citados para el jueves por la tarde en el mismo saloncito del hotel. Ella llegó primero: se había recogido la melena en un moño italiano y parecía mayor. El muchacho llegó a continuación, fumando como siempre, y con aspecto de no haber dormido en muchas horas. El policía los estaba aguardando acompañado del psiquiatra y, al verlo, la enfermera no trató de ocultar su alegría.

—Sabía que lo dejarían libre —le dijo con los ojos brillantes. —El médico se dirigió al muchacho.

—¿Tú no te alegras? —dijo, y él no contestó. El psiquiatra mostraba un gesto cansado, pero, aún así, resultaba un hombre todavía joven y lleno de vida. El policía indicó a todos que podían sentarse.

—Les debo una explicación —comenzó. —A veces, la policía se equivoca. —El muchacho estaba mohíno.

—¿A qué se debe el cambio? —dijo en tono agresivo. El inspector sonrió.

—Había varias cosas que no estaban muy claras. Afortunadamente, he dado con la solución. Ante todo, tengo que disculparme con usted —le dijo al doctor. —Siento haberle hecho sufrir tantas molestias, pero era necesario.

—Vamos, explíquese —dijo nerviosamente el muchacho, y él asintió.

—Para eso los he reunido aquí. En un principio tuve que actuar como lo hice. Las circunstancias acusaban al viudo, y había que analizar las pruebas y efectuar los interrogatorios.

Hubo un corto silencio, y los presentes se miraran entre sí. La enfermera estaba tensa, y el rostro del muchacho había adquirido un tono ceniciento. El médico se alisó el cabello, pero no dijo nada. El policía se aclaró la garganta con un ligero carraspeo.

—Empezaré por el principio, y presentaré los hechos desde mi punto de vista —dijo. —Tenemos a una mujer madura y rica, casada con un conocido psiquiatra. Ella sufría depresiones, y actualmente tomaba somníferos que le proporcionaba el marido. Ella aparece muerta en el mar, y hay una buena dosis de somníferos en su estómago. Es el típico crimen con un doble móvil: librarse de una esposa mayor para contraer nuevo matrimonio, y hacerse

cargo de una bonita herencia. —El médico se estremeció.

—Siga, por favor —dijo.

—Pero, al mismo tiempo, la mujer tenía agua en los pulmones, luego tenía que haber entrado con vida en el mar. —El muchacho soltó una risita.

—Alguien pudo arrojarla dormida —indicó. Él asintió con la cabeza.

—También lo pensamos, pero ella estaba en bañador. No es fácil ponerle un bañador estrecho a alguien que está dormido. Pero hay otra cosa más importante —dijo, y se detuvo mirando a los presentes. La chica fijó en él sus ojos aterciopelados.

—No nos haga sufrir más, por favor —imploró.

—Esta mañana, el juez ha ordenado que se abriera el testamento. Ella le deja a su sobrino toda su fortuna. —El muchacho casi pegó un brinco en el asiento.

—¿Qué está diciendo? —chilló. El policía lo aplacó con un gesto.

—Lo que oyen, y el doctor lo sabía. Su firma está en el documento. Es impensable que un hombre se prive a sí mismo, aunque sea como cónyuge, de una considerable fortuna. Aquí nos falla el móvil, como ven.

El muchacho seguía muy pálido, y el rostro de la enfermera mostraba una gran curiosidad. Parecía aguardar el desenlace de una novela de suspense.

—¿Quién la mató entonces? —preguntó. —No sospechará de mí. —El policía sonrió.

—Esto no es una novela policíaca —dijo, moviendo la cabeza. —Sencillamente, nadie la mató. Ella misma se puso el bañador en el cuarto de baño, donde también vació el frasco de somníferos. En lugar de bañarse en la playa fue hacia el puerto deportivo, donde han encontrado su albornoz. Desde allí se tiró al agua y empezó a nadar mar adentro, y los somníferos hicieron el resto. Se ahogó por su propia voluntad.

Hubo un silencio doloroso. El muchacho se estremeció, pero no dijo nada. El inspector continuó:

—No fue fácil dar con la verdad. Pero había varias cosas claras: nadie pudo matarla y luego arrojarla al mar, porque había agua en sus pulmones, lo que demostraba que entró viva. Luego, estaba el cabo de vela. —El médico arrugó el ceño.

—¿Un cabo de vela? —Él asintió.

—Así es. Los bungalows se limpian cada vez que cambian de ocupante. La limpiadora jura haber limpiado el número seis cuando lo dejó la enfermera. También limpió los cristales, y no obstante nosotros hallamos un cabo de vela en el suelo cerca de la ventana del dormitorio, y huellas de cera en el cristal. Las huellas pertenecían a la muerta.

Hubo una exclamación general.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó el sobrino, asombrado. El inspector habló gravemente.

—Eso quiere decir que su tía estuvo junto a esa ventana la noche del viernes —contestó. —Era una noche oscura, sin luna, y hay piedras de adorno en el césped, donde podía tropezar. Seguramente fue a coger la linterna, pero nosotros comprobamos que tenía gastadas las pilas. Entonces, no se le ocurrió nada mejor que coger una vela del candelabro, y una caja de cerillas de usted. El doctor había salido; sabemos que estaba en el bar del hotel, y ella pensó que estaba en el bungalow número seis, donde pensó que seguía la enfermera. No sabía que la habían trasladado al número cinco. —El muchacho rebulló en el asiento.

—No sé dónde quiere ir a parar. No entiendo absolutamente nada. —El policía suspiró.

—Ese fue el error de su tía. Ella se acercó a la ventana del número seis, para espiar a su marido. Creyó que la ventana estaría cerrada por causa de los mosquitos y se apoyó en el cristal, pero la ventana cedió. Quizá por la sorpresa se le escurrió la vela y cayó dentro, rodando debajo de un sillón donde nosotros la encontramos. Las huellas que hallamos eran suyas, no cabe la menor duda. —El médico movió la cabeza con conmiseración.

—No pudo ver nada, el bungalow estaba vacío.

—No lo estaba —afirmó el inspector. —La luz de dentro estaría apagada, pero al resplandor de la vela ella vio a una pareja en la cama, haciendo el amor. No tuvo tiempo de fijarse, pero para ella eran usted y la enfermera. —El sobrino habló nerviosamente.

—Es cierto que había dos personas allí —confesó. El policía lo miró de frente.

—Así es. El hombre era usted, y estaba con su amiga. Pero no estaba en condiciones de advertir una presencia extraña. Ella no dijo nada, pero una hora después tuvo una fuerte discusión con su marido... —El médico se aferró a los brazos del sillón.

—Es verdad —dijo—. Ella estaba furiosa.

—Su esposa tuvo tiempo para planear su venganza. Al día siguiente a la hora del almuerzo alegó no encontrarse bien, y aprovechando que ustedes comían en el hotel, entró

en el bungalow número seis por la ventana abierta. Había cogido del maletín de usted una tableta de formaldehído, de las que se usan para desinfección y preparación anatómica.

—En una ocasión, yo la había prevenido contra el uso imprudente de esas tabletas —afirmó él. —Las usamos en el hospital y yo le dije que eran peligrosas, que podían llegar a matar por inhalación. Fue una imprudencia mía llevarlas en el maletín.

—Ella hubiera encontrado otro medio —dijo el policía. —Al fin y al cabo, era una mente desequilibrada. Como digo, ella tuvo que entrar por la ventana, que cerró luego. Depositó la pastilla en el aparato antimosquitos para que al accionarlo por la noche se evaporase el formaldehído, matando a la que ella creía su rival. —La enfermera se estremeció a ojos vistas.

—De buena me libré —suspiró. El médico alzó la cabeza. Parecía consternado.

—El ácido fórmico puede matar a una persona en poco tiempo en una atmósfera cerrada. ¿Cómo es que no produjo ese efecto? —El inspector miró al muchacho fijamente.

—Usted me ha dicho que su amiga se había cansado mucho el sábado, y se fue a dormir. ¿Usted entró con ella en el cuarto? —Él se había puesto rojo.

—Estuve un momento, y yo mismo conecté el aparato. Se notaba un olor raro, y ella me pidió que abriera de par en par la ventana. Yo así lo hice, y la dejé sola.

Por un momento nadie dijo nada, y se miraron gravemente unos a otros. El inspector continuó:

—Al parecer, al día siguiente su amiga amaneció con vómitos y un fuerte dolor de cabeza, pese a que la ventana estaba abierta. Pero la señora pensó que allí dormía la enfermera, y ella nunca la hubiera abierto por su temor a los mosquitos.

La muchacha habló con voz tensa.

—Tuvo que ser terrible para ella verme aparecer el domingo, como si nada hubiera sucedido.

—Y verla charlando con su esposo en el balancín —añadió el policía. —Todo junto desencadenó en ella una grave crisis depresiva.

—Que la llevó a la muerte —dijo torvamente el sobrino.

—Así es. Su intención había sido matar, y se sabía autora de un intento fallido de asesinato. Quizá pensó que había matado a otra persona, y no pudo resistirlo, llegando a su macabra decisión.

—Es horrible —dijo la muchacha, estremeciéndose. El policía asintió.

—Lo es.

La neblina se había levantado, y las playas brillaban al sol. El mar azul, bajo un cielo limpio de nubes, hacía pensar que todo lo ocurrido no era más que una pesadilla, que se había esfumado con la niebla.

LA VIUDA

Cuando llegó para reconocer el cadáver, ella iba llorando. No obstante, vestía un impecable traje de chaqueta y llevaba un moderno bolso de piel cara, y unos zapatos a juego. Había denunciado la desaparición de su marido, cuyos restos habían aparecido en el río. Cuando entró en el depósito, el médico forense la tomó del brazo con respeto.

—Siento que tenga que pasar por esto, señora. Pero es totalmente necesario. —Ella asintió con gesto desmayado.

—Lo comprendo muy bien —dijo. Él apretó su brazo.

—Es usted muy valiente —dijo con una sonrisa amistosa.

Primero le mostró un trozo de chaqueta manchada de lodo, y ella cerró los ojos y se estremeció. La depositó en una bolsa de plástico, y con un gesto invitó a la mujer a pasar.

—Esto va a ser mucho peor —advirtió. —Puede usted sentarse.

—No es necesario, gracias —dijo ella muy pálida. Su mirada parecía rehuir aquel bulto blanco que estaba sobre la camilla, y que ambos sabían era el cuerpo de un hombre.

—Acérquese, por favor —dijo el forense. Ella obedeció, avanzando con dignidad.

—Sí, es él —pronunció despacio.

No pudo articular una palabra más. Sus manos se aferraron al bolso y pareció que iba a desmayare. Luego, su mano derecha arrugó un pequeño pañuelo de encaje, mientras los ojos permanecían extrañamente serenos. Tenía los cabellos castaños, y bajo la piel tersa de las mejillas él notó que empalidecía.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, gracias —dijo ella, y en sus ojos apareció de nuevo el brillo de las lágrimas.

Ante ella, tendido en la camilla, estaba lo que pudieron rescatar del hombre que había aparecido ahogado en el río. En la pieza flotaba un olor a formol que enmascaraba cualquier otro, pero aquel rostro estaba casi devorado por los peces. La naturaleza había hecho un perfecto trabajo de destrucción y, no obstante, ella asintió lentamente.

—Es él, estoy segura. Esas patillas... y además, tiene una señal inconfundible en el cuello, aquí —señaló. —Y son sus manos, no me cabe duda.

Desvió la mirada y se quedó mirando al frente con expresión vacía. El médico la tomó nuevamente del brazo, sacándola fuera. Una vez en el pequeño despacho ella se sentó, sosteniendo el bolso sobre las rodillas. Se echó hacia adelante en el asiento y se pasó la mano por la frente.

—Qué cosa tan horrible —dijo.

Por su aspecto, no parecía una mujer capaz de perder el dominio de sí misma. Era como si luchara contra el horror, dándole la cara.

—Tiene que firmar aquí —le dijo él. La mujer hizo lo que le indicaban, y en sus labios apareció un rictus amargo.

—¿Es todo? —preguntó, suspirando. Él tomó el papel y le ofreció un cigarrillo.

—No fumo, gracias —dijo ella. —¿He terminado ya? Querría irme.

—Firme también aquí —señaló él. —Es el reconocimiento del cadáver.

Ella lo hizo nuevamente, con una letra redonda y clara y una rúbrica cuidadosa. Luego lo miró a los ojos.

—¿Así?

—Sí, gracias. Ahora, ya puede marcharse.

Él se levantó y se quitó las gafas. Observó el tablero de señales donde una pequeña luz se había encendido.

—Siento mucho haberla hecho pasar por esto —dijo luego, volviéndose. —Si necesita algo, no tiene más que llamarnos. —Ella suspiró.

—Le estoy muy agradecida —dijo con la mirada baja. —Han llevado ustedes este asunto con tanta discreción... Es tan desagradable y horrible todo esto...

—No faltaba más —le dijo él, y ella miró impaciente la salida.

—Ahora tomaré un taxi —dijo.

Fuera aguardaba un policía joven, de ojos negros y vivos. El médico lo llamó con un gesto.

—Acompañe a la señora a su casa —indicó en tono firme. Luego, de nuevo en su despacho, lanzó una bocanada de humo y observó cómo se desvanecían las volutas. Oyó los pasos de la mujer alejándose fuera.

—Una señora notable —pronunció en alta voz. —Muchas no hubieran soportado este trago sin desmayarse.

***

La viuda estuvo ordenando algunas cosas en la cocina. Recordó la escena con el forense, y en su rostro se dibujó una sonrisa. Luego ahogó un bostezo con la mano.

—Va a llover —se dijo. —Tendré que recoger la ropa de la cuerda.

Estuvo limpiando el pescado para la cena, y bajo el agua del grifo observó sus propias uñas cascadas. Pensó que tendría que hacerse la manicura al día siguiente.

Luego abrió la trampilla que daba a la bodega y trató de encender la luz, pero la bombilla estaba fundida.

—Qué fastidio —gruñó. —Habrá que cambiarla.

Así lo hizo, y una vez abajo anduvo entre muebles arrumbados y toda clase de cachivaches inútiles, apilados allí. Se le ocurrió pensar que el médico forense no estaba nada mal, y le gustó la forma en que le había apretado el brazo. Al fondo de la bodega apartó unos cajones llenos de virutas, y apareció debajo un trecho de suelo oscuro y removido.

***

El sol se ponía cuando el joven policía terminó su servicio. No había mucha gente por la calle, y recordó que en su casa lo aguardaba una novela de terror que había empezado la víspera. Era un especialista en estos temas, hasta el punto de que estaba pensando seriamente en escribir alguna. Al entrar en el automóvil vio un pañuelo de encaje que estaba arrugado en el asiento.

—Ah, vaya —dijo, contrariado. —Se lo ha dejado la señora.

De todas formas no le costaría ningún trabajo devolvérselo al pasar. Por otra parte, la mujer tenía un encanto indudable.

—Y es viuda —se dijo. —Aunque demasiado reciente.

Detuvo el vehículo a la puerta del pequeño chalet, y atravesó la verja hacia la entrada. Llamó al timbre, y como nadie contestaba empujó la puerta, que cedió con un chasquido.

—¿No hay nadie?—preguntó, asomándose.

Le extrañaba hallar la casa sola, y más con la puerta abierta, así que avanzó por el corredor hasta llegar a la cocina. Al fondo, en el suelo, una trampilla estaba abierta.

—¿Señora? — insistió, deteniéndose. Luego se dio cuenta de que había entrado sin permiso y dio un paso atrás, pensando en retirarse por donde había venido. Pero aguardó unos minutos, y entonces oyó un ruido como de un cajón que se hubiera caído en la bodega.

Algo le dijo que debía bajar. Se detuvo ante el hueco sosteniendo el pañuelo en la mano, y cuando se disponía a pisar el primer escalón oyó una risa chirriante de mujer.

—Olvidaba darte el pésame, querido —dijo la voz de ella. —Desde hoy eres un muerto oficial.

El policía se detuvo y el escalón crujió. La mujer asomó la cabeza.

—¿Quién anda ahí? —chilló.

Él no contestó pero siguió bajando los peldaños. Al fondo descubrió un espacio de tierra removida.

—¿Que es eso? —comenzó a decir.

La luz de la bodega se había apagado y la figura de ella desapareció. En cambio, la de él se recortaba sobre el cuadrado luminoso de la cocina. Hubo un fogonazo y él notó una quemadura en el vientre. Luego, una niebla lechosa se extendió a su alrededor.

—Lo siento, amigo —dijo ella. —Me había caído simpático.

De nuevo disparó sobre el cuerpo caído, y el sonido de la detonación quedó ahogado en el sótano. Luego ella encendió la luz, y vio que la sangre manaba a borbotones por las dos heridas. El hombre estaba muerto, y en su mano derecha sostenía un pañuelo ensangrentado. Ella lo tomó con un gesto de asco.

—Era tan bonito —suspiró, y añadió con fastidio: —Tendré que cavar otra vez.

EL TRUCO

El truco era muy viejo, pero siempre le había dado resultado. No se consideraba un delincuente, sino más bien una persona distinta de los demás, con métodos propios de ganarse la vida. Desde niño se había especializado en pequeñas estafas, que con el tiempo llegaron a ser bastante rentables.

Esta vez, entró en una pequeña sucursal de un banco de provincia. Ocupaba un entrante en una calle estrecha, pero muy concurrida. Alrededor había comercios antiguos con escaparates polvorientos, y pasó ante ellos sin mirarlos. Empujó la puerta del banco, y una señal verde le indicó que podía pasar.

Había varios clientes con aire distraído: una anciana había dejado en el suelo una bolsa de colorines, y estaba revisando unos papeles mugrientos. A su lado, el esposo la recriminaba por no haber preparado los documentos de antemano.

Un muchacho salió apresuradamente, y casi tropezó con ellos. Un hombre con aspecto de jubilado ocupaba el primer puesto en la cola, ante la ventanilla. Tomó unos cuantos billetes que el empleado le ofrecía, y se despidió con un gesto. Una pareja joven ocupó su lugar.

—Queríamos saber el saldo de la cuenta —dijo él.

Cuando le llegó la vez, el recién llegado se acercó a la ventanilla con un billete grande en la mano. El cajero estaba contando aplicadamente varios fajos; era un hombre calvo, y su papada temblaba como si fuera de gelatina.

—Vamos, el siguiente —indicó sin mirar.

El hombre deslizó hábilmente su billete, que revoloteó, cayendo al suelo al otro lado. El empleado no pareció notarlo, y lo miró con el ceño fruncido.

—Vamos, ¿qué desea?

—Creo que se le ha caído algo al suelo —dijo él. —Ahí adentro.

Por primera vez sentía que algo le iba a fallar, y tragó saliva. El otro lo miró por encima de las gafas.

—Gracias —dijo, sonriendo con sorna. —Ya lo he notado. Pero vamos a lo suyo, ¿qué desea?

—¿No va a recogerlo? —dijo el hombre con mirada ansiosa.

El otro negó con un gesto. De un vistazo abarcó a los tres o cuatro clientes que aguardaban a la cola.

No es necesario ahora —dijo, y al mismo tiempo pisaba el papel caído con la suela de su zapato.— Tendré tiempo luego. ¿Me va a decir lo que quiere? Tengo mucho trabajo.

El hombre se estaba poniendo nervioso. Había perdido de vista su billete, y el empleado mantenía los suyos bien sujetos bajo su mano izquierda.

—No, nada —dijo. —Venía... bueno, no es nada urgente. Volveré más tarde.

El cajero lo observó con conmiseración. Estaba claro que había gente un poco chiflada. Le parecía conocer de vista a aquel sujeto: quizá fuera un vecino del barrio.

—Páselo bien —dijo sordamente. El otro intentó sonreír.

—Lo mismo digo.

Luego, salió trastabillando. Era la primera vez que entraba en un banco con un billete, lo dejaba caer junto al cajero que contaba los suyos, y el hombre no se agachaba a cogerlo, dándole ocasión de llevarse el dinero que había sobre el mostrador de la caja.

—No es mi día de suerte —resopló.

Fuera, había empezado a llover. Ni siquiera tenía paraguas, y pensó que se calaría hasta los huesos. Un claxon lo sobresaltó.

—¡Imbécil! ¿En qué va pensando? ¿No ve que está el semáforo cerrado?

Él suspiró. En verdad, había días en que hubiera sido mejor quedarse en la cama.

¿QUIERE USTED LIGAR?

Acababa de conocerla, pero era como si se hubieran tratado toda la vida. La miró un momento. Su barbilla y sus pómulos eran finos, y tenía un cuerpo de escultura y una mirada subyugante. Llevaba el pelo abundante en melena sobre los hombros, y estaba sin maquillar.

—¿Le importa que me siente a su lado? —le había dicho él.

—Como quieras —contestó ella tuteándolo, y encogiendo sus bonitos hombros morenos. El camarero se dirigió a la mesa, abrió un botellín de cerveza y lo puso delante de la mujer.

—Lo mismo para mí —dijo el hombre, poniendo un billete en el platillo. —Cóbrame todo.

Era una mujer de bandera. Tenía unas piernas torneadas y largas, que remataban en unos altísimos tacones. A los cinco minutos, ya estaban enredados en una animada conversación.

—¿Estás sola? —le preguntó él. Ella asintió, y un brillo apareció en sus ojos felinos.

—Completamente sola —dijo.

Él estiró la pierna bajo la mesa. El bar de la gasolinera estaba medio vacío, y el camarero limpiaba ahora la barra con aire aburrido. Notó el contacto de la rodilla femenina.

—¿Tienes prisa? —le preguntó.

—Ninguna prisa —dijo ella. —Mi coche tiene una pequeña avería, y el mecánico lo está arreglando.

Cuando él fue a coger el vaso de cerveza, sus dedos se rozaron.

—Por nosotros —brindó.

—Chin, chin —dijo ella, haciéndolo chocar con el suyo. Al mismo tiempo lo miró a los ojos, mientras sostenía en la mano la bebida espumosa. —Eres un hombre interesante —añadió, poniéndose seria.

Él sintió que un escalofrío lo recorría

—Lástima que nunca volvamos a vernos —dijo. Ella consultó su relojito de pulsera, y dio un largo sorbo a su cerveza.

—Qué se le va a hacer —dijo, encogiéndose de hombros.

Él miró el escote de su blusa. Lo que allí pudo ver no era de lo más tranquilizador. Para despistar cogió distraídamente el papel de la nota, y lo guardó en el bolsillo de la camisa. Luego posó su mano en la mano larga y fina de la muchacha.

—¿Quieres dar una vuelta? —le dijo. —Hay unas vistas hermosas desde aquí.

Sorprendió la mirada de soslayo de ella, e inmediatamente varió de postura; luego, dijo con ojos vidriosos:

—No me he presentado. Me llamo Pedro, Perico para los amigos.

—Encantada de conocerte —dijo ella. —Yo me llamo Gabriela.

Su cara era una verdadera maravilla. Él comprendió que había sido demasiado directo, y trató de arreglar las cosas. Le preguntó por su familia, su salud y su trabajo.

—No tengo familia —dijo ella. —Mi salud es estupenda, y trabajo tengo de sobra. Y tú, ¿tienes mucho dinero, si no es indiscreción?

La pregunta lo alarmó. La cara de él pareció cambiar.

—¿Cómo dices?

—No, nada. Era simple curiosidad.

Él trató de decir algo, pero la voz se estranguló en su garganta, y tragó saliva. Ella lo miró, con una sonrisa bailando en las pupilas.

—Daremos una vuelta —le dijo. —No hace falta que cojas el coche. Iremos paseando.

Él sintió que la corriente eléctrica se había convertido en una central de alta tensión. Al levantarse, casi tiró la silla.

—Vamos —asintió, jadeando.

Ante el espejo del vestíbulo, se estuvo arreglando el cuello de la camisa y se alisó el cabello. Sus mejillas colgantes parecían globos desinflados. Sus ojos hicieron un rápido inventario de aquel monumento que caminaba ante él, como si calculara el coste de tal maravilla.

Fuera, su auto lleno de combustible aguardaba en el porche de la gasolinera. Era demasiado cuidadoso como para mancharse el calzado de barro, pero en aquella ocasión pateó un charco sin darse cuenta. Luego echó a correr tras de ella.

—Aguarda —dijo. —Mujer, no corras tanto.

El campo estaba silencioso. Anduvieron un trecho entre árboles, y él miró por el camino arriba. Nadie podía verlos. La carrera lo había sofocado, y se agitaba su respiración.

—Aguarda, aguarda —repitió, ahogándose.

—Vamos, hombre —contestó ella, riendo. —Que no se diga.

Perdieron de vista la gasolinera tras un bosquecillo. Cuando por fin se detuvieron, una red de venas se pronunciaba sobre el vidrioso blanco de sus ojos. Cuando él pudo hablar, su voz era estridente y chillona.

—¿Piensas llegar corriendo a la ciudad? —preguntó. —¿No te parece bien aquí?

Ella se volvió a medias.

—Me parece muy bien —contestó, empezando a quitarse la blusa. Él avanzó un par de pasos, destrabándose el cinturón.

—Ven acá, encanto — dijo con voz estrangulada.

Ella se había quitado finalmente la blusa, y lo miró de frente. Ni siquiera le dio tiempo a fijarse en si llevaba o no ropa interior. En un momento se sintió vapuleado, arrojado al suelo y sacudido como si hubiera sido una alfombra.

—Pero, ¿qué haces? —chilló. Trató de incorporarse, sin siquiera subirse el pantalón. Trastabillaba, y ella lo ayudó a levantarse.

—Vamos, en guardia —le dijo.

Él miró en dirección a la gasolinera, pero la ocultaban las copas de los árboles. Sin perder un segundo, ella volvió a tumbarlo.

—¿Te has vuelto loca? —se debatió él, sin ningún resultado. Se movía como un ciego, y daba manotazos en el aire. No había nada, pensó, que justificara aquel comportamiento. Ella misma lo había conducido a aquel lugar. Sintió un golpe seco en el estómago.

—Socorro — gimió, cayendo al suelo como un trapo.

La muchacha se arrodilló a su lado, y se percató de que no le había roto ningún hueso. Con su mano de pintadas uñas le acarició la frente.

—Buen chico —dijo. Luego metió la mano en el escote de su sujetador, y sacó una pequeña cartulina azulada. Abrió la mano del caído y le introdujo la tarjeta; por el camino a la gasolinera se fue remetiendo la blusa.

—Lo siento, amigo —dijo volviéndose, con un gracioso ademán de despedida.

Caminó con pasos elásticos, y cuando llegó a la casa halló su automóvil arreglado. Pagó la cuenta, y se acomodó tras el volante.

—Gracias por todo —dijo.

Al mismo tiempo le tendió al mecánico une tarjeta azul, que él leyó aplicadamente.

—Hum —dijo, moviendo le cabeza. —Lo tendré en cuenta, preciosa.

Metió la tarjeta en el bolsillo del mono, y ella arrancó. En el bosquecillo, el hombre se había despabilado. Miró alrededor y soltó un juramento. No obstante, comprobó que tenía la cartera con todo su dinero.

—Menos mal —suspiró, y al enderezarse cayó la cartulina. La recogió del suelo, y leyó:

“Gabriela. Clases de judo y kárate. Defensa personal. Precios asequibles, horas a convenir.”

Se quedó allí, de pie, mostrando una lastimosa figura, con los dos brazos colgando a plomo, los hombros caídos y la nuez de su cuello moviéndose agitadamente. Masculló:

—Mierda. Si pongo un circo, me crecen los enanos.

EL SEGURO

—Te he colocado una sorpresa en la maleta —dijo él. Era un hombre de unos cuarenta años, de apariencia insignificante y tez cetrina. Lucía una calva más que incipiente, y llevaba gafas de espesos cristales. Acompañaba a una anciana robusta, de cabello blanquísimo. La besó en la mejilla, y la madre sonrió.

—No debías haberlo hecho, querido. Ya decía yo que pesaba demasiado. Temía que hubiera que pagar suplemento de peso.

Vestía un traje de chaqueta estampado en colores, que le quedaba demasiado ceñido, y marcaba las redondeces ya ajadas de sus setenta años. En realidad, pensó que tenía mucha suerte de que no se hubiera casado su hijo. Le horrorizaba la idea de tener que compartirlo con nadie.

—Lo siento —dijo él, un tanto compungido. —Debería haber sido algo más ligero.

—No te preocupes —dijo ella, mirándolo con ojos bondadosos. —El detalle es lo que importa.

Los compañeros de viaje ya mostraban sus tarjetas de embarque, y el hijo la besó en la frente.

—Cuídate, por favor —suplicó. —Espero que pases unas buenas vacaciones en Méjico. —Ella lo abrazó con cariño.

—Lo mismo digo. No te acuestes demasiado tarde, ni comas cosas muy picantes. Luego se te resiente el estómago. —Él asintió, y ella le hizo las últimas recomendaciones, mientras la fila de viajeros avanzaba: —Riega las macetas, sobre todo las de la terraza. Recuerda que cada semana hay que echar el fertilizante, y el insecticida. —Él sonrió tristemente.

—No te preocupes, de acuerdo, de acuerdo. Haré todo lo que me dices.

Finalmente, la perdió de vista entre sus compañeros. Notaba una gran sensación de libertad. Le había costado conseguir que se tomara vacaciones, después de tantos años...

El aeropuerto estaba abarrotado, y el avión despegó por fin. Se elevó en el aire como un brillante proyectil, hasta que no fue más que un punto plateado en el horizonte.

—Menos mal —suspiró él.

Media hora después, una llamarada se había producido a bordo, seguida de una fuerte vibración. Los pasajeros se pusieron de pie, y la azafata estaba tan sorprendida que apenas pudo reaccionar.

—Ocupen sus asientos, y abróchense los cinturones —dijo una voz masculina por el altavoz.

Un gran estruendo conmocionó la nave, que cayó en picado envuelta en llamas. De pronto, una nueva explosión proyectó los cuerpos de los pasajeros en todas direcciones. Por encima del océano, la parte central del avión se había convertido en una brillante pavesa.

Las alas del aparato se habían desprendido, como si se hubiera tratado de un gran insecto herido; también la cola se había desgajado, y todo ello en el espacio de unos pocos segundos.

Los restos humanos quedaron calcinados, y cuando llegaron a la superficie del mar, se hundieron con un sordo gorgoteo dentro de su macabra sepultura. Poco después, no quedaba ni rastro del aparato siniestrado.

Los servicios de seguridad del aeropuerto dieron enseguida la alarma. Alertaron a los servicios de salvamento, que acudieron de inmediato al lugar probable de la catástrofe.

—Nada se puede hacer —comunicaron a la base.

La búsqueda duró varios días. La caja negra del avión estaba intacta, y en ella una información completa de lo sucedido. Al parecer, un potente artefacto había hecho explosión en la cabina de equipajes.

—Los pasajeros no han debido enterarse de lo ocurrido, y ni siquiera la tripulación —fue el comentario general.

Se pensó en algún grupo terrorista, pero nadie reivindicó el atentado. Sin embargo, era indudable que un potente artefacto explosivo había burlado la vigilancia del aeropuerto. Quizá, por causa del gran tráfico, la maleta que lo contenía no había sufrido la comprobación del detector. Quizá, el equipaje viajaba como valija diplomática...

Varios gobiernos podían verse implicados, ya que últimamente el panorama internacional era borrascoso. A la salida del aeropuerto, un taxista le abrió la portezuela a un

cliente. Era un hombre menudo, bastante calvo, que se acomodó en el asiento trasero y le indicó una dirección.

—Ha sido una horrible desgracia —le dijo el conductor, moviendo la cabeza. El hombrecillo guardó un papel doblado en el bolsillo. Era el resguardo de un seguro que había contratado para su madre. Un seguro de vida, por valor de varios millones.

—Y que lo diga —suspiró.

GEMELAS

La había citado en su despacho, una habitación destartalada con muebles oscuros y ficheros grises, donde el linóleo del suelo se había desgastado, marcándose las tablas que formaban la tarima. Era su despacho de comisario de distrito, y no había más. Sobre la mesa estaba el cenicero lleno de colillas, y alguna humeaba todavía.

Se abrió la puerta, y ella se detuvo en el umbral, aguardando una indicación del hombre para entrar. Era una muchacha rubia de unos veinte años, de una belleza agresiva y fresca. Llevaba un jersey muy ceñido, y una falda tan corta que dejaba ver sus muslos al completo, y quizá algo más, para quien hubiera tenido humor y tiempo para tales averiguaciones.

—Tome asiento, señorita —le dijo él.

Ella se sentó, cruzando las piernas, y tratando inútilmente de cubrirse con la exigua ropa alguna parte de su anatomía.

—Usted dirá —insistió el hombre, con acento no demasiado cordial.

Ella miró alrededor, con aire de no aprobar en absoluto la decoración. Luego cerró los ojos y aspiró hondo, mientras el comisario aguardaba. Parecía una actriz aficionada que estuviera representando el personaje de una ingenua en un mísero escenario.

—Vengo a interceder por mi hermana —contestó por fin. —Ella no tiene culpa de lo ocurrido en la discoteca, ¿sabe usted? Se metieron con ella, y no tuvo más remedio que defenderse. Por eso le rompió a aquel hombre una botella en la cabeza. No quiso hacerle daño. —El comisario sonrió.

—Se defendió con bastante energía. El muchacho está en el hospital, con la cabeza rota. Aún no se sabe si perderá un ojo. ¿No le parece... demasiado?

Pensó que eran exactamente iguales, como sacadas a calco, y a cual más bonita. La chica se mordió los labios.

—Son cosas que pasan —dijo con un mohín. —Eso le puede ocurrir a cualquiera. —Él arrugó el ceño.

—Ella es mayor de edad. Tendría que saber que no se puede ir por la vida rompiéndole la cabeza a la gente. Podía haberse limitado a pedir ayuda a algún empleado del local. No es raro que se metan con ella, es muy guapa.

Ya lo sé —dijo ella, mirándolo con sus enormes ojos verdes. —Somos gemelas.

Parecía decir: “Yo estoy como un tren, y ella es gemela mía, por lo que también lo está”. El hombre contuvo una sonrisa.

—No tiene que decirlo— afirmó. —Aunque sea una cosa manid, se parecen como dos gotas de agua.

La falda de la chica se escurría hacia arriba peligrosamente. Sus bragas eran color de rosa.

—Por favor, tenga en cuenta las circunstancias —dijo, como si fuera a echarse a llorar. —Ya sabe, una se mete en movidas, y luego... no sabe cómo va a terminar. —El hombre chasqueó la lengua.

—Ella está detenida por agresión con graves daños. No todos los que se... meten en movidas hacen cosas así. Al menos nosotros debemos impedirlo.

En los ojos de la muchacha habían aparecido lágrimas. Él suavizó el tono de voz.

—¿Quiere tomar... algo? —ofreció. Ella había sacado un pañuelo del bolso de rafia, y se sonó la nariz. Luego lo guardó en el escote, entre sus dos pequeños senos sueltos, sin sujetador. Suspiró hondamente.

—Sí, me hace falta. ¿Qué puede darme? —preguntó, lanzando una mirada alrededor hasta detenerla en una pequeña nevera pintada de marrón, que tenía pegados unos cromos de Snoopy.

—Puedo darle un refresco —dijo él, levantándose. Abrió la puertecilla de un armario y sacó un par de vasos alargados. —Tengo cerveza y coca cola, y algún jugo de frutas: naranja, y melocotón. —Ella pareció agradablemente sorprendida.

—Déme un zumo, si no le importa. De lo que usted quiera, tengo la boca seca.

Él abrió un botellín de cerveza, y con una navajilla cortó el brick que contenía zumo de naranja. Lo vertió en uno de los vasos y se lo tendió.

—Tenga —le dijo. —Hace mucho calor.

Ella se lo bebió de un golpe y chasqueó la lengua con verdadero placer. Parecía una

niña caprichosa que estuviera acostumbrada a conseguir todo lo que quería.

—Vaya elementos —se dijo el hombre con cierta admiración.

Ella había dejado el vaso sobre la mesa, y utilizó de nuevo el pañuelito para secarse los labios. Luego, volvió a introducirlo en aquel nido caliente y acogedor. Él sintió que empezaba a ablandarse, pero dominó la situación.

—Siento mucho lo que ha ocurrido —dijo sinceramente. —Siento que su hermana se haya metido en un lío, pero tengo encima a la familia del chico, que exige justicia. Según ellos, el muchacho es un angelito al que malas amistades han descarriado.

Con un movimiento distraído, cerró la vitrina de los vasos. Sí que había sido mala suerte que el golpe hubiera dejado a aquel sujeto malherido. Seguramente no era más que un vago y un golfo, pero allí estaba la denuncia, y no había nada que hacer.

Se acercó a la ventana y miró al otro lado, hacia el patio donde charlaban varios policías de uniforme. Hizo una seña, y luego cerró los cristales. Volvió a la mesa y se sentó.

—Hace mucho calor —repitió.

Un policía joven llamó a la puerta, y entró sin recibir contestación. Se dirigió a su jefe y le dijo unas palabras al oído. Él asintió. El otro preguntó algo en voz baja, mientras la chica se hacía la distraída.

—Llévate eso, por favor —indicó, señalando los vasos. — Y vais a traer a la hermana de la señorita, tengo que hacerle unas preguntas.

El otro salió, y la muchacha se acercó a la mesa. Como quien no quiere la cosa, se sentó en el borde. Él pensó que se le estaba insinuando, y se sintió incómodo; no quería ponerse a mal con ella, al menos por ahora.

—¿Le importa sentarse en la silla? Estará más cómoda —le dijo.

—Está bien, está bien —dijo ella. —No me lo voy a comer.

El hombre encendió un nuevo cigarrillo y estuvo hojeando unas carpetas, mientras ella aguardaba en silencio. Habían pasado unos veinte minutos, y ya empezaba a impacientarse. Hacía cada vez más calor, y el humo del tabaco hacía la atmósfera irrespirable.

Alguien llamó con los nudillos, y el comisario alzó la mirada.

—Pase —indicó secamente, y la chica dio un respingo en su asiento. Parecía haberse puesto en guardia, y apretaba el bolso de rafia sobre la exigua falda.

Se abrió la puerta y apareció el policía joven, pero venía solo. Se acercó a la mesa y dejó encima una hoja de papel; miró a la muchacha, y sus ojos resbalaron hacia el borde de la falda. El comisario asintió.

—Está bien, puedes marcharte. —Ella pareció alarmada.

—Y mi hermana, ¿no viene? ¿Qué es lo que pasa aquí?

Se inclinó, escrutando al hombre con sus hermosos ojos verdes. Había un punto de fiereza en sus pupilas, que la hacían aún más atractiva.

—Diga, ¿qué es lo que pasa? —repitió. Él la miró fijamente.

—Ya está bien de mentiras —dijo con suavidad. Ella se puso en pie de un salto.

—¡Qué dice! —chilló. —Usted me está tomando el pelo. —Él alzó la mano derecha.

—Queda usted detenida —le dijo.— Está acusada de agresión.

La chica se dejó caer en la silla, y el bolso resbaló hasta el suelo. El hombre había ido hacia la puerta, la abrió y llamó a uno de los policías.

—Lleváosla dentro —indicó.

Ella lo miró con odio. Por un momento tembló su bonita barbilla, pero aquello duró apenas un par de segundos. Enseguida volvió a recuperar su aire de niña inocente.

—Yo no... —empezó a decir, pero él la atajó con un gesto.

—Lo sé todo —le dijo. —No tiene por qué mentir más. Usted es reincidente. Fue usted quien golpeó al muchacho, y su hermana se prestó a servir de chivo expiatorio. Yo lo sospechaba, aunque no podía tener la seguridad. Son ustedes idénticas, y los testigos no podían ayudarme. Nadie hubiera podido distinguirlas, pero la pena para usted es mayor. Está en libertad vigilada.

—¿Cómo dice? —musitó la chica. De pronto pareció mayor, y su frente se plegó con finas arrugas. Estaba derrumbada en su asiento, como si no tuviera fuerzas para mantenerse erguida.

—Su hermana no había sido detenida nunca, al contrario que usted. Una acusación por estafa, consumo de drogas, prostitución... Lleva usted una buena carrera, señorita. —Ella negó vivamente.

—No puede acusarme de nada. No tiene testigos, usted mismo lo ha dicho. —Él movió la cabeza hacia los lados y sonrió con tristeza.

—Sus huellas, marcadas en el vaso, han sido comprobadas en nuestros ficheros —explicó. —Lo siento, pero lo del refresco ha sido un truco. —Ella abrió la boca.

—¡Qué dice! ¿Qué tienen que ver las huellas en el vaso?

—Había huellas en la botella rota —dijo él. La chica pareció no comprender. Luego farfulló:

—Serían las huellas de mi hermana... —él negó con un gesto.

—No eran las de su hermana. Eran las de usted. Además, coincidían con las huellas de nuestro fichero policial. No obstante, hice que cogiera el vaso en la mano para mayor seguridad.

Ella se había puesto pálida. Soltó una risita, y miró al policía joven de la puerta. Recogió el bolso del suelo, sacó un espejito y se peinó las cejas con el dedo mojado en saliva. Luego se levantó, sonriente.

—Me rindo —dijo, tendiendo graciosamente ambas muñecas.

—No es necesario que la espose —dijo él. —Procuraremos no dejarle botellas a mano —Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Pero suelte a mi hermana —sonrió. —Bastante mal lo ha pasado ya, y esa sí que se ahoga en un vaso de agua. No es como yo..

UN AMIGO

Llamó a la puerta de la casa. El barrio no le resultaba conocido, era la primera vez que iba por allí. Eran casas modestas, y no debían tener patio interior porque la ropa estaba tendida en los balcones y terrazas. Aguardó unos momentos, y como nadie acudía volvió a pulsar el timbre.

Iba vestido con uniforme militar, de soldado raso pero impecable. Llevaba una mochila al hombro, y las botas brillantes.

—Vamos a ver si hay alguien —murmuró.

Era un muchacho de unos veinte años, muy alto y delgado, con la cabeza pequeña. Tenía la tez curtida y el cabello muy corto, y unos ojos de un azul tan claro como el agua, que se cerraban a veces en un tic nervioso.

Abrió la puerta una mujer rechoncha que llevaba puesto un delantal. Cuando vio al chico, se llevó la mano al cabello despeinado. Él se inclinó.

—Vengo de parte de su hijo, soy compañero suyo —se presentó.

Ella lo miró, sorprendida. Dudó un momento, y luego le invitó a pasar. Estaba contrariada, pero trató disimularlo. Dentro, una voz masculina la llamó.

—Es un amigo de Gabriel —dijo ella. Entonces, él le dijo que lo hiciera pasar.

—Aguardaba a mi hijo —explicó la mujer, secándose las manos en el delantal. Hace tiempo que no lo vemos, esperábamos que viniera hoy. Pero ya se estaba haciendo tarde, y me extrañaba que no hubiera llegado todavía.

—Él no puede venir —dijo el muchacho sonriendo. —Por eso estoy yo en su lugar. Siento haberles desilusionado. En fin, si le molesta me voy.

Ella negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Pase, pase. Pero, ¿qué le pasa a Gabriel? ¿Es que está enfermo?.

En los ojos de la mujer hubo un destello de alarma, pero él la tranquilizó.

—Está arrestado. Me ha encargado que los visite de su parte. No es nada de importancia, créame. A todos nos pasa.

—Entre aquí. Le presentaré a mi marido.

Hablaron durante un buen rato de las cosas del cuartel, y del hijo ausente. Él contó anécdotas de los compañeros, y acabaron riéndose. Dijo que eran muy amigos, y que él le había encargado que fuera a verlos de su parte.

El padre asentía silenciosamente. Era mucho mayor que la esposa, y parecía padecer alguna dolencia, porque no se movió del acolchado sillón. Ella iba y venía, y al tiempo no dejaba de preguntarle por su hijo. Él contestaba a todo, y la madre acogía sus explicaciones con regocijo.

—Voy a enseñarle unas cosas —le dijo.

Estuvo rebuscando en un cajón, y sacó un álbum encuadernado en piel azul. El álbum de fotografías de la familia contenía una buena cantidad de fotos del muchacho, que además era hijo único. Por fin terminaron de verlas.

—Tuvimos otro, pero se nos murió —dijo la mujer, entristecida. El visitante se puso en pie.

— Bueno, tengo que irme. No quiero molestarlos más.

—De ninguna manera, no es molestia —dijo ella. —Además, voy a darle un paquete para en chico, embutidos y algunas cosas. —El padre habló con voz cansada.

—¿No quiere almorzar?.

—Eso, tiene que quedarse a comer —corroboró ella.

—De ninguna manera. No quiero dar molestias, sólo que... En fin, Gabriel me ha encargado una cosa. Me ha dicho que no se me pasara, y ya casi me olvidaba de ello. Al parecer, necesita dinero. Ha tenido gastos, y pensaba recuperarse esta semana. Por eso me ha encargado que se lo dijera.

Ella respiró, aliviada.

—Vaya, creía que era algo más grave. Claro que tiene que necesitarlo.

—Dame la caja —indicó el marido. —Yo se lo daré.

Sacó unos billetes de una caja, y los fue contando. No era gran cosa, pero de momento le resolvería el apuro. Cuando los hubo contado, cogió una goma redonda y sujetó los billetes, que le tendió el muchacho en un rollo.

He hecho unos pagos ayer mismo, y no puedo enviarle más. —Ella acudió en su ayuda.

—Tengo aquí algo reservado para los imprevistos —dijo, mostrando un sobre que había sacado del cajón. Si necesita más, se lo mandaremos por giro postal.

—Se lo diré —dijo el muchacho, guardándose el dinero de ambos. —De todas formas, creo que será suficiente con eso. Tampoco tenemos tantos gastos allí.

Se despidió del matrimonio, y ellos le invitaron a que volviera con su hijo.

—Nos ha consolado contándonos cosas de él —dijo la mujer.

Lo acompañaron a la puerta y ella le entregó un paquete envuelto en una bolsa de plástico de unos conocidos almacenes.

—Es chorizo muy bueno —indicó. —Nos lo mandan del pueblo de mi esposo.

Quedó en volver y, antes de irse, ella le preguntó su nombre.

—Es por si escribimos a mi hijo, ¿Sabe usted? Así le contaremos que lo hemos pasado muy bien con usted, y que estaremos muy contentos con volverlo a ver.

La madre lo besó, y él tuvo que agacharse para que lo hiciera. La mujer tenía una cara regordeta y sudorosa, y su beso fue semejante al de una húmeda ventosa.

—Hasta la vista —dijo ella. —No tarde en visitarnos.

—Así lo haré —dijo él al marcharse, levantando la mano como despedida. Echó a andar por la calzada, y sus botas resonaron con chasquidos metálicos.

El barrio popular estaba muy concurrido a aquella hora del día festivo. Había pequeños jugando al balón en la plaza, y en los jardincillos las niñas habían trazado rayas en el suelo y saltaban a la pata coja. Había ancianos en los bancos tomando el sol. Caminó por la acera y fue a salir a una calle adyacente y luego a otra, y a otra. El día era agradable, y él se mostraba optimista.

—Vaya, tengo hambre —se dijo. —Habrá que comer algo.

Se detuvo, y entró en un bar. Ocupó una mesa en una esquina y pidió una cerveza doble. Del paquete que le había entregado la señora sacó una longaniza, y con una navaja la estuvo cortando. Luego, con la navaja, cortó una esquina del pan candeal.

Sacó un carné de notas donde había nombres y direcciones. Estuvo revisándolas, y numerándolas por sectores de la ciudad.

—Tengo buena tarea —pronunció en voz alta. —A ver cómo se da.

Repasó la lista de nuevo y vio que una de las direcciones no quedaba lejos de allí. Se había informado en el cuartel y sabía cuáles serán los pardillos que no irían ese domingo a su casa. Tenía ya mucha experiencia en estas cosas y nunca había fallado.

Entró en el lavabo y estuvo orinando largamente. Eructó, y el aire del estómago le repitió el chorizo.

—Sí que es bueno, caramba —rió. —Veremos qué tengo de postre.

Tachó con un lápiz el nombre de Gabriel y estuvo rebuscando en el paquete. Había unas rosquillas de pueblo bañadas de blanco y unos pasteles de piñones. Comió unos cuantos, hasta que no le apetecieron más. Llamó con un gesto al camarero y le pagó la cerveza.

No tengo prisa —dijo para sí. —Aún me queda toda la tarde por delante.

LOS MOSQUITOS

El médico cerró con llave el portón oscuro de su casa. Eran las ocho de la mañana de un hermoso día de verano, pero había dormido muy mal. Tuvo tres llamadas telefónicas aquella noche, y después no había podido conciliar el sueño por culpa de los dichosos mosquitos. En aquel pueblo lo mismo tenía que hacer de partera como de forense, pensó condolido. Por fin, un último aviso lo había desvelado del todo.

—El amo está muy grave —dijo una voz masculina y nasal con pronunciado acento árabe, a través del teléfono. —Le enviaremos un coche para que lo traiga a la casa.

Diez minutos después habían golpeado fuertemente al llamador en forma de brillante mano bronceada; la casa del médico era una de las pocas en el pueblo que conservaba un aire vetusto y tradicional, en medio de un ambiente de nuevas construcciones y apartamentos adosados, ocupados en su mayor parte por turistas extranjeros.

—Ya va, ya va— dijo el médico, que no sabía dónde había puesto las llaves. Era un hombre entrado en años, de estatura mediana; tenía el pelo completamente blanco y un bigote canoso y recortado, y su tez estaba curtida por el sol de la costa.

El automóvil que aguardaba fuera era un despampanante modelo conducido por un chófer negro. Un muchacho árabe abrió la portezuela y lo invitó a pasar.

—¿Es en la colina? —preguntó él, y el chico asintió.

—Así es, señor.

Era uno de los numerosos criados que servían en aquel extravagante palacete que quería asemejarse a una mezquita, y que ocupaba un lugar elevado a las afueras del pueblo. Enfrente se extendían los pinares y un mar casi perpetuamente azul.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el médico a su joven acompañante, y él contestó con una mezcla de excitación y pesar.

—Hassan, mi amo, está muriéndose —dijo. —Es la madre del amo quien me envía.

—Bien, veremos lo que se puede hacer —dijo el médico, suspirando.

Rodearon la colina a través de cuidados jardines, donde se habían respetado los viejos árboles frutales. El edificio estaba circundado por un seto alto y perfectamente recortado formando una redonda plazoleta. Se hallaron ante un extenso porche con el suelo de mármol, y adornado con ánforas y macetones de cerámica árabe, que contenían una gran variedad de flores y plantas.

—Hemos llegado —indicó el muchacho. Un criado negro, muy corpulento y con la cabeza afeitada aguardaba a la puerta, y recibió al doctor con una reverencia. Sin decir palabra le indicó con un gesto que pasara a un vestíbulo con columnas de mármol, y a través de un amplio corredor acristalado lo condujo a la alcoba del enfermo.

—Pase —dijo broncamente. —Mi amo espera dentro.

El lugar resultaba tétrico, con las paredes tapizadas en verde oscuro y unas cortinas en las ventanas de recargado encaje color púrpura. Había una lámpara encendida en la mesa de noche, y su pantalla era roja también. Por contraste, anejo al dormitorio había un gran cuarto de baño con paredes y suelo de un rosado muy claro, y con los complementos dorados. De un cojín junto al lecho se levantó una anciana menuda, y con ligeros pasos fue al encuentro del médico. Su rostro, sumamente arrugado, parecía más oscuro dentro de las blancas vestiduras.

—Ah, doctor —dijo, tendiéndole la mano huesuda. —Creo que mi hijo está muy mal.

Él se acercó a la cama enorme que tenía un complicado dosel de seda verde. En ella había un hombre obeso de unos cincuenta años, desnudo de medio cuerpo y cubierto a medias con una sábana de raso blanco bordada en oro. Tenía el rostro contraído y los ojos desencajados.

—Abran las cortinas —ordenó el doctor.

No tuvo más que darle un vistazo para saber que estaba muerto. Tenía las pupilas dilatadas y había livideces en sus mejillas y en su frente. Se volvió a la mujer.

—Lo siento —dijo. —No se puede hacer nada.

Ella pareció encogerse aún más en sus vestidos. Su barbilla temblaba.

—¿Quiere decir que está muerto? —interrogó. El médico asintió gravemente, y la mujer rompió a llorar a grandes voces. Intentó tranquilizarla, y cuando lo hubo hecho le habló en tono paternal.

—Esta muerte... no me parece natural. Puede haber sido provocada, ¿comprende? Lo siento mucho, pero me veré obligado a... avisar a la policía. —Ella pareció sobresaltarse.

—¿A la policía, doctor? —Él apoyó una mano en la suya.

—Es... parece que se trate de un envenenamiento.

La mujer se echó a llorar desconsoladamente, y él la dejó que se desahogara. Estuvo reconociendo al hombre, que al parecer no había podido siquiera cambiar de postura. La muerte debía haber sido súbita, y sus gruesas manos crispadas sostenían aún el embozo arrugado. Sus labios, orejas y mejillas tenían una coloración rosada, y de su boca surgía un hilillo de espuma sanguinolenta.

—Tiene que salir de aquí, señora— dijo el médico, tomándola del brazo.

Una muchacha en traje árabe la condujo por el corredor. El doctor las siguió.

—¿Dónde hay un teléfono? —preguntó. La joven le señaló un saloncito dorado.

—Ahí tiene uno —dijo.

Mientras trataba de comunicar con la policía, el médico intentó poner en orden sus ideas. Había notado un extraño olor en el cuarto, aunque las ventanas estaban abiertas de par en par, cubiertas tan sólo por las cortinas de encaje. Era un olor característico... a almendras amargas.

—Cianuro —pensó el médico, y se estremeció.

Volvió a reconocer el cadáver sin apenas tocarlo, y se reafirmó en su convicción: al acercarse a él, el olor inconfundible se hizo más evidente.

***

El fotógrafo de la policía estuvo tomando fotos del cadáver y de la habitación desde distintos ángulos. Varios hombres hacían recuento de los objetos más sobresalientes, y tomaban huellas por todas partes. Sobre una mesa baja había un pebetero, y una pipa de marfil en forma de dragón conservaba todavía el tabaco. Un policía la guardó cuidadosamente en una bolsa de plástico, y el inspector jefe se encaró con el médico.

—¿Dice que ha sido un envenenamiento? —Él dudó unos instantes. Aunque se había formado una idea acerca de la causa de la muerte, tenía que tomar algunas pruebas y hacer varios análisis.

—Eso me parece —contestó. —Pero la última palabra la tiene el forense, como es natural. Yo diría que se trata de una intoxicación por ácido cianhídrico. Es característico el olor.

El inspector lo miró, extrañado.

—¿Cianhídrico? ¿El veneno de los campos de exterminio nazi? —Él asintió.

—Algo parecido. Es un veneno fulminante, que usaban los nazis en las cámaras de gas. Ellos usaron el Zyclon, que era una tierra de infusorios impregnada en cianhídrico. —El policía se limpió el sudor con un pañuelo.

—Pero, ¿cómo han podido hacerlo? —resopló. —Es increíble. —El médico sacó una agenda del bolsillo y anotó algo.

—No lo sé todavía. Puede hacerse rompiendo una ampolla de cianhídrico líquido, o bien exponiendo a la víctima a una sal, como cianuro de calcio o de potasio, que se descompone con la humedad ambiente, desprendiéndose el ácido. Aquí la muerte fue muy rápida, se nota por la posición del cuerpo.

El inspector parecía confuso. Nunca había visto un caso como aquel.

—Pero, ¿no da tiempo a reaccionar?

—No, si la persona está dormida, ya que la muerte puede producirse en pocos minutos, incluso en segundos.

El médico fijó la atención en una complicada lámpara de pie, donde un niño mofletudo y dorado trepaba por una rama de parra con vástagos y hojas. La voz del inspector lo sacó de su abstracción.

—¿Cómo puede asegurar que fue cianuro?

—La víctima, como he dicho, suele caer fulminada bruscamente, sin conocimiento. Su respiración se detiene y aparecen convulsiones. ¿No ha notado esas livideces? —señaló, mostrando la extraña coloración de ciertos puntos en la cara y en el cuerpo. —Además, tenemos el olor.

—Ya lo he notado al entrar en el cuarto —dijo el policía, mirando a la ventana donde la brisa agitaba apenas las recogidas cortinas. —Y no me lo explico, estando las ventanas abiertas.

—Han tenido que abrirlas después —dijo el médico, y él carraspeó.

—¿Ha podido establecer la hora de la muerte? —El médico afirmó con un gesto.

—Dentro de lo que cabe —dijo. —Dado el sensible enfriamiento de la piel, yo diría que la muerte ha ocurrido hace más de cuatro horas. Son ahora las nueve. Digamos que, como muy tarde, murió a las seis de la mañana. Y, desde luego, no hace más de diez horas.

—Entonces, ¿pudo morir anoche? —El médico hizo un cálculo rápido y contestó con

seguridad.

—Pudo morir a partir de las once de la noche, hasta las seis de esta mañana. La dosis mortal de ese producto puede ser de menos de un miligramo por cada litro de aire respirado. Pero, desde luego, en el momento de la muerte la ventana tuvo que estar cerrada.

—¿Quiere decir que alguien abrió la ventana luego? ¿La persona que lo mató?

—No sé quién abrió la ventana, pero puedo asegurar que antes estuvo cerrada.

Para el inspector, todo aquel asunto estaba un tanto oscuro.

—No entiendo muy bien. ¿Puede explicarme mejor el proceso?

El médico dio un vistazo a los policías que seguían con sus respectivas tareas. Contestó:

—El cianuro paraliza el sistema nervioso central. Mata a dosis entre quince y veinte centigramos, provocando un espasmo convulsivo con respiración superficial e irregular. Por fin llega el síncope respiratorio, con el consiguiente paro cardíaco. Las ventanas abiertas hubieran atenuado la peligrosidad de este producto.

El inspector aspiró hondo. Luego se volvió a uno de sus ayudantes.

—¿Han encontrado algo? ¿Alguna muestra de cristal que pudiera pertenecer a una ampolla? —El aludido alzó la cabeza.

—Nada de cristales —dijo. —Y la pipa, según creo, no contiene más que tabaco del mejor. No entiendo de venenos, pero no me falla el olfato —bromeó. —Hay huellas de muchas personas aquí, pero seguramente pertenecen al muerto, a la familia y a los criados. Hemos sacado muestras de todo.

—Está bien —dijo el inspector. —Pueden seguir.

No habían pasado diez segundos cuando un joven policía llamó su atención.

—Mire esto —indicó. A un extremo del dormitorio, dentro de una jaula dorada, una pareja de papagayos yacía, exánime. El médico se aproximó.

—Envenenados con cianuro —dijo.

El inspector jefe parecía agotado. Nuevamente, uno de los policías lo llamó desde la ventana, y él se aproximó.

—¿Qué ocurre ahora?

—Venga aquí —dijo él. —¿No es curioso esto?

Había una buena cantidad de moscas y mosquitos muertos, todos en el interior de la habitación, todos al pie de la ventana.

—Recógelos —indicó el jefe. —Tenemos que analizarlo todo. Hablaré con la anciana, y a continuación interrogaré a todas las personas que hayan pasado la noche en esta casa. Que no salga nadie bajo ningún pretexto, si es que el asesino no se ha esfumado ya.

Un fornido policía entró en la habitación, llevando en la mano un puñado de fotografías.

—Hay en la casa un pequeño estudio fotográfico —dijo, mostrándolas. —Un “cuarto oscuro”, como suele decirse. —Su jefe lo miró con extrañeza.

—Es curioso —dijo. —Un millonario árabe con afición a la fotografía casera. —El médico acudió, interesado.

El cianuro de potasio se utiliza en fotografía —indicó. El inspector lo miró.

—¿Dónde más puede encontrarse? —El médico parecía cansado de dar explicaciones.

—Lo contienen las almendras amargas y también los huesos de cereza, y los de albaricoque —dijo secamente.

—¿Es posible? Quién lo diría. Habrá que registrar la cocina.

—Ya lo hemos hecho —dijo el ayudante. —Ni rastro de almendras amargas.

Cubrieron el cadáver con la sábana de raso y cerraron de nuevo las cortinas.

Fuera, la vieja señora aguardaba en el saloncito dorado. Ocupaba un pequeño escabel, y su estentóreo dolor de antes había dado paso a una gran pasividad. Parecía ahora una pequeña figura tallada en madera.

—Lo siento, señora, pero tengo que hacerle unas preguntas —dijo el policía. —Usted, doctor, no se retire.

La anciana cerró los ojos y suspiró.

—Pregunte lo que quiera —dijo.

—¿Sabe si alguien entró esta mañana en la habitación de su hijo antes que usted? —Ella denegó.

—Yo fui quien lo encontró —pronunció en voz baja. —Traté de hacerle reaccionar, le hablé, pero vi que estaba... muy mal. Por eso mandé avisar al doctor.

—Es cierto —dijo el médico. —Faltaban unos minutos para las ocho.

—Señora, ¿a qué hora entró usted en la habitación de su hijo? ¿Abrió las ventanas?

—preguntó el policía. —Ella dudó un momento. Luego contestó:

—Yo no toqué las ventanas. Eran las siete y media cuando entré. Yo duermo poco, y a esa hora ya he hecho mis abluciones y he cumplido con mis obligaciones religiosas. Todos las días, sobre las siete y media, entro en la habitación de mi hijo para ver si necesita algo. Él era mi consuelo, ¿sabe usted? Lo único que tenía en el mundo. Ahora... ahora ya no tengo nada.

El pequeño bulto se estremeció y los ojillos se cerraron de nuevo.

—¿Notó un olor extraño? —preguntó el policía, y ella abrió los ojos.

—Ay, pobre de mí —suspiró. —Hace mucho que perdí el sentido del olfato, señor. No puedo disfrutar de los hermosos perfumes que Laia hace para mí, aunque tampoco me molestan los malos olores. En cambio, mi oído es todavía fino. Si yo le contara... —El policía disimuló su impaciencia.

—¿Quién es esa Laia? —preguntó. Ella lo miró de arriba a abajo.

—Es la última esposa de mi hijo. Es una maravilla, según dicen, extrayendo perfumes de hierbas aromáticas. Pero yo no puedo percibirlos. —El policía la interrumpió.

—Muy bien, señora —dijo. —Usted duerme en esta misma planta, si no me equivoco. ¿Oyó a alguien entrar o salir de la habitación de su hijo?

—¿A qué hora? —preguntó la anciana.

—Digamos... a lo largo de toda la noche. ¿Su hijo pasaba la noche solo?

Ella pareció muy ofendida.

—¡Ah, no, señor! Mi hijo tiene... tenía dos esposas y varias concubinas. Todas éstas viven aparte, en un pabellón al fondo del jardín. Fátima, la esposa blanca de mi hijo, ocupa un ala de esta casa —explicó, con cierto despecho. —Laia, la esposa negra, vive en una pequeña casa en el jardín, con sus criadas y doncellas.

El policía carraspeó con cierto embarazo.

—Y... ¿con cuál de ellas... ejem... solía pasar la noche? —La anciana habló con un deje de orgullo.

—Las esposas lo visitaban en su alcoba, una noche cada una. Luego, de madrugada llamaba a alguna de sus concubinas. —El policía resopló.

—Vaya —dijo. —Y anoche, ¿quién fue la afortunada?

La anciana sonrió. Sus ojillos brillaban.

—Esta noche... vinieron las dos.

—¿Las dos? —preguntaron al unísono el médico y el policía. Ella se encogió en su ropaje.

—Algunas veces ocurría. Mi hijo era joven y fuerte, ¿saben? —El policía estaba atónito.

—¿Por qué sabe que lo visitaron las dos?

—Lo sé porque las oí, y hablé con ellas —contestó la anciana.

Hizo una mueca de cansancio, como si el interrogatorio fuera demasiado para ella. El policía insistió.

Explíquese —dijo. —¿Cuándo habló con ellas?

La mujer escondió sus renegridas manos entre los pliegues de su ropa blanquísima. Su voz se hizo profunda.

—Sobre las dos de la madrugada, yo estaba despierta. Lo sé, porque oigo las campanadas del reloj de pared que hay en el corredor. Como tengo necesidad de levantarme a menudo a causa de mi edad, suelo tener junto a mi cama unas chinelas y algún chal. Oí un ruido hacia el vestíbulo, me levanté, y el corredor estaba a oscuras. —El policía estaba en ascuas, pero trataba de disimularlo.

—¿Había alguien? —preguntó. Ella siguió hablando con parsimonia.

—A las doce, Fátima había entrado en la habitación de mi hijo. Ahora se dirigía a las suyas en el ala derecha. No tiene reparo en despertarme con su taconeo —añadió en tono de reproche.

—¿Podemos verla? —preguntó el inspector.

—Estará durmiendo todavía —dijo la anciana con desprecio. —O duerme, o yace con mi hijo, o acude a fiestas o está metida en ese cuarto oscuro. —El policía alzó la mirada.

—¿El cuarto de las fotografías? —La mujer asintió.

—Son fotografías obscenas, ¿sabe usted? Nada propio de una señora, y menos de nuestra religión. Que Alá nos proteja —dijo con un gesto devoto. —Antes, ella quiso ser periodista o algo así. ¿Puede imaginárselo? Pero debió convenirle más la fortuna de mi hijo Hassan.

—¿Puede hacer que la llamen? —inquirió el policía. La anciana pulsó un timbre que tenía al alcance, y apareció una jovencita con vestiduras árabes. La anciana se dirigió a ella

en tono autoritario.

—Avisa a Fátima —le dijo. —Estos señores quieren verla. —El policía volvió a carga.

—¿Qué hizo usted anoche, después de hablar con su nuera? ¿Volvió usted a su cuarto? —Ella se rebulló un momento.

—Volví a mi cuarto, sí. No podía dormir por los mosquitos y el calor. Serían las tres de la madrugada cuando conseguí dormirme de nuevo.

—¿Y la segunda esposa de su hijo? —preguntó el policía. Ella hizo un gesto vago.

—A eso voy. Ellas entran y salen, y una tiene que escucharlo todo aunque no quiera. No llevaba dos horas durmiendo cuando de nuevo oí ruido. Me levanté otra vez y fui al corredor. Entonces vi que Laia acababa de salir del dormitorio de mi hijo. La distinguí muy bien, porque ya estaba amaneciendo y entraba la luz por las ventanas —suspiró. —Ahora, ¿ pueden dejarme ya? Estoy muy cansada. Quiero volver al oratorio.

El médico la ayudó a incorporarse y la acompañó fuera. En el corredor vio a una joven con una espléndida figura: vestía a la europea con un traje estrecho y corto, y parecía consternada. Estaba muy pálida y sin maquillar, pero, aún así, su rostro era hermosísimo.

—Ya me lo han dicho —pronunció tensamente. —Sé que tendrán que interrogarme.

En el saloncito ocupó una silla junto a una mesita lacada. El policía permaneció de pie.

—¿Es usted aficionada a la fotografía? —preguntó. Ella pareció sorprendida.

—Sí, claro, siempre lo he sido —contestó. —¿A qué viene eso?

Había cruzado las piernas, y la falda estrecha dejaba entrever sus bonitos muslos. El policía la observó.

—¿Sabe de qué ha muerto su esposo? —Ella se le quedó mirando con sus grandes ojos soñadores.

—No tengo ni idea —contestó. —¿Lo saben ustedes?

Fue poco lo que pudieron obtener de su declaración, que coincidía con lo dicho por la anciana. Tampoco los criados pudieron arrojar luz sobre lo sucedido. Nadie vio nada, nadie escuchó nada fuera de lo habitual. En aquella mansión las excursiones femeninas al dormitorio principal eran habituales: a través del jardín, no era extraño toparse con la figura grácil y ligera de alguna concubina.

—Quiero ver a Laia, la segunda esposa —indicó el policía. La doncella aludida bajó la mirada.

—Ella no descubre su rostro ante ningún hombre— dijo con una dulce voz. —Y menos, ante un extranjero.

—No importa —dijo él. —Puede hablar con la cara tapada.

El médico miró a su alrededor y comentó algo sobre la decoración de la casa. Pasados unos minutos sonaron unos golpecitos a la puerta, y el policía se apresuró a abrirla. Ante él tenía una figura femenina envuelta en blancas gasas. Traía el rostro cubierto con un velo dorado, pero sus ojos eran negros y profundos.

—Pase y siéntese —dijo él. —Tenemos que hablar.

Ella se sentó en el mismo escabel que había ocupado su suegra. Lo hizo modosamente, con las rodillas juntas bajo la amplia túnica. De pronto, con un movimiento de su pequeña mano hizo que el velo de la cara se desprendiera, aunque el cabello seguía oculto. Su piel era casi negra, pero sus facciones eran delicadas y finas. Parecía una niña.

—¿Sabe lo que ha ocurrido? —preguntó el policía, y ella asintió suavemente.

—Las malas noticias llegan pronto —dijo con un gracioso acento. —Todos en la casa lo saben, por desgracia.

Sus diminutos dedos juguetearon con su cinturón de seda. El policía frunció el ceño.

—¿Cuándo vio por última vez a su marido? —Ella contestó con la mirada baja.

—De madrugada, entré en su habitación. Me sentía muy sola y vi luz en el ala este, por lo que supuse que Fátima no estaba con él.

Hablaba con timidez, como si la avergonzara su propia confesión. El policía observó conmovido la gran pureza de aquel rostro, de facciones infantiles.

—¿Alguien la vio entrar o salir de la alcoba? —Los blanquísimos dientes de ella brillaron en una triste sonrisa.

—Mi señora madre me vio salir —dijo en un susurro. —Ella siempre vigila. Hablamos unas palabras antes de que volviera a su alcoba.

Los ojos de la muchacha eran inocentes y abiertos, y todo en ella rezumaba dulzura. El policía la miró fijamente.

—¿Es cierto que hace usted perfumes? —preguntó. Ella contestó con orgullo.

—En mi tribu, todas las jóvenes de la nobleza conocen los secretos de las plantas —dijo en tono muy suave. —Hacemos perfumes, y bálsamos para curar.

—¿Y también venenos? —intervino el doctor. Ella no pareció inmutarse.

—También conocemos los venenos —dijo, sonriendo. —Los que destruyen a las alimañas y los que combaten las plagas del campo. Es nuestra obligación, señor. —El policía la observó de nuevo.

—Bien, dice que visitó la habitación de su esposo. ¿Él se encontraba bien?

—Él estaba muy bien —dijo la joven con convicción. —Es más, lo dejé durmiendo con placidez. Luego volví a mis habitaciones donde mis criadas me aguardaban despiertas. Me ayudaron a tomar un baño perfumado, y me vistieron para dormir.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó el policía, y ella trató de recordar.

—No puedo decirlo —contestó. —Nunca uso reloj. Sé que estaba amaneciendo.

***

—Bien, ¿qué opina usted? —preguntó el médico. El policía estaba pensativo.

—No estoy seguro de nada —contestó. —Necesito un café.

Les sirvieron sendos cafés muy calientes en vaso, del que surgían unas ramitas de hierbabuena. Ambos los paladearon con fruición, tratando de no abrasarse. El policía se enjugó los labios con su pañuelo.

—Tenemos tres posibilidades —indicó, como hablando consigo mismo. —Bien, volvamos a los hechos: el hombre ha sido hallado muerto por su madre a las siete y media de la mañana, o al menos eso dice ella. —El médico lo interrumpió.

—Ella dice que lo creyó enfermo, pero yo no la creo. Esa mujer ha debido ver en su vida muchos cadáveres para no reconocer uno. —El policía asintió.

—Es cierto —dijo. —La mujer no es tonta, ni mucho menos. Quizá sepa más de lo que dice saber. Pero no se puede llamar a un médico para que reconozca a un cadáver. —El médico parecía enfrascado en sus pensamientos.

—En el dormitorio había dos pájaros muertos —pronunció en voz alta. —No obstante, estaban abiertas las ventanas.

—Así es —corroboró el policía. —El somero examen que usted realizó sobre las ocho, hizo que estableciera la hora de la muerte en no más de diez horas antes, ni tampoco menos de cuatro. Lo cual fija esta hora entre las once de la noche y las seis de la mañana, ¿no es así? —El médico afirmó.

—Si, así es. Y que murió casi instantáneamente, y por cianhídrico.

El policía emitió un fuerte resoplido.

—Pero aún no sabemos en qué forma le administraron el veneno, ni quién lo hizo.

—Me inclino por la segunda esposa, a pesar de las apariencias —dijo el médico. —Porque, si hubiera sido la primera, Laia hubiera dado la voz de alarma. —El policía chasqueó la lengua.

—No esté tan seguro, amigo. Aunque así hubiera sido, ella tenía motivos para no querer hacerlo. No hubiera podido probar que no era la asesina, ya que había entrado en la casa sin ser vista por nadie. Y aunque procuraba salir de la misma manera, no contaba con la presencia de su suegra. —El médico lo interrumpió.

—Tiene el testimonio de sus criadas —dijo. El otro sonrió, burlón.

—¿Sus criadas? Seguramente son de su propia tribu, se dejarían despellejar por ella con tal de protegerla. Bien, prosigamos —indicó. —Tenemos dos sospechosas principales, si descartamos a la madre. Cualquiera de ellas pudo hacerlo: Fátima estuvo con él hasta las dos de la mañana y Laia salió a las seis. Así no llegamos a nada. —El médico consultó su agenda.

—Me parece que ya lo tengo— dijo con excitación.

Con paso rápido abandonó la sala, seguido por su atónito amigo. Entraron en el dormitorio, donde todavía permanecía el cadáver, y el médico se acercó a la mesa baja.

—Qué idiotas hemos sido —masculló. Luego se volvió hacia el policía. —¿A qué hora amanece exactamente? —El otro dudó un momento.

—En esta época del año, más o menos a las cinco —contestó. —¿A qué viene eso?

—Exacto —dijo el médico con expresión triunfante. —Sobre las cinco ya es de día. ¿Le importa que avisen a Laia? Me gustaría aclarar una cosa.

La hicieron llamar, y al entrar en el cuarto ella dio un rápido vistazo al cuerpo cubierto que yacía sobre la cama. Pareció estremecerse.

—¿Me han llamado? —El policía asintió.

—El doctor tiene que preguntarle algo.

Ella se descubrió el rostro, tomó asiento y el médico se situó enfrente. Su expresión era grave.

—Dice que visitó a su esposo de madrugada, y que amanecía cuando salió. Que tomó un baño al volver a su alcoba. ¿Podrían traernos las sirvientas la ropa que usaba en la habitación de su esposo? —Los ojos de ella parpadearon.

—Oh, no —dijo suavemente. —Ningún hombre puede contemplar mi ropa de noche, si no es mi marido.

La voz del médico sonó tajante, extrañamente fría.

—Por una vez tendrá que consentirlo —indicó. —Por favor, dé la orden a una de sus doncellas. —Ella pareció ruborizarse bajo su oscura piel.

—Seguramente, la han llevado a lavar. —El policía hizo un gesto de impaciencia.

—No puedo creerlo. De todas formas, llame a su criada.

Ella miró a los lados. Luego, resignadamente, pulsó un timbre. Una doncella entró.

—Trae la ropa que me quité de madrugada —le dijo.

Su barbilla tembló. A poco, la criada volvía con unas ropas en una bandeja, y las dejó sobre la mesa baja. Había allí una túnica transparente y un chal de espeso tejido dorado. Pronto, un olor conocido se había extendido por la pieza. La muchacha se puso en pie de un salto.

—No tienen derecho... —protestó. El médico cogió las prendas en la mano y hundió su cara en ellas.

—Cianuro —indicó. Ella estaba furiosa. Parecía haber envejecido en un momento.

—No pueden acusarme de nada —chilló. —Él ya estaba muerto cuando yo entré en la habitación.

—No es cierto —dijo el médico, obligándola a sentarse de nuevo. —Usted estuvo de madrugada con su esposo, vivo. Cuando salió por la mañana, entraba luz por los cristales. Había cogido sales de cianuro del laboratorio fotográfico de Fátima, y las volcó en el pebetero encendido. Salió al baño contiguo y esperó a que él muriera. Luego, protegiéndose con el chal, abrió las ventanas.

Ella se habla agazapado en su asiento. Parecía una gata a punto de saltar.

—Eso no es cierto —dijo. —Es una calumnia. ¿Por qué no le preguntan a Fátima? ¿ Quizá, porque ella es de su raza, y no una negra como yo? Ella maneja esos venenos en su laboratorio. —El médico la observó severamente.

—Por eso, usted urdió su plan. Lo preparó con todo detalle, aprovechando que aquella noche pertenecía a su rival. Pero no contó con los mosquitos y las moscas.

Se hizo un silencio tenso. El policía emitió una exclamación.

—¿A qué se refiere? —El médico sonrió con tristeza.

—Ella encontró a su esposo vivo —repitió. —Pero cuando lo dejó estaba muerto, y también los dos pájaros habían muerto en la jaula; las moscas y mosquitos murieron también, pero estaban junto a la ventana, atraídos por la luz del amanecer.

En los ojos del policía brilló un destello de comprensión.

—Era de día cuando murieron los insectos —dijo en tono admirativo. —De no ser así, se hubieran encontrado cerca de la lámpara que hay en la mesa de noche. —El médico asintió.

—Así es —dijo. —Fátima no pudo hacerlo, ya que lo visitó por la noche. La luz del día atrae a los insectos junto a la ventana.

Hubo un nuevo silencio, que rompió el policía.

—Lo siento, señora —le dijo. —Tendrá que acompañarme, acusada del asesinato de su esposo.

LA PENSIÓN

La edad de la mujer era indefinida, por encima de los sesenta años. Llevaba dos años viviendo en el barrio, y algunos decían que había venido a menos, que antes vivía en el centro con su marido, que era empleado de oficina. El marido había muerto antes de que ella se trasladara, y desde que estaba aquí había trabajado de asistenta, hasta que se partió el brazo.

Sus vecinas la apreciaban porque era una mujer callada y limpia, que no se metía con nadie. Hablaba poco, pero siempre que la necesitaban ella se prestaba para echar una mano a un anciano o cuidar gratuitamente a unos niños cuya madre estaba en el hospital. Todos sabían que andaba mal de dinero, pero nunca había pedido nada a nadie.

—Parece una verdadera señora —decían. —Ha debido vivir muy bien.

—Pero cobrará la viudedad, ¿No?

—Que yo sepa, no cobra nada. Al parecer, la empresa no había pagado los seguros sociales.

Poco a poco fueron viéndola menos. Salía muy temprano y volvía casi de noche. Luego se había caído en la zanja, y se partió el brazo derecho por varios sitios. No pudo volver a trabajar.

Cada vez se volvía más reservada. A veces, pasaba semanas enteras sin que se la viera por la tienda. Tan sólo frecuentaba la panadería, y eso tampoco a diario.

—No sé qué es lo que come —decía la madre de los niños. —Y yo tampoco puedo ayudarla.

Últimamente, se la había visto más contenta. Al parecer, habían empezado a pagarle. Se compró un vestido nuevo y regaló caramelos a los niños. Eso fue en el otoño, pero pronto empezaron de nuevo las dificultades. La paga dejó de llegar.

Hizo reclamaciones, y ni siquiera le contestaron. Pasó el verano, y los pocos ahorros se agotaron. Aún así, ella no se quejaba.

—Todo se arreglará —se decía. —No voy a tener tan mala suerte.

Empezó a buscar trabajo, pero el brazo no le había quedado bien, y no podía sujetar siquiera un cubo de agua. Su nueva patrona la despidió.

—Yo no puedo hacer obras de caridad —le dijo. —Le pagaré la semana, pero no vuelva.

Supieron los vecinos que hacía seis meses que no cobraba su pensión. Ahora solía sentarse a la puerta de su casa, pero su carácter había cambiado. Contestaban con monosílabos a los saludos, y parecía que hasta los niños le molestaban.

Todos los días aguardaba el correo, y nada llegaba. Alguna vecina trató de pasarle comida, pero ella daba las gracias tristemente y la rechazaba.

—No tengo apetito —decía. —De todas formas, se lo agradezco mucho.

En su ventana, ya no se encendía la luz de una pobre bombilla. En la tienda, casi no se acordaban de ella.

—Debe vivir del aire —decían.

Dejaron de verla incluso en la panadería. Había adelgazado tanto que tenía las piernas como palillos, y los ojos hundidos en la cara. Cuando llegó al barrio andaba erguida, y ahora apenas podía caminar.

—Parece un pajarito —decía la madre de los niños. Su vecina de al lado torcía el gesto.

—Eso le pasa por ser tan orgullosa. Parece que la hacemos de menos cuando queremos ayudarla.

Aquel día el cartero llevaba una carta, y se detuvo dudando. Le preguntó a un chiquillo, y él le señaló un grupo de casas.

—Es ahí —indicó. —Pasando esa zanja.

La recogió una vecina que era medio gitana.

—¿Para quién es? —preguntó. —Yo no sé leer.

Él le dijo el nombre de la de destinataria, y ella le indicó que se fuera tranquilo. Ella le daría la carta. Llamó a la puerta, pero nadie contestó.

—Tiene correo —dijo por la ventana, alzando la voz.

Aguardó un momento, pero no contestaba nadie. Llegó la vecina de al lado y ella le dio la carta. La vecina entró en la casa y se detuvo mirando el par de sillas desportilladas y el

hornillo apagado. La vieja mesa camilla tenía un tapete de ganchillo. Encima estaba la foto de un hombre.

—Era su marido —le dijo a la gitana. —Parecía majo.

La anciana no estaba, ni la encontraron en el pequeño patio posterior. Entraron de nuevo la casa, y entonces la vecina vio sobre la cama un papel plegado, escrito con letra vacilante. Decía: “Para el que lo lea”. Dentro encontró una nota: “Estoy en el pozo”, leyó. La gitana se santiguó deprisa.

—Se ha tirado al pozo —balbució.

Dieron parte a la policía, y allí estaba. Tuvieron que bajar al pozo y la subieron atada a una cuerda. Cuando la izaban, apenas pesaba.

—Pobre desgraciada —decían.

El policía estuvo dudando, pero al final se decidió a abrir la carta. Rasgó el sobre y resultó ser una orden de pago por tres trimestres atrasados.

—Habrá que entregársela al juez —dijo, moviendo la cabeza. —Ha llegado demasiado tarde.

EL TIMBRE

Era de madrugada cuando los cuatro compinches intentaron atracar el supermercado. Llevaban meses preparando aquel golpe, y según sus cálculos, no habían dejado ningún cabo suelto. No obstante, y sin saber cómo, la policía los estaba esperando. No hubo tiempo de cruzar reproches ni de establecer responsabilidades: quizá el soplo de alguna amiguita; eso ya se vería.

Fue un tiroteo corto, y los delincuentes habían conseguido huir sin ser detenidos. Conocían de sobra el lugar, y habían previsto los posibles contratiempos; no obstante, uno de ellos había caído muerto.

—Mierda —dijo el que iba al mando.— El culpable de esto me lo pagará.

En realidad, se trataba de una bala perdida que había rebotado contra una estantería de metal.

Hay que llevarlo con nosotros —dijo un tipo rechoncho, de mentón cuadrado. — Si lo dejamos, no tardarán de dar con el resto del grupo.

Rápidamente lo cargaron entre todos. Había recibido el balazo entre las cejas, y sus ojos estaban abiertos en un gesto de estupor. Se escurrieron hacia una ventana trasera en el sótano, que daba a un descampado.

—Hay que esconder el cadáver —dijo el jefe.

Lo más silenciosamente que pudieron atravesaron la explanada, y llegaron hasta un taller mecánico donde entraron, cerrando. El jefe desapareció en el interior, y volvió con una gran maleta. Los otros lo miraron, extrañados.

¿Es que te vas de viaje? —Él torció el gesto con una mueca desagradable.

—No hay más remedio que hacerlo —gruñó.

—¿Hacer qué? —dijeron los otros al unísono.

—Hay que descuartizarlo. Es la única forma de hacer desaparecer el cuerpo.

El jefe había abierto un arcón de madera, y sacó unas viejas herramientas. Los otros lo miraron, horrorizados.

—Todos lo apreciábamos —dijo uno con un quejido. Él asintió, pero se dispuso a comenzar la tarea.

—Lo sé. Ahora no podemos hacerle ningún daño. No se enterará.

Comenzaron su macabra labor. Envolvieron las es extremidades en un plástico, junto con la cabeza. Lo más difícil fue el tronco, que debieron dejar casi entero.

—Lástima —dijo uno. —Con lo buen muchacho que era.

Cuando ya estaban terminando, sonó el timbre que había junto a la entrada del taller. Todos se quedaron rígidos, con los ojos fuera de las órbitas y notando correr el sudor.

—Abre tú —dijo el dueño, cerrando la maleta.

El más alto se acercó a la puerta, como quien se aproxima a la silla eléctrica o a la cámara de gas. Abrió con mano temblorosa, y se quedó apoyado en el marco.

—¿Qué pasa? —dijo con voz estrangulada.

Junto a la puerta estaba un policía joven. A la luz de una débil bombilla, su rostro mostraba sorpresa.

—¿Qué ocurre? —repitió el hombre.

—Estaba haciendo la ronda por aquí. Me ha parecido oír algo raro.

Nadie respiraba en el taller. La puerta permanecía entreabierta, y dentro no se veía a nadie. El hombre tragó saliva.

—Es que... estaba haciendo una chapucilla. Algo que tengo que entregar por la mañana.

El policía dio un vistazo por el local, sobre el cúmulo de trozos de hierro y de chatarra. El otro se apartó, y él entró en el taller.

La maleta estaba en un rincón, entre varios neumáticos. Los compinches habían desaparecido, y nada parecía irregular. El policía giró sobre sus talones, y el hombre alto respiró. Luego, el funcionario sacó un cuadernillo, y tomó unas notas. El otro se sobresaltó.

—¿Ocurre algo?—preguntó.

—No... no. No es nada de importancia.

Extrañamente, el policía parecía confuso, como si se hallara en un apuro. El otro dio un paso adelante.

—¿Quiere usted algo más? Yo... yo quería marcharme. He tenido mucho trabajo hoy.

Entonces miró fuera, y la vio. Apoyada en el muro, a la luz de la pobre bombilla, había una muchacha que no debía haber cumplido los diecisiete. Aún así, tenía aspecto de llevar algún tiempo haciendo la calle. El policía se disculpó torpemente.

—Yo... bueno, ya nos vamos.

Era indudable que había sido sorprendido en algo que no aprobarían sus superiores. El hombre alto se percató de la situación, y decidió aprovecharse.

—¿Le parece decente? —dijo con el ceño fruncido. —Yo diría que se trata de una menor. Retírese del timbre, señorita, y otra vez tenga más cuidado con dónde se apoya.

Ella bajó la mirada y se dejó conducir sin decir palabra. El policía estaba avergonzado.

—Tendría que denunciarlo —le dijo el hombre alto. Él movió la cabeza.

—Lo siento. No había querido molestar.

—Buenas noches —le dijo el hombre. —Y tenga más cuidado con las compañías que elige estando de servicio, o lo denunciaré por corruptor de menores.

Se dispuso a atrancar la puerta, y dio un vistazo al fondo del local. Allí, la maleta seguía junto a los neumáticos, entre una multitud de trastos viejos y de piezas herrumbrosas.

EL NÚMERO CIEN

Era un despabilado agente de seguros, que había sabido abrirse camino en el sector, pese a la gran competencia.

—Este mes ha sido muy bueno —dijo, estirando las piernas por encima del brazo del sillón.

—Y que lo digas. Nos vamos superando. Nunca creí que la medicina diera para tanto.

—Hay que brindar por nuestro aniversario —sonrió el otro con un guiño.

Era un negocio bien montado. Él había sido un abogado sin pleitos, como tantos otros compañeros que acabaron con él la carrera. Pero había una diferencia: él no estaba dispuesto a fracasar. Y como no tenía padrinos, tuvo que usar la imaginación.

El médico se había jubilado hacía tiempo, y aún así su apariencia era saludable. A pesar de que pasaba de los setenta años, nadie le calculaba más de sesenta. Era un hombre bien parecido, con unos ojos inteligentes y hermosos.

No obstante, se había casado tarde. Nadie sabía el motivo, pero pese a traer muchas criaturas ajenas al mundo, no parecía por la labor. Hasta que conoció a aquella bonita enfermera, que lo había llevado al altar cuando ya no cumplía los cincuenta.

Sus hijos varones estaban ahora en la universidad y eran dos buenos estudiantes. Uno seguía la carrera del padre y al otro le había dado por la filosofía.

La hija mayor iba todavía al colegio y era muy parecida a su padre. Tenía como él el cabello abundante, que le caía en una bonita melena, y los ojos grandes y azules. En realidad, era su preferida.

Su esposa se conservaba bien, y también se cuidaba todo lo que podía. Desde su matrimonio había permanecido en casa, sin trabajar.

Bastantes orinales he vaciado ya —solía decir. —Que lo hagan otras ahora.

El abogado era un muchacho recio, que acaba de cumplir treinta años. Se habían conocido en el campo, en el transcurso de un veraneo, cuando él todavía buscaba trabajo. El médico acababa de jubilarse, y comentaba entonces las cualidades de un producto farmacéutico.

—Una droga maravillosa —dijo. —Administrada a las dosis adecuadas, puede hacer prodigios. Claro, que siempre por mano de un especialista. Se me ha ocurrido una idea que podría dar mucho dinero.

Luego rió, en forma socarrona. Había congeniado con aquel joven abogado, y quería ayudarlo. También quería ayudarse a sí mismo. Se le había venido encima la jubilación cuando más gastos tenía, y su mujer no estaba dispuesta a trabajar.

—No es más que un poco de digitalina —agregó. —Creo que podríamos montar un gran negocio relacionado con las compañías de seguros que cubren el riesgo de enfermedades cardíacas.

Fue dicho y hecho. El abogado aportó sus conocimientos legales, y formaron la sociedad. Suscribían pólizas a sus clientes sanos, escogidos entre conocidos y gente de toda confianza. Dejaban pasar unos meses, y cuando llegaba el momento les administran la dosis exacta de digitalina.

Los internaban a los primeros síntomas, procurando no repetir demasiado a menudo el centro hospitalario. En ningún caso el paciente sucumbió a la enfermedad, y todos se recuperaban después del ataque cardíaco.

El producto del seguro lo cobraban entre todos, paciente incluido. Y, por supuesto, todos procuraban mantener el asunto en privado. No había peligro de que nadie se fuera de la lengua.

En el hospital, les hacían electrocardiogramas, y todas las pruebas pertinentes. Nada podía distinguir aquellos ataques provocados del verdadero infarto. El último paciente era un hombre robusto, con aspecto de ser hipertenso.

—Trombosis coronaria —dijo el médico de guardia, moviendo la cabeza. El abogado estaba al quite.

—Necesitaré el certificado —dijo. El otro asintió, y se lo entregó en su despacho. Ahora, los dos socios estaban calculando el nuevo éxito. El abogado se miró los zapatos.

—Justamente hoy es nuestro tercer aniversario —dijo. —Lo recuerdo como si fuera ayer. Tengo que confesar que pasé un buen susto la primera vez, con aquella buena señora. Era su suegra, ¿Verdad?.

El médico consultó el fichero, y asintió.

—Hoy goza de perfecta salud. Con el producto del seguro se compró un abrigo de visón.

Estuvo hojeando las fichas, y luego miró al joven compañero.

—Un total de noventa y nueve —afirmó, satisfecho. —No está mal, no está mal. Si no fuera por esto, no sé cómo iba a pagarles los estudios a los chicos. Y mi mujer, ya sabes. Vamos ya por los dos millones en seguros —dijo, mirando al compañero.

—Es todo un récord —dijo él. —Claro, que sólo nos corresponde una tercera parte a cada uno. En fin, hay que tener en cuenta que el cliente tiene sus derechos.

—Por cierto, esta mañana ingresamos al número cien— dijo el médico, levantándose. —Es un médico paisano mío. Todo ha marchado como una seda. Toma —dijo, alargándole unos papeles. —Encárgate de todo.

—¿Te encargas tú de llevarle su parte al enfermo? —preguntó el abogado, levantándose a su vez. El otro asintió.

—Desde luego —dijo. —En cuanto vuelva a casa sano y salvo.

—Yo iré también. Es todo un aniversario —rió el compañero. Y podemos llevarle además una botella de champán. Hay que tener contenta a la clientela, ¿no crees?

—Bien, iremos los dos. Luego podremos salir a tomar unas copas. La cosa lo merece.

Se abrió la puerta, y ante su asombro apareció el nuevo cliente. Tenía un aire sonriente, y más parecía un hombre de ciudad que un médico rural. Él lo conocía desde que hicieron juntos la carrera, y lo había elegido por eso.

Estaba acompañado de otro hombre, lo que les extrañó. Lo primero que se advertía al beneficiario era que ningún extraño pisaría aquel despacho. Ni siquiera la esposa y los hijos del médico conocían su existencia. Menos, un desconocido. El cliente entró, cerrando la puerta.

—Lo siento —dijo. —Me esperan en la comisaría, y ustedes dos van a acompañarme.

Las expresiones de ambos fueron dignas de ser tomadas en fotografía. La boca del abogado se abrió, y los ojos del médico se desencajaron.

—No habrás dado el chivatazo —dijo éste sordamente. — Estaba seguro de ti, y te he demostrado mi confianza. Todos ganaremos lo mismo, y en realidad no hacemos daño a nadie. Las compañías de seguros tienen mucho dinero. —Él sonrió.

—No he dado ningún chivatazo. Además de haber hecho la carrera de medicina, luego cambié de profesión. He llegado a comisario. Me parecía que eran demasiados infartos en tan poco espacio de tiempo...

—¡Qué dices!

El médico parecía abrumado. Con razón, desde un principio había dudado de aquella alianza.

—Por fin he descubierto el truco de la digitalina —dijo el nuevo paciente. —He tenido que prestarme a esta mascarada, pero ha merecido la pena.

—Hijo de... —rugió el abogado, echando fuego por los ojos.

El médico se dejó caer en un sillón. De pronto, todo se le venía abajo. Ya no pensaba en la carrera de sus hijos ni en los abrigos de su mujer.

—Vaya un aniversario —suspiró.

CRIMEN Y CASTIGO

El café del pueblo estaba lleno a rebosar. Era un pueblecito de la sierra, cercano a la capital. Hacía unos años que había comenzado su época dorada; antes era una pequeña población con su plaza y su iglesia, pero actualmente muchas familias llegaban a pasar las vacaciones y los fines de semana, con lo cual se había ido extendiendo en forma de edificios de apartamentos y de bonitos chalés.

Todos comentaban lo ocurrido: en una casa a las afueras un hombre había aparecido asesinado, con un tiro en la espalda. El muerto tenía cincuenta años, y un aspecto imponente: era alto y musculoso, y debía practicar deporte, puesto que se había hecho construir un gimnasio completo.

Nadie conocía su origen. Había llegado allí diez años atrás, y aunque se mostraba amable con sus convecinos, de cuando en cuando desaparecía y se ausentaba por algunos meses.

—Debe ser argentino, o así —decían en el bar. —Tiene un acento raro.

Pero él no entraba en detalles de su intimidad. No se sabía nada de sus actividades, pero lo cierto era que parecía sobrarle el dinero.

—Era una buena persona —fue el comentario general. —Nunca tuvo problemas con nadie. —El dueño del local asintió.

—Pagaba religiosamente, y daba muy buenas propinas.

El inspector de policía estaba sentado a una mesa tomando un café, junto con dos ayudantes, y con el alcalde del pueblo. Habían llevado a cabo con todo interés la investigación, pero no hallaron ninguna huella digna de tenerse en cuenta. Alzó la mirada, y vio que un hombre alto y rubio se había detenido frente a él.

—¿Puedo sentarme? —preguntó el tipo, sonriendo. Llevaba una pipa encendida en la mano, y tenía los ojos claros y acerados. El alcalde retiró su silla.

—Cómo no, Mr. Hughs —asintió. —Puede hacernos compañía.

Hablaron del tema del día, que se presentaba conflictivo. El muerto había aparecido en el salón, de bruces en el suelo, y había un vaso roto a poca distancia. La puerta de la casa no estaba forzada y el asesino había salido tranquilamente.

—¿Es posible que no hayan encontrado ninguna huella? —preguntó Mr. Hughs en un perfecto castellano. El inspector pareció molesto. La intrusión de aquel hombre lo ponía nervioso.

—No, de momento —dijo. —Pero seguimos con la investigación. El culpable no escapará.

—Seguro —dijo el hombre, dando una larga chupada a su pipa. —No es raro que el tipo tuviera enemigos, dada su profesión.

El inspector lo miró fijamente.

—¿Por qué sabe cuál era su profesión? Aquí en el pueblo, nadie le conocía.

El hombre sacudió la pipa en el cenicero. Había en sus labios un rictus torcido, y lanzó a los otros una mirada divertida.

—Cualquiera podría imaginarlo —dijo. —Estaba metido en negocios de drogas, y además las consumía. ¿No habían notado la dilatación de sus pupilas? El más ignorante conoce la causa de esto. —El alcalde había arrugado el ceño.

—Ahora que lo dice, es cierto —confesó. —Tenía una mirada extraña.

—Pero, en el pueblo no sabían nada de él —intervino uno de los policías. —Hemos interrogado a todo el mundo, y aunque en general lo apreciaban, nadie estaba enterado de sus actividades. —El hombre estaba cargando la pipa.

—Yo lo sabía hacía tiempo —pronunció despacio. —Él había venido de Argentina, porque lo echaron de allí. Consiguió sacar mucho dinero, y vino a establecerse en España en un lugar tranquilo como éste. Lo reconocí en cuanto lo vi. —El inspector estaba rígido.

—Porque usted lo conoció hace tiempo, ¿verdad? Es la única persona en este lugar que lo había conocido. Dígame, ¿Cuál fue la reacción de él? Seguramente lo invitó a su casa, y usted lo amenazó con delatarlo.

—Yo no estuve en su casa —contestó el hombre fríamente. El inspector se había puesto en pie.

—Hemos encontrado tabaco de pipa —dijo. —Nunca pensé que halláramos a la persona, pero usted mismo nos ha salido al paso. Se cree muy listo, ¿verdad? Pero no lo es

tanto. Y, por favor, no ofrezca resistencia. No quiero violencia aquí. Va usted a acompañarme.

La sonrisa había desaparecido en el rostro del hombre. Se habían endurecido.

—No podrá demostrar nada —dijo el extranjero con frialdad. —Hay mucha gente que fuma en pipa.

—Quizá —dijo el inspector, haciendo una rápida seña a uno de sus hombres. —Usted va a tener que explicar muchas cosas. ¿Conoce la novela Crimen y castigo?

Él parecía extrañado.

—¿Qué dice? ¿Quién habla ahora de novelas?

La escribió un ruso —dijo él parsimoniosamente. —El propio autor del crimen se pone en manos de la policía, tratando de desorientarla. Ya lo ve, la historia se repite.

La mandíbula del hombre parecía de piedra. Todavía trató de bromear.

—No tengo tiempo de leer. Estoy demasiado ocupado.

—Tendrá tiempo de sobra —dijo él. —Usted ha puesto en práctica la regla psicológica. Usted está muy orgulloso de sí mismo, ¿verdad? Muy orgulloso de su inteligencia y su serenidad.

—¿Por qué no? Nunca me han fallado.

—Eso lo veremos ahora. Por de pronto, acaba usted de traicionarse.

LA CLÍNICA

Por fin, después de mucho tiempo, el flamante jefe de policía iba a lograr echar el guante a los responsables de aquella clínica de lujo, que se enriquecía al margen de la ley. Observó el rótulo plateado donde podía leerse: “Clínica de belleza”, y que escondía otras actividades no tan inocentes.

Había logrado reunir suficientes pruebas como para cerrar el local, y enviar a la cárcel a sus responsables, empezando por su elegante directora.

—¿Qué desea? —le preguntó, extrañada, una joven enfermera con un uniforme impecable.

Él se identificó y pidió hablar con la dueña. La muchacha lo invitó a entrar, y la directora lo recibió amablemente.

—Creo que lo conozco —dijo, tendiéndole la mano. Era una mujer alta y erguida, cuya edad nadie hubiera podido calcular con cierta exactitud. Su despacho era una habitación luminosa con un gran ventanal. —Dígame qué desea.

—Él ocupó el asiento que ella le mostraba.

—Voy a ser directo —pronunció sin mirarla. —Sabemos que detrás de este... tinglado se ocultan... actividades delictivas. Sabe a qué me refiero. —Ella parpadeó.

—¿Actividades delictivas? —Él asintió con la cabeza.

—Tenemos pruebas —dijo. —Una de sus clientes es una agente nuestra. Como es natural, ella no llegó a practicarse el aborto. Está casada, y desea tener su hijo. —La mujer se mordió los labios.

—Parece seguro de sí mismo —dijo, mirándolo. —No obstante, las cosas no son tan sencillas. Me gustaría que diera un vistazo a nuestro fichero.

Buscó algo en el cajón de su mesa, y sacó un manojo de llaves. Se puso en pie, y le indicó que la siguiera.

—Venga conmigo.

La acompañó a un pequeño despacho, hasta un fichero de metal. Allí, le mostró varias tarjetas donde figuraban nombres conocidos, esposas o hijas de hombres importantes, incluso menores que contaban con el visto bueno de sus padres. Él la observó, atónito.

—Es increíble. Mejor, es indignante. ¿Por qué me enseña esto? Todos ellos pueden verse complicados, y no crea que puede impresionarme. Al contrario, está tirando piedras contra su propio tejado. —Ella suspiró.

—Espere, no lo ha visto todo —pronunció en voz baja.

Estuvo buscando algo en los cajones inferiores, mientras él se dirigía al teléfono. Cuando iba a marcar un número, notó la delicada mano de la mujer sobre la suya.

—Tiene que ver esto.

Él colgó el aparato. Ella le tendió una ficha guardada en una funda de plástico.

—Léala —insistió. —No es más que una copia del original, pero creo que puede interesarle... personalmente.

Él la tomó en la mano. Cuando leyó el nombre que figuraba en la parte superior, sintió que la sangre se retiraba de sus venas. Trataba de ordenar sus ideas, sin conseguirlo. Por un momento se quedó mudo.

—¿Qué le parece? —preguntó suavemente ella. La voz del hombre sonó ronca.

—No puedo creerlo —contestó. —Esto es imposible.

—No lo es —dijo la mujer, sonriendo. —Puede comprobar fechas, y los detalles de la intervención. Había sacado copia de esta ficha, por si tenía el placer de recibir su visita.

Él se dejó caer en la silla, y releyó despacio. Se había practicado un aborto a una mujer embarazada de tres meses. A continuación, se enumeraba el tratamiento postoperatorio. Volvió la mirada al nombre que encabezaba la ficha, y de nuevo no pudo creer lo que leía.

—Es ella —dijo la mujer. Él negó vivamente.

—Es una mentira —gimió. —No puede ser verdad.

—Pues lo es, y lo siento por usted, lo mismo si el hijo era suyo como si no lo era.

Él consultó de nuevo la fecha reseñada en el documento. Cuatro meses antes, había viajado al extranjero para llevar a cabo un cursillo con la Interpol. Aquel hijo no podía ser suyo. Ella movió la cabeza.

—No lo era, ¿verdad? En fin, no se preocupe —dijo, con una sonrisa cruel. —Esas

cosas suelen pasar incluso en las mejores familias.

HARÁ DOS AÑOS PARA NAVIDAD

Había cometido pequeños robos, cosas sin importancia, y siempre tuvo suerte: no habían podido atraparlo. En realidad, nunca quiso hacerle daño a nadie. Pero tenía aquel vicio, que se había apoderado de él.

En una ocasión, una muchacha había dejado un bolso descuidadamente en un banco del parque. Era una chica de aspecto moderno, y estaba hablando con un muchacho rubio, muy bien parecido. Seguramente por eso lo olvidó. Cuando volvió a buscarlo, el bolso había desaparecido.

El hombre lo estuvo registrando, con una curiosidad no exenta de ternura. Además de varios objetos de uso femenino, dentro había un billete doblado y algunas monedas. No era demasiado, pero había suficiente como para poder beberse unas copas.

También halló una carta escrita con letra menuda, en tinta azul pálido, que iba dirigida a una mujer, con un remite también femenino. No quiso abrirla, pero tampoco la echó al correo, a pesar de que ya estaba franqueada.

Conservaba la carta como un verdadero tesoro, y de aquello hacía ya casi dos años. Y es que le parecía que le daba buena suerte, porque desde entonces no había tenido ningún contratiempo. No había querido leerla, pero aquellas palabras escritas en el sobre parecían emitir para él un intenso calor.

Luego, se puso enfermo. Cogió una bronquitis que lo tuvo postrado, y últimamente apenas salía de su guardilla, si no era para conseguir algún dinero o hacerse con una botella.

El alcohol le quemaba el estómago y le daba fuerzas para sobrevivir. Pero había recaído, y últimamente se encontraba muy mal. Tanto, que pensó que se aproximaba su fin.

Durante horas conservó la carta en la mano, y así lo sorprendió la muerte. Cuando un vecino sospechó que algo extraño ocurría, el hombre llevaba dos días muerto en medio de un completo desorden, abandonado a su triste suerte. Enseguida avisó a la policía, que acudió.

Hubo pocas cosas que recoger, tan sólo botellas vacías. El entierro fue patético: nadie de la casa acudió, y tampoco ningún familiar.

—Pobre diablo —comentó el sepulturero. —Menos mal que el ayuntamiento le paga el entierro.

Alguien había recogido la carta. La había encontrado caída junto al camastro, y se la entregó a un policía, que la observó un momento con curiosidad.

—Échala al correo —le dijo a un compañero, y él asintió.

—Los sellos son antiguos. Parece que está pasada de fecha.

La carta no tardó en llegar a su destinataria. El cartero la dejó en el buzón de una casa modesta, donde su dueña la encontró. Era una mujer vestida de negro, con el cabello canoso y unos ojos cansados. Era viuda, y vivía en una casa antigua que antes había compartido con su hija. Cuando tomó la carta en la mano, estuvo a punto de desmayarse.

—No puede ser —gimió.

Una niebla espesa la había rodeado, oprimiéndola con su frialdad. Sus manos temblaron, y unas lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

Sí, era la letra de su hija. Era aquella letra menuda que tan bien conocía, sólo que era imposible que ella hubiera escrito la carta.

—Dios, Dios —sollozó.

Todo le daba vueltas, y estuvo tentada de quemar la carta en la hornilla. No obstante, trató de sobreponerse.

—Tengo que abrirla —pronunció en voz alta.

Rasgó el sobre con unas tijeras. No había mucho escrito, y los ojos de la mujer recorrieron aquellas pocas líneas. Sus labios temblaban, pero al fin se decidió a leer.

Era una hoja de papel cuadriculado, y estaba fechada a veinte de diciembre, dos años atrás. Con un nudo de angustia leyó la fecha fatídica. Luego, sobreponiéndose, siguió con la lectura:

“Madre, eres mi última esperanza. Lo he perdido a él, y he perdido a mi hijo. Espero que perdones lo que te hice. Me encuentro mal, estoy muy enferma. Le entrego esta carta a mi compañera de cuarto, ella se encargará de echarla al correo. Conservo un frasco de somníferos que robé en el hospital. Aguardaré tu respuesta, y si tampoco te tengo a ti, no

creo que merezca la pena vivir. Dejaré de ser un estorbo para todos.

¡Por favor, madre, ven! No me dejes sola. Te quiero de veras.

Tu hija.”

Miró la fotografía que había sobre la cómoda. Representaba a una muchacha muy joven con el cabello ensortijado y negro. Su sonrisa era dulce, y un poco triste.

Recordó el día que se había marchado de casa, cuando ella la había buscado por todas partes, sin hallarla. Luego, le llegó la terrible noticia, que la había sumido en la desesperación.

La próxima navidad se cumplirían dos años de su muerte. `Precisamente en Navidad, su compañera de habitación la había encontrado sin vida: no se pudo hacer nada, había ingerido una dosis letal de somníferos.

—Ella me dio una carta —había dicho. —Quizá fuera una despedida. Me robaron el bolso, y no pude echarla. Créame que lo siento, era una buena amiga.

La mujer miró aquellas líneas escritas con letra temblorosa. Una lágrima cayó, emborronando la tinta azul pálido.

UN MONIGOTE CON UNA LARGA NARIZ

Las obras del nuevo puerto deportivo, en un lugar estratégico de la costa, iban más atrasadas de lo que hubieran deseado sus promotores. Estaba muy entrado el otoño y los grandes bloques de hormigón se apilaban todavía en la playa, entre una maraña de cables y rollos de cuerda. Había montones de gravilla cerca de las grúas y de las casetas de obra, prefabricadas en conglomerado y metal.

Era una noche tranquila de luna. El día había sido caluroso para la estación, pero ya de madrugada había refrescado. Todos dormían en el pueblo costero cuando una gran explosión sacudió la tierra, despertando a todos los vecinos. En un principio nadie supo de dónde procedió; luego, unos pescadores dieron la alarma al puesto de bomberos más cercano.

—Vengan, rápido. Ha ocurrido un desastre en el puerto.

En la comisaría de policía, el teléfono comenzó a sonar. El inspector de guardia se había adormecido en un incómodo sillón, y se levantó de un brinco para coger el aparato. Era un hombre de apariencia un tanto estrafalaria, con el escaso cabello peinado hacia la frente a fin de disimular una más que incipiente calvicie. Aparentaba no más de treinta y cinco años, y vestía un traje arrugado con la chaqueta demasiado larga y el pantalón demasiado corto.

—Diga —pronunció sordamente. Al otro lado sonó una voz nerviosa.

—Ha habido una explosión en las obras del puerto deportivo —dijo alguien en forma entrecortada. —Yo estaba pescando cerca, y he visto el resplandor al tiempo que sonaba la explosión. Llamo desde una caseta de la playa, cerca de la obra. Antes, he avisado a los bomberos. —El inspector asintió.

—Eso está muy bien —dijo. —Dígame cómo se llama, y no se mueva de ahí. Voy para allá.

Colgó el teléfono y dio unos golpecitos en una puerta de cristales. En el acto apareció un hombre pequeño y robusto.

—Vamos —le dijo él. —Ha habido una explosión en el puerto. Cogeremos el coche.

Cuando llegaron, algunas personas se habían arremolinado en las cercanías del lugar. Eran pescadores y algunos turistas extranjeros. Varios vehículos estaban detenidos en la carretera, y sus ocupantes comentaban entre sí lo ocurrido. No tardaron en localizar al hombre de la llamada telefónica, que no pudo añadir mucho más a lo ya dicho. Los bomberos trabajaban en el lugar de la explosión, y estaban retirando con un camión-grúa los bloques de cemento.

El inspector de policía se acercó. Se había puesto un casco que no añadía ninguna estética a su figura. El subordinado lo acompañaba como su sombra, y ambos se introdujeron en la zona acordonada. El jefe de bomberos los saludó, alzando la mano.

—Miren esto —indicó. —Parece un cuerpo... o lo que queda de él.

En efecto, era el cuerpo destrozado de un hombre. Conservaba en parte las ropas, manchadas de sangre y de yeso. El pescador se había aproximado también. Habló sin que le preguntaran.

—Puede ser el vigilante nocturno —indicó. —Solía sentarse al pie de ese muro, a veces he charlado aquí con él. —El inspector suspiró.

—Me temo que no se siente más. —El jefe de bomberos dio un vistazo a los cascotes humeantes.

—El fuego está sofocado —dijo. El inspector se enderezó, y se apretó los ojos con gesto cansado.

—Que alguno de sus hombres avise al forense y al juez —indicó, tajante. —Mientras, trataremos de reconocer el lugar, aunque no creo que a estas horas podamos encontrar nada de interés. Habrá que esperar a que amanezca para empezar en serio la investigación.

El juez tardó en llegar una media hora. Era un hombre grueso y fofo, y parecía malhumorado. Estuvo realizando la inspección ocular, y mandó que sacaran fotografías del cadáver.

—Traten de recoger cualquier cosa que sea significativa —dijo. —Uno de ustedes tendrá que montar guardia hasta que se haga de día. No quiero que nadie se acerque por aquí.

—Descuide —dijo el bombero, saludando.

Había un fuerte olor a pólvora que ocultaba el habitual de la grasa y el pescado podrido. Los restos del hombre fueron recogidos con bastante dificultad, y trasladados en una ambulancia al instituto médico forense. El inspector vio cómo se lo llevaban en una bolsa de plástico.

—Tal como está, parece irreconocible —comentó. —En fin, por ahora no se puede hacer más. Mañana será otro día.

Al día siguiente interrogaron al encargado de la obra, que al parecer acababa de recibir la noticia. Era un hombre fuerte y moreno, con un gran bigote. A pesar de llevar la barba afeitada, su mentón estaba oscurecido, como de tenerla muy poblada. Usaba unas gafas de sol de montura de concha, y lo que más llamaba la atención era su larga nariz.

—Ha sido terrible —comentó, abrumado. —Nunca creí que una cosa así pudiera suceder en la obra.

El inspector le estuvo haciendo varias preguntas en relación con lo ocurrido. Él dijo que se había retirado temprano y había pasado la noche en la fonda del pueblo. No supo nada hasta que llamó la policía por la mañana.

—Espero que no haya habido víctimas —dijo él, y el inspector habló al otro lado del hilo telefónico.

—Hay un hombre muerto —le dijo. —Sospechamos que sea el vigilante, pero hay que proceder a su identificación. Y no será tarea agradable, ni fácil. Tendrá que acompañarnos.

Cuando llegaron al instituto, el forense había terminado el reconocimiento del cadáver. Las ropas ensangrentadas estaban a un lado, y los restos cubiertos con una sabanilla, que él levantó para que el encargado pudiera verlos. El hombre los observó un momento y volvió la cabeza.

—Es espantoso —dijo. El policía habló con suavidad.

—¿Sabe quién puede ser? —Él se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que le diga? Por esas ropas, parece que sea el vigilante nocturno. Es el único que anda a esas horas por allí, y suele sentarse cerca del lugar de la explosión. Pero, si quiere que le diga la verdad...

Parecía estar conteniendo las náuseas. El policía lo tomó del brazo.

—Comprendo —dijo. —Le advertí que no sería fácil, ni agradable. ¿Qué piensa que haya podido producir la explosión? —Él permaneció pensativo.

—No puedo decirlo todavía. Son los técnicos quienes tienen que estudiar el asunto, y habrá que hacer un informe riguroso de los hechos. —El policía insistió.

—¿Piensa que él mismo pudo manejar la dinamita? —El hombre dudó antes de contestar.

—No puedo decirlo. Está dentro de lo posible, pero me extrañaría. Le repito que los ingenieros tienen la última palabra.

—Espero que se pronuncien cuanto antes —dijo el policía. —Por cierto, ¿tenía familia el vigilante? Habrá que comunicarles lo ocurrido, si en realidad resulta ser él.

—Era soltero, y vivía con su madre, muy anciana —explicó el encargado. —Va a ser muy doloroso para ella.

—Verdaderamente —afirmó el inspector. —Por cierto, ¿sabe si el hombre tenía algún seguro?

—Todos nuestros empleados están asegurados —dijo él. —La índole del trabajo lo requiere.

—Sí, ya se ve —sonrió tristemente el policía. —¿quién cobraría el seguro?

—La madre, sin ninguna duda —afirmó él. —Ya le he dicho que era su única familia, y, por tanto, la beneficiaria de la póliza. Yo mismo trataré de darle la noticia lo mejor que pueda, cuando esté oficialmente confirmada.

Pasaron unas horas de duro trabajo para la policía. Al mismo tiempo la compañía de seguros trabajaba a su vez, tratando de establecer responsabilidades. Se decidió que la anciana cobraría en su momento la póliza.

—No creo que eso la compense de la muerte del hijo —comentó el inspector.

A media mañana sonó de nuevo el teléfono. Era el encargado de la obra, que preguntaba por él. El hombre parecía sumamente alterado.

—Ha desaparecido de la caja fuerte una cantidad importante de dinero —dijo, tratando de dominar su nerviosismo. —Estaba preparada para hacer frente a unos pagos en metálico, aparte de las nóminas del personal. Yo mismo estaba presente cuando el administrador de la empresa depositó el dinero en la caja. —El policía se alisó el escaso cabello con la mano, en un gesto de preocupación.

—¿Qué dice a eso el administrador?

Hubo un corto silencio, y luego el hombre contestó:

—No ha aparecido todavía en la obra. He tratado de localizarlo, pero tampoco está en su casa. Su esposa me ha dicho que no lo ha visto desde ayer. De todas formas, espero que no tarde en venir por aquí, cuando se entere de lo sucedido.

—No hay tiempo que perder —dijo secamente el policía. —Va a darme sus datos enseguida, y quizá tengamos que alertar a las fronteras y a los aeropuertos. —El otro ahogó una exclamación.

—¿Lo cree necesario?

—Como medida preventiva, sí. De todas formas, téngame avisado si hay alguna novedad.

La novedad no tardó en producirse, proporcionada por una compañía de aviación.

—El hombre que responde a esos datos viajó ayer de madrugada hacia el Brasil —dijo una voz femenina por teléfono. El ayudante le pasó al inspector la información.

—¿Qué opina de eso? —le preguntó a su jefe, que estaba encendiendo parsimoniosamente un cigarrillo.

—No sé por qué, lo imaginaba —dijo. —Lo primero que se me ocurre es que el pájaro ha volado con el dinero. —El ayudante lo observó con interés.

—¿Y lo segundo? —Él dio una larga chupada al cigarrillo.

—Lo segundo es que el vigilante ha podido, de alguna manera, conocer algo que perjudicaba al ladrón. Parece lógico, ¿verdad? —El otro asintió.

—¿Piensa que el administrador provocó la explosión? —El jefe expulsó el humo.

—Todo es posible —pronunció despacio. —En fin, veremos cómo se desarrollan los acontecimientos.

Pero tendrían que esperar, porque transcurrió toda una semana sin que ocurriera ninguna novedad. Por fin el lunes siguiente, a las nueve de la mañana, el inspector recibió una llamada urgente. El subordinado le tendió el teléfono.

—Quieren hablar personalmente con usted —indicó. —Algo relacionado con el puerto deportivo. Es un obrero, al parecer, y dice que la mujer de la limpieza está con un ataque de nervios. Según ella, ha encontrado a un hombre muerto.

El inspector saltó de su asiento. Las sienes le latían.

—¿Quién llama? —preguntó. La voz del otro lado era extraña, aflautada.

—Llamo de parte de la mujer que hace la limpieza en los barracones —reiteró. —Ella está tan asustada que no puede ni tenerse en pie. Ha llegado al muelle dando gritos: dice que al entrar en uno de los barracones ha encontrado a un hombre muerto, y yo... no quiero líos, ¿sabe usted?

—¿Uno de los barracones? —preguntó el policía, y él concretó:

—Sí, donde tiene el despacho el encargado de la obra.

—Vamos para allá —dijo tajantemente el inspector. —No se muevan de ahí.

Cuando llegaron al muelle, varios obreros habían abandonado su trabajo y rodeaban a la mujer, que gimoteaba echada sobre unos sacos vacíos. El que había llamado se identificó, y con él fueron los dos policías hacia las casetas donde estaban las oficinas. Entraron en la más cercana, una habitación grande con dos pequeñas ventanas protegidas con barrotes. Sobre una mesa corriente de madera había un hombre de bruces, y a su lado una botella de coñac y un pesado vaso de cristal, casi vacío. El policía alzó la mirada, sorprendido.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Colgando de la lámpara había un monigote, un muñeco de unos treinta centímetros de largo hecho con hojas de maíz, hábilmente trenzadas. El muñeco tenía una larga nariz, parecida a la de Pinocho. Por lo demás, todo estaba en orden en la pieza. El inspector hizo girar la cabeza del caído, y profirió una exclamación ahogada.

—Es el encargado —dijo, mirando aquel rostro contraído y su prominente nariz. El ayudante silbó con suavidad.

—¡Qué le parece! —exclamó, sin ocultar su asombro. El jefe soltó la cabeza con cuidado. Luego miró la lámpara.

—Hay que descolgar eso —indicó. —Y hay que analizar la bebida de la botella, y la del vaso.

El ayudante había arrimado una silla, y subiéndose en ella trató de desatar la cuerda. Luego le mostró el nudo al inspector.

—No es un nudo corriente —dijo. El jefe la tomó en la mano y asintió, pensativo.

—Es verdad. Parece hecho por un marinero, o una persona muy entendida en nudos. Habrá que estudiar esto y los restos del coñac. Y tendremos que avisar de nuevo al forense, y al juez.

Ambos hombres se personaron en el puerto por segunda vez en el espacio de una semana. Se hicieron las fotografías de rigor y se tomaron huellas, y después de haberse

retirado el cadáver hubo que aguardar poco tiempo hasta recibir el informe de laboratorio. Estaban allí todavía cuando llamó el especialista.

—Soy el químico —dijo. —El análisis demuestra que el coñac contenía una dosis mortal de herbicida. Es un producto corriente que se emplea en el campo. En el informe escrito detallo su composición. —El inspector mostraba una expresión tormentosa.

—Está bien, gracias —dijo, y le pasó la información al juez.

—¿Qué le parece? ¿Tendremos un suicidio, o un asesinato? —El aludido resopló.

—Cualquiera sabe, esto se complica demasiado. Veremos qué dice la autopsia.

El inspector estaba confuso. Parecía que los hechos iban más deprisa que sus propias conclusiones. Hablaba como para sí.

—Y si ha sido asesinato, ¿han matado al hombre y luego han colgado el monigote como advertencia o burla?

—No nos precipitemos —sonrió el juez. —Puede haber sido un suicidio. —El otro lo miró arqueando las cejas.

—Entonces, ¿ha colgado el muñeco el propio suicida, en un ataque de locura o algo así?

—Estoy pensando en el nudo— observó el juez. —Yo aprendí a hacer algo así cuando niño, cuando frecuentaba los boy-scouts. También solíamos hacer tótems y muñecos de madera tallada. —Los ojos del policía se iluminaron un momento.

—Hay un campamento de muchachos cerca de aquí —indicó. —Está del lado de los montes. —El juez pareció interesado.

—¿Un campamento?

—Sí, los chicos están por todas partes. Incluso, la otra noche acudió alguno cuando ocurrió la explosión.

—Es interesante. Podemos interrogar a los muchachos, quizá ellos sepan algo. Pasaremos antes por el pueblo, quiero recoger unas cosas que encargué en la tienda.

El pueblo había sido en tiempos una simple aldea de pescadores, pero actualmente atraía a un buen número de turistas nacionales y extranjeros. Se había ido extendiendo a lo largo de la costa con pequeños chalets y edificios de apartamentos. Tenía un bonito paseo marítimo adornado con palmeras y geranios, y una pequeña iglesia blanca con un alto campanario. El policía que conducía detuvo el coche ante una tienda donde podía comprarse de todo, incluso libros. El dueño los recibió con una sonrisa de oreja a oreja, y el juez recogió su pedido. Luego le preguntó sobre el campamento de muchachos.

—Si, vienen por aquí —le dijo el hombre. —Y no son malos clientes, por cierto. En realidad, gastan bastante dinero. Estos chicos de ahora están muy mal acostumbrados, digo yo. —El inspector arrugó el ceño.

—Es raro —dijo. —Creí que eran hijos de familias modestas. El campamento está subvencionado. —Él se encogió de hombros.

—Pues ya lo ve —sonrió. —Las apariencias engañan. Les he vendido transistores, calculadoras y otras cosas. —El juez estaba hojeando un libro en el mostrador.

—Vamos a dar un vistazo a ese campamento —sugirió.

—Cae hacia el monte —dijo el dueño de la tienda, extrañado. —Lo encontrarán fácilmente, siempre hay muchachos vagando por los alrededores.

Dejaron el coche en la cuneta y subieron a pie por un sendero entre pinos. Al fondo vieron las tiendas de campaña. El campamento estaba en una ladera frente al mar, a un par de kilómetros del pueblo y a uno del puerto deportivo. Las tiendas de color naranja contrastaban con el verde oscuro de los pinos y una torrecilla hecha con troncos se erguía junto a una pequeña plazoleta. Había restos de una fogata apagada, y entre las tiendas cuerdas con ropa tendida.

—Mire eso —indicó el policía.

En el centro de la plaza los muchachos habían plantado un tótem tejido con hojas de maíz y pintado de colorines. El juez asintió.

—Ya lo veo —dijo. —Está hecho en forma parecida al monigote. Creo que hemos acertado al venir.

Unos pequeños llegaban corriendo, y el policía llamó a uno de ellos.

—Ven acá, muchacho. ¿Sabes si alguien en el campamento ha hecho un muñeco con hojas de maíz? —El niño arrugó el gesto.

—¿Un muñeco con la nariz muy larga? Sí, creo que sí. Yo vi cómo lo hacían los mayores, dos chicos y una chica.

—¿Puedes buscarlos? —dijo él. El muchacho miró hacia las tiendas.

—Esperen un momento —dijo.

Salió corriendo, seguido por sus compañeros, y a los pocos minutos volvió

acompañado de un chicarrón de unos quince años. Al ver a los tres hombres, se dio la media vuelta y trató de huir. El policía lo llamó.

—Vamos, no te escaquees. Sólo quiero preguntarte qué sabes de un monigote narigudo hecho con hojas de maíz.

El otro enrojeció. Era un chico bien parecido, bastante fuerte y con los ojos castaños y grandes. Hizo ademán de ocultar la mano izquierda que llevaba vendada.

—Bueno, yo mismo he hecho uno —contestó. —¿Qué pasa? Aquí se hacen cosas de esas. —El policía se le había acercado y lo taladró con la mirada.

—¿También hacéis nudos? —preguntó. De una tienda cercana habían salido un muchacho y una chica rubia de unos catorce años, y se mantenían a distancia. Ella tenía los ojos muy claros y las pestañas casi blancas, y llevaba en la mano un vaso mediado de leche. El inspector les pidió que se acercaran, y repitió la pregunta. La chica hizo un mohín.

—Claro que hacemos nudos, es necesario para el campamento.

El hombre metió la mano en el bolsillo y sacó una cuerda anudada. El muchacho recién llegado dio un respingo. Era delgado y sin gracia, y tenía el cabello liso y las piernas muy flacas.

—¿Qué está buscando? —preguntó. El inspector habló con voz grave.

—Lo que quiero decirles a los tres es muy serio —indicó. —Hemos encontrado el muñeco que hicisteis, dentro de una barraca del puerto deportivo. Al lado había un hombre muerto. Un hombre con la nariz muy larga. —La chica lanzó una exclamación.

—¿Qué dice? Nosotros no hicimos más que gastar una broma.

—Una broma macabra —dijo él. —Vais a contarme qué hacía el muñeco colgado de la lámpara. —El larguirucho contestó:

—Nosotros no hicimos nada, se lo juro. Vimos ayer al hombre que dice, y estaba tan vivo como usted y como yo. Luego no hemos vuelto a verlo.

Les obligó a sentarse, y obedecieron a regañadientes. Él permaneció de pie junto al juez.

—Vais a explicarme todo esto —indicó con severidad. El muchacho robusto tenía la mirada torva. Parecía haber tomado una decisión.

—Se lo contaré todo —dijo. Pero no sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio —dijo él.

Olía a pinos, y había grupos de niños desperdigados por el bosquecillo. De una de las tiendas llegaba la música alegre de un transistor. El chico pareció hacer un gran esfuerzo antes de hablar.

—Pues... verá. Una noche estábamos de velada en el campamento. Hacemos reuniones por las noches, donde contamos chistes y también historias de miedo. Algunos cantan, las chicas bailan algo y cada uno hace lo que sabe. También hacemos concursos y apuestas.

—¿Qué clase de concursos? —dijo él.

—Pues... esa noche había que explorar el terreno, y presentar un informe. Tuvimos que hacer grupos y dispersarnos por los alrededores. Estos dos y yo fuimos juntos —añadió, accionando. —Sabíamos que estaban construyendo cerca un puerto deportivo, y fuimos hacia allí. Estábamos ya cerca, y a la luz de la luna distinguimos a un hombre que llevaba un bulto grande cargado a las espaldas. Nos dio curiosidad y sin hacer ruido nos acercamos más, y entonces vimos que tenía una nariz muy larga. Soltó el bulto en el suelo, y nos pareció que era una persona. —El inspector frunció el entrecejo.

—¿Una persona? ¿Visteis su cara? —La chica se encogió de hombros.

—A mí me pareció un hombre, pero no lo vi bien porque cayó hacia abajo. Lo dejó apoyado en el muro, doblado, como si hubiera estado dormido, o muerto.

Hubo un breve y tenso silencio. Hasta allí llegaron los sones de una flauta dulce. Luego la música cesó.

—¿Qué ocurrió luego? —preguntó el policía. Fue el muchacho flaco quien contestó.

—Eso fue lo más interesante —dijo, excitado. —Vimos que el de las narices revolvía algo en el suelo, y luego se apartó. Menos mal que nosotros también nos apartamos, porque al momento hubo una fuerte explosión, y el muro saltó hecho pedazos.

La muchacha se separó un mechón dorado que le caía sobre los ojos.

—Alrededor nos caían cascotes —suspiró. —De milagro salimos vivos. Así que volvimos al campamento para deliberar, y decidimos no decir nada a nadie. Todo aquello nos parecía muy raro —añadió, moviendo la cabeza. —No estábamos seguros de que el bulto fuera realmente un hombre, podía habernos engañado la luna. —El flaco intervino:

—Pensamos que quizá fuera un saco de basuras, por eso no se lo dijimos a nadie ni avisamos a la policía. No estábamos seguros de nada. Sólo de que el que llevaba aquel

bulto tenía la nariz muy larga. —La chica asintió.

—Dos días después, yo lo vi en la tienda del pueblo. Le pregunté luego al tendero, y me dijo que era el encargado de obras del puerto deportivo. —El inspector la miró con severidad.

—Y decidisteis jugar a policías y ladrones. ¿Acaso le hicisteis chantaje?

Ellos no contestaron, y el hombre repitió la pregunta. El muchacho más recio bajó la cabeza.

—Bueno, algo parecido —declaró en voz baja. —Lo habíamos visto en una película de televisión. Mi amiga y yo fuimos a verlo a su oficina, pero no lo hacíamos en serio, sino en plan de juego.

—Un juego peligroso —dijo torvamente el policía. —¿Le contasteis lo que habíais visto? —El muchacho asintió.

—Sí, y vimos que él estaba asustado. —El inspector sacudió la cabeza.

—Entonces, le pedisteis dinero.

El chico no contestó, y su compañero salió al quite.

—No era mucho, ¿sabe usted? Sólo queríamos corrernos una juerga en el pueblo, y comprar algunas cosillas. —El policía habló secamente.

—Y él os lo dio, claro. ¿Luego lo presionasteis otra vez?

—Bueno, le pedimos algún dinero más —dijo el flaco, accionando.— Lo que nos dio era tan poco que lo gastamos enseguida.

—Ya —dijo él. —Afortunadamente, erais más de uno. Si no, le hubiera sido fácil deshacerse de un puerco chantajista. —La chica lo miró, alarmada.

—¿Cree que hubiera matado a uno de nosotros?

—Cualquiera sabe —dijo él con seriedad. —No hubiera sido la primera vez que ocurre algo así. Conque, a su costa, os habéis estado dando la gran vida en el pueblo.

El flaco soltó una risita nerviosa.

—Hombre, no tanto —trató de bromear. —Éramos muy considerados.

El rostro del policía se había endurecido. Aquellos mocosos consideraban natural lo que no era ni más ni menos que un grave delito. No obstante no quería ponerse a mal con ellos, al menos de momento. Podían serle de mucha utilidad.

—¿Por qué utilizasteis el muñeco? —preguntó.

—Entre los tres hicimos el monigote —contestó la chica. —Otros hicieron animales con maíz trenzado, y los pequeños fabricaron entre todos el tótem. Yo le puse la nariz al muñeco, y éstos comentaron riendo que se parecía al encargado de la obra.

—Y decidisteis gastarle una broma, ahorcando al monigote de su lámpara —dijo severamente el policía. La chica se encogió de hombros.

—Los pequeños plantaron el tótem en la plaza, y algo teníamos que hacer nosotros con el monigote. Nos pareció una buena idea. —El flaco asintió.

—Ayer cogimos una cuerda y le hicimos un nudo corredizo. Estuvimos vigilando la obra, y vimos salir al encargado. Luego, mi amigo se escabulló dentro del despacho y colgó el monigote de lámpara. Salimos corriendo y no sabemos nada más. Estaba anocheciendo y volvimos al campamento, porque hoy había que madrugar.

—Tenemos testigos —dijo la chica, sonriendo. El policía se alisó los escasos cabellos. En cuanto al juez, no había despegado los labios pero no perdió una sílaba de la conversación. Mientras, los tres muchachos permanecían sentados.

—No os mováis del campamento hasta que yo lo diga —ordenó el inspector. —Y si tenéis que hacerlo, no dejéis de avisarme antes. No me obliguéis a perseguiros, porque me iba a enfadar mucho. Por lo menos habéis cometido un delito de chantaje, además de haber ocultado pruebas a la policía. Así que tened mucho cuidado. Hasta ahora habéis tenido suerte, pero andad con ojo. —El mayor de los tres asintió.

—Descuide —prometió, levantándose.

Los tres hombres emprendieron la marcha hacia la carretera, dejando al trío entregado a acalorados comentarios. Por el camino, el inspector condujo pensativo.

—Valiente asunto —resopló. —¿Quién sería el hombre que el encargado llevaba a cuestas? Al final se le ha identificado como al vigilante de noche, pera ahora empiezo a tener mis dudas. —El juez movió la cabeza.

—En realidad, no tenemos más que el testimonio del encargado de la obra. Habrá que proseguir con la identificación. Lo primero que haré mañana será ordenar la exhumación del cuerpo.

Se llevó a cabo la autopsia de aquellos restos destrozados. El nuevo informe, mucho más exhaustivo, estableció que se trataba del cuerpo de un hombre bajo y robusto, con el pelo canoso, con pequeñas orejas, y en cambio los pies y las manos muy grandes.

—No parece coincidir con la descripción que tenemos del vigilante nocturno —comentó el inspector con una de sus subordinados. —No vendría mal conseguir una foto. Habría que pedírsela a la madre.

El forense comunicó por teléfono que el hombre tenía varios puentes de oro en la boca. El policía frunció el entrecejo.

—Es raro —observó—. No me imaginé que un hombre así llevara la boca llena de oro.

—Hay algo más —dijo el forense con un ligero carraspeo. —El análisis de vísceras demuestra que había veneno en el estómago. —El policía se sobresaltó.

—¿Y cómo no se detectó antes? —El médico vaciló antes de contestar.

—Comprenda —dijo. —La causa de la muerte parecía tan evidente, que no consideré necesarias las pruebas de toxicología.

—Si, claro —concedió el inspector, no muy convencido. —¿Qué clase de veneno era?

A través del teléfono se oyó un ligero resoplido.

—El mismo herbicida que mató al encargado. —El policía sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—Habrá que interrogar a la madre —indicó. —Ella sabría si su hijo tenía muelas de oro. Téngame al corriente si hay alguna otra novedad.

La mujer lo recibió en la cocina. Estaba muy avejentada, y tenía un aire enfermizo. Su cabello era completamente blanco, y había en su rostro señales de llanto reciente. El inspector apoyó una mano sobre la suya rugosa, como queriendo darle ánimos, pero ella retiró la mano.

—Siento molestarla —le dijo. —Pero no queremos más que ayudarla a usted, y para eso tengo que hacerle una pregunta. Es muy importante: ¿Sabe si su hijo se había arreglado la boca? ¿Conoce a su dentista? —El rostro de la anciana se crispó.

—Mi pobre hijo nunca tuvo necesidad de ir al dentista —dijo bruscamente. —Siempre tuvo una dentadura muy sana. —El hombre se inclinó.

—¿Puede darme una fotografía de él? Se la devolveré en un par de días.

Ella se levantó rezongando, y de un cajón de la cómoda sacó varias fotografías antiguas, y otras más modernas. Las estuvo revisando, y por fin eligió una. Ésta parecía reciente. Se la tendió al policía.

—Pobre hijo mío —suspiró. Él le dio las gracias con una inclinación.

—Perdone las molestias —le dijo. —Tengo que irme ahora, pero tendrá noticias mías. No se preocupe por la fotografía, le aseguro que se la devolveré. —Ella parpadeó.

—Ya todo me da lo mismo —dijo tristemente.

Lo primero que hizo el inspector al volver a su despacho fue consultar en la guía telefónica los nombres y señas de todos los dentistas de la zona. Mientras, el ayudante mordisqueaba un bocadillo de jamón. La voz de su jefe lo sobresaltó.

—Hay que fotocopiar el informe del forense —dijo alteradamente. —Necesito al menos veinte copias, que enviaremos a otros tantos dentistas. Si no reconocen las piezas de oro que había en la boca del muerto habrá que seguir buscando en toda la región, y si es preciso en todo el país.

Pero no fue necesario tanto. Tres horas después, el ayudante estaba de vuelta en el despacho con un sobre en la mano. Llevaba el membrete de un odontólogo conocido.

—Aquí tenemos algo —indicó. —Un dentista ha localizado las piezas. Al parecer, el muerto era el administrador de la empresa. —El inspector se dio una sonora palmada en la frente.

—Eso es —dijo. —Debía habérseme ocurrido. No sé cómo he estado tan ciego.

El subordinado asintió despacio.

—El que creíamos en Brasil. ¿Quién era entonces el hombre que viajó en el avión?

El inspector consultó unos papeles que sacó de una carpeta. Tardó unos minutos en contestar.

—Posiblemente fuera el vigilante nocturno —resopló. —Nos han engañado como a chinos.

—¿Piensa que él se llevó el dinero? —El inspector denegó.

—No es probable —dijo. —No creo que tuviera acceso a él.

Sacó un lapicero del bolsillo y estuvo escribiendo algo en una cuartilla amarillenta. Luego consultó unos datos en un fichero metálico, mientras el ayudante lo miraba hacer. Repasó algunas fichas y volvió a la mesa. El ayudante parecía confuso.

—¿Qué piensa que ocurrió? —Él aspiró hondo antes de contestar.

—No podemos conocer la verdad, pero sí elaborar una hipótesis donde todas las piezas que tenemos encajen. Es lo único que podemos hacer.

Se quedó mirando la estera que cubría parte del suelo embaldosado. Pensó que quizá

hubiera que sustituirla, o quitarla mejor: la fibra de esparto se salía por todos lados, y por otros la alfombra estaba chamuscada por los cigarrillos. Suspiró.

—Veamos —dijo, como si hablara para sí. —Pensemos que el administrador y el encargado de la obra se hubieran quedado a medias con el dinero de las nóminas y lo demás. Entonces, el encargado pudo concebir un plan: tenía que eliminar al otro y simular que se había marchado al extranjero, y así él se quedaría con todo el dinero y libre de sospechas. —El ayudante pareció interesado.

—Puede ser —admitió. —Por eso tuvo que matarlo, y sustituirlo por otra persona que se prestara a viajar en su lugar. —El jefe asintió.

—Exacto. Soborna al vigilante nocturno, y sin darle muchas explicaciones le propone que viaje al extranjero. Seguramente, lo aleccionó para que no hablara del asunto con nadie, ni siquiera con su madre anciana. Quizá lo animara diciéndole que de esta forma ella recibiría una buena cantidad del seguro. —El ayudante hizo una mueca.

—Me parece cruel —observó. —Seguramente, la señora preferiría tener a su hijo con ella. ¿Sabría el vigilante que se iba a cometer un crimen?

—Yo no lo creo —contestó el inspector. —No había ninguna necesidad de decírselo, ni era probable que él lo supiera nunca. Hubiera sido un testigo peligroso, pero también era necesario para llevar a cabo el cambio de personalidad. Pudo presionarlo también por otras razones. Quién sabe lo que el encargado de la obra sabía de él, de su vida privada. He oído en el pueblo que tenía inclinaciones... algo desviadas.

—Entiendo —sonrió el ayudante, y el otro siguió hablando despacio.

—Bien, veamos. El encargado queda con el administrador en la obra y lo invita a una copa de coñac, donde previamente ha volcado una dosis mortal de germicida. Al parecer es un producto que surte efecto con mucha rapidez, y apenas tiene sabor. —El ayudante hizo un gesto de repugnancia.

—Siga. Es morboso —dijo. —El superior se irguió en el asiento.

—Se encarga de vestir el cadáver con las ropas que usa el vigilante de noche. Lo carga a hombros y lo deja apoyado en el muro. Tiene preparada una carga de dinamita y la hace estallar, dejando el cuerpo irreconocible...

—Tuvo que falsificar los documentos —lo interrumpió el ayudante, y él asintió.

—No sabemos cómo lo haría, pero sin duda tuvo que hacerlo. Seguramente se los entregó al vigilante en el mismo aeropuerto, a punto de tomar el avión para el Brasil.

El otro estaba pensativo.

—¿Qué explicación le daría? —El policía sonrió.

—Seguramente, unos cientos de miles de explicaciones —dijo. —Pero el encargado ignoraba que unos muchachos lo habían sorprendido llevando a cabo su fechoría. No lo supo, hasta que acudieron a hacerle chantaje. Luego, los chicos cuelgan el monigote de su lámpara.

Hubo un corto silencio y el ayudante preguntó:

—¿Cómo ocurrió la muerte del encargado? —El jefe prosiguió despacio.

—Seguramente, aquella misma noche fue a recoger algo a su despacho. Pudo entrar a oscuras para no llamar la atención. El monigote colgaba ya de la lámpara, y pudo tropezar con él. —El otro se estremeció a su pesar.

—Tuvo que sentir mucho miedo para prepararse un combinado de veneno —bromeó. —No quiero ni pensarlo. —El inspector asintió.

—Hay que tener en cuenta que una conciencia atormentada puede ser el peor enemigo —dijo. —A veces, el crimen es algo que su autor no puede soportar. Y más, un crimen maquiavélico como el que él había cometido, y encima con testigos. —El ayudante estaba impresionado.

—¿Cree que todo pudo ocurrir así? —Él sonrió tristemente.

—No es nada nuevo en la historia del hecho criminal —explicó. —Se trata de matar a alguien y encubrir el asesinato haciendo pasar el cadáver por el de otra persona...

—Que previamente se marcha al extranjero —lo interrumpió el ayudante, y él asintió.

—Exactamente —dijo. —Al verdadero muerto no se le da por muerto, sino por desaparecido o fugado.

El ayudante parecía electrizado con el tema. Expulsó el aire con un silbido.

—Es increíble, pero todo concuerda. ¿Cree que se encontrará el dinero robado a la empresa? —El otro hizo un gesto vago.

—Yo no lo creo. Habiendo muerto los autores del robo, lo veo muy difícil, a no ser que ocurra por casualidad. —El ayudante insistió.

—¿Piensa que volverá algún día el vigilante nocturno?

—Es probable —dijo el inspector, pensativo. —La madre tiene muchos años, y no

vivirá mucho. Es casi seguro que él vuelva a hacerle una visita. Entonces, tendrá que explicar a la policía varias cosas.

Ambos guardaron silencio. Fuera se oyó el claxon de un vehículo, y en el balcón el aire hizo ondear una bandera. En el patio se expandió el aroma de los jazmines en flor.

LA MODELO

Se trataba de una famosa modelo, de familia conocida. Desde muy joven se había dedicado al mundo de la moda, y se relacionaba con hombres de la *jet-set*, que habían puesto a su disposición sus respectivos talonarios de cheques.

Posaba como modelo de portada en las más acreditadas publicaciones, y se la rifaban los grandes modistos. Allá donde estaba, las revistas del corazón tenían siempre motivo de suculentos comentarios, acompañados de expresivas fotografías.

Meses antes, había aparecido una noticia en los periódicos: en su casa de verano alguien había forzado la caja fuerte, llevándose joyas por valor de varios millones.

—Se trata de alhajas de familia, además de otras que me habían regalado algunos amigos —declaró ella. —Todas estaban fotografiadas y registradas.

La compañía de seguros, después de arduas comprobaciones, tuvo que pagar tal cantidad de dinero que hubiera bastado para retirar del trabajo a varias modelos como ella. Luego, el hecho se había olvidado. Pasaron meses, y ella había recibido una ventajosa oferta para pasar unas colecciones en varias capitales hispanoamericanas, por cuenta de un importante “holding”de la moda.

Tomaba el avión desde París, y había llegado al aeropuerto escoltada por dos automóviles con baúles y maletas que portaban modelos exclusivos. Sus compañeros de vuelo la vieron entrar en la sala de embarque, y contuvieron la respiración: era imposible apartar la mirada de aquella espléndida figura coronada de cabellos dorados.

Llevaba un pequeño maletín de mano, y de cuando en cuando le dirigía una rápida mirada, mientras sus dedos se aferraban al asa, sin soltarlo por ningún motivo.

Un hombre joven se introdujo en la sala, y se dirigió directamente a ella, que se había sentado en un sillón bajo y lucía sus largas y bonitas piernas sin ningún recato.

—Policía —se identificó él, y ella lo observó un momento, sobresaltada.

—¿Qué ocurre? —preguntó. El funcionario tosió.

—Tenemos que revisar su maletín, señorita— dijo cortésmente. —Será sólo un momento, y luego podrá coger su avión.

La condujo a otra salita, donde los acompañó otro policía de paisano. Él le indicó al compañero que aguardara fuera.

—Te avisaré si te necesito —le dijo. Cerró la puerta, y ella dejó el maletín sobre una mesa baja. De un pequeño bolso de mano sacó una llavecita que introdujo en la cerradura, marcando unos números en el cerrojo de seguridad. El maletín se abrió con un chasquido, y aparecieron varias bolsas de terciopelo rojo, enroscadas y sujetas por tirantes de cuero con hebillas. Luego, con mucha calma, la chica tomó una de las bolsas y comenzó a desplegarla. Dejó caer en la palma de la mano un broche de brillantes en forma de lazada, y en medio un gran rubí. El hombre frunció el ceño.

—Vaya —dijo, aspirando hondo. La forma del broche era inconfundible, y las piedras también. No en vano se había pasado horas estudiando las fotografías de las piezas desaparecidas.

—Estas joyas, ¿No habían sido robadas? —preguntó, mirándola a los ojos.— Porque imagino que ahí estarán todas las demás, ¿no es así?

Ella se le había acercado, insinuante, hasta llegar a rozarlo. El hombre sintió vértigo.

—Le he hecho una pregunta. ¿No son estas las joyas robadas? —Ella abrió unos ojos redondos y azules.

—Qué cabeza la mía —exclamó. —Olvidé decir a la policía que habían aparecido las joyas. En realidad, no hace ni dos días que alguien me las envió a casa. No sé quién lo hizo, ni en ese momento me importó mucho: estaba demasiado ocupada con mi equipaje. Lo importante es que las había recuperado.

Él la observó un momento. Los ojos de ella eran tan inocentes como los de un niño. Miró sus labios húmedos y perfectamente dibujados, y notó que los plegaba en un gesto de tímida coquetería.

—Por favor...

Le asombraba la sangre fría de aquella mujer, pero tenía que reconocer que su explicación era lógica. Él estaba confuso. En realidad las joyas le pertenecían, y si era verdad lo declarado, no había hecho más que recuperarlas. Trató de poner en orden sus ideas.

—Bien. Quedemos entonces, en que ha olvidado notificar el hallazgo. Pero tiene obligación de hacerlo, ¿no se da cuenta? La compañía de seguros querrá recuperar la prima.

Ella sonrió. Parecía haber recobrado una tranquilidad que, aparentemente, nunca la abandonaba. Sacó una tarjeta rosada, y garrapateó algo. Luego se la tendió.

—Puede visitarme en Argentina cuando quiera, aquí tiene mis señas. Yo firmaré todos los papeles que quiera. Pero, por favor, déjeme ir ahora. Tengo que llegar a Buenos Aires, me espera el embajador.

Él tomó la tarjeta, donde figuraba impreso el nombre de la modelo, con apellidos conocidos. Al lado, las señas de la embajada española en aquel país. Movió la cabeza y sonrió. Luego dijo, mirándola:

—Me parece que no.

UN FUNCIONARIO EJEMPLAR

Era el hombre más cumplidor que nunca tuviera la empresa. Vivía en un piso antiguo y destartalado cerca de la oficina, pero donde no faltaban bastantes comodidades que él compartía con su esposa, una mujercita menuda que nunca había gozado de buena salud.

—No tardes mucho —le decía ella cada día, empinándose un poco para besarlo.

Nunca había faltado a su trabajo. Veinte minutos antes de que llegara el primero de sus compañeros, él ya estaba sentado a su mesa con un montón de facturas delante. Llevaba la contabilidad a la manera antigua, y se resistía a trabajar con los ordenadores. Su jefe era todavía más viejo que él, y tampoco se distinguía por su amor a las novedades.

—Odio la puntualidad de ese hombre —decía la secretaria de cabellos teñidos. —Nos deja mal a todos.

Cierto era que lloviera o nevase, hiciera frío o calor, su horario no se alteraba lo más mínimo.

—Es porque vive muy cerca de aquí —decían los compañeros. —No tiene que tomar autobuses, como otros.

Incluso en días festivos acudía a la oficina mientras su esposa se echaba un ratito.

—Voy a darme una vuelta por el despacho —le decía. Ella lo miraba con cariño, moviendo la cabeza.

—Trabajas demasiado —decía con una vocecilla. —A ver si tú también vas a enfermar.

Renunciaba incluso a la media hora de café de la mañana, y nunca había solicitado un puente ni un permiso. Ni había emprendido nunca un viaje de placer ni parecía echarlo de menos en absoluto.

—No hay motivos para visitar el extranjero cuando no conocemos nuestra propia casa —sentenciaba. —¿Dónde mejor que en la tierra de uno?

Su padre había muerto hacía años en el pueblo, y fue la última vez que lo pisó. Incluso en aquella ocasión, salió en un tren de la tarde y al día siguiente ya estaba en su puesto de trabajo.

—Lo hemos sentido mucho —dijeron los compañeros, extrañados.

—Él no ha sufrido nada —contestó. —Ha sido de repente.

Se casó su única hija y, tras asistir como padrino a la boda y dar una vuelta por el local donde se celebraba el banquete, dijo a los invitados:

—Vosotros me disculparéis, pero tengo algo urgente que hacer en la oficina.

Era el cajero de la empresa y no hubiera abandonado sus libros por nada del mundo. Todo el dinero que se manejaba estaba bien controlado por él, y eso era una gran responsabilidad, según decía.

—Vamos, no hay nadie imprescindible —se burlaban los compañeros. En cambio el jefe se felicitaba por tener en la casa a un hombre semejante, y no hubiera podido prescindir de él. No esperaba de su empleado una gran brillantez, ni la necesitaba para nada.

—Lleva en la empresa más de veinte años —decía a sus proveedores. —Su trabajo es su vida.

Tampoco padecía ninguna enfermedad; cuando lo aquejaba un catarro dejaba varios días de fumar y se quedaba como nuevo. Fuera de estos ligeros contratiempos su salud era a prueba de epidemias, y hacía caso omiso de los médicos en lo que a él respectaba. En cambio extremaba sus cuidados con la esposa, cuya mesa de noche parecía una oficina de farmacia.

—No olvides tomar las gotas —le decía al besarla por la mañana. —Luego te tomas las pastillas, y el jarabe para la tos.

—No te preocupes, hombre, que me lo tomaré.

Tampoco parecía ambicionar el dinero, si no hubiera sido para proporcionarle aquellas comodidades a su mujer.

—Necesita muchos cuidados —solía decir. —La pobre tiene tan mala salud...

Una mañana no acudió al trabajo a la hora de costumbre, y ni siquiera a media mañana había llegado todavía. Sonó el teléfono y la secretaria lo tomó, asintiendo despacio. Luego pareció alarmarse.

—¿Qué ocurre? —dijo el jefe. Ella se volvió con el teléfono en la mano.

—Se trata de Martínez. Parece que ha sufrido un accidente.

Ella siguió escuchando, y luego colgó. Estaba pálida debajo de su capa de carmín.

—Le ha caído encima una cornisa —dijo con voz ronca. —A la puerta de su casa, mientras se dirigía aquí. —El jefe se mostró alarmado.

—¿Dónde lo han llevado? —preguntó. —¿Está grave?

Ella dijo que sí, pero que ignoraba el lugar donde lo habían llevado. El comunicante había colgado enseguida sin dar más explicaciones. El director se dirigió al empleado más antiguo.

—Hágase cargo de la caja —indicó. —Martínez no podrá venir durante algún tiempo.

A última hora de la mañana, el funcionario más antiguo llamó con los nudillos a la puerta de la dirección. Parecía confuso.

—No entiendo lo que ocurre —dijo.

—¿Qué es lo que no entiende?

—No sé... parece que hay irregularidades en las cuentas.

El director se irguió en su asiento con un brillo de alarma en los ojos.

—¿Irregularidades?

—Pues mire, sí señor —dijo el empleado. —No quisiera alarmarle, pero... falta mucho dinero, señor.

—¿Cómo dice? ¿Está usted seguro?

—Pues mire, sí, señor. —El director se puso en pie.

—¿Quiere mostrarme esas cuentas? —dijo.

Estuvo estudiándolas con todo detalle, mientras su cara se ponía color remolacha. Luego pidió el resto de los libros.

—Ahora mismo —le dijo el empleado.

Faltaban importantes cantidades de dinero, y no era cosa de hoy. El director trataba de hallar una explicación racional para aquello, y recordó al cajero con su gesto respetuoso y sus buenos modales.

—No es posible —negó, sacudiendo con fuerza la cabeza. Mientras, un muchacho había irrumpido en la oficina.

—Es para el director —indicó, tendiendo un sobre alargado de un tono amarillento. —No aguarda contestación.

Él tomó el sobre y lo abrió con el abrecartas. Dentro había una cuartilla del mismo color, escrita a mano con letra cuidadosa. La leyó de un vistazo:

“Cuando lean estas líneas ya estaré muy lejos. El avión habrá despegado, y yo iré con mi querida esposa con rumbo a un país muy lejano. No me considero un delincuente: he sido honrado durante muchos años, viendo cómo los demás quebrantaban la ley. No pueden esgrimir nada contra mí sin perjudicar a la empresa”.

—Bien... bien —balbució el director, dejando la carta a un lado como quien aparta a un bicho ponzoñoso.

—¿Ocurre algo, señor? —intervino el empleado. Él denegó.

—Nada, no se preocupe. Y en cuanto a eso de las cuentas... ni una palabra a nadie, bajo su responsabilidad. Habrá que arreglar las cosas sin escándalo.

El empleado lo miró.

—Está bien, señor, no se hable más —dijo, con un tono inquietante en la voz.

LA SORTIJA

El hombre de traje azul marino tomó en la mano la centelleante sortija, la levantó en alto y sus innumerables facetas lanzaran alrededor una cascada de puntos multicolores.

—Esta me gusta —dijo. El gerente de la joyería asintió, complacido.

—Es una magnífica pieza —indicó. —Un brillante muy limpio. Su prometida puede estar satisfecha, hace tiempo que no teníamos en la casa una piedra semejante.

El hombre hizo girar la sortija entre sus dedos enguantados, y la devolvió al estuche. El gerente lo observó con discreción: era un caballero de edad mediana, muy distinguido, con el cabello castaño y abundante y unos hombros anchos bajo la impecable vestimenta. Usaba unos complementos refinados, y sus zapatos eran de artesanía italiana.

—Es exactamente lo que usted deseaba —insistió.

Minutos antes, el caballero se había bajado de un lujoso automóvil con chófer ante la puerta de la joyería. Dio un vistazo al escaparate, entró en la tienda con paso firme y, dirigiéndose a un vendedor, le pidió una sortija de ciertas características. Daba muestras de ser una persona entendida, porque rechazó varias que le mostraron, de apariencia ostentosa, y se detuvo ante la última, un enorme brillante engastado en platino.

—Esta está muy bien —afirmó en tono apreciativo.

Era la tienda más acreditada de la ciudad, y atendía a una selecta clientela. Nunca exhibía en sus vitrinas ninguna pieza que no fuera extraordinaria, y en cuanto a sus escaparates estaban protegidos con los más sofisticados sistemas de seguridad. La voz del cliente sonó en los oídos del encargado como una bendición.

—La abonaré en efectivo —dijo. Aún así, el encargado mostró su extrañeza.

—¿Todo en dinero? —preguntó. La mirada del caballero era cordial.

—Todo al contado —insistió. El encargado trató de catalogar a aquel hombre. Dinero negro, quizá.

—Está bien, como guste.

Vio cómo el cliente extraía de un bolsillo interior una abultada cartera. Hizo un gesto a un dependiente para que preparase la joya.

—En caja, por favor —le dijo a él. —Allí le entregarán la garantía.

En la vitrina-mostrador otro empleado atendía a una dama. La miraba embobado, pese a que había conocido a muchas y muy hermosas en la tienda. Su cabello parecía de cobre y sus ojos eran enormes y verdes. Ahora, el hombre de azul marino la saludaba con una ligera inclinación.

—Qué feliz coincidencia —le dijo. La puerta exterior se había abierto y un hombre corpulento irrumpió en la joyería. Un empleado se le aproximó.

—¿Desea algo? —preguntó. Él parecía muy alterado.

—Buscaba a una persona —dijo, mirando alrededor.

Todos en la tienda se habían detenido a observarlo. Sin mediar palabra se dirigió al hombre de traje azul marino, y obligándolo a girar sobre sus pies le descargó un puñetazo en la mandíbula. El otro se tambaleó un momento, y él aprovechó su confusión para repetir el golpe con la izquierda, haciéndolo caer con estrépito sobre la vitrina de cristal. Hubo una exclamación de estupor general, y el encargado trató de interponerse entre ellos.

—¿Está usted loco? —dijo, muy alterado.

El hombre de azul marino trataba de recuperarse, y estaba dispuesto a devolver la agresión. Dos señoras de edad madura cuchicheaban, asombradas, al otro lado de la tienda. Todo había ocurrido tan deprisa que el vigilante de la puerta no tuvo tiempo de intervenir. Cuando se acercó a la pareja, el recién llegado lo apartó de un manotazo.

—Esto es asunto nuestro —dijo. —No se meta.

—Lárguese de aquí —dijo él, cogiéndolo del brazo. Para el vigilante, el hecho de que alguien atacara a un cliente en la tienda era un verdadero desastre. Hizo una llave al intruso y lo obligó a salir del establecimiento. Una vez en la acera, le gritó:

—No vuelva por aquí, o le costará caro. —Dentro, el comprador se estaba frotando la mandíbula.

—Maldita sea —masculló. —¿Qué demonios querría?

—¿Se encuentra bien? —preguntó el encargado, y él sacudió la cabeza.

—No es nada —afirmó. —No se preocupe.

No obstante jadeaba, y una vena palpitaba en su sien. Tenía el rostro enrojecido. De

pronto pareció tomar una decisión súbita, y a grandes zancadas salvó la distancia que lo separaba de la entrada. Miró a ambos lados de la calle y salió corriendo, como si tratara de perseguir a su agresor. El encargado estaba muy nervioso.

—Pero, ¿dónde va? —casi chilló. —¡El otro se ha ido en dirección contraria!

Al cabo de unos segundos, ambos hombres habían desaparecido. El encargado se volvió al vigilante.

—¡Vaya a por él! —gritó. El otro pestañeó.

—¿Por cuál de los dos? —preguntó, confuso, pero en un instante estuvo fuera. La mujer había abierto el bolso y extrajo un cigarrillo. Lo encendió despacio, pese a que un rótulo a la entrada rogaba no fumar. Luego guardó en el bolso su pitillera de oro. Su estrecho vestido de punto se le ceñía al cuerpo como un perfecto guante, y era la única persona que parecía divertida, sola ante el mostrador.

—Volveré otro día, con más calma —rió, y salió taconeando. Desde la puerta se volvió.

—Ha sido emocionante —dijo con expresión de burla. La calle estaba muy transitada, y el vigilante volvió sin haber dado con ninguno de los dos sujetos. Abrió los brazos en un gesto de consternación.

—Se han ido —dijo tontamente. El encargado le dirigió una mirada tormentosa.

—Luego hablaremos —dijo.

De pronto miró hacia la vitrina—mostrador. Encima del pulido cristal estaba el estuche de la sortija abierto, y sobre el negro terciopelo un redondo cráter vacío mostraba el lugar que había ocupado la sortija, y que ahora le servía de cenicero a un cigarrillo con marcas de carmín. El hombre se sintió desmayar.

—Dios mío —musitó, y se mordió el labio inferior hasta que le supo a sangre fresca. Desde su puesto miró la calle ancha, abarrotada de un público presuroso. Luego, se dejó caer en una silla dorada.

—Dios mío —repitió, mientras sentía que la sangre se retiraba de sus venas.

AMOR

Amaba a su marido con locura. No habían tenido hijos, y él era lo único que había tenido en este mundo. No hubiera soportado la idea de apartarse de él...

Se habían conocido de jóvenes, cuando ella era casi una niña y él un muchacho delgado, con el cabello liso y un aire romántico. Desde el primer momento se habían enamorado. Y como era tímido, ella misma se había encargado de insinuársele.

Durante unos años habían sido novios, hasta que él pudo encontrar un empleo fijo. Habían sido buenos tiempos, pero lo que ella deseaba era que nunca tuvieran que separarse.

Luego, llegó la boda y con ella la felicidad. Disfrutaron de un modesto viaje de novios, pero daba lo mismo; ahora estarían juntos las veinticuatro horas del día.

Habían vivido al principio un poco estrechamente, y eso que no tuvieron descendencia. Poco a poco, pudieron ahorrar algún dinero y decidieron comprar una vivienda, aunque fuera modesta, y dejar el piso de alquiler. Hicieron gestiones, pidieron presupuestos, solicitaron créditos.

Por fin se trasladaron a un piso nuevo. Estaba en las afueras, pero se trataba de una vivienda alegre y bonita, y además era *suya*. Ni la más mínima nubecilla turbaba la felicidad de la pareja, que era citada por sus conocidos como un modelo de convivencia.

Últimamente se habían podido conceder ciertos lujos, y viajaron al extranjero: visitaron la capital de Francia, luego Roma, y hasta llevaron a cabo un crucero a lo largo del Rhin.

Ahora, el marido se había jubilado. Por fin, tendrían el día entero para estar juntos, sin que ninguna obligación pudiera perturbarlos. No obstante, algo extraño estaba ocurriendo.

***

No quería que su esposa lo supiera, pero él no se encontraba bien de un tiempo a esta parte; eran molestias inconcretas, tales como náuseas y dolor de cabeza. Empezó a temer seriamente por su salud, y decidió visitar al médico que los había atendido durante años.

Cuando puso el dedo en el timbre, notó que el corazón le latía fuertemente en el pecho. No temía la muerte, pero tenía miedo al dolor y a la enfermedad. Casi sin darse cuenta, su mente se elevó en una oración.

Una enfermera abrió la puerta. Lo reconoció enseguida, y le preguntó por su mujer.

—Ella está bien —dijo él, sonriendo. —Soy yo quien se encuentra enfermo.

El doctor lo hizo pasar a su despacho, y lo invitó a sentarse en una silla metálica. Su expresión era grave.

—Espero que recibiría mi carta —le dijo. El hombre lo miró, extrañado. Varias cosas le estaban resultando raras, porque también lo había sido el tono de la enfermera al preguntarle por su esposa.

—No he recibido ninguna carta suya. ¿Qué me decía en ella, doctor? —El otro permaneció callado, con el ceño fruncido. Luego habló muy despacio.

—Hace más de un mes que se la envié. Iba dirigida a su nombre. Entonces... ¿no sabe lo de su esposa? —Él casi saltó en el asiento. Cada vez se sentía más confuso, y notó que aumentaba su dolor de cabeza.

—¿Qué le ocurre a ella? —casi chilló. El médico había encendido un cigarrillo, y a él le constaba que no fumaba casi nunca. Sus palabras cayeron sobre su corazón como agua helada.

—Ella sufre leucemia. Puede durar meses, o semanas. Nadie lo puede predecir —dijo en tono muy bajo.

El hombre permaneció en silencio. Trataba de ordenar sus ideas, pero sólo consiguió que el dolor le nublara la vista. ¿Cómo era posible? No había recibido ninguna carta. Había notado en su mujer algo extraño durante unos días, una cierta tristeza, pero luego ella había vuelto a mostrarse alegre, como siempre. Él lo había achacado a la edad. Últimamente, la vio más activa que nunca; parecía estar queriendo ganar el tiempo perdido. Y ahora, resultaba que estaba a punto de morir.

El médico lo observaba en silencio, respetando su estupor. Por un momento no se oyó más que una conversación a lo lejos, en el vestíbulo, y un claxon en la calle.

—¿Cuál es, entonces, el motivo de su visita? —preguntó luego. —Cuando lo he visto, pensé que venía a hablarme de ella. En realidad, me extrañaba que no lo hubiera hecho ya.

Él lo miró gravemente. Ahora le parecía casi una crueldad hablar de sus propios padecimientos, cuando ella misma estaba condenada. Aún así contestó:

—No me encuentro bien. Sufro de vértigos y tengo fuertes dolores de cabeza. A veces, incluso pierdo la visión. Esto me ocurre hace un mes, más o menos.

El doctor lo estuvo reconociendo; le tomó la tensión, pero la tenía normal. También le observó el fondo del ojo. Le preguntó si tenía molestias de estómago o diarreas, y él contestó afirmativamente.

—Es raro —dijo. —Siempre he sufrido más bien de lo contrario.

—¿Ha tomado últimamente algún medicamento? —preguntó el médico, mientras buscaba la ficha de su paciente. Es extraño, siempre ha gozado usted de muy buena salud. ¿Toma alguna medicina por su cuenta?

Él denegó. Luego pareció recordar algo.

—Estos últimos tiempos no dormía bien. Pensé decírselo, pero...

—¿Y está tomando algo? Es importante que me lo diga, para establecer el diagnóstico.

—Algo contra el insomnio —dijo él. —Nunca me ha gustado tomar nada para dormir, pero es que hasta ahora no lo había necesitado. —El médico arrugó el gesto.

—¿Contra el insomnio? ¿Quién se lo ha recetado? —Él se encogió de hombros.

—Es mi esposa quien me lo da. Son unos sellos, que al parecer tomaba su madre para dormir. —El médico pareció alarmado.

—¿Qué contienen esos sellos? —El hombre hizo un gesto vago.

—Exactamente, no lo sé. Son unos polvos blancos, parecidos a los polvos de talco. Al principio tienen un sabor raro, pero luego te acabas acostumbrando. A todo se acostumbra uno —rió, tratando de bromear. Pero el médico estaba serio.

—¿Cómo le ha conseguido los sellos? —El hombre dudó un momento.

—Creo que los hace ella misma. Un día la vi en la cocina doblando los papelillos, y llenándolos con una cucharilla. Me dijo que los vendían a granel.

El médico se mostró francamente alarmado.

—No pruebe ni uno más —le indicó con firmeza. Le han estado sirviendo de postre sulfato de morfina. Los síntomas que padece así me lo hacían pensar, pero no podía creerlo. Pensé que estaría confundido, pero ahora veo que mis sospechas eran fundadas. —El hombre casi saltó en el asiento.

—¿Sulfato de morfina? ¿Qué es eso? ¿No es lo que se usa para las plantas? Ella... lo suele utilizar para acabar con los parásitos.

El médico asintió.

—Uno de los venenos más activos que hay. Acaba con los pulgones, y también a la larga con los seres humanos.

Hubo un silencio tenso. El hombre reaccionó con violencia.

—¿Insinúa que ella me está envenenando? No puedo creerlo.

El médico aplastó su cigarrillo en un cenicero de cristal.

—No hay que culparla —pronunció con suavidad. —Ella lo quiere mucho, yo lo sé. Es mejor que no sepa que la hemos descubierto; al menos, no turbaremos sus últimos días.

Él asintió con la cabeza.

—Tiene razón, ella me adora. Siempre me ha dicho que no podría separarse de mí.

ALEVOSÍA

Lo había planeado todo escrupulosamente. Ella vivía en el piso superior, y él había oído sobre las seis de la mañana un gran estruendo, o al menos eso dijo. Él era zapatero. Enseguida, había avisado al herrero que vivía en la puerta de al lado.

—Algo ha ocurrido arriba —dijo. —He oído como si un cuerpo hubiera caído desplomado sobre la tarima.

—Lo habrás soñado —dijo el otro con un bostezo. —Vamos, vete a dormir. Me has despertado, y acababa de coger el sueño. El niño no me ha dejado dormir en toda la noche.

—Te digo que he oído caer un cuerpo, y además un grito. —El otro se alarmó.

—¿Un grito, dices? ¿Has visto si han forzado la puerta?

—No he visto nada —dijo él. —Ni siquiera he subido arriba. Compréndelo, tengo miedo de que alguien me ataque. Tú, en cambio, eres un hombre fuerte. Puedes coger una barra de hierro.

El otro dudó:

—¿Tú crees?

—Claro que lo creo. Coge una barra grande, y vamos a ver lo que pasa.

—Está bien —dijo el otro, metiéndose los pantalones sobre unos calzoncillos de franela largos.

Subieron sigilosamente la escalera, a la luz de una bombilla polvorienta. Al llegar al primer piso, se detuvieron ante una puerta pintada de marrón oscuro.

—Llama —dijo el herrero. El otro se detuvo, mirándolo.

—¿Para qué?

¿Cómo, para qué? No querrás que echemos la puerta abajo. Deja, yo llamaré.

Tocó primero suavemente y luego arreció los golpes, hasta que terminó pegando en la puerta con la barra. La puerta no cedió, pero otros vecinos acudieron.

—¿Qué pasa?

—Hay que avisar a los bomberos —dijo el hombre de la barra. —La vieja no contesta.

—¿Cómo, a los bomberos? —dijo el guarda jurado, que vivía en el segundo piso. —Déjame a mí.

De dos empellones, consiguió arrancar la puerta de sus goznes. Era un hombre alto y recio y, aunque ya entrado en años, conservaba gran parte de su fortaleza. Los demás entraron tras él.

—Por ahí se oyó caer el cuerpo —dijo el zapatero.

La hallaron en la cocina. Estaba tendida en el suelo sobre un charco de sangre, y tenía un gran cuchillo hundido en el costado. Era una mujer gruesa, y era natural que su cuerpo hubiera producido un fuerte ruido en su caída.

—¿A qué hora la has oído caer? —preguntó el guarda. El zapatero lo miró.

—Hará un cuarto de hora —dijo. —Enseguida he avisado a Tomás.

El herrero asintió.

—Es cierto —dijo.

El guarda dio un vistazo alrededor. Todo estaba revuelto.

—Han debido robarla —dijo. —No queda ningún cajón por registrar.

Toda la ropa de la anciana estaba por el suelo. Habían sacado sartenes y pucheros, y vaciado todos los botes. Una vecina se acercó, horrorizada.

—Fíjate —le dijo a su marido. —Todavía tiene el cuchillo clavado en la espalda.

El mango del cuchillo era de asta, lo mismo que otros que el asesino había sacado, y dejado sobre la mesa. Otra vecina más joven se aproximó también.

—Ella suele madrugar a diario, para ir a misa de siete —dijo. —Por eso estaba levantada a estas horas. —El guarda asintió.

—¿Quién la vio por la noche el último? —preguntó, volviéndose. Todos se miraron unos a otros. El zapatero dio un paso adelante.

—Yo la vi anoche sobre las nueve —dijo. —Le subí un par de zapatos que me había dejado para componer. Le hacían falta para hoy de mañana, según dijo.

—Sí —afirmó la vecina más joven. —Pero yo la vi más tarde. Serían las diez. Se asomó a la ventana, a recoger la ropa que tenía colgada en la cuerda. Yo estaba arriba, y me dijo que iba a llover.

El guarda jurado los fue mirando uno a uno, como si algo no lo convenciera del todo.

Puso en su lugar una silla que había ante el armario de cocina. Luego se aclaró la garganta.

—Que alguien llame a la policía —dijo. —Ya sé quién es el asesino.

Todos lo miraron, atónitos.

—¿Cómo, que tú lo sabes?

—Te crees muy listo —le dijo el herrero, con expresión burlona. Él se había interpuesto, entre el grupo y la puerta de salida.

—Que nadie se mueva —ordenó.— Tomás, ve a avisar a la policía.

—¿Por qué Tomás? —se adelantó el zapatero. —También yo puedo ir.

—Tú no te mueves de aquí —le dijo su vecino.

—Pero, ¿qué dices? Si he sido yo mismo quien ha denunciado el suceso... ¿Iba a haberlo hecho, si fuera culpable?

El otro se cruzó de brazos.

—Te ha fallado algo —dijo. —La sangre está seca.

Hubo un murmullo de estupor.

—Es verdad —asintió la vecina más joven. —Ya lo había notado.

El guarda ignoró la interrupción, y siguió hablando despacio:

—Y otra cosa —añadió. —Los botes más altos están intactos ahí arriba.

Un escalofrío recorrió el pequeño cuerpo del zapatero. Sus cortas piernas, anquilosadas desde la niñez, se movieron con rapidez hacia la puerta. Pero el gigante se le había adelantado.

—Debías haber puesto la silla en su sitio —indicó roncamente. —Has llamado mi atención sobre la estantería. Sólo un chiquillo, o un enano, hubieran tenido dificultad para alcanzarlos.

Ante el estupor de los presentes, alcanzó los botes y los fue vaciando uno a uno sobre la mesa. No había nada de particular en el primero, ni tampoco en el segundo. Cuando vació el tercero, todos miraron asombrados: entre los granos de arroz, brillaban alhajas con piedras de todos los colores. El zapatero fue a saltar sobre ellas, pero el guarda jurado lo detuvo.

—Quieto —dijo. —No vas a escaparte de aquí.

—Maldita sea —dijo el enano forcejeando con sus pequeñas piernas, calzadas con unas botitas infantiles.

—Lo tenía todo planeado —gimió. —¿Por qué las cosas tienen siempre que salirme mal?

El otro lo miró desde arriba, mientras lo sujetaba de los hombros. Luego dijo a los demás, que no salían de su asombro:

—Fue el último que salió de la casa anoche, él mismo lo ha dicho. Dejó trabado el cerrojo, de forma que la puerta pareciera estar cerrada, sin estarlo. Luego, volvió cuando todos dormían. No pudo oír ruido a las seis de la mañana, ya que a esa hora la anciana está vestida a diario, y vemos que está en camisón.

La vecina mayor abrió unos ojos como platos.

—¿Quiere decir que él entró a medianoche, y ella lo sorprendió en la cocina?

El hombre asintió con parsimonia, sin soltar un momento al zapatero.

—No pudo alcanzar el bote —explicó. —No hay escalera en la casa. Temiendo hacer ruido y que lo sorprendieran, desistió; pero la anciana entró en la cocina, y tuvo que matarla.

—Debía haber forzado la cerradura, por lo menos —dijo el marido de la que había hablado. El guarda dijo que sí con la cabeza.

—En cambio, después de pensar durante horas, decidió avisar al herrero —afirmó.

Como por ensalmo, éste había aparecido a la entrada con dos policías.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó uno de ellos, que tenía el cabello canoso. Fue el propio zapatero quien contestó.

—Yo la he matado, sí. Maldita sea —dijo.

LA VIAJERA

A través de la ventanilla del avión se distinguían ya las costas de México. La azafata había pasado unas botellas con refrescos, y él estaba bebiendo para aclararsela garganta.

Abajo, el mar era de un azul intenso. Tomó un largo sorbo, y volvió a dejar el vaso de plástico sobre la mesita abatible. Observó por un momento a su compañera: era una mujer de edad mediana, pero no carecía de atractivo.

La viajera desplegó un folleto turístico. Él se ofreció a escanciarle la bebida, ella tendió su vaso y lo miró con expresión agradecida.

—Gracias —le dijo. —Es usted muy amable.

La costa de México se extendía al fondo, cada vez más cercana. Él se estiró hacia atrás en el asiento, cerró los ojos y hundió la cabeza entre los hombros.

Pensó en su madre muerta, a quien siempre recordaba como a un manso animalillo doméstico.

—Pobre mamá —dijo para sí. —Cómo hubieras disfrutado sabiendo que vuelvo a tu tierra de origen...

En ocasiones se había sentido enojado con la vida, y el motivo era siempre el mismo: había que reconocer que no todas las personas tenían la misma suerte, y él no había nacido para triunfar.

—Tuviste que morir sin haberlo conseguido... —murmuró, sin apenas mover los labios.

En el transcurso de las últimas horas había experimentado el temor de que lo detuvieran antes de llegar al aeropuerto, primero, y después antes de arribar a su destino. Pero conforme pasaban las horas aumentaba la sensación de seguridad. Hubiera querido charlar con su compañera de viaje, incluso contarle sus planes: pero no en vano tenía fama de hombre tímido, y no hubiera podido traspasar la barrera de un simple gesto amigable.

—Y tiene algo que me atrae —pensó.

De todas formas, se preocupaba por sus compañeros de trabajo. De ningún modo había tenido intención de causarles el menor perjuicio. Creía que quedaría bien claro quién había sido el único responsable de aquella importante sustracción. Descubrió que no sentía rencor, su rechazo por la sociedad en que vivía se había esfumado como una nubecilla.

Se dio cuenta de que su actual tranquilidad se debía en gran parte a la presencia de su compañera de asiento. La observó de nuevo, sintiendo en el pecho una especie de agradable hormigueo que desconocía.

Ella parecía dormida, y entonces miró sin recato a aquella mujercita de manos delicadas y blancas, y de pequeña naricilla. ¿Qué pensaría de él? En realidad, él hubiera debido sentir alguna clase de remordimiento, después de tantos años de trabajo honrado, pero no lo sentía. Sencillamente, la balanza se había inclinado del lado contrario, y a muchos les ocurría lo mismo sin que el mundo detuviera su curso. ¿Era aquello tan extraordinario?

Recordó de nuevo a su madre, y aquel día que la sorprendió llorando. Y él ni siquiera trató de consolarla, tan confuso estaba. Luego, estando a punto de morir, murmuró aquellas susurrantes palabras:

—Quiero que lleves mis cenizas a la bendita tierra de México, junto a la virgen de Guadalupe. Allí nací, y allí quiero volver...

Luego había cerrado los ojos, también ella, dulcemente. Recordando estas cosas, apenas se apercibió de una cierta vibración en el asiento. Por tercera vez en dos minutos la puerta de la cabina de pilotos se había abierto, pero él ni siquiera lo notó. Sólo sabía que estaba cada vez más cerca de su lugar de destino, y que con cada minuto que pasaba, se alejaba del peligro de ser detenido.

El primer ruido que lo sobresaltó fue una explosión sorda tras la puerta, ahora cerrada. Luego vio que un auxiliar de vuelo estaba tratando de forzar la puerta, y que desde dentro la golpeaban. Varios pasajeros se habían puesto de pie.

—Calma, calma —dijo el joven, volviéndose. —Permanezcan en sus asientos, y abróchense los cinturones.

Lo que ocurrió a continuación fue totalmente inesperado. Una gran llamarada había surgido de la cabina de pilotos hacia el exterior, y un olor a quemado fue extendiéndose, causando el terror de todos. El muchacho se había quitado la chaqueta, y estaba dando empujones a la puerta, que no cedía.

—Ayúdenme, por favor —dijo, volviéndose a los otros.

Dentro se oía el crepitar de las llamas, pero nada más. Sorprendidos por el silencio de la tripulación, los pasajeros pensaron lo peor. Se oyeron gritos de mujer, y su compañera de asiento abrió los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó, incorporándose. Él apoyó una mano en la suya.

—Calma —dijo. —No será nada.

La miró: sus facciones estaban contraídas y tenía las manos apretadas, como las de una niña asustada. Luego cerró nuevamente los ojos, como para olvidarse del peligro.

Después de las horas pasadas, él no creyó que nunca más pudiera experimentar terror. Sentía los músculos del cuello agarrotados y el sudor correrle por la espalda. Hizo acopio de todo su valor, y palmoteó las pequeñas manos tensas.

—Tranquila —repitió. —No la abandonaré.

Había empezado a levantarse cuando el aparato dio un vuelco. Él se asió, tratando de conservar el equilibrio, pero se tambaleó y cayó sobre ella.

Luego, cuando vio que ella salía despedida trató de agarrarla del brazo, pero se le escurrió y la perdió de vista. Un segundo más tarde su propia cabeza chocó contra el techo de la cabina de viajeros. Cuando el avión comenzó a descender en picado él ya no pudo saberlo. Una grieta sangrienta se le había abierto en la base del cráneo.

Entre los restos del avión siniestrado, se halló una pequeña maleta llena de billetes de banco. No lejos, una arqueta de plomo contenía algo parecido a unas cenizas humanas.

PUERTO DEPORTIVO

El teléfono de la comisaría cercana al puerto deportivo sonó insistentemente. Eran las dos de la madrugada de un lunes de verano, y uno de los policías de guardia atendió a la llamada, bostezando. Recibió el aviso y estuvo asintiendo con la cabeza, mientras tomaba notas en su bloc.

—Está bien, iremos enseguida —dijo.

El inspector jefe estaba sentado ante una mesa de castaño con tablero forrado de hule negro. Era un hombre de bastante buen aspecto, casi elegante. Llevaba puesta una chaqueta veraniega que no abandonaba por mucho calor que hiciera. No le gustaba pasar por desharrapado, por esa iba siempre afeitado y llevaba las camisas bien limpias.

—¿Qué era? —preguntó. El otro contestó:

—Era el dueño de un pub, el “María Rosa”, en el puerto deportivo. Parece ser que un italiano, una especie de *playboy* muy conocido por aquí, se ha liado a puñetazos en su establecimiento. Un inglés ha caído hacia atrás, y está inconsciente. Han llamado a un médico, pero no ha logrado reanimarlo y ahora están buscando una ambulancia. El dueño del pub no quiere líos, según me ha dicho. —El inspector se puso en pie.

—Veremos lo que ocurre —dijo.

El lugar tenía las paredes enteladas en rojo. Había poca luz, pese a que adornaban las paredes varias cornucopias doradas, entre espejos con los marcos dorados también.

El local se había quedado casi vacío, y en un extremo varias personas atendían a un hombre caído.

—Está ahí —dijo el dueño, haciéndolos pasar. —Parece que está mal, según el doctor. —El médico se enderezó, pasándose una mano por la frente.

—Conviene trasladarlo enseguida —dijo. —Sufre un fuerte shock, aunque por suerte la moqueta ha podido ahogar el golpe. Si no, se hubiera roto la cabeza contra el borde del escalón.

El inspector miró al caído. Sobre la roja moqueta, su cara estaba pálida. Era un hombre delgado, de facciones correctas, y tenía los ojos cerrados. Se fijó en sus grandes orejas y en sus manos, delgadas y finas.

—Avisa a una ambulancia, rápido —le indicó a su ayudante. —Si no, nosotros mismos lo llevaremos en el coche. —Se volvió a los presentes y los abarcó de una ojeada.

—¿Alguien ha visto lo ocurrido? ¿Dónde está el agresor? —El dueño del pub parecía muy alterado.

—Huyó enseguida —dijo. —En cambio, su chica sigue aquí. Ha entrado en el lavabo. Estaba bastante bebida, y ha estado vomitando.

Se abrió una cortina roja y apareció una chica rubia, con el pelo corto y nariz pequeña y respingona. Llevaba un pañuelo de papel en la mano y se estaba limpiando la barbilla.

—Es sueca, pero habla muy bien el castellano —dijo el dueño del local. El policía fue hacia ella. La chica había ocupado un asiento mullido, al lado de una mesa baja con el tablero de un rojo brillante. Él se presentó como policía.

—¿Quién era su amigo? —preguntó. Ella lo miró con unos ojos redondos, de un azul muy pálido.

No tengo ni idea —dijo, moviendo la cabeza. —Tan sólo sé que era italiano y se llamaba Massimo. Me pareció guapo, y tomé unas copas con él.

—Ya. ¿Sabe dónde vive? —Ella negó con un gesto.

—No sé más que lo que me ha dicho. Creo que ha venido en un barco, un yate que llaman “Tiburón”. Es muy simpático, y antes del jaleo habíamos quedado en encontrarnos aquí mañana por la noche. Luego, no sé cómo, se ha puesto a pegar al inglés, y ha salido corriendo. Es todo lo que sé, se lo juro.

Tomaron los datos de la chica. A pesar de todo no parecía cohibida, y tenía una expresión infantil, casi alegre. El policía observó su cuerpo delgado, bajo la blanca camiseta ceñida, y las largas piernas bien formadas que asomaban por el pantalón corto. Era muy joven, casi una niña.

—¿Puedo marcharme ya? —preguntó. —No me encuentro muy bien.

—Puede marcharse —dijo el policía. —¿A qué hora se ha citado con el italiano para mañana?

—A las doce de la noche —dijo ella. —Pero después de esto, no sé si vendrá.

—Venga de todos modos. Tomaremos juntos un café.

Ella le dedicó una agradable sonrisa.

—Está bien —dijo. —Hasta mañana, señor.

Al día siguiente por la tarde, el inspector jefe recibió una llamada de una clínica local. Por la mañana, el herido no había recobrado el conocimiento. La voz del médico era grave ahora.

—Ha muerto —informó. —El golpe le produjo una gran hemorragia, que ha mantenido al paciente en estado de coma. A última hora la hemorragia se ha extendido, causándole la muerte. —El inspector carraspeó.

—Gracias por todo —dijo. —Enviaré a mis hombres, y al forense. Habrá que hacer la autopsia del cadáver.

Iban a dar las doce de la noche cuando el policía entró de nuevo en el pub.

Le extrañó ver que la muchacha ya estaba allí: contradecía la opinión que tenía formada sobre la puntualidad de las mujeres. En su fuero interno pensó que quizá las extranjeras fueran distintas.

—¿Puedo sentarme? —dijo, y ella asintió con un gracioso mohín. Llevaba puesto un traje rojo, y hacía juego con el local. Lucía un collar de conchas marinas y unos largos pendientes de lo mismo.

—Recuerde que me debe un café —le dijo.

Estuvieron aguardando un rato, pero el italiano no llegó. El inspector miraba el reloj de cuando en cuando, y después de haber pasado una hora larga se levantó.

—Ahora tengo que dejarla —dijo. —No sabe cuánto lo siento. —Ella sonrió.

—Yo también lo siento. Me ha caído bien, a pesar de ser policía. Por cierto, no me ha dicho cómo se encuentra el herido. —Él contestó con una evasiva.

—No se preocupe por él —dijo. Fue hacia la salida donde aguardaban dos ayudantes de paisano, y los llamó con un gesto.

—Nos vamos —dijo. —El pájaro no aparece ya. Hay que buscarlo donde sea, ahora ya podemos acusarlo de homicidio. —Uno de los policías movió la cabeza.

—Estamos listos con esa gentuza —gruñó. —Piensan que pueden ir por el mundo cargándose gente.

—Vamos al puerto —dijo el inspector. —Buscaremos el barco.

El puerto estaba casi solitario. Hasta el muelle llegaba el sonido de la música de algunos locales cercanos, y las luces encendidas de los barcos se multiplicaban sobre la superficie negra y pulida del mar. Se dirigieron al puesto de guardia y allí los recibió el vigilante. Era joven y moreno, con una barba recortada y negra. Llevaba en el antebrazo un tatuaje representando a una mujer desnuda.

—¿Quieren algo? —dijo. —Esto está bastante tranquilo.

El policía le explicó lo ocurrido. Él lo escuchaba pensativo, y asintió.

—Sé a quién se refiere. Es un italiano que se las da de guaperas, y es un chulo en realidad. Acompaña a una millonaria suramericana, dueña del yate “Tiburón”. Creo que está podrida de dinero, con terrenos en la Argentina y esas cosas. Tiene una finca de recreo a las afueras del pueblo, hacia la sierra. Hace poco se ha quedado viuda, según creo, y el italiano debe consolarla.

—¿Lo vio anoche? —preguntó el policía. Él asintió.

—Lo vi salir solo del barco, sobre las once y media de la noche. Saldría a buscar a una amiguita más joven que la millonaria. —El inspector estaba serio.

—¿Cuándo llegó este yate? —El hombre contestó con rapidez.

—Llegó ayer, a primera hora de la tarde.

—¿Está anclado en el puerto? —El vigilante denegó.

—No, señor. Está navegando. —El policía hizo un gesto de contrariedad.

—¿Salió anoche la señora? —preguntó.

—Sí que salió —contestó el vigilante. —Poco después que el italiano. Iba sola, y no parecía que se encontrara muy bien, porque se detuvo varias veces. Le pregunté si necesitaba algo, y ella me dijo que tenía jaqueca y que iba a tomarse una copa. Se dirigió hacia allá —dijo, indicando el extremo del muelle.

—¿Sabe cuándo volverá el barco? —Él se encogió de hombros.

—Lo que me extraña es que haya salido —dijo. —Oí que se iban a quedar una semana en el puerto, y, sin embargo, han salido esta mañana temprano.

—¿Los volvió a ver a ellos? —preguntó el policía.

—No, señor. Mi compañero me relevó. Pero él es nuevo, y no conoce todavía a la gente de por aquí. No creo que pueda decirles nada. —El policía le palmeó la espalda.

Avísenos en cuanto vuelvan —indicó. —Es importante. —Él se puso firme.

—Está bien, señor.

Estuvieron recorriendo varios bares de la zona, y por fin en uno de ellos les dieron noticia de la sudamericana. Era un local antiguo, bastante reducido y lleno de humo de cigarros. Tenía una tosca barra de madera y altas banquetas tapizadas en plástico verde. En el tocadiscos atronaba la música de una vieja pieza de rock.

El que se presentó como dueño era un hombre de unos sesenta años. Tenía un bigote blanco manchado de nicotina, y bolsas bajo los ojos. Su cabello era canoso y abundante, y vestía una chaqueta blanca de hilo y un pantalón azul marino.

—¿La señora suramericana? —sonrió. —La llaman madame Buterfly. La conozco bien, hace años venía mucho por aquí. Antes lo hacía con el marido, pero desde el año pasado viene menos, y sola. Es como si quisiera recordar.

—Me ha dicho el camarero que anoche estuvo aquí. —Él asintió.

—Sí, así es. Hace tiempo que no la veía. Me pidió una aspirina, y estuvo bebiendo mucho. Parece que ligó con un tipo, un noruego que tiene el título de capitán de yate.

—¡Un capitán de yate! —El otro asintió.

—Él estaba parado, y mientras encontraba trabajo no hacía ascos a ejercer de gigoló. Es un tipo... bastante escurridizo. Estuvieron en una mesa muy acaramelados, y luego salieron juntos hacia el muelle. Era más de la una de la madrugada, y ella llevaba una buena cogorza. —El policía le dio una palmada en el brazo.

—Gracias, amigo —dijo. —Puede que vuelva por aquí.

—Cuando usted quiera —dijo el otro.

Salieron, y el inspector se volvió a sus subordinados.

—Hay que localizar al noruego —indicó. —No creo que con esas señas haya muchos por aquí. En cuanto al italiano, espero que no intente huir. Por de pronto, voy a avisar a todos los puertos deportivos.

No tardaron en dar con el domicilio del capitán de yate. Vivía en una pensión en el centro del pueblo, y enseguida localizaron el lugar. Hablaron con la dueña.

—Tiene todas sus cosas aquí —dijo la patrona. —Me debe un mes de atrasos. Salió ayer por la noche, y no ha vuelto.

Pasaron tres días sin que hubiera noticia de los dos extranjeros. Al capitán de yate parecía habérselo tragado la tierra, y el barco no había aparecido con el *playboy* y la sudamericana.

—En algún sitio tienen que estar —dijo el policía con torva expresión. —El barco no ha atracado en ningún puerto deportivo. Pronto se les acabará el combustible, y no tendrán más remedio que repostar.

Finalmente, el sábado apareció el “Tiburón”. La policía fue alertada enseguida por el vigilante.

—Han amarrado en el segundo muelle —dijo por teléfono.

El barco cabeceaba suavemente. Era bastante grande y lujoso, pintado de blanco y con brillantes maderas de caoba. Sus metales relucían, los cristales estaban muy limpios y velados por blancos visillos. Los policías franquearon la rampa de madera, y un marinero los detuvo.

—No se puede entrar aquí —les dijo. El inspector le mostró su identificación.

—Policía —dijo secamente. El marinero se hizo a un lado.

—Está bien, pasen —cedió. Él lo miró de arriba a abajo.

—Busco a un hombre italiano —indicó. El otro pestañeó un momento.

—No está en el barco —dijo. Un hombre rubio, con un blanco uniforme, apareció en cubierta.

—¿Qué ocurre? —preguntó. El inspector lo observó un momento. Tenía ante sí a un tipo delgado, de facciones angulosas y barbilla fina y prominente. Sus ojos eran grises y fríos.

—Somos de la policía —explicó. —Traemos una orden de registro. —Él hizo un gesto nervioso.

—Quiero verla —dijo. El inspector se dio cuenta enseguida de que se trataba del noruego, si bien parecía hablar perfectamente el español.

—Aquí la tiene —dijo, mostrándole el papel. —¿Es usted el capitán del yate?

—Lo soy —contestó él con acritud. El policía dio un paso adelante.

—Queremos ver a la señora. —El otro frunció el ceño.

—Está indispuesta —contestó. —No creo que pueda recibirles.

—Anúncienos, de todos modos.

El hombre entró por una puertecilla, agachando la cabeza. Volvió a los pocos minutos.

—Pasen por aquí —indicó.

Entraron en un salón tapizado de moqueta azul, con grabados de barcos en las paredes. En una repisa de cristal estaban expuestas varias copas y trofeos, y del techo pendían lámparas marineras de bronce. Todo estaba impecablemente limpio y ordenado. La dueña del barco los aguardaba reclinada en un sillón de cuero natural.

—Perdone —dijo el inspector. —Lo siento, pero tengo que hacerle unas preguntas.

—Pregunte lo que quiera —dijo la mujer en tono desmayado.

Tenía que haber sido hermosa; ahora se la veía muy cuidada, pero se le notaban los años. Vestía un traje clásico en lino amarillo, con un collar de hermosas perlas naturales. También sus pendientes eran dos gruesas perlas, y llevaba el cabello de un castaño claro recogido atrás en un sofisticado moño.

—Buscamos a un tal Massimo, un italiano —dijo él. —Creo que usted lo conoce.

La mujer pareció sobresaltarse. Estiró sus bonitas piernas y cruzó sobre las rodillas sus manos de uñas esmaltadas en rosa.

—No está conmigo —dijo con tristeza. —Sencillamente, me ha abandonado. —El policía aspiró hondo.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —En los ojos de ella se formaron finas arrugas.

—El lunes por la noche salió del barco —dijo con suavidad. —No tenía intención de volver.

—¿Por qué motivo? —preguntó el policía, interesado. Ella suspiró.

—Tuvimos una violenta discusión. A veces las teníamos. El se tomaba demasiadas... atribuciones. ¿Por qué lo buscan? —El inspector habló gravemente.

—Por causa de otra discusión. Ésta la tuvo con un hombre, y ha muerto. —En los ojos de ella hubo un brillo extraño.

—Es terrible —dijo. —Si lo desean, pueden ustedes registrar el barco. Le aseguro que no lo encontrarán.

Estuvieron recorriendo los camarotes de invitados, y los de la tripulación. No hallaron ninguna ropa masculina, aparte de la de los marineros. Todo en el barco estaba en perfecto orden. Al salir, el inspector se disculpó de nuevo.

—Por favor, señora, no se mueva del puerto ni abandone el barco— indicó. —Quizá tengamos que interrogar a la tripulación.

Cuando saltaron a tierra, el inspector se volvió hacia uno de los ayudantes.

—Hay que cursar una orden de caza y captura —ordenó. —Puede haber mucho más detrás de esto.

Se elaboró un retrato robot y se alertó a las fuerzas del orden de la costa, pero nadie sabía nada de aquel italiano. Se investigó la procedencia de la dueña del yate: no era argentina, sino uruguaya, pero tenía grandes estancias en aquel país, y era dueña de una importante empresa que exportaba carne congelada. Se consiguió una orden judicial para entrar en la finca de la extranjera, y allí se dirigieron los tres hombres en un pequeño automóvil que conducía el policía más joven.

—Es ahí —indicó el inspector. —La verja está cerrada.

En efecto, la finca estaba cercada por una alta verja de hierro donde trepaban buganvillas rojas y moradas. Llamaron a un timbre y apareció un hombre de corta estatura, vestido con un mono azul de trabajo. El policía se identificó, y él abrió unos ojos como platos.

—Ahora mismo le abro —dijo, y volvió hacia la casa. La verja cedió con un chasquido y el automóvil avanzó por un camino de gravilla entre macizos de geranios y grandes margaritas. Se detuvo ante el portón de una gran casa de estilo andaluz, con rejas de forja en las ventanas. La puerta se abrió, y apareció el mismo hombre acompañado de una mujer de su talla, con un vestido a rayas y un delantal de faena.

—Es mi señora —indicó él. —Somos los guardeses de la finca. La dueña no está. Pasa muchas temporadas fuera, desde que se separó del señor.

Hablaba precipitadamente, accionando con sus manos cortas y romas. La mujer asentía. Los policías habían abandonado el vehículo, y el inspector arrugó el entrecejo.

—¿Se separó? Creí que él había muerto —dijo. El hombre negó con la cabeza.

—No, señor. El dueño de la casa volvió a su país solo, hace un año. Nosotros no llegamos a conocerlo, llevamos menos de un año aquí.

Estuvieron recorriendo la casa, sin hallar nada especial. En la biblioteca, en una mesa baja había un marco de carey con una fotografía.

—¿Este es el marido? —preguntó el policía. El hombre negó enérgicamente.

—Desde luego que no. Este es un amigo de la señora. Es italiano, creo.

El policía tomó asiento en el sofá tapizado en cuero. Cogió el marco con la fotografía y lo estuvo observando. Era el retrato de un hombre moreno y musculoso, con el cabello

castaño y ondulado peinado con gomina. Vestía una camisa caqui y un pantalón del mismo color, y mostraba un aspecto sano y atractivo.

—¿Lo han visto hace poco por aquí? —El hombre denegó.

—Hace meses que no vienen por la finca —dijo. —Creo que están navegando en el yate que tiene la señora.

Sobre una estantería había otra foto del italiano. El policía lo observó, pensativo. —Es el típico *latin-lover* que gusta de exhibir su cuerpo —pensó. Aparecía aquí con un diminuto bañador, en posición de lucir su musculatura, y algo más. Sostenía en alto una gran copa plateada, y de su cuello pendía una cadena con una pequeña cruz de oro.

—Es campeón de natación —dijo el hombre, como leyendo su pensamiento. Él asintió.

—Se nota —dijo secamente.

Una vez en el automóvil, el inspector parecía muy preocupado.

—Hay algo en esto que no me gusta nada —dijo. El conductor habló sin dejar de mirar la carretera.

—Yo pienso lo mismo —afirmó.

Volvieron al puerto. A pleno día era un lugar bullicioso, rodeado de tiendas lujosas, de bares y de pubs. Estaba completamente encerrado entre blancos edificios de apariencia sencilla, pero por dentro lujosos, y también inaccesibles para el común de los mortales. Las tiendas de ropa y regalos estaban abiertas, así como los restaurantes de todas las nacionalidades. Algunas tiendas mostraban en el exterior sus productos, expuestos en perchas y estanterías de metal.

—Haremos otra visita al barco —indicó el inspector.

El mar estaba en calma bajo el cielo de un azul pastel. Hacía calor, y las embarcaciones cabeceaban con suavidad. Algunas eran pequeñas y bonitas, otras mayores, y algunos barcos parecían pequeños trasatlánticos. Pero todos estaban limpios y cuidados, y sus tripulaciones perfectamente uniformadas. Se veían en las cubiertas marineros de blanco y oficiales con sus gorras de plato, todos con la tez muy morena. Hasta el muelle llegaba la música de los locales vecinos.

—Está allí, mire —indicó el ayudante.

Hallaron a la entrada el mismo marinero de la víspera. Dijo que la señora estaba echada, y el capitán ocupado.

—¿Quiere que lo avise? —preguntó, disponiéndose a hacerlo. El inspector lo atajó con un gesto.

—Luego —dijo. —Ahora quisiera hacerle unas preguntas. ¿Puede decirme lo que ocurrió en el barco la noche del lunes? —Él hizo memoria.

—Yo había bajado con permiso —dijo. —Un compañero se quedó de guardia. ¿Quiere hablar con él?

No tardó en llegar un hombre curtido con un gran bigote negro y el cabello ensortijado. Llevaba el traje marinero blanco y mocasines azules. Tenía unos ojos oscuros y vivos bajo las cejas muy pobladas.

—¿Estuvo usted de guardia el lunes por la noche? —preguntó el inspector, y él asintió. —¿Puede decirme si vio algo de particular aquella noche? ¿Vio salir del barco al italiano? —Él contestó con un guiño.

—Claro que sí, señor. Parecía muy animado, y se despidió hasta más tarde. Yo era el único de la tripulación que estaba en el barco, mis compañeros estaban de permiso

—¿No salió la señora?

—Oí decir que tenía jaqueca. Así llaman ellos al dolor de cabeza, ¿sabe? La señora lo sufre a menudo. Creí que no bajaría, y me extrañó que luego saliera sola. Pero no volvió sola, sino acompañada por el nuevo capitán. Parecían los dos muy entusiasmados, y ella me dijo que podía irme, que no tuviera prisa. Yo comprendí lo que quería, y me fui.

—¿Volvió a ver al italiano? —preguntó el inspector. Él pareció dudar.

—No, señor —dijo al fin. —Cuando volví, entré en mi camarote. Alguno de mis compañeros ya había vuelto, y el resto fue llegando después. Somos tres hombres en el barco además del capitán. Al día siguiente me extrañó que no hubiera vuelto el italiano, y que el capitán diera orden de zarpar. Era temprano todavía, y el plan era quedarse unos días en el puerto. —El inspector arrugó el ceño.

—¿Qué explicación dio la señora? —El otro hizo un gesto vago.

—Dijo que él la había abandonado, por eso se había traído al noruego. Me extrañó que sus copas y trofeos siguieran adornando el salón, pensé que enviaría a buscarlas. En realidad, a todos nos extrañó que se marchara: hacía de la señora todo lo que quería, y hasta traía a sus amiguitas al barco. —El inspector lo miró fijamente.

—¿Qué pensaba la tripulación de él? —El otro se encogió de hombros.

—Que era un mal bicho, por no decir algo peor —afirmó, convencido. —A mí también me extrañó otra cosa: había dejado su ropa y sus cosas en el camarote y al día siguiente, cuando estábamos en alta mar, vi que habían desaparecido. Lo comenté con un compañero, y me dijo que le parecía normal. Que la señora, por celos, habría tirado todo al mar. Luego recordé que había oído trajinar de madrugada.

—Está bien —dijo el inspector. —Gracias por todo. Quizá volvamos más tarde.

Estuvieron de nuevo en la finca y registraron todo palma a palmo, esta vez sin excluir el jardín y la casa de los guardeses.

—Ha podido esconderse en algún lado, sin que lo sepan ellos —indicó el inspector. —Es necesario registrarlo todo.

No hallaron nada en el primer piso, y tampoco en el desván. El matrimonio cooperó como pudo, pero sin resultados.

—Volveremos al jardín —dijo él. —Puede haber un escondite en algún lado.

—Yo he visto unas piedras apiladas —observó el ayudante. El guarda intervino:

—No hay nada allí, más que tierra removida. La señora ordenó que no tocáramos esa parte ni sembráramos nada. Pensaba construir un invernadero o algo así.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó el policía. El hombre hizo memoria, y su esposa se le adelantó.

—Fue el año pasado, a poco de venir nosotros. Mi marido había empezado a retirar las piedras, y ella ordenó que las dejara como estaban. Que no merecía la pena moverlas.

Entre todos, estuvieron retirando las piedras una a una. El inspector dejó en el jardín a sus hombres, ayudados por el matrimonio, y volviéndose al salón estuvo observando otra vez las fotos del italiano. Llamó su atención un revuelo en el exterior.

—Venga, señor —le dijo el guarda a través de la ventana. —Hay un hombre enterrado en el jardín.

Habían excavado unos palmos, justo debajo de las piedras. Al fondo del hoyo aparecieron los restos irreconocibles de un hombre, envueltos en un traje de *tweed* de corte inglés. Los huesos del cráneo aparecían pelados, y en medio de la frente había un agujero pequeño y redondo. El policía tosió secamente, y se sonó con su pañuelo.

—Juraría que es el marido —afirmó. Luego, se dirigió a su subordinado. —Avisa a la oficina —le dijo. —Que vengan el forense y el juez, y traigan todo lo necesario para trasladar el cadáver. Y ustedes no se muevan de aquí —dijo, mirando al matrimonio.

—Descuide, señor.

—Vámonos al barco —le dijo al policía más joven. —Hay que interrogar a la señora.

Hallaron a la mujer en cubierta, acompañada del noruego. Parecía más vieja, y sus pupilas estaban extrañamente dilatadas. Llevaba un vestido claro ceñido, que hacía su pecho más plano y las caderas escurridas. Aún así, no dejaba de mostrar una elegancia natural. El capitán se puso en pie de un salto, y aplastó contra el cenicero un largo cigarrillo casi sin empezar.

—¿Han descubierto algo? —preguntó. El inspector lo miró a los ojos.

—Tengo que hablar con ustedes —le dijo. —Puede usted sentarse, y si nos lo permiten haremos lo mismo.

Tomó asiento en un sillón de lona, y lo mismo hizo su ayudante. Ofrecían un curioso contraste: el inspector, algo anticuado, parecía un remedo de un galán de cine de los años sesenta. El ayudante era menudo, descolorido y vulgar. Hubo un silencio tenso, y luego el inspector habló sin rodeos.

—Señora, tengo que decirle que hemos encontrado el cuerpo de un hombre enterrado en su jardín —pronunció despacio. Ella se llevó una mano a la garganta. Parecía a punto de desmayarse.

—Lo sabía —dijo en un susurro. —Antes o después, tenían que descubrirlo.

El capitán había vuelto a levantarse como movido por un resorte. La miró, como si no la conociera.

—¿Qué significa esto? —dijo broncamente. Ella le dirigió una mirada de cansancio.

—No he podido dormir en mucho tiempo —musitó. —Creo que deseaba que llegara este momento.

Una gaviota cercana emitió un fuerte graznido. El capitán volvió a ocupar su asiento, y la mujer se estremeció. Luego siguió hablando con voz tensa.

—Fue Massimo quien lo mató —dijo. El policía asintió con una sonrisa amarga.

—Le dispararon un tiro en la frente. Era su esposo, ¿verdad? Supongo que estaba dormido.

Ella tenía los ojos muy abiertos. Parecía que iba a sufrir un ataque.

—Fue todo idea de Massimo, se lo juro. Yo no hice más que poner en marcha el motor

de su motocicleta, como él me había mandado. Cuando volví, él ya le había disparado aprovechando el ruido.

Escondió la cara entre las manos y sollozó histéricamente. Luego alzó la cabeza.

—Nos lo habían presentado en el club de golf —balbució. —Estaba yo con mi marido, y fue él mismo quien lo invitó a nuestra casa.

Todos guardaron silencio. Del puerto llegaba una música insistente. La mujer emitió un profundo suspiro.

—Lo tenía todo planeado —dijo. —Me obligó a despedir a los antiguos guardeses, y me ordenó que le diera a mi marido un somnífero en el café. Luego, me dijo que pusiera en marcha la motocicleta, sin explicarme para qué. Supe después que quería impedir que se oyera el disparo desde las casas vecinas. Me tenía dominada, yo no podía nada contra él.

—Y ustedes enterraron a su marido en el jardín —dijo el policía en tono severo. Ella sollozó.

—Yo no lo vi siquiera, él se encargó de hacerlo desaparecer y cubrió con piedras el lugar. —El policía asintió despacio.

—Luego, los nuevos guardeses quisieron ordenar aquello, y usted se lo impidió.

—Estaba horrorizada —dijo ella. —Cuando los sorprendí, ya habían retirado algunas piedras.

El capitán estaba muy pálido. Habla encendido un nuevo cigarrillo, y fumaba nerviosamente. Ella habló con la mirada baja.

—Me estaba amenazando —prosiguió. —Se instaló en mi casa y me trataba mal. Salía con mujerzuelas, y hasta me las llevaba a la finca.

—Y al barco —dijo el policía, y ella asintió.

—Sí, todo el mundo lo sabía. Por ese motivo, el lunes por la noche discutimos aquí. Él me llamó vieja celosa y otras cosas horribles; me dolía mucho la cabeza, y lo odiaba. Pensé acostarme, pero necesitaba beber algo y salí.

Se detuvo un momento, y el policía habló suavemente.

—Entró en un bar, y allí se encontró con el capitán. —Él dio un respingo.

—A mí no me meta en esto —dijo secamente. —No tenía ni idea de toda esta historia.

—Si, me encontré con él —siguió la mujer. —Yo estaba desesperada. Él estuvo amable, y me gustó. Me dijo que era capitán de yate, y que estaba sin trabajo. Se ofreció a acompañarme al barco.

—Y usted despidió al vigilante —dijo el policía.

—¿Qué tiene de malo? —gimió ella. —Tenía necesidad de cariño, necesitaba hacer el amor. Entonces... volvió él. —El capitán estaba tenso.

—¡Calla! —dijo como un trallazo. El policía lo atajó con un gesto.

—Siga —insistió. —Entonces volvió el italiano. ¿Qué ocurrió luego?

El capitán se mordió los labios. Sus ojos echaban chispas.

—Usted no tiene derecho a interrogarla —dijo. —Está abusando de su autoridad. Ella tiene derecho a un abogado.

—Desde luego que lo tiene —dijo el policía. —Tampoco está obligada a contestar a mis preguntas, pero creo que está deseando hacerlo. —Ella asintió.

—Quiero contarlo todo —dijo torvamente. —Él estaba borracho, y como loco. Agredió al capitán.

—Y él lo mató —dijo el policía. El aludido aplastó el nuevo cigarrillo.

—Yo no maté a nadie —pronunció en tono sibilante. La mujer alzó la cabeza.

—Yo estaba aterrorizada —siguió. —Intentó estrangularme. El capitán tenía una navaja... le juro que fue en defensa propia.

—Calla —dijo él.

—¿Qué hicieron con el cuerpo? —preguntó el inspector. Ella se estremeció de nuevo.

—Lo bajamos a la bodega entre los dos, antes de que volviera la tripulación, y lo cubrimos con una lona. Yo estuve limpiando la sangre. Decidimos zarpar muy temprano para arrojar el cuerpo al mar.

El noruego había enmudecido, y su mandíbula estaba tensa. Ella prosiguió:

—De madrugada lo subimos a cubierta, y el capitán lo arrojó al agua.

—Luego, usted tiró su ropa y sus cosas al mar —dijo sordamente el policía.

—Así es. Estuvimos navegando sin rumbo tres días, sin tocar ningún puerto. El capitán no podía siquiera mudarse de ropa, porque la había dejado en el pueblo. Ya, más tranquilos, nos dimos cuenta de que nadie echaría en falta al italiano. Pensamos ir a recoger la ropa y a repostar combustible, y luego zarparíamos hacia mi país.

El policía sonrió tristemente.

—No podían imaginarse que nosotros estábamos buscando al italiano por homicidio

—dijo. —Debieron llevarse un buen susto al vernos aparecer en el barco.

—Puede imaginarlo —trató de bromear el capitán. El inspector se puso en pie.

—Usted, señora, queda detenida por complicidad en el asesinato de su esposo. Y usted, por homicidio. Ya pueden empezar a buscar a un buen abogado para los dos.

En el puerto, la fuerte luz del sol dañaba los ojos. El pueblo cercano bullía de turistas, y la carretera estaba abarrotada de coches en ambos sentidos. En lo alto del palo mayor del “Tiburón”, una gaviota dejó oír de nuevo su seco graznido. La estación veraniega estaba en su apogeo.

ASESINATO

—Una carnicería —dijo el policía, estremeciéndose a su pesar. Eran las ocho y cuarto de la mañana y tan sólo un cuarto de hora antes el teléfono de su despacho había sonado insistentemente. Él estaba dando órdenes a sus hombres, y cuando cogió el aparato su rostro se crispó. Lo llamaban de una entidad bancaria.

—Venga enseguida —dijo una voz nerviosa. —Ha habido un asesinato.

Miró al director del Banco que estaba caído de bruces sobre la mesa, en medio de un gran charco de sangre seca. Su cráneo era un amasijo de cabellos canosos y sangre coagulada. Estaba completamente frío y rígido. Habían pasado al menos doce horas desde la muerte.

Lo habían asesinado brutalmente a golpes, como si su asesino no se hubiera conformado con arrebatarle la vida, sino que hubiera descargado en él la fuerza de un odio profundo.

—Hay que avisar al juez, y al forense —indicó el inspector a uno de los suyos. —Deprisa.

Se veían manchas de sangre en todas direcciones, y algunas habían saltado hasta el techo. Había desgarrones en el cuero cabelludo, que abrían sus bocas rojizas en una muestra de salvajismo. Uno de los ayudantes intervino.

—Es increíble —dijo. —Dios, es como si se hubieran cebado con él.

Se quedó mirando hacia la parte posterior del cuerpo, detrás del sillón bajo. Había un espacio sin muebles, y al fondo una estantería con algunas carpetas y montones de papeles.

—Miren aquí —indicó. —No hay manchas de sangre. Es curioso.

Allí, la alfombra estaba limpia y se destacaba el dibujo de flores en tonos pálidos. Era extraño, porque había pocas zonas en el resto de la habitación de que pudiera decirse lo mismo. El ayudante asintió.

—Es cierto —dijo. —¿Cómo puede explicarse eso? Habrá que sacar fotografías.

Tampoco la vitrina de la parte de atrás se había manchado, y los papeles estaban limpios. El inspector sacó una pequeña libreta, y escribió unos datos.

—Quiero ver al subdirector —indicó. —Tendré que interrogarle el primero.

El hombre no había llegado todavía, y cuando llegó no podría creerse la noticia. Era un hombre de aspecto apacible, y estaba horrorizado. El jefe había atendido a varios clientes aquella mañana, pero no hubo ninguna dificultad de importancia que no pudiera superarse. Él mismo tenía una lista de las personas a las que había recibido el director.

—¿Desea interrogarlos? —preguntó. —Yo salí media hora antes que el resto del personal, pero ya se había cerrado la puerta para los clientes. En realidad, no entré en el despacho antes de irme —le dijo al inspector. —Ya habíamos tratado todos los temas antes.

Él lo miró inquisitivamente. El subdirector era un hombre alto y delgado, bien vestido, pero con sencillez. Estaba muy pálido, lo cual podía achacarse a la sorpresa. O quizá no. No podía excluirse a ningún sospechoso, por supuesto, y él era uno de ellos. El inspector se aclaró la garganta con un carraspeo.

—¿Quién fue el último empleado que entró en el despacho? —preguntó. Él dijo que no podía contestarle, por la razón antedicha.

—Después de irme yo, pudo entrar cualquiera —declaró. —Yo no podría decírselo.

El botones se adelantó un paso. Era un chico delgado, de tez sonrosada y unos grandes ojos marrones. Parecía muy excitado con lo ocurrido, como si más que de una catástrofe se tratara de un hecho digno de ser vivido y luego relatado.

—Yo, señor —dijo alteradamente. —Yo entré con una carpeta, y él me indicó que la dejara encima de la mesa.

Pareció darse cuenta de que se había precipitado, y que incluso podía verse en dificultades por su declaración. Pero el inspector lo tranquilizó con un gesto.

—No me refiero a eso —dijo. —La persona que mató al director tuvo que ser la última que entrara en el despacho, justamente cuando los demás ya se iban. No podía exponerse a que nadie encontrara el cuerpo antes de esta mañana. Tiene que ser alguien de la casa, que tuviera fácil acceso al despacho, alguien de confianza.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquirió el subdirector. Desde el primer momento, el inspector lo había mirado con simpatía.

—Había manchas de sangre en todas direcciones, menos detrás del sillón —

pronunció despacio. —Precisamente, donde más deberíamos haber encontrado, ya que la víctima recibió las heridas en la parte posterior de la cabeza.

—¿Y?... —El inspector tragó saliva.

—Eso me hizo pensar que el asesino estaba allí —señaló.

El otro alzó las cejas, sorprendido.

—No podía ser un cliente, ni una persona desconocida —continuó el inspector. —Prescindiendo de otros extremos, nunca se ha visto que un cliente se coloque a espaldas del director de un banco.

—Parece claro —dijo el hombre, asintiendo. —¿Qué más puede deducir?

—Luego, salió por la puerta trasera y con el abrigo al brazo —dijo él. —Tuvo que ocurrir cuando ya la puerta del banco estaba cerrada. Sin duda, el director había concertado una cita con el asesino después de las horas de oficina. Por cierto, una cosa: ¿Quiere traer su abrigo, por favor?

El hombre vio los ojos de los tres policías fijos en él.

—¿Mi abrigo? No lo tengo. —El inspector enarcó las cejas.

—Hace mucho frío hoy para salir a cuerpo —dijo. —¿Dónde ha dejado su abrigo? Llame a su casa, y diga que lo traigan. Quiero darle un vistazo.

El subdirector sonrió tensamente. Sus ojos parpadearon.

—Estaba muy sucio. Lo tengo en la tintorería. —El otro arrugó el ceño.

—¿Estaba muy sucio? No puedo creer que usted aguarde a tener el abrigo muy sucio para mandarlo limpiar. Más bien, yo diría que es usted muy cuidadoso con su ropa. Va a darme las señas de esa tintorería.

El hombre se había dejado caer en su asiento, y parecía abrumado. Había vuelto a su rostro una gran palidez. Su voz se había vuelto aguda.

—Yo... puedo explicarlo todo —dijo. —Estuve sangrando mucho por la nariz. Eso fue por la tarde, y yo mismo llevé el abrigo. Expliqué en la tintorería lo que había pasado, ellos podrán decírselo. —El inspector le interceptó la salida.

—Queda usted detenido por asesinato —le dijo. De momento, nos va a acompañar. Luego hablaremos con esa tintorería. Con suerte no habrán limpiado el abrigo, y veremos de quién es la sangre. —Él hundió la cabeza entre las manos.

—Me estaba presionando —gimió. —Teníamos un asunto a medias, y él me presionaba. Estaba harto, ¿Comprende? El hijo de puta creía que me tenía en sus manos, pero estaba muy equivocado. No me arrepiento de lo que hice —terminó, sollozando. —El policía lo observó con cierta conmiseración.

—Le aconsejo que no siga —dijo. —Tiene derecho a un abogado. Todo lo que diga de ahora en adelante podrá ser utilizado en su contra, no lo olvide.

UNA DAMA

La mujer se detuvo ante el escaparate de la joyería, en el centro de la ciudad. Las joyas rutilaban, magníficas, y los precios en las etiquetas estaban cuidadosamente ocultos, como si hubiera sido por azar. Había collares de brillantes y esmeraldas, sortijas de rubíes y toda clase de piezas valiosas.

Era una dama elegante, y se había bajado de un lujoso automóvil. Llevaba puesto un traje de chaqueta oscuro de corte moderno, con una flor blanca en la solapa. Usaba un bolso negro de piel de cocodrilo a juego con los zapatos de tacón muy alto.

Representaba unos treinta años, o quizá alguno más, disimulados por su perfecto maquillaje y por un peinado moderno y clásico al mismo tiempo, con algunas mechas más claras que el tono general.

Vaciló un momento, y entró en el local con la cabeza muy alta. El vendedor que estaba en la caja la observó con admiración, y siguió con la mirada su caminar airoso. Era una mujer rica, sin duda, y se le notaba hasta en la forma de moverse.

Se encaminó directamente al dueño de la tienda que estaba cerrando con llave una vitrina que acababa de retocar. Se detuvo ante él, y el hombre la saludó. La voz de la mujer era suave, y a la vez pastosa.

—Por favor, quisiera ver una sortija. Nada llamativo, es para hacer un regalo a una niña de primera comunión. Pero la quiero en tamaño normal de mujer, quisiera que pudiera usarla cuando crezca. Eso sí, querría que el brillante fuera muy puro.

Él se inclinó ligeramente.

—Entiendo —dijo. —Quiere algo bueno, pero sencillo. ¿No es así?

—Sí, eso es. Me ha entendido muy bien.

—Un momento, señora —dijo él.

Estuvo abriendo unas bandejas de la parte baja del armario posterior, y desechó algunas por contener sortijas demasiado grandes o vistosas. Por fin dio con lo que buscaba, y puso sobre el mostrador la bandeja que había elegido.

—Éstas son piedras muy buenas —indicó. —Y, como ve, propias de una jovencita.

—Son muy bonitas —dijo ella.

Estaban alineadas sobre el soporte de terciopelo negro, introducidas cada una en una pequeña ranura, y mostrando las piedras montadas.

—Aquí tiene perlas finas, y aquí brillantes y zafiros —indicó él.

Había una pequeña sortija con una perla rodeada de pequeños rubíes en forma de corona.

—Ésta me gusta —dijo la señora, extrayéndola del estuche. —Es un verdadero ensueño.

El hombre tomó la joya para guardarla en una cajita forrada de terciopelo, con el nombre de la casa. La mujer preguntó el precio; él se lo indicó, y ante su asombro sacó la cantidad en metálico y la dejó sobre el mostrador.

—Gracias por todo —dijo. Él le mostró la caja.

—Puede pagar allí —indicó, acompañándola. Luego volvió a guardar la bandeja, y cuando iba a hacerlo echó en falta algo. Había dos huecos, y no uno, en el estuche.

Junto a la pequeña sortija acaba de desaparecer otra que era una tira de brillantes engastados en oro blanco. Su valor no era excesivo, pero estaba seguro de que unos momentos antes el aro de piedras estaba en su lugar.

La dama acababa de salir, y el asombro lo había inmovilizado de tal forma que tardó en reaccionar. Era indudable, mientras él empaquetaba el regalo, la señora se había apoderado de una segunda sortija.

Un automóvil y elegante arrancó, llevando dentro a la conflictiva cliente. El hombre guardó la bandeja en el mueble, para evitar males mayores, y luego se dirigió a la puerta. Todavía pudo tomar mentalmente el número de matrícula del coche.

Hizo una señal al empleado y le dijo que tomara un momento su lugar. Aún no sabía qué hacer, y pensó por un momento que podía tratarse de un error suyo. Quizá la sortija ya no estaba allí cuando él extrajo la bandeja. Quizá se había vendido.

No había hecho más que volver al mostrador, cuando un hombre elegante hizo bascular la puerta de cristal de la entrada. Dio un vistazo por la joyería y preguntó algo al cajero. Él le señaló al dueño, y el caballero se le acercó.

—Perdone —dijo. —¿No ha echado usted nada en falta?

Era un hombre alto, con aire de ejecutivo importante, y llevaba un traje que a dos leguas pregonaba su gran calidad. No le faltaba un detalle.

Él pareció sorprendido. No se esperaba esto y, de momento, no pudo comprender la relación que había entre el recién llegado y la mujer que acababa de abandonar la joyería.

—¿A qué se refiere? —dijo, parpadeando. El hombre se había aproximado más, como si no quisiera ser oído por el resto de los clientes y vendedores. Habló en un susurro, refiriéndose a la clienta que compró la sortija.

—Se trata de mi esposa —dijo. —Puede comprar cualquier cosa que se le antoje, pero... En realidad, ella está enferma, ¿Comprende? Cuando sale de compras, me veo obligado a vigilarla.

El dueño de la tienda suspiro, aliviado. Al parecer, no se había equivocado en su apreciación. Era cierto que la señora había cogido la sortija.

—Lo comprendo perfectamente —pronunció a su vez en voz baja. Era una situación violenta, y no obstante la actitud del marido parecía restarle importancia. El hombre lo miró de frente.

—Dígame el importe del objeto —dijo. —Por supuesto, se lo pagaré.

Le dijo el precio de la joya sustraída, que no era excesivamente elevado. El hombre asintió. Era asombrosa la tranquilidad con que se enfrentaba a aquel turbio asunto.

El recién llegado sacó un fajo de billetes y lo fue contando dejándolo sobre el mostrador. No era corriente que la gente llevar tanto dinero encima. Explicó:

—Prefiero pagárselo al contado. No quiero que en el Banco sospechen... Y, comprenda, quiero ocultar su identidad, a la vez que la mía. No es que no confíe en usted, pero ella lo hace con bastante frecuencia, y puede haber algún desaprensivo que quiera obtener un beneficio con la información.

—Desde luego. Por nosotros, no se sabrá nada —dijo el dueño de la joyería. —Conozco estos casos, una hermana de mi mujer sufría un padecimiento parecido. Y es algo muy embarazoso para la familia. En fin, no se preocupe por lo ocurrido.

Al día siguiente, la señora entró nuevamente en la tienda. Llevaba un traje diferente, de color malva con cuello de visón. En la mano llevaba unos finos y largos guantes de raso negro, y un pequeño bolso de charol.

Esta vez fueron relojes de brillantes lo que quiso ver. La atendió un vendedor joven, pero rápidamente fue relevado por el dueño, quien se deshizo en amabilidades. De nuevo desapareció un reloj, y de nuevo el marido se hizo responsable del pago.

La escena se repitió un par de veces en el mes. Siempre que la señora bajaba del automóvil, o bien no compraba nada y se llevaba el objeto, o bien hacía una compra y se llevaba dos.

Siempre eran alhajas de no mucho valor, que el esposo pagaba al contado. El dueño de la tienda llegó a compadecerlo de veras, aunque pensaba que debía manejar tales cantidades de dinero, que aquello era una minucia para él.

Siempre, el marido aguardaba unos minutos antes de entrar, para no encontrarse con ella. Parecía estar aguardando fuera, como si quisiera ahorrarle a su esposa la violencia de un hecho tan evidente.

—Yo les ruego disculpen la molestia —decía siempre en el momento de pagar. —Últimamente parece que se ha agravado su mal. No sé qué voy a hacer. Quizá debiera verla un doctor, un especialista en estas cosas...

—No es ninguna molestia. Estamos para atender a los clientes —sonreía el dueño de la tienda, satisfecho en el fondo de haber adquirido aquellos clientes tan manirrotos. Hasta pensó proponerle al marido el envío de algunas piezas a domicilio.

***

Era víspera de Navidad, y la joyería se había adornado profusamente para la celebración de las fiestas. Los escaparates relucían, y en el vestíbulo parpadeaban las luces de un bonito árbol lleno de bolas de cristal multicolores.

Hacía días que no recibían la visita de la dama, y por consecuencia del desprendido esposo. En el fondo, el dueño se sentía un poco defraudado. Quizá, la competencia les había arrebatado tan singulares compradores.

Pero aquella vez ella llegó con un lujoso abrigo de pieles, y un gracioso sombrero aterciopelado. Iba más elegante que nunca, y él pensó que debía tratarse de alguien de mucha categoría. Salió de un automóvil reluciente, de color negro, más grande y moderno que el anterior. El coche se había detenido en la acera de enfrente, ante el semáforo, y a él le llamó la atención desde el interior de la tienda.

Un chófer uniformado abrió la portezuela, y ella aprovechó que el semáforo estaba en

verde para cruzar al otro lado. Entró en la tienda taconeando y los empleados la saludaron, como a persona conocida. Ella se dirigió al dueño con una encantadora sonrisa.

—Felices fiestas —dijo, y él se inclinó con su corrección habitual, deseándole a su vez unas felices Navidades.

—Querría hoy algo especial —le dijo ella. —Tengo que acudir a una fiesta, y quiero lucir una joya deslumbrante. Es una ocasión especial, estarán el rey y la reina.

—Tengo lo que desea —dijo él. —¿Le vendría bien un collar, o quizá una diadema de brillantes para adornar el peinado?

—Prefiero un collar —indicó ella. —La diadema es demasiado... ostentosa.

Sacó varios estuches, que tenía guardados en la trastienda tan sólo para los clientes muy especiales. Alguno lo desechó nada más mirarlo, por demasiado sencillo o demasiado recargado. De todos seleccionó tres.

Eran tres collares. El primero lucía unas grandes esmeraldas engastadas en platino; el otro era una gargantilla de hermosos rubíes formando zigzag con brillantes. Un tercero estaba compuesto tan sólo por un gran diamante, en cuyas facetas destellaban las luces, y que pendía de una cinta de oro. Eran verdaderamente hermosos.

Ella hizo un mohín.

—Cualquiera de ellos es una verdadera maravilla —mostró el hombre, orgulloso.

—Lo pensaré —dijo la señora, vacilando. —Vamos a ver... En realidad, tendría que contar con mi marido. Esto son ya palabras mayores.

—No se preocupe —dijo él. —Usted elige el que le guste, y luego hablaremos. Puede llevárselo, si quiere, y si está conforme, cerraremos la operación.

Al lado estaba el estuche con el soberbio collar de esmeraldas, y ella lo tomó en la mano. Ni siquiera preguntó lo que costaba, pero nunca lo hacía.

El dueño cogió los tres estuches y guardó dos de ellos. El otro lo envolvió en papel de regalo, y se lo tendió la señora. Vio que el coche aguardaba ahora a la puerta. Ella se dio la vuelta, y dijo adiós con la mano al que estaba en la caja.

Hasta la vista —sonrió. —Que tenga muy feliz Navidad.

Había guardado en el bolso el collar de esmeraldas. Cuando llegó junto al automóvil, el chófer se inclinó ceremoniosamente y la ayudó a subir. Desde el interior, el dueño de la joyería no dejaba de vigilar la entrada, para acudir al momento cuando apareciera el marido. Pero la puerta no se abría, y él empezaba a preocuparse. Iba y venía del mostrador al escaparate, y finalmente decidió salir fuera.

Había mucha gente en las aceras, y casi todos llevaban paquetes en la mano. Estuvo un buen rato observando a los viandantes, pero no vio al hombre elegante de otros días. Uno de los empleados acudió a su lado.

—¿Sucede algo?

—No, no es nada —dijo él, con la cara de un tono amarillo verdoso.

Los minutos se alargaban; varios clientes entraron en la joyería, pero no había ni rastro del marido. Él consultó el reloj: era la hora de cerrar.

Al día siguiente no abrirían, por ser Navidad. Por fortuna, también esta vez el empleado había memorizado la matrícula.

—No hay que perder los nervios —se dijo.

No obstante, desde su teléfono móvil marcó el número de la policía. De todas formas confiaba en que el complaciente marido acudiera de un momento a otro, como era su costumbre; por eso no se atrevió a denunciar lo ocurrido. Tan sólo, tras identificarse, pidió información acerca del número que ostentaba la placa del nuevo automóvil. Para ello se lo deletreó al agente.

—Es importante —insistió. —Alguien se ha dejado en mi tienda un objeto valioso, y no tengo otra forma de localizarlo.

Aguardó la respuesta, y oyó al otro lado:

—Ese número no existe, señor. Era una matrícula falsa.

Un escalofrío lo recorrió.

—¿Qué me dice? Tiene que ser una confusión.

—No hay confusión que valga. Y feliz Navidad —dijo el policía, antes de colgar el teléfono.

EL ESPÍA

El director de la factoría estaba preocupado. Últimamente, un par de proyectos vitales para la empresa habían sido filtrados a la prensa por la competencia. Cuando ocurrió la primera vez, él lo había achacado a la casualidad. Pero el hecho se repitió, sorprendiéndolo.

—Muchas coincidencias —se dijo. —No podemos continuar así.

Por algunos detalles, había descubierto que aquellos proyectos estaban copiados de los suyos. Más que por su carácter global, eran ciertos datos sin mucha importancia los que lo habían puesto en guardia.

Tenía una gran responsabilidad en la empresa. Los consejeros confiaban en él y le había dado plenos poderes en cuanto a la elaboración y puesta en práctica de valiosos proyectos industriales.

—Y les estoy fallando, maldita sea —masculló.

Todos sus hombres eran de confianza, casi tan eficientes técnicamente como él. Estuvo repasándolos mentalmente uno a uno, y al mismo tiempo desechando probabilidades. A más de compañeros, se habían convertido en verdaderos amigos.

Los había elegido entre cientos, teniendo en cuenta no sólo sus capacidades como ingenieros y técnicos, sino por su trayectoria profesional en distintas firmas. Incluso, había investigado en sus familias antes de entregarles ningún puesto de confianza.

—No puede ser —se repetía. —No, ellos no.

El que menos, llevaba tres años en la empresa, y no tenía queja de ninguno. Al contrario, gracias a sus sugerencias y a su entrega en el trabajo, había podido salir él mismo de graves dificultades. Hubiera puesto la mano en el fuego por cualquiera de ellos.

No obstante, no encontraba otra posibilidad. Aquellos fracasos sistemáticos no podían deberse al azar, y temía que si las cosas seguían así, él mismo se vería en dificultades.

—Te encuentro preocupado —le decía su esposa. Has adelgazado últimamente y tienes mala cara.

Finalmente, había decidido tomar una determinación. Era doloroso para él, pero no había más remedio. Al menos, aquello lograría librarlo de los fantasmas de la duda.

—Lo haré —se dijo. No voy a perder nada con eso, ellos no lo sabrán.

La víspera, había recibido un encargo urgente, enviado por la casa matriz. Se le había catalogado como de alto secreto, y cuando fuera llevado a cabo, desbancarían por completo a la competencia. Era el proyecto estrella de los últimos dos años.

Todos habían tenido ocasión de consultarlo, en su despacho. Cuando estuvieron enterados de su envergadura, alguno había hecho alguna objeción relativa al excesivo riesgo. Al final, quedaron de acuerdo en que sería provechoso llevarlo a cabo.

Lo habló con el subdirector, que parecía entusiasmado.

—Es lo mejor que hemos hecho —dijo él.

Luego, después de haber sustituido los verdaderos documentos por unos falsos, guardó la carpeta en la caja fuerte, como de costumbre. Dejó pasar 24 horas. Con toda facilidad, el espía podía haberlos fotografiado, ya que todos los miembros de la directiva tenían acceso a la caja. En efecto, el sello imperceptible de la caja había saltado.

—Tengo que aguardar —decía para sí. —Esta vez, no se me escapará el culpable.

—Pero, ¿quién? Aquella tarde estaba tenso. Había citado en su despacho a cinco hombres, todos de completa confianza, y ahora estaban ante él, con expresión atónita. Les expuso lo que estaba sucediendo, y que sospechaba que alguien fotografiaba los documentos secretos.

Todos negaron haber abierto la caja fuerte, y hasta se mostraron ofendidos.

—Comprendan —dijo. —No tengo más remedio que plantearles el asunto, sintiéndolo mucho. Tan sólo les pido su cooperación para desenmascarar al posible culpable.

Yo salí primero —dijo el subdirector. —Desde aquí me fui a la playa con mi esposa y mi familia, se lo había prometido la semana pasada. Estuvimos pescando toda la noche, y esta mañana cuando viene, ya estaba usted en el despacho.

Él estaba preocupado y no lo ocultaba. Su frente se hallaba surcada de profundas arrugas, y se le notaba que había enflaquecido.

—Yo no acuso a nadie —dijo gravemente. —Bastante siento yo lo que sucede.

Abrió un bar oculto en la librería, y una pequeña nevera con cubos de hielo. Estaba abstraído, y sus compañeros lo miraban en silencio. Parecía que nadie osara romperlo, y en

los rostros de todos se reflejaba una gran ansiedad.

—Un whisky —ofreció. Tres de sus subordinados asintieron. Dos lo quisieron solo, y el tercero con agua. Parsimoniosamente, él estuvo sirviendo las copas y se las tendió. El ingeniero jefe se removió en su asiento.

—A mí, dame un coñac —le dijo. —Creo que me hace falta.

En el despacho oval, de paredes cubiertas de maderas oscuras, se oía el tictac de un gran reloj de péndulo. El más joven de los asistentes carraspeó con nerviosismo.

—A mí una tónica, por favor —indicó. Él estuvo sirviendo lo que le pedían, y le dio la bebida a cada uno. Luego volvió a ocupar su sitio tras la mesa, y estuvo hojeando unos papeles. Alzó una mirada fría y gris.

—Bien, habrá que extremar la vigilancia —indicó. —Ya les he puesto en antecedentes, así que conocen la grave situación en que estamos. Ahora ya no me cabe duda: alguien está haciendo espionaje industrial en esta factoría.

Abandonaron el despacho, cabizbajos y hablando entre ellos. Por supuesto, nada de lo tratado allí tenía que trascender, y eso por el bien de todos. Nadie deseaba un escándalo que pusiera en peligro su propio prestigio.

Cerró la puerta por dentro, y miró las copas que habían quedado sobre las mesas bajas, ante los mullidos sillones. Estuvo un rato sentado, meditando. Cuando calculó que todos habían abandonado la fábrica, se puso de pie. Bajó las persianas y corrió las cortinas. En sus ojos había una mirada tormentosa, mezcla de decisión y de rabia. Había tenido que contenerse para no mostrar su indignación. Pero, se repitió, tenía que tener paciencia, y luego actuar sin contemplaciones.

Antes, había encendido la lámpara, que despedía una luz amarillenta sobre el pulido tablero de la mesa, y arrancaba reflejos dorados de una figura de bronce que representaba la insignia de la firma. Sacó una linterna de un cajón y accionó el interruptor. La lámpara se apagó con un clic.

—Veamos ahora —pronunció en voz alta. —Veamos si el truco da resultado.

Miró de nuevo las copas, que no había tocado. En algunas quedaban restos de bebida. Cogió la linterna y fue recorriendo los vasos uno a uno, despacio, con mucha atención. El resto de la habitación estaba sumida en la más completa oscuridad, todo salvo aquel haz de luz.

Era una linterna especial, que había recibido por correo. En el país no las fabricaban, pero él sabía dónde encontrarla, y pudo hacerlo en veinticuatro horas.

—Ojalá resulte —suspiró.

En una mesa baja, unas huellas luminosas se destacaron sobre el cristal de un vaso. Era un vaso alargado, y todavía contenía un dedo de whisky con agua. Tenía que asegurarse, no podía dar un paso en falso en asunto tan grave.

Se distinguían perfectamente en la oscuridad. Eran las huellas de los dedos, y estaban superpuestas, como si la persona hubiera cogido y dejado el vaso varias veces. No pudo hallar ninguna otra huella luminosa en la habitación.

—Sé quién es el culpable —pronunció en voz alta. —En el fondo, me lo imaginaba.

Luego se dirigió a la caja fuerte, que bajo el haz de luz presentaba un curioso aspecto. Un halo blanquecino la hacía parecer un objeto fantasmagórico, como llegado allí desde alguna extraña galaxia.

Pasó el dedo pulgar por la superficie de la caja, y lo miró a la luz de la linterna. La yema del dedo brillaba, como contagiada de aquella extraña luz. Había ganado.

Había tratado la caja con una sustancia especial, luminosa bajo los rayos ultravioleta, pero totalmente opaca a la luz del día y a la de una lámpara corriente.

—Ahora comprendo muchas cosas —pensó. —Cosas que no encajaban, y que ahora se explican. Ese hombre lleva mucho tiempo traicionándonos, maldita sea.

Solamente citó a cuatro hombres en el despacho, al día siguiente. Repitió la operación de la víspera en la habitación a oscuras, observó los vasos con luz ultravioleta y en el alargado las huellas aparecieron fluorescentes.

—Aquí tienen —mostró. —Quizá ustedes no sepan lo que es esto. Yo se lo explicaré. Existen sustancias trazadoras, utilizadas para fijar huellas. Es algo muy primitivo, que usaban en la antigua China, pero nosotros hemos tenido que redescubrirlo en nuestra famosa civilización. —Nadie dijo nada, y él prosiguió:

Se fijan profundamente la piel, sin que nosotros lo notemos. Son sustancias sin olor ni sabor, aunque algo untuosas y grasientas, pero no tanto como para ser advertidas. Se adhieren fuertemente, sin que desaparezcan por el lavado.

Los otros lo miraban asombrados, pero nadie dijo nada. Él continuó:

—Existen varias sustancias: eoscina, fluoresceína, cristal violeta y rodamina. La noche

siguiente a nuestra reunión la caja fuerte había quedado impregnada de esa forma, cualquiera que le hubiera tocado conservaba la sustancia en sus dedos.

El director abrió la puerta y miró afuera. Los otros lo siguieron con la vista.

Ustedes perdonarán —se disculpó.

Hizo seña a dos hombres corpulentos que había en la habitación contigua, y uno de ellos se acercó.

—Avisen al jefe de ventas —indicó. —Y no descuiden la vigilancia.

Mientras el hombre corpulento salía, él se dirigió hacia el teléfono y lo descolgó. Marcó los números de la policía. Los cuatro hombres lo miraban, asombrados. Poco a poco habían comprendido, y hasta asintieron con cierto alivio.

Luego, pidió que le pusieran con el director general. Aguardó un momento, tamborileando en la mesa con los dedos. Al parecer, el otro estaba avisado y no esperaba más que su confirmación.

Lo aguardo en mi despacho dentro de diez minutos —dijo. El otro preguntó algo, y él asintió con la cabeza.

—Tenemos al culpable —afirmó. —Espero que tome usted esta dolorosa decisión. Yo, francamente no puedo. Se trata de mi yerno, compréndalo.

EL CLARO DEL BOSQUE

Todo le había salido a la perfección, hasta la fecha. Siendo tan sólo un capataz, había llegado a casarse con la dueña de aquella finca, y de otras varias en la comarca. Hasta el día en que el guardabosque lo sorprendió en el río con su amiguita de turno. Desde el primer momento, supo por la mirada de sus ojos y su sonrisa burlona, que tendría problemas.

Esta vez, él le había introducido una nota por debajo de la puerta, en la cabaña del monte. Era la tercera vez que tenía que entregar el dinero, y cada vez crecía la cantidad. Si no lo hacía, su esposa estaría al corriente de sus devaneos. Era una mujer rígida, muy celosa, y aquello hubiera supuesto el fin para él.

La nota decía: “Le pagaré lo estipulado mañana, en el claro junto al viejo nogal. Vaya a las doce de la noche, yo estaré aguardando allí con el dinero”.

La había metido en un sobre corriente, sin señas, y luego había pegado el sobre. La nota iba sin firmar, y estaba escrita con letra impersonal, en mayúsculas. Las horas se le hicieron eternas, y tuvo que disculparse con su esposa.

—Voy a acostarme pronto —le dijo. —Me duele la cabeza. Por favor, no me despiertes para nada.

Lo aguardó en el bosquecillo. Había cerrado la puerta de su habitación con llave, y había salido por la ventana. Una luna redonda lucía el cielo, y proyectaba en el campo sombras fantasmagóricas. De pronto oyó un crujido de ramas, y se ocultó tras el tronco del viejo nogal. Una figura masculina apareció en el claro y se detuvo, mirando hacia los lados.

Apenas un gemido había turbado el silencio, cuando descargó sobre la nuca del guardabosque la pesada herramienta. Los huesos del cráneo crujieron, y el hombre cayó pesadamente.

—Hijo de puta —masculló él. —Ahora me dejarás tranquilo.

Lo había colgado de un árbol, y a la luz de la luna su cuerpo basculaba como el de un flojo monigote. Muy a su pesar, se estremeció.

—Que te vaya bien —pronunció en voz alta. —Espero que pases buena noche.

Él lo había estado extorsionando durante los últimos meses, y en ese tiempo había temido a cada paso que le contara todo a su mujer. Se mostraba retraído ante ella, y esta última petición había colmado su paciencia. Previamente, se había calzado unas botas de caza de un número mayor. Las había conseguido de segunda mano en la ciudad, y las tuvo escondidas en el maletero del coche. Hoy había acudido al bosquecillo a pie, para no dejar señales de neumáticos.

Luego, las abandonó en un vertedero de basuras que había la salida del pueblo. Al día siguiente pasaría el camión a recogerlas, y nadie podría dar nunca con aquel par de botas. De todas formas, nadie las identificaría como suyas.

Algo le inquietaba, sin saber exactamente qué, mientras volvía a su casa. Las luces estaban apagadas en el edificio principal, y también en la casa del actual capataz. Saltó la tapia sin ruido, y cuando se dirigía hacia la casa la sangre se le heló en las venas.

—¡La nota!

Un sudor frío empezó a correrle por la espalda, a pesar de que hacía calor. Miró hacia el dormitorio de su esposa y se imaginó que se había dormido, porque a través de los cristales no había ninguna luz. Dio la vuelta a la casa, pensando en la nota del guardabosque.

Podía haberla destruido, pero quizá la guardó. De nuevo saltó por la ventana, ahora en dirección al lecho, donde había simulado con una almohada el bulto del cuerpo. Pensó en el hombre caído, y en la expresión de estupor de sus ojos abiertos.

Le había registrado en los bolsillos y no tenía más que un paquete de tabaco, unas llaves y algunos palillos de dientes. De todas formas todo lo vio a la luz de la luna, con lo cual la nota pudo pasarle desapercibida.

Luego se tranquilizó a sí mismo. Estaba escrita en un papel corriente, y nadie hubiera podido identificar a su autor. Muchos cazadores visitaban la zona, y algunos incluso pernoctaban en la cabaña. La nota podía haberla escrito cualquiera de ellos.

Aún así, no pudo conciliar el sueño. Veía aquellos ojos abiertos, y un hilillo brillante surgiendo de la nunca magullada. Había tirado al río la herramienta, en su parte más profunda, y estaría hundida en el lodo. Por aquel lado, no había peligro.

Seguramente, no lo encontrarían hasta por la mañana. A esas horas, no era probable

que nadie pasara por allí. Él tenía una buena coartada: su esposa y la sirvienta lo habían visto entrar en su habitación, y nadie lo vio luego salir.

Unos muchachos volvían de la fiesta de un pueblo vecino cantando y tocando la flauta. Estaban bebidos, y uno de ellos sintió deseos de vomitar. Se adentró en el bosquecillo y los otros lo siguieron a la luz de la luna.

—¿Qué es eso? —dijo uno, deteniéndose. Estaban en el claro del viejo nogal, y el cuerpo de guardabosque se balanceaba ligeramente colgado de la cuerda. Uno de los compañeros se adelantó, y estuvo descolgando el cuerpo.

—Está fiambre —dijo. El compañero asintió.

—Parece que se ha ahorcado. —El otro negó con un gesto.

—Tiene sangre aquí, detrás, en la cabeza. No ha podido darse él mismo este golpe.

—Hay que avisar a los guardias —dijo el que estaba mareado, que parecía haberse recuperado con el susto. —Más vale no tocarlo. Debíais haberlo dejado como estaba, ahora pueden liarnos a nosotros.

***

El hombre saltó de la cama. No sabía exactamente el tiempo que había transcurrido, pero era de noche todavía. La idea de aquella nota escrita no lo dejaba sosegar. Podían identificar el papel, podían...

No encendió la luz, ni abrió la puerta del cuarto. Estuvo escuchando un momento, y todo era silencio la casa. Tan sólo podían oírse los ruidos del campo, y el ladrido de algún perro a lo lejos. Esta vez, cogió una linterna de la mesa de noche.

Salió al jardín sigilosamente, mirando hacia los lados. Los latidos de su corazón parecían golpearle el pecho con rítmica insistencia, y tenía la boca seca. Pasó con una sombra junto a la casa del capataz.

—Maldita sea —masculló. —Sólo me faltaba esto.

Cruzó la carretera silenciosa por donde no transitaba ningún vehículo a aquella hora. A grandes zancadas se dirigió hacia la ladera donde estaba la casa hechas con troncos.

—Mierda —se dijo. —Me estoy poniendo nervioso.

La puerta no estaba atrancada, así que no tuvo más que empujarla con suavidad. Allí no llegaba la luz eléctrica, y apenas la luz de la luna, así que anduvo a tientas un momento.

Sacó del bolsillo la linterna plateada, y la encendió. El haz de luz iluminó los estantes llenos de cachivaches, el farol de butano apagado, y luego una mesa de pino que hacía las veces de mesa de comedor, salón y cocina al mismo tiempo.

No había nadie en la cabaña del guardabosque, como se había imaginado. Tenía el tiempo suficiente para buscar con calma, no tenía que preocuparse. Destruiría aquella nota, que era lo único que lo ligaba con el muerto.

No encontró ningún papel, por más que lo buscó. Miró debajo de la cama, bajo el fogón y en todas las estanterías, pero no halló más que un periódico viejo manchado de pintura. Suspiró.

—Maldita sea.

Pensó que lo habría quemado en el fogón, y la idea lo tranquilizó. Tenía que ser así, porque no lo llevaba encima. Al menos, que él supiera. Y no se sentía con fuerzas para volver al claro del bosque.

Se disponía a salir, cuando una mano férrea lo agarró por el hombro. Sintió como si una descarga eléctrica lo hubiera paralizado, y no fue capaz de hacer el menor movimiento. Oyó detrás la voz desconocida de un hombre.

—Estás detenido —le dijo. —Él se volvió.

—¿Qué pasa? Yo no he hecho nada.

El hombre debía haber entrado con tanto sigilo que él no se había percatado de su presencia. La mano lo seguía agarrando como una zarpa.

—Pero, ¿qué he hecho yo? —repitió. —Yo... he venido a buscar a mi amigo el guardabosque. Pasaba por aquí, y pensé charlar un rato con él. —El otro soltó una risotada.

—¿Charlar con él? A buena hora, amigo. Eso tenía que haberlo pensado antes.

Otro hombre había entrado en la cabaña, con una potente linterna encendida. A la luz, pudo distinguir sus uniformes. Él trató de resistirse, pero entre los dos lo redujeron y le pusieron unas esposas.

—Yo... —empezó, pero no supo qué decir. El que parecía el jefe tomó la palabra.

—Hemos encontrado al guardabosque —dijo gravemente. —Lo habían golpeado hasta matarlo, y luego lo habían colgado de un árbol. Mala suerte, amigo. ¿Para qué ha venido aquí?

—Los asesinos rara vez se desinteresan del hecho —dijo el otro, moviendo la cabeza. Va a tener que explicarle muchas cosas al juez.

Él se sintió cogido. Trató de inventar una excusa, pero el guardia lo miró, sonriendo.

—Los asesinatos no se descubrirían muchas veces si no fuera por la preocupación de los autores —dijo. —Hay que ver lo que es la naturaleza humana.

Él se dejó conducir por el sendero, hacia la carretera. El guardia joven lo precedía.

—Es curioso —dijo. —Es la segunda vez que pasa. El año pasado mataron a un guardagujas. El asesino había perdido una libreta en el lugar del crimen, y volvió para recuperarla. Así lo cogieron.

Habían llegado junto al coche celular. El que parecía el jefe lo empujó dentro.

—Entra ahí, buena pieza —le dijo. —Antes de que amanezca, me vas a contar algunas cosas en el cuartel.

ACCIDENTE

Aquella noche, el telón de la vida se alzó para dar paso a la tragedia. Como de costumbre, los dos amigos salieron a pescar. Uno de ellos era un forastero alto y flaco, y un rictus torcido daba a su rostro una expresión maligna. El otro era más bajo, y corpulento.

—Tendremos una buena pesca hoy —afirmó, oteando el cielo apenas surcado de pequeñas nubes. El compañero afirmó con un gesto.

—Ya era hora —dijo.

Eran dos hombres sencillos, y habían congeniado desde que el forastero llegó al pueblo. A veces, en día de tormenta, se reunían en el bar para jugar una partida, y aunque el forastero perdía siempre, pagaba religiosamente. Nadie conocía el motivo de que hubiera llegado allí, porque no se molestó en dar explicaciones. Tampoco había buscado trabajo, pero como pagaba sus cuentas y no se metía con nadie, pronto se vio acogido en aquella reducida comunidad. Sólo que no era raro que, después de algún trago más de la cuenta, la pareja perdiera la noción del tiempo, y tuvieran que desalojarlos con buenos modos del local.

—¿Vais a pasar aquí la noche? Lo siento, tengo que cerrar. Y no te fíes de éste —le decía al forastero el dueño del bar. —Acabará desplumándote. —Él movía la cabeza, gruñendo.

—Los he conocido peores —decía.

Casi a empujones tenía que sacarlos de allí. El hombre del pueblo era casado, pero no parecía importarle mucho. Y, aunque su mujer tenía malas pulgas, él se lo tomaba con calma.

—Vamos, vamos —bromeaba, azotándole las posaderas. —Vamos a la cama, tenemos algo que hacer.

Ella era de buen ver, y nada desaliñada. Los hombres del pueblo la miraban con ojos golosos.

—Vives como si fueras soltero como el sinvergüenza de tu amigo —le decía ella, rechazándolo. —Vienes como una cuba, como siempre. Un día te van a dar un disgusto por ahí. —Él la agarraba con una risotada.

—Lo que ocurre es que me echas de menos en la cama. Tienes mucha marcha tú, pero nunca es tarde, mujer.

Pero aquella noche, ambos amigos salieron camino del río a recoger la barca. Por suerte el ambiente era cálido y la luna clara, y el día siguiente era festivo. Antes de abandonar su casa el marido había cogido la escopeta.

—Quizá pueda cazar algo —explicó.

Luego estuvieron sentados en la barca, charlando y preparando la carnada. Se dejaron llevar por la corriente río abajo y, al llegar a una estrechura cubierta de enramada, una detonación rompió el silencio de la noche. Se oyó un gemido sordo y alguien que pedía socorro con voz estrangulada. Unos brazos largos y flacos se agitaron en el aire y un cuerpo cayó al agua con un gran chapoteo. Luego, no se oyó nada más.

Un automóvil estaba aparcado entre los chopos, y dentro había una pareja. Ella levantó la cabeza, sobresaltada.

—¿Qué ha sido? —preguntó. —¿Hay cazadores por aquí? —Él la tranquilizó.

—Seguro —dijo. —No te preocupes, ven acá.

Había un par de casas cerca, y una luz se encendió en una ventana. Luego se encendió otra y se oyó la voz de una mujer:

—¿Has oído eso? Ha sonado un tiro por el río. —La voz de un hombre contestó:

—Antes he visto una barca con dos sujetos dentro. Iban río abajo, y parecían muy divertidos. Habrán visto una pieza.

Después, sobre las siete de la mañana se corrieron las voces de que habían aparecido los restos de una barca río abajo. Había sido casi consumida por las llamas, y en el agua flotaba todavía una capa aceitosa pegada a los juncos de la orilla.

—Un accidente —dijo alguien. —Quien fuera llevaba gasolina. Han cometido algún error, y lo han pagado caro.

Cuando la guardia civil llegó al lugar, estuvieron inspeccionando los alrededores. No hallaron a nadie.

—Hay que ver si alguien falta en el pueblo. Parece la barca de Gabriel, pero no estoy seguro. Habrá que hablar con su mujer.

Ella estaba durmiendo todavía cuando le dieron la noticia. Ahora se mostraba inconsolable.

—Se lo dije —lloraba a grandes gritos. —Le dije que le ocurriría una desgracia, y así ha sido.

Las vecinas pasaron el día con ella, tratando de calmarla. Por la noche le dieron un sedante, y ella dijo que podía quedarse sola. Dejó abierta la ventana, y se durmió.

Era de madrugada cuando una sombra se deslizó fuera. La persona que se aproximaba conocía la casa muy bien. La luz de la luna alumbró el bulto de un hombre que saltó por la ventana. No dio la luz, sino que a oscuras se deslizó hacia la cama. La mujer se despertó, sobresaltada.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, y no contestó nadie. Ella tenía el costurero en la mesa de noche y agarró las tijeras.

—¿Quién es? —repitió.

Al cabo de un momento, él la estaba besando. Ella sintió en su cara una barba de dos días. Pegó un respingo, y sujetando con fuerza las tijeras se las clavó al hombre en la garganta.

—¡Socorro, que me violan! —chilló.

El bulto se desprendió de sus brazos y fue a caer pesadamente a los pies de la cama. Entonces, alguien aporreó la puerta. Era la vecina.

—¿Qué ocurre? —dijo.

La mujer se levantó a tientas y encendió la luz. Fue derecha a la puerta y la abrió.

—Pasa —dijo. —Un hombre se ha metido en mi cuarto por la ventana y me ha querido violar. Creo que lo he herido.

Allí estaba Gabriel, con la empuñadura de las tijeras surgiendo de la garganta entre borbotones de sangre. Parecía mirar a las mujeres con los ojos desencajados.

—Qué desgracia, qué desgracia —decía la vecina. La esposa movió la cabeza.

—Por fin, no tendré que aguardarlo cada noche —musitó. —Yo lo echaba de menos, y luego llegaba borracho. Él mató al forastero —dijo, retirando la vista. —Le disparó un tiro y luego quemó la barca. Seguramente lo hizo por dinero.

Eso fue todo. No había pasado una hora cuando dejó la casa, escoltada por la guardia civil. La metieron en un coche, y el conductor tomó el camino de la capital. El inspector de policía la recibió con ojos de sueño.

—Cuénteme su versión de los hechos —le dijo.

Ella no contestó, y empezó a canturrear en voz baja. Tenía el cabello revuelto y vestía una bata de flores.

—¿Quiere un café? —le dijo él. —Yo iba a tomarlo ahora.

Ella asintió, y se arrellanó en el asiento. El hombre le sirvió el café y ella tomó la taza con mano temblorosa. Lo miró fijamente, con un brillo extraño en los ojos.

—Estás más joven —le dijo—. Estás mucho más joven, y más guapo. Podemos quedarnos aquí. Después de lo ocurrido, estaremos mejor en la capital.

Él notó que desvariaba, y no dijo nada. La mujer continuó:

—Me alegro de que mataras a tu amigo, así no me dejarás sola por la noche.

CHANTAJE

El abogado de la actriz carraspeó. Era un hombre joven, que estaba rompiendo su primera lanza en una profesión al mismo tiempo interesante y comprometida en muchos sentidos. Hasta ahora, su mayor problema había sido la falta de clientes. Pero aquel podía ser un buen caso. Sostuvo el auricular con la mano izquierda, mientras con la derecha anotaba algo.

—Repito que vamos a demandarlo —dijo. —Mi clienta insiste en que él es el padre de su hijo.

Había ahuecado la voz, y trataba de mentalizarse pensando que sentirse ganador era ya una garantía para serlo. Aquel asunto haría que conociera gente importante, posibles nuevos defendidos.

Al otro lado del hilo telefónico hubo un corto silencio. Su colega parecía estar tomando posiciones y tardó en contestar. Era buena señal: sin duda lo había cogido por sorpresa. La voz del otro sonó dura.

—Eso es falso —afirmó. —Es la historia más manida que nadie pueda inventarse. Una mujer joven y guapa que quiere hacer chantaje a un hombre rico: lo estamos viendo todos los días.

Él soltó una risita. No podía dejarse avasallar: su oponente era un abogado de prestigio, pero no iba a consentirle que ganara terreno.

—Ella lo asegura, y yo la creo —dijo. —Es inútil que su cliente lo niegue: nosotros podemos aportar testigos. Es más, creo que es preferible llegar a un acuerdo amistoso; de otra forma surgiría el escándalo, y no creo que él desee una cosa así en vísperas de las elecciones.

Estaba oyendo una agradable música ambiental; seguramente, el otro representante legal disfrutaba de un confortable despacho con varias secretarias, cosas de las que él carecía.

—Podíamos concertar una entrevista —admitió su oponente en tono conciliador. Él dudó un momento: aquello resultaba demasiado fácil.

—Me parece correcto —dijo. —¿Dónde podemos vernos? —El abogado del político se expresó con sequedad.

—Bien —dijo. —La... señora y usted pueden venir a mi despacho mañana, a las doce.

—De acuerdo —afirmó él. —A las doce estaremos allí.

***

La mañana amaneció espléndida; la primavera se hacía notar en los árboles de las avenidas y paseos. Por consejo de su abogado ella se había arreglado cuidadosamente, pero con discreción: llevaba un vestido sencillo, en nada parecido a los que normalmente solía usar. Se puso unos zapatos bajos, desechando su habitual calzado de altísimos tacones, y se colocó en bandolera un sencillo bolso de cuero negro.

Se miró al espejo y sonrió, complacida: nadie hubiera podido advertir que aquellos tonos en su rostro no eran naturales. En realidad era bonita, y joven. Sujetó su melena en alto, en una graciosa cola de caballo que le daba un aire juvenil.

—Veremos qué pasa —suspiró.

La circulación en las calles era densa, y le costó encontrar un taxi vacío. Eran más de las once y media, y tenía que darse prisa. Por fortuna, su abogado no le cobraría hasta que hubiera acabado todo aquel embrollo en que se había metido, aconsejada por una amiga con mucha experiencia, a quien el truco le había dado muy buenos resultados.

—¿Por qué no? —se había dicho ella, y luego vino todo lo demás.

Había aprendido muy bien la lección. Todo empezó cuando, a raíz de un imperdonable descuido, se había quedado embarazada. Su salud desaconsejaba un aborto, y tenía que hallar cuanto antes una salida airosa para su problema. Entonces fue cuando habló con su amiga.

—Tienes que liarte la manta a la cabeza y jugarte el todo por el todo. Al fin y al cabo, nada puedes perder.

Estuvo escogiendo un buen padre para su hijo, hasta que dio con lo que buscaba: se trataba de un político influyente, y además era un hombre casado. Apenas lo conocía; habían coincidido en una fiesta, y ella estaba en la ocasión bastante borracha. No obstante, muchos los habían visto juntos, aunque fuera por unos minutos.

Al principio dudó, pero ya no pensaba volverse atrás. A juzgar por la zona donde vivía el letrado, no se había equivocado de persona: el taxi se detuvo ante una casa lujosa, con un enorme portal de mármol con varias escaleras. Ante una de ellas la esperaba su propio abogado, un muchacho demasiado joven, pero sin muchas pretensiones. Parecía nervioso.

—Creí que no venía —le dijo. —No es bueno que lleguemos tarde.

Subieron en un ascensor recubierto de espejos, que los llevó al segundo piso. Allí se detuvieron ante una gran puerta de caoba con una placa de bronce que anunciaba el despacho de abogados; él llamó al timbre, y después de unos segundos apareció un empleado. Era un hombre alto, con gafas.

—Estamos citados a las doce. —Él les rogó que se sentaran, y ocuparon un gran sofá tapizado de cuero.

—Aguarden un momento, por favor.

Ella estuvo mirando los cuadros, los espejos dorados y una gran chimenea de mármol, con restos de haber estado encendida alguna vez. Todo le parecía muy lujoso. El empleado apareció de nuevo, sonriente.

—Pasen —indicó. —Los están esperando.

Los precedió en un despacho enorme, con grandes y macizos muebles de caoba y vitrinas llenas de libros muy bien encuadernados. Pisaron sobre la alfombra espesa y suave, que hacía juego con los altos cortinones. Se detuvieron en el centro de la habitación, frente a una mesa llena de papeles y carpetas. El hombre salió, y el abogado, que ocupaba un sillón giratorio tras la mesa, se puso en pie. Tenía unos cincuenta años, y el pelo canoso y abundante. Les tendió la mano y los invitó a sentarse.

—Bien, veamos —comenzó, dirigiéndose a la mujer. —Dice usted que va a tener un hijo de mi cliente, ¿no es así?

Aquel hombre iba al grano, sin duda. Aquello estaba bien. Tampoco ella quería andarse con muchos rodeos, estaba deseando terminar cuanto antes.

—Sí, señor. Estoy embarazada de él. —El hombre asintió.

—Ya supongo que su relación con mi cliente habrá sido algo más que... superficial, o pasajera. ¿Sabe al menos la edad que tiene? ¿Conoce a su familia?

Ella aspiró hondo. Aquel abogado se sentía muy importante, pero ella no iba a acobardarse.

—¿Cómo no voy a saberla? Tiene cuarenta años —dijo con seguridad, recordando el anuario de donde había tomado los datos. Él la miró con fijeza.

—¿Qué más sabe de él?

Ella notó que empezaba a ponerse nerviosa. Aquello no resultaba tan fácil como había creído en un principio. Miró al hombre que estaba tras la mesa. Tenía que tener cuidado con lo que decía, y consultó con la mirada a su defensor.

—¿Tengo que contestar? —preguntó, alarmada. —Él denegó.

—No es necesario. Esos son detalles accesorios.

El hombre canoso había tomado una pluma y escribía algo en un papel.

—Bien, iremos al fondo del asunto —dijo sin mirarlos. —Naturalmente, habrá que someter a mi cliente a varias pruebas; en caso de que resulten positivas, hablaremos de las condiciones económicas. —El abogado de la actriz asintió.

—Está bien. Espero que lleguemos a un acuerdo razonable para todos. Mi defendida no desea el matrimonio, que por otra parte es imposible, dado que él es un hombre casado; sólo exigiremos una indemnización por alimentos, y no se volverá a hablar del tema.

El hombre se levantó de su asiento y pulsó el intercomunicador.

—Antes, quiero presentarles a alguien —indicó.

Contestaron al otro lado, y él habló pausadamente.

—Por favor, ¿puede venir al despacho? Tengo que comprobar unos datos.

Se abrió la puerta, y apareció el hombre que les había franqueado la entrada. La actriz se había sentado al borde de una silla, y lo miró. El hombre del pelo canoso se había puesto en pie; rodeó la mesa, y ella pensó que parecía satisfecho. Todo aquello le resultaba muy raro.

—Voy a presentarles —dijo, con un amplio gesto de las manos. —Esta es la señorita que intenta querellarse contra el que dice ser el padre de su hijo, y éste es su abogado, un joven colega que promete mucho.

El aludido frunció el ceño.

—¿Y...? —El hombre canoso se volvió al recién llegado.

—Y éste, mi cliente y amigo, que niega, por supuesto, ser el padre. Se trata de una persona seria, un esposo y cabeza de familia modelo... —Él adelantó un paso, y se quitó las gafas.

—Tanto gusto —dijo, sonriendo. —¿Nos habíamos visto antes? Siento no recordarlo.

La boca de la mujer se abrió.

—Pero, ¿es usted? Lo había tomado por un pasante, o algo así... —Él se inclinó, galante.

—Siento decepcionarla —bromeó. —Y siento lo de su embarazo. Tendrá que buscar otro padre para su hijo, ¿no cree? Y procure contar con una buena fotografía, no vuelva a equivocarse.

ARENA MORTAL

El teléfono sonó insistentemente sobre la vieja mesa de pino barnizado, donde el inspector de policía se dedicaba a poner en orden los papeles que nadie ordenaba desde hacía meses, quizá años. Con un gesto de fastidio cogió el auricular. Contestó a la llamada y afirmó con la cabeza. Le tendió el teléfono al subordinado.

—Atiende tú —dijo. —Denuncian un robo en un chalet de la costa. Ocúpate de eso mientras yo acabo de ordenar estos malditos papeles.

Era un hombre descolorido, de unos cuarenta años mal llevados. Su vientre era voluminoso, tenía grandes entradas en la frente y, por contraste, una poblada barba.

El que atendió al teléfono era un policía de unos treinta años, curtido por el sol. Vestía una camisa a cuadros y un pantalón vaquero. Al otro lado, un hombre hablaba nerviosamente.

—El robo se ha llevado a cabo por la noche —dijo con voz atiplada. —Han abierto la caja de caudales, han robado joyas y dinero, y en cambio los hijos de mala madre han dejado un puñado de arena. La caja estaba oculta por un cuadro, y la han dejado como estaba. —El policía lo miró.

—¿Había alguien en la casa? —El otro contestó enseguida.

—Yo vivo solo —dijo. —Mi jardinero ocupa una pequeña casa en el jardín. Ninguno de los dos oímos nada.

—Ya vamos —dijo el policía. —No se mueva de ahí.

La casa robada era un chalet bastante antiguo y lóbrego, con las paredes exteriores pintadas en un color rojo oscuro muy deteriorado. La fachada principal estaba cubierta de hiedras y había fuertes rejas en todas las ventanas. En el jardín crecían palmeras y plantas exóticas.

—Qué casa tan horrible —dijo el policía más joven, deteniendo el auto a la entrada.

El dueño de la casa respondía a la impresión que daba por teléfono. Tenía más de cincuenta años y un aspecto afeminado. Lucía una barbita recortada y canosa, y llevaba en la mano un bastón de bambú con puño de plata. Él mismo abrió la puerta.

—El jardinero está en el pueblo —se disculpó. —Pueden pasar ustedes.

El inspector lo siguió. No le gustaba aquel sujeto que olía a perfume de mujer, llevaba una chaqueta ajustada y al cuello un pañuelo de seda. Iba peinado hacia atrás con gomina, y sus zapatos brillaban.

—¿Es aquí donde está la caja? —preguntó.

Habían entrado en una habitación con las paredes enteladas en cretona de flores. Los muebles eran clásicos y parecían muy caros, y los estantes mostraban numerosos volúmenes encuadernados en piel. El ambiente era sofocante, con aquellas cortinas drapeadas a juego con la pared.

—Esta es la caja —señaló el dueño de la casa, haciendo girar la pintura que la cubría. Estuvieron llevando a cabo una somera inspección ocular, y el inspector observó algo, interesado.

—Hay en la caja una huella sangrienta —indicó. Al mismo tiempo, el más joven se había agachado y recogió una prenda del suelo, junto a un jarrón de flores secas.

—¿Se puede saber qué hace aquí un calcetín? —preguntó, mostrándolo. Era un modelo corriente, de algodón blanco con rayas de colores, y estaba sin usar. El dueño se acercó, y afirmó desconocer su procedencia.

—Mío, desde luego, no es —dijo, muy estirado. El inspector se volvió.

—No han forzada nada —dijo. —Las cerraduras están bien. Y no hay forma de entrar por las ventanas con semejantes rejas. Han debido entrar tranquilamente por la puerta.

Hallaron un ojo de buey que daba a la escalera, pero estaba a unos cinco metros de altura y la fachada era por allí completamente lisa, sin hiedra ni árboles cercanos. El policía moreno lanzó una exclamación.

—Hay unas huellas recientes en el cristal de esta ventana —mostró. —Parecen muy recientes, y están en el interior.

—Toma muestras de todo —le dijo el inspector. —Veremos si están registradas, aunque no lo creo. Un profesional hubiera tenido más cuidado.

El dueño de la casa parecía abrumado. Había tomado asiento en un sofá tapizado en flores muy grandes. Por todas partes se veían pequeños muebles lacados, y el suelo estaba

cubierto de espesas alfombras. El inspector sentía que le faltaba la respiración.

—¿Sospecha del jardinero? —preguntó. Él pareció sobresaltarse.

—De ninguna manera —dijo airadamente—. Él es... de toda confianza. Es inocente, estoy seguro

—Además, no tenemos ninguna prueba contra él —admitió el inspector. —De todas formas, tendré que interrogarle. No hemos conseguido nada en concreto, y no me gustaría tener que archivar este caso. —El dueño de la casa entrecerró los ojos.

—Han matado a mi perro —dijo, estremeciéndose. —Pobre animal.

***

Por fin, el inspector había logrado poner en orden los cajones. Era domingo y estaba de guardia, y al presente lo absorbía la lectura del periódico dominical. El teléfono empezó a sonar y el ayudante se levantó a cogerlo, con aire de fastidio.

—Es el dueño de un chiringuito de la playa —indicó. Dice que han encontrado en los alrededores a un muchacho muerto. — El inspector soltó el periódico.

—Dame eso —dijo. El otro le tendió el teléfono, y él hizo directamente una pregunta. El hombre que estaba al otro lado pareció dudar.

—Creo que había venido a pasar el día en la playa con dos amigos y dos chicas. A ellos los conozco, son hermanos. Son habituales por aquí, y suelen venir a mi local a almorzar algunos días de fiesta.

—Déme las señas de su establecimiento —dijo el policía, sacando un cuadernillo del cajón. —¿Puede decirme algo más? —El otro se aclaró la garganta con un ligero carraspeo.

—Parece que el muerto, en un principio, quiso gastar una broma a las chicas haciéndose el enfermo. Después del primer susto lo dejaron tendido en la arena, y vinieron riendo al merendero. Por cierto, que me encargaron ostras como aperitivo. Yo no suelo tenerlas, y he tenido que mandar a buscarlas. —El inspector enarcó las cejas.

—¿Ostras? Vaya con los niños de hoy. No las he comido más que una vez, y fue en la comida de mi boda. —El otro rió.

—Los tiempos cambian —dijo. —Bueno, seguiré: como el de la playa se retrasaba demasiado, una de las chicas fue a buscarlo y lo encontró muerto de verdad. Vino gritando y acudí yo con otros clientes, entre ellos un médico que estaba almorzando. La otra dijo que el chico sufría ataques epilépticos, y que a veces lo habían recogido sin conocimiento. El médico achaca la muerte a esta enfermedad, unida a la insolación. No lo ha movido apenas, no ha tenido más que tomarle el pulso. Ah, creo que al muerto lo apodaban el *Araña*.

—Está bien, que no se vaya nadie —dijo el inspector, suspirando. —Hay que interrogarlos a todos. —El otro habló todavía antes de colgar.

—Otra cosa —dijo. —Tiene arena metida en la boca, y pensamos que se haya revolcado en ella antes de morir.

Cuando el inspector llegó a la playa con dos ayudantes, estaba atiborrada de público. Eran las tres de la tarde, y las mesas del chiringuito estaban todas ocupadas por familias con niños. El local parecía haber sido reformado hacía poco, y sus mesas y bancos pintados de amarillo. Bajo la cubierta de cañizo pendían farolillos y tiras de papel de colores. El dueño atendía la barra ante unos estantes llenos de botellas. Era un hombre pequeño, con la cabeza casi rapada y un delantal blanco nada limpio.

—Vamos allá —indicó el inspector. —Espero que no lo hayan movido.

Hallaron al chico tendido boca arriba sobre una arena sucia de leña quemada y envases de plástico vacíos. Era un muchacho larguirucho y de un moreno casi negro. Un hombre de edad con el pelo canoso parecía montar guardia junto a él. Cerca había un montón de chinarros manchados de brea, y algunas piedras grandes y rugosas. El hombre se enderezó.

—Soy médico —dijo. —He procurado que nadie se acercara. —El inspector hizo un gesto de aprobación.

—Ha hecho muy bien.

El muchacho no tendría más de dieciocho años y llevaba puesto un bañador que le llegaba a las rodillas, con rayas de colores. Su pelo era rubio, áspero y tieso, y en sus ojos había una expresión de estupor. Tenía la boca entreabierta, mostrando unos dientes separados y manchados de arena. El inspector se fijó en una pálida cicatriz que surcaba su mejilla, y en sus grandes pies de dedos engarfiados.

—Saquen fotografías —indicó a sus ayudantes. —Yo avisaré al juez.

El juez tardó veinte minutos en llegar, acompañado del forense. Después de llevar a cabo todas las formalidades, ordenó el levantamiento del cadáver.

—Me ha parecido que el cuerpo huele a éter —observó el forense. —Haremos cuanto antes la autopsia del cadáver.

Una muchacha muy joven se acercó; tenía el pelo largo y liso, de un tono castaño claro. Parecía atrevida y sin ninguna inhibición.

—A veces usaba algo para colocarse —dijo. —Me lo había ofrecido varias veces, pero yo paso de eso. —El comisario asintió.

—Eres una chica lista. Ahora, vais a venir conmigo a la comisaría. Tengo que haceros varias preguntas.

El informe del forense no se hizo esperar:

—El chico ha muerto por asfixia —dijo, a través de la línea telefónica. —Efectivamente, ha podido ser a causa de su enfermedad, propiciada por el mucho sol y la ingestión de éter por vía respiratoria. No ha muerto sofocado por la arena, eso es seguro. No había rastros de arena en la tráquea, ni en los pulmones.

El inspector se volvió a su ayudante.

—¿Dicen que nadie lo había movido? —Él asintió.

—El médico insiste en que lo ha auscultado sin cambiarlo de postura. Ni siquiera le cerró los ojos.

—Pero el chico tenía arena dentro de la boca. ¿Cómo pudo ser eso? Una vez muerto, no pudo volverse boca arriba. —El ayudante movió la cabeza, dubitativo.

—Estoy pensando en el gasto que han hecho los chicos en el chiringuito. ¿No le parece demasiado? —El inspector afirmó con la cabeza.

—Desde luego que sí. Son muchachos modestos, con pocos ingresos. El uno limpia cristales, y el otro que es su hermano arregla aparatos de radio. Las ostras son demasiado caras. ¿De dónde sacan el dinero para obsequiar a sus amiguitas? —El ayudante arrugó el ceño.

—Qué raro —dijo. —También había arena en la caja de caudales. —El inspector lo miró, sorprendido.

—Es cierto —admitió. —No sé cómo no había pensado en ello. Tendrán que analizar las dos muestras en el laboratorio.

El informe fue rápido, y también lo recibieron por teléfono.

—Las dos muestras de arena proceden del mismo lugar —dijo el químico de la policía. —Ambas contienen diminutos cristales de botella, y restos de leña quemada y de brea. También, he detectado partículas de caparazones de marisco cocido.

—Gracias —le dijo el inspector, y colgó el auricular.

—¿Se han tomado las huellas de los chicos? —preguntó. Él bajó la cabeza.

—No hemos creído que fuera procedente.

—Pues hay que hacerlo —indicó el inspector. —Puede que eso nos ayude a encontrar alguna pista. Ahora, quiero interrogarlos.

Hicieron pasar primero al muchacho que limpiaba cristales. Era un mocetón de veinte años, alto y bastante fuerte. Tenía un rostro infantil y el cabello le llegaba hasta los hombros. Se veía a la legua que practicaba algún deporte. Entrecerró sus ojos pequeños y azules.

—Trabajo por mi cuenta —explicó. —Me llaman de algunas casas para que limpie los cristales, y a veces ayudo a mi hermano en alguna chapuza. Él es mecánico electricista, ¿ sabe usted? Los dos nos ganamos honradamente la vida, y tenemos algunos ahorros.

—Está bien, por ahora es suficiente —dijo el policía. —Volveré a llamarte si te necesito. Que entre el hermano —le indicó al ayudante.

El mecánico era un muchacho regordete y lampiño, en nada semejante al otro. Tenía veinticinco años y vestía un chándal azul marino. Llevaba gafas de sol, y un esparadrapo en el dedo pulgar de la mano derecha.

—Quítate las gafas —dijo el policía, y él obedeció. —Me han dicho que eres muy hábil con las manos. —El se sonrojó un poco.

—Eso dicen —contestó con orgullo. —Arreglo televisores, y toda clase de aparatos de radio y cadenas de música. También fabrico ordenadores.

—Eso está muy bien —sonrió el policía, golpeando suavemente la mesa con los dedos. —¿Ganas mucho dinero?

Al otro pareció extrañarle la pregunta.

—Según se mire —contestó con precaución. —¿Por qué lo dice?

—No, por nada —dijo el policía. —¿Puedes decirme algo acerca de la muerte de tu amigo el *Araña*?

—Yo no sé nada —dijo él—. El *Araña* se había quedado atrás en la playa para dar un susto a las chicas. Luego, como se retrasaba demasiado, una de ellas fue a buscarlo y se lo encontró más tieso que un garrote. Hubiera usted tenido que verla chillar —añadió, con una macabra sonrisa.

—Está bien —dijo secamente el policía. —No creo que la cosa sea tan divertida.

Antes de que se fueran les tomaron las huellas. No habían pasado diez minutos cuando el ayudante irrumpió en el despacho con un informe en la mano.

—Las huellas del cristalero coinciden con las que había en la ventana de la finca robada —dijo agitadamente. —Y la de sangre que estaba en la caja pertenece al mecánico.

El inspector se puso en pie.

—No hay duda, son ellos los ladrones. Lo malo es que no se les ha encontrado el botín. No hay cuerpo del delito.

***

El jardinero de la finca era un hombre de unos treinta años. Tenía un aspecto vulgar, con el cabello rojizo y fuerte. Pero sus ojos eran verdes y hermosos, y su sonrisa agradable. Llevaba puesto un mono de trabajo impecable, y zapatillas deportivas de colores. En la muñeca llevaba un ostentoso reloj digital.

El inspector le hizo algunas preguntas, que él contestó sin vacilar. Dijo estar contento con su trabajo, y que tenía cubiertas con creces sus necesidades.

—¿Tienen asistenta? —preguntó el policía. Él se encogió de hombros.

—No la necesitamos para nada —dijo. El otro insistió.

—¿Usted también limpia los cristales? —El hombre permaneció indeciso.

—Hay demasiados en la casa —dijo. —El señor insistió en que buscáramos a un cristalero, y viene una vez al mes. Ahora ya hay que llamarlo. Ha llovido, y están bastante sucios.

Estuvieron reconociendo nuevamente el exterior de la casa. La única entrada posible era por la pequeña ventana que daba a la escalera principal de la vivienda.

—Pero se necesitan tres personas para entrar por ahí —señaló el inspector. —A menos que se cuente con una escalera de mano. Y el que entre por la ventana tiene que ser muy delgado, y ágil.

El dueño de la casa estaba sentado ante un escritorio de caoba. Se puso en pie y les indicó que tomaran asiento.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó. —¿Saben algo nuevo? —El policía se fijó en sus manos, muy cuidadas. El hombre olía a perfume a una legua.

—Es sólo un momento —contestó, evasivo. El jardinero se había quedado junto a la puerta.

—Van a perdonarme, estaba haciendo la comida —se disculpó. El inspector se acercó a la ventana y desde allí dio un vistazo a la habitación.

—Estaba comprobando si desde aquí puede verse el cuadro que oculta la caja de caudales —dijo. —¿Sabe si el cristalero pudo verlo a usted manipulando en ella? —El hombre trató de hacer memoria.

—Es posible —contestó. —Creo recordar que el día que vino la última vez, yo tuve que abrir la caja. Sí, precisamente para pagarle a él.

—Muchas gracias, no era más que eso —dijo el policía. —Y que aproveche la comida.

De vuelta a la comisaría, mandó llamar a los dos hermanos. Cuando el cristalero entró en el despacho, él estaba rellenando un impreso y habló sin mirarlo.

—Hemos encontrado tus huellas en el cristal de una casa robada —dijo sin preámbulos. El muchacho enarcó las cejas.

—¿En qué casa?

El otro le explicó la vivienda que era, y él sonrió con malicia. Parecía muy divertido.

—La casa del marica —dijo. —Sí que limpio los cristales allí. No es raro que dejara las huellas, aunque siempre procuro no hacerlo para no ensuciarlos. —El policía alzó la mirada.

Pero es que las huellas son recientes, no tienen polvo como el resto del cristal. —En los ojos del chico hubo un destello de desconfianza.

—Eso son tonterías —dijo. El policía se puso en pie.

—De momento vamos a detenerte, hasta que se aclaren las cosas. Ahora quiero ver a tu hermano.

El mecánico llevaba el mismo atuendo de la víspera, pero se había quitado el esparadrapo, y todavía podía advertirse en su dedo pulgar la huella de una reciente cortadura. No hubo forma de hacerle confesar. Se declaró inocente del robo, pero también fue detenido, e incomunicado. El inspector se volvió a su ayudante.

—Hay que volver al merendero —dijo. —Tengo que hablar con la mujer de la limpieza.

Era una mujer renegrida y diminuta, de edad indefinida. Pareció muy ufana de que la interrogara la policía.

—¿Notó algo raro el día de la muerte del muchacho? —preguntó el inspector. Ella se quedó pensativa.

—Pues... sí, qué quiere que le diga. Encontré en la basura una servilleta que olía muy

raro, como huele en los hospitales. Estaba rasgada y hecha una bola, y al quemarla con los desperdicios vi que ardía con una llama muy fuerte y brillante. —El ayudante intervino.

—Pudo estar impregnada en éter —observó. El superior asintió con un gesto.

—Es lástima que se quemara con la basura —dijo. —De todas formas, en todo este tiempo el éter se habría evaporado.

El ayudante estaba pensativo.

—¡Claro! —exclamó. —El muerto, a quien llamaban el *Araña*, era la persona indicada para colarse por el ventanillo. —El inspector asintió.

—No hay duda de que existe una relación entre el robo y la muerte del muchacho —dijo. —Practicaremos un careo entre los dos hermanos.

***

En el despacho de la comisaría, las contraventanas pintadas de verde estaban entornadas, y su reflejo prestaba a las paredes un tono verdoso. El inspector cerró de golpe una ajada carpeta de piel que había sobre la mesa. Lanzó un vistazo a los cristales, empañados y sucios.

—Lástima que no pueda darle un trabajito al cristalero —bromeó. —Dile que entre.

Entró el muchacho, que parecía haber menguado casi un palmo en aquellas horas de encierro. En sus ojos azules se reflejaban la preocupación y el cansancio.

—Tu hermano ha cantado lo del robo —dijo el inspector. —Te acusa de haber dado muerte al *Araña* para quedarte con su parte en el botín. —El muchacho parpadeó y los tendones de su cuello se tensaron.

—Eso es mentira —dijo.

—No, no lo es. Piénsatelo, muchacho. Será mejor que me lo cuentes todo.

—No tengo nada que contarle —dijo él con la mirada torva.

—Está bien, tendrás tiempo para pensarlo —dijo el policía. —En cambio, a tu hermano quizá lo soltemos. Él ha colaborado.

Salió con la cabeza baja, y por una puerta distinta entró el mecánico. Sus ojos estaban ribeteados de rojo.

—Tienes un hermano muy blando, aunque no lo parezca— dijo él. No creí que confesara tan pronto. —El otro lo miró, alarmado.

—¿Qué ha confesado? —preguntó. El inspector alzó una mano.

—Él dice que cometisteis el robo de la finca, ayudados por el *Araña*. Que tú lo mataste en la playa para quedarte con su parte. Lo asfixiaste con éter, ¿verdad?

El muchacho se removió, nervioso. Empezó a morderse una uña.

—Cabrón —musitó. —Me las pagará, se lo juro. —El policía lo miró a los ojos.

—Cálmate —dijo. —Yo no creo que tú seas culpable. Cuéntamelo todo. —El otro habló con la cabeza baja.

—Fue él quien lo mató. —El policía arrugó el ceño.

—También ha dicho dónde escondisteis el botín, aunque todavía no hemos ido a buscarlo. —El muchacho se había puesto rojo, y temblaba.

—Lo sabía —gruñó. —Debía haber cogido mi parte, y haberme largado.

—Todavía estás a tiempo —le dijo el hombre, en tono conciliador. —Puedes quedarte con lo que te corresponde si colaboras con nosotros. Lo importante es el asesinato. Robar a un marica no tiene demasiada importancia, ¿verdad? —El otro pareció aliviado.

—Comprendo muy bien —dijo con un guiño. —¿Puedo marcharme ahora?

Lo pusieron en libertad, y un par de hombres se dedicaron a seguirlo. Entró en un bar y metió unas monedas en una máquina tragaperras. Se comió un bocadillo con una cerveza, y fue hacia la estación. Tomó el trenecillo que hacía el recorrido por la costa, y lo dejó en la cuarta parada. Desde allí se dirigió a un acantilado cercano, y entró en una pequeña gruta entre rocas.

—Alto —dijo una voz sobre su cabeza. Él se sobresaltó, y miró hacia arriba.

—¿Qué ocurre? —dijo. —No hago más que coger mi parte del botín.

Un policía de uniforme llegó al lugar saltando por las rocas. El compañero lo seguía a corta distancia.

—Vas a venir con nosotros —le dijo. —Tendrás una conversación con tu querido hermano.

Él no intentó resistirse, y los acompañó hasta un automóvil que estaba aparcado a un lado de la carretera. Un tercer policía bajó a la playa por indicación del primero.

Lo aguardaron dentro del coche, y cuando volvió llevaba una bolsa de deporte en la mano.

—Listo —dijo. —Podemos marcharnos.

Cuando llegaron a la comisaría, el inspector los aguardaba en su despacho.

—Traed al cristalero —indicó.

El muchacho entró con la cabeza alta. Él le indicó una silla frente a su hermano, que estaba muy rojo. El policía habló despacio.

—Hemos estado en la playa del acantilado —le dijo. —Hemos encontrado allí algo muy interesante. —Él dio un vistazo rápido al hermano.

—Te has ido de la lengua —masculló. El otro saltó en el asiento.

—Tú eres quien dio el soplo —respondió, furioso. —Yo no he hecho más que ir a recoger la parte que me correspondía. —El cristalero lo fulminó con la mirada.

—¡Imbécil! —chilló. —Te han engañado como un chino. —El inspector intervino en tono conciliador.

—Vamos, vamos. Él dice que mataste al *Araña* para quedarte con su parte. Tenemos su declaración firmada. —El hermano menor se mordió los labios.

—Pedazo de cabrón. Tienes menos sesos que un mosquito, con todo lo listo que te crees —lo increpó con rabia. —En lugar de ser tan habilidoso con las manos, podías alguna vez usar la cabeza. —El otro estaba confuso.

—Yo... —balbució, —no quiero que me insultes. —El otro soltó una risa chirriante.

—¡No quieres que te insulte! Tienes unas ideas luminosas, como la de la servilleta empapada en éter. —El otro se había puesto lívido.

—Tú saliste tan beneficiado como yo. El *Araña* no te dejaba tranquilo. —Él aspiró hondo.

—En todo caso, yo lo hubiera hecho mejor.

El inspector se puso en pie y le ordenó salir. Luego se dirigió al hermano mayor.

—Vamos a hablar tú y yo largo y tendido —dijo. El otro comenzó de nuevo a morderse las uñas, y él lo tranquilizó con un gesto.

—Si confiesas todos los detalles, veremos qué puedo hacer por ti.

Él removió en el asiento sus gruesas posaderas. Habló con voz quebrada.

—De acuerdo —dijo. —Un día, mi hermano estaba limpiando los cristales en casa del marica —explicó. —Desde el jardín vio por la ventana de la biblioteca cómo el dueño de la casa tiraba de un cuadro, y abría una caja de caudales.

—Sigue —dijo el policía, interesado.

—Aquella noche me lo contó. Como le he dicho, hago trabajos mecánicos y de siempre me ha gustado arreglar cerraduras y cosas parecidas. Mi padre me enseñó el oficio, él era cerrajero.

—Entiendo —asintió el inspector. —Pensasteis en el *Araña* para que os ayudara a entrar en la casa. —El otro pareció sorprendido.

—Es verdad —admitió. —La ventana sin rejas está muy alta y era muy estrecha, como un ojo de buey. Necesitábamos que alguien entrara por allí y nos abriera la puerta de la calle.

—¿No pensasteis en el jardinero y en el dueño de la casa? — Él soltó una risita.

—Debían estar muy ocupados en el dormitorio del amo —bromeó. —Todo el mundo en el pueblo sabe que duermen juntos. —El policía aspiró fuertemente.

—Ah, vamos. Y, ¿qué hicisteis con el perro?

El muchacho se mordió una uña y la escupió.

—Le echamos la bolilla —dijo, con un cierto tono de satisfacción. —Era carne picada con veneno, ¿sabe usted? Luego, delante de la casa, yo me quedé debajo y mi hermano se me subió a los hombros. Por poco me tira el animal, pero al *Araña* apenas lo noté Parecía un mono trepando y se coló como una anguila por el ventanillo. Luego fue y nos abrió la puerta. Todo salió redondo, si no fuera porque me corté un dedo con la maldita caja. —El policía asintió.

—¿La abriste con facilidad? —Él se encogió de hombros.

—Me dio un poco de guerra, pero era un modelo muy antiguo y no tuve mucha dificultad. Mi padre había abierto alguna como aquella, y yo conocía el mecanismo. —El policía lo interrumpió.

—¿Sabes si tu hermano se acercó a la ventana? —Él dijo que sí con la cabeza.

—Le pareció ver una luz fuera, pero volvió diciendo que habría sido un coche en la carretera, o el reflejo de la linterna en el cristal. Hasta hicimos bromas sobre el jardinero y su amo. El *Araña* propuso que les diéramos un susto, pero mi hermano se negó. Hubiera sido divertido, ¿no cree? —El policía estaba serio.

—No lo dudo —contestó secamente. —¿Pusisteis luego arena en la caja de caudales? — El muchacho habló en tono confidencial.

—Habíamos llevado calcetines rellenos de arena, por si teníamos que defendernos del perro o de alguien. Luego, cuando cogimos las joyas y el dinero, al *Araña* se le ocurrió vaciar

los calcetines en la caja. Lo vi cómo tiraba el suyo vacío en un rincón. Cerré la caja y le pusimos el cuadro como estaba antes. Todo quedó de dulce, como si nadie lo hubiera tocado —añadió con orgullo.

—Pero el *Araña* exigía su parte —dijo el policía, y él asintió.

—Mi hermano le había ofrecido una buena cantidad, pero él quería lo mismo que nosotros. Dijo que padecía ataques y quería pagarse un buen médico. Mi hermano se negaba, y él lo estuvo atosigando. Hasta amenazó con denunciarnos. Decía que él tenía poco que perder, que iba a morirse pronto.

—¿Os drogabais con éter? —preguntó el inspector, y él sonrió de nuevo.

—Da mucha alegría —explicó. —Además, nos habían dicho que no te habituabas como con otras cosas. El éter no está prohibido, y yo lo conseguía en la gasolinera donde lo usan como disolvente. —El policía suspiró.

—Cuéntame lo que ocurrió en la playa —dijo. El muchacho habló sin inmutarse

—El *Araña* me había amenazado con llegarse al cuartelillo de la guardia civil. Decía que él tenía poca pena, pero que a nosotros nos echarían una pila de años. Me puse malo de pensarlo.

—Y por eso lo ahogaste con una servilleta empapada en éter —dijo el policía.

—Había visto hacerlo en la gasolinera con un perro —declaró el muchacho, y el inspector no pudo evitar un estremecimiento. —Un camión le había roto el espinazo, y como sufría mucho el dueño fue y lo asfixió con éter. El animal ni se enteró. Yo llevaba un frasco en el bolsillo, cogí la servilleta y... las cosas vinieron rodadas.

Hablaba simplemente, como si estuviera relatando un hecho trivial que no le afectara. De cuando en cuando se detenía para tomar aliento. El policía suspiró.

—Mientras, tu hermano se gastaba el dinero en ostras con vuestras amiguitas, ¿ verdad? —En los ojos del muchacho hubo un destello de rencor.

—Él es muy señorito —dijo. —Le gusta fardar, y hacerse el importante. Se cree muy guapo. —El policía estaba serio.

—Después de asfixiar al *Araña* le llenaste la boca de arena. ¿Fue para justificar la muerte? —El otro negó.

—Me acordé de su idea para la caja de caudales —dijo con un guiño. —Tan sólo fue una broma. —El inspector frunció el entrecejo.

—Una broma macabra —observó. —¿Qué opinó tu hermano de lo que habías hecho?

—Yo mismo se lo dije, sin que nos oyeran las chicas. Primero se puso furioso, pero como ya estaba hecho creo que se quedó conforme. Me pidió la servilleta, la rasgó con una navaja y la echó al cubo de la basura. Luego, la chica volvió a la playa y se encontró con el fiambre.

—Ya está bien —dijo secamente el inspector. —Tendrás que firmar lo que has dicho.

Hizo una seña al ayudante que tomaba a máquina la declaración. Él la acercó, y el chico sin leerla trazó debajo su firma con una complicada rúbrica. Luego acompañó al muchacho fuera, y volvió al poco tiempo.

—¿Cree usted que es normal? —preguntó. El inspector parecía dubitativo.

—No lo sé —dijo—. Sólo sé que me ha puesto los pelos de punta. Corresponde al juez establecer su grado de culpabilidad, pero yo pienso que es un peligro para la sociedad. Tendrán que meterlo en un manicomio, quizá. —El ayudante abrió la ventana.

—Voy a pasar el expediente a máquina, ¿le parece?

—Antes di que nos traigan un café— suspiró el inspector. —Nos está haciendo mucha falta.

EL DIPLOMÁTICO

El diplomático solía viajar a menudo, tanto que ya no lo deseaba en absoluto; además, últimamente había tenido problemas en su trabajo, y estaba deprimido. No le había costado convencer a un amigo para que viajara a Montreal con su billete. Se veían a menudo en el club deportivo, donde ambos jugaban al tenis. También sus esposas habían hecho amistad; las unía, entre otras cosas, su exclusiva dedicación a la vida social.

Hacía años que el amigo deseaba, en realidad, visitar Montreal. Varias veces había estado a punto de hacerlo, pero sus negocios lo encaminaban más bien al centro de Europa. Había visitado varios países africanos, e incluso viajado por motivos de trabajo al Extremo Oriente; sin embargo, aunque pareciera extraño, nunca había conseguido viajar a Canadá. A última hora, siempre surgió algo que se lo impidió.

—Parece que está escrito que no vaya nunca, me da hasta vergüenza —sonrió. —Es lo que me hace desear precisamente ese viaje.

—No te costará nada —le dijo él. —En realidad, no vale la pena devolver el billete; me ha surgido algo muy urgente, y no podré viajar allí este fin de semana.

Acababan de jugar un partido de tenis y caminaban juntos hacia las duchas y los vestuarios. Ambos eran altos, y hubieran pasado por hermanos. El amigo se echó la toalla al hombro con un gesto displicente.

—Me parece bien. Pero, ¿Y para volver?

Habían llegado a los vestuarios. Las duchas estaban ocupadas, y tendrían que aguardar. El diplomático guardó la raqueta en un casillero.

—Tendrás el billete de vuelta, todo está arreglado —contestó él, palmeándole la espalda.

Dos cabinas de ducha quedaron libres al mismo tiempo, y ellos las ocuparon. El amigo movió la cabeza.

—¿Y si me ocurre algo?

Él hizo un gesto de impaciencia. Había abierto el agua fría, y se estremeció ligeramente al recibir el chorro en la espalda.

—No te pasará nada, tranquilo —dijo, alzando la voz. —Tendrás un buen fin de semana. Cambiaremos la documentación, y nadie tiene por qué saberlo. Por algo dicen que nos parecemos... Te trasladarán al hotel, que está pagado, y te recogerán luego para llevarte al aeropuerto.

El otro se mostraba un tanto confuso.

—Espero que todo salga bien —suspiró. Soltó el agua de la ducha y estuvo frotándose enérgicamente. Luego se secó con una toalla de colores. Cuando salió, su expresión había cambiado. Parecía contento.

—Toma —le dijo el otro, tendiéndole unos papeles. —Vale más que te los dé ahora, no vaya a olvidarme. En previsión, los he traído encima.

Le entregó los billetes y algunos documentos, y él los guardó en una cartera de mano. Se estuvo peinando cuidadosamente, y se puso una ropa impecable.

Me marcho —dijo, alzando la mano. —Tendré que preparar algunas cosas para el viaje. —El diplomático lo detuvo.

—Aguarda —indicó. ¿Podrías llevarme un paquete? Puedes dejarlo en recepción, cuando llegues al hotel. Allí irán a recogerlo. Por cierto, prefiero que no le cuentes a tu mujer nuestro plan. Es mejor que pongas cualquier excusa para el viaje; no creo que se quedara aquí tan tranquila, si le dices que vas al Canadá. Lo siento, pero no tengo más que un billete... —El otro sonrió.

—Descuida. Hace tiempo que tengo que ir a ver a mi madre, que vive en el campo. Ella nunca quiere acompañarme, allí no hay teléfono ni nada parecido. —El diplomático asintió con suavidad.

—Yo tampoco lo comentaré con Lucía. Siento molestarte con el encargo, pero el llevarlo era el motivo de mi viaje.

—No faltaba más.

El cielo se había cubierto de espesos nubarrones, y empezaban a caer grandes gotas de lluvia.

—Bien, hasta la vista. Ya me contarás.

El amigo tomó el paquete y lo guardó en su maletín.

—¿No quieres nada más de allí? Piénsalo, todavía estás a tiempo. —el otro denegó.

—No, nada, gracias. Pásalo bien.

Se estrecharon efusivamente la mano. Poco a poco la lluvia había arreciado, y el agua caía con un rumor sordo sobre las pistas de tenis. El amigo abrió su paraguas plegable; en el sendero se encontró con tres muchachas que corrían bajo la lluvia, riendo.

—Creo que nos quedaremos sin jugar —dijo una rubita.

El hombre alcanzó su lujoso automóvil, que chirrió sobre la arenilla del aparcamiento. Tomó la carretera hacia el centro de la ciudad, y se dirigió a una zona ocupada por hermosas villas.

—Tengo que darme prisa —se dijo. —Le dejaré una nota a Sara. No creo que le importe mi partida, está demasiado ocupada eligiendo su nuevo vestuario.

***

Por causa de la tormenta, hasta última hora no se confirmaron los vuelos. Varios habían sido suspendidos, hasta que el viento amainó.

El aeropuerto estaba lleno de gente, y los altavoces anunciaron la salida del avión. El aparato emprendió el vuelo; los pasajeros no notaron la menor vibración, ni molestia. Era uno de los aparatos más modernos que surcaban el aire.

Pronto, había ascendido a la altitud máxima. Arriba, el sol era radiante y las nubes se extendían abajo como en un paisaje de suaves montañas nevadas. En poco tiempo, el avión había dejado el continente tras de sí.

La explosión ocurrió en pleno océano. Hubo un brillante fogonazo, y los pasajeros apenas tuvieron tiempo de reaccionar. Inmediatamente, la inmensa nave ardió como una pavesa, dejando al descender una estela de humo.

Todos los aeropuertos fueron alertados, pero nadie conocía las causas de lo ocurrido. No se había recibido ninguna amenaza de atentado, ni nadie lo reivindicó. Varios corresponsales salieron hacia la zona del siniestro, sin hallar ni rastro del aparato.

Dos aviones de salvamento estuvieron rastreando la zona, así como barcos de rescate y un equipo de buceadores. Era una zona de gran profundidad, y tardarían en hallarse los restos del aparato.

Cuando los hombres rana pudieron alcanzar el fondo, hallaron un amasijo de metales entre el balancear de las actinias. Algunos cadáveres calcinados estaban aprisionados en la zona de los pasajeros; la parte delantera del avión había quedado completamente destruida.

Los periódicos dieron la noticia en primera plana. A bordo del avión viajaban varios importantes hombres de negocios, y en el club todo el mundo comentaba la noticia de la muerte del diplomático.

—Había hecho un seguro de varios millones a favor de su mujer —dijeron. —De todas formas, no creo que eso pueda compensarla de tan terrible pérdida.

La compañía de seguros hizo todas las averiguaciones posibles, sin resultados prácticos; se sabía que una gran explosión había destruido el morro del aparato, pero se ignoraban los motivos. Se estaba buscando la caja negra, que podría aclarar lo ocurrido. Se especulaba con la idea de un atentado terrorista por parte de fundamentalistas árabes.

No pudieron identificar los cadáveres de los pasajeros que ocupaban la primera clase, y tampoco se hallaron los cuerpos de los pilotos. Era aquélla una zona de tiburones, que habían dado buena cuenta de lo que quedaba de los desdichados.

En el avión viajaba también un famoso equipo de fútbol, que había pasado una temporada en Europa jugando varios partidos amistosos, y volvía ahora al Canadá.

***

En la frontera francesa, un hombre rubio y alto consultaba de cuando en cuando su reloj. Tenía unos ojos castaños y agudos, y vestía una cazadora de cuero y botas de caza.

—Sírvame otro coñac —le dijo al camarero del bar.

Hacía un rato que esperaba. Había quedado en aquel lugar a las diez de la mañana, después de quince días de estancia en París, a donde había llegado en tren. Empleó aquellas dos semanas en hacer varias gestiones, y en tratar de modificar su aspecto físico.

Un automóvil blanco se detuvo ante el bar de la carretera. Él lo vio enseguida, puesto que estaba pendiente de los vehículos que entraban y salían del aparcamiento. Pagó la consumición, y sin tocarla se abalanzó a la salida. Una mujer atractiva estaba sentada al volante, y miraba atentamente por la ventanilla. Cuando lo vio, le hizo un gesto con la mano y abandonó el coche: su cuerpo era esbelto y ágil, y vestía un elegante traje de chaqueta. Fue hacia el hombre y lo abrazó fuertemente.

—Por fin te he encontrado —le dijo. —Se me ha hecho el tiempo eterno.

Él la besó en los labios, y notó la fragancia de su perfume. Luego la miró a los ojos, muy verdes.

—Eres la viuda más bonita que he visto —susurró a su oído. —Dime, ¿Todo ha salido bien? —Ella asintió.

—Perfectamente bien. Vamos a alguna parte, ya te contaré.

Entraron en el coche, y esta vez él se sentó ante el volante. El coche arrancó, y pronto volaban por la autopista. Todos los automóviles tenían matrícula francesa. Ella le mostró una bolsa de deporte que iba en el asiento de atrás.

—Ahí está el dinero —indicó. —No he tenido ninguna dificultad para cobrarlo. Al fin y al cabo, todos los periódicos han hablado de tu muerte. —Él se echó a reír.

—Pobrecita, te ha tocado lo peor. Pero eres una mujercita valiente. —Ella hizo un mohín.

—No creas, he pasado mucho miedo. Hasta el final, no estaba segura de que las cosas no se estropearan. —Él sonrió de nuevo.

—¿Qué han dicho nuestros amigos? ¿Han sentido mi muerte? —ella suspiró.

—No creas, ha sido muy duro. Tuve que decir que no quería ver a nadie. Luego, nuestro agente me ayudó a recoger el dinero...

—El dinero me gusta, pero más me gustas tú —dijo él, abarcándola con el brazo. —Para mí también ha sido duro, no creas. —Ella lo miró.

—Más duro ha sido para otros. Mira, no he querido ver a Sara. Creo que estará todavía aguardando a que llegue su marido... No sé, lo darán por desaparecido, imagino.

—Espero que sí. Esas cosas ocurren.

Ante sí, a ambos lados de la carretera, se extendía la campiña francesa. Ella apoyó la cabeza en el hombro masculino.

—Tendrás que hacerme un buen regalo, para compensar lo de todos estos días. Creo que nunca los olvidaré. En realidad, tú no has tenido más que desaparecer, pero yo... Cuando firmaba en la compañía de seguros, creí que iba a desmayarme.

—Lo sé, lo sé. Tendrás lo que tú quieras.

Se dirigían hacia la ciudad de Burdeos, donde él había reservado habitación en un hotel: se trataba de un lugar confortable, aunque no demasiado lujoso. La habitación era grande y luminosa, con una cama enorme. Luego, se establecerían en París, donde él se había encargado de alquilar un bonito apartamento, a nombre de su esposa.

—Verás como te gusta —le dijo, besándola en el cuello. —Está en un sitio céntrico, y a la vez muy tranquilo. Allí comenzaremos una nueva vida, y me olvidaré de todos mis problemas. —Ella lo obligó a callar, sellándole los labios con sus dedos.

—Todo eso ya pasó —le dijo, mirándolo a los ojos.

***

Recién llegados a París, estuvieron ocupados durante los siguientes días en variar el decorado del apartamento, aunque el piso estaba satisfactoriamente amueblado. La mucha actividad les impidió pensar, y al terminar el día estaban tan cansados que se dormían enseguida. Una madrugada, el teléfono empezó a sonar. Ella se despertó, sobresaltada.

—¿Quién puede ser? —Él se adelantó a coger el aparato.

—¿Sí?

—Soy yo —dijo una voz lejana. —¿Te he despertado?

El hombre notó que la sangre se helaba en sus venas. No podía ser, aquella voz... Por un momento, se le representó la escena del avión estallando en el aire.

Hubo un silencio tenso. Su esposa lo miraba con expresión adormilada. Él trató de serenarse y oyó la voz, ahora más clara.

—Bajé del avión a última hora —dijo. —El tiempo no era bueno, y... bien, lo pensé mejor, y no quise marcharme sin decírselo a Sara. Me parecía... una traición. Por cierto, no me acordé de recoger tu famoso paquete, para devolvértelo. Espero que no te haya causado mucho trastorno.

Él trataba de poner en orden sus ideas.

—¿Cómo... cómo has podido localizarme?

Luego se dio cuenta de su error: su amigo tenía contactos en toda Europa, y sobre todo en Francia, y en París. El otro soltó una risita.

—Ya sabes, en la embajada tengo muchos conocidos, y algunas relaciones con la Interpol. —Él habló en tono seco.

—Tuviste suerte al bajar del avión. Fue una terrible catástrofe.— El amigo tardó en contestar.

—En cambio, he oído que moriste en el accidente. Fue una pérdida irreparable para todos nosotros —bromeó. —Por cierto, espero que me entregues la mitad del dinero, o acudiré a la policía, ¿entendido? Elige: la mitad, o nada. Sé lo que vas a elegir, eres una persona inteligente. En fin, que tengas buena noche. Ah, y presenta mis respetos a Lucía. Lo

ha hecho todo maravillosamente bien.

UN RECUERDO INOLVIDABLE

El tren, avanzando como una larga flecha articulada, atravesaba campos de trigo, viñedos y bosques. Era un tren moderno y lujoso, y contaba con las últimas innovaciones tecnológicas Los clientes no echarían de menos ningún sofisticado detalle: podrían ver las últimas películas, trabar nuevos conocimientos en el lujoso *pub,* escuchar música en el piano-bar, bailar en la moderna discoteca o consultar en una biblioteca nutrida sus libros preferidos. El precio incluía entrada en los monumentos del camino, así como a los espectáculos de más reciente actualidad. Ni el más refinado *gourmet* hubiera podido exigir más de la cocina servida en un comedor decorado con detalles de la *Belle Époque.*

El recorrido estaba cuidado en sus menores detalles, para el total disfrute de los acomodados clientes. De esta forma, al final del trayecto, todos los viajeros sin ninguna excepción podían estar seguros de haber escogido lo mejor.

Era un ambiente refinado el de la discoteca, donde charlaban animadamente aquella noche algunas damas elegantes vestidas de fiesta, y hombres bien trajeados. La hora era avanzada, y el cielo azul había cedido su lugar a una bóveda tachonada de estrellas.

Una mujer de edad madura ocupaba una mesa junto a la ventanilla. Era hermosa todavía; su cuerpo era esbelto, y a pesar de la edad exento de grasas y arrugas. Viajaba sola, y ocupaba un departamento de una sola cama. Dio un vistazo por la ventanilla cercana, y suspiró. Luego oyó una voz varonil a su espalda.

—¿Puedo sentarme?—dijo él, y ella se volvió, sorprendida.

—Cómo no —contestó, mostrándole un asiento a su lado.

Era un hombre joven, con el que había hecho amistad días atrás en el restaurante del tren. Pronto estaban charlando animadamente. Sobre la mesa había un pequeño búcaro con una rosa roja, y él se la ofreció. Esta noche, también él iba correctamente vestido de oscuro, con camisa blanca y corbata de seda.

—Estás bellísima —le dijo. Ella bajó la mirada.

—Gracias —murmuró, complacida.

Había personas sentadas en la barra, y algunas mujeres reían. Estuvieron charlando un rato de cosas banales. De pronto, ella se dio cuenta de que había transcurrido mucho tiempo. Las copas de champán estaban vacías sobre la mesa.

—Tenemos que irnos —dijo ella, nerviosa. Él apoyó una mano en la suya.

—Te acompaño —le sugirió. —Bueno... si no te importa —rectificó luego. Ella se había puesto en pie, y cogió un pequeño bolso plateado.

—De ninguna manera —le dijo. —Al contrario, te lo agradezco mucho.

Los pasillos hasta el departamento eran blancos, impecables, y sus figuras se reflejaban en las oscuras lunas de las ventanillas. La puerta de la cabina se abrió sin ruido. Por ella se deslizó la mujer, y el hombre joven la siguió. La tenue melodía del hilo musical se había detenido.

***

El interventor se irguió en su asiento. El día había sido agotador y, pese a ser de madrugada, aún no había podido retirarse a descansar. Sabía que mientras permaneciera en la estación estaba bajo el mando de sus jefes, pero ahora se consideraba responsable de la seguridad y el orden de aquel lujoso tren.

En el trayecto, él tenía que vigilar que no viajaran en los coches personas en estado de embriaguez, y podía excluir en ruta a las que se condujeran en forma inconveniente. Tenía a su cargo la comprobación de los billetes, ejercía la vigilancia para el uso correcto de las cabinas y servicios, y llevaba a cabo todo el trabajo administrativo que fuera necesario.

Sin ir más lejos, a última hora de la tarde tuvo que hacer un recorrido por el tren, cuidando que los servicios de higiene estuvieran en perfecto estado, y dotados de todos los elementos necesarios. Finalmente, había controlado la venta de tabaco, bebidas y prensa; así que, pensó, materialmente no había tenido tiempo de sentarse a lo largo del día.

Repasó mentalmente a los viajeros. Luego revisó cuidadosamente su cartera-botiquín, que tenía siempre a punto. La complejidad de los casos posibles no podía preverse, y era su obligación ofrecer toda clase de ayuda en caso necesario.

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir —bostezó.

Él, como interventor en ruta, tenía derecho a inspeccionar todas las instalaciones, y comprobar la correcta situación de los viajeros. Era tarea suya revisar el llenado de los

depósitos de agua en los coches—cama. Antes de retirarse estuvo comprobando concienzudamente la puesta en marcha y reglaje de la calefacción, la ventilación adecuada, así como las instalaciones de luz eléctrica y aire acondicionado.

***

Suspirando, la dama de edad indefinida pisó la húmeda tarima formada de tablillas, y alcanzó de la jabonera una pastilla de fragante jabón. Pronto el agua caliente cayó sobre su espalda, estremeciéndola.

Cuando se contempló en el espejo estrecho y alto, notaba aún sobre sí la agradable sensación del agua cálida. Se había perfumado, y al mirarse en la rosada superficie pulida se dijo a sí misma que no estaba tan vieja.

—Será una noche inolvidable —le dijo él, besándola en el cuello. El departamento era confortable y lujoso, con suaves y mullidas alfombras y selectas tapicerías. Durante el día había lucido un bonito ramo de flores sobre una mesa baja. Ahora el ramo había sido retirado, y a través del recuadro oscuro de la ventanilla podían divisarse la luna menguante, y las estrellas.

***

La puerta se abrió de nuevo silenciosamente, y entró una mujer joven envuelta en una sedosa negligé. Su bata era larga y de color rojo, casi transparente, y tenía un gran lazo en el escote pronunciado. La mujer ostentaba una larga melena negra, que caía en cascada sobre sus bonitos hombros. Se apoyó con indolencia en el tabique, junto a la entrada. Desde su cama, la ocupante del departamento la miró con verdadero sobresalto.

¿Qué quiere? —preguntó, incorporándose. —No puede entrar aquí.

—La puerta estaba abierta —dijo ella con un mohín. A la escasa luz que había en la cabina, su cabello tenía reflejos azulados.

—Yo diría que la había cerrado —comentó la mujer, confusa.

—Habrás pensado hacerlo —intervino él, incorporándose a su vez con el torso desnudo. La señora había saltado apresuradamente sobre la alfombra, envuelta en una sábana.

—De todas formas, le ruego que salga —dijo, muy encarnada. La más joven pareció no oírla. En cambio, se dirigió al acompañante.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con un ligero ceño. —¿Desde cuándo te equivocas de cabina?

Él no parecía alterarse demasiado, y se encogió de hombros. La dama se le adelantó.

—¿Quién es esa? —interrogó. Él hizo un gesto con la mano.

—Te presento a mi esposa —dijo, señalando a la recién llegada. La cara de la dama era de color púrpura.

¿Tu esposa? No sabía que estuvieras casado.

—Pues lo estoy —dijo él, agachando la cabeza. —Lo siento.

Su anfitriona se había quedado en el centro de la pieza, mirando a uno y otra sin saber qué decir. Parecía haber enmudecido.

—Esto es increíble —pudo articular por fin. La más joven soltó la carcajada.

—Del todo increíble —afirmó. —Una mujer de edad se divierte con mi marido. Qué cosas.

—Cállese —dijo ella, al borde del ataque de nervios. De pronto dio un vistazo al collar que había quedado sobre la mesa baja.

—No quiero callarme —repuso le recién llegada. —Ah, qué collar tan bonito —comentó, acercándose. —Debe valer una fortuna.

Lo tomó en la mano, y estuvo observando con atención el brillo de le pedrería. La dueña de la joya estaba a punto de desmayarse.

—Deje... deje eso —rogó. La otra negó sonriendo, mientras en el pasillo tras de ella se deslizaba una sombra.

—¿Por qué he de dejarlo? —dijo, alzando la voz. —Usted me ha robado a mi marido, compréndalo.

La sombra seguía en el pasillo, ahora sin moverse. Nadie en al departamento se había percatado de su presencia. La dueña del collar estaba cada vez más asustada.

—Es un regalo de mi esposo —casi gimió. —No podría volver junto a él sin ese collar.

—Eso es asunto suyo —dijo la más joven, con displicencia. —Si se atreve, llame al interventor. No creo que se atreva.

El presunto marido intervino, conciliador.

—Calma, calma —indicó, como si nada de particular hubiera ocurrido. —No hay que tomarse las cosas tan a pecho. Ella está muy enfadada con nosotros, compréndelo; tú la compensas con el collar, y se olvida de todo. Y a mí, como recuerdo, me entregas tu dinero.

Ella negó desesperadamente, y el hombre asintió con la cabeza.

—A lo mejor organiza un escándalo si no se lo das —agregó pacientemente. —Vale más que cedas. Puedes decirle a tu marido que has perdido el collar y, en cuanto al dinero, creo que tienes de sobra.

La mujer lo miraba con ojos desencajados. Su cara se había vuelto pálida.

—¡Cállate! —musitó con voz ronca. —No tienes vergüenza.

La más joven soltó una risita.

—Vaya, quién habló. Y engaña a su marido con el primero que llega.

—¡Es la primera vez que lo hago, lo juro! —chilló ella.

La sombra había irrumpido en la habitación. Al mismo tiempo, las luces superiores se encendieron.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el interventor. —¿Qué son estos gritos?

Los tres se volvieron a un tiempo; la expresión de sus rostros era de estupor. La mujer del cabello largo se rehizo enseguida.

—No pasa nada —dijo. —No ha sido más que una confusión.

Su compañero asintió. El rostro de la dama parecía de piedra. El recién llegado dudó antes de hablar.

—Es lo que me parece —dijo, entrando y cerrando tras de sí. —Ustedes se han confundido por completo de momento, y de lugar.

La más joven rió de nuevo, nerviosamente.

—Estamos aquí con permiso de la señora —indicó.

—Eso es mentira —susurró ella, desencajada.

El funcionario se había hecho cargo de la situación. Tenía que considerar fríamente los hechos, y buscar una salida adecuada.

—Está prohibido entrar en los departamentos reservados a personas distintas —dijo, moviendo la cabeza. —Y no sólo eso. Trataban de hacerle chantaje a la señora. Es un truco demasiado burdo —añadió gravemente. —Tendré que denunciar lo que ha ocurrido aquí.

—A mí me ha invitado ella misma —dijo violentamente el hombre. Él lo atajó con un gesto.

—¿Y a su... esposa también? —dijo, burlón. —Bien, avisaré a la policía en la primera parada que hagamos.

El hombre lo miró, furioso.

—Exijo el libro de reclamaciones —dijo con voz sorda. —Tiene que haber en este lugar un libro de reclamaciones. —Él asintió despacio.

—Sí que lo hay. Utilícelo, si quiere.

La mujer joven trató de contemporizar. Sabía utilizar sus atractivos, y se apoyó ligeramente en el brazo del interventor.

—No se preocupe —dijo. —Nos vamos enseguida. —Él la cogió de la muñeca.

—Usted no se mueve de aquí hasta que yo lo diga. Y luego, van ustedes a abandonar este tren. Están ofendiendo el decoro de todos los viajeros con su falta de compostura.

—Yo no ofendo el decoro de nadie —dijo ella, soltándose.

—Usted ha alterado el orden, y por si fuera poco, voy a acusarlos a los dos de cometer chantaje. La señora será mi testigo.

La dama le dirigió una mirada suplicante.

—¡No, por favor, no lo haga! —exclamó. Él la observó con extrañeza.

—¿No quiere que denuncie a esta pareja de delincuentes? —preguntó, asombrado. Ella había clavado la mirada en la alfombra.

—No, por favor —repitió en voz muy baja. —No diga nada a nadie.

La miró fijamente, y por fin se dio cuenta de la realidad. Su marido era un político conocido, introducido además en los círculos financieros, y ambos pertenecían a la alta sociedad. Ahora recordaba haber hojeado un reportaje en una revista popular, donde aparecía el matrimonio rodeado de su familia en una lujosa vivienda.

—Ya —contestó, en tono de reproche. —Pero yo tengo obligación de denunciar cuanto antes lo que ha ocurrido aquí.

—No lo haga —rogó ella.

—El hecho es grave —indicó él, pensativo. —Es usted casada, ¿verdad?

Ella no contestó. Él siguió hablando despacio.

—...Y es una persona conocida. Ya me lo imaginaba.

El hombre joven se adelantó un paso.

—La señora no desea el escándalo —indicó. —Será mejor que todos echemos tierra encima. —Él movió la cabeza.

—Tengo que pensarlo —dijo. La dama lo miró suplicante, y él temió por un momento

que tratara de sobornarlo. Pero no lo hizo.

—Cumpla con su deber —concedió ella, resignada. —Denuncie, si tiene obligación. Ya todo me da igual.

Él se mordió los labios. Pensó que su desliz quizá no mereciera ser castigado con aquel rigor. Luego se irguió, dentro de su uniforme.

—Lo comunicaré a mis superiores, pero no trascenderá a la prensa —prometió. —En consideración a la señora, se llevará este caso con toda discreción. Y a usted, señora, le aconsejo que sea más cuidadosa en adelante. Puede no tener tanta suerte la próxima vez.

Ella alzó la mirada.

—No habrá próxima vez, se lo juro. Ni aquí, ni en ninguna otra parte.

El funcionario suavizó su expresión.

—Tenga cuidado con el champán, y procure viajar con su marido —dijo. Luego añadió, dirigiéndose a los otros: —En cuanto a ustedes, van a bajarse en la primera estación, si no quieren que yo mismo los eche a patadas. Que conste, que sólo por deferencia a la señora se silencia este caso.

—Está bien, está bien —dijo el hombre joven, reculando hacia la salida. —Mi mujer y yo bajaremos en la próxima parada.

—No habrá compensación económica —advirtió el funcionario, saliendo tras ellos.

La puerta se cerró. La ocupante de la cabina miró la luna menguante tras la ventanilla: parecía una boca riendo a carcajadas. Luego fijó la vista en un folleto que había sobre la mesa baja.

“Haga de su viaje un sueño feliz, y conviértalo en recuerdo inolvidable”, leyó.

—Y tan inolvidable —se dijo a sí misma, suspirando.

RIFIFÍ

Iba a ser su último trabajo, y el definitivo. Después de esto, si todo salía como estaba previsto, había decidido retirarse, y lo mismo su compañero.

Era un hombre de mediana edad y apariencia corriente, lo que en su profesión constituía una clara ventaja. Nadie se fijaba nunca en él, podía pasar desapercibido en cualquier circunstancia y lugar.

El compañero era largo y flaco, con una voluminosa nuez que subía y bajaba, y unos ojos azules y vivos.

Habían trabajado juntos durante años, y en ese tiempo no habían cruzado demasiadas palabras; apenas hablaban entre ellos de su vida familiar, y mucho menos de sus mutuas escapadas nocturnas.

Era un sábado de madrugada, y hasta ahora todo había transcurrido a pedir de boca: una vez más, el famoso sistema "Rififí" estaba dando resultado, aunque pareciera increíble. El trozo de escayola del techo había sido cuidadosamente cortado, sin un ruido, sin que se desprendiera ni la menor partícula de yeso. Por algo eran unos hombres cuidadosos.

Lo malo era que habían tenido que pagar dos meses de alquiler del piso superior. De todas formas, eso estaba comprendido en los gastos que conlleva cualquier negocio, del tipo que sea. Aquí, la dueña se había mostrado muy amable y solícita ante aquella pareja de amantes del bricolaje.

—Es un piso ideal para lo que ustedes desean. Podrán montar su tallercito, siempre que no hagan ruido en horas comerciales.

—Ya... ya —tartamudeó el hombre alto. —Pero lo cobra demasiado caro.

—Tenga en cuenta que el sitio es excelente —se disculpó ella con una sonrisa.

Habían bajado a la joyería por medio de una escala de cuerda. Después de veinte días de preparativos, todo se había ejecutado con perfecta sincronización. No hicieron nada que no estuviera calculado de antemano, no en vano eran unos profesionales de primera. Finalmente, había llegado el momento decisivo. El hombre miró fuera a través del escaparate, ahora vacío.

—Está bien, vamos —indicó.

Tenían las luces apagadas, pero no necesitaban luz: sus ojos estaban acostumbrados a la oscuridad, y era suficiente el leve resplandor que llegaba del exterior a través de los escaparates.

Las vitrinas estaban cerradas con llave, y dentro lucían algunas piezas de plata y cristal. Los mostradores estaban vacíos, pero él sabía que los cajones contenían bandejas con joyas.

No se veía a nadie en la calle: según sus cálculos, la ronda tardaría al menos una hora en llegar. De pronto, inopinadamente, un ratoncillo había cruzado la tienda en silencio, yendo a pasar bajo el primer mostrador. Fue tan ligero en su desplazamiento, que ninguno de los dos lo advirtió mientras se refugiaba junto a una vitrina, y alzaba la cabecita como si olfateara. El suave brillo de la plata parecía atraerlo y, cuando el hombre más alto se dirigía a cortar la alarma, un potente timbrazo los sobresaltó.

—¡Mierda! —masculló el que parecía el jefe. —Me parece que he visto algo. —El otro se volvió.

—¿Qué ocurre? ¿Qué dices? —El jefe se había dirigido a la vitrina y buscaba algo.

—Este bicho ha ido a dar justamente contra el activador de la alarma —bramó.

—Tenemos que irnos —sugirió el compañero, tomándolo del brazo. —¿Cogemos alguna cosa?

—No hay tiempo —dijo él. —Escóndete donde puedas, no podemos subir.

Se quedaron petrificados: un haz de luz se había proyectado sobre el escaparate, y luego se deslizó por la fachada. Un coche de la policía se detuvo. La alarma seguía sonando, como el anuncio del juicio final, en el silencio de la noche. Dos policías se apearon y se quedaron mirando la entrada de la joyería. Hablaban en voz baja.

Arriba, en el techo, se abría un agujero suficiente para dejar pasar a una persona. Para alcanzarlo, los dos compinches tenían que atravesar el local por detrás del escaparate, con peligro de que los descubrieran.

—Hay que quedarse aquí —susurró el jefe. —Escóndete debajo de ese mostrador.

La alarma seguía sonando. El policía debía llevar las llaves de la tienda, porque corrió

la verja que protegía la entrada. No tardaron ni un minuto en estar dentro de la tienda; uno se adelantó, alumbrando con una potente linterna, y el otro aguardó fuera. El primero comenzó a revisar las vitrinas una a una. Nada allí parecía anormal, pero algo había hecho saltar la alarma. En el silencio, sólo dos respiraciones se oían, y eran las de los guardias.

Fueron unos segundos terribles. El jefe de la operación oía los pasos del recién llegado, y percibía el haz de luz. También se oía silbar una cancioncilla al que estaba fuera.

—Dios —pensó el ladrón, mordiéndose los labios. —Encima, con coplas.

El corazón le golpeó en el pecho cuando el de la linterna se aproximó al lugar donde estaba escondido. De momento, el guardia había centrado su atención en las vitrinas, mientras que ellos se habían ocultado bajo el mostrador. Pero no podía tardar en descubrirlos.

—Estamos perdidos —se dijo.

El haz de luz taladró en varias direcciones la semioscuridad, mientras los dos policías hacían comentarios. De pronto, el hombre recordó que se había dejado una herramienta en el suelo.

—Mierda —masculló.

El segundo guardia entró también; miró alrededor, pero no debió ver el agujero del techo, porque lo ocultaba una columna.

—Aquí no hay nadie —dijo.

La luz de la linterna resbaló ahora sobre las vitrinas, arrancando reflejos. Subió por las paredes y alumbró unos esmaltes enmarcados en madera de caoba. Luego, la luz se detuvo.

—Mira a ver si ves algo. Yo no encuentro nada de particular.

La luz continuó su trayectoria, y ahora una segunda linterna se sumó a la primera. Los dos guardias hablaban ya en voz alta, como si hubieran abandonado toda precaución.

—Mira esto —dijo uno de ellos.

Las venas iban a estallar en la frente del hombre oculto: el guardia estaba en la parte interior de la tienda y, al parecer, algún objeto había llamado su atención. Se trataba de una herramienta pesada.

—Hay aquí un martillo —dijo la voz más gruesa. El otro resopló.

Será del dueño. Nadie ha usado un martillo aquí. ¿Es que no lo ves?

Por suerte, el agujero quedaba oculto tras una moldura de escayola. Al ladrón le dolían las piernas por la mala postura y no se atrevía a moverse, ni siquiera a respirar.

—Maldita la hora en que se nos ha ocurrido bajar esta noche —pensó.

Los dos policías hablaban ahora en voz tan alta que se les podía oír desde la calle.

—¿Miramos la trastienda? —dijo uno, y el otro denegó.

—No creo que haga falta. Ha debido ser una avería de la alarma. Voy a desconectarla.

La alarma dejó de sonar. El silencio fue aún más opresivo, como si los nervios se hubieran acostumbrado a aquel ruido infernal. El policía más corpulento se frotó las manos.

—Ya está —gruñó.

Por un momento, él pensó que se disponían a salir, pero uno de los guardias encendió un cigarro y le ofreció otro al compañero. No parecía sino que pensaran pasar la noche allí.

Él estaba tenso, y por un instante pensó en saltar, como un tigre sobre su presa. Ya no podía aguantar más. Sus nervios estaban a punto de estallar, y sintió al compañero removerse. Notó su mano sobre el muslo y se sobresaltó.

—Idiota —pensó, mientras le corrían por la frente chorros de sudor.

Ahora se oían risas, y un comentario soez a propósito de una fotografía que ocupaba un marco de plata. Era una artista conocida con un escote muy pronunciado, que dejaba ver el nacimiento de los pechos. El otro coreó la gracia.

—Sí que está muy buena —añadió con una risotada.

—¿Nos vamos? —dijo el de la voz gruesa. El compañero se volvió en redondo.

—Aquí no ha estado nadie, seguro —afirmó. —Estas alarmas son la leche.

El policía grueso dio un vistazo a la calle, y luego observó de cerca la cerradura de la puerta.

—Aquí tampoco hay nada de particular —señaló.

El hombre acuclillado sentía una presión insoportable en la ingle. Las piernas le dolían, y también la espalda, por causa de lo forzado de la postura. Ni siquiera podía respirar. Ahora, un policía comprobaba el buen estado de los cristales en el escaparate.

—Todo está en condiciones —dijo. —No hay nada más que hacer. —El otro asintió.

—Una falsa alarma, te lo digo yo.

Cuando salieron de la tienda, los dos compinches tardaron todavía en moverse. El más bajo salió primero.

—Gracias a Dios —suspiró. —Creí que no aguantaba más.

El socio seguía acuclillado; parecía mentira que sus largas piernas pudieran adaptarse a un hueco tan exiguo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó en voz baja.

—Aguarda un poco. Es posible que vuelvan.

Pasaron varios minutos que a los hombres les parecieron siglos. El jefe trató de mirar a través del escaparate, por ver si los policías se habían ido.

—Parece que no están —indicó.

Poco a poco, ambos se fueron relajando. Al fin y al cabo, podía haber sido mucho peor. El jefe se volvió al compañero.

—No te habrás cagado, ¿verdad? Parece que hay un olor sospechoso.

El más alto se echó a reír con suavidad.

—Vete a la mierda —masculló.

El jefe miró alrededor. Parecía haber recobrado toda su sangre fría.

—No hay prisa —pronunció en voz baja. —No hay que apresurarse, tenemos todo el domingo para trabajar. Esos no volverán.

DESAPARECIDO

Aquel trabajo le había costado meses, y muchas horas de vigilia. Estaba empleado en una compañía de seguros, y hasta ahora no podía decirse que su carrera fuera meteórica. Su propia esposa le echaba en cara sus pocas facultades para subir en el trabajo.

—Podrías aprender de nuestro vecino —le decía. —Empezó cuando tú, y ahí lo tienes, con un puesto importante...

Aquella vez, estuvo estudiando el caso: el de un muchacho desaparecido hacía siete años. Era hijo de una familia acomodada, y de la noche a la mañana no se supo más de él. Al parecer, era mal estudiante; un día salió de casa para asistir a la universidad, y no volvió. Se hicieron toda clase de gestiones para hallarlo, sin ningún resultado.

—La familia quiere cobrar el seguro —había dicho el director. —Es una cantidad importante. Finalmente han conseguido el certificado de defunción, y no quedará otro remedio que pagar. A no ser que alguno de ustedes logre dar con su paradero, cosa que dudo, después de tanto tiempo.

Ahora, él lo había encontrado, gracias en parte a su trabajo, y también a la casualidad. Supo por un confidente que un tipo de características similares vivía hacía unos siete años en una chabola, cerca de la suya.

—Va siempre sucio y sin afeitar —le había dicho. —Pero juraría que es el mismo.

El propio confidente se había prestado a acompañarlo en su automóvil; era un coche de un modelo antiguo, que hacía avergonzarse a su mujer, pero a él le servía. Por fin, se vio ante aquel sujeto que podía valer millones. Estaba echado en un camastro. Ante su indiferencia, le mostró una antigua fotografía.

—¿Es usted este hombre? —inquirió. Él se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó. Alzó una mirada donde se reflejaba la pereza, junto con un asomo de inquietud. —¿Puede saberse quién es usted?

Le explicó que trabajaba en una compañía de seguros, y que llevaban mucho tiempo buscándolo. El otro no dijo nada. Luego cerró los ojos.

—Dígame si es su fotografía.

El hombre pestañeó. No trataba de disimular su desagrado, y contestó sin mirarlo.

—¿Y qué si lo es? ¿Importa algo?

El empleado buscó dónde sentarse: acercó un cajón de madera y se acomodó encima.

—A mí me importa mucho —dijo. —Ocurre que su familia quiere cobrar su seguro.

El otro se incorporó. Parecía interesado. El recién llegado sacó una carpeta y mostró unos papeles.

—Esto es una copia de su partida de defunción. Y aquí está la carta de su familia a la compañía de seguros, reclamando la indemnización.

El otro pareció comprender; primero estaba sorprendido, pero luego en su rostro surgió una expresión divertida, casi alegre. Quitó de encima del camastro unos cuantos cómics y se sentó. Tomó en la mano el papel.

—¿No es gracioso? Pocos habrán podido leer su partida de defunción, ¿no cree? Por fin, los viejos se acuerdan de mí.

Luego se puso serio, y en sus ojos pudo advertirse un punto de amargura. Él le puso la mano en el hombro.

—Lo siento. Como ve, lo han dado definitivamente por muerto. Han aguardado el tiempo reglamentario, y al no tener noticias, ya sabe... En fin, a efectos legales, usted es una persona fallecida. —Él soltó una risita nerviosa.

—Pues ya ve que no lo soy —repuso. Había logrado sobreponerse, y mostraba de nuevo una actitud de indiferencia. El detective asintió.

—Y mucho que me alegro. Me alegro por usted, y por mí. —dijo sinceramente.

De pronto, el mendigo pareció recordar algo. Se puso en pie perezosamente, se ajustó el cinturón y metió la sucia camisa dentro del pantalón.

—Tengo que marcharme —dijo. —¿Se le ofrece alguna cosa más? Aunque no lo crea, también yo tengo la mala costumbre de comer. —Su visitante se levantó.

—Quisiera hacerle una fotografía. —Él se echó a reír.

—¿Con esta pinta? Mi familia no me reconocería nunca. Además, no tengo ganas de que me hagan fotografías. En este lugar no lo necesitamos.

—Puede afeitarse, y adecentarse un poco. Si quiere, yo le daré algún dinero. —Él se encogió de hombros.

—Como quiera —admitió. —Pero no tiene que darme nada. No soy ningún modelo de fotógrafo.

El otro carraspeó.

—Podría venir conmigo: yo le compraría ropa, y le pagaría un buen barbero. —Él lo taladró con la mirada.

—¿Es que le gusto? ¡No me diga!

—Lo digo en serio. No le vendría nada mal. Y no quiero que lo tome como una limosna, sino como un favor que me hace.

—Si se empeña... —cedió por fin. —Pero antes tengo que hacer unas cosas. ¿Tiene coche? Así terminaré antes.

Fueron juntos en el automóvil hasta un barrio de pequeñas casas blanqueadas. Allí, tuvo que aguardarlo en la calle una media hora. Luego lo acompañó a unos baños públicos, y a una barbería. Al salir, él se miró en un espejo.

—La verdad es que me hacía falta —comentó con una risotada.

Visitaron unos almacenes modestos, donde le compró unas prendas. El dependiente los miraba, extrañado.

—Puede tirar esta ropa —le dijo el detective.

En la calle le tomó unas cuantas fotografías con una pequeña cámara; cuando terminó le tendió una tarjeta, sonriendo.

—Probaremos así que está con vida. Si necesita algo de mí, aquí tiene mis señas. Ahora, podemos tomar una copa para celebrarlo.

Se sentaron en la terraza de un bar. El empleado sacó unos papeles de la cartera y se los tendió al otro. Él arrugó el ceño.

—¿Qué es esto? —Él lo tranquilizó.

—No quiero más que su firma. Nada más.

—Está bien.

Se despidieron en la esquina. El detective entró en el automóvil, y el otro se fue andando por la acera. Aún conservaba sus viejos zapatos, que no habían sustituido.

—Pobre diablo —se dijo él.

Estaba satisfecho: aquello le supondría un aumento de categoría, y quizá de sueldo. No en vano iba a ahorrarle a la compañía unos millones, pensó. Ahora, su mujer tendría que reconocer que sabía trabajar como el mejor. No le mencionaría a todas horas al imbécil de su vecino. Ya estaba imaginando la cara que pondría el director cuando viera la fotografía, y la firma...

De pronto, el ruido de un violento frenazo lo sobresaltó. Varias mujeres habían gritado, y pensó que algún anciano habría cruzado el semáforo en rojo. En un primer momento pensó en arrancar, pero una especie de premonición lo obligó a salir del coche.

—¿Qué ha sido eso?

Varios vehículos se habían detenido, y el atasco crecía. Él tenía prisa, y, aún así, había algo que lo retenía en el lugar. Alguien comentó que habían atropellado a un sujeto.

—¿En qué iría pensando? Ni siquiera miró, antes de cruzar la calzada.

—Iría bebido.

—Seguro.

Los coches hacían sonar sus bocinas, y varios policías municipales hacían señas a los peatones para que siguiesen. Un guardia trataba de poner orden en el caos.

—Por este lado. Vamos, vamos. Circulen, por favor.

Se había formado un corrillo de gente al final de la calle, y a él le costó trabajo pasar. Vio un coche con las puertas abiertas y el conductor al lado, gesticulando. Trató de oír lo que decía.

—No he podido evitarlo. Cuando me he dado cuenta, ya lo tenía encima.

El automóvil había marcado una huella oscura en el asfalto, metiéndose prácticamente en la acera. Por poco no había colisionado con un autobús.

—Ha sido un milagro que no ocurriera mucho más —dijo una mujer, santiguándose.

Un hombre yacía boca abajo en la calzada, pero sólo lo vio de refilón. Tuvo que dar la vuelta para poder acercarse al lugar.

—Vamos, no avasalle —le dijo una señora que llevaba un carrito de compra.

El caído vestía un traje gris, que se había llenado de barro. Un guardia municipal estaba a su lado en cuclillas, y un tipo alto y delgado también se agachó. El detective se imaginó que se trataría de un médico que pasaba por allí. Tenía el cabello canoso, usaba gafas y llevaba sombrero de fieltro. Vio cómo tomaba la muñeca del hombre, y aguardaba en

silencio.

—Vamos, circulen —indicó un taxista, sacando el brazo por la ventanilla. El médico se había puesto en pie.

—Está muerto —dijo, mirando alrededor. —Ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza, ya no hay nada que hacer.

El detective había logrado colocarse en primera fila. Antes de mirar aquel rostro demacrado y sangrante, sabía de antemano que se trataba del tipo de la foto.

—Despeje —le dijo un policía de uniforme, y él sintió que se le doblaban las piernas.

—¿Cómo ha sido? —alcanzó a preguntar. El otro ignoró la pregunta, y observó el grupo que se había congregado.

—Vamos, despejen todos —insistió. —Y traigan algo para cubrir el cuerpo, por favor. No se puede tocar el cadáver hasta que venga el juez.

LAS NARANJAS

Estaba mediado el invierno y el pequeño pueblo vivía un período de tranquilidad, en contraste con las oleadas de turistas que atiborraban su camping durante el verano. Sus habitantes habían vuelto a la vida pacífica que les era habitual, y sólo algunas parejas de jubilados, caminando despacio por la carretera, recorrían la zona disfrutando de la agradable temperatura.

Eran las tres de la tarde cuando se oyó una gran explosión en una de las mejores viviendas del pueblo. Era una casa grande de dos plantas, con las contraventanas de madera pintadas de un verde brillante. Las hiedras que trepaban por sus muros se estremecieron, mientras una bandada de pájaros abandonaba al unísono el jardín. Los cristales emplomados, que mostraban las iniciales del primitivo ocupante de la casa, saltaron hechos pedazos por causa de la onda expansiva, y lo mismo ocurrió con los de algunos edificios vecinos. Pronto, el inmueble comenzó a arder, y en sólo unos minutos estuvo materialmente envuelto en llamas.

Fue una vecina quien avisó primero a los bomberos y a la policía. Vivía muy cerca con una hermana, soltera como ella.

—Ha sido horrible —dijo por el teléfono, con voz chillona.— De milagro no nos ha ocurrido nada. Mi hermana y yo estábamos tomando el sol en el balcón, y yo pensé que caíamos abajo, porque hasta la tierra tembló. Mi hermana es paralítica, ¿sabe usted?, y estaba en su silla de ruedas. Nos hemos quedado casi sordas por el estampido, y algunos de los cristales de nuestra casa se han roto. Veremos ahora quién nos paga los cristales. Además, la casa de enfrente ha empezado a arder, y tememos que el fuego se propague a la nuestra.

El policía le pidió sus señas, y ella se las dio.

—Vamos para allá —dijo él. —¿Han avisado a los bomberos?

—Es lo primero que he hecho —dijo la mujer. —Esa es mi obligación, ¿verdad? Lo llamo a usted, porque alguien ha podido poner una bomba. Ya sabe lo que pasa en estos tiempos, que ni en la casa propia se puede estar tranquilo. Espero que no tarden.

En efecto, el inspector de policía no se demoró. Era un hombre moreno, de unos cuarenta años, con el pelo liso peinado hacia atrás. Sus cejas altas y espesas le daban un aire peculiar. Lo acompañaba su ayudante, y cuando llegaron al lugar, vieron que los bomberos se habían adelantado y estaban ya tratando de sofocar el fuego.

—Mal asunto —dijo uno de ellos, saludándolo. —Se ha producido dentro una explosión, y como la casa es vieja, hay un material muy inflamable. Todavía no hemos podido entrar. ¿Sabe si estaba habitada? —El policía movió la cabeza.

—No tengo ni idea. Espero que la persona que me ha avisado sepa algo más. Comuníquenme lo que haya.

Cruzó la calle, abrió la verja de un pequeño jardín y siguió hasta una casa pequeña, de aspecto bastante deteriorado. A la puerta vio a una mujer un tanto madura, pero no exenta de una cierta coquetería: tenía el cabello teñido de rubio y los labios pintados. Su busto completamente plano hacía contraste con un voluminoso trasero.

—Pase, pase —le dijo.— He sido yo quien le he llamado. ¿Ha visto qué cosa tan terrible? Pase, y siéntese. Mi hermana y yo vivimos solas, ¿sabe usted? Ella es mucho mayor. La pobre no puede valerse por sí misma, yo soy sus pies y sus manos.

Hablaba atropelladamente y parecía muy satisfecha de su protagonismo. Iba calzada con unas zapatillas de tenis y lo precedió sin ruido a través de un pequeño recibidor, hasta un saloncito de aspecto añejo. Había flores artificiales en pequeños jarrones de porcelana china, y en las paredes una gran cantidad de viejas fotografías enmarcadas. Un fuerte olor a coles salía del interior, aunque había pasado la hora de la comida. Ella le indicó un sillón guateado.

—Siéntese, por favor —le dijo.

Ella tomó asiento a su lado, en una silla de ajada tapicería, y se le quedó mirando fijamente, como si aguardara sus preguntas. Él habló con suavidad.

—¿Sabe si había alguien en la casa de enfrente, en el momento de la explosión? —Ella dudó un momento.

—Tenía que estar el dueño —dijo.— Él no sale nunca, y cuando lo hace al jardín, es cuando nosotras lo vemos. Lleva siempre puesta una bata de cuadros, lo mismo en invierno

que en verano, y unas zapatillas de fieltro de esas con lengüeta. Es un hombre mayor, ¿sabe usted? Y además, es asmático.

El policía observó por un momento la pequeña habitación, y llamó su atención una estatuilla en bronce representando a Cupido. Tuvo que contener una sonrisa.

—¿Vivía solo ese señor? —preguntó. En el rostro de ella apareció un rictus de astucia. Habló bajando la voz.

—Antes vivía solo, sí señor. He oído que nació en esa casa, y vivió con su madre viuda hasta que ella murió hace unos años, Dios la tenga en su gloria. Era muy agradable la señora, ¿sabe usted? Son gente de dinero y de categoría. Hace algunos meses, él tomó una doncella.

—Ah, vaya —dijo el policía. Ella continuó en tono despectivo.

—En lugar de buscarla en el pueblo, no se le ocurrió más que poner un anuncio en un periódico. Fue una cosa absurda, ¿no cree? Todavía recuerdo el anuncio: “Hombre solo desea doncella de buena presencia”. ¿Qué le parece?

La mujer se detuvo un momento y suspiró. El policía disimuló nuevamente una sonrisa.

—¿Qué ocurrió luego? —preguntó. —Ella habló en tono confidencial.

—Lo que tenía que ocurrir. Llegó una muchacha muy llamativa de la capital. Hay que confesar que tenía buena presencia, nadie hubiera dicho que era una criada. Desde luego se las daba de señorita, y trataba de imitar los modales de la clase alta. —El policía sonrió ahora, divertido.

—¿Se lió con él? —La mujer pareció escandalizarse.

—Él no es... o era de esa clase de hombres —dijo. — Como era de esperar se encaprichó con ella, pero le propuso el matrimonio.

—¿Y ella lo aceptó?

—Pues claro que aceptó. A mí no me dio buena espina. A mi hermana y a mí nos contó que no tenía familia, y que se sentía muy sola. Vete a saber.

—Entonces, se casaron.

—Eso es. Recuerdo que antes de la boda ella hizo muchas compras en la ciudad. Estaba buscando un chófer, porque mi vecino le iba a comprar un automóvil como regalo de boda. ¡Vaya dispendio! ¿No le parece? Otra vez estuvo fuera un par de días porque había muerto una tía lejana, según dijo. Mi hermana y yo le dimos el pésame. A su vuelta se celebró la boda sin ningún invitado, claro está. Fue una ceremonia sencilla, en la iglesia, bastante temprano. Los padrinos fueron el nuevo chófer, que además hacía de jardinero, y una amiga de ella. Luego, la pareja siguió viviendo en la casa de enfrente.

—¿La esposa estaba fuera hoy? —preguntó el policía, pero ella había tomado el hilo de la historia y no pareció oír la pregunta. Siguió en el mismo tono:

—El chófer se alojaba desde que llegó en unas habitaciones que hay sobre el garaje, en el jardín. A mí no me gustó desde un principio. Tenía aspecto de... chulo o algo así, con perdón. El coche es muy bonito, de color rojo, sí señor.

—¿Se llevaba bien el matrimonio?— preguntó el policía. Ella se encogió de hombros.

—A ella no le faltaba de nada. Iba a la ciudad en el coche cada vez que quería. Parece que se aburría en el pueblo, y siempre estaba nerviosa porque no podía fumar en la casa, por el asma de él.

El policía no perdía palabra, y ella se crecía al observar su atención.

—¿Han visto ustedes hoy a la señora? —preguntó él, y ella asintió con la cabeza.

—A mediodía, después que almorzamos, he visto cómo ayudaba al chófer a sacar del garaje una bombona de butano. La saludé desde el balcón, y ella me dijo que iba a visitar a una amiga en la ciudad. Dijo que se había agotado la bombona, y no quería que su esposo pasara frío en su ausencia.

—¿Qué ocurrió después?

—Salió, cerrando la puerta de la casa, y subió al auto con el chófer. Había pasado algo más de media hora cuando sucedió la explosión. Ha sido algo horrible que nunca olvidaré, se lo aseguro. Pienso que mi hermana y yo hemos nacido hoy —suspiró.

—¿Vieron entrar o salir a alguien de la casa? —Ella denegó.

—No vimos a nadie. Lo mismo la puerta que las ventanas, estaban todas cerradas. Hubiéramos visto a cualquiera que hubiera llamado a la puerta, no nos hemos movido del balcón.

El policía se puso en pie y ella lo imitó.

—¿Quiere hablar con mi hermana? —dijo. Él se dirigió a la salida.

—Por ahora, no. Le agradezco mucho su información. —Ella pareció esponjarse.

—Por favor, no tiene que agradecerme nada. Espero que me diga qué le ha ocurrido

al pobre señor. Sentiría que estuviera herido... o algo más grave.— Él le tendió la mano.

—Veremos —dijo.— Hasta la vista.

Por fin los bomberos habían podido entrar en la casa. Lograron sofocar el fuego, y observaron que algunas puertas habían sido arrancadas de cuajo, otras estaban quemadas, y no quedaba un solo cristal sano en las ventanas. El fuego parecía haber comenzado en el comedor, al parecer por una explosión de gas butano. El cuerpo del hombre había sido proyectado hacia la pared más cercana: probablemente había muerto en el acto, y luego había ardido hasta quedar carbonizado casi por completo.

—Hay que avisar al juez, y al forense para que lleve a cabo la identificación— le dijo el policía al ayudante.— Cuanto antes, mejor.

El incendio lo había destruido casi todo en el interior. Algunos objetos habían salido proyectados a través de las ventanas, lanzados por la onda expansiva, y estaban esparcidos por la parte posterior del jardín. Sobre el césped podían verse varios utensilios de cocina, y unas grandes naranjas que habían rodado entre los macizos.

—Qué curioso —dijo el inspector.— Hay que hacer fotografías de todo, antes de moverlo. Luego recogeremos todo esto, y haremos un inventario. Puede ser útil a la compañía de seguros, si la hay. —Un bombero salió de la casa, bordeó el edificio y se reunió con los dos policías.

—Una vecina acaba de entrar, no creo que le importe. Venía a saber si había muerto alguien, y a ofrecerse para lo que fuera. Le hemos mostrado el cuerpo, pero no ha podido reconocerlo con seguridad. Ha dicho que el dueño de la casa usaba peluquín. El peluquín no lo hemos encontrado, y el cadáver está tan consumido que es prácticamente irreconocible.

—Podían haberme avisado —gruñó el policía. —¿Dónde está ella?

—Se ha marchado al momento. Estaba muy impresionada, al parecer.

—Sí, no me extraña. Ha sido demasiado fuerte. Está bien, yo mismo avisaré al forense y al juez. ¿Hay algo más? —El hombre parecía confuso.

—Hemos encontrado un paquete de tabaco negro debajo de una alfombra que se había desplazado por la explosión. La alfombra era de lana, por eso no ha ardido. El paquete estaba arrugado y vacío.

—Déjenlo donde está. Lo uniremos al resto de las pruebas. Que alguno de ustedes se quede de guardia. Puede volver la dueña de la casa, y alguien tiene que darle la noticia. Yo no tardaré. —El otro asintió.

—No se preocupe, yo me quedaré con otro compañero.

***

Cuando el juez pudo acabar con la inspección ocular, estaba ya la tarde avanzada y la señora no había vuelto. Se ordenó el levantamiento del cadáver. Era casi de noche cuando sonó el teléfono de la comisaría.

—Ha vuelto ella —dijo una voz masculina.— En realidad, un compañero la ha encontrado a la entrada del pueblo. Ha visto el automóvil rojo y lo ha detenido. Le ha dicho que había ardido su casa por una explosión de butano, y que su marido estaba muerto. Ella parecía muy alterada, como es natural, y unas señoras que viven enfrente la han acogido y le han dado un calmante.

—Voy para allá —dijo el inspector.

Salió con su ayudante en dirección a la casa de las dos solteronas. La puerta estaba abierta, guardada por un policía joven. Encontró en el salón a una señora de edad, que estaba haciendo ganchillo sentada en una silla de ruedas. Parecía tener al menos quince años más que su hermana, y no se parecían en absoluto. Ésta tenía una expresión bondadosa en su cara redonda, y su cabello blanco estaba recogido en la nuca con un peinecillo. Sus ojos eran de un azul muy pálido. El policía se presentó, inclinándose, y le preguntó por la esposa del muerto.

—Está en la cocina con mi hermana, pobrecilla. Está muy afectada, y ella le ha dado una taza de tila. Pero siéntese, por favor. Yo voy a subir a mi habitación.

—¿Quiere que la ayude? —Ella sonrió beatíficamente.

—No hace falta, gracias. Tengo otra silla arriba y, mal que bien, me conviene subir de cuando en cuando las escaleras. Puedo hacerlo, sujetándome de la barandilla. Usted no se mueva, por favor.

Guardó el ganchillo en una bolsa floreada, y manejando la silla de ruedas abandonó la salita. Un minuto después, acudieron las dos mujeres. La dueña de la casa saludó al policía y le presentó a su vecina.

—Es la señora... viuda, ¿sabe usted? En fin, yo les dejo. Si necesitan algo...

El hombre se había puesto en pie y estaba bastante sorprendido. Tenía ante sí a una mujer de unos veinticinco años, con los ojos enrojecidos por el llanto. Era alta y esbelta, y

muy agraciada.

—Siento mucho lo ocurrido —dijo. Ella se estremeció.

—Todavía no puedo creerlo. Mi pobre marido... Si no fuera porque me animó a que me fuera, yo también estaría ahí dentro, hecha cenizas...

Se echó a llorar convulsivamente y él trató de calmarla. Se fijó en sus bonitas manos y en sus uñas esmaltadas de rojo.

—Vamos, tranquilícese. Afortunadamente, usted se ha salvado. Por cierto, me han dicho que estaba visitando a una amiga...

Ella alzó la cabeza. Sus cejas eran finas y arqueadas.

—Es cierto —afirmó. —Pensaba haber ido a visitarla hace varios días, pero hasta hoy no he encontrado ocasión. —Aspiró hondo, y cerró los ojos. —He tenido suerte, en medio de todo.

—¿La ha acompañado alguien? —ella pareció sobresaltarse.

—He ido a la ciudad con el chófer —explicó.— Él está fuera, si quiere interrogarle.

—Muy bien, ahora lo veré.

El chófer se había unido a un grupo de hombres que estaban charlando en la calle. Era un hombretón macizo, de unos treinta años, con el cabello corto y áspero, el cuello ancho y las orejas despegadas.

—¿Ha acompañado a la señora esta tarde? —preguntó el policía, y él asintió.

—Sí, señor. Después de almorzar la he llevado a casa de una amiga. He ido a buscar unas medicinas a una farmacia de guardia para... el señor, y a hacer varios recados. Luego he estado un buen rato aguardando a la puerta, en el coche. De vuelta al pueblo, hemos sabido la noticia. Es espantoso. —El policía le dio una palmada en el hombro.

—Sí que lo es. No salga del pueblo, quizá tenga que interrogarle. Por cierto, ¿Puede decirme la dirección de esa amiga?

Él asintió, y sacó una pequeña agenda del bolsillo de su cazadora de cuero. Arrancó una hoja y escribió un nombre y unas señas a lápiz.

—Está bien, muchas gracias.

El inspector cruzó la calle hasta la casa siniestrada, y habló con un compañero que guardaba la puerta, que alguien había sellado.

—Que nadie entre para nada, ni siquiera en el jardín, ¿entendido?

En su despacho buscó un teléfono en la guía, y una voz femenina tardó en contestar a su llamada. El policía se identificó, estuvo relatando lo ocurrido, y la mujer se mostró espantada.

—Estaba ya en la cama —afirmó.— No me encuentro muy bien. Mi amiga llegó a mi casa a eso de las tres, y ha estado aquí toda la tarde. ¿Quiere decirme que gracias a eso ha salvado la vida?

—Así es, señora —Ella denegó.

—Señorita —dijo.— Soy soltera.

Cuando el juez autorizó el sepelio, todo el pueblo acudió a despedir a su antiguo vecino. La viuda iba completamente enlutada, y mostraba las huellas del llanto. Su amiga había acudido al entierro, y al despedirse le dio dos sonoros besos. Era una mujer joven, y llevaba el cabello muy corto, con un gracioso flequillo.

—Sabes dónde me tienes. ¿Qué vas a hacer ahora? —Ella la miró tristemente.

—No puedo entrar en la casa. Me iré a vivir a la ciudad, a un piso que me ha dejado allí mi pobre marido.

—Ya nos veremos —dijo ella. —Llámame en cuanto llegues.

***

Después de las investigaciones de rigor, el caso se dio por cerrado. La compañía de seguros tuvo que abonar a la viuda una buena cantidad, para compensarla de los daños sufridos. No obstante, el inspector no se mostraba demasiado tranquilo.

—Llevo dos noches sin dormir —le dijo al ayudante.

—Te harás viejo pronto— contestó él, sonriendo.— ¿Qué mosca te ha picado?

Llevaban algún tiempo juntos y habían hecho amistad, pese a la diferencia de edad, ya que el ayudante no había cumplido los treinta. La expresión del jefe era preocupada.

—Todo parece demasiado lógico en este caso —bostezó. —Y sin embargo, hay cosas que no encajan. —El otro lo atajó con un gesto.

—Para, para. ¿Quieres dejar de preocuparte? Otros más importantes que tú ya han decidido. —Él insistió, meditabundo.

—El hombre no fumaba, porque era asmático, y nadie podía fumar en la casa, incluida su mujer. Entonces, ¿quien pudo dejar una cajetilla de tabaco negro dentro de la habitación? —El muchacho se encogió de hombros.

—Estaba vacía —afirmó.

--Eso no tiene nada que ver, pero estaba allí. Además, hay otra cosa: no se han encontrado entre los restos del fuego alhajas ni otros objetos de valor. Cubiertos de plata, por ejemplo. Eran gente adinerada y el hombre había tenido que heredarlos de su madre. Pero allí no había nada.

—Quizá se los robaron —sugirió el compañero. Él pareció impacientarse.

—Nunca había denunciado ningún robo. La hipótesis del robo es imposible.

—A lo mejor los empeñó.—Él dijo que no con la cabeza.

—De ninguna manera. Tenía dinero de sobra para vivir. Le regaló a su esposa un automóvil cuando se casaron.

—¿Qué piensas entonces? —Él se puso en pie.

—Acompáñame, voy a entrar de nuevo en esa casa. Rastrearemos el jardín, puede que se nos haya escapado algo importante.

—Lo dudo —dijo el compañero. —Te estás obsesionando con esto.

No hallaron nada nuevo en la vivienda, sino el fuerte olor a quemado y las telas y muebles dañados por el fuego, algunos completamente destruidos. Cuando salieron al jardín, los cristales rotos crujían bajo sus pies. El inspector se agachó y cogió un pequeño fragmento: debía corresponder a una ventana posterior de la casa.

—Es un vidrio bastante antiguo —observó. —De cuando usaban esmeril.

Sacó un pañuelo del bolsillo y guardó dentro el trozo de cristal. De pronto, pareció ocurrírsele algo.

—¿Cuál fue el dictamen de los especialistas acerca de las causas que produjeron el fuego? —preguntó, interesado. El otro lo miró.

—Lo sabes de sobra. Fue la explosión de una bombona de butano.

—Eso ya lo sé. Pero, ¿una sola bombona pudo producir tantos daños? —Su compañero suspiró.

—No fue una bombona, sino dos, y estaban bien llenas. Podía haber ardido medio barrio.— La voz del inspector sonó alterada.

—Ahí está —dijo. — ¿Por qué entonces dijo la señora a su vecina que había cambiado la bombona porque estaba vacía? —El otro silbó por lo bajo.

—Vaya —dijo simplemente. El inspector se mostraba muy excitado.

—¿Sabes lo que te digo? Vamos a visitar a la viuda en su apartamento de la ciudad.

—Me parece bien, siempre que no te extralimites en tus atribuciones. No es la primera vez que te complicas la vida por salirte de tu jurisdicción.— Él se echó a reír.

—No te preocupes, seré prudente —dijo. —Te harás pasar por un representante de la compañía de seguros. Yo no puedo hacerlo porque me conoce, así que te aguardaré fuera. —El otro resopló.

—Sabía que me preparabas algo así.

Como estaba previsto, fue el ayudante quien le hizo una visita a la viuda. Los dos hombres se separaron ante un edificio de apariencia lujosa, con portal de mármol y un ostentoso ascensor, que llevó al ayudante hasta un descansillo alfombrado. La casa tenía bastantes años, pero se advertía que la habían restaurado recientemente, conservando todo su sabor. Tardó en bajar un cuarto de hora largo.

—Ella misma me abrió la puerta —explicó. —Caray, me pareció muy guapa, quizá demasiado maquillada. Estaba impresionante de verdad, con un vestido blanco que se le adaptaba como un guante.

—Poco apropiado para una mujer que acaba de perder a su marido —terció el policía, y él asintió. —¿Qué tal te fue con ella? —Él hizo un gesto vago.

—Después de presentarme como agente de la compañía de seguros, le pregunté por decir algo si había perdido sus joyas en el incendio. Ella me dijo que ignoraba las que tenía su marido.

—¿Llevaba puesta alguna? —Él asintió.

—Llevaba unos pendientes largos, con perlas en forma de pera. Parecían antiguos. Además, encima del vestido blanco llevaba un broche de oro simulando una rosa. Ella misma me dijo que lo había heredado de su madre. —El inspector movió la cabeza.

—Lo dudo. No lo llevaba el día de la explosión, si mal no recuerdo, y tampoco en el funeral. Entonces, ¿dónde lo guardaba?

—Ha podido comprarlo luego —explicó el ayudante. — Yo no le encuentro nada raro. —El compañero no estaba convencido.

—¿Le preguntaste por las dos bombonas?

—Fue lo primero que le dije. Ella me aseguró que creía que una de ellas estaba vacía. No la retiraron porque llevaban prisa: su amiga la estaba esperando y se estaba retrasando

demasiado.

—¿Cómo es el piso? —preguntó el inspector. El otro hizo un gesto de aprobación.

—Muchas alfombras en el suelo, muchos objetos de arte en las vitrinas. Algún mueble demasiado moderno y de mal gusto, creo yo. Un enorme televisor, una cadena de música con varios altavoces...

—No te he pedido un inventario— rió su jefe. —Ahora vámonos a casa. Tengo que mencionar de pasada ese broche a la vecina de la señora. Quizás ella nos dé alguna pista.

***

La solterona lo recibió con alborozo. Se había cambiado de vestido y llevaba uno de chaqueta con pequeños lunares blancos sobre fondo azul. Se había pintado los labios en un tono anaranjado, marcando su forma exageradamente.

—Tiene que tomar café con nosotras —dijo, pestañeando. Él sonrió.

—No debe molestarse.

—No, si no es molestia. Pase, pase.

La hermana estaba haciendo su labor de ganchillo en la silla de ruedas y lo miró con sus ojos claros. Tenía una expresión inocente, en contraste con la de su hermana. Ésta sirvió el café, y cuando iba a tomarlo dejó la taza en el platillo y taladró al policía con sus ojillos pintados.

—¿Qué quiere usted saber? —preguntó, inclinándose hacia él. El hombre percibió su aliento a pasta de dientes con mentol.

—No es nada de particular. Sólo quería preguntarle... si usted o su hermana han visto alguna vez un broche de oro en forma de pequeña rosa. —Ella frunció el ceño.

—Desde luego que sí. Era un broche muy lindo, lo llevaba a veces la anciana señora, madre del fallecido. Sí, lo he visto bastantes veces en la solapa de su abrigo. —El hombre la observó.

—¿Y unos pendientes largos, con perlas en forma de pera? —La mujer se quedó pensativa.

—No creo haberlos visto nunca. Bueno, una tía mía tenía unos así, pero... fueron a parar a otra rama de la familia. Ya sabe, esas cosas de las herencias. —El policía terminó de beberse el café, dejó la taza en la bandeja y se puso de pie.

—Gracias por todo —dijo. —El café estaba muy bueno. Ustedes me perdonarán, pero tengo algo urgente que hacer.

Se inclinó ante la hermana mayor, y la otra lo acompañó hasta la puerta. Allí le tendió una mano huesuda.

—No dude en volver cuando quiera —indicó, bajando la mirada. —Puede considerarnos unas buenas amigas.

—Gracias, es muy amable —dijo él.

El ayudante lo estaba esperando en la comisaría. Él le relató la entrevista.

—Conque había heredado el broche de su madre —masculló el otro. —Menudo elemento. — Su jefe asintió.

—Me pareció raro desde un principio. En todo esto hay algo raro, tendremos que tomar cartas en el asunto. Puesto que el broche pertenecía a la madre de su esposo, ella tuvo que sacarlo de la casa antes del incendio. Y, ¿cómo sabía que algo así podía ocurrir? ¿ Recuerdas que en el entierro mencionó la “desgracia de haber sufrido dos pérdidas tan seguidas”? Tenemos que saber qué otra pérdida sufrió la señora. Localízame a su amiga, en la ciudad, pero sin alarmarla. Ahora voy a ser yo quien pase por agente de la compañía de seguros.

***

La amiga lo recibió estornudando. Llevaba puesta una bata larga y pareció muy sorprendida.

—Vaya, yo lo conozco a usted —dijo con un mohín.— Pase, por favor.

—Es un momento —dijo él, nervioso. No podía imaginar que ella lo recordaría del día del entierro, y optó por presentarse correctamente. Ella arrugó el entrecejo, observándolo.

—¿No se había dado el caso por cerrado?

—Así es. De todas formas, me ha parecido que debo hacerle unas preguntas.

—¿Sobre mi amiga? —dijo ella, enarcando las cejas.

—Exactamente —contestó el policía. —¿Había sufrido hacía poco alguna desgracia, antes de perder a su marido? —La mujer pareció aliviada.

—Ah, es eso. Sí, la madre de mi amiga murió unos días antes de su boda.

Ahora el sorprendido fue él.

—Creí que había perdido a su familia hacía tiempo.

Ella se había dejado caer en un sillón y le hizo seña de que se sentara, pero él no lo hizo. Ella lo miró de frente.

—Tenía a su madre —afirmó. —Sé que murió en un manicomio, poco antes de la boda. Pero no me pregunte detalles, porque no los sé. A ella nunca le gustó hablar de eso. —El hombre asintió.

—Eso explica que ella negara su existencia al marido y a las vecinas —dijo.— Bien, siento haberla molestado. Prefiero que no comente esto con su amiga. A ella podría dolerle, despertarle malos recuerdos. ¿No le parece?

—Desde luego que sí —dijo ella, sin moverse ni cambiar de postura.

Él salió solo del piso, cerró la puerta y bajó a pie las escaleras. Abajo, sentado al volante del coche, lo aguardaba el compañero. Se sentó a su lado y le contó lo que acababa de saber.

—Hay que investigar las muertes ocurridas por aquellos días en mujeres de edad recluidas en algún manicomio —indicó. —No creo que haya muchas en esas circunstancias. Habrá que visitar los centros psiquiátricos, lo mismo privados que oficiales. No es cosa que se pueda arreglar por teléfono, y aún así tendremos dificultades.

Pero tuvieron suerte. El segundo centro que visitaron era una residencia subvencionada por el estado, para personas trastornadas de la tercera edad. El edificio tenía un aspecto descuidado, y subieron unos escalones de piedra hasta un porche protegido por un tejadillo. Llamaron a la puerta y les abrió una mujer de edad indefinida con el cabello canoso, que llevaba puesta una bata de enfermera. Cuando el inspector se presentó, sus ojillos se llenaron de arrugas.

—¿Qué desea? —dijo secamente, sin invitarlo a pasar. Él estuvo explicándole el motivo de su visita: tenían que saber ciertos datos acerca de una anciana fallecida en tal fecha en una casa de salud. Finalmente, ella les hizo pasar a un pequeño despacho que olía a humedad.

—Un momento —dijo. —Tengo que hablar con el director.

Volvió a los cinco minutos, bastante alterada.

—No podemos dar los datos de nuestros acogidos, si no es con una orden judicial —explicó.— No estamos autorizados para eso. —El hombre metió la mano en el bolsillo y le mostró la orden.

—¿Aunque haya sospecha de que se ha cometido un delito? —preguntó. Ella dio un respingo.

—¿Quién ha cometido un delito? No me dirá que la señora...

—¿A qué señora se refiere? —La mujer suspiró.

—Bien, es cierto que una de las internas murió por esas fechas. Pero ella llevaba tiempo aquí, no pudo tener nada que ver con la policía. —El hombre sonrió.

—Por supuesto —dijo. —¿Puede darme detalles? —Ella se quedó pensativa.

—Era una enferma de epilepsia —dijo en tono profesional. —Sufría crisis continuas, y últimamente había contraído ya una demencia epiléptica.

—¿Murió por causa de su enfermedad? —Ella asintió.

—La encontramos muerta, en actitud de haberse asfixiado durante un ataque.

—¿Había recibido alguna visita? —preguntó él, interesado. A ella no le gustó la pregunta, ni trató de disimularlo. Pero contestó:

—Su hija la había visitado aquella tarde. Pero no puedo darle su nombre. —Él asintió con la cabeza.

—No se preocupe —dijo. —¿Qué ocurrió durante la visita? —La enfermera se encogió de hombros.

—Pasó un rato con ella. Le trajo unas naranjas de regalo. —El policía trató de dominar su excitación.

—¿Unas naranjas? ¿Qué ocurrió con ellas? —La mujer demostró su fastidio.

—Pues... tiramos la que dejó la señora a medio comer.

—¿Qué hicieron con las otras? —Ella parecía asombrada.

—¿Las otras? ¡Yo qué sé! Imagino que... bueno, seguramente se las comerían sus amigas. ¿Hay algo malo en eso?

—No, nada —dijo el hombre, levantándose. — Nos ha sido muy útil, gracias.

Ella los acompañó a la salida. Parecía haberse quitado un peso de encima. Cuando estuvieron fuera, el inspector le puso al otro una mano en el hombro.

—¿Qué te recuerda lo de las naranjas? —El otro arrugó el ceño.

—Las naranjas que había en el jardín. ¿Crees que puede haber alguna relación?

—Es posible. Hay que conseguir una orden judicial para que se efectúe la autopsia de la anciana fallecida en la clínica. No podemos hacer lo mismo con el cuerpo del marido, que se destruyó casi por completo en el incendio.

—Muy oportunamente —indicó el ayudante, y él asintió.

—Vamos aprendiendo, doctor Watson —sonrió. —De todas formas, ya se analizaron las naranjas que rodaron por el jardín. No contenían más que piel, pulpa y zumo.

Dos horas más tarde, el director del centro psiquiátrico recibió una llamada.

—Es de la policía —le dijo una voz masculina. —Tenemos que hablar con usted.

El hombre tardó en contestar.

—Como gusten —dijo.— ¿Cuándo les parece?

—Inmediatamente —le dijo el inspector.

El director era un hombre delgado, de unos sesenta años, con la nariz larga y aguileña. Tenía grandes entradas en la frente y el cabello muy blanco. Vestía traje gris y una camisa blanca. Lo escuchó atentamente y tamborileó en el brazo del sillón.

—Lo comprendo muy bien —asintió. —Y aunque todo esto me desagrada mucho, no voy a oponerme a la acción de la justicia. Pero le ruego mucha discreción.

—No se preocupe —dijo el policía.— Somos los primeros interesados en que los hechos no trasciendan.

Hubo que seguir algunos trámites, que dieron como resultado la exhumación del cadáver. Pese a la repulsión que aquello le producía, el inspector quiso ver el cuerpo de la anciana muerta.

—El proceso de descomposición está muy avanzado —le advirtió el forense. —Le advierto que el espectáculo no es agradable.

—Es igual —dijo sordamente.— Quizá termine acostumbrándome.

Aspiró hondo, y luego se puso la mascarilla antes de entrar en el depósito. A pesar de todo, no le dio al cadáver más que un rápido vistazo.

—Se trata de una mujer que ha sido muy gruesa —indicó el médico.— Tenía el cabello rojizo, y al parecer muy mal cortado.

El olor a formol cubría cualquier otro, y el policía contuvo la respiración, abandonando el lugar.

—Por favor, comuníquenos el resultado de la autopsia lo antes que pueda. Es importante.

—Descuide, así lo haré.

Efectivamente, el diagnóstico “post mortem” no se hizo esperar.

—Había una buena dosis de estricnina en su estómago— dijo el médico a través del teléfono. —Con seguridad, fue lo que le produjo la muerte.

—Muy bien, de momento guardaremos el secreto —indicó el policía. —Tengo que sonsacar a la posible culpable, así que no quiero que trascienda nada de esto. La prensa levantaría una polvareda que nos impediría trabajar.

—Por supuesto— admitió el médico.

***

Aquella noche, de nuevo, el inspector apenas pudo dormir. Soñó con naranjas envenenadas: cestos, sacos, vagones de naranjas que rodaban por una cuesta abajo. El timbre del teléfono lo libró de su pesadilla.

—Ya han venido los dos —le dijo el ayudante. — ¿Qué le ha ocurrido a usted? —Él consultó su reloj de pulsera y emitió un silbido.

—Demonio —masculló. — No sabía la hora que era. ¿Han seguido mis instrucciones?

—Tranquilo, jefe —dijo el ayudante. —No tienen ni idea de para qué los hemos citado. Cada uno ocupa un despacho distinto.

—Voy enseguida —dijo él.

Colgó el teléfono y saltó de la cama. Cuando salió a la calle iba abrochándose los botones de la camisa. El ayudante lo recibió a la entrada de la comisaría, que ocupaba la planta baja del ayuntamiento. A ambos lados del vestíbulo había un par de bancos de madera con pintadas.

—Hemos interrogado a la mujer, según sus instrucciones— indicó el ayudante. —Le hemos dicho que su madre había sido asesinada. Ella nos ha hecho una demostración de buena actriz.

—¿Y el chófer? —preguntó el inspector. El otro sonrió.

—Ese lo reservamos para usted. Es duro de pelar.

—¿Qué hay del broche en forma de rosa?

—Ah, me olvidaba. Le dije que la joya pertenecía a la madre de su esposo, que ella nos había mentido.

—¿Qué dijo ella? —preguntó el inspector, sentándose ante la mesa. El otro se encogió de hombros.

—Sencillamente, nada. Quiere llamar a su abogado. Yo he dicho que está en su derecho.

—Naturalmente —dijo él. —Veremos qué nos cuenta el pájaro.

El aludido entró en el despacho contoneándose. Llevaba puesta la zamarra de cuero negro, y las manos dentro de los bolsillos Cuando las sacó, el policía vio que llevaba puestos unos guantes, también de cuero negro.

—Puede sentarse —le dijo. —Tenemos algo de qué hablar. Y haga el favor de quitarse las gafas de sol, y los guantes también.

Él se quitó las gafas negras con cristales de espejo, y las guardó en el bolsillo con los guantes. Su expresión era retadora.

—¿Está bien así? —preguntó con sorna, y el policía ignoró su sarcasmo.

—Esto es muy serio, amigo —dijo. El otro enarcó las cejas.

—¿Cómo de serio? —el policía lo miró fijamente.

—La señora lo ha confesado todo —dijo con firmeza. — Lo acusa de haber matado a su marido. —La cara del hombre se tensó.

—¡Qué me está contando! —dijo con voz chirriante.— Eso es un cuento, amigo. Conmigo no vale ese truco.— El otro le ofreció un cigarrillo y él lo rechazó.— Yo no fumo de eso —dijo con desprecio.— ¿Qué es lo que pretende?

El inspector se había levantado. Lo miró con severidad.

—No estoy bromeando —le dijo. —Íbamos a detenerla por el asesinato de su marido, pero ella lo acusa a usted. Dice que no hizo más que encubrirlo cuando supo lo que había hecho.

En los ojos del hombre hubo un destello de miedo, pero duró un instante. Luego soltó una risita.

—No me diga. ¿Ella me acusa a mí? Tiene gracia.

—Asegura que no lo supo hasta después. Ha declarado lo de... las naranjas. Dice que usted lo envenenó.

El hombre se había puesto rígido. Una vena en su frente empezó a latir. Nerviosamente buscó en su bolsillo y sacó una cajetilla de tabaco, extrajo un cigarrillo y la volvió a guardar. El policía le ofreció fuego y él lo aceptó.

—¿Qué dice de unas naranjas? —preguntó. — ¿A qué naranjas se refiere? —El otro lo miró.

—También nos ha dicho que usted hizo explotar las bombonas.

Hubo un silencio tenso. Fuera, en la calle, se oía gritar a unos chiquillos y el claxon de un automóvil. El chófer se estrujó los dedos y sus nudillos crujieron.

—La muy zorra —musitó. —Ella tiene la culpa de todo. Ella me embarcó en todo esto.

—Todavía está a tiempo de explicarse —dijo el policía. El hombre lo miró.

—Yo no tengo nada que ver con este asunto —repitió. El inspector tosió secamente.

—Le conviene contarlo todo como fue. De esa forma puede salir beneficiado. Por cierto, ¿le importa prestarme su chaqueta?— Él se sobresaltó.

—¿Ahora quiere mi chaqueta? Ni hablar de eso, amigo. No puede obligarme a dársela. —La expresión del policía era tormentosa.

—Déme su chaqueta —ordenó secamente.

A regañadientes, el hombre se quitó la zamarra. Sacó unas llaves y el paquete de tabaco, y guardó todo en el bolsillo del pantalón. Le dio la chaqueta, y el policía la observó cuidadosamente.

—Aquí tiene un corte profundo —indicó. —Ha traspasado la piel, y hasta el forro. Y la chaqueta es nueva, ¿verdad? —El hombre se había puesto rojo.

—Bueno, no es tan nueva —afirmó. —La he usado bastante. —El policía le tendió la prenda a su ayudante.

—Pásala al especialista —le dijo. —Quiero que reconozca ese corte.

El ayudante salió, y los dos hombres quedaron frente a frente.

—Por cierto, no he tomado sus datos —dijo el inspector. —Si no le importa, vamos a rellenar esta hoja, y luego seguiremos charlando, ¿le parece?

Estuvo tomándolos con una letra menuda y redondilla. Luego hizo varias llamadas telefónicas, sin relación con el tema. El chófer permaneció callado y quieto, fumando nerviosamente el cigarrillo. Cuando lo terminó, encendió un segundo. Por fin la puerta se abrió, y el inspector colgó el auricular.

—¿Qué hay?

El ayudante dejó sobre la mesa un informe escrito a máquina, y él lo leyó de un vistazo. Se quedó mirando al chófer con el ceño fruncido.

—El corte ha sido producido por el cristal de una ventana. Han quedado partículas incrustadas en el cuero. —Se detuvo un momento. —Es un cristal muy especial. Un cristal antiguo, igual a los de las ventanas traseras de la casa que ardió. El especialista asegura

que el cristal tuvo que romperse antes de la explosión.

—Eso es absurdo —dijo el hombre, alzando sus grandes manos. — ¿Cómo iba yo a cortarme con un cristal?

—Eso, usted lo sabrá —dijo el policía. —Por cierto, ¿sabe que había una cajetilla de tabaco como la suya en el lugar de la explosión? Eso concuerda con la declaración de su amiguita. —El otro saltó en el asiento. Su mandíbula estaba tensa.

—Está bien, voy a contárselo todo —dijo con expresión de odio. El policía sonrió tristemente.

—¿También lo de la muerte de la anciana en el hospital?

En los ojos del hombre hubo un destello de temor. Ya no podía dominarse.

—¿También sabe eso? —chilló.— Y si no, yo mismo se lo voy a contar. ¿Sabe de lo que es capaz esa zorra? Pues es capaz de asesinar a la madre que la trajo al mundo. ¿No es espantoso? —El inspector asintió con la cabeza.

—Sí que lo es, y usted lo sabía. ¿Desde cuándo eran ustedes amantes? —La mirada del hombre se hizo opaca.

—Demasiado tiempo hace ya —musitó. El otro lo observó, interesado.

—¿Sabía que la madre estaba loca? —El chófer se enderezó en su asiento.

—Claro que lo sabía. A mí no tenía que ocultarme esa clase de cosas. Hubiéramos podido vivir tranquilos, pero ella necesitaba dinero. — El policía afirmó con un gesto.

—Y decidió entrar como doncella en casa de un hombre rico y solo.— El otro alzó la mirada.

—Eso es. En cambio, al caballero no le dijo nada de la madre. La señorita temía que el novio se le volviera atrás. Le contó que era sola en el mundo, es para morirse de risa.

—Pero ustedes seguían viéndose —dijo el policía. Él habló con voz cansada.

—Ella es muy lista —dijo. —Se le ocurrió contratarme como chófer, y llevarme a la casa. Tiene demasiada marcha para conformarse con un viejo —rió. La voz del inspector se tornó seca y brusca.

—Y usted se prestó. —Él se echó atrás en el asiento.

—Usted no la conoce —dijo.— Es un verdadero demonio.

El policía miró a la ventana y vio que el cielo se estaba cubriendo de nubes. Habló muy despacio.

—Entonces, ella fue a ver a la madre al manicomio. Le llevó unas naranjas, pero antes había inyectado en una de ellas estricnina. Se la llevó pelada, para que la comiera la primera, ¿no es así? —el hombre sonrió, sarcástico.

—Así se la cargó, sin el menor remordimiento —bromeó. El policía estaba serio.

—Murió esa misma noche, ¿lo sabía? —el otro se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Yo mismo recibí el aviso, y se lo pasé a ella. En el sanatorio no figuraban las señas de ella, ni el teléfono. La había inscrito con un nombre falso.

De pronto pareció abrumado. El policía frunció el ceño.

—¿De quién fue la idea de acabar con el marido? —El hombre manoteó.

—Se le ocurrió a ella, se lo juro. Le dijo al marido que tenía que ir a la ciudad, a ver a su amiga que estaba enferma. Eso sí era verdad. Después de almorzar, le dio una naranja de postre. También le había inyectado estricnina. El ácido ocultaba el sabor desagradable, según dijo ella. El viejo murió en el acto.

Se expresaba como un autómata, como si aquella confesión lo librara de un peso. Al mismo tiempo se pasaba la mano por el pelo, alisándolo. El policía habló fríamente.

—Y entre los dos, trasladaron del garaje a la casa una bombona llena de butano.

El hombre asintió. Parecía abrumado recordando el suceso.

—Salimos de la casa. Ella llevaba un maletín con las joyas de la familia.

—Siga. Dejaron al hombre muerto y la casa cerrada. ¿Dónde dieron la vuelta?

—Yo no sé nada más —dijo él. El inspector lo miró con severidad.

—Usted volvió a la casa. Entró por la parte trasera para que no lo vieran las vecinas, y rompió el cristal de una ventana, ¿no es así? —El chófer bajó la mirada.

—Él ya estaba muerto, yo no he matado a nadie —gruñó. El policía golpeó en la mesa con los nudillos.

—Vamos, siga.

—Salimos del pueblo, y dejé el coche aparcado con ella dentro, en una cuneta.

—¿Cómo se las arregló para hacer explotar las bombonas? —El otro lo miró de frente.

—Eso fue idea mía —dijo con cierto orgullo. Luego habló, mirando a la ventana: —Fue muy sencillo —continuó. —En la habitación donde estaba el cadáver, preparé una mecha que iba hasta las bombonas. Yo conocía el truco, porque lo hacíamos así cuando chavales:

até la mecha al extremo de un cigarrillo encendido, para que tuviéramos tiempo de llegar a la ciudad.

La mirada del policía se ensombreció, pero no dijo nada. El otro continuó, agitando sus grandes manos:

—Me fui al coche, la recogí y nos fuimos a ver a su amiga. Ella se pasó allí toda la tarde, mientras yo hacía tiempo. Ella tuvo que reconocer que fue una buena idea la mía —rió. En inspector asintió, pensativo.

—Cuando estalló la casa, estaban los dos lejos de allí. —Él parecía divertido.

—Claro está. Cuando el cigarrillo se consumió del todo, la mecha se prendió. Luego explotaron las bombonas, la nueva y la que estaba ya en la habitación. —El policía lo observó:

—Era el último de la cajetilla, ¿no es así? Por eso arrugó el paquete, y lo tiró. — Él se encogió de hombros.

—No le di ninguna importancia. Al fin y al cabo, ardería con todo lo demás.

El inspector puso ambas manos sobre la mesa y lo miró fijamente. Sus ojos tenían un brillo extraño.

—Usted siempre se ha creído muy listo, ¿verdad? —El otro sonrió, complacido.

—Hombre, tonto no soy.

—Pues ahora va a saber una cosa: no es verdad que ella haya confesado, porque es mucho más lista que usted. No lo ha acusado de nada, ¿comprende?

El hombre se estremeció y su alegría pareció esfumarse. Le temblaban los labios y emitió un ruido sordo.

—¿Qué dice? —gimió. La puerta se abrió inesperadamente y aparecieron dos policías. El inspector les hizo una seña.

—No teníamos más que los indicios —dijo con frialdad. —Necesitábamos una confesión, y ya la tenemos.— Luego añadió, dirigiéndose al hombre: —Lo siento por usted.

UNA VERDADERA SEÑORA

El muchacho vestía vaqueros y chaqueta de ante, y ostentaba una barba crecida. Estuvo observando a la chica: en realidad, le costaba trabajo apartar la mirada de su esbelta figura, que al mismo tiempo estaba dotada de unas curvas muy atrayentes.

—Para marear a cualquiera —pensó.

Ella era joven, y una de las mujeres más guapas que había visto. No era extraño que, según las malas lenguas, hubiera deshecho más de un matrimonio respetable. Aunque, al parecer, en la actualidad estaba pasando por uno de sus peores momentos.

—Gajes del oficio —se dijo él.

La mujer vivía ahora en un modesto chalet de su propiedad, situado a las afueras. Habían coincidido en un bar, y aquella noche ella estaba bastante bebida. Se había ofrecido a acompañarla, y él mismo tuvo que desnudarla y meterla en la cama.

—Gracias por todo —le dijo entre sueños.

Fue entonces cuando vio encima de la cómoda un marco de plata con la fotografía de un hombre maduro. Era un tipo distinguido, con aire de profesional o de político. La foto estaba sin dedicar, pero se trataba de un rostro conocido. Días después, ella le explicó que había sido un buen amigo.

—Muy amigo —le dijo, con un gracioso mohín. —Él me regaló la casa donde vivo.

Al día siguiente la había llamado por teléfono, y continuó su amistad, que duraba ya un par de semanas. Aquella tarde, ella parecía preocupada. Fumaba nerviosamente, y de cuando en cuando miraba el reloj. Estuvieron tomando unas copas en el salón, de una botella que él había llevado consigo. Con el vaso en la mano, ella lo miró a los ojos.

—No tengo dinero —le dijo. —Necesito dinero, ¿sabes? Tengo que pagar a la costurera. Se niega a entregarme los vestidos si antes no le doy el dinero. Esa mujer horrible...

—Lo siento —dijo él, moviendo la cabeza. —No puedo prestarte nada.

Tomó su bonita mano en la suya y la besó. Ella pareció estremecerse.

—Lo imagino. No pretendía que lo hicieras.

—¿No tienes nada de valor? —preguntó él. —Yo... podría tratar de venderlo, o empeñarlo... sólo por un tiempo, mientras se te arreglan las cosas.

Ella se quedó pensativa. De pronto, pareció hallar la solución.

—Tengo unas perlas —dijo. —Son cuatro perlas sueltas, pero de mucho valor. Son un regalo... muy querido. No quisiera desprenderme de ellas, pero si no hay más remedio... —Él la observó con el ceño fruncido.

—¿Cuatro perlas? En fin, algo puede hacerse. ¿Podría verlas? Si de verdad son buenas, te solucionarían el apuro.

Ella se las mostró. Las guardaba en un joyero de terciopelo verde, y sobre el fondo oscuro emitían un suave resplandor. Eran en verdad unas perlas magníficas, enormes y muy regulares, sin la menor imperfección. Él emitió un suave silbido.

—Qué maravilla —dijo. —¿Dónde has conseguido esto?

Tomó una con cuidado y la miró de cerca. Sabía algo de joyas, y nunca había visto nada parecido. Ella dirigió una rápida mirada al hombre de la fotografía.

—Son un recuerdo suyo —suspiró. —Nunca creí que tuviera que desprenderme de ellas. Pero si no hay más remedio...

Él le dio vueltas a la perla entre los dedos: su tacto era suave y cálido, como si se hubiera tratado de algo vivo.

—¿Te fías de mí? —preguntó en voz baja. —Verás, no tengo más remedio que llevarlas conmigo.

Ella aspiró el humo de su cigarrillo.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? Yo no sabría a quién vendérselas. De todas formas, yo te daré una comisión, como es natural.

Él negó vivamente. En sus ojos hubo un destello de enfado. Guardó de nuevo la perla en el estuche.

—De eso ni hablar. ¿No somos amigos? Al menos, yo así lo creo. —Ella le acarició suavemente la mano morena.

—Perdona, no quería ofenderte.

Él se había puesto en pie. La chica le entregó el estuche.

—Toma. Es mejor cuanto antes.

Abandonó la casa con las perlas, y cuando volvió a los dos días su gesto no era de lo más optimista. Desde el primer momento, ella supo que algo había fallado.

—No he podido encontrar comprador —dijo él, entregándole el estuche. —Al parecer, son demasiado conocidas, y nadie quiere hacerse cargo de ellas. Lo siento mucho, pero habrá que pensar en otra solución. Ten paciencia, todo se arreglará.

Ella estaba consternada. Contaba con ver resuelto su problema, y ahora... Miró las perlas en el estuche, y en medio de todo sintió alivio por conservarlas todavía.

—Está bien, no tiene importancia —dijo. —Saldré de este bache, lo mismo que ha ocurrido otras veces.

—Es cierto —dijo él.

***

El vestíbulo iluminado daba paso a un amplio corredor. El criado señaló una puerta con tiradores de bronce.

—Pase —dijo al recién llegado. —La señora lo espera.

Era el mismo hombre, pero su apariencia había cambiado. Llevaba puesto un traje gris impecable, camisa blanca y corbata de seda. Sus zapatos lucían, recién limpios. Entró en el saloncito.

—Pase, por favor —le dijo una señora de unos cuarenta años. —Es usted muy puntual.

Él dio un vistazo alrededor. Ya conocía aquella casa, que rezumaba buen gusto por los cuatro costados. La pieza estaba adornada con muebles de estilo y tapicerías de raso; las cortinas eran a juego, y una suave luz entraba por los altos ventanales.

La señora lo aguardaba sentada en un pequeño sofá. Tenía delante unas revistas, sobre una mesa baja, y las gafas colgaban sobre su pecho de una cadenilla de oro. Era una verdadera dama, sobriamente vestida, y aunque en su cabello había algunas hebras plateadas, su peinado era impecable.

—Espero que me traiga buenas noticias —dijo, mirándolo. —Sería terrible que mi marido se enterara de mi descuido. Todavía no puedo explicarme quién ha podido manipular la joya. Quizá pensara que yo...

Le indicó que tomara asiento, y él así lo hizo. La expresión de la mujer se hizo ansiosa.

—¿Las ha traído? —preguntó.

Él le tendió una pequeña caja de carey. Estaba cerrada, y ella la tomó con mano temblorosa, mientras él sonreía.

—Aquí tiene sus perlas —le dijo.

Abrió la caja, y el brillo de las cuatro perlas iguales se dejó ver sobre el terciopelo. Ella las miró detenidamente una a una, como quien recupera algo muy apreciado, que se da por perdido irremediablemente.

—¿Cómo ha podido conseguirlas? —preguntó en voz baja. Tomó una de ellas y la alzó entre los dedos, dándole vueltas despacio, con amor.

—No ha sido demasiado fácil —dijo él. —De todas formas aquí están, y eso es lo importante.

La señora afirmó con un gesto. Había cerrado de nuevo el estuche, y lo depositó sobre la mesa baja. Él creyó percibir en sus ojos un brillo de lágrimas.

—Nunca creí que las recobraría, después que mi joyero reconoció las falsas en su lugar. Era increíble, las cuatro mejores del collar habían sido sustituidas. La verdad, cuando lo contraté a usted para que las recobrase, no creí que consiguiera hacerlo.

Él la miró con admiración. No entendería nunca el desdén de un marido por una esposa como ésta.

—Tengo que justificar mis honorarios —rió abiertamente. —Por algo somos la agencia de detectives más cara del país.

Ella le puso una mano sobre la manga de la chaqueta.

—¿No me dirá dónde las ha encontrado? —preguntó con suavidad. —Creo que tengo derecho a saberlo, ¿no le parece?

Él miró una pintura que había en la pared. Representaba a un hombre maduro... el mismo que había visto en la fotografía de un hotelito en las afueras

—No puedo decírselo, lo siento —dijo, sonriendo. —Comprenda, no estoy autorizado por mis jefes a hacer ciertas aclaraciones.

Desde luego que no se lo diría. Ni que había hecho amistad con la amiguita que su esposo había tenido durante dos años. Mientras, la señora estaba firmando un talón con su pluma de oro, y se lo tendió. Era un cheque por una buena cantidad, aunque él sólo

percibiría una mínima parte.

—Gracias —dijo él. —Y comprenda, el asunto entra dentro del secreto profesional.

Ella se puso en pie y le tendió una mano enjoyada.

—Yo sí que tengo que darle las gracias. Lo tendré en cuenta en adelante. Por cierto, ¿ puede decirme qué ha hecho con las perlas falsas que le entregué?

—Sigue siendo secreto —dijo él, guardando el cheque en el bolsillo. —Lo siento de veras.

En realidad, no le preocupaban la hermosa muchacha ni el respetable hombre de negocios, dueño de aquella suntuosa casa. Por su propia seguridad, ninguno de los dos osaría denunciarlo. Se sentía extrañamente alegre.

—Y he tenido un gran placer al conocerla —dijo, inclinándose. —Es usted... una verdadera señora.

LA VEDETTE

Era una hermosa vedette de raza negra, con un cuerpo escultural y los movimientos de un joven felino. Desde muy niña, su único deseo había sido triunfar como bailarina y cantante; sus principios fueron oscuros, como el color de su piel, pero el tesón y una gran voluntad eran algunas de sus cualidades. Además, sabía utilizar en su provecho su propia belleza.

—Sé que llegaré donde quiero —había dicho siempre.

Últimamente, había obtenido un buen contrato. Trabajaba en un club nocturno y, aunque no en un papel importante, se le auguraba un buen futuro.

—Pronto será la primera estrella —decían algunos compañeros.

Pero hacía una semana que faltaba del espectáculo, y todos estaban alarmados. Le preguntaron a una linda mulata que parecía haber intimado con ella más que las demás. Ella se mostró preocupada.

—Yo no sé nada. Es raro, después de lo que le ha costado obtener este empleo, que no haya avisado. En realidad, acaba de mudarse de piso, y según me dijo no tiene teléfono.

Ocupaba anteriormente un apartamento con ella, pero hacía un par de meses que un amigo le había proporcionado una vivienda. Era pequeña, al parecer, pero no estaba lejos del local.

—Me dijo que el piso era antiguo, pero con algunas modificaciones podía quedar muy agradable. Sólo, que tendría que aguardar hasta que le pusieran el teléfono. Tampoco quiso que yo la visitara, hasta no tenerlo amueblado del todo. Pensaba darme una sorpresa. Naturalmente, no he podido llamarla.

—Claro, es natural. Pero eso no explica que lleve una semana sin venir, y sin dar ninguna explicación. Habrá que sustituirla, no podemos aguardar más.

—Trataré de dar con ella —dijo la muchacha. —Puede estar enferma, o haber sufrido algún accidente.

Acudió a la casa, llamó al timbre y nadie contestó. Entonces llamó a la puerta de al lado.

—Hace días que no la veo —dijo una vecina. —Hace poco que vive aquí, y yo he visto entrar unos muebles. Pero eso fue la semana pasada. Preguntaremos al portero, quizás él sepa algo.

La puerta no estaba cerrada con llave, y el hombre la abrió, sencillamente, con una tarjeta de crédito. Al entrar, percibieron un olor desagradable que salía de una habitación interior. Siguieron hacia dentro, y el olor se hizo más patente. Las dos mujeres se detuvieron, y el hombre entró en el dormitorio. Salió, con un gesto de asco y estupor.

—Hay que avisar a la policía, enseguida —indicó, nervioso. —Es horrible. Mejor es que no entren, aguarden aquí. Yo tengo teléfono abajo.

Ellas siguieron su indicación. Miraron alrededor en el vestíbulo, y aparte de algunos objetos en desorden no advirtieron nada extraño. De pronto, el olor se había hecho insoportable, y la vecina asomó la cabeza en la habitación. Soltó un grito de horror.

—Ahí está ella —señaló.

La muchacha estaba en el suelo, y su cadáver en estado de descomposición. Las dos mujeres se abrazaron, llorando, mientras apartaban la vista.

—Vámonos de aquí. Puede entrar en mi casa, si quiere, mientras viene la policía. Espero que no tarden.

No tardaron en llegar. Tomaron declaración al hombre y a las dos testigos, que coincidieron en todos los detalles.

—Aguarden abajo —dijo el inspector. —Tendré que hacerles unas preguntas más.

Varios policías estuvieron tomando huellas y haciendo fotografías desde varios ángulos. Luego, desde el teléfono de la portería, avisaron al juez y al forense. La esposa del portero había servido un café, y las dos mujeres lo tomaron sentadas en un sofá tapizado en cretona de flores.

—Tiene una sortija en la mano —observó el policía más joven.

—Es cierto —dijo el inspector. —Por cierto, sería preciso que las dos mujeres la identificaran. Sobre todo su amiga, puede hacerlo sin ninguna duda. Será desagradable, pero muy conveniente. Así saldríamos de dudas.

La amiga consintió en subir de nuevo. Al horror que le producía la vista del cadáver, se

contraponía una inevitable curiosidad. Además, podía existir un error: quizá no fuera ella.

Pero tuvo que convencerse de que sí lo era. El cadáver llevaba puesto un vestido de lentejuelas rojas que ella conocía muy bien, pues lo usaba en uno de los números, y en vida se ceñía al cuerpo como una funda rutilante. El policía le mostró unos papeles.

—Aquí está su documentación. ¿Es ésta su amiga?

Ella contuvo el aliento. Tomó en la mano el carnet y asintió. Habían abierto la ventana y el olor era más soportable.

—Sí, lo es.

La vecina sabía poco de la nueva inquilina, pero también la reconoció por la fotografía. Dijo que era una persona tranquila y no se metía con nadie.

—Hace un par de meses que vive aquí, pero no la he visto más que dos o tres veces. Ella dormía de día y, cuando salía, yo ya me había acostado. Apenas cambiamos unas palabras.

El policía unió los documentos a unas pruebas que habían recogido. Se volvió.

—¿Conoce a alguien que la visitara? —Ella hizo memoria. Iba a decir que no, pero pareció recordar algo.

—Un hombre venía a verla, de cuando en cuando. Era un hombre muy alto, y seco, con una voz muy bronca. Les he oído hablar a través del tabique. Pero de eso hace cosa de un mes.

La mulata asintió. Ella también lo conocía. Al parecer era un pez gordo, un tipo importante.

—¿Es éste? —preguntó el inspector, mostrando un retrato que había sacado del bolso de la muerta. Ambas lo miraron, y asintieron a la vez.

—Sí, ese es.

La compañera dijo haber tomado con él unas copas en una ocasión. Citó el lugar, y el día.

—Está bien, nos mantendremos en contacto.

***

El hombre fue localizado como cliente habitual del club y, aunque en un principio el encargado se negó a proporcionar datos, no tuvo más remedio que ceder. Lo citó en el local, y allí mismo lo aguardó la policía.

—Está usted detenido —dijo el inspector, poniéndole una mano en el hombro. El hombre fue a protestar, pero él le mostró la placa. Le hizo saber sus derechos, y que podía llamar a su abogado.

Él parecía muy nervioso. Miraba alrededor, como temiendo que algún conocido presenciara la escena. Tosió con fuerza.

—Yo no he hecho nada —dijo. —Por favor, vamos fuera de aquí.

Entraron en una salita y el policía le mostró un objeto en la palma de la mano.

—¿Reconoce esta sortija? —preguntó. Él no dijo nada. Se había dejado caer en un asiento, y parecía derrotado. El policía aguardaba pacientemente una respuesta, pero él siguió guardando silencio. El local estaba lleno de humo, y al otro lado de una puerta se oía el tintinear de los vasos.

—¿La reconoce? —insistió.

El hombre alzó la mirada. Había en sus ojos una expresión de angustia.

—Yo no he hecho nada, se lo juro —gimió.

La mandíbula del policía se tensó. Había abandonado su actitud anterior, y sus ojos echaban chispas. Habló fríamente.

—Pertenece a su amante, usted mismo se la regaló.

El hombre manoteó un momento y luego alzó los brazos, dejándolos caer. Parecía al borde de un ataque.

—¡Yo no sé nada! —chilló. El inspector volvió a la carga sin dejar de mirarlo.

—El forense ha certificado que murió por sobredosis, pero no había en su piso ninguna jeringa —pronunció despacio. —Usted le inyectó la heroína. Luego, huyó del lugar.

Hubo fuera un ruido de algo que se rompía con un sonido de cristales. Una música empezó a sonar, estridente. Mientras, el hombre se había levantado de su asiento y se volvió hacia la ventana que daba a un patio interior. Su voz sonó como un quejido roto.

—¡Yo no hice eso! —El policía siguió hablando con calma.

—Usted la había abandonado, lo sabemos. Quizá sufría su presión, incluso un chantaje por parte de ella. No halló mejor medio para librarse de su acoso que matarla, ¿no es así?

—¡Yo no hice nada! —repitió el hombre, ahora con un hilo de voz. El inspector le hizo un gesto al compañero, quien le abrochó las esposas.

—Tendrá que convencer al juez —dijo él. —Ahora va a acompañarnos.

Salieron del local, sin que nadie pareciera haberse percatado de lo ocurrido. Más tarde, su abogado acudió, pero no pudo convencer a nadie. Las pruebas eran demasiado claras.

—Veremos qué se puede hacer. Aduciremos que fue un accidente.

***

Fue condenado por asesinato con premeditación y alevosía. El hecho constituyó un escándalo, dadas las relaciones y amistades con que contaba el acusado, que en lugar de favorecerlo hicieron que la justicia actuara con más rigor.

Pasaron cinco años, y él seguía en la cárcel. El tema ya se había olvidado, y pocas personas en su medio se acordaban de aquel desagradable y luctuoso suceso. Él había cambiado: su rostro era adusto ahora, y hablaba poco y en voz baja con sus compañeros de prisión. En general, no contaba con las simpatías de los demás reclusos.

—Se cree muy importante, y no es más que un vulgar asesino —decían.

Todo su aspecto se había transformado: el color de su rostro era ceniciento, y se estaba quedando sin pelo. Llevaba la ropa descuidada y sólo se afeitaba de tarde en tarde.

Aquella mañana, la puerta de su celda se abrió y dio paso a uno de los vigilantes. Él estaba tumbado en el camastro, y ni siquiera se incorporó. El otro avanzó un paso.

—Tienes visita —le dijo. —Es una mujer de bandera. Una negra, ¿sabes? Vamos, no sabía que te quedaran amistades así.

El hombre pareció sorprendido. De un salto se sentó en la cama, y se pasó la mano por la barba de varios días. Sin decir nada, siguió el vigilante que lo precedió hasta la sala de visitas. Fuera, varias personas habían acudido a ver a sus familiares o amigos. Había un runrún de conversaciones.

—Es aquélla —señaló el vigilante.

Una mujer aguardaba, de pie junto a la puerta. El hombre pestañeó. Su figura era bastante rolliza, y estaba embutida en un abrigo de cuero que la cubría hasta los tobillos. Era de raza negra, en efecto, y llevaba el cabello teñido de rubio. Estaba fumando un cigarrillo, y lanzaba el humo hacia el oscuro techo donde lucía una bombilla polvorienta.

Él la observó con extrañeza. No sabía quién era, y trató de hallar en su recuerdo algo que los relacionase. Pensó que podía ser la madre de aquella...

La mujer sonrió. Sus dientes lucieron blanquísimos, bajo una pequeña nariz. Lo saludó levantando la mano.

—¿No me conoces? —dijo, y su voz sonó juvenil. Algo en aquella voz hizo que los nervios de él vibrasen como las cuerdas de una guitarra. — ¿No sabes quién soy?

Él la miró, alucinado. Le parecía estar viviendo una pesadilla. No era posible, y sin embargo...

—Tú... ¿tú? —trastabilló. —Pero, ¿no estabas muerta?

Ella se había aproximado a la alambrera y lo miró directamente a los ojos.

—Creías que podías librarte de mí, ¿verdad? —dijo con rabia. Te pareció muy cómodo dejarme plantada, como si nada hubiera ocurrido entre nosotros. Pero no soy tan tonta.

El hombre se apoyó en la pared. Las piernas le temblaban.

—No... no entiendo nada —musitó.

Ella se había sentado, y apagó el cigarrillo contra un cenicero. Comenzó a hablar despacio.

—Yo te lo explicaré. Era mi hermana, ¿sabes? Mi hermana fue la que murió.

Aquello fue como un mazazo. Una niebla helada le oprimía las sienes, y lo hacía estremecer. Sus ojos dieron vueltas en las órbitas, mientras, alrededor, las figuras parecían deshacerse en una nube lechosa.

—Quiero ver al juez... Tú la mataste... —gimió. Ella alzó una mano delgada y oscura.

—Yo no la maté —señaló. —Ella se drogaba. Llegó a mi casa aquella noche, y en ella murió de una sobredosis. He rezado mucho por su alma.

El hombre movió la cabeza desesperadamente.

—Tengo que salir de aquí —dijo con voz sorda. — Cinco años... cinco años metido entre estas cuatro paredes... Me las pagarás, vieja zorra. Ahora me vengaré.

Ella suspiró. Había encendido un nuevo cigarrillo y miraba fijamente la brasa. Habló como para sí misma, con una gran serenidad.

—Nadie más que tú y yo sabemos lo ocurrido —explicó. —Yo misma le puse un vestido mío, y dejé la fotografía que te inculpaba. Sabía que darían contigo. Luego, tomé su personalidad.

Él se estremeció. Todavía no podía creer lo que estaba viviendo.

—Todo esto es un error monstruoso. Te denunciaré —dijo, alzando la voz. —Ella le

hizo señas de que hablara más bajo.

—Ni tú mismo me has conocido —sonrió. —Tuve que pagar mucho dinero por una cirugía estética, y he engordado más de veinte kilos. Nadie podría reconocerme. Además, el caso está juzgado. Yo soy la hermana de aquella mujer que murió, a la que tú mataste. —Se levantó del asiento y fue hacia la salida.

—¡No te vayas! —gimió él. —Por favor, ayúdame...

—No tengo nada que hablar contigo —dijo ella, volviéndose un momento. —Ya todo está hablado.

La puerta se abrió y entró el vigilante.

—Es la hora —dijo, entrando en la sala. El hombre se había agarrado a la tela metálica.

—¡Espera! —chilló, y ella se volvió desde la puerta. Había en su actitud un aire salvaje de diosa vengativa. No obstante, su voz fue suave como el terciopelo.

—Ya no vivo aquí —sonrió. —Me voy de viaje, y nunca volveré. Espero que te vaya bien.

EL TESTAMENTO

—El caso se da por cerrado —dijo el juez, mirando al auditorio. —La señora fue asesinada por persona o personas desconocidas.

Todos salieron de la sala murmurando, algunos con cara de pocos amigos.

—No hay derecho —dijo un espectador. —Ya no hay justicia en este país. Sólo los criminales medran.

El esposo de la víctima era un hombrecillo menudo de cabello canoso y unas pesadas gafas con montura de carey. Llevaba en la mano una gran cartera de cuero por donde asomaba la goma de un fonendoscopio.

—No hay justicia —le dijo un amigo en la calle, palmeándole la espalda. —Es increíble que un crimen tan horrendo pueda quedar sin castigo. Y el criminal por la calle, como si nada...

Una señora lo abrazó fuertemente, haciéndolo casi caer. Vivía dos casas más abajo, y tenía una fama bien ganada de ser la mayor chismosa del barrio.

—Ya sabe dónde estamos —le dijo. —Pienso lo solo que tiene que encontrarse. Cuando recuerdo los buenos ratos que pasábamos su señora y yo... A esos sádicos tendrían que colgarlos.

—Así es —dijo él, tratando de desasirse. —Nadie puede imaginarse lo que siento. Hay que pasar por mi situación para imaginársela.

Tenía una mirada indefensa detrás de sus gafas de miope; sus ropas estaban desgastadas y llevaba en las solapas manchas de café. Echó a andar despacio por la acera, cojeando ligeramente.

Estaba anocheciendo cuando llegó a su casa. Era una vivienda modesta, pese a que el matrimonio podía haberse permitido otra mucho mejor. Pero la difunta nunca se distinguió por su largueza.

Él estuvo evocando lo ocurrido. Volvía a ver el rostro de su esposa con los ojos desencajados, reflejando en ellos una expresión de terror.

Él mismo había llamado a la policía. Recordaba haber marcado el número despacio, para no equivocarse, imitando alguna escena igual que había visto en el cine.

—Mi mujer está muerta —dijo en un susurro. —Soy médico y acabo de volver de la consulta, y la han golpeado mientras estaba sola en la casa.

Al otro lado del hilo se oyó una exclamación.

—Aguarde ahí —dijo la voz. —Vamos enseguida.

Dio las señas de la casa, y le advirtieron que no tocara nada. Él sugirió:

—Parece que han entrado a robar.

La policía no tardó en llegar, y él recibió al inspector y a sus dos ayudantes. Los invitó a pasar.

—Ella está dentro, en el dormitorio. La he reconocido lo imprescindible para saber que estaba muerta. Antes había dinero en un cajón de la cómoda; ahora ha desaparecido.

El médico era un hombre apreciado en el lugar por su carácter bondadoso. No tanto su esposa, de quien se decía que era hipocondríaca y avara. La habían golpeado brutalmente en la nuca, y estaba caída sobre la alfombra, que se había empapado de sangre. El impacto le había causado la muerte.

Se investigó si se había visto algún extraño por los alrededores, pero nadie sabía nada. Por otra parte, la ventana parecía forzada desde fuera con una palanqueta, y había un gran desorden en la casa. Al parecer, las joyas de la muerta estaban depositadas en un banco.

—¿Había hecho testamento su esposa? —Él asintió, entristecido.

—Lo había hecho antes de que nos casáramos, exactamente un año antes. Ella tenía tierras y fincas, y algunas alhajas de valor.

—¿Quién era el beneficiario?

—Ella nombró heredera a su hermana menor. Está casada con un extranjero y vive fuera del país, con su esposo y sus hijos —dijo el marido, con los ojos llorosos. —Espero que vengan a recoger sus cosas.

***

En efecto, en cuanto supo la noticia, la hermana acudió con sus dos hijos mayores; asistieron al sepelio, que se celebró después de serle practicada la autopsia del cadáver. La

hermana era una mujer regordeta y descolorida, como ella. Tenía unos ojos saltones y atónitos.

—Es todo tan horrible... —sollozaba. —Mi pobre, pobre hermana. Quién le iba a decir que moriría de una forma tan... espantosa.

La investigaron, sin ningún resultado: todo en su vida resultaba tan claro como el agua. Era un modelo de esposa y madre, y se hallaba a más de mil kilómetros cuando ocurrió el asesinato.

También fueron investigados los sobrinos de la muerta. Aunque para asistir a las exequias se habían vestido de luto riguroso, su manera de comportarse no cuadraba con el atuendo. Parecían excitados, casi contentos. El mayor, un mocetón con una clara tendencia a la obesidad, fue bastante sincero.

—Yo apenas la conocía —dijo. —A pesar de todo, siento que haya muerto de esta forma. Era la hermana de mi madre...

El segundo resultó sospechoso en un principio, pero hubo que desechar tal posibilidad. No había abandonado para nada el país vecino.

—Estaba cumpliendo el servicio militar en el cuartel, la noche del crimen —explicaba a todo el que quería oírlo. —Gracias a que tengo un conocido, he podido asistir al entierro de mi pobre tía.

***

La noche después del juicio, el médico abrió un cajón oculto que había en un viejo escritorio de nogal. Era un cajón plano, en forma de bandeja, y su contenido estaba guardado en un sobre de papel. Sacó una antigua fotografía en color; sus tonos eran pálidos y la imagen un poco desenfocada.

Desde ella, su esposa lo miraba con su rostro abobado y congestivo. Cuando la conoció, no pudo imaginar la autoridad que desarrollaría a lo largo de sus años de matrimonio.

Luego, sacó un papel plegado en varios dobleces; estaba escrito con caracteres picudos, de puño y letra de su mujer, firmado por ella y rubricado con un complicado trazo.

—Éste es —pronunció el hombre en voz alta.

A continuación, estuvo encendiendo la chimenea. Mientras lo hacía, sonreía moviendo la cabeza.

—Vamos a ver.

Se trataba de un testamento ológrafo. Lo había redactado su esposa, firmado ante testigos, y en él revocaba el anterior y dejaba todas sus posesiones a su marido. Estaba fechado dos años atrás.

—Debiste darte cuenta del calvario que me hacías pasar, y quisiste compensarme con esto —murmuró él, contemplando el papel. —Pero no fue suficiente.

Acercó el testamento al fuego, y lo dejó caer. Las llamas lo lamieron, se alzaron un momento, y luego la cuartilla se arrugó, convirtiéndose en negras pavesas.

—Y en verdad que lo siento —pronunció tristemente él. —Me hubiera gustado heredarte.

Ahora estaba libre, por fin. Eran demasiados años juntos, y ni el más paciente hubiera podido soportarlo. Él callaba siempre y aguantaba sus burlas, mientras ella lo zahería.

—Tú lo entenderás —siguió. —Prefiero la libertad a la riqueza.

Quizá muchos no hubieran comprendido que hubiera renunciado a la herencia. Pero, ¿Cómo ponerse bajo el punto de mira de la policía? Era demasiado arriesgado.

—Me conformo con vivir tranquilo, con jugar mi partidita... Al fin y al cabo, pronto podré cobrar la jubilación. Para mí solo, con eso tendré de sobra.

UN MECHÓN DE CABELLOS RUBIOS

Él había dado muestras de ser un hombre amable y cortés, un verdadero caballero. La había conocido en el cine; estaba sentado a su lado, y cuando ella pareció de pronto encontrarse indispuesta, él se ofreció a acompañarla a su casa.

—Ha sido muy amable —le dijo ella, al despedirse.

—¿No me necesita ya? —dijo él. Ella denegó, sonriendo.

—No, muchas gracias. Ha sido un mareo pasajero.

Era una mujer rubia, de apariencia un poco congestiva. Habían salido luego varias veces, y ella le había contado su vida. Se había casado con un hombre mayor, y se había quedado viuda hacía escasamente un año. Al parecer, era una mujer muy rica.

—Él me lo dejó todo —dijo tristemente. —Era un hombre muy bueno.

Luego, había manifestado su deseo de hallar un administrador para sus bienes. Se hallaba demasiado agobiada con sus nuevas responsabilidades.

—Apenas puedo disfrutar de la vida —había dicho. —Todo son problemas, para una mujer sin experiencia como yo...

—Si yo pudiera ayudarla... —había dicho él moviendo la cabeza.

—Ah, sería maravilloso —dijo la mujer, entusiasmada. —Creo que sería la persona indicada... —Él pareció abrumado.

—En fin, tengo experiencia... Sí, creo que he tenido varios aciertos importantes en los negocios.

—Le estaría tan agradecida...

Si su actuación anterior había sido hábil, ahora tendría que superarse. En efecto, pudo solucionar varios problemas en forma muy satisfactoria.

—Todo marcha muy bien ahora —había dicho ella, complacida. —Todo, gracias a ti...

Había empezado a tutearle; luego, cuando él le propuso el matrimonio, ella pareció haber aguardado mucho tiempo la proposición.

—Creo que sería un acierto —le dijo, emocionada. —procuraré esforzarme por ser una buena esposa...

—Es seguro que lo serás —dijo él, besándola en la frente.

Estaba satisfecho; era una mujer todavía hermosa, y estaba muy enamorada. De esta forma él consiguió ver cumplidos sus más ocultos deseos, ya que se convirtió prácticamente en el dueño de una cadena de fábricas de calzado, así como de varias tiendas. Poseían un bonito piso en la ciudad, y una hermosa casa de veraneo en la costa.

—Soy muy feliz contigo, querido —le había dicho ella. —Quisiera que tú también lo fueras.

—Claro que lo soy —dijo él.— Eres una mujer encantadora.

Había sucedido aquel verano. Todo el país quedó conmocionado por la catástrofe. Fue un terrible choque de trenes, con tan fatales consecuencias que muchos cadáveres quedaron irreconocibles. Fueron muy precariamente identificados, y algunos restos habían desaparecido por completo por causa del fuego.

—Se han contabilizado veinte muertos, y casi cincuenta heridos —dijo el informador, en un comunicado urgente. —Posiblemente, a lo largo del día podrán identificarse más víctimas. El choque se debió a un fallo técnico; el conductor ha resultado muerto, y es indudable que no hubiera podido hacer nada por evitar la colisión...

Ella había tenido que viajar, precisamente en esa fecha. El esposo, abrumado, así se lo explicó a sus más íntimos amigos, que ocupaban una finca limítrofe en la costa.

—Se estaba haciendo unos vestidos de verano —les dijo. —Tenía que probarse, y no quiso que yo la acompañara. La llevé al tren, y me encargó varias cosas urgentes en la finca. No debí dejarla marchar.

—Nadie podía prever lo que ha sucedido —le dijo su vecino, tratando de consolarlo.

Tuvo que identificarla entre aquella maraña de hierros y de chapas retorcidas. Ante el forense, asintió despacio.

—Es ella —dijo. —Es mi pobre mujer. Se había despedido sonriente, hasta la noche, y... es terrible, nunca más volveré a verla con vida.

Todos, en el pequeño pueblo de veraneo, acudieron a los funerales. Todos miraban con lástima al viudo, y trataban de disipar sus remordimientos.

—Hay que acatar la voluntad de Dios, por muy dolorosa que parezca —le había dicho

el sacerdote.

—Estaban tan enamorados —dijo la vecina, cuando volvía con su esposo del acto religioso. —Ha sido una cosa verdaderamente horrible. ¿Has visto a la madre? Parecía medio loca de dolor.

—¿Aquella mujer vestida de negro? Es cierto, se parecía mucho.

—Creo que se quedará una temporada por aquí.

—Me alegro por los dos. La perspectiva que le aguarda a él no es muy agradable, ya que tendrá que cuidar personalmente de la casa, y de sí mismo. De esta forma, los dos estarán acompañados.

Luego, la madre de la muerta había decidido instalarse definitivamente con su yerno.

—Pobre hijita mía —decía, mirándolo. —¿No es verdad que ha sido un final muy triste?

—Es cierto —le había dicho él.

Pero no ocurrió todo como él había previsto. En el transcurso de las últimas semanas, supo que la anciana se había dedicado a difundir unos extraños rumores. Algunos vecinos del pueblo la tomaron por loca.

—La muerte de su hija la ha trastornado —decían.

—Habla sola, y tiene los ojos extraviados —comentó un día la tendera de comestibles. —El viudo debería ingresarla en una residencia para enfermos mentales. —Su marido movió la cabeza.

—Sería demasiado duro para la pobre anciana —comentó. —Quizá, en una residencia...

Finalmente, el viudo comprendió que aquella situación no podía prolongarse. La anciana daba largos paseos, y a veces no volvía en todo el día. En ocasiones llegaba hasta el pueblo, y hablaba allí en las tiendas y en el mercado.

—Pobrecita, mi hija —decía, llorosa. —Aún no sabemos que es, en realidad, lo que le ha sucedido...

—Pues, ¿no murió en el accidente?

Ella miraba en torno, con expresión temerosa.

—Eso es lo que dicen, sí... Pero yo pienso otra cosa...

Él estaba furioso. Se había ganado a pulso el aprecio de sus convecinos, y después de aguardar tantos años, tenía ahora una posición decorosa. Los comentarios de aquella mujer eran una humillación para él, aunque sus vecinos no le prestaran demasiada atención. No podía soportar por más tiempo el acoso de aquella vieja chiflada.

—Es mejor que se quede en la casa —le decía. —No tiene obligación de salir, y alguien puede darle un susto por esos caminos. Es una imprudencia que vaya sola al pueblo. —Ella lo miraba, ceñuda.

—Nadie tiene que decirme lo que debo hacer, o no hacer. Ya soy mayorcita para eso...

Aquella mañana, como tantas otras, abandonó temprano la casa. Estuvo merodeando como de costumbre por los alrededores, y caminó un rato a solas por la playa. La casa estaba sobre un acantilado, y trabajosamente había emprendido luego el ascenso por los escalones tallados en la piedra.

—Tengo que saber lo que le ha ocurrido a mi niña —pronunció entre dientes.

Averiguar el hipotético fin misterioso de su hija se había convertido para ella en una verdadera obsesión. Tal vez, se dijo, descubriría por fin hoy la clave de su desaparición sospechosa. Tal vez...

—De mí depende que se sepa la verdad —se dijo, decididamente. —Nadie más que yo podrá demostrar que a mi hijita la asesinaron...

Cuando llegó arriba, apenas podía respirar. Abajo, el mar brillaba con reflejos de plata. Se asomó al acantilado, y en una ramilla distinguió algo que brillaba: parecían unas hebras de seda que agitaba la brisa.

—Cuidado, señora —oyó. Vio al vigilante que, desde la playa, le hacía señas.

—No me pasará nada —le dijo, agitando su brazo derecho sobre la cabeza. —Sé cuidar de mí misma.

Con dificultad, se acercó al borde; trató de descolgarse como pudo, pero no lo suficiente como para llegar a aquellas hebras brillantes. A estas alturas, el vigilante subía a grandes zancadas los escalones, de dos en dos. Pronto estuvo arriba.

—Señora, por favor. ¿Es que quiere caer al mar? Venga acá. ¿Qué es lo que está buscando? ¿Qué demonios se le ha perdido aquí?

Ella volvió la cabeza. Se había sentado en una piedra saliente, y lo miró con expresión hosca.

—Mire eso —señaló. —Son unos pelos rubios.

El vigilante se había detenido en seco. Aquella mujer no estaba bien de la cabeza. Ella habló con voz ronca, estrangulada aún por la subida.

—Tienen que saberlo todos —le dijo. —Tienen que enterarse, antes de que él pueda borrar las huellas de su crimen.

—Pero, ¿qué está diciendo?

—Mire ahí —señaló. —Es un mechón de pelos rubios. Pertenecían a mi hija, estoy completamente segura.

Finalmente pudo convencerlo, y el hombre fue avanzando hacia las ramas, expuesto a resbalar y caer al agua, que estaba muchos metros debajo.

—Mire, ahí —señaló la mujer. —Un poco más abajo. —Él volvió la cabeza, y vio a la anciana con su traje negro agitado por la brisa marina.

—Parece una locura, pero voy a alcanzarlos. Aguarde ahí, y no se mueva.

No cabía la menor duda, se trataba de un mechón de cabellos rubios entremezclados con algunas canas. Cuando él los tuvo en la mano, volvió junto a la anciana.

—Tienen que pertenecer a una persona que haya caído al mar desde el acantilado —dijo, asombrado. Ella asintió con la cabeza.

—Ya lo decía yo. Son de mi hija.

—Pero su hija, ¿no murió en accidente de tren? —Ella le dirigió una triste sonrisa.

—Eso es lo que él quiere que creamos.

Luego, cuando entregaron los cabellos en el puesto de policía, el comandante frunció el ceño.

—Puede ser una prueba —dijo, pensativo. —Felizmente, ella sola no ha podido alcanzarlos. Nadie la hubiera creído.

—¿Van a condenar a mi yerno por asesinato? —preguntó la mujer. Él se abstuvo de hacer comentarios. Luego habló con gravedad.

—Vamos a la casa —le dijo. —Usted nos acompañará.

—Con mucho gusto —dijo la mujer, con una expresión acalorada.

En la casa, el viudo aguardaba impaciente; la había buscado en el jardín, luego había bajado a la playa, y había interrogado a los vecinos. Tampoco en el pueblo la habían visto. Estaba avanzada la tarde, y temía que le hubiera ocurrido algún accidente.

Él mismo abrió la puerta; el comandante entró primero.

—¿Qué... qué ha sucedido? ¿Ha pasado algo?

De pronto, sintió miedo; sintió un miedo parecido al de aquella tarde, después del accidente, cuando había acompañado a su esposa a dar una vuelta por la finca. Habían oído la noticia por la radio, y ella estaba apenada.

—Tantas vidas —dijo, con una triste sonrisa. —Es trágico, que personas llenas de vida puedan morir así.

Estaban al borde del acantilado, contemplando el mar. No le había resultado difícil; antes de darse apenas cuenta la había empujado, haciéndola caer al abismo. El cuerpo se detuvo un momento, enganchado en las rocas y las zarzas, y luego se había desplomado en el mar. Él la vio caer, y oyó el chapoteo. Su esposa no sabía nadar, y había un fuerte oleaje ese día.

—La resaca se encargará de llevarse el cuerpo —se dijo, aliviado.

Ahora, la anciana había llegado acompañada de la policía local. Temía lo peor, y tenía que concentrarse en la interpretación de su papel. Los invitó a pasar.

—Ella no está bien —explicó. —Desde que ocurrió el accidente de su hija, se imagina cosas... Ya no sé lo que voy a hacer con ella.

Sonreía tensamente, tratando de imaginar el motivo de aquella visita. El comandante le mostró algo que llevaba en un pañuelo blanco.

—¿Reconoce estos cabellos? —le dijo.

El hombre suspiró. Toda su frialdad se había derrumbado.

—¿Los reconoce? —insistió el policía. Él dio un paso adelante.

—Yo... no sé...

De pronto, recordó la escena tan vívidamente como si estuviera ocurriendo ahora. Vio el cuerpo basculante, la mirada de horror, la rubia cabeza enganchada un momento a causa de su peinado en forma de moño... Luego, el chapoteo del cuerpo.

—Pertenecían a su esposa —dijo seriamente el policía. Él extendió la mano, y trató de arrancarle el pañuelo con los cabellos.

—Déme eso —dijo con voz chirriante. —No tiene derecho...

La anciana lo miraba con odio. Habló con voz cascada.

—Él la mató —dijo, dirigiéndose al policía y al vigilante de la playa, que había

permanecido en segundo término sin hablar. —Es de los hombres que no se detienen ante nada, con tal de conseguir lo que quieren.

Él guardó silencio. Por espacio de unos segundos, su expresión fue de estupor. Luego reaccionó.

—Pero, ¿qué está diciendo? Ustedes no la creerán... Está loca.

—Usted va a acompañarnos —dijo el policía.— Habrá que hacer la autopsia al cadáver que reconoció como el de su esposa. Aún quedan algunos viajeros por identificar.

Él se quedó rígido. Balbució unas palabras, y luego dijo:

—Quiero que venga mi abogado. —El policía tenía un aspecto grave.

—Va a necesitarlo, si las cosas ocurrieron como creo —afirmó.

Los restos fueron exhumados: pertenecían a una mujer demasiado joven como para ser la esposa desaparecida. En los medios jurídicos, el caso fue largamente comentado.

—Se trata del típico “asesinato sin cadáver” —comentaban los especialistas.

Desde que el hombre fue detenido como presunto asesino de su esposa, había permanecido sumido en el silencio. Públicamente, no hizo más que un comentario a la prensa.

—Ganaré, porque soy inocente. Todo esto son un montón de mentiras de esa vieja loca.

Cuando fue condenado, la anciana fue la última en abandonar la sala del juicio. Tuvieron que llamarle la atención.

—Por, favor, señora, tenga la bondad de salir.

Ella esbozó una enigmática sonrisa, mientras se dirigía a la gran puerta de gruesos cuarterones.

—Lo sabía... sabía que él la había arrojado al mar... pero no podía probarlo...

Varias veces lo había sorprendido mirando el mar desde el acantilado. Miraba a lo lejos, con aire preocupado, y entonces ella se dio cuenta de que temía que alguien encontrara el cadáver, que las olas lo devolvieran a la playa. Una noche, lo había oído soñar. Gritaba:

—¡Suéltate! !Malditos cabellos! Ya ha caído al agua... Ya no volverá...

—Pobre hijita mía —musitó la mujer.

Su estrategia le había dado resultado. Había extraído los cabellos de una trenza cortada, y por medio de una cuerda los había descolgado hacia el mar. No resultó difícil que algunos quedaran prendidos en las zarzas... Luego, no había tenido más que llamar la atención del vigilante...

—¿Me hubieran creído, si no?...A estas horas, me habrían metido en un hospital para enfermos mentales... Lo sabía....

Un automóvil pasó velozmente... Unos niños jugaban en la acera.

—Ya podré morirme tranquila —dijo la mujer, alzando la mano para llamar a un taxi.

EL CUMPLEAÑOS

Era su sesenta cumpleaños. No podía quejarse, si no hubiera sido por su gran soledad. Y, para un hombre como él, tener compañía era lo más importante en esta vida.

—El hombre sin mujer es como campana sin badajo —solía decir. Su negocio era floreciente: nadie en la comarca se libraba, antes o después, de engrosar su clientela. Era el único carpintero en muchas leguas a la redonda capaz de fabricar un buen ataúd, y todos reconocían que, aún así, no se aprovechaba de la circunstancia. Nadie hubiera podido ofrecerlos tan baratos, siendo de tan buena calidad.

—Un verdadero artista, es lo que es —decían sus vecinos, admirativamente.

Los hacía de todos los tamaños y modelos, desde los más sencillos, lisos y de madera de pino en blanco, hasta otros cubiertos de tallas y herrajes, que barnizaba cuidadosamente a muñequilla en un tono caoba rojizo.

—No lo puedo dar más ajustado de precio —decía. —Apenas me queda ninguna ganancia.

Esa actitud honrada le había permitido hacerse con una buena clientela, y mantenerla a través de los años, de forma que podía vivir de su trabajo con holgura. Hacía de encargo además cualquier pieza de carpintería, desde una puerta de recios cuarterones a un banquetillo de cocina. Había llegado a sentirse orgulloso de sí mismo, y se creía merecedor de su esposa, su hogar y sus hijos.

—He tenido suerte —decía, mordiéndose las puntas del bigote.

Pero luego la suerte cambió. Aquella noche, como todas, estuvo ordenando sus herramientas de trabajo. Barrió el suelo de serrín y virutas, y sostuvo en la mano la botella de aguardiente que había comprado por la mañana. Era una hermosa botella, y se la había ganado; no todos los días se cumplían sesenta años.

—Luego te cataré —le dijo, como si estuviera hablando a una persona.

Cuando acabó de recogerlo todo se sentó en la mecedora donde solía hacerlo su mujer, y encendió parsimoniosamente la pipa. Hacía tiempo que no usaba el matarratas, y oyó correr a los animalitos en el desván. No le desagradaban; por el contrario, ellos le hacían compañía. Incluso, les echaba de comer trocitos de pan y sobras de comida.

—Ratitas, ratitas —decía, mientras subía la escalera de viejos peldaños que cedían bajo sus pies, llevando en la mano la bolsa de mendrugos.

Hoy suspiró, mientras observaba la fina columna de humo perfumado que se escapaba de su pipa. En lo que iba de año, el negocio había sido floreciente; había muchos ancianos en toda la comarca, que por su gran longevidad despertaban el asombro en las regiones vecinas. Pero la naturaleza no perdona, aún en las regiones más saludables de la tierra.

—No van a durar eternamente —decía el médico del pueblo.

De pronto, parecía que un vendaval de muerte había asolado el lugar. Fueron cayendo uno tras otro los ancianos, como las cartas de un castillo de naipes. Ninguno estuvo a falta de su buen ataúd.

—Siempre los tiene a punto el carpintero —decían. —Parece que algún santo lo avisara de antemano.

Se fue quedando adormilado, sumido en sus recuerdos. Se había casado joven. En la fotografía amarillenta que había sobre la cómoda, aparecía con cerca de cuarenta años menos, más delgado y sin bigote, y con un hermoso pelo ondulado y oscuro. Pero sus ojos meditativos, de hombre consciente y trabajador, no habían cambiado demasiado hasta hoy.

Su expresión se dulcificó, cuando clavó en su esposa la mirada. Ella también aparecía muy joven, casi una niña. Era entonces una muchachita delgada, de aire tímido, que sostenía en el retrato un ramo de flores artificiales. La recordaba muy bonita, aunque aquí no estuviera favorecida. En realidad, el vestido de novia parecía demasiado amplio para ella.

—Yo la quería —musitó.

Luego, la vida había dispersado sus encantos haciendo de ella una sombra de lo que había sido. Se sintió culpable por sobrevivirla, y siguió mirándola en la foto, apoyada en su brazo con gesto desvalido. Pensó que, en cierto modo, él la había traicionado dejándola ir. Ahora, mientras observaba sus ojos oscuros, la compadeció.

—Merecías algo mejor —le dijo con cariño.

Tuvieron un primer hijo que, con los años, comenzó a trabajar en la mina. No le iba la

carpintería, según decía él. Quería ser independiente, y lo fue hasta los veinticinco años, en que un derrumbamiento en una galería le segó la vida.

—Un chico tan majo —decían, tristes, las muchachas del pueblo, lamentando la pérdida de una vida apenas estrenada.

—El ataúd que llevaba en el entierro era el más hermoso que su padre haya hecho jamás —comentaban entre sí las mujeres.

Su madre lo sobrevivió pocos meses. Recordaba ahora sus labios amoratados y sus ojos vidriosos.

—Cuando veas al chico, dile que no lo olvido —le encargó su esposo el carpintero, antes de que muriera. Ella abrió los ojos y trató, débilmente, de afirmar con la cabeza. Luego se fue, con una plácida sonrisa en los labios.

La hija, por entonces, se había marchado a la ciudad. Habían sido débiles con ella. Desde su niñez se habían doblegado a todos sus deseos, y tolerado sus caprichos. No parecía la hija de un obrero, sino de un señorito; al padre lo impresionaban sus lágrimas, y era incapaz de mostrarse duro con ella.

—Es una fiera —decían las vecinas. —No se merece a los padres que tiene.

Cuando los abandonó, el padre se puso furioso, más furioso aún que cuando la descubrió en la era con el hijo de los ricos del pueblo, ambos en mala postura. La muralla de piedra que había construido a su alrededor se vino abajo en un momento, y cayó el velo de sus ojos.

—No hacíamos nada malo —dijo la chica, sacudiéndose las pajas. —Además, eso es cosa mía.

Al principio la muchacha escribía a menudo, y sus noticias eran buenas; estaba trabajando en una fábrica, y mandó una fotografía en que aparecía muy contenta con un militar muy apuesto.

—Es guapo el muchacho —había comentado la madre, queriendo consolarse a sí misma.

Luego, muertos la madre y el hermano, ella dejó de escribir; hacía dos años que el carpintero no había recibido noticias suyas. Alguien dijo haberla visto en la ciudad, con muy mal aspecto, y en un lugar nada recomendable.

—No son más que habladurías —dijo su padre tristemente, cuando se lo contaron con mejor o peor intención.

Ahora, el carpintero se estiró en su asiento suspirando, mientras echaba de menos a su vieja perra amarilla, que antaño solía lamerle la mano.

—Reina, bonita —le solía decir. —¿Cómo está mi perrita hoy?

Por entonces el animal ya no veía, y andaba dando tumbos por la casa y tropezándose con los muebles. Había perdido además el olfato, pero aún así no consentía en desprenderse de ella.

—Debías mandarla al veterinario —le aconsejaban sus amigos. —No lo sentiría siquiera, y dejaría de sufrir.

—Ella no sufre —decía el carpintero, rechazando espantado la idea. —Sabe que me tiene a mí, y nota que la cuidan y la quieren. Además, es lo único que me queda.

Una mañana, la perra no se levantó. Él la lloró como a una hija, fabricó para ella un cajoncillo forrado de seda y se la llevó en la bicicleta, a enterrarla en el monte. Desde entonces, la echaba de menos cada noche a sus pies, o dándole cabezadas en la mano para que él la acariciara.

—Reina, bonita —suspiraba. —Tú también me dejaste.

Hoy, la hubiera necesitado mucho. Era su cumpleaños. El carpintero consultó el calendario con cagadas de mosca que había en la pared: pronto llegaría el invierno, y con el invierno las nieves se apoderarían del lugar.

Había entrevisto el futuro, y lo que imaginó le hizo sentirse enfermo. Repasó con la vista las fotografías de la pared: su padre, un hombre con un gran bigote, poblado como el suyo, que había luchado en la guerra de África.

—Tenías que haberme visto —solía decir con orgullo. —Los soldados de entonces no éramos como los alfeñiques de ahora.

Hoy lo miró interrogativamente, como si fuera a consultarle algún asunto de vital importancia. Lo observó, hasta que se le nubló la vista.

—Tú me comprendes —dijo.

Su madre, una mujer hermosa, algo rolliza, parecía mirarlo inclinando a un lado la cabeza y sonriendo gentilmente. Sostenía en su regazo a un niño gordo y pelón: este niño era él.

—Ay, madre, cuánto tiempo —suspiró el carpintero.

También estaban sus hijos, vestidos de primera comunión. El niño vestía de marinero, y llevaba en la manga un gran lazo con flecos dorados. La niña llevaba un hábito de monja y tenía los ojos muy grandes y negros.

—Siempre ha sido bonita, la condenada —murmuró él. —Quizá, demasiado bonita.

Era un hombre ordenado, y antes de retirarse a dormir solía dejarlo todo recogido y bien dispuesto. Vio que la luz no funcionaba, y hurgó en su bolsillo para extraer la caja de cerillas y encender una vela.

—No he brindado por la parienta, y es mi cumpleaños —pronunció en voz alta. —Que Dios la tenga en su gloria.

Acabó de recoger las maderas, y barrió cuidadosamente todas las virutas. Antes de dejar el taller, se volvió: allí estaba la caja. Era la más hermosa que había hecho, después de la de su mujer y su hijo. Sabía que se estaba muriendo la madre del alcalde, y él no acostumbraba a improvisar. Tenía herrajes dorados, traídos especialmente desde la capital, y estaba forrada de un suave terciopelo morado.

—Que sea de lo mejor —había encargado. —Ellos sabrán pagarlo bien. Quiero que sea un hermoso ataúd.

Trabajosamente lo bajó del desván. Tuvo que enderezarlo primero, ya que no podía hacerlo girar en las estrechas escaleras. Hubiera necesitado a su hijo.

—Tengo que tenerlo todo a punto —pensó.

Cerró la puerta que separaba la planta baja del desván, donde tenía su taller; salió hasta el pequeño vestíbulo, escuchó un momento y miró por la ventana. Aquella noche, en la plaza del pueblo, una casa grande de ladrillos permanecía con todas sus luces encendidas. Era la casa del alcalde.

—No debo descuidarme —dijo él para sí.

Después de haberse calzado sus zapatillas de noche, sacó la botella del aguardiente. Cogió un vaso bien limpio y lo dejó sobre la mesa. Después salió de la habitación, y volvió al minuto. Sirvió el aguardiente en el vaso.

—Por nosotros —dijo, mirando en el retrato la cara de su esposa. Luego observó el líquido, que burbujeaba. —Por ti —añadió, alzando la bebida.

Tomó el vaso entre las manos; su cara mostraba excitación, y cuando lo llevó a los labios, el pulso estaba alterado. Se bebió el licor de un solo y largo trago, y la punta de su lengua lamió su bigote, como si estuviera paladeando una bebida que hacía mucho tiempo no hubiera disfrutado.

—Feliz cumpleaños —se dijo a sí mismo, sonriendo.

***

La anciana madre del alcalde acababa de fallecer. Era de madrugada, y todos sus hijos estaban reunidos en la gran casa de ladrillo. Las luces continuaban encendidas.

—Hay que avisar al carpintero —dijo el hermano mayor. —tendrá que hacer la caja a la medida.

Varios vecinos se habían reunido allí. La estanquera se ofreció a avisarlo, y al rato volvió con un gesto de extrañeza.

—Qué raro —dijo. El carpintero no contesta.

El alcalde se volvió con ojos llorosos.

—¿Ha llamado bien? —preguntó. —Estará dormido.

—Ese hombre tiene un sueño ligero —dijo ella, moviendo la cabeza.

—Yo iré —dijo el hermano mayor, cogiendo la linterna.

No tardaron ni dos minutos en llegar a la casa. La mujer se detuvo ante el portón.

—Es ahí —dijo, señalando. Él lo enfocó con el haz luminoso, y vio que alguien había clavado un cartel con chinchetas. Leyó:

“Cerrado por suicidio del dueño”.

—¿Qué es eso? —preguntó la estanquera.

No hubo que hacer grandes esfuerzos para entrar: la puerta estaba abierta. Hallaron al hombre en el comedor, tendido en una hermosa caja con herrajes dorados. Calzaba zapatillas de noche y sonreía como un niño. Tenía las manos sencillamente cruzadas sobre el pecho, y a su lado había una botella de aguardiente.

—Mire esto —dijo la mujer.

Era una caja de cartón, que había contenido matarratas; tenía impresa una negra calavera, y en letras rojas la palabra: VENENO.

El hermano del alcalde miró alrededor: en el suelo, junto a la botella, había un vaso completamente vacío.

—Es increíble —dijo, estremeciéndose.

EL CASINO

Aparentemente, nada llamaba la atención en aquel despacho, fuera de un lujo desmedido. Había asientos tapizados en terciopelo rojo y otros en cuero negro, todo sobre una extensa alfombra persa de colores oscuros. Un armario-vitrina ocupaba un lado de la habitación: era de caoba maciza, exceptuando dos de sus puertas, con pinturas antiguas sobre un fondo dorado. Pero tras aquellos detalles lujosos y convencionales, se ocultaba todo un complicado sistema de seguridad electrónica.

—Demasiados suicidios en los alrededores en lo que va de año —dijo el director del casino, moviendo meditativamente la cabeza. —Esto nos perjudica mucho.

Estaba sentado tras una pesada mesa de caoba, de patas torneadas; sobre la mesa había una lámpara con pie barroco de cristal, que expandía a través de la pantalla de raso una luz amarillenta. Tenía unos recortes de periódico en una carpeta de cuero, y los repasó con aire preocupado. Luego añadió: —¿Se te ocurre alguna solución? —Su hombre de confianza, Mallowsky, lo miró sonriendo.

—Ya estamos tomando precauciones —dijo. —No conviene que se corran las voces de que la gente se suicida después de perder en el juego. —El director pareció sorprendido.

—¿Tomando precauciones?—dijo, frunciendo el ceño. Tenía un rostro ancho y moreno, y en él brillaban unos ojos grises y duros. Llevaba un bigote recortado, y tanto éste como los cabellos, muy cortos, eran agrisados. Mallowsky asintió.

A los dos últimos los encontraron con una buena cantidad de dinero en el bolsillo —explicó accionando, y un brillante centelleó en su dedo anular. —Uno estaba en el hotel, o al menos allí lo encontró la policía, y el otro en su automóvil, a muchos kilómetros de aquí. —Se detuvo un momento, y mostró al sonreír unos dientes de oro. —Tenemos montada una red de vigilancia en los alrededores del casino, para prever casos como éstos. Espero que no te moleste mi iniciativa —agregó con voz untuosa. —Pensé que no querrías descender a detalles tan menudos.

La cara del jefe mostró satisfacción.

—No está mal la idea —dijo, encendiendo su pipa. —Eso hará que los malditos periodistas nos dejen tranquilos.

Mallowsky afirmó con un gesto. Era un hombre pequeño, de aspecto sagaz, y representaba unos cuarenta y cinco años. Su cabeza era redonda, casi desprovista de pelo; en cambio, sus cejas eran pobladas y muy negras. Con sus mejillas semejantes a las de un bulldog no resultaba en absoluto decorativo, pero el director del casino tenía una larga experiencia de su eficacia, aunque también de su falta de escrúpulos.

—Se trata de que la policía, en algunos casos por lo menos, desvíe su atención hacia otros móviles de tipo pasional, o de venganza —dijo, entrecerrando sus ojillos oscuros en donde brillaba una expresión de astucia. El director dio una chupada a su pipa. Asintió.

—Las cantidades irán, como es lógico, al apartado de “imprevistos” —dijo, como si pensara en voz alta. —Bien, bien. Por mucho que sea, no significará absolutamente nada para el casino.

—Exacto —dijo el otro, aspirando hondo. El director se había puesto en pie, dando fin a la conversación.

—Te ocuparás personalmente de estos casos —indicó. —Pero no conviene abusar, o sospechará la policía. No son tontos en absoluto.

—Descuida —contestó Mallowsky, levantándose a su vez. Llevaba un traje negro cortado a las mil maravillas, y un impecable pañuelo blanco de seda asomaba por el bolsillo de su chaqueta; no obstante, el atuendo no podía ocultar lo poco lucido de su porte. El director se volvió un momento antes de salir.

—No olvides que mañana por la tarde tienes una cita —dijo. Mallowsky asintió con la cabeza.

—No la olvido. Tengo que hacer varias gestiones, y no vendré hasta la noche. —El otro hizo un gesto con la mano.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo, saliendo. —Hasta mañana por la noche, entonces. —Luego pareció recordar un detalle, y giró sobre sus talones. —De todos modos, es preciso anotar con detalle las salidas de dinero que pueda haber... digamos, en caso de “emergencia”. —El otro rió la expresión.

—Yo lo llamo apartado de... compensaciones —dijo, poniéndose serio. Todo está

anotado en la cuenta privada. —El director estaba pensativo.

—No es conveniente que nadie que no sea de absoluta confianza conozca el asunto —observó. —Podría originarse un buen escándalo.

Su voz era serena, pero en sus ojos azules había una sombra de temor. No estaba tan tranquilo como quería aparentar. Mallowsky lo observó, sonriendo de nuevo.

—Todos mis hombres son de confianza —dijo. El director alzó la mano.

—Sabes que confío en ti —dijo finalmente, con una atractiva expresión de hombre de mundo. El socio habló desde la puerta.

—Al fin y al cabo, no hacemos más que una obra humanitaria —bromeó. —De esta forma, el entierro no resulta gravoso a las familias.

***

El edificio del casino era una lujosa mansión con fachada de sillería, situado en el centro de un extenso jardín que bajaba hasta un bosquecillo de pinares, hacia el mar. Tenía dos plantas de balconadas sobre la inferior, y adosado al edificio principal había un cuerpo más bajo dedicado a los servicios técnicos, que eran numerosos y sofisticados. En los sótanos, cajas tan fuertes como la del Banco Nacional custodiaban muchos millones en dinero, joyas y objetos de arte diversos, que habían sido depositados allí por los clientes, a cuenta de importantes cantidades en metálico.

—Pueden retirarlos cuando gusten —era la consigna del casino, pero ellos sabían que el dinero difícilmente lo podrían devolver.

Hasta altas horas de la madrugada las luces permanecían encendidas, expandiéndose un blanco resplandor sobre el jardín. Desde las altas verjas de hierro que lo circundaban, la mansión resultaba suntuosa; detrás de los cristales superiores podían distinguirse las grandes arañas de cristal, cuyas luces se multiplicaban en miles de lágrimas refulgentes. Una larga y doble balaustrada de piedra rodeaba ambos pisos, sobre los árboles y setos de laurel.

—Es un lugar magnífico —comentaban los visitantes novatos, sin sospechar la amargura que aquel hermoso edificio era capaz de provocar en ellos en el caso probable de que salieran perdedores.

Una lujosa escalera alfombrada, con pasamanos de mármol blanco, unía el enorme vestíbulo con los dos pisos superiores; todos los muros estaban aquí revestidos de mármol, y los escasos muebles exquisitamente escogidos. Grandes jarrones de porcelana cobijaban las plantas de interior.

Ya salían los últimos clientes cuando una mujer muy hermosa comenzó a bajar la escalera. Algo en ella parecía irreal; tenía el pelo de un rubio color miel, formando una corona de rizos en torno a su cabeza.

—¿Desea que le llame un coche? —dijo uno de los botones. Ella lo observó un momento, y sonrió con cierta tristeza.

—No hace falta, gracias. Voy a salir dando un paseo.

El muchachito se encogió de hombros, y se dirigió a recepción. Los altos tacones de la mujer repiquetearon en los peldaños de salida. No era demasiado joven, pero su rostro era terso todavía; vestía un traje de noche gris topo de raso natural, y sobre su cuello de alabastro centelleaba un ancho collar. Llevaba en las manos un pequeño bolso de fiesta, y unos delicados guantes blancos.

—Cierra bien las ventanas —oyó que alguien decía a su espalda, y luego nada más.

El jardín estaba en penumbra, y pisó la gravilla que chirrió a sus pies; se detuvo un momento en un claro que hacían los árboles, y abrió su bolso: estaba vacío.

Un suspiro estremeció sus hombros, antes de que siguiera caminando hacia la parte más oscura del jardín. Luego, la hermosa mujer introdujo una mano en el escote de su vestido; por una décima de segundo, un objeto pavonado y brillante reflejó las luces del salón superior.

***

Mallowsky se disponía a abandonar el casino; el último cliente se había marchado ya, y las mesas estaban recogidas. Se había hecho el recuento de la jornada, y los empleados se habían despedido hasta el día siguiente.

—Llegaré tarde mañana —indicó. —He dejado conectado el contestador de mi despacho, por si tuviera algún aviso.

—Hasta mañana —dijo el conserje, con una ligera inclinación. —¿Necesita alguna cosa más?

—No, nada —dijo él. —Yo cerraré la puerta.

Entró un momento en su gabinete privado, donde todo era refinado y costoso: las cortinas de raso y terciopelo, las paredes recubiertas de ricas maderas, la elegante vitrina

con porcelanas orientales, los muebles clásicos, de ricas maderas oscuras con apliques de bronce...

—No puedo quejarme —sonrió. Todo lo había obtenido con su sagacidad; había subido desde al arroyo, y el pasado quedaba atrás en su memoria, sin que hubiera dejado la menor huella. No fallar nunca: ahí estaba el secreto de la confianza que había sabido conquistarse.

Vio que la ventana al jardín estaba abierta; aunque protegida por fuertes rejas, había orden estricta de que todo se cerrara. Pensó hacerlo antes de salir. Se sentía cansado, y tomó asiento en un pequeño sillón de estilo Luis XV.

—Incluso estoy aprendiendo los estilos en decoración —sonrió para sí, mientras acariciaba la suave tapicería de seda con motivos de flores. Sus pies estaban pisando una sedosa alfombra oriental que valía una fortuna. De pronto saltó en el asiento.

—¿Qué ha sido eso? —pronunció en voz alta.

Le había parecido oír un seco estampido en el jardín, como si alguien hubiera disparado un arma. Se puso en pie tan violentamente que estuvo a punto de derribar un jarrón de Sajonia que había sobre un pequeño velador.

—Demonio, no —dijo, abandonando la habitación.

Bajó precipitadamente la escalera, sin usar el ascensor; una vez fuera se mantuvo indeciso, ante la gran fachada blanca, bajo el arco del porche; el disparo había sonado por el lado del mar.

—¿Hay alguien por ahí? —preguntó.

El césped formaba un espeso y fresco tapiz; un muro de piedra, al fondo de la explanada, tenía tres arcadas abiertas hacia la playa. Cruzó la pérgola, protegida de miradas indiscretas por setos de lilas; la adornaban vasijas y antiguos pilares, que adquirían en la noche una apariencia fantasmagórica.

—¿Hay alguien? —repitió, y tampoco obtuvo respuesta. Al otro lado de la pérgola una escalerilla de piedra bajaba hacia la playa, y a la luz de la luna vio aparecer a un hombre, jadeante. Cuando lo vio, el hombre pareció sobresaltarse.

—Soy Mallowsky —le dijo él. —¿Qué ha ocurrido?

—Ha sido una mujer —dijo el otro, y a él le pareció que temblaba. Mallowsky trató de no inmutarse.

—¿Dónde está? —preguntó. El hombre contestó, gesticulando.

—Está en el bosquecillo, ahí abajo —indicó. Mallowsky lo apartó a un lado.

—Bien, no le digas nada a nadie. O mejor, espérame aquí.

La encontró caída en la arena, junto a una mesa y dos sillones blancos de metal. La observó de cerca, y vio que le resultaba conocida: la había visto con un hombre más joven, a su entender demasiado guapo, con unas facciones perfectas y el pelo ondulado y castaño. Él era sin duda un *gigoló* y ella debía haber gastado con él mucho dinero, quizá de su marido. No había en su bolso de mano más que un fino pañuelo de encaje, y unos guantes.

—Pobre desgraciada —musitó.

Se arrodilló a su lado: sus pómulos eran delicados, y en su sien izquierda pudo ver a la luz de la luna un amasijo de sangre y cabellos. Se dio cuenta de que los hermosos labios estaban entreabiertos; tampoco sus ojos estaban cerrados, y con un ademán involuntario extendió la mano y los cerró. La frente de la mujer estaba cálida todavía, lo mismo que su sangre. Notó en los dedos el líquido viscoso, lo limpió con su propio pañuelo de seda, y luego guardó el pañuelo en el bolsillo del pantalón. El guarda se había aproximado, y lo miraba desde arriba.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó.

—Hay que actuar con rapidez —dijo él, levantándose. —Pero no podemos moverla de aquí. Los otros se han marchado ya.

—¿Va a ponerle el dinero? —Él asintió con la cabeza.

—Y ten la boca bien cerrada, si no quieres perder el empleo, y algo peor. Acuérdate de tus pequeños —añadió, enderezándose.

El otro tenía una linterna, y enfocó el cadáver. Mallowsky observó de nuevo a la mujer: su cuerpo era escultural, con largas piernas y unos zapatos de tacón muy altos; sus cabellos eran rubios, cortados en bucles, y parecían recién salidos de la peluquería, si no hubiera sido porque estaban empapados en sangre. Iba vestida de raso color gris, y llevaba los hombros y la espalda al descubierto. Sobre la piel blanca de su cuello centelleaba un soberbio collar.

—No toques nada —añadió Mallowsky. —Y aguárdame aquí, sin moverte.

Para volver tuvo que caminar unos cien metros, y atravesar de nuevo la pérgola y la plazoleta de hierba entre los árboles. Ahora sí tomó el ascensor hasta el primer piso; no

había nadie en el casino, y pronto estuvo en el despacho del director. Aquel silencio le pareció de mal agüero.

—La quinta persona en el año —se dijo, mientras abría la puerta con su llave maestra. —La gente parece haberse vuelto loca. Podían ir a matarse a otra parte —rezongó.

Encendió la luz, y notó que un leve aroma a tabaco de pipa flotaba en el ambiente. Lo cierto era que la muerte de una persona, o de una docena de ellas, había llegado a no impresionarlo en absoluto. Eran demasiadas las cosas terribles que había tenido que asumir en su ya larga carrera. No obstante, sin que quisiera reconocerlo, la imagen de aquella mujer había logrado conmoverlo.

—Me estoy haciendo viejo —gruñó, buscando una llave especial en el manojo que siempre llevaba consigo.

Frente a él se alzaba la vitrina de madera maciza, ocupando la casi totalidad del muro; accionó el mecanismo, y uno de los paneles se deslizó en silencio. Mientras abría la caja fuerte, había en su rostro una estirada sonrisa.

—Un suicidio pasional... —murmuró.

Tomó un buen fajo de billetes, lo contó y lo guardó en el bolsillo. Antes de salir dio un vistazo al despacho; sobre una mesa baja, un jarrón de flores amarillas trataba de paliar sin conseguirlo la excesiva severidad de la pieza.

—Ella tendrá muchas flores —pronunció en voz alta, extrañamente emocionado. Luego cerró, con dos vueltas de llave.

***

No tuvo tiempo al día siguiente de ver las noticias en la televisión. Por la tarde tuvo que desplazarse unos cientos de kilómetros, para contratar con una empresa de seguridad en edificios públicos: se trataba de una alarma automática en caso de incendio. De vuelta en su casa se dio una ducha y se afeitó cuidadosamente; sabía que no era guapo en absoluto, por lo que no podía descuidar ningún detalle de su aspecto físico.

—No hace falta ser ningún Adonis para medrar —sonrió, mirándose al espejo de su lujoso cuarto de baño. Su amiga había salido, y le dejó un mensaje escrito en el cristal con la pastilla de jabón: se verían al día siguiente, para almorzar.

Sacó del garaje subterráneo un último modelo de automóvil de importación, y no tardó veinte minutos en llegar al casino; la noche estaba en su apogeo, y no se notaba ninguna señal de alarma en los clientes, ni tampoco en los empleados.

—Menos mal —suspiró. —El truco parece haber dado resultado otra vez. Pero no conviene abusar, o nadie va a tragarse lo del suicidio por amor.

Cuando entró en el despacho principal, el director estaba ya sentado tras la mesa. Él temía que lo recibiera de mal humor, y se sorprendió enormemente por su expresión afable, casi alegre.

—¿Todo bien? —preguntó el jefe, sonriendo con sus ojos de un azul porcelana. Él se dejó caer en una silla de alto respaldo.

—Tenemos la negra —resopló, por todo saludo. El otro frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo, a qué me refiero? Bien, lo siento por la cuenta secreta. Pensé que anoche la cantidad debía ser mayor.

El director lo miraba como si acabara de salir de una residencia de reposo para enfermos mentales.

—¿Qué pasó anoche?—preguntó, extrañado. Mallowsky hizo un gesto de impaciencia, y habló roncamente.

—Pensé que yo era el duro —dijo. —Y ahora resulta que tú me ganas por más de una cabeza. —El director se retrepó en su asiento.

—¿Quieres explicarte de una vez?

—Me refiero a la mujer que anoche se disparó un tiro, a cien metros de tu bonita mesa —dijo torvamente. El otro lo miró.

—Pero, ¿estás delirando? —Él se removió, incómodo.

—¿No había una mujer muerta en la playa? No me digas que nadie dio con ella todavía. Yo mismo vi su cadáver sangrante, sobre la arena.

El director movió cachazudamente la cabeza.

—Eso es imposible —dijo. —Por cierto, he abierto la caja fuerte. ¿Para qué has utilizado tanto dinero? —Él lo miró, asombrado.

—¿Para qué? —casi chilló. —Le metí el dinero en el bolso, como habíamos hablado.

El director dio vueltas al llavero en la mano.

—Ah, esto es para ti —señaló, tendiéndole un sobre largo y perfumado. Él lo abrió precipitadamente, y se quedó mirando el tarjetón con la boca abierta.

—Maldita sea —gruñó.

—¿Se puede saber lo que te pasa? ¿Es algo relacionado con la seguridad contra incendios? —Él denegó.

—No es nada de eso —dijo, pasándole la nota. —Mira.

El director tomó el tarjetón; no tenía membrete, ni firma. Con una bonita caligrafía, seguramente forzada, una mano femenina había trazado las siguientes líneas:

“Gracias por su dinero, señor Mallowsky. Fue un detalle el que me cerrara los ojos, y más aún que metiera dinero en mi bolso. Nunca lo olvidaré: es la primera vez que consigo una pequeña fortuna en un casino. Soy una lectora asidua del periódico, y dos suicidios pasionales tan seguidos son demasiados para el tiempo en que vivimos. Ya no estamos en la época del joven Werter, ¿no cree?

P.D.: El collar no es auténtico. ¿Verdad que es una buena imitación?”.

—¿Dónde estaba esta carta? —preguntó con voz ronca Mallowsky. El director empezaba a comprender. De pronto soltó una sonora carcajada.

—Un botones la trajo esta mañana —dijo, entre hipidos. —No conocía a la señora más que de vista. Era rubia y muy guapa, y te enviaba saludos.

Mallowsky se derrumbó materialmente en el asiento. Miró la lámpara del techo, y le pareció que las lágrimas de cristal iniciaban una loca zarabanda. Era como si se estuvieran muriendo de risa.

EL ENCUENTRO

El corazón le latía fuertemente bajo la chaqueta bien cortada de su traje gris, conforme iba aproximándose a la estación. Estaba en vísperas de la mayor aventura de su monótona vida, y se alegraba de haber llegado hasta el final.

Dejó aparcado su deportivo rojo, cerró la portezuela y aspiró hondamente el aire fresco de la noche; confiaba en poder hallar a la mujer entre los numerosos viajeros que se bajarían del tren.

Iban a dar las diez de la noche, la hora deseada y temida al mismo tiempo; bajo la reciente lluvia la estación centelleaba iluminada por los focos, en contraste con la espesa oscuridad del exterior. Atravesó deprisa la calzada, y al entrar en el vestíbulo se dedicó a estudiar a las personas que aguardaban en el andén.

Temía haberse retrasado por causa de varias obligaciones de última hora, pero no fue así; el tren no había llegado todavía, y aquellas personas parecían aguardar a sus familiares o amigos. La sala de espera estaba medio vacía.

Estuvo recordando todo lo ocurrido desde varios meses atrás: a ella había llegado a conocerla en forma poco usual, por medio de un anuncio en cierta sección del periódico. Reclinado sobre una columna metálica rememoró los hechos desde un principio. Él se consideraba un hombre sencillo, que gracias a su esfuerzo se había abierto camino en el mundo del comercio local. Y aunque estaba muy satisfecho de sí mismo, hoy las manos le temblaban un poco al pensar en el próximo encuentro.

—El tren llegará en cinco minutos —oyó a sus espaldas. Una puerta de cristales basculó, y cuando por fin se detuvo, él se miró de reojo en la negra y pulida superficie. Su aspecto le pareció aceptable.

—¿Puede decirme qué hora es? —le preguntó una mujer robusta, que llevaba una larga gabardina verde claro. Él se sobresaltó.

—Son... son las diez pasadas —le dijo, y ella le dio las gracias con una sonrisa bobalicona. La vio salir hacia los andenes con su andar desgarbado, y sin querer pensó en el abismo que separaba aquella torpe figura del bonito cuerpo de la mujer que él aguardaba. Maquinalmente, se enderezó el nudo de su corbata nueva, y sonrió pensando en la fiesta de la víspera, cuando sus amigos de siempre le habían organizado una especie de despedida de soltero. Porque no había sido capaz de guardar su secreto, y ellos estaban al corriente de su próximo encuentro.

—Espero que me la presentes —le había dicho uno, con cierto retintín que él interpretó como inequívoca señal de envidia, ya que el hombre estaba casado con una mujer de apariencia bien vulgar.

—Por supuesto —le contestó él. —Tendré mucho gusto.

Aquél era un tipo fanfarrón; en realidad, muchos de sus amigos solían fanfarronear de sus conquistas. También él, cuando Dunia llegara, la luciría en las fiestas y en los ambientes más refinados de la ciudad. En realidad, pensó, lo apropiado sería dar cuanto antes una fiesta en su honor; invitaría a mucha gente, y de esta forma correspondería a sus amigos.

—Será estupendo —comentó en voz alta, y un hombre que pasaba lo miró.

—¿Decía usted algo?

—No, no. No decía nada.

—Ah, perdone, creí.

Dirigió la mirada al exterior, hacia el negro agujero de la noche, y no pudo por menos que reconocer que estaba bastante nervioso. Desde sus años de colegial no había experimentado una sensación como aquélla. Ciertamente, se sentía como un escolar. Luego sintió un escalofrío.

—Espero que venga —suspiró. —Que no haya perdido el tren, o cosa por el estilo.

También se le ocurrió pensar que quizás ella quedara desilusionada de su físico; en realidad, las fotografías que él le había mandado eran de algún tiempo atrás. Ahora, por ejemplo, tenía algunas canas más, y bastantes cabellos menos.

—Cosa sin importancia —se dijo, tratando de consolarse.

Se habían estado enviando mensajes por correo electrónico durante tres meses. En un principio mantuvo esta relación en secreto por un cierto sentido del ridículo, pero fue acomodándose a la situación, y bajando la guardia les contó todo a los amigos, que se congratularon con él por su noviazgo. Ellos mismos, la víspera, habían brindado por el final

feliz de esta romántica aventura.

—Tienes suerte —le dijo uno con un guiño de complicidad. —Ya ves, yo a mi mujer la conozco desde las clases de párvulos. Hay que buscar emoción en la vida —había añadido con una risotada.

Hasta aquel momento, ella se había negado a que se conocieran personalmente. A punto estuvo de ceder en dos ocasiones, pero siempre algún acontecimiento imprevisto se había interpuesto entre los dos. Ambos habían decidido aguardar una ocasión más favorable.

La llegada del tren lo sorprendió sumido en sus pensamientos. Estaba entrando bajo la cubierta metálica, y él aceleró el paso hacia el brillante convoy, sin saber muy bien hacia cuál de los vagones dirigirse. Los latidos de su propio corazón le impidieron escuchar el sonido de los frenos, al tiempo que varias dudas le taladraban las sienes.

¿Encontraría las palabras adecuadas para recibirla? ¿Estaría ella totalmente repuesta de aquella caída del caballo, de la que convalecía cuando cruzaron sus primeras cartas? No había sido nada grave en principio, según ella misma le dijera; porque aunque se había fracturado un tobillo, no había razón para temer que aquello degenerase en cojera. Además, él se había empeñado en que la tratasen los mejores especialistas. Para conseguir un resultado perfecto, le habían administrado un rígido tratamiento de rehabilitación en una excelente clínica privada. El hombre del traje gris se sentía verdaderamente contento y satisfecho por haber podido contribuir a que se llevase a cabo esta terapia.

Terminada la última sesión, como aún le quedaran secuelas dolorosas, él mismo la animó a que visitara en Suiza a un famoso traumatólogo; en realidad, no podía consentir que una mujer tan bonita tuviera en su cuerpo la más leve molestia o defecto.

—No te preocupes por los gastos —le había dicho. —Ya hablaremos de eso cuando estés recuperada.

Al fin y al cabo, él era soltero y tenía unos buenos ingresos. ¿En qué podría haber empleado mejor sus ahorros, si pensaba hacerla su mujer? Y es que, hasta la fecha, había estado de tal manera absorto en su trabajo que no se planteó nunca la posibilidad de casarse. En su medio social lo consideraban ya como un soltero empedernido, y alguna compañera de trabajo había renunciado hacía tiempo a conquistarlo.

—Acabará siendo un amargado —decía su secretaria con despecho. —Menos mal que yo no lo veré, me habré ido de la empresa mucho antes.

Y luego habla comenzado aquella correspondencia que cambió el signo de su vida. En un principio ocultó el asunto con todo cuidado, aún a sus amigos más íntimos, pero tras algunas vacilaciones, ya todas sus amistades conocían el “affaire”.

—Quién lo hubiera dicho —comentaban, —un hombre tan reacio como él.

Y ahora iba a conocerla. Desde que fijaron la fecha, cada día que pasaba su nerviosismo iba en aumento hasta convertirse en verdadera ansiedad. Porque ella se había restablecido totalmente, y el momento tan deseado estaba a punto de llegar. Lo que más lo alegraba era haber contribuido a su curación.

—Siempre te lo agradeceré —le había escrito ella.

—Es tuyo todo el mérito— contestaría él.

Porque en un principio ella tuvo que caminar con muletas y padeció fuertes dolores, por lo que él la había obligado a tomar una enfermera. Supo que con ella daba su querida Dunia largos paseos a una playa cercana, donde la muchacha podía tomar el sol, algo muy importante para la total curación de la fractura.

Últimamente había podido prescindir de la enfermera y se arreglaba sola, hasta el punto de haberle anunciado su próxima visita.

Él quiso visitarla y así se lo propuso, pero ella sentía verdadera ansia por viajar, a más que deseaba conocer el ambiente y las amistades de él.

Como tú quieras —le había contestado él, porque en realidad el anuncio de su llegada lo había llenado de excitación y alegría. Por ella estaba dispuesto a sacrificar su libertad, y formar una familia.

—Aunque no quiero muchos hijos —le había dicho ella. —¿Sabes? Estropean mucho la figura.

Le decía en su último mensaje que estaba deseando conocerlo. Él también lo estaba, aunque tenía que reconocer que además bastante asustado. Por si fuera poco, hoy tenía los pies doloridos por causa de sus nuevos y estrechos zapatos.

De pronto, se dio cuenta de que se estaba quedando solo en el andén. Volvió hacia la entrada, y allí no vio a ninguna mujer que se le pareciera. Estuvo mirando en la sala de espera y en el vestíbulo, recorrió el andén varias veces y tampoco la vio. Se dirigió a uno de los mozos.

—¿Es el último tren? —preguntó.

—Hay otro, con la misma procedencia, dentro de un cuarto de hora.

El hombre del traje gris respiró hondo.

—Ah, vaya, muchas gracias. Debo haberme confundido.

El mozo se encogió de hombros y siguió su camino. Él dio un vistazo a la noche lluviosa fuera del andén, y para ocultar su nerviosismo se sonó fuertemente la nariz. Cerró los ojos, y suspiró. Últimamente sufría algunos fallos de memoria, tendría que cuidarse.

—Unas vitaminas, tal vez —se dijo. —Al parecer, hacen milagros.

Deseaba que desde un principio ella quedara satisfecha de él. Con la mano derecha en el bolsillo palpó las llaves de su nuevo automóvil, recién estrenado; en realidad el antiguo no estaba mal, y todavía hacia un buen servicio; pero, ¡demonio!, había que renovarse o morir.

—Demasiado caro —dijo una vocecita en su interior.

Ahora, sólo unos minutos los separaban en el tiempo, y a lo sumo algunos kilómetros de vía en el espacio. Sonrió, pensando en la cara de sus amigotes cuando les presentara a aquélla maravilla.

—Esta es Dunia —diría. —Ya os he hablado de ella.

Le había reservado plaza en uno de los mejores hoteles, porque no le pareció correcto invitarla a su casa. Al parecer, según ella le dijo, la chica ocupaba en su pueblo una gran casa de estilo rústico que su padre le había dejado al morir en un accidente de automóvil. A su madre, apenas la había conocido y ni siquiera la recordaba. La casa tenía dos pisos y casi veinte habitaciones, y en ella se sentía muy sola. Además, por causa de unas demoras en la herencia, había tenido que prescindir del jardinero y la doncella, quedándose tan sólo con la cocinera y los guardeses.

—Todo se arreglará cuando perciba el dinero íntegro —le había escrito. —Entonces, ya no tendré que preocuparme de nada.

Ahora, la llegada del nuevo tren no lo cogió de improviso. Se estaba deteniendo lentamente, y no se había parado todavía cuando él se abalanzó hacia los coches de primera clase. Los primeros viajeros comenzaron a bajar las maletas y paquetes.

—Perdónenme —indicó. —Estoy buscando a alguien.

Estuvo mirando a través de las iluminadas ventanillas, y tampoco la vio. Fue a situarse de nuevo junto a la salida; diez minutos después casi todos los viajeros habían abandonado la estación, ocupando los taxis y autobuses que aguardaban fuera para trasladarlos a sus destinos.

—Maldita sea —masculló. —Hoy no es mi día de suerte.

Buscó de nuevo, cada vez más nervioso, pero entre los pocos rezagados no había ninguna mujer. Dos parejas abandonaban el andén. De pronto, su corazón dio un vuelco: vio al fondo a una muchachita desmedrada que arrastraba una pesada maleta con ruedas. Pero aquélla no era, no podía ser su Dunia. Se le acercó, turbado.

—¿Buscaba a alguien?— preguntó. Ella lo contempló con ojos muy abiertos.

—Creí que vendrían las Madres del convento a recogerme. Es que... yo voy a ingresar como novicia.

El hombre respiró, aliviado.

—¿Quiere que la ayude? —preguntó, y ella negó agitadamente.

—Ah, no, de ninguna manera, señor. Aguardaré aquí, ellas tienen que venir a buscarme.

Él consultó el reloj por enésima vez aquella noche. Se sentía chasqueado, y una sorda cólera le comenzaba a crecer en el pecho. Pero luego recapacitó:

Sin duda la muchacha había perdido el tren. De todas formas, la falta de puntualidad era algo que nunca pudo soportar. Un hombre con gorra de plato se dirigía deprisa a la cantina.

—¿No llegan más trenes esta noche? —preguntó. El otro contestó sin mirarlo.

—El próximo llega de madrugada —dijo.

Estuvo tentado de irse, pero luego decidió armarse de paciencia y esperar. Fue entonces cuando se dio cuenta de que un hombre calvo y rechoncho parecía aguardar también a alguien, y ello lo consoló, viéndole recorrer el andén con sus cortos pasos.

—Buenas noches, ¿tiene usted hora? —le preguntó aquel hombre, acercándose. Él le indicó la iluminada esfera de un reloj de estación.

—Ahí puede verla —le dijo, y el otro se disculpó:

—Es cierto, dispense.

Pasaron diez minutos más, luego veinte, y el hombre gordo seguía en la estación. Debía estar nervioso, y de nuevo se detuvo a su altura.

—Me revienta esperar —dijo con voz adusta, y él se limitó a sonreír sin ganas.

—No es agradable —dijo.

Lo sobresaltó la llegada de un tren de mercancías. Para hacer tiempo decidió entrar en la cantina, porque al menos allí podría sentarse. Por encima de la barra, un camarero lo miró con ojos de sueño.

—Un café solo, por favor —dijo él. —Y también un coñac.

A un extremo del mostrador había un hombre largo y seco, que engullía con ansia un bocadillo de jamón y de tiempo en tiempo daba un sorbo a una espumeante jarra de cerveza. Terminó con la cerveza y el bocadillo, y se enjugó los labios en la servilleta de papel.

—Cóbrame todo —le dijo al camarero.

Encendió luego un grueso cigarro y le dio una profunda chupada. Dos empleados de la estación entraron en el local, gesticulando. Uno pidió un refresco.

—¿Qué tal va la noche? —le preguntó al camarero, alargándole unas monedas. El otro limpió la barra con un trapo.

—Flojilla —contestó. —¿Vas a comer algo?

—Hoy no —contestó él. —Me esperan a cenar en mi casa.

El hombre del traje gris encendió un cigarrillo, y entre las volutas de humo observó cómo los dos empleados salían, despidiéndose.

—Buen servicio —dijeron al unísono.

El hombre alto y flaco había introducido una moneda en la máquina tragaperras: de tiempo en tiempo, se aclaraba la garganta en un profundo carraspeo que resonaba en el local semivacío.

—Dame otro bocadillo —dijo, casi con rabia. —Y sírveme otra cerveza, que esté más fría que la anterior.

En aquel momento, el tipo robusto atravesó las puertas basculantes de la cafetería. El sujeto del traje gris lo vio como a algo familiar.

—¿Quiere tomar algo, amigo? —le dijo. El gordo pareció sobresaltarse.

—No, gracias —contestó hoscamente.

Luego, el hombre del traje gris fue a sacar un cigarrillo para ofrecérselo, pero la cajetilla estaba vacía. La arrojó a una papelera, y de la máquina automática extrajo un nuevo paquete.

—¿Quiere fumar? —dijo amigablemente, y entonces el hombre calvo y gordo aceptó un cigarrillo.

—Gracias, amigo —dijo, y se acercó a su encendedor. Luego, apoyado en la barra del bar, desplegó un periódico que llevaba en el bolsillo.

Se hizo un nuevo silencio, roto por el sonido de la loza que el camarero colocaba ordenadamente en un estante. El hombre del traje gris aspiró el humo, y pensó que el día siguiente iba a ser de una gran actividad. Tenía reunión de accionistas, y tendría que pronunciar un discurso. Suspiró.

—Voy a estar hecho polvo —se dijo. Estaba francamente irritado y se disculpó a sí mismo pensando que habían sido unas horas demasiado tensas. Nunca le había ocurrido nada parecido a lo de hoy.

El hombre calvo miraba de tiempo en tiempo un reloj sobre el mostrador, como si no se hubiera percatado de que no funcionaba. Finalmente pidió un café doble, y con el vaso humeante en la mano fue a sentarse en una de las mesas de mármol que tenían las patas de hierro esmaltadas en negro. Allí siguió pasando las hojas del diario, mientras sorbía su café.

—No hay duda, también aguarda a alguien que no ha debido llegar —se dijo el hombre del traje gris, observándolo de reojo. —Mal de muchos...

Ello le hacía sentirse en cierto modo aliviado. —Son cosas corrientes que pasan cada día, pensó. Un retraso en la circulación, una emergencia de última hora... No había motivo para ponerse nervioso. El hombre alto y flaco se le había aproximado, y habló a sus espaldas.

—¿Espera a alguien? —dijo. Él se estremeció.

—¿Cómo dice?

El otro no repitió la pregunta. Era un tipo descarnado y vestía una ropa llamativa, aunque nueva. Unas amplias hombreras trataban de corregir su extrema delgadez. Llevaba en el dedo anular un gran brillante que centelleaba.

—Hace mucha humedad esta noche —observó.

—Si, espero a alguien —contestó el de gris.

—Entonces, somos dos. ¿Permite que me siente?

—Estaba... estoy esperando a una mujer.

El hombre flaco alzó las cejas durante un fragmento de segundo. Su cara tomó un tinte rojizo.

—¿Una mujer? —dijo, intrigado. El tipo grueso había soltado su periódico y los miraba ahora, silencioso.

—Sí —dijo el del traje gris. —Pero ha debido de perder el tren.

De pronto le pareció la situación ridícula, y se arrepintió de haber hablado demasiado. No tenía por qué revelar sus secretos ante el primer desconocido que llegara. Pero el otro estaba interesado.

—Yo también aguardo a una mujer.

El hombre grueso había doblado el periódico y lo dejó sobre el blanco mármol de la mesa. En sus ojos se advertía una mirada de alarma.

—Dicen ustedes... Es curioso —comentó.

Los ojos del hombre flaco eran de un gris acerado. Un minuto más tarde se hallaban los tres sentados a la misma mesa, y pasado un cuarto de hora mantenían una animada conversación. Casi habían olvidado el motivo de su insólita presencia allí. Tenían amistades comunes, incluso condiscípulos comunes de bachillerato. Más o menos, eran de edades parecidas.

—El mundo, verdaderamente es un pañuelo —dijo el de traje gris, moviendo la cabeza. Ya no estaba nervioso, ni tenía prisa por marcharse. Finalmente, el hombre grueso terminó sincerándose.

—¿Saben? En realidad, yo también aguardo a una mujer.

—¿Su esposa, quizá? —preguntó el más delgado, y él se removió en el asiento.

—Jem... en realidad, yo no la he visto nunca.

Los otros estaban mudos. El del traje gris pestañeó, pero ya estaba acostumbrado a no demostrar sus sentimientos.

—Pues, si no la conoce... es posible que se haya cruzado con ella, ¿no le parece? Es posible que no la haya reconocido.

El otro negó con energía.

—Eso es imposible —repuso. —Nunca hubiera dejado de reconocer a una mujer así. No es de las que pasan desapercibidas, se lo aseguro.

Había sacado de una cartera de piel de cocodrilo una fotografía en color: era el rostro de una muchacha pelirroja con un amplio descote. Tenía los ojos enormes y verdes, y un hoyuelo pronunciado en la barbilla. Dejó el retrato sobre la mesa.

—¿Qué les parece? —indicó con un guiño.

Los otros se miraron. El hombre de traje gris había palidecido, y la cara de su compañero era cárdena ahora. Con sus dedos delgados extrajo a su vez un billetero de piel, y de él una foto.

—Creo que es la misma mujer —dijo con voz ronca.

Aquí la muchacha aparecía de cuerpo entero, con un escueto bañador, pero indudablemente era la misma. Tenía los mismos ojos, y una figura prodigiosa. El hombre de traje gris se estremeció.

—Es ella —pronunció torvamente, y los otros lo miraron con sorpresa.

—¿Cómo dice? —Él se había encogido en el asiento.

—La conozco —dijo. —Iba a encontrarse conmigo esta noche.

El hombre flaco pareció comprender.

—Solicitaba correspondencia con un hombre soltero, de unos cincuenta años. Un hombre culto y educado, ¿no es así?—añadió en tono amargo. Los otros estaban asombrados.

—¿Cómo lo sabe? —dijo el más grueso. La sangre se le había subido a la cabeza y parecía a punto de sufrir una congestión. En su frente habían aparecido pequeñas gotas de sudor. El hombre de traje gris parecía atornillado a su asiento.

—Nos ha engañado a todos —pronunció, despacio. Durante unos segundos nadie dijo nada, y el hombre grueso tragó saliva. Las luces de la cafetería se habían apagado un momento.

—Nos vamos —indicó el camarero. —Ya está bien por hoy.

El hombre flaco no pareció oírlo.

—A mí me ha estado pidiendo dinero —declaró. —Me dijo que sufría de la columna vertebral, que estaba obligada a operarse. Tenía que hacer un viaje al extranjero para visitar a un famoso especialista.

El del traje gris parecía alelado, y no se movía un músculo de su cara. En cuanto al más grueso, sudaba ahora a chorros.

—También a mí me dijo que tenía que hacer un viaje —confesó. —Había recibido una

herencia en Méjico, y no podía cobrarla de no presentarse allí personalmente. Las gestiones le llevaron meses —gimió.

Aunque el tiempo era fresco, también el hombre de traje gris sintió correr el sudor bajo su ropa. Miraba alternativamente a uno y otro de sus compañeras de mesa. El flaco proseguía:

—Me dijo que estaba bajo la tutela de un pariente, y que recibiría en breve la herencia de su padre. Yo hablé con ella por teléfono. Parecía tan sincera y afectuosa...

El hombre del traje gris suspiró, al tiempo que ponía sobre la mesa una tercera fotografía en blanco y negro.

—Es la misma mujer —indicó, ante el estupor de los otros. — Nos ha engañado como a chinos.

Todos miraron el retrato. Ella vestía aquí un bonito traje de noche, y la dedicatoria cruzaba la imagen en diagonal. Decía:

—A mi primero, a mi único amor. —Y firmaba: Dunia.

Fuera, estaba entrando el último tren en la estación.

EL ROBO DE LOS DIAMANTES

El hombre mantuvo los ojos cerrados mientras aguardaba la sentencia. El juez habló en tono profesional.

—El acusado ha sido declarado culpable —dijo.

Éste trató de adoptar una expresión despreocupada, y estiró una de las manos esposadas para frotarse suavemente la nariz. Era un hombre joven y hasta entonces la existencia había sido para él una especie de juego, que había resultado peligroso. Siguió un silencio tenso y luego el juez carraspeó.

—Cumplirá condena de seis años y un día de cárcel, por robo a mano armada —agregó, mientras un murmullo de voces invadía la sala. El lugar estaba lleno, y al juez le parecía el hecho un poco desmesurado dada la poca importancia del asunto: en realidad, no había habido víctimas ni daños a personas.

—Despejen —indicó una voz.

En cuanto al reo, después de tantos meses de soledad en prisión preventiva, le agradaba en el fondo haber provocado tanta expectación. Su abogada se le acercó y le dijo unas palabras en voz baja.

—Lo sé —asintió él. —Sé que no se ha podido hacer más.

Se trataba de una mujer soltera, joven todavía y bastante atractiva. Desde un primer momento le agradó y la hizo su confidente, de forma que le habló de su propia familia, e incluso sobre aspectos de su vida sexual.

—Me alegro de que lo piense así —dijo ella con un ligero pestañeo.

Él le estaba verdaderamente agradecido: lo había visitado a menudo en la cárcel, y siempre le llevaba algún pequeño regalo. Desde su primera conversación, él había contestado a todas sus preguntas.

—Confío en usted —había dicho, mirándola.

En realidad, pensaba ahora, la operación hubiera resultado perfecta y sin ninguna consecuencia, de no haber sido por el detective que envió la agencia de seguros.

—Maldito cerdo— masculló.

Desde un principio había tenido cierto temor de descuidar algún detalle, aunque había utilizado el mismo sistema de otras veces. En realidad, se trataba del clásico “rififí”, y todo marchó bien hasta que entró en escena aquel detective. Un día se abrió la puerta de su pequeño apartamento y apareció aquel tipo macizo y de grandes mandíbulas. Había entrado sin pedir permiso y habló con una voz fuerte y metálica.

—Estás atrapado, amiguito —le dijo. —Y no te muevas, si no quieres que te vuele los sesos.

Pese a la advertencia, él trató de revolverse y el otro lo golpeó con un arma. Cuando recobró el conocimiento estaba esposado, y había varios policías en su habitación.

—Son gajes del oficio—suspiró.

Pero nadie pudo saber dónde había escondido los diamantes, porque eludió todas las preguntas y negó toda responsabilidad. ¿No eran ellos tan listos? Estaba bien tranquilo por el paradero de las piedras: de momento estaban seguras, y cuando lo soltaran tendría ocasión de ir a buscarlas donde las había escondido.

Bien, lo habían condenado a seis años de prisión. Encontraron en su casa una pistola y lo acusaron de asalto a mano armada, lo que era completamente falso. Pero, ¿cómo hubiera podido probar que no la utilizó?

—Espero que tengas tiempo de pensar —le dijo el detective con una torcida sonrisa.

—Con esto me he ganado los diamantes —pensó él. —Ahora ya son míos, completamente míos.

Tan sólo su atractiva abogada conocía ahora el paradero de las piedras. A ella le había confiado las piedras robadas, y ella las guardaría en la caja fuerte de un banco mientras se cumplía la condena. En un principio no quiso aceptar una responsabilidad como aquélla, por más que él trató de convencerla.

—No quiero involucrarme personalmente en esto —dijo ella. —Es demasiado peligroso.

Pero luego cedió, y a cambio de su discreción había recibido una sabrosa cantidad como minuta. Luego, él podría comenzar una nueva vida en un lugar lejano, y quizás ella consintiera en acompañarlo.

—Sería cojonudo —pensó él; pero, de momento, iba a dormir veinticuatro horas sin parar, sin que un nuevo sobresalto pudiera perturbar su sueño.

—Vamos, por aquí —le indicaron sus guardianes.

En la calle los curiosos le lanzaron miradas de todos los signos y él las ignoró, mientras se introducía en el coche policial que estaba detenido junto a la acera. Subió a él con otras cinco personas, y una de ellas era su abogada.

—Voy con usted —le dijo, oprimiéndole un brazo con sus finos dedos. Él se estremeció de placer.

—Muchas gracias —dijo. —Quisiera que habláramos.

Ella lo miró fijamente.

—Cómo no, desde luego.

Enfilaron una calle recta, giraron varias veces hasta llegar a las afueras y se detuvieron ante el conocido edificio de hormigón y ladrillos. Aquél, pensó, iba a ser su hotel durante una larga temporada. El policía conductor detuvo el coche, y uno de sus guardianes ayudó a la señora a saltar a la acera. Luego bajó él, esposado entre dos policías.

—Vamos —indicó duramente uno de ellos.

Casi a rastras, lo llevó hacia la entrada de la cárcel. La mujer los seguía. El interior estaba en penumbra, y en la sala de espera aguardaban un anciano, una jovencita de falda muy corta y dos mujeres de edad.

—No se apure, madre —dijo él al pasar. —Pronto saldré de aquí.

El viejo había sacado del bolsillo un gran pañuelo arrugado, y con él se limpió los ojos lacrimosos.

—Es lo que yo digo —sentenció. —Siembra vientos, recogerás tempestades...

—Ya está bien, ¿no, abuelo?—dijo él, irritado.

—Vamos, váyanse —indicó el policía. —No está permitido estar aquí.

Casi a la fuerza, los familiares salieron. Una puerta de cristales se abrió y apareció un hombre de uniforme. Hizo un gesto con la mano.

—Pueden pasar. ¿Es usted su abogado? —Ella asintió.

—Quisiera hablar unos minutos con mi defendido —indicó.

—Está bien, pase. Tienen cinco minutos.

Él miró la destartalada sala y disimuló una mueca amarga. Pasaría el próximo verano en este confortable hotel, luego el otoño, y el invierno. Tendría que buscarse alguna ocupación allá adentro, algún trabajo, para no enloquecer de tedio y de desesperación. Al mismo tiempo, quizá un trabajo en la cárcel podría contribuir a redimir la pena.

—Por aquí —dijo el guardia, y la mujer entró primero. Luego el policía salió unos momentos, y él aprovechó la ocasión.

—¿Están las piedras seguras?—susurró. Ella lo miró con extrañeza.

—¿Cómo dice?

—Me refiero a los diamantes —insistió él en voz muy baja. —Me imagino que los tendrá ya en lugar seguro.

Sin saber por qué sentía el pulso acelerado, y un hormigueo bajo el cuero cabelludo. Ella parecía no querer entender, y él insistió alzando la voz.

—¿Qué ha hecho con las piedras? —casi chilló. —Sabe de qué le estoy hablando.

Ella soltó una risita nerviosa.

—Las he hecho desaparecer —pronunció en un susurro. —Me pareció mucho más seguro para todos. Me he deshecho de ellas.

—¿Qué dice usted? ¿Las ha tirado?

La miró de frente y lo que vio en sus ojos hizo que el sudor corriera por su espalda. De pronto comprendió claramente una multitud de pequeños detalles.

—Hija de perra —masculló. El vigilante entró en la sala con un manojo de llaves en la mano.

—Ya han pasado los cinco minutos —indicó.

Él no dijo nada. ¿Qué podía decir? Pero su columna vertebral estaba rígida como la de un cadáver.

—Bien, hasta la vista —le sonrió la mujer, mientras la puerta de metal se cerraba tras él con un chasquido. Luego, en la penumbra de la celda, oyó la voz de un compañero.

—¿Por mucho tiempo?

—Seis años —dijo él con voz cargada de amargura. El otro le tendió un frasco aplastado, y mostró al sonreír las encías desprovistas de dientes.

—Toma, bebe un trago —le dijo. —Te hará bien.

Él tomó el frasco y siguió su consejo. El coñac le quemó la garganta.

—Gracias, amigo —dijo, con voz estrangulada.

EL FUNCIONARIO

Pensó que llevaba ya demasiado tiempo trabajando en el banco. Jugueteó con el viejo bolígrafo que tenía en la mano, y siguió pensando en la enojosa escena que había protagonizado la víspera. Se irguió en su asiento giratorio, dejó el bolígrafo sobre la mesa y siguió consultando la pantalla del ordenador.

Siempre había sido un empleado eficaz, además de amable y correcto tanto con sus propios compañeros como con el público. Y con los superiores era tan considerado que, ante ellos, su voz se convertía en un murmullo, a menudo ininteligible. En general solía expresarse con vacilaciones, como si intentara excusarse.

Extremaba su atención con la clientela femenina, y cuando alguna mujer lo interrogaba se levantaba de su asiento cortésmente para atenderla. Pero la víspera se le había ocurrido pedirle al director un aumento de categoría y de sueldo y, definitivamente, aquél no había sido una de sus mejores días. El jefe había denegado.

—Imposible —le dijo. —Son tiempos de crisis y las cosas no están como para eso.

Con todo, él se había resignado; retrocediendo atravesó casi de espaldas el espacio que lo separaba de la puerta. Si el director había calculado que protestaría, al menos tímidamente, él no lo hizo. El jefe, viéndolo salir con su pálida tez, el cabello escaso y unos lentes con montura de concha que le conocía desde siempre, se ratificó en la idea que tenía de él. Hoy le había parecido más viejo de lo que era en realidad.

—Es un pobre hombre —se dijo, suspirando.

Él se volvió a ocupar su mesa; a poco el teléfono sonó y él lo había cogido en el acto, tendiéndolo luego al compañero más cercano.

—Toma, es para ti —le indicó amablemente. El otro cogió el aparato y ni siquiera dio las gracias. Y es que sus colegas parecían en general no advertir su presencia, si se exceptuaba alguna compañera a punto de jubilarse, que suspiraba en secreto por él.

—Es un buen hombre, y físicamente no está mal...

Pero todos lo recordaban cuando necesitaban una suplencia o algún favor personal, y siempre lo hallaban dispuesto al sacrificio.

—No faltaba más —solía decir. —Hoy por ti, mañana por mí.

Era de edad indefinida; no se había casado, y quizá ni siquiera la idea le había pasada por la cabeza. Y si alguien se la sugería, él sonreía tristemente.

—No valgo para eso —decía.

Los sustituía en vacaciones sin compensación alguna, y a cambio los beneficiarios no hacían otra cosa que compadecerlo.

—Es demasiado poca cosa —comentaban, moviendo la cabeza. —No puede andarse así por el mundo.

Ahora volvió a acomodarse ante su mesa. Se sentía mal, y para restablecer su equilibrio psíquico pensó en una escena alegre de su niñez. Luego, volvió a aplicarse a su tarea. Con el rabillo del ojo vio a un hombre que acababa de traspasar el umbral: era alto, con aire arrogante, y entraba en el banco como si fuera de su propiedad. Se dirigió sin vacilar al empleado, que se puso de pie.

—Buenos días —dijo él. —¿En qué puedo servirle?

Era uno de los mejores clientes de aquella sucursal. En realidad, una cola de gente aguardaba ante las ventanillas, pero sin el menor empacho había traspuesto la puertecilla basculante sin respetar su vez. Era su costumbre.

—Tengo prisa —le dijo al funcionario. —Tengo que tomar el avión, y me hace falta dinero en efectivo. —El otro asintió.

—¿No tiene talonario? No se preocupe, le rellenaré un talón de ventanilla.

Lo invitó a que ocupase uno de los sillones tapizados en piel, y luego bajo su mirada le estuvo rellenando el documento con una letra cuidadosa. Eran tres mil euros los que aquel hombre necesitaba, y no había tanto dinero en la caja, por lo que le indicó que tendría que esperar a que se abriera la caja fuerte.

—Firme aquí —le dijo, y él estampó su firma al pie.

El empleado se retiró con el documento en la mano; habló con el director y le enseñó el talón. Él se mostró muy sorprendido, pero cuando se percató de la identidad del cliente, estampó su conformidad.

Demasiado dinero —murmuró, torciendo el gesto. El empleado se aproximó al interior

de una de las ventanillas; el público aguardaba del lado de fuera, y él musitó unas palabras al oído del cajero principal. El otro lo miró con extrañeza, terminó de atender al cliente de turno y se dirigió al interior, seguido de su compañero. A los pocos minutos le entregó un abultado paquete quedándose con el talón.

—Aquí tienes —le dijo. —Qué barbaridad. ¿Dónde va este hombre con esa cantidad en metálico?

Él entró un momento en un pequeño despacho, se dirigió a un armario y sacó unas sobres, donde introdujo el dinero. Luego, le indicó al cliente que entrara.

—Aquí tiene —le dijo. —Puede contarlo. Y tenga cuidado al salir.

El hombre tomó el dinero y ni siquiera lo miró: lo introdujo en una cartera cuadrada de piel, y le tendió la mano al empleado.

—Seguro que está bien —le dijo. —Es usted una persona eficiente y de toda confianza.

—No es nada —dijo él. —Estoy para servirle.

El hombre salió deprisa, y el empleado estuvo poniendo en orden los papeles de su mesa. Luego se volvió al compañero.

—¿Puedes sustituirme un momento? —le dijo. —Voy a salir a tomar un café.

—¿Un café a estas horas? —dijo el otro. —Mejor podías tomar el aperitivo.

Se rió de su propia gracia. Era un muchacho joven, con el pelo muy corto. Vigiló la mesa unos minutos, pero luego tuvo que acudir a una llamada y se despreocupó. El público, cada vez más numeroso, se apiñaba ante las ventanillas, ya que era víspera de dos fiestas seguidas, y había un movimiento poco usual. Cuando llegó la hora del cierre, el funcionario no había regresado aún.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó el director de la sucursal. —Vaya un día para abandonar así el puesto de trabajo. Miren en el lavabo, no sea que se haya puesto enfermo. Y tú —le dijo a un botones que miraba alelado, —vete a ver si está en la cafetería de la esquina.

Nadie lo había visto por allí, y el director empezó a preocuparse.

—Habrá que llamar a su casa —indicó. —Esto es muy raro.

—Vive solo —contestó un compañero. —Y suele comer en la calle.

Alguien propuso preguntar en la casa de socorro más próxima, y así se hizo, pero allí no constaba ningún ingresado reciente con aquel nombre y apellidos. Llamaron a la policía que tampoco pudo dar noticia de él: no había habido ningún accidente ni atropello en la zona, y aconsejaron que aguardaran por lo menos hasta la noche para denunciar su desaparición. El primer cajero intervino.

—Le he encontrado raro, demasiado contento —indicó. —¿Qué le habrá sucedido?

Su compañero de mesa dijo haberlo visto por última vez cuando se disponía a tomar un café. Llevaba la gabardina en la mano, aunque ni hacia frío ni estaba de llover.

—Me extrañó lo del café tan tarde, y así se lo dije —indicó. —Acababa de atender a un cliente.

A éste sí pudieron localizarlo, a punto de salir de viaje para el extranjero. Su esposa contestó al otro lado del teléfono.

—Espere un momento —dijo. —No sé si podrá ponerse.

Él habló precipitadamente: dijo haber dejado al empleado sentado a su mesa, y que no había vuelto a verlo.

—Me atendió muy bien, como siempre —afirmó. —Él mismo se ofreció a rellenarme un talón de ventanilla, y no tardó ni diez minutos en entregarme los tres mil euros. —El director contuvo la respiración.

—¿Tres mil ha dicho? ¿No serán trece mil? Yo mismo los autoricé. —El otro resopló, impaciente.

—Mire, tengo mucha prisa —dijo con sequedad. —Le digo que fueron tres mil, y ustedes tienen el justificante. Ahora, me disculpará si le dejo.

—Bien, perdone —dijo confuso el director.

El cajero también se sorprendió.

—Yo mismo entregué los trece mil euros —dijo, muy colorado. —Me extrañó que un cliente retirara en metálico semejante cantidad, pero el talón venía conformado.

Se cotejaron los comprobantes, y todo coincidía: allí figuraban anotados trece mil, tanto en cifras como en letras, con la cuidadosa caligrafía del funcionario. Solamente la firma era de puño y letra del financiero.

—No hay confusión posible —dijo el cajero, moviendo la cabeza.

El director estaba en pie, como alelado, tratando de entender aquel enigma. De pronto pareció tambalearse.

—Hijo de la gran perra —masculló.

EL REFUGIO

Con pasos silenciosos, el guardabosque atravesó el claro que lo separaba de la cabaña. Era un hombre fuerte y huesudo, que vestía chaqueta de piel y altas botas de cuero. El muchacho que le había llamado lo precedía, y ambos sabían que, en aquel lugar alejado de la civilización, mientras no se demostrara lo contrario, la responsabilidad de todo lo que ocurriese era del guarda.

Hallaron el cadáver frente a una chimenea apagada, dentro del recinto cuadrado que servía de refugio a los excursionistas de montaña. Era el cuerpo sin vida de una chica muy joven, rubia y de largas piernas. De haber estado viva, pensó el guardabosque, hubiera respirado vitalidad; pero no lo estaba, al parecer, sino bien muerta.

—Es esa —señaló el muchacho. —Apenas la he tocado.

El guardabosque se arrodilló a su lado; la reconoció superficialmente, y el resultado fue que, pese a considerarse un hombre curtido, no pudo evitar unas profundas náuseas. Logró sobreponerse, y aspiró hondo: habían disparado contra ella a corta distancia con una escopeta de caza, y tenía el pecho destrozado.

—Dios —silbó suavemente.

Luego vio que había otro muchacho en la cabaña. Lo distinguió agazapado junto a una gran viga de madera, y se dirigió a él sin saludarlo.

—¿Es amiga suya? —preguntó. Los dos muchachos asintieron al unísono.

—Éramos compañeros de instituto —dijo el que lo había acompañado.

El guardabosque se inclinó de nuevo, mientras se tensaban las venas de su cuello. Al parecer, era un hombre de pocas palabras.

—Ni se ha enterado —dijo por todo comentario.

La chica tenía el pelo manchado de sangre seca, y su rostro parecía de mármol. Su cuerpo semejaba el de una muñeca de cera. No halló más heridas ni orificios de bala, pero aquel disparo en el pecho hubiera sido suficiente para abatir a un venado.

—¿Quién de ustedes dos la vio primero? —interrogó.

Los dos jóvenes se miraron entre sí. El que lo había conducido al refugio dio un paso adelante y masculló unas palabras entrecortadas, que los otros no alcanzaron a oír.

—¿Cómo dice?

—Yo... yo la encontré. Fue una cosa... espantosa. No sabía qué hacer, ni a quién acudir. Luego... vino él.

El otro era un muchacho recio, muy bronceado por el sol. Asintió.

—Cuando entré en la cabaña, él estaba arrodillado en el suelo, sollozando. Pensé que se había herido y estaba con un ataque de nervios o algo así. —Indicó una mochila que estaba en el suelo, cerca de la chimenea. —Había dejado la mochila ahí mismo, donde está ahora, y por eso no pude verla a ella, que estaba detrás.

Su compañero se pasó la mano por los ojos, como tratando de borrar la imagen de aquel cuerpo muerto. Después se recobró con esfuerzo.

—Al principio no podía creerlo —indicó. —Estaba tendida boca abajo, y pensé que se había quedado dormida. Fui a darle vuelta, bromeando, y... ¡oh, Señor!

El hombre la observó de nuevo: la chica vestía un anorak de color azul pálido, y la espalda de la prenda estaba intacta.

—¿Cómo llegó usted a la cabaña? —preguntó. El aludido se estremeció.

—Vine caminando desde el pueblo —dijo en tono opaco. —Había cogido el tren en la ciudad, y lo dejé en la estación más cercana. No tengo coche, y me gusta andar por la sierra, sobre todo cuando hay nieve, como hoy. Era temprano todavía, y creí que llegaría a nuestra cita en la cabaña el primero. Pero cuando llegué al refugio... ella ya estaba aquí.

Parecía muy cansado, y un miedo súbito se reflejó en sus ojos.

—No pensará que yo... ¡Dios, no! Yo la apreciaba, la... quería más que a ninguna otra chica, más que a... —El guardabosque lo miró fijamente.

—¿Y ella le correspondía? —Él se puso rojo.

—Pues... no lo sé, la verdad. Nunca le había hablado de... nosotros. Ella era... demasiado buena para mí.

El hombre parecía estar poniendo en orden sus ideas. Insistió:

—¿Está seguro de haber llegado después de ella? No... la estaría aguardando?

El muchacho se volvió con la mirada turbia.

—¡Está usted loco! ¿Cómo iba yo a matarla? No tengo ningún arma...

—Pudo haber salido luego, y esconderla. Está nevando mucho, y las huellas se borran en pocos minutos. No es difícil esconder un arma en el bosque, para luego ir a recogerla...

El muchacho estaba rígido, de pie frente a la chimenea apagada. Tenía las mejillas arrebatadas y los ojos brillantes.

—¿Cómo puede decir eso? Yo...

Dejó la frase a medias, y sus facciones se contrajeron. El guardabosque dirigió su atención al compañero.

—¿Es suyo el coche que he visto fuera? —preguntó. —Esa furgoneta... —El otro contestó a la pregunta en forma rápida y segura.

—Sí, es mía. Es un trasto viejo, pero suelo utilizarla para salir al campo y cosas parecidas. Eso, si no me deja tirado —añadió, tratando de hacer una gracia. Pero el guardabosque no estaba para bromas y sus ojos eran severos, poco amistosos.

—¿Está seguro de no haber visitado antes la cabaña? — preguntó. El otro se encogió de hombros.

—No, en esta ocasión —dijo. —Salí de mi casa en la ciudad un poco tarde, y vine directamente hacia acá. De camino, en el pueblo encontré la motocicleta de mi amiga. Me imaginé que había subido a pie, y para evitar que se la robaran la cargué en la furgoneta. Hay mucho chorizo por ahí —añadió, torciendo el gesto. —Y ahora... Bien, cuando llegué aquí arriba, ella ya estaba muerta y mi compañero con ella, como ya le ha dicho.

El guardabosque arrugó el entrecejo.

—¿Piensa que él pudo matarla?

El interpelado se echó a reír. Era una risa chirriante, como su voz.

—¿Cómo puedo saber eso? —dijo en forma agresiva. —Él la quería, ¿no lo ha oído? En realidad, todos la queríamos, a nuestra manera, claro... Todos sus compañeros de instituto.

El guardabosque se había puesto en pie. Permaneció con las manos a la espalda, con el entrecejo fruncido, como si allí algo no encajara, o estuviera fuera lugar. Observó un momento la mochila, y luego su mirada fue a parar a los leños de la apagada chimenea.

—Hace frío aquí —dijo con voz inexpresiva.

Miró el cuerpo doblado, como el de un payaso de trapo. Trató de imaginar a la chica con vida, montada en su motocicleta, con el cabello suelto al viento... Ahora, yacía sobre un suelo manchado de polvo y ceniza.

—Demonio... —masculló. De pronto, se había dado cuenta del error que había cometido el asesino. Se dirigió al dueño del coche.

—¿Dice que cargó en el pueblo la motocicleta? —preguntó. —¿Y la trajo hasta aquí?

El otro no pareció entender la pregunta. Tenía las manos metidas en los bolsillos, y las piernas retadoramente abiertas.

—¿A qué se refiere?

El guarda lo miró de frente. En sus ojos había una expresión de desconfianza.

—Usted está mintiendo —dijo. El otro trató de sonreír.

—¿Por qué iba a mentirle? No he dicho más que la verdad.

Dio un paso hacia la puerta, pero antes de que pudiera seguir, su compañero se le adelantó.

—Tú no te mueves —dijo, cerrándole el paso. El guardabosque, a su vez, le interceptó el camino.

—La chica no ha sangrado —pronunció lentamente. —Eso demuestra que la mataron en otro lugar, y luego la trasladaron aquí.

El muchacho sonrió tensamente.

—Es usted muy listo —dijo con frialdad. —¿O es que le gustan las novelas policíacas?

Hablaba en un tono extrañamente sereno, mientras su compañero temblaba a ojos vistas.

—Lo sabía, sabía que eras capaz de hacer algo así... —gimió. —Piensas que lo mereces todo, ¿verdad? Siempre lo has tenido todo... Los demás estábamos a tus órdenes, las chicas te perseguían... Pero con ella, no te valía— chilló. —No, con ella no... ¡Por eso tuviste que matarla!

Él se echó a reír, y alzó la cabeza.

—Se nota que eres un poeta —dijo en tono mordaz. —Un poeta, y un cuentista. Pero no sabemos lo que guardas detrás de esa cara de bueno.

—¡Y tú un asesino! —dijo el otro, con rabia.

El compañero seguía sonriendo. Parecía haberse hecho dueño de la situación.

—De manera que fuiste tú quien robó el dinero en el despacho del director. Tú lo

robaste, y de alguna manera ella lo supo. Quizá te vio hacerlo, o quizá vio dónde guardabas el dinero... ¡El pobre inocente!... Y no has visto mejor manera de librarte de ella que pegándole un tiro, ¿verdad?

El otro se había puesto pálido.

—No puedes probar eso... ¡Nunca podrás probarlo!

El guardabosque no decía nada. Parecía aguardar el resultado de aquella tensa discusión. Fuera, había dejado de nevar, y el cielo tenía un tono rojizo. El aire que llegaba de las cumbres era helado, y silbaba entre los árboles.

—Sí que puedo probarlo. Sé en qué lo has gastado, y que antes no tenías dinero. Mira por cuánto, lo he sabido por casualidad.

El compañero parecía a punto de desmayarse.

—No te metas en mis cosas —gimió. —Eso es cosa mía.

—¿Es cosa tuya, y todos nos estamos jugando el curso? Pero eso se va a terminar. Pienso decir todo lo que sé. —El otro había dejado de temblar, y estaba rígido.

—Necesitaba ese ordenador. Lo necesitaba, ¿sabes? Tú puedes comprarte lo que quieras. Pero yo no tenía forma de obtenerlo. Quiero especializarme en informática, y cuando vi el dinero encima de la mesa supe que era mi ocasión.

—¿Y ella te vio cogerlo?

El compañero hundió la cara entre las manos. Sus dientes rechinaron.

—¡Yo no la he matado, lo juro!

Sus ojos estaban inyectados en sangre por causa de la rabia y el dolor. El guardabosque lo agarró fuertemente por el brazo.

—Me importa poco lo que hayas robado —dijo, tuteándolo. —Aquí no se trata de un robo, sino de un asesinato. Y sé que tú no la has matado.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó el compañero. La mandíbula del hombre se tensó.

—No es fácil llevar un cuerpo muerto a través de la nieve, y en brazos. Al menos, el asesino se hubiera manchado las ropas. Ninguno de los dos estáis manchados, luego el que la mató necesitó un vehículo para traer el cuerpo aquí. Eso no ofrece duda.

El dueño de la furgoneta se mordió los labios.

—¿Qué quiere decir?

El guardabosque lo observó.

—No conozco tus motivos —dijo. —Quizá, tu compañero tiene razón. Quizá, ella te dijera que prefería a otro. Pero nadie más que tú ha podido traer el cuerpo a este refugio.

El compañero alzó la mirada.

—Yo la quería —dijo simplemente.

El hombre siguió hablando despacio, mirándolo.

—Él la mató —añadió, moviendo la cabeza. —La trajo en su coche, dejándola sola mientras iba a esconder el arma y a borrar las huellas del crimen. Estaba nevando, y el tiempo lo ayudaba. Mientras, tú llegaste y encontraste a la chica muerta. Pero será fácil hallar huellas de sangre en la furgoneta.

Los ojos del acusado eran grises y serenos.

—Eso lo veremos —dijo.

Se lanzó hacia la entrada, sin que los otros pudieran impedírselo. Sus movimientos eran felinos, y había en su cuerpo una fuerza animal. Se echó a correr por el camino, hacia la explanada donde había dejado el automóvil. Desde allí se volvió.

—Que no se mueva nadie, si no quiere que le vuele la cabeza —dijo firmemente. Los otros dos se detuvieron, y él aprovechó para sacar la escopeta del coche.

—¿Qué vas a hacer? —le gritó el guardabosque. Él no contestó, y con la escopeta en la mano se fue hacia la espesura. El compañero se apoyó en un árbol y se quedó mirando idiotizado el lugar por donde había desaparecido. El guardabosque parecía un animal al acecho.

—Quieto, no te muevas —masculló. —Veremos lo que ocurre.

Se oyó una explosión, que pronto se convirtió en un eco a través de la montaña. El muchacho siguió sin moverse, pero el hombre echó a correr en dirección al bosquecillo.

—Ahí está —señaló. —Pobre loco.

El otro parecía haberse despertado de un sueño, y lo siguió con pasos vacilantes. Cuando estuvo a su altura, vio al compañero tendido en la nieve, que se teñía de rojo con grandes borbotones de sangre.

—Usted sabía que lo haría —afirmó sin fuerzas. El hombre asintió.

Puede que haya sido lo mejor —suspiró, y una nube de vapor surgió de sus labios. —De impedírselo, nos hubiera matado.

EL ÚLTIMO CONDENADO A MUERTE

Fue un hecho de resonancia en todo el país: muchos lo recordaban todavía sin poder evitar un estremecimiento. Meses después, una propuesta de ley fue aprobada, y se suprimió la pena de muerte.

El fiscal recordaba lo ocurrido con el menor detalle: había sido el último hombre que se ejecutó, y él era consciente de haber obrado con rectitud en el caso, aunque otros muchos opinaran lo contrario. Aquel asunto había sido complicado y penoso, un verdadero desafío en su carrera, y además estaba la presión de los periodistas. Por otra parte, no era hombre que se arrepintiera de sus actuaciones.

Tuvo que enfrentarse con un acusado torvo y rebelde, que negaba su implicación en los hechos después de haber admitido y firmado su culpabilidad.

—Cómo ha pasado el tiempo —suspiró.

Y, a pesar de ello, los hechos eran tan nítidos en su memoria como si hubieran sucedido ayer. En una población industrial hallaron, en el fondo de un pozo, el cadáver desfigurado de una muchacha joven. La habían atacado brutalmente, la habían violado al parecer, y ninguna parte de su cuerpo se había librado del enorme destrozo.

—Tiene que ser obra de un loco —había comentado el forense al hallarse ante los trágicos restos.

Llamaron al padre de una chica desaparecida para que efectuara el reconocimiento. Era un hombre de aire taciturno, y hacía más de quince días que había denunciado la ausencia de su hija. Permaneció mudo y quieto ante el cadáver desnudo.

—¿No quiere sentarse? —le indicaron. Él dijo que no con la cabeza.

—No hace falta —dijo torvamente. —Es ella, no me cabe duda. Es mi hija.

Se volvió con la mirada extraviada y agitó el puño con ademán amenazador.

—Tienen que atrapar al asesino —pronunció con rabia. — Y cuando lo cojan, tienen que hacerle pagar esto.

Miró aquellos restos maltratados, que se habían convertido en un verdadero amasijo. El rubio cabello de la chica formaba ahora una masa oscura pegada a su cráneo, y en su boca entreabierta faltaban varios dientes.

—Pobre, pobre hijita —gimió.

Había tratado de ofrecerle una vida distinta de la que él padeció. Ella era una muchacha sana y alegre, y ahora... Contuvo las náuseas y los sollozos agitaron su delgado cuerpo. Ahora, ella se había convertido en una blanda muñeca mutilada y exánime. Recordó sus grandes ojos pardos y aquel hoyuelo en la barbilla, que había heredado de él. De todo ello no quedaba nada.

—Maldito —musitó.

Todavía conservaba en la muñeca un aro de plata. Era un modelo sencillo, y él mismo se lo había comprado en una feria cercana. Salió tambaleándose, y estampó su firma en el documento donde reconocía el cadáver. Fuera, casi tropezó con el juez que le palmeó la espalda.

—Encontraremos al culpable —le dijo, convencido. Un policía se ofreció a llevarlo a su casa, y él declinó la invitación. Le dolía terriblemente la cabeza, y se sentía lleno de odio.

—Prefiero ir solo —dijo. El juez lo acompañó hasta la calle.

—Cualquier dato que recuerde, una pista cualquiera. No dude en llamarme enseguida —indicó en tono serio. Él asintió despacio.

—Lo haré —dijo.

Por el camino hacia su casa rememoró los hechos de los últimos días, y llegó a una conclusión: seguramente el asesino era uno de aquellos amigos que ensayaban con ella las obras de teatro. Había sido demasiado indulgente al consentirle tales compañías, pensó. Pero se disculpó a sí mismo diciéndose que había tratado de librarla de las represiones y sentimientos de culpa que a él le habían inculcado cuando joven. Cuando llegó a su casa se desplomó sobre la cama. Pronto se quedó adormecido, y no tardó en sumirse en un inquieto sueño lleno de pesadillas.

***

Pronto, el presunto asesino fue localizado. Alguien declaró haber visto a la pareja en el cine, horas antes de que la chica fuera asesinada.

—Estaban a mi lado —declaró una muchachita con gafas, y su compañero lo

corroboró.

—Eran ellos, seguro. Estaban en la misma fila de butacas, y no parecían estar pasándolo mal —bromeó. La muchacha añadió animadamente:

—Los dos salían juntos, a veces para ensayar. Trabajaban en esa compañía de aficionados. —El juez no dijo nada. Sólo pensó:

—El papel más peligroso que ella pudo interpretar. —Indicó a la pareja que podían marcharse, y que quizá los llamaría de nuevo.

Luego hizo venir al muchacho: era un chico tímido y nervioso, y actuaba en la vida real como si lo hubiera hecho en el teatro. Daba la sensación de hallarse en una zona límite entre la fantasía y la realidad, como si estuviera ensayando una nueva obra. Con aire de ofendida dignidad se declaró inocente.

—Usted no tiene ninguna prueba contra mí —dijo, ceñudo. —Yo no sé nada de esa muerte, y por supuesto yo no la maté.

Pero las acusaciones llovieron sobre él. Una muchacha larguirucha fue la siguiente testigo.

—Yo los vi —afirmó con seguridad. —Fue la misma noche que ella desapareció. De todas formas él no parece ser un asesino, ¿no creen?

El padre de la chica no pensaba lo mismo. Cuando los pusieron frente a frente, agarró al muchacho de la camisa y lo zarandeó.

—Voy a acabar contigo, maldito —dijo con los ojos inyectados en sangre, y si no los hubieran separado, sus largas manos hubieran hecho presa en la garganta del sospechoso.

—Yo no la he matado, se lo juro —gimió él. El hombre lo miró de frente.

—Estuviste con ella toda aquella tarde, y parte de la noche —pronunció con rabia. —Nadie la vio después con vida.

—¡Yo no la maté! —repitió el muchacho, mientras se lo llevaban.

—Tal vez un nuevo interrogatorio logre algún resultado —indicó el juez. —Por ahora, vamos a dejarlo que recapacite. —El ayudante parecía preocupado.

—En otro pueblo ha desaparecido otra chica —reflexionó. —Todo esto me huele muy mal.

El juez ordenó para el sospechoso prisión preventiva, con lo que él se declaró en huelga de hambre. Después de un par de días de soledad, la actitud del presunto asesino había variado.

—Quiero ver al juez —solicitó. —Tengo que decirle algo importante.

Era como si hasta entonces hubiera evitado cualquier publicidad, y ahora se sintiese primera figura en una farsa.

—Yo la maté —afirmó con arrogancia. —Le hice... proposiciones, y ella no consintió. Así que... tuve que matarla.

Parecía crecido, dueño de la escena. Firmó la declaración con pulso firme, y al terminar aspiró hondo como si se hubiera librado de un peso. Desde entonces, no llevó a cabo ningún acto de rebeldía. Todos en el pueblo lo consideraban perdido, con pocas probabilidades de salir con vida. Él parecía resignado y no trataba de defenderse, como si pensara que la sociedad ya lo había sentenciado: se trataba de un sádico, y en consecuencia merecía la pena capital. El abogado nombrado de oficio, ante su aceptación de los hechos, apenas pudo hacer nada.

—Nunca he visto a nadie tan empeñado en que lo maten —afirmaba con desaliento.

Pese a haber acudido a todos los recursos legales, tuvo que desechar cualquier esperanza de ganar aquel caso. Dadas las declaraciones de testigos y del propio implicado, no era posible demostrar la ausencia de culpabilidad de su cliente. Toda aquella historia lo abrumaba.

—Y, sin embargo, no creo que sea un asesino —repetía.

—Está perdido —comentaban los compañeros de prisión.

La víspera de la ejecución estuvo muy tranquilo; la tertulia que se llevó a cabo en su celda se parecía más a una simple reunión de amigos en un sábado por la noche, que a los prolegómenos de una muerte violenta. Pero luego, según avanzaban las horas, el condenado se abandonó a un terror convulsivo.

—¡Quiero hablar con el juez! —decía entre gritos. —¡He mentido, yo no la maté! He estado engañando a todo el mundo, pero no quiero morir.

El sacerdote de la prisión intentó tranquilizarlo en vano. Le preguntó si podía aportar alguna nueva prueba, y al negarlo él le aconsejó que descansara, y avisó al médico para que le administrara un sedante.

—Ahora, te sentirás mejor —le dijo.

Al amanecer, la eficacia del verdugo fue tal que apenas el reo se percató de su trágico

fin. No se consiguió un aplazamiento y nadie pudo hacer nada por él, pese a que hasta el último momento estuvo gritando su inocencia. Era como si renunciara de pronto al horrendo papel que había asumido, aunque fuera demasiado tarde.

—Ha muerto —declaró el forense en tono profesional.

Al fin, la conciencia colectiva se había cobrado su deuda. Tras la ejecución, los periodistas solicitaron varias opiniones acerca del caso.

—Tenía una mente creativa, no cabe duda —dijo un antiguo profesor. Otros lo acusaban de poseer malos impulsos, y un compañero afirmó que era un fanfarrón, con demasiados humos de grandeza.

—Para mí que se sentía fracasado, aunque tratara de ocultarlo.

Luego llegó la Navidad. El padre de la chica se sentía muy solo, sin que aquella ejecución lo hubiera compensado de su pérdida. Aquella tarde, según su costumbre, había dormido una siesta ligera llena de sobresaltos, y ahora aguardaba la hora de su cena en solitario. Hacía tres años que su hija había muerto, y no lograba arrancar el recuerdo de su mente. De la cocina llegaba el aroma de un guiso navideño que la sirvienta había dejado preparado, y el olor le dio gana de vomitar.

—Maldita sea —masculló.

Después de aquellos amargos hechos su trabajo se había resentido, y su clientela como zapatero bajaba. Trató de pensar que era joven todavía y debía sobreponerse a sus negros pensamientos.

—Tengo mucha vida por delante —se dijo.

Le pareció oír unos golpes en el portal, y sintió un escalofrío pensando quién sería a aquella hora, un día como aquel. Oyó el sonido amortiguado de una voz, y notó que el corazón le golpeaba en el pecho.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta, sin moverse. Repitió la pregunta, y lo que oyó fuera le hizo sentirse muy mal.

—Soy yo, papá. ¿No vas a abrir la puerta?

Sus ojos se dilataron y su boca se abrió en una mueca estúpida. Permaneció clavado en su sillón frailero, mientras sonaban nuevos golpes a la puerta.

—¡Ya voy, ya voy!

Se levantó con trabajo y fue trastabillando por el corredor. Los goznes estaban oxidados y la puerta chirrió. Cuando se asomó fuera, su hija le sonreía tímidamente. Estaba tan delgada que la reconoció a duras penas.

—He vuelto, padre —dijo ella. —Lo he pensado mejor. Perdóname.

Él se había quedado mudo. La muchacha se introdujo en el vestíbulo caliente, y comenzó a quitarse una bufanda de colores chillones.

—Lo he pasado mal, te lo juro —declaró en voz baja. —Estaba deseando venir.

De pronto se abalanzó a besar a su padre, y a su contacto él experimentó algo parecido a una descarga eléctrica.

—Tú... —pronunció en un gruñido. —Tú...

Respiraba trabajosamente, y sus ojos giraron en las órbitas. La muchacha lo miró, asustada.

—¿Qué te ocurre, padre? ¿Estás enfermo? —Luego afirmó calmosamente: —Voy a ser la de antes, quiero estar en casa contigo. Si tú quieres, no volveré a trabajar en el teatro.

—No eras tú, no eras tú... No eras tú, sino la otra chica que había desaparecido.

Ella lo observó con extrañeza.

—¿A quién te refieres? —Él estaba muy pálido.

—Yo dije que eras tú... que estaba seguro. El corazón me lo decía, aunque no podía reconocerte. Y por eso a él... lo mataron. ¿Cómo podía yo saber?... —gimió. —Él mismo se declaró culpable...

—¿De quién hablas? —chilló la muchacha, alarmada. —¿De qué crimen hablas?

Él retrocedió un paso buscando algún apoyo. Perdió pie, y se desplomó pesadamente junto a la chimenea, dando con la cabeza en el duro bordillo.

—Y fue el último condenado a muerte —alcanzó a pronunciar.

EL INCENDIO DE LA FÁBRICA

Todo empezó con aquel pavoroso incendio en la fábrica de productos químicos. El anciano presidente de la Administración había dormido peor que de costumbre, y acababa de conciliar el sueño cuando su esposa entró en la habitación a darle la noticia. Estaba amaneciendo. Después de prepararlo, tuvo que comunicarle lo ocurrido. El hombre estaba horrorizado.

—Es terrible —musitó. — Y, por si la desgracia fuera poca, ayer mismo yo había mandado retener una importante cantidad de dinero en el despacho.

Se sentía aturdido, y ella le preparó un baño templado. Todavía no le había dicho que, aparte de las pérdidas materiales, el gerente había fallecido en el incendio. Finalmente, tuvo que saberlo.

—Además de un hombre valioso, se trataba de un verdadero amigo —comentó con los periodistas. —Todos los empleados lo apreciaban, y la competencia lo respetaba. Es algo tan terrible para todos que no paso a creerlo.

No obstante, aunque suponía una grave situación para la empresa, el presidente experimentaba un extraño, un malévolo alivio. Él mismo tenía veneración por el pasado de la compañía y sus sistemas clásicos, y desde un principio aquel joven había tratado de cambiar las normas de la organización. Bien era verdad que, en sus manos, las acciones habían subido como la espuma.

—Es necesario renovarse —solía decir. —Tenemos que ser competitivos, y no lo lograremos actuando como nuestros abuelos.

Ahora, su cadáver había aparecido totalmente carbonizado, de forma que hubo que identificarlo casi exclusivamente por sus objetos personales. Y ello, pese a haber sometido a su mujer al duro trance de su identificación.

—Es él, estoy segura —susurró ella al borde del desmayo.

Estaba tan pálida, que uno de los funcionarios del depósito la ayudó a salir de la pequeña habitación donde había solamente una camilla, y en ella algo cubierto por una blanca sábana. Fuera, la mujer rompió a llorar con desconsuelo.

—Oh, Dios, Dios —repetía.

Le entregaron una pitillera de oro, ahora ennegrecida, y lo que quedaba de un moderno reloj que habían retirado de la muñeca izquierda del cadáver. La montura de las gafas se había derretido y los cristales se habían quebrado, y aparecieron esparcidos en pequeños fragmentos. El forense salió tras ella, después de haber cubierto cuidadosamente el cadáver.

—Vamos, señora —dijo con suavidad. —Tendrá que firmar varios documentos.

La acompañaron a su casa. La mujer temblaba convulsamente, pero agradeció el ofrecimiento del policía de quedarse un rato, y dijo que prefería estar a solas. Al cerrar la puerta de la casa respiró: jamás se había sentido tan perdida y angustiada como en aquel momento.

***

En el laboratorio de medicina legal hubieron de cortar el dedo anular de la víctima para extraer la sortija de boda. Estaba muy dañada, pero le sería devuelta a la viuda. Era un aro muy ancho y pesado con una piedra, y llevaba dentro las iniciales de ella y la fecha de su matrimonio. El forense la introdujo en un sobre, y garabateó unas palabras en el exterior.

—Ya pueden disponer de ella —indicó. —Hemos terminado.

El ayudante tomó el sobre, y se alegró de no ser la persona que tendría que devolver la alianza. No obstante, recordó la presencia de ánimo de aquella mujer, que en todo momento se había esforzado por mantener la calma. El forense le habló desde la puerta.

—Antes de marcharse recoja cuidadosamente los restos de las ropas, y guárdelos en una bolsa para entregarlos a la policía. Han sido pieza clave para la identificación.

***

Ahora, finalizado el terrible día, la mujer permanecía despierta en su cama; parecía haberse recobrado un tanto, pero aún la esperaban tensas horas hasta que se efectuara el sepelio. Se sentía demasiado débil para asistir al entierro que presidiría el presidente junto con los consejeros. Sentía la urgente necesidad de abandonar la ciudad cuanto antes. Se pasó la mano por el negro cabello, y para serenarse pensó en el viaje que iba a emprender.

Al día siguiente, después de tomar una ducha de agua fría y de ponerse un traje

negro, habló por teléfono con el presidente del Consejo.

—No sé si podré asistir al funeral por mi marido —dijo, con voz que reflejaba un llanto reciente. —Creo que no podría resistirlo.

Él se mostró comprensivo y le expresó su condolencia. Le aconsejó sinceramente que no acudiera al acto, y ella le contestó que así lo haría. Algunas amigas y vecinas fueron a su casa a acompañarla. Su mejor amiga, al despedirse, mantuvo su mano entre las suyas.

—Te convendría cambiar de ambiente —le indicó. —No es sano que sigas aquí entre tantos recuerdos. —Ella asintió débilmente.

—Había pensado hacerlo —contestó.

Dos semanas después había preparado un reducido equipaje con ropas y complementos negros.

—Te echaré de menos —le dijo la amiga, besándola. —Sabes que te queremos de verdad.

—Lo sé —contestó ella. La amiga dijo algo, y tuvo que repetir la pregunta. La viuda parecía ajena, como si estuviera entregada a sus tristes pensamientos.

—Sí, te enviaré mis señas —dijo, sobresaltada.

Luego, mientras el avión despegaba, ella miró por la ventanilla. Se sentía más serena y deseaba dormir. A su lado había tomado asiento un muchacho en ropa deportiva, y ella lo miró de reojo. Pensó que era muy guapo. El runrún de los motores terminó de adormecerla, hasta que la voz de la azafata ofreciendo diarios y revistas la hizo volver a la realidad. El muchacho le ofreció un dulce, que ella aceptó, y cerró nuevamente los ojos. Ahora, sí quedó profundamente dormida.

A su llegada al aeropuerto de destino, alguien estaba aguardándola. Ella divisó la oscura silueta tras las grandes lunas de cristal, y sintió que su corazón se detenía. Apretó el asa de su cuadrado neceser, y tras el somero repaso del empleado de aduanas a su maleta atravesó taconeando unas puertas de vaivén. Fuera permaneció un momento, aguardando, y una voz conocida a sus espaldas la obligó a dar un brinco.

—Querida, estoy aquí —le dijo el hombre, y luego se besaron largamente.

Los altavoces anunciaban en lengua extranjera un próximo vuelo. El hombre la tomó del brazo, cogió la maleta y fueron hacia la salida. Lucía un bigote poblado y una barba recortada.

—Tomaremos un taxi —indicó.

Ella se sentía feliz, y al mismo tiempo temblaba como un niño asustado. Sin contar con que, en el fondo, experimentaba un sentimiento de culpabilidad. Habló mirándolo a los ojos.

—Pero... ¿aquel hombre? —balbució. Él la estrechó contra sí.

—No pienses eso ahora —le dijo.

Él la abarcó por los hombros, y ella se sintió protegida. Las horas pasadas le parecían una pesadilla que se esfumaba por momentos. Sin querer, advirtió en el dedo anular de él un cerco pálido, mostrando el lugar que antes había ocupado una sortija. Recordó la alianza en aquella mano descarnada, y se estremeció.

—Fue todo horrible —dijo. Él la besó en la sien.

—Olvídalo —repitió en voz baja. —Ya ha pasado todo.

Ella sintió en su mejilla la barba sedosa de él; respiró hondo, deseando que pasara algún tiempo. Luego habló sin mirarlo.

—Me ha costado trabajo reconocerte —dijo, y él se echó a reír francamente.

—Echarás de menos mis gafas —bromeó. —Tendrás que acostumbrarte a verme con lentillas.

—Así estás más guapo —se estremeció ella.

Mientras el taxi se dirigía al centro de la ciudad, él puso una mano sobre la de ella.

—¿Te molestó mucho la policía? —preguntó en voz baja. Ella retiró la mano.

—Han sido muy amables —suspiró. —Sólo, que yo estaba muy asustada. Temía que me hicieran preguntas comprometidas que no supiera contestar. Temía denunciarte sin querer. —Él le acarició el brazo con suavidad.

—Pobrecita —sonrió. —Te has portado muy bien.

En realidad, se sentía orgullosa de sí misma. El peor momento fue cuando le preguntaron si conocía a un empleado de la fábrica que había desaparecido. Ella había fruncido el entrecejo, como si tratara de recordar.

—No sé quién era —contestó por fin.

En los últimos días se había visto obligada a hacerse fuerte, ella que estaba acostumbrada a contar para todo con el apoyo de su esposo. La sobresaltó la voz de él, como si hubiera leído sus pensamientos.

—¿Lo han dado por desaparecido? —preguntó. Ella sintió un escalofrío.

—Ha aparecido un cadáver en el río —musitó. —Estaba desnudo, y tan desfigurado que lo han tomado por él. —El hombre le oprimió la mano, que tenía helada.

—Una verdadera suerte —sonrió. Ella siguió hablando despacio.

—Al parecer, faltaba al trabajo muchas veces. Sufría una depresión, y hasta había comentado con un compañero sus deseos de suicidio. Piensan que prendió fuego a la fábrica aquella noche, y luego se arrojó desde el puente.

—Pobre diablo —dijo él.

Ahora, ella tendría que esforzarse en borrar de la memoria lo ocurrido. Aquella ciudad extraña se extendía a sus ojos como una promesa, con sus hermosos monumentos. Suspiró.

—¿Por qué tuviste que matarlo? —preguntó de improviso, y él no pareció inmutarse.

—Tuve que hacerlo —dijo muy tranquilo. —Sabía que yo había cogido dinero, y estaba dispuesto a denunciarme. —Luego soltó una risita. —Además, a alguien tenía que colocarle mis objetos personales. ¿Los has recuperado?

Ella dijo que sí con la cabeza. No pudo evitar sentir náuseas.

—No tenía familia —pareció disculparse él. —Ni siquiera tenía amigos, era un tipo raro. Y era justamente de mi talla.

Le contó que había apalabrado una granja, con una hermosa casa de campo, no muy lejos de la ciudad. Iban a ser ricos, y sobre todo libres. El pasado quedaría muy atrás.

—¿Estás contenta? —preguntó, y ella bajó la mirada, fijándola en el cuadrado maletín, que él llevaba ahora sobre las rodillas.

—Sí, si tú lo estás.

Cuando llegaron al hotel, él dejó la maleta a la entrada de la habitación y se dirigió directamente hacia la cama. Acarició el maletín, y lo depositó sobre la colcha de raso.

Dame las llaves —dijo.

Ella las sacó de su bolso y se las tendió. Miraba el neceser sin pestañear. Sabía que contenía una gran suma de dinero, la misma que el presidente de la firma dejara la víspera del fuego en el despacho de dirección. Sin que le temblara la mano él utilizó la pequeña llave, y la cerradura cedió con un chasquido. Hubo un silencio tenso, y después él emitió una sorda exclamación.

—Pero, ¿qué es esto? —casi chilló.

Ella no contestó, porque las palabras se habían helado en su garganta. Dentro del maletín habían desaparecido los fajos de billetes, y en cambio contenía unas revistas dobladas, las mismas que ofreciera la azafata en el avión.

—No es posible —gimió. —No es posible...

Él la sujetó de los hombros y la sacudió brutalmente. En su confusión, ella recordó al muchacho del atuendo deportivo que le había ofrecido un bombón, y después el pesado sueño que la había dominado. Miró a su esposo, fascinada, y notó que el miedo la amordazaba.

—Voy a matarte —le dijo sordamente él.

Hubiera querido razonar con él, apelar a su amor. Se le ocurrió alcanzar el teléfono y pedir ayuda en conserjería, pero ya las manos del hombre apretaban su garganta.

—No lo hagas —rogó ella, forcejeando.

Sabía de lo que era capaz, y ahora se daba cuenta de que se había aprovechado de su debilidad. Vio en sus ojos una expresión malévola.

—¿No lo habrás escondido tú? —preguntó con una helada sonrisa, y ella no pudo contestar. No abrigaba la menor esperanza de conservar la vida, y se aferraba desesperadamente a ella. No pudo más que cerrar los ojos y encomendarse al Creador.

—Por favor... —pudo musitar.

Luego, una niebla difusa pareció rodearla, y se sumió en la oscuridad.

LA CORRIDA

Encaramado en la ladera, el pueblo de casas señoriales con su zona de viviendas encaladas, muy blancas, parecía dormir todavía. Viejos escudos decoraban algunas de las viejas fachadas, cerca de las placitas escondidas donde se alzaban conventos recoletos. Por las calles, pavimentadas de piedras redondas, resbalaban algunas caballerías; todavía no era hora de que los niños jugaran en las aceras estrechas, ni las muchachas pasearan por la calle principal, entre farolillos de verbena. Las persianas estaban echadas, y en los portales con suelo de mármol y zócalos de azulejos, los vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías, mientras llegaba la hora del mercado semanal.

En la comisaría, el inspector jefe acababa de llegar, cuando el teléfono sonó. Un policía de uniforme le pasó el recado.

—Avisan que han encontrado a un hombre muerto. Parece que lo han atropellado en la carretera de la sierra, cerca de Dehesa Blanca.

El inspector arrugó el ceño. La Dehesa Blanca pertenecía a un famoso torero local, hijo predilecto de la vieja ciudad que tantos famosos lidiadores había dado a la Fiesta desde sus comienzos.

—Vamos para allá —dijo. —Espero que no hayan tocado nada.

El inspector era un hombre de mediana estatura y, aunque ya no cumpliría los cincuenta, era robusto y ágil, como buen hijo del lugar. Su expresión era normalmente adusta, y tenía una voz profunda y bien timbrada. Se dejaba unas largas patillas, quizá para compensar la excesiva prominencia de su nariz. Ese día vestía de oscuro, con un jersey negro bajo la chaqueta. Sus manos eran cuadradas y fuertes, y lucía una gruesa alianza en el dedo anular. Era pelirrojo, y su cabello estaba entreverado de canas.

De madrugada había hecho frío, pero la mañana era seca y cálida. La carretera zigzagueaba entre olivos y alcornoques y estaba bordeada por el precipicio hasta llegar a las inmediaciones de Dehesa Blanca, donde se hacía más ancha y recta. Se oía cantar a los pájaros y se respiraba el aroma de la jara mezclado con los olores a tomillo y romero. El aire era límpido y el ambiente primaveral y luminoso.

—Ahí es —indicó obviamente el ayudante que conducía el automóvil.

Cuando llegaron al lugar, alguien había cubierto el cuerpo con una manta. Estaba caído en la cuneta sobre unas matas de hinojos, a medio metro del firme terroso. Varios curiosos lo rodeaban y se hicieron a un lado cuando llegó la policía.

—¿Quién encontró el cadáver? —preguntó el inspector. Un anciano con una zamarra de cuero dio un paso adelante.

—Yo lo encontré —dijo. —Soy pastor, y andaba por aquí con las cabras. Encontré al hombre y vi que estaba muerto, porque estaba muy frío. Entonces fui a dar aviso a la dehesa. El colono se encargó de telefonear a un médico, que vino enseguida. —Un tipo bajo y robusto, que llevaba una gabardina blanca, asintió.

—Vine en cuanto me avisaron, pero no había nada que hacer. Este hombre llevaba varias horas muerto, seguramente desde medianoche. Tiene un fuerte golpe en la cabeza, además de numerosas magulladuras en todo su cuerpo. Creo que murió en el acto —afirmó. —El causante del atropello debió darse a la fuga.

El policía estuvo reconociendo el cadáver. Se trataba de un hombre casi calvo, pero con las manos muy velludas. Era de mediana edad y tenía las ropas sucias y rasgadas. Se le habían salido los zapatos, y los hallaron cerca.

—Está bien —dijo el inspector. —Necesito un teléfono. Habrá que dar parte al juez para que venga con el forense, y ordene el levantamiento del cadáver.

Antes de abandonar el lugar, él y su ayudante estuvieron inspeccionando la zona y tomando fotografías. Luego el pastor entró con ellos en el coche y los condujo hasta el interior de la dehesa. De camino les estuvo contando, aunque ellos ya lo sabían, que el torero se había casado cuatro años atrás con una mujer muy guapa que había sido actriz. Pero el matrimonio, que en un principio causó sensación, no parecía ir por muy buen camino. Al parecer se llevaban muy mal según les dijo el hombre —ellos también conocían este hecho—, y según los criados la casa se había convertido en un infierno. Incluso se murmuraba que ella le era infiel, siendo el marido el único que lo ignoraba.

—El cornudo es el último que lo sabe —rió socarronamente el viejo.

—Algo he oído —dijo torvamente el inspector. El otro no hizo caso de la interrupción.

Parece que todo empezó cuando nació el niño, que ahora tiene dos años —añadió, guiñando sus ojillos agudos. —El niño nació... ya saben, anormal. Es un chiquillo muy gracioso, pero dicen que nunca podrá hablar. Figúrense, una familia de tanta categoría...

Se detuvo un instante para tomar aliento y luego continuó:

—Hace poco se han separado, y el padre se ha quedado con la custodia del pequeño. Ella ha recibido del marido una finca muy buena que está cerca de aquí. De cuando en cuando una niñera le lleva al niño para que lo vea, aunque él no reconoce a su madre para nada. Es como un animalillo, el pobre —agregó, moviendo la cabeza.

—Es una lástima —dijo distraídamente el policía, que estaba al tanto de todo. Estaban cerca de la casa, dentro de la gran finca de ganado que se extendía desde la parte superior de la sierra hasta el valle. En su parte más alta había un bosque de alcornoques, y en la inferior las huertas estaban regadas por un claro riachuelo. El auto se detuvo ante la puerta de la vivienda, y el pastor se bajó del coche.

—Yo tengo que dejarlos ahora —indicó. —Si me necesitan, el colono puede llamarme.

El inspector le dio las gracias y le tendió la mano. Luego miró la casa: era antigua, y estaba restaurada, con planta baja y superior. Había pertenecido a la familia del torero desde cuatro generaciones atrás. Estaba rodeada a cierta distancia por edificaciones más bajas, donde estaban ubicadas las cuadras y las viviendas de los peones y criados. Al fondo, en la lejanía, se distinguía la cordillera de un tono violeta. El cielo era límpido y azul, surcado de algunas nubecillas. Llamaron a la puerta y un hombre joven salió a abrir; aparentaba unos veinticinco años y era bien parecido, con el cabello rizado y tan negro que mostraba reflejos azulados. Su tez era morena y unas largas pestañas sombreaban sus ojos marrones.

—El patrón no se ha levantado todavía —informó. —Pueden ustedes pasar, de seguida lo aviso.

Los hizo pasar a un gran salón, y el ayudante habló en voz baja.

—Es un subalterno —dijo. —Es el favorito del maestro, y vive en la casa. Las muchachas lo llaman el “bombón” del toreo, o algo así. Pero ninguna ha conseguido cazarlo todavía.

—Ya lo sé —dijo el inspector. Y que es buen jugador de billar, lo mismo que el maestro. Lo tendrá en la casa para que lo entretenga —sonrió mordaz, dejándose caer en un enorme sillón de cuero.

Miró alrededor: las paredes estaban pintadas de blanco, y eran oscuras las maderas del artesonado y las puertas. Al fondo podía distinguirse un patio umbroso con los muros cubiertos de enredaderas, y tiestos de colores con geranios, fucsias y grandes hortensias de un tono lila rosado. Había cacharros de cobre pendiendo de finas cadenillas, y en el centro de patio un pozo con el brocal de piedra, adornado con hierros de forja. A un lado del salón había una mesa de billar, por todo él grandes tresillos tapizados en cuero, y en las paredes varias cabezas de toro y una gran panoplia con armas de caza.

—No viven mal aquí —comentó el ayudante, y el inspector sonrió de nuevo.

—El maestro se lo merece todo —dijo con retintín.

Tuvieron que aguardar media hora larga hasta que el torero apareció. Era todavía joven, alto y espigado, de facciones correctas y nobles. Sus ojos eran de un azul muy pálido y reflejaban una cierta tristeza. Vestía ropa deportiva y llevaba en la mano una gorra azul de visera.

—Perdonen que les haya hecho esperar —se disculpó. —Estoy... estoy consternado por la muerte de mi amigo. —El inspector arqueó las cejas.

—¿Conocía al fallecido? —Él asintió con la cabeza. Se habían levantado, y con un gesto él les invitó a pasar a un despacho anejo.

Era uno de mis mejores amigos, y un pintor muy conocido —afirmó. —Acabo de enterarme de lo ocurrido y no sé qué pensar. Estaba invitado en mi finca, pasando unos días —dijo tristemente.

El policía miró alrededor; en el despacho, las paredes estaban casi completamente cubiertas de pinturas en marcos lujosos. Había allí retratos del torero en traje de luces, y otros más pequeños de su padre y su abuelo.

—Estos cuadros son suyos —mostró el dueño de la casa. — Sus obras se cotizan mucho, y están en los museos de todo el mundo. Miren éste —señaló. Se trataba de una gran pintura representando a unas bailarinas flamencas a punto de salir al escenario. —Es de su época figurativa. Luego, inició tendencias más modernas —dijo, mostrando un modelo surrealista, donde unas manos cortadas pendían de sendos hilos desde un cielo tormentoso.

Se quedó un momento mirándolo, y luego se volvió hacia los dos hombres.

—Este lo pintó aquí —dijo, moviendo la cabeza — Cuando lo enmarcamos, aún no estaba seco del todo. —Bajó la mirada, y siguió hablado despacio. —No puedo creer que

esté muerto. Es una pérdida terrible. ¿Quién habrá causado el accidente? —El inspector resopló.

—Eso quisiera yo saber. ¿Usted no puede hacer alguna sugerencia?

Él sacó una botella de coñac de un mueble antiguo, luego tres copas, y lo escanció en cada una de ellas. Dudó antes de contestar.

—Anoche, ya tarde, quiso salir a dar un paseo por los alrededores. Me ofrecí a acompañarlo, pero me dijo que prefería salir solo. Le estuve esperando un buen rato, pero estaba cansado y me acosté. Ahora acabo de saber que lo han atropellado y que está ahí fuera, muerto —casi gimió. —Y yo, mientras tanto, descansando tan tranquilo... —El inspector lo miró de frente.

—¿Quién fue la última persona que lo vio? —El torero bebió un largo sorbo de su copa.

—Creo que mi apoderado —dijo gravemente. —Anoche llegó a la finca en su automóvil, y le pregunté si había visto al pintor. Él dijo que sí, que iba paseando por la cuneta, junto a la carretera. Se conocían de alguna visita anterior. —El inspector se mordió los labios.

—¿Puedo hablar con el apoderado? —preguntó. Él asintió con un gesto.

—Ya le he pasado aviso. Había bajado al pueblo a hacer unas gestiones, pero ya viene para acá. No sabía nada de lo ocurrido.

En efecto, el hombre no tardó en regresar. Parecía francamente alarmado y saludó nerviosamente a los dos policías. Tenía unos cuarenta años y su cabello era abundante y muy canoso. Una barbilla hendida daba a su rostro una expresión dura, y al mismo tiempo sensual. Llevaba puesto un elegante traje gris perla, y un pañuelo de seda granate sustituía a la corbata.

—¿Puedo serles útil en algo? —preguntó. —Estoy a su disposición. —El inspector le apretó la mano.

—Creo que sabe lo ocurrido. Al parecer, usted vio al... pintor ayer por la noche en la carretera, ¿no es así? —el hombre asintió.

—Y me ofrecí a traerlo, pero él dijo que quería caminar a la luz de la luna, y que no lo aguardásemos. Dijo que estaba ansioso por respirar el aire puro de la sierra. Entonces yo seguí, y no lo volví a ver. Esta mañana he tenido que pasar por el lugar del accidente, pero no he visto nada que llamara mi atención.

—Ya —dijo el inspector, asintiendo. —El golpe debió lanzarlo a la cuneta, y estaba entre los arbustos. Fue allí donde el pastor lo encontró.

—Es terrible —suspiró él. —Un pintor tan famoso.

—Así es —dijo el policía, poniéndose en pie.

Cuando salieron, el mismo hombre que les abrió la puerta estaba en el vestíbulo. El torero lo presentó como a uno de los novilleros de más provenir. Parecía muy afectado por lo ocurrido, y no trataba de disimularlo. Fuera, en la plazoleta, se encontraron con un hombre muy curtido que se dirigía a la casa.

—Es mi colono —lo presentó el torero. Luego se dirigió a él: —Estos señores son de la policía. Han sabido antes que yo lo del atropello...

El hombre los miró de arriba a abajo con cierta prevención. Tenía las cejas espesas y negras y un poblado bigote. Sus pómulos eran salientes y las mejillas hundidas, y al sonreír mostró unos dientes desiguales.

—Yo no vi ni oí nada —aseguró. —Tampoco saben nada los peones que viven aquí. Sí que oímos pasar automóviles de vez en cuando, porque las casas no están lejos de la carretera que sube a la sierra. Es corriente que pasen por la noche, aunque no demasiados. Cualquiera pudo atropellar al pintor —añadió.

El inspector le dio las gracias y se sentó al volante del coche. Cuando estaba poniéndolo en marcha vio salir por la puerta principal a una muchacha que empujaba un cochecito de niño. Era una chica joven y pálida, de aspecto anticuado. Llevaba el pelo cortado con flequillo a estilo paje, y tenía los ojos acuosos y la boca demasiado pequeña, como las muñecas antiguas. Llevaba unos pantalones y un jersey demasiado grandes para su talla, y su mirada era distraída, hasta que vio al subalterno que se dirigía hacia ella. Entonces su gesto cambió; se hizo más vivo, y sus mejillas se colorearon.

—Está enamorada de él —dijo el inspector en voz baja, y su compañero lo miró, extrañado.

—¿De quién habla? —Él la señaló con un discreto gesto.

—Esa chica, la niñera —dijo. Se fijó en el niño que iba sentado en el cochecito. Debía tener unos dos años a juzgar por el tamaño de su cuerpo, pero la cabeza era grande y su sonrisa desdentada y estúpida. Lo mismo los brazos que las piernas eran demasiado

delgados para el tronco. —Pobre desgraciado —comentó con una mueca el policía. —Hay cosas en la vida que nunca entenderé. —Su compañero asintió.

—Dios nos libre —dijo, suspirando.

***

Las gestiones que se llevaron a cabo no condujeron a ningún resultado positivo. Se pudo saber que el pintor solía vivir en el extranjero, y que bebía mucho. Las malas lenguas decían que le gustaba vestirse de mujer, y que era muy pagado de sí mismo. Al parecer tenía debilidad por las manzanas y las consumía constantemente, mientras estaba pintando. Era como una adicción. En cuanto a la persona que lo atropelló, parecía habérsela tragado la tierra. Para no dejar cabos sueltos se inspeccionó cuidadosamente y con toda discreción el automóvil del último que lo vio por la noche: el auto del apoderado era un lujoso modelo de importación y, a pesar de tener más de un año de uso, no había en su carrocería restos del más ligero impacto ni roce. Tampoco las numerosas huellas de la carretera aportaron nada nuevo. Probablemente, quien cometió el delito estaba ya muy lejos de allí. El inspector se sentía derrotado.

—Me temo que habrá que informar de un atropello por persona desconocida que se dio a la fuga —rezongó. —No podemos añadir nada más, y creo que hemos agotado todas las posibilidades. El infractor puede ser cualquiera a mil kilómetros a la redonda.

Se embalsamó el cadáver como había sido el deseo del pintor en vida, y se celebró la ceremonia fúnebre, a la que acudieron personas conocidas de todo el país. No faltaron el torero y su ex—esposa, aunque por separado. El ataúd con los restos fue enviado al extranjero, y el caso se dio por cerrado.

***

Se iba a celebrar una importante corrida en la plaza de toros local; las localidades estaban agotadas hacía tiempo, y alrededor del coso bullía una concurrencia multicolor desde primera hora de la tarde. La plaza, construida en piedra amarillenta, ocupaba la parte más alta del pueblo. Por fuera mostraba hermosas balconadas en hierro forjado, y dentro se habían remozado las viejas maderas en torno al ruedo, pintándolas con los colores nacionales. La tarde de abril era espléndida.

—Los toros son de lo mejor —comentaban los aficionados. —Grandes y bravos de verdad, no como los que se suelen ver ahora.

La víspera, la esposa del torero había llegado a la dehesa en su nuevo descapotable rojo. Los criados vieron con extrañeza cómo entraba en la casa, y luego oyeron una fuerte discusión. En la cocina comentaban:

—Ha venido a pedirle el divorcio. A quién se le ocurre, en un día como éste. —La cocinera habló con los brazos en jarras; estaba indignada.

—No tiene consideración, ni vergüenza —afirmó. —Ni le importa el señorito, ni el niño, ni nadie. No piensa más que en ella misma. —Una doncella estaba ordenando en una bandeja unos cubiertos relucientes.

—Yo creo que él la quiere todavía, y que está celoso —intervino. La cocinera la miró.

—Pues a mí me parece que a ella le gusta el subalterno. —La chica suspiró.

—No me extraña nada. Es tan guapo... —dijo, saliendo con la bandeja en la mano.

—Yo me creo cualquier cosa de ella —gruñó la cocinera.

Efectivamente, el día de la corrida a la hora del almuerzo, el torero tuvo una fuerte disputa con el muchacho. Almorzaban en un restaurante cercano a la plaza de toros, y otros clientes no pudieron evitar oír la conversación, en que el maestro mencionaba el nombre de su esposa. Ambos parecían muy alterados, y no tardaron en producirse comentarios para todos los gustos.

—Mal asunto —comentó un picador gordo y colorado. —¿Creéis que el muchacho se habrá enamorado de la mujer del jefe? — Uno de los mozos soltó una risita.

—Hombre, ella no está para despreciarla —dijo con un guiño. —Sin ir más lejos, si yo pudiera, me la pasaría por la piedra...

Hubo una risotada general, y siguieron las bromas a espaldas del maestro. Cuando llegó la hora de salir a la plaza, el coso estaba abarrotado de público. La tarde se prometía movida: aún no había empezado la corrida y en las gradas se oían palmas, pitos y abucheos. El ambiente estaba cargado, por causa de los dos protagonistas de la fiesta que torearían mano a mano.

—El forastero no tiene nada que hacer aquí —decían algunos. —Ya puede marcharse a su tierra, no lo necesitamos.

En el primer toro no hubo petición de oreja para el maestro, que tuvo que conformarse con la vuelta al ruedo.

—No es su día —comentaba la gente. —Pero ahora lo veréis: él siempre tiene que ser

el mejor.

El tercero era un animal imponente. El subalterno estaba pálido, embutido en un traje de luces rosa y oro. Fumaba cigarrillos que arrojaba casi sin empezar. Hubo un murmullo entre el público. El maestro vestía de tabaco y oro, y todos se dieron cuenta de que miraba insistentemente a su esposa que estaba en un palco con otras señoras del pueblo. No aparentaba más de veinticinco años y era muy hermosa. Tenía el cabello negro y liso peinado en una larga melena, y sus ojos eran oscuros y rientes. Estaba charlando con sus compañeras de palco, como si nada de lo que abajo ocurría la afectara en absoluto. Llevaba al brazo un mantón negro bordado en colores, y prendidos del pelo unos claveles rojos; al sonreír mostraba una dentadura perfecta. No en vano, según decían, tenía a los hombres a sus pies.

Detrás de la barrera hubo un corto revuelo. El subalterno había ocultado el rostro entre las manos, y cuando alzó la cabeza estaba lívido. Por un momento se apoyó en el brazo de un mozo de espadas.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó él. El muchacho se incorporó.

—No es nada, un simple mareo.

Cuando puso el primer par de banderillas hubo en el público una ligera conmoción. No parecía el de otras veces: trastabilló en un par de ocasiones y su mirada era opaca, como ausente. El bicho era un enemigo de cuidado, con una cornamenta imponente. De pronto un grito surgió de varios cientos de gargantas, ahogando el bramido de la fiera. El público se puso en pie. El muchacho había sido enganchado por la ingle, y el toro lo sacudía a placer. Lo arrastró por la arena, mientras los gritos arreciaban.

—¡Ayúdalo! ¡Haz algo por ayudarlo!

Cuando el maestro acudió a socorrerlo era ya demasiado tarde. Un gran silencio se apoderó de la plaza mientras al joven torero lo trasladaban en una camilla a la enfermería. Allí, un médico lo auscultó un momento

—Está prácticamente muerto —pronunció en voz baja. —Ha sido una cornada atroz.

No soportó la operación de urgencia y murió allí mismo. Junto a él, una muchacha muy pálida tenía las manos del torero entre las suyas, y las mejillas bañadas en lágrimas. Al mismo tiempo, repetía sordamente:

—Él ha tenido la culpa.

Todos responsabilizaron al maestro de aquella muerte, incluida su esposa. Solamente su padre, un antiguo torero de setenta años, que semejaba ahora una escueta figura de bronce, se atrevía a dar la cara por él.

—Estas cosas siempre han pasado en la fiesta —decía con tristeza.

***

Comenzaba el verano cuando llegó la primera carta anónima; la recibió el alcalde, y la segunda llegó a casa del médico. Luego se sucedieron otras, que llegaron a personas con diversas profesiones, aunque siempre de cierta importancia. Algunos las destruían, otros las comentaban en la tertulia del casino.

Contenían todas ellas una grave acusación: se acusaba al torero de haber drogado al subalterno antes de la corrida, y se añadía que, cuando el muchacho estaba en apuros en el ruedo, él se las arregló para no estar presente.

—Todas dicen más o menos lo mismo —comentó el inspector de policía. —Sugieren que el muchacho conocía un hecho delictivo relacionado con el torero. Es raro, no mencionan los celos. Y, por supuesto, están escritas con una máquina de escribir corriente, seguramente portátil, por el tipo de letra. Hay muchas máquinas como esa en el pueblo.

El ayudante había sido admirador del torero desde niño, y se resistía a sospechar de él.

—El que escribe un anónimo es un ser despreciable —afirmaba. —No se puede dar crédito a las cosas que se dicen ahí.

—Lo sé, pero tampoco pueden pasarse por alto. Bastantes personas los han recibido, y hay opiniones para todos los gustos. Hay demasiados comentarios, y con esta polvareda no podemos mantenernos al margen. Me temo que habrá que intervenir, de una forma o de otra. —El ayudante sacudió un cigarro y la ceniza cubrió su pantalón con un polvillo suave.

—Tiene ahora problemas con el niño —informó. —La niñera ha dejado la casa, y el pequeño está al cuidado de la mujer del colono, mientras encuentran otra persona. Nadie quiere meterse a vivir en el campo, por lo menos alguien que valga para eso. Es lo único que le faltaba al pobre hombre.

Días después, en una nota dirigida al periódico local, el torero rechazaba públicamente la acusación y retaba al desconocido a que diese la cara. Pero nadie lo hizo, y sus relaciones profesionales y humanas comenzaron a deteriorarse.

—Ya muchos desconfían de él —tuvo que admitir el joven policía, muy a su pesar.

Entonces, el tono de las cartas anónimas dio un nuevo giro aún más inquietante. En ellas se insinuaba que el torero había podido ser causante del atropello de su amigo el pintor, y que el subalterno lo sabía.

—Sugieren que le hacía chantaje —le dijo el inspector a su ayudante, que lo miró con el ceño fruncido. Le tendió una carta, y el otro la leyó de un vistazo. —La hemos recibido aquí mismo, en la comisaría.

El ayudante asintió tristemente.

—El maestro está hundido, y tampoco puede defenderse —arguyó. —¿De veras cree usted que es culpable? —El inspector se encogió de hombros.

—No habrá más remedio que interrogarlo, aunque sea con mucho miramiento. Hay que pensar que es inocente mientras no se demuestre lo contrario.

Fue requerido discretamente por la policía, y ante los funcionarios reiteró no haber atropellado a nadie, y menos haber drogado a un compañero.

—Parece sincero, aunque nunca puede saberse —comentó más tarde el inspector. —Las cosas han llegado a tal punto que habrá que investigar a fondo hasta descubrir la verdad. Habrá que solicitar del juez que se exhume el cadáver del subalterno, y la autopsia nos dirá lo que ocurrió aquella tarde.

Se cumplieron los trámites de rigor, y los resultados del análisis de vísceras no se hicieron esperar. Fue el propio médico forense quien informó al inspector por teléfono.

—Efectivamente, el subalterno fue drogado después de la comida. Se le suministró un somnífero mezclado con el café. La muerte se debió a la cornada, como ya se dijo en su momento, pero ese hombre no estaba en condiciones de salir al ruedo. Ni siquiera hubiera podido conducir.

—Bien, gracias —dijo el inspector, y se volvió al ayudante. —Vamos, habrá que visitar en su finca a nuestra gloria nacional. La cosa se pone fea para él.

Volvieron a la dehesa, donde esta vez los recibió el colono a la puerta de su vivienda. Parecía muy nervioso, y el inspector no dejó de advertirlo. Se acercó al coche policial y con un gesto señaló el cielo amenazador.

—Tendremos tormenta —dijo. Como si sus palabras la hubieran conjurado, un goterón cayó sobre el parabrisas. El inspector abrió la portezuela y le hizo seña de que entrara en el vehículo. Él así lo hizo. En su rostro se reflejaba una gran preocupación.

—Quiero hacer una declaración sobre el atropello —dijo tensamente. El policía asintió con la cabeza.

—Está bien, adelante. Usted mintió para proteger a su patrón, ¿no es así? ¿Qué quiere decirme ahora? —Él bajó la mirada.

--Pues... verá. Ahora que lo recuerdo... aquella noche vi desde la ventana de mi casa salir de la finca al coche del amo, y regresar al poco tiempo. Serían las doce de la noche, más o menos. Pensé que habría ido a visitar a su mujer, me extrañó y lo comenté con la mía. Ella me dijo que no era posible, sabiendo cómo estaban las cosas. —El policía frunció el ceño.

—¿Cómo estaban las cosas? —El hombre hablaba con dificultad.

—Pues... verá. Aquí en la finca se hacen chistes con eso de los cuernos y los toros... —El policía puso en funcionamiento el parabrisas y preguntó con suavidad:

—¿Es que ella le pone los cuernos?

—Pues... sí, señor, recibe hombres en su casa. ¿Sabe usted? —Se había detenido, y el inspector lo ayudó a proseguir.

—¿Vio usted algo más esa noche? —Él trató de recordar.

—Pues... el subalterno, el que murió en la plaza, acudió a mi casa media hora después, cuando ya nos íbamos a acostar. Le abrió mi mujer. Parece que llevaba prisa y estaba muy alterado.

—¿No sabe la causa? —preguntó el policía, y él hizo un gesto vago.

—No tengo ni idea. Yo ni siquiera lo vi. Fue el comentario que ella hizo. Por cierto, que aquella noche todo el mundo andaba alborotado. Fui al río a recoger un cebo que había dejado olvidado, y me encontré a la niñera paseando como un fantasma. —Movió la cabeza, y prosiguió: —Pobrecilla, se quedó deshecha con la muerte del chico en la plaza. Ella lo quería de veras, ¿sabe usted?

—¿Por qué no lo contó entonces?

—No le di importancia —dijo él. —Después, cuando se supo lo del accidente, mi mujer me aconsejó que no dijera nada si no me preguntaban.

—¿Por fidelidad al maestro? —sonrió el inspector. Él lo miró con desconfianza.

—Pues... es posible, señor. Él siempre se ha portado bien con nosotros. Además, en

realidad, yo no vi nada de particular. Podía no tener nada que ver con el accidente.

—Es verdad —concedió el inspector. —Pero ahora, todo se vuelve contra él. Por cierto, ¿dónde guarda el maestro su automóvil? —Él señaló un edificio bajo a la derecha de la casa.

—Tiene tres coches —explicó. —Pero suele usar uno negro, muy grande. Es un modelo antiguo, pero muy potente, y con mucha estabilidad. El garaje suele estar abierto, ¿ quiere que lo acompañe? —El policía denegó.

—No hace falta —dijo. —Pasaremos un momento antes de entrar a la vivienda. Puede quedarse aquí, si quiere; tengo que comprobar una cosa.

Él bajó del coche y cerró de golpe la portezuela. La explanada estaba húmeda de lluvia y el automóvil avanzó despacio sobre la arenilla hasta la entrada del garaje. La inspección les llevó a los dos hombres unos pocos minutos, y volvieron al coche policial. Sobre el parabrisas golpeaba la lluvia con fuerza. Se detuvieron ahora frente a la puerta del edificio principal, y fue el propio maestro quien les abrió. No pudo ocultar su sorpresa. Llevaba puestas unas botas altas de cuero y un sobrero gris de ala ancha, como si se dispusiera a montar a caballo.

—Pasen —indicó secamente.

Entraron en el gran vestíbulo que conocían de la vez anterior. Directamente, el torero los introdujo en su despacho y les indicó que se sentaran. El inspector declinó la invitación, alegando que tenía prisa y que era cuestión de un momento. Dio un vistazo alrededor, y su mirada se detuvo en una máquina de escribir eléctrica que había sobre una pequeña mesa. Miró al hombre de frente.

—¿Hay en la finca alguna máquina de escribir portátil? —La pregunta sorprendió al dueño de la casa.

—¿Una máquina portátil? Bueno, supongo que sí. Pero yo no la utilizo nunca, me arreglo mejor con ésta más moderna.

—¿Puede mostrármela? —indicó el policía. Él dijo que trataría de encontrarla, y salió del despacho. Los dos hombres miraron con curiosidad las pinturas, sobre todo los retratos de familia. De pronto, el inspector emitió un suave silbido.

—Ya lo tengo —dijo. No le dio tiempo a explicarse, porque el torero entraba ya llevando en la mano un maletín negro y cuadrado, que dejó sobre la mesa.

—Aquí está —indicó. —¿Quieren algo más? —El inspector tenía el ceño fruncido. Su expresión era grave.

—Pues... quisiera llevármela, si no le importa. Le extenderé un recibo. Además, quería pedirle otro favor. ¿Tendría inconveniente en que un especialista estudiara sus pinturas? Los cuadros, quiero decir. Podría venir a su casa, si usted no tiene inconveniente. —Las cejas del torero se arquearon. Parecía más alto y delgado que nunca, y en sus ojos de un azul muy pálido hubo un destello extraño.

—¿Un especialista? ¿Quiere explicarme por qué? —el policía habló suavemente.

—No es más que una cuestión de rutina —dijo, sonriendo. —Nadie tocará las pinturas ni se moverán de su lugar, puede estar seguro. —En el rostro del torero se había hecho patente la alarma.

—¿Qué ocurre con los cuadros? Mi amigo me había regalado algunos, y el resto los compré. Tengo las facturas de todos.

—No se trata de eso —dijo pausadamente el inspector. Él insistió:

—¿Ocurre algo?

—Tengo que decirle algo penoso. Se trata de que su amigo el pintor no murió en el momento del atropello. Estaba muerto antes, según se ha comprobado por la autopsia. Y tengo que decirle algo más: cuando el subalterno salió a la plaza el día de su muerte, alguien había mezclado una droga con su café. —El hombre se sobresaltó.

—¿Qué me está diciendo? —casi gritó. —No puedo creerlo. —El inspector se dispuso a salir.

—Le ruego que no se mueva de la finca —dijo. —Enviaremos al perito, que tendrá que examinar los cuadros. Quizá tengamos que volver a interrogarle —terminó.

El informe del perito no constituyó para el inspector ninguna sorpresa: los cuadros eran falsos. No se trataba de los originales del pintor fallecido, sino de unas excelentes copias. La próxima entrevista con el torero se llevó a cabo en las dependencias policiales. El inspector estaba muy serio.

—Ahora lo entiendo todo —dijo. —Usted había vendido los originales. Su amigo lo visitó de improviso, y descubrió que los cuadros eran falsos, lo que hubiera sido un escándalo en los círculos culturales. Usted lo golpeó y lo llevó en el coche hasta la carretera, donde simuló un atropello.

—¡Yo no lo hice! —gritó él. —Aunque hubiera vendido los cuadros, nunca hubiera matado a su autor.

Estaba rojo de ira, y una vena latía en su sien. El policía lo observó.

—Había una abolladura en su automóvil, producida por el violento choque contra un cuerpo. Tomamos muestras de la pintura, y coincide con los restos que hallamos en el traje del muerto. —El torero se estremeció y cerró los ojos.

—Yo no lo hice —repitió cansadamente. El policía habló sin mirarlo.

—Todo encaja en mi hipótesis —insistió. —En un momento de su macabro viaje, el subalterno lo sorprendió. Por eso estaba tan nervioso. —El torero aspiró con fuerza.

—¿Piensa que me hacía chantaje, o algo así? —sonrió con amargura. El otro asintió.

—Es muy posible. Hay muchas clases de chantaje. Además, estaban los celos y usted pensaba que había algo entre él y la mujer de usted.

El torero no dijo nada. Parecía hundido en negros pensamientos. El inspector se apoyó en el borde de la mesa, abarrotada de carpetas y escritos.

—Entonces decidió matarlo —pronunció en voz baja. —El día de la comida puso la droga en el café y, sencillamente, dejó que el toro hiciera lo demás. Lo siento, pero tendré que detenerlo.

***

La noticia cayó como una bomba en el pueblo, y aún fuera de él. Ante tan graves acusaciones el torero trató de defenderse como pudo, pero en el fondo nadie lo creía, ya que todas las circunstancias lo inculpaban. En su ausencia habían enviado al niño con su madre, que expeditivamente lo había internado en un centro para discapacitados. En el pueblo las opiniones eran contradictorias: los más la tachaban de cruel, pero algunos la disculpaban.

—Es lo mejor que puede hacerse con una criatura así. Allí estará mejor atendido, y hasta es posible que pueda recuperarse, dentro de lo que cabe.

—De todas formas, es algo muy triste.

—Lo es. Al parecer, el padre del torero es el único que sigue confiando en él. Cree que es inocente, y ha contratado a un famoso abogado.

—Lo va a tener muy mal.

El abogado, en efecto, era un criminalista conocido. Su carrera estaba llena de éxitos profesionales y, aunque era muy solicitado por las mujeres, con todo permanecía soltero. En su bufete trabajaban más de una docena de personas a nivel profesional, aparte de pasantes y secretarias. Pero él mismo se ocupaba de las causas importantes, con un interés propio del que está comenzando. Era un hombre de estatura mediana y tenía el cabello y el bigote de un rubio pálido. También su tez era clara, como de una persona que pasa demasiado tiempo ante los libros y papeles, y poco al aire libre. Había hecho de su profesión un verdadero vicio.

—Hay algo en todo esto que no me convence —dijo desde el principio.

Estudió el caso con detenimiento y no escatimó tiempo en los viajes al pueblo, así como en las entrevistas con su cliente y los testigos. Durante más de una semana se dedicó con exclusividad al asunto, y visitó al torero en la cárcel media docena de veces. La última, fue para comunicarle su libertad bajo fianza.

—Lo hemos conseguido —dijo alegremente. —Y esto no es más que el principio. Creo que no será preciso un juicio, porque he llegado a una conclusión que espero lo exima de toda culpa. No obstante, sigue habiendo puntos oscuros. Será conveniente que andemos con pies de plomo. A la mayor brevedad, hay que reunir en la finca a todas las personas implicadas.

Así se hizo. Estaba anocheciendo cuando el abogado llegó a Dehesa Blanca, y ya estaba el torero en su despacho, aguardándolo con otras personas. Encontró al dueño de la casa sirviendo unas copas junto al mueble—bar; iba vestido con un elegante traje oscuro y camisa rosada.

—Buenas tardes a todos —dijo él, dando un vistazo a la concurrencia. —Ruego disculpen mi tardanza.

Le ofrecieron una bebida. Estaba allí la cuadrilla completa del torero, todos acomodados en diversos asientos; además, el inspector de policía y su ayudante, así como la esposa del torero. Ella llevaba puesto un vestido descotado y calzaba unos zapatos con altísimos tacones. Apenas se había maquillado, y unos cercos rojizos en torno a sus ojos podían denotar falta de sueño, o un exceso de alcohol. Ahora mismo sostenía en la mano un largo vaso con los restos de un combinado. El recién llegado se inclinó ante ella.

—Gusto en saludarla —dijo, y ella le dirigió una mirada displicente. El abogado pensó que la traicionaba su vida desordenada. Era famosa por sus lujosas negligés, que toda la servidumbre conocía: no parecía ser demasiado celosa de su intimidad.

—El gusto es el mío —suspiró ella con aburrimiento.

Enfrente estaba la niñera, sentada al borde de su silla. Llevaba encasquetada una boina sin gracia, y se había pintado los labios muy mal. En sus ojos había una mirada de inquietud, más propia de una colegiala asustada.

El último en llegar fue el apoderado del torero, que se disculpó a su vez. El abogado lo miró, acomodado en un sillón giratorio tras la mesa del despacho. Había estudiado con anterioridad el historial de este hombre y sabía que sus antecedentes no eran buenos. Tenía un pasado un tanto turbio; quizá la vida había marcado aquellos dos profundos surcos a ambos lados de su boca. Estaba divorciado y no tenía hijos.

—Veo que llego tarde —dijo con fuerte voz, y se sentó junto al torero, en un pequeño sofá de dos plazas. El abogado asintió.

—Señoras y señores, los he reunido aquí para tratar de aclarar los hechos que atañen a mi cliente —dijo. —Las circunstancias parecen acusarlo, pero yo diría que de una forma demasiado... evidente. Las cosas nunca son tan claras como aparecen a primera vista, y yo pretendo colocarlas en su verdadera dimensión.

El ambiente se hizo tenso. Hubo un leve murmullo, y la señora se removió en su asiento. El colono, que permanecía de pie junto a la puerta, tosió fuertemente. El abogado prosiguió:

—Hay aquí una cuestión fundamental, que no se ha investigado. ¿Quién, en realidad, escribió las cartas anónimas?

Extrajo un cigarrillo de una pitillera dorada, y lo prendió con un encendedor a juego. El torero se había hundido en el sofá, con las largas piernas cruzadas y la mirada baja. Él lo observó un momento y siguió hablando despacio.

—Porque voy a decirles algo muy importante: la persona que lo hizo sabía dos cosas: una, que el subalterno estaba drogado cuando salió a la plaza. La segunda, que el pintor había sido asesinado.

Nadie hizo ningún comentario. Él aguardó unos segundos, y luego prosiguió:

—Y no es probable que mi cliente, de haber sido el autor de ambos delitos, los fuera pregonando después por medio de cartas anónimas.

Se detuvo de nuevo y se inclinó sobre la mesa. Todos estaban muy atentos, mientras que el humo de varios cigarrillos se alzaba en volutas. Él observó la fina columna que se escapaba del suyo.

—Las cartas las escribió alguien que, de alguna forma, estuvo involucrado en los crímenes. No obstante, se ha comprobado que se escribieron en esta misma casa: los tipos de la máquina portátil coinciden, incluso en algunos defectos por desgaste y el color de la cinta.

El colono volvió a toser fuertemente, y todas las miradas se volvieron hacia él. Musitó unas palabras de disculpa, y el abogado continuó.

Cualquiera de esta casa pudo utilizarla —dijo en forma tajante. —Por tanto, hay que considerar: ¿quién había en la casa, aparte de mi defendido, que hubiera podido cometer ambos crímenes?

Fuera sonó el relincho de un caballo. El abogado levantó su vaso, observó el contenido, y prosiguió:

—Podíamos interrogar a todos nuevamente, pero dudo que sirviera de nada. Usted, señorita —le dijo a la niñera, y ella pegó un respingo. —¿Tiene algo que decir? ¿Y usted? —le preguntó al colono que lo miró, asombrado. —Del mismo modo, podíamos interrogar a los peones y criados, pero todos negarían su conocimiento de los hechos. Todo el mundo tendría una coartada, menos mi cliente que no tiene ninguna.

El colono se había puesto rojo. La esposa del torero terminó de apurar su bebida y pidió otro combinado, que el dueño de la casa se apresuró a servirle. La voz del abogado era helada.

—Creo que es mejor que pensemos un poco, ¿no les parece?

Se miraron unos a otros, pero nadie contestó. Él dio una profunda chupada al cigarrillo.

—Yo ya he formado mi hipótesis propia, y por eso los he reunido aquí, incluida nuestra autoridad local. Espero convencerlos a todos de la verdadera identidad del asesino.

El apoderado cambió de postura, y lo mismo hizo el torero. La esposa había cerrado los ojos y mantenía el vaso, ahora lleno, en la mano derecha. El abogado la miró fijamente.

—Lo que está muy claro es que cualquiera de los aquí presentes pudo tener aquella noche acceso al automóvil de mi cliente —dijo. —Pudo tenerlo la señora, y también el propio subalterno. ¿Quizá fue él mismo quien mató al pintor, usando el coche de su jefe? ¿Tenía algún motivo para hacerlo?

La mujer se había sobresaltado, y todos se miraron entre sí con inquietud. El abogado habló despacio.

—O quizá, ¿será cierto que fue mi propio cliente el asesino?

Ahora hubo un murmullo de asombro, que él ignoró. Se había hecho dueño de la situación, y lo sabía. No parecía tener prisa, como el gato que juega con el ratón. De pronto, su voz se hizo firme.

—¡No, señores! —dijo. —Sólo en una persona concurren las premisas clásicas de motivo y ocasión. Sólo una persona pudo llevar a cabo los dos crímenes, y además inculpar a mi defendido.

Ahora podía oírse en el despacho el vuelo de una mosca. El abogado tendió el brazo en un gesto teatral, señalando al apoderado del torero.

—¡Usted es esa persona! —pronunció con sequedad. —Está enamorado de la esposa de mi cliente, luego tiene un motivo. Tuvo la ocasión, puesto que posee un juego de llaves del automóvil. Y, por último, suele usar la máquina de escribir portátil, porque según parece, no entiende de eléctricas ni de ordenadores. —El hombre se había puesto en pie con una exclamación de sorpresa. Luego dio un paso adelante.

—¡Qué dice! Todo eso son mentiras, y pienso querellarme contra usted por injurias. —El abogado sonrió.

—Puede hacerlo si lo desea. Pero antes, considere que tengo pruebas fehacientes de que usted vendió los cuadros auténticos del pintor fallecido, y los sustituyó por las copias. Había contratado a un pintor bastante bueno para llevarlas a cabo, sin dar muchas explicaciones. Aprovechó un tiempo en que los cuadros estuvieron retirados, con motivo de la remodelación de esta casa, ¿no es así?

El hombre estaba lívido. Se había dejado caer de nuevo en el sofá. El abogado lo miró torvamente.

—Pero no estaba solo —añadió. —Tenía una cómplice, ya que la esposa de mi cliente se encargaba de firmar el documento de venta. Usted se los llevaba a los marchantes que los sacaban fuera del país. —La mujer estaba furiosa.

—¡No es cierto! —chilló. El abogado movió la cabeza, sonriendo.

—Puedo demostrar que el apoderado y usted mantienen desde hace tiempo relaciones... digamos amistosas —dijo, ignorando la presencia del marido, que se removió en el asiento. —No me recato de decirlo, porque es algo notorio, aunque mi cliente hasta ahora no lo haya querido asumir. Incluso, usted ha llegado a pedirle el divorcio para poder casarse con su amante, ahora que tiene el dinero de los cuadros.

La mujer no dijo nada. La expresión del torero era resignada y ausente. El abogado se apoyó en la mesa.

—Pero no contaban con la visita inesperada del pintor, que hacía años vivía en el extranjero. Hasta que un día, a él se le ocurrió presentarse en la finca con una nueva pintura para su amigo. Naturalmente, se dio cuenta de la sustitución; hizo sus propias indagaciones, y supo que el matador ignoraba el tema, por lo que sospechó de su antigua esposa. —Ella alzó la mirada.

—Yo no... —comenzó a decir, pero el abogado la atajó con un gesto.

—No puede negarlo. El pintor sabía que usted vivía en una finca vecina, que su esposo le había cedido. Salió de la dehesa, ya de noche, con la excusa de dar un paseo por los alrededores. No admitió la compañía de su amigo, porque su intención era visitarla a usted.

—¡Eso es mentira! —Él la miró, muy serio.

—Calle y escuche —ordenó, tajante. —Fue a verla, como digo. Según tengo entendido usted no se molesta ni en cerrar la puerta, y él se llevó una buena sorpresa. Estaba con su amante en actitud bastante... familiar, con una de esas vestimentas que se han hecho famosas, ¿me equivoco?

El torero tenía una expresión torva. Su rostro estaba lívido, pero el abogado lo ignoró. Siguió hablando despacio.

—Entonces, el pintor sospechó toda la verdad. Les dijo que estaba al corriente de la sustitución de los cuadros, y amenazó con denunciarlos. Usted supo que tenía que hacer algo, y deprisa. ¿Qué utilizó para golpearlo? ¿El atizador de la chimenea?

La mujer negó desesperadamente.

—Yo no quería —dijo con desmayo. —Yo le rogué que no lo hiciera.

El abogado asintió.

—Pero él lo golpeó hasta matarlo. Luego, tuvo que deshacerse del cadáver. Para ello, lo llevó en su coche hasta las afueras de Dehesa Blanca, y allí se detuvo. —El apoderado soltó una risita.

—Está desvariando. —El otro lo miró de frente.

—Usted entró en la dehesa —afirmó con seguridad. —Tenía las llaves del coche de mi cliente. Tomó el vehículo, y con él simuló atropellar al pintor en la carretera. Luego, dejó el automóvil de nuevo en el garaje. —La mandíbula del hombre se tensó.

—Tiene usted mucha imaginación —dijo con sorna. Extendió el brazo hasta rozar el de la mujer, que lo retiró vivamente.

—Nada de eso —contestó el abogado. —No hago más que reconstruir la verdadera historia. Sabemos que el subalterno estuvo fuera aquella noche, porque fue a recoger un paquete a casa de los colonos. Seguramente fue testigo de las idas y venidas de usted, y no sabía a qué atribuirlas hasta que conoció la muerte del pintor. Entonces, lo relacionó a usted con el hecho. Dígame, ¿le hacía chantaje?

La cara del apoderado parecía de piedra. Su expresión era tormentosa.

—El muy imbécil —masculló. —Pensó que yo era tan idiota como él... el muy maricón.

—Y se equivocó de pleno —sonrió tristemente el abogado. —Porque, para librarse de él, no dudó usted en mezclar una buena dosis de somnífero en su café, poco tiempo antes de la corrida. Y usted sabía que era una corrida peligrosa, como todos lo sabían también. Luego, se le ocurrió escribir las cartas anónimas. Ya había puesto fuera de combate a dos peligrosos testigos, y ahora venía lo mejor: iba a librarse del marido de su amante, haciendo recaer sobre él las sospechas.

La risa del apoderado sonó chirriante.

—Y estuve a punto de conseguirlo —bromeó todavía, ante el asombro de todos los que ocupaban el salón.

AMIGOS

Los tres matrimonios habían estado unidos por una gran amistad. Uno de los hombres, un financiero muy rico dueño de varias fábricas y empresas había enviudado recientemente, pero siguió manteniendo la amistad con sus camaradas. Éstos eran un abogado con su bella esposa, y un ingeniero con la suya.

—Sabes que siempre serás el mismo para nosotros —le habían asegurado. Así fue, en efecto.

Ahora, al financiero lo habían asesinado. El comisario de policía tenía planes para el fin de semana, y aquel hecho venía a desbaratarle sus esquemas.

—Sólo me faltaba esto —bufó cuando lo supo.

De hecho, se pasó todo el sábado haciendo gestiones, y algunas entrevistas que consideraba necesarias. No quería dejar ningún cabo suelto, ni podía consentir que aquella gente tan importante lo tomara por pardillo. Así que estuvo reuniendo antecedentes acerca de cada uno de los personajes. No se detuvo más que el tiempo justo para comer y, cuando terminó sus pesquisas, decidió llamar por teléfono a la comisaría. Pero la batería de su móvil estaba descargada.

-Mierda -farfulló.

Era un tipo de anchos hombros y espalda poderosa, y aún así su vientre era tan grueso como una cuba de moscatel. Introdujo su voluminoso cuerpo en una cabina telefónica y trató de encajar la moneda en la ranura. Cuando lo consiguió, marcó unos números que conocía con los ojos cerrados.

—¿Están todos ahí? —preguntó, y una voz cascada le contestó al otro lado.

—Falta el ingeniero, pero ha llamado diciendo que venía para acá.

—Bien, yo también voy ahora mismo. Que no se mueva nadie, ¿entendido?

De camino a la oficina estuvo repasando mentalmente los hechos recientes: al parecer, el jardinero del millonario había entrado de mañana en el pabellón de caza de su finca de recreo, y lo encontró de bruces en el suelo, sobre la estera. Tenía un balazo en la frente, justo entre las cejas.

—Pobre diablo —gruñó el comisario, pese a que el incidente le había echado a perder un proyectado día de pesca.

La comisaría olía a tabaco revenido y a sudor. Él se quitó el sombrero y se enjugó la frente con un sucio pañuelo que sacó del bolsillo. En el despacho lo aguardaban los dos hombres con sus respectivas parejas.

—Pónganse cómodos —dijo con un gesto. —Prometo no aburrirles demasiado.

Las dos mujeres eran rubias, y había un cierto parecido entre ellas, aunque una era algo más llamativa. A través de su estrecha falda se adivinaban unos muslos como a él le gustaban. Al parecer, era la esposa del abogado.

—Mucho gusto —dijo él, tendiéndole la mano. Ella soltó una risita, y le espetó:

—No sospechará de nosotros, ¿verdad?

Él no contestó siquiera, aunque en el fondo sintió una sorda rabia, que aumentó cuando dijo el ingeniero:

—He tenido que abandonar una reunión muy importante. Espero que sea breve.

—Y yo he perdido mi día de pesca —contestó el comisario secamente.

Observó que la mejilla derecha de aquel hombre estaba surcada por unas finas líneas, como si algo o alguien lo hubiera arañado. Desde la silla giratoria tras la vieja mesa de despacho, lo miró fijamente.

—¿Dónde estaba a la hora en que se cometió el crimen? —preguntó. El otro no cayó en la trampa.

—¿A qué hora, si puede saberse? —Él repitió la pregunta.

—Lo sabe de sobra, lo han dicho los periódicos. ¿Dónde estaba? —El otro se movió en su asiento.

—Estaba visitando la presa que construimos en la parte alta del río —contestó. El comisario golpeó la mesa con un lápiz.

—¿Tiene que pasar cerca de la finca del... fallecido? —Los ojos del otro parpadearon.

—No necesariamente —dijo. —El comisario respiraba aún entrecortadamente, por causa de la prisa.

—Pero pudo haber pasado —insistió. —Lo mataron en el pabellón de caza, que está

cerca del puente junto al río. —El ingeniero sacudió la cabeza.

—No me extraña. Pasaba muchas horas en ese pabellón de caza.

El comisario extrajo un habano del bolsillo, y encendió una cerilla frotándola con la uña de su dedo pulgar. Luego prendió el cigarro parsimoniosamente, y le dio una larga chupada.

—¿Con quién pasaba tantas horas en aquel pabellón? ¿Solo, o... bien acompañado? —El ingeniero se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Cuando murió su esposa, él instaló allí un taller de bricolaje o algo así. Era muy aficionado a la mecánica.

El policía miró a la ventana. El viento cálido había arreciado, y el producto de una nube de verano había empezado a golpear en los cristales.

—Al hombre le pegaron un tiro entre las mismas cejas. Era el tiro de un profesional —dijo, observando con atención el humo de su cigarro. —Usted es aficionado a la caza, ¿ verdad?

El otro no contestó, y el policía lo miró con el ceño fruncido.

—¿Quiere responder a mi pregunta? ¿Sabe que su esposa se citaba con él? —La mujer del ingeniero se puso en pie de un salto. Estaba roja.

—¿Qué dice? —chilló. —Eso es una mentira.

—Tranquila, señora —dijo él.

La amiga había descruzado las piernas. Daba la sensación de estar muy divertida.

—¿Por qué lo sabe? —preguntó. La mujer del ingeniero se había vuelto a sentar y sus ojos echaban chispas. Él la señaló con el lápiz.

—Sabemos que usted estuvo en la finca. Varios empleados la vieron, y todos la conocían muy bien. Un mozo la vio cuando entraba en el pabellón de caza con el millonario. ¿Quiere negarlo ahora?

Ella se echó a llorar.

—Yo no lo hice —gimió.

Todos parecían electrizados. El ingeniero estaba pálido, y tenía la mirada fija en su mujer. El comisario prosiguió:

—En realidad, cualquiera de ustedes pudo visitar aquel pabellón. La amistad con el dueño les permitía acercarse al lugar sin despertar sospechas.

Por encima del humo del cigarro, el rostro del policía era grave. Sus ojos pequeños y pardos parecían hundidos en una grieta de su rostro. Miró al ingeniero.

—Creo que usted lo mató —dijo. Él se quedó mirando la sucia tarima, pero no dijo nada y el otro prosiguió: —Los neumáticos de su automóvil dejaron huellas en el barro. Luego salió el sol, y las huellas se endurecieron.

En el silencio podían percibirse las respiraciones. Sonaron unos golpecitos a la puerta, y entró un hombre con una bata blanca, dejando encima de la mesa una carpeta con papeles.

—Es el informe —dijo. —Estoy en el laboratorio, si me necesita para algo.

—Está bien, gracias —dijo él. Aguardó a que el otro saliera, y prosiguió:

—Cada uno de ustedes puede llamar a su abogado. Es más, deben hacerlo, porque todo lo que digan desde ahora será tenido en cuenta.— El abogado soltó una risita.

—Yo lo soy de todos —indicó. Al policía no le hizo gracia la broma.

—Pues va a necesitar mucho ingenio. Guárdeselo para su defensa.

Siguió hablando pausadamente, dirigiéndose al ingeniero.

—De camino a la presa, usted llegó a la finca y entró en el pabellón de caza. No esperaba encontrar a su esposa con el amigo, ¿no es así? ¿Estaban en el dormitorio? — El hombre saltó en su butaca.

—¡Cállese! —dijo. —Está completamente loco. No le consiento que hable así. —El otro hizo caso omiso de la interrupción.

—Hubo una discusión, y usted mató a su rival de un tiro. Me consta que usted va armado cuando visita las obras de la presa.

—Claro que voy armado —dijo él. —Pero eso no presupone que me líe a tiros con mis amigos. Tiene usted una imaginación desatada.

Era alto y enjuto, con el cabello negro y liso. Hacía contraste con el abogado, que era de mediana estatura y bastante corpulento. Fue éste quien tomó la palabra.

—Usted no tiene derecho a acusar a mi amigo sin pruebas —indicó. —Se está cometiendo una injusticia que lesiona sus derechos. —El policía rió socarronamente.

—¿Ah, sí? ¿Es que usted tiene otra versión? Porque cualquiera de ustedes puede haber sido el asesino. —El abogado se agarró a los brazos del sillón hasta que sus nudillos blanquearon.

—Está jugando con nosotros —dijo torvamente.

La mujer del ingeniero estaba muy pálida. Ante la sorpresa de todos hizo una súbita confesión.

—Yo estaba en el pabellón —dijo. Su amiga la miró, horrorizada.

—¿Qué estás diciendo? Cállate. —Ella pareció estremecerse. —Es cierto, yo... me veía con él. Vi cómo lo mataban... pero no lo mató mi marido.

—¿Así que lo vio? —Ella asintió despacio.

—Yo había llegado en el coche de mi marido, que dejó las huellas en el barro. En el momento en que sonó el disparo estaba en el baño, duchándome. Primero oí fuera una discusión, y decidí seguir oculta hasta que la persona se marchara.

Se detuvo un momento, y el policía le rogó que siguiera.

—La voz no era la de mi marido, de eso estoy segura. De pronto sonó un disparo, y oí los pasos de alguien que corría por la grava del jardín.

—¿Vio usted a la persona? —preguntó el policía. Ella dudó un momento.

—No, no la vi. —El comisario se puso en pie. Su actitud era violenta.

—¿ Me quiere hacer creer que un extraño entró en el pabellón mientras usted estaba dentro, con el dueño? ¿Quiere que me crea que esa persona mató a su amigo por las buenas y que salió corriendo sin ocultarse y sin que usted tratara de descubrir su personalidad? —Se detuvo un momento para tomar resuello, y bajó el tono de voz: —Sólo me explico su declaración porque trata de encubrir a su marido.

—¡No! —chilló ella al borde del ataque de nervios. Todos la miraron consternados, y el policía preguntó con suavidad:

—¿Quién la mató?

—¡No digas nada! —gritó el abogado—. No tiene derecho a interrogarte.

La tensión se había hecho tan fuerte que parecía flotar en el ambiente junto con el humo del cigarro. El ingeniero se aproximó a su esposa y apoyó una mano en su brazo.

—Tranquilízate —dijo. —Pase lo que pase, y pese a todo lo ocurrido, me tienes a tu lado. En realidad, debería haberlo sospechado. Te he dejado sola tantas veces con él que me considero culpable. —El policía hizo un gesto de impaciencia.

—Nos estamos alejando del tema. Si su marido no entró en el pabellón, entonces, ¿ quién lo hizo?

La mirada de ella se alzó hacia el abogado y la mandíbula del hombre se crispó. Sus ojos parecían querer taladrarla.

—Fue él —dijo la mujer sordamente. Él soltó una risa chirriante.

—Estás nerviosa —dijo. —No sabes lo que dices. —Ella asintió con la cabeza.

—Estoy segura —añadió con un hilo de voz. —Por la ventana del baño te vi salir corriendo, sin que tú me vieras a mí. Llevabas todavía la pistola en la mano.

El abogado alzó ambas manos en un gesto de desolación.

—¡Digo que te calles! —ordenó. —Estás desvariando. —El comisario dio un golpe en la mesa con el lápiz, y la punta salió despedida.

—¿Quiere dejar a la señora? Nadie la presiona, está hablando por su propia voluntad.

Ella siguió hablando con desmayo.

—Me puse el albornoz y salí al vestíbulo, y vi el cuerpo tendido en el suelo. Estaba inmóvil, como muerto. Me acerqué, y vi que tenía un balazo en la frente. Estaba aterrorizada. Me vestí enseguida, recogí todas mis cosas y fui hacia al garaje donde había dejado el automóvil. No hablé con nadie, no me encontré con nadie. —El comisario movió la cabeza.

—¿No llamó a la policía? —Ella denegó vivamente.

—¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo iba a justificar mi presencia allí? —El abogado estaba a la defensiva. Su actitud era serena, y parecía haberse dominado por completo.

—Ha perdido la cabeza —repitió. —¿Por qué iba yo a matar a un amigo que se entendía con la mujer de otro? Eso no tiene sentido. —El comisario estaba sacudiendo parsimoniosamente la ceniza del cigarro en un viejo cuenco de metal con un anuncio de cerveza.

—Usted no sabía que se tratara de la esposa de otro —dijo, sin alzar la mirada. —A usted le llegó una carta, la carta de una persona que estaba confundida. De alguien que lo estaba extorsionando.

De entre los papeles de la mesa extrajo una cuartilla doblada.

—Esta nota se encontró en el vestíbulo —indicó. —¿Quiere que la lea?

Se encajo unas gruesas gafas de carey, y pasó la mirada sobre las líneas escritas a máquina. Leyó:

—“Su esposa es la amante de un amigo. Se encuentra con él en el pabellón de caza que usted sabe. ¿Quiere comprobarlo el martes a las diez de la mañana? Allí los encontrará juntos”. —La nota está muy bien escrita, y sin firmar, como ven —dijo, alzando el papel para

que lo vieran todos.

—No sé de lo que habla— dijo el abogado.

—Lo sabe muy bien. Sabemos quién escribió esta nota, pero se equivocó de dirección.

Hubo un silencio tenso, y se miraron unos a otros. El comisario dobló el papel cuidadosamente y lo guardó en una carpeta. Esperó unos segundos antes de proseguir:

La escribió la secretaria de la víctima que, según me ha dicho alguien bien informado, desde la muerte de su esposa se había trazado ciertos planes acerca de él —explicó. —Hemos localizado el tipo de papel, que no es nada corriente. Pero la secretaria cometió un error: al consultar las señas en la agenda confundió el nombre del ingeniero con el del abogado. Quizá pensó que había hallado una fuente de ingresos, o lo que quería era deshacer aquel plan. Ahora, la traen hacia acá y ella confirmará lo que les digo.

Todos permanecieron muy quietos, menos el abogado que hizo bascular su asiento. El policía lo miró.

—No hubiera sido la primera vez que su esposa lo engañaba con otro, ¿verdad? Ya había pasado otras veces por esa situación.

De la garganta del hombre surgió un sonido sordo. Ella se puso en pie.

—Eso no le importa —chilló. —Eso pasó hace mucho tiempo.

—De acuerdo —dijo él. —Pero su marido no lo ha olvidado todavía. Y la carta fue la gota que hizo rebosar el vaso. Siéntese, por favor. —El abogado estaba en tensión.

—¿Tiene alguna historia más que contar? —Él contestó con voz dura.

—Usted pensó que era su esposa quien se veía con el millonario en el pabellón de caza. No lo dudó, gracias a los antecedentes de ella, que he conocido recientemente. Cuando llegó allí él parecía hallarse solo, pese a lo que decía la nota, pero estaba demasiado nervioso por la proximidad de su amiga. Así que, en lugar de invitarle a una copa como solía hacer, lo acompañó al vestíbulo y lo despidió con una excusa.

—¿Qué más? —preguntó el abogado con sorna. Él ignoró la interrupción.

—Entonces usted le mostró la nota que había recibido. Él se quedó mudo y no le dio ninguna explicación. No podía tampoco aclarar la verdad, porque hubiera puesto en evidencia a su verdadera amante. —El abogado soltó una risa chirriante.

—Es usted clarividente, ¿verdad? Habla como si hubiera presenciado la escena. —El comisario lo observó con severidad.

—Sabe que lo que digo es cierto. Usted estaba furioso. Discutieron violentamente y él lo echó de su casa. Entonces, usted le disparó.

Un tic nervioso había aparecido en la frente del abogado. Los demás parecían haberse convertido en estatuas.

—Usted había dejado el coche en la carretera, porque un vigilante lo vio allí —prosiguió. —Salió corriendo de la finca, sin sospechar que la esposa de su amigo había sido testigo de todo. Sabemos que usted estuvo allí, pues además tenemos el testimonio del empleado de la gasolinera donde se detuvo antes de llegar a la finca. —El abogado chasqueó la lengua.

—Él no sabe si yo estuve dentro —alegó. —En cuanto a nuestra amiga, si ella lo sabía, ¿por qué no me denunció? —El policía alzó la mana derecha, donde humeaba el grueso cigarro.

—Es un caso típico —indicó. —¿Por qué ella no denunció al asesino? La cosa está clara: una mujer es testigo de un delito, pero no puede declarar que lo presenció. No quiere que se sepa que ella estuvo en ese lugar.

Ella afirmó can la cabeza. Había una expresión desolada en su rostro.

—Estaba horrorizada —dijo. —No sabía qué hacer, ni a quién acudir. Por otra parte, no podía comprender lo ocurrido. ¿Por qué él, sin motivo, se había erigido en vengador?

La mujer del abogado se puso en pie. Su rostro estaba tenso.

—¿Puedo marcharme? —dijo secamente. —Me parece que no pinto nada aquí. —El policía la atajó con un gesto.

—Usted se queda —dijo. —Tampoco está libre de culpa. No se la puede tomar por modelo de esposas.

Ella se mordió los labios y tomó asiento. El abogado se levantó, tambaleándose.

—Está bien, usted gana —dijo.

Antes de que pudieran impedírselo había sacado una pistola de un bolsillo interior. Sonó un disparo que hizo vibrar los cristales, y el hombre cayó pesadamente hacia un lado. El arma se desprendió de su mano y rebotó en la tarima. La sangre comenzó a brotar de un negro agujero en la sien.

EL PÁJARO AZUL

Mediaba el mes de agosto y el turismo estaba en su apogeo. El cielo aparecía radiante, y los bañistas aprovechaban hasta el último rayo de sol. Una pandilla de muchachos jugaba a la pelota en la playa cuando llegó corriendo un compañero, casi sin aliento.

—Un submarinista ha encontrado un cadáver —dijo, jadeando. Los otros se arremolinaron.

—¿Dónde ha sido eso?

Él se detuvo, tratando de serenarse

—Estaba un tipo haciendo pesca submarina, detrás de aquellas rocas —señaló. —Parece que ha tropezado con un fiambre que estaba atado con el cable de un arpón a una piedra del fondo. Ya han llamado a la policía.

—Vamos para allá —propuso una muchachita menuda. —Yo no me lo pierdo.

El pueblecito ocupaba un alto y la playa se extendía a sus pies, como un mosaico multicolor de sombrillas y toallas de baño. Formaba una amplia ensenada con un islote rocoso en un extremo. A todo lo largo, se hallaban algunas casetas ocupadas por pescadores. Cerca de la isleta se había reunido un nutrido grupo de bañistas que escuchaban las explicaciones del pescador submarino. Éste hablaba nerviosamente, y parecía muy impresionado. Cuando vieron llegar a la policía todos se mantuvieron en silencio, a la expectativa. Venía delante un inspector y lo acompañaban dos policías de uniforme.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó. —¿Quién ha descubierto el cadáver?

El hombre inició su relato por cuarta vez. Tenía unos cuarenta años y unas facciones angulosas, y estaba pelado casi al rape. Su piel estaba muy curtida, como la de los pescadores que faenaban en la costa, y de su cuello colgaban unas gafas de agua con su tubo para la respiración. Había dejado sus aletas a un lado, en la arena.

—Parece que lo han acuchillado —explicó. —Los peces lo han respetado bastante, pero... he visto que le faltaban todos los dedos de las manos —añadió, estremeciéndose.

El inspector de policía asintió con la cabeza. Era un hombre fornido, no muy alto, con ojos castaños.

—¿Le faltan los dedos? ¿Está seguro?

—Sí, señor, todos. Han debido comérselos los peces.

—Es posible —dijo el policía. —¿Ha visto algo más? —El pescador manoteó en el aire.

—He visto algo que brillaba en la arena, y resultó ser una caja de metal. He intentado sacarla pero estaba sujeta al fondo, y muy bien cerrada, como si la hubieran soldado.

En aquel momento se aproximó al grupo un hombrecillo pálido con una chaqueta de hilo muy ajada. El inspector lo saludó, alzando la mano.

—Ha llegado pronto, doctor. Tiene usted aquí un buen trabajo.

—Espero que alguien me traiga el cadáver —bromeó él. —No estoy para aventuras submarinas.

Todos rieron, y el inspector envió a un subordinado a que avisara al servicio de salvamento. Mientras llegaban, estuvieron interrogando a algunas personas que andaban por allí. Los buceadores de la policía recibieron instrucciones precisas. Acudieron con cámaras fotográficas y con diversas herramientas. Cuando llegaron, el inspector se secó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Van a sacarme un croquis del lugar, con la posición del cuerpo entre las rocas. Ah, y también la de la caja. No quiero que se escape nada, cualquier detalle puede ser importante.

Está bien. Se hará lo que se pueda.

Tardaron más de veinte minutos en rescatar el cadáver, lo envolvieron en una lona y lo depositaron en la arena. Los policías dispersaron a los curiosos que acudían a presenciar el macabro espectáculo. El inspector y el forense se acercaron, y descubriendo el cuerpo lo observaron con interés profesional.

—Era muy joven —observó el médico. —A pesar de la tarea de los peces y de la descomposición natural, creo que ha tenido que ser bien parecido. Tiene una buena musculatura. Lástima que no podamos obtener sus huellas dactilares.

En efecto, el muerto debía haber sido un mocetón fuerte de cuello y de hombros

anchos. Tenía el cabello rubio y largas patillas, y todavía se notaban músculos prominentes en sus brazos. Llevaba puesto un traje de goma de buceador, que quizá lo había preservado del ataque de los peces. Tenía los ojos cerrados y la cara abotargada. Se le habían hecho fotografías desde todos los ángulos, cuando un pescador que había logrado burlar el control de los policías se plantó ante el cadáver. Llevaba puesta una camiseta con corros de sudor, y unos pantalones vaqueros cortados por las rodillas. Manoseaba un trozo de cuerda.

—¿No es Juan, uno de los gemelos? —preguntó, agachándose. —Vaya, bien pronto ha seguido a su hermano. —El inspector giró en redondo.

—¿Lo conoce? —dijo, y el otro pareció retraerse.

—No estoy seguro —contestó. —Creo que es Juan, un pescador, aunque está muy desfigurado. Aquí lo conocía todo el mundo.

Había llegado uno de los hombres-rana llevando bajo el brazo una caja de metal del tamaño de una caja de zapatos.

—Hemos conseguido abrirla —informó. —Es de aluminio, y estaba bien sellada. Dentro, bien secas, había unas bolsas de plástico con un polvillo como azúcar molido. Mírelo.

—Que analicen esto en el laboratorio —ordenó él, dando un vistazo a los saquillos. Mientras, el pescador observaba el cadáver como hipnotizado.

—Tendrán que decírselo a la Marenga —musitó. El policía arrugó el entrecejo.

—¿Quién es esa Marenga? —El otro lo miró con aprensión.

—Se llama Ana, y es su madre adoptiva —dijo. —Todos la conocen aquí. Ella lo recogió con su hermano gemelo, y los crió a los dos. Eran huérfanos, ¿sabe usted? Aunque es una mendiga, Ana es una mujer de corazón. Nunca se queja de nada, aunque tenga motivo, y quería mucho a los gemelos aunque Juan no se portaba bien. El otro, que se llamaba Pedro, murió hace meses de un tumor. —El policía pareció interesado.

—Y éste, ¿a qué se dedicaba? —El hombre pareció crecerse con su protagonismo.

—Juan siempre anduvo en malos pasos —explicó. —Se dedicaba a acompañar a las turistas de edad, ya sabe usted. En el pueblo se decía que andaba en el contrabando. Pedro, el que murió, era todo lo contrario: un muchacho honrado como el que más.

—¿Dice que murió de un tumor? —insistió el policía.

—Fue una mala suerte, señor. Él era pescador, de los buenos. Era muy parecido en el físico a su hermano, pero en nada más. Últimamente se había empleado como marinero en un yate que llaman el Pájaro Azul, y que pasa casi todo el año amarrado en el puerto. Allí conoció a una extranjera, y debió de gustarle a ella más que a un tonto un lápiz. El muchacho era bien plantado, rubio como éste —señaló. —Por eso la tía se encaprichó y se casó con él, sin importarle de dónde venía. Se ve que tenía sus compensaciones —añadió con una risotada. Al policía no le hizo gracia el comentario.

—¿Qué ocurrió luego? —preguntó secamente. El otro se puso serio.

—El matrimonio duró poco, un par de meses o cosa así. Luego, el chico murió de un tumor en un pulmón, o algo parecido. Le hicieron un entierro muy bueno.

—¿No le dio una colocación al hermano? —El otro hizo una mueca.

Juan ya trabajaba con el dueño del yate. Era muy buen buceador, y le ayudaba a pescar. La boda del hermano no le hizo cambiar de vida.

—¿Quién es el dueño de ese yate? —preguntó el policía.

Es un portugués muy rico, dueño además de varios barcos de pesca. Se piensa que tiene que ver con los contrabandistas de su país, pero a lo mejor son habladurías. De algo hay que hablar aquí, digo yo.

—Claro —sonrió el policía. El hombre adoptó una actitud misteriosa.

—A mí me parece esta muerte una venganza de contrabandistas —sugirió. —Eso del corte de los dedos me parece muy raro.

—Es posible, pero no ande con chismes por ahí, por la cuenta que le tiene —dijo el inspector. —¿Sabe dónde encontrar a la madre?

—Claro que sí —afirmó el otro con viveza. —Si no está en la caseta de la playa, estará pidiendo en el puerto. Ella no se mueve de por aquí.

Pero no la encontraron en la caseta, ni tampoco en el puerto. En el pueblo, nadie había visto últimamente a la vieja mendiga. Se mandó rastrear la costa y por fin, a última hora del día, se consiguieron resultados.

—Hemos encontrado a la anciana al otro lado de la bahía —informó el ayudante. —La han golpeado en la cabeza de mala manera, pero debía tener siete vidas como los gatos. Aún respiraba, y dijo algo antes de morir. Sólo le entendí dos palabras: “Estaban cambiados”.

—Vamos para allá —indicó el inspector. —Que avisen nuevamente al forense.

Conviene reconocer a la mujer cuanto antes, y también el lugar. Es seguro que hay una relación entre las dos muertes.

El sitio era pedregoso, y en los espacios de arena había rastro de innumerables pisadas, lo mismo de pies descalzos que calzados. La mujer yacía boca arriba con los ojos entrecerrados, y sus encías descarnadas mostraban un par de largos dientes.

—Qué bestias —se estremeció el inspector a su pesar.

La mujer tenía la piel muy oscura y unas piernas esqueléticas. Llevaba puesta una bata negra de percal con pequeñas florecillas blancas, y calzaba alpargatas negras. Había recibido en la cabeza varios golpes, pero apenas había sangrado. Cuando llegó el forense la estuvo reconociendo meticulosamente. Luego habló como para sí mismo.

—Un instrumento muy pesado, y contundente —dijo, haciendo girar con cuidado la cabeza de la mujer. —Sin aristas de ninguna clase. No sé cómo ha logrado sobrevivir a la paliza. Al que llega a estos años no hay quien lo mate —trató de bromear. El policía se limpió el sudor con el envés de la mano.

—No hay ni rastro del asesino —dijo. —Tan sólo tenemos lo que dijo la mujer, y no es mucho. ¿Qué sería lo que estaba cambiado? —añadió para sí. —A no ser... que supiera algo relacionado con la muerte de Juan. Quizá supo por él alguna cosa, y lo fue contando en sus correrías por la playa.

—Puede ser obra de un loco —sugirió el médico. El otro se volvió a sus ayudantes.

—Yo esperaré aquí al juez —indicó. —Ustedes van a investigar la vida de la anciana. Pregunten a los pescadores, y en el puerto. También en algunos chalets de por aquí, donde ella pedía. —El policía más joven intervino:

—Al parecer solía sentarse en un escalón, frente al muelle —indicó. —A veces la llamaban desde algún barco y le daban ropa o comida. Parece ser que últimamente no andaba mal de dinero, se había comprado algunas chucherías. —El inspector asintió.

—Posiblemente, la ayudaba el casado con la extranjera —dijo. —Por cierto, no dejo de pensar en lo que quería decir con “estaban cambiados”. Tendríamos que hablar con el médico del pueblo. Él tenía que conocer bien a la anciana y a los chicos.

Esta última investigación dio sus frutos. El hombre los recibió en su casa de una sola planta, y les hizo pasar a un patio interior lleno de macetas con flores. Un hermoso jazmín sobre un muro encalado exhalaba un fuerte perfume. Allí tomaron asiento en sillones de mimbre. El médico llevaba más de treinta años sin moverse del pueblo: había atendido a los muchachos cuando niños, y él mismo había certificado la muerte de Pedro. Al parecer eran hijos de madre soltera que había muerto al dar a luz.

—Fue cuando la anciana se hizo cargo de ellos —explicó. No conocía la muerte de la mujer, y se mostró muy impresionado.

—Ya sabía lo de Juan, es increíble. Parece mentira, toda una familia desaparecida en pocos meses, y de qué manera.

El policía lo observó. Era un hombre alto y delgado, con cabello y bigote canoso. Fumaba en pipa, y llevaba unas gafas de cristales muy espesos, y dos alianzas juntas en el dedo anular. Habló de Pedro, el muchacho muerto meses atrás. Dijo que era una buena persona.

—La extranjera debía estar muy enamorada para haberse casado con él, un chico humilde y tan enfermo como estaba. Yo mismo le había diagnosticado un cáncer fulminante de pulmón, y le había advertido que viviría poco tiempo. Era un excelente chico, y un buen hijo. —El forense intervino:

—Quizá, la enfermedad exacerbó el romanticismo de la señora —sonrió. O puede que no estuviera enterada de la enfermedad que padecía.

—Parecía muy afectada con su muerte —dijo el médico moviendo la cabeza. —La conocí cuando extendí el certificado de defunción. No comenté con ella mi diagnóstico anterior, lo consideré secreto profesional.

Siguieron las investigaciones durante un par de días, sin que se llegara a ninguna conclusión. Trataron de interrogar al dueño del yate, pero estaba navegando en el barco de unos amigos. Al fin, el inspector pareció recibir un dato de interés: la puerta del despacho se abrió y apareció un policía joven con unos papeles en la mano.

—Mire esto —indicó. —La extranjera cobró un importante seguro por su esposo. Hemos comprobado en la agencia los datos, y todo parece estar en regla. Había además un seguro de ella hecho a favor de su marido. Tienen una fotografía del muerto y todos los datos del reconocimiento, incluidas las huellas dactilares. Era muy parecido a su hermano, pero con el pelo más corto.

El inspector golpeó el tablero de la mesa con la contera de su lápiz.

—Es raro —observó. —¿Cómo una compañía de seguros se hizo responsable de una

póliza así? El muchacho estaba sentenciado, según el médico del pueblo, y la muerte del chico le dio la razón.

—En la compañía de seguros, el informe no denota ninguna enfermedad —observó el ayudante. —Al parecer, el asegurado estaba más sano que una pera. —El inspector arrugó el entrecejo.

—¿Cómo puede ser eso? Aquí hay algo muy raro. Vamos, daremos una vuelta por la playa donde encontramos a la anciana.

***

Dejaron a un lado el promontorio rocoso y caminaron a buen paso hasta el lugar. Allí el inspector se dirigió a su ayudante.

—Me parece que ya lo tengo —observó. —Ella dijo que estaban cambiados. Quizá, la persona reconocida por la compañía de seguros no era Pedro, sino su hermano Juan. —El ayudante se encogió de hombros.

—Es posible, aunque no podemos comprobarlo. Faltan los dedos del cadáver. —El inspector parecía muy excitado. Se dio una palmada en la frente.

—¡Claro! —exclamó. —He sido un verdadero idiota. A Juan le han rebanado las yemas de los dedos para evitar que le tomáramos las huellas. No ha sido accidental que desaparecieran. Me gustaría tener unas palabras con esa viuda.

Preguntaron en el puerto deportivo por el “Pájaro Azul”. El vigilante les mostró uno de los barcos anclados.

—Es ese —dijo. En efecto, el barco era completamente azul, y a su entrada hacía guardia un marinero con un traje del mismo color.

—Queremos ver a la señora —dijo el inspector, mostrándole la placa. Él se hizo a un lado, sorprendido.

—Está bien, pasen.

Los introdujo en un pequeño salón con suelo de tarima barnizada. Los tabiques interiores estaban pintados de blanco, y apenas había adornos, salvo unas láminas de animales marinos en la pared, y un par de faroles dorados. La señora se hizo esperar más de diez minutos, y entró, cerrando la puerta.

—¿Me buscaban? —dijo con un gracioso acento. Se veía a la legua su procedencia nórdica: era muy delgada y con el cabello rubio, casi blanco, tan corto como el de un chiquillo. Parecía muy joven, y era bastante bonita. En sus ojos había una mirada infantil, y con todo parecía al acecho. El policía habló sin preámbulos.

—Estará enterada de la muerte de Juan —dijo, observándola. Ella afirmó.

—Desde luego. Era el hermano de mi marido.

—Lo sé —dijo el policía. —Por cierto, tengo que hacerle una pregunta que quizá le resulte dolorosa. ¿Sabía usted que su marido estaba muy enfermo cuando se casó? —Ella pestañeó levemente.

—Él no estaba enfermo —contestó con suavidad. —Fue una enfermedad imprevista. Desde luego, cuando hicimos el seguro de vida cruzado, él estaba sano.

—¿Hicieron un seguro de vida? —preguntó el policía. —Entonces, usted lo cobraría. —Ella asintió con tristeza.

—Así fue. Yo también me había asegurado a su favor. En mi país solemos hacerlo.

—Ah, ya. Por cierto, ¿conserva la documentación de su esposo? —Ella suspiró.

—¿Para qué? La destruí cuando murió.

—Sí, es natural —dijo el inspector, levantándose. —Bien, no voy a molestarla más.

Él y su ayudante bajaron al muelle y fueron caminando despacio. El inspector habló torvamente.

—Todo esto es muy confuso —comentó. —¿De verdad ella creía que su marido estaba sano?

Quizás ella no estaba enterada de la sustitución. Y de haberlo estado, ¿hubiera tratado el cuñado de hacerle chantaje? En un tipo como él, parece lo más natural.

El ayudante parecía excitado. Sus ojos brillaban.

—Quizá todo lo urdió el dueño del yate —dijo. —En realidad, yo diría que ella es la amante del patrón. De otra forma, no se explica que siga en el barco.

El inspector lo miró, interesado.

—Es posible que la anciana lo supiera. A lo mejor hizo algún comentario en el puerto, que ellos consideraron peligroso.

Aspiró la fresca brisa que venía del mar. El ayudante siguió hablando despacio.

Hemos registrado el cuchitril donde vivía la anciana —explicó. —Es una caseta hecha con tablones de madera, seguramente por los chicos, y con el tejado de Uralita. Pero todo estaba ordenado y limpio, y había en las paredes varias fotos de los mellizos juntos, desde

que eran niños. La casa tiene dos alcobas pequeñas, una con dos camas. Y, ¿sabe lo que hemos encontrado? —El inspector movió la cabeza.

—No lo sabré, si no me lo dice.

—Había una caja de aluminio, exactamente igual a la que sacaron del mar. Ésta no tenía dentro más que unos caramelos, y algunos dulces. Una vecina ha dicho que fue Juan quien trajo la caja, bastante después de la muerte de su hermano. Que la vieja la usaba para guardar sus chucherías.

El inspector se había detenido, y tenía el ceño fruncido.

—¿Y con una información así no me la comunican? —El otro se había puesto rojo.

—No he tenido ocasión de decírselo —se disculpó. —Dos veces he intentado hacerlo, y usted me ha cortado hablando de otra cosa.

—Está bien, está bien. Necesito que se tomen todas las huellas que hay en esa caja. Y rápido, ¿entendido?

—Si, señor, entendido. En cuanto lleguemos, le encargaré al especialista un informe completo acerca de la caja.

El laboratorio tardó menos de una hora en proporcionarlo. La caja contenía restos de heroína en polvo.

—El metal es muy liso y hay en él huellas muy claras que corresponden a la anciana. Hay otras de hombre, con los dedos cuadrados —informó el especialista de la policía.

—¿Los dedos cuadrados?

—Así es, señor. Y esas, ¿sabe usted?, son las mismas registradas por la compañía de seguros.

Al inspector no le faltó más que saltar. Su voz se había hecho aguda.

—Han llevado a cabo un buen trabajo, gracias —dijo, y colgó el aparato.

El ayudante lo miraba, asombrado.

—¿Qué ocurre? —El otro aspiró con fuerza.

—Lo que pensábamos. Las huellas de la caja demuestran que no fue el tal Pedro quien se presentó a reconocimiento en la compañía de seguros, sino su hermano Juan. A cambio, seguramente recibió una cantidad de dinero.

—Pero, ¿quién tramó todo esto?

El jefe se había puesto en pie y se dirigió a la salida.

—Tenemos que volver al barco, enseguida. Veremos si ha vuelto el patrón.

El ayudante consultó su reloj de pulsera.

—Son las once de la noche —observó. —¿No podemos dejarlo para mañana?

—Vamos, ya tendrá tiempo de dormir —dijo su jefe, palmeándole la espalda.

***

El patrón había vuelto, pero no se encontraba en el barco. El “Pájaro Azul” cabeceaba suavemente con las luces encendidas.

—Había una fiesta en el club náutico, y estaba invitado —informó el marinero.

El policía resopló.

—Vaya. También habrá salido la señora. —Él negó con un gesto.

La señora está a bordo —dijo. —Él ha salido con dos amigos.

La extranjera los recibió vestida con un largo traje pantalón muy descotado, que dejaba al aire sus hombros pecosos. Parecía muy cansada, pero el policía la abordó.

Lo sabemos todo —le dijo. —Conocemos la sustitución que se hizo de su marido por el otro gemelo. Tenemos pruebas.

Ella se dejó caer desmayadamente en un sillón. Parecía abrumada.

—Yo lo quería —aseguró. —Además de ser tan guapo, él era muy bueno conmigo. Yo no hice más que prestarme a aquel cambio, no hice nada grave. Sólo pueden acusarme de estafa. —El policía la fulminó con la mirada.

—¿De qué más podíamos acusarla? ¿De doble asesinato, quizá?

Ella hundió la cara entre las manos y sollozó.

—Yo no he matado a nadie —pronunció sordamente. —No he conocido la muerte de Juan hasta que la han publicado los periódicos. Nadie me lo había dicho.

—Y, ¿qué me dice de la muerte de la anciana que prohijó a su marido?

Ella alzó la vista, alarmada. En sus ojos podía leerse el terror.

—¿Ella ha muerto? —dijo en un gemido. —Le juro que no lo sabía. Ella me perseguía a todas horas, pensé que por celos de su hijo. Me miraba con fijeza, pero nunca quiso hablar conmigo. Era como si me odiara. Solía sentarse enfrente del barco a mirar, hasta que el dueño de este yate tuvo que hacer que la expulsaran.

El policía se sentó junto a ella en un sillón de mimbre.

—¿Cómo conoció a su marido? —Ella pareció sobresaltarse.

—Estaba empleado como marinero en este yate —dijo. —Era un muchacho agradable, y enseguida congeniamos.

Se detuvo un momento, como si le faltara el aire para respirar. Luego continuó:

—Un día, él se sintió enfermo y acudió al médico del pueblo. Él le diagnosticó un cáncer de pulmón. El muchacho estaba deprimido y me lo contó todo.

—¿Y usted le propuso el matrimonio? —Ella aspiró hondo.

—Yo lo comenté con mi amigo, el dueño de este barco —explicó, bajando la mirada. —A él se le ocurrió que yo podía casarme con Pedro, ya que estaba enamorada de él. Él mismo se encargó de pagar el seguro de los dos, para no levantar sospechas. Para ello presentó a reconocimiento a Juan, el hermano gemelo que estaba completamente sano. A Pedro le prometimos que a la anciana, a quien él quería mucho, no le faltaría nada el resto de su vida. Luego mi esposo murió, y el propio médico del pueblo certificó su muerte natural.

—Pero la anciana no recibió dinero —dijo el policía, y ella la miró.

—Juan dijo que se encargaría de dárselo. Pero, al parecer, no lo hizo. No se parecía a su hermano más que en el físico, no he sentido su muerte —afirmó ella con tristeza.

El inspector carraspeó.

—¿Conocía el médico la existencia del seguro de vida? —Ella negó vivamente.

—No se lo fuimos contando a todo el mundo, como puede suponer. Él hubiera denunciado la sustitución. —El policía habló despacio.

—Pero Juan empezó a hacer chantaje, y amenazó con denunciarles.

—A mí no me dijo nada —aseguró ella, y el policía la creyó. —Yo no sé nada más, se lo juro.

***

Hallaron al dueño del yate en el club, con alguna copa de más. Era un hombre todavía joven y de porte muy distinguido. Llevaba el pelo cortado a navaja y vestía un jersey blanco de algodón con cuello alto, y un pantalón azul marino. Tenía el aspecto de un actor de cine.

—Me han dicho que quieren verme —les dijo, con un marcado acento extranjero.

El policía asintió.

—Lo siento. Tiene que acompañarnos. —Él sonrió, mostrando una perfecta dentadura.

—¿De qué se me acusa? —El inspector ignoró su sarcasmo.

—De estafar a una compañía de seguros. Y, con suerte, también de un doble asesinato.

El hombre había permanecido de pie, y habló en tono despectivo.

—Ah, vamos —dijo. —Yo no sé nada de ninguna estafa, y menos de ningún asesinato. Usted se ha equivocado de persona. —El policía sostuvo su mirada.

—Una anciana ha aparecido muerta, ¿qué sabe de eso?

Él se quedó mirando su gruesa sortija de oro, con un sello esmaltado en azul.

—¿Qué tengo yo que ver con eso? No voy golpeando viejas por la playa.

Hubo un tenso silencio, como si él mismo hubiera advertido su irreparable error. El inspector sonrió. Nadie fuera de la policía sabía las circunstancias de la muerte.

—¿Por qué sabe que la golpearon en la playa? — El hombre pestañeó.

—Lo del golpe ha sido... sólo un decir. Es natural que la mataran en la playa, si es lo que yo pienso. Siempre andaba vagando por ahí. ¿Por qué iba yo a matar a una vieja chiflada?

—Cierto, no creo que lo hiciera sólo por ocultar una estafa. Era demasiado expuesto por un motivo tan... trivial. —El hombre lo miró con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿por qué piensa que lo hice? —El policía habló en tono severo.

—La anciana sabía que usted estaba en contacto con contrabandistas de su país. Lo sabía por Juan, que era su empleado. A veces, ella misma guardaba el alijo en la caseta de la playa. Sabemos que el muchacho era un buceador de los mejores, y se ocupaba de rescatar del fondo del mar las cajas con las drogas que le dejaban a usted entre las rocas. La anciana sabía que Juan lo presionaba a usted, y cuando conoció su muerte supo que usted lo había matado.

El hombre se echó a reír nerviosamente. El aire de la noche era fresco y olía a marisma. Cerca sonó la sirena de un barco.

—Usted está soñando —dijo. —Vamos, váyase ya. Estoy con unos amigos. —El otro prosiguió, mirándolo a los ojos:

—Hace unos días, cansado de sus amenazas, usted bajó tras el marinero y lo mató. Le rebanó los dedos con su cuchillo, para que nadie pudiera tomar sus huellas dactilares. En su momento usted había asegurado la vida de su hermano gemelo, haciendo que lo reconocieran a él.

—Es fantástico todo esto —dijo el hombre, que ahora estaba muy serio. El inspector

siguió hablando despacio.

—Su amiguita lo ha confesado todo —dijo. —Al morir el asegurado de muerte natural, y ser certificada su muerte por quien lo conocía de siempre, no vino al caso comprobar las huellas.

—Siga —dijo el extranjero con voz chirriante. Él así lo hizo.

—Pero ahora, muerto Juan en circunstancias tan... anómalas, existía el peligro inminente de que se descubriera el engaño por las huellas. Con esto su amiga perdía el dinero, y a lo mejor acababan los dos en la cárcel. Por eso le cortó los dedos.

El otro trató de sonreír.

—Es usted muy listo. —El policía ignoró su interrupción.

—Se echó la culpa a los contrabandistas, sin implicar a nadie en especial. Pero la anciana, en cuanto lo supo, sospechó de usted. Fue a visitarlo al “Pájaro Azul”, y le dijo que lo sabía todo. —El hombre fue a decir algo, pero se interrumpió.

—La mercancía se la entregaban en cajas metálicas —siguió el inspector. —Hemos encontrado en la caseta una caja con restos de heroína.

Hubo un nuevo silencio, y el hombre se dejó caer en un sillón. El policía no le quitaba la vista de encima.

—Entonces, usted la siguió. La golpeó brutalmente, y la dejó por muerta en la playa. Quizá la había citado en el lugar para darle dinero. No sabía que ella no había muerto todavía. Ella lo denunció en cierto modo. —El hombre se sobresaltó.

—Ella no pudo hacerlo —dijo sordamente. —Estaba...

—¿Estaba muerta? Puedo asegurar que no lo estaba.

La puerta de la terraza se abrió sin ruido, y aparecieron dos policías de uniforme. El inspector les hizo una seña.

—Llévenselo —dijo. —Y usted puede avisar a su abogado.

El hombre se había puesto rojo.

—Lo haré —masculló. Uno de los hombres le había puesto las esposas, y el otro lo agarró del brazo. El inspector se puso en pie.

—Le hará buena falta —agregó, suspirando.

EL ESCORPIÓN

El director del internado entró a grandes zancadas en una de las clases de medianos. Era un hombre elegante y bien trajeado, y sus modernas gafas apenas podían ocultar el brillo indignado de sus ojos. Todos los muchachos se pusieron de pie. Él habló en tono seco y autoritario.

—Quiero decirles que a uno de sus compañeros le ha desaparecido una caja nueva de dibujo. Espero que se trate de una broma, aunque de muy mal gusto. Les doy veinticuatro horas para que aparezca y, si no es así, tendrán que atenerse todos a las consecuencias. No puedo consentir que estas cosas pasen en un centro tan prestigioso como éste.

Salió de la clase como había entrado, y entre los muchachos hubo un murmullo, con comentarios para todos los gustos. Rafael, el estudioso del curso y dueño de la caja desaparecida, sonrió satisfecho. Era un muchachito moreno y delgado, con el pelo liso y una frente grande y abombada. Un chaval menudo se acercó y le habló al oído.

—Acusica, empollón —susurró. El otro le contestó en voz baja.

—Cállate, Manuel. Y devuélveme la caja, si eres tú quien la ha cogido.

Manuel tenía el pelo rojo y la cara llena de pecas. Era el más revoltoso de todo el internado, y sus ojos eran redondos y pardos.

—Nos veremos las caras —le dijo, y se llevó la mano a la nariz en un gesto de burla.

Por la tarde no se habló de otra cosa en el recreo. También en la cena todos cuchicheaban acerca del hurto, y sobre si la caja de dibujo aparecería o no. Lo que estaba claro era quién la había cogido, pero nadie pensaba delatarlo ni ayudar al otro.

—Es un acusica —decían. —Esas cosas se arreglan de hombre a hombre.

Pasaron las veinticuatro horas, y la caja con sus compases y material de dibujo no había aparecido. Aquella tarde, durante el recreo, el director personalmente hizo requisa general en los casilleros de la sala de estudio, ayudado por el tutor de los medianos que tenía un duplicado de las llaves de todos los casilleros. Tocaba el turno al de Manuel.

—Mire —dijo, señalando un montón de libros y cuadernos, que trataban de camuflar una caja de piel. El director apretó los puños.

—Tendrá su merecido —amenazó.

Acababan los alumnos de entrar al comedor, cuando apareció el director con la caja de dibujo en la mano. En su rostro había una expresión borrascosa, y le hizo una seña a Manuel.

—Acércate —dijo. —Eres un ladrón, y un delincuente.

Se oyó un silbido anónimo y significativo. El muchacho acudió, apartándose de la frente con la mano un mechón de cabellos rojos.

—¿Por qué, señor? —dijo inocentemente. Se oyeron risas, y el director golpeó con rabia una mesa.

—¡Cállate! —ordenó, con el rostro congestionado. —Puedes volver a tu sitio, ya hablaremos de esto despacio.

El chico hizo lo que le decían. En el camino, un compañero obeso y fofo le tiró de la manga.

—Me alegro —dijo. —Me alegraré de que te den un buen escarmiento.

—Y tú eres un lameculos —le dijo él sin alterarse.

Rafael recuperó su caja, y todos estuvieron cenando. A la salida, Manuel se había plantado a la puerta. Aguardó a que pasara el vigilante y se volvió a sus compañeros.

—Me vengaré, lo juro —afirmó.

Al día siguiente, tenían examen de dibujo. La profesora era una mujercita menuda, y trataba de corregir su corta estatura con unos zapatos de tacón muy alto.

—Silencio —dijo, mientras se quitaba los guantes y el abrigo. —Si terminamos pronto, podremos salir al recreo.

Sacaron de los pupitres las láminas en blanco, y los útiles de dibujo. Rafael, muy ufano, había dejado la caja de compases sobre el pupitre. Cuando la estaba abriendo se puso en pie de un salto.

—¡Socorro! —chilló. Todos lo miraron, y la profesora se acercó.

—¿Qué pasa? —preguntó.— ¿Qué es eso?

Hubo una carcajada general. El muchacho estaba temblando.

—Es... un escorpión —contestó tartamudeando el chico obeso que se sentaba a su

lado. —Ha sido Manuel, estoy seguro. Le tiene manía. —La profesora aguantó la risa.

—¿Has sido tú? —le preguntó volviéndose. Él asintió, y ella se puso seria.

—No gastes esas bromas, pueden ser peligrosas —le dijo. —Coge ese bicho con cuidado, y devuélvelo a su frasco en el laboratorio.

—Está bien, está bien —dijo Manuel, tomándolo con el compás.

La profesora respiró, y de nuevo hubo risas y comentarios jocosos. Ella los atajó con un gesto.

—¿Podemos empezar ahora?— dijo suavemente.

Luego, las aguas parecieron volver a sus cauces. Era un viernes por la tarde, y el director entró en el gimnasio. Acababan de terminar la tabla de ejercicios y los alumnos jadeaban, acalorados. Él los miró uno a uno.

—Los aprobados en gimnasia pueden salir al campo de deportes —indicó. —Los suspensos se quedarán aquí, conmigo.

Salió un grupo siguiendo al profesor. Paradójicamente, Manuel iba entre ellos y Rafael tuvo que quedarse: la educación física era el único fallo en su brillante expediente escolar. Su amigo obeso también se quedó.

—Vosotros vais a limpiar las bicicletas —ordenó el director, mirándolos a todos. —Quiero verlas bien relucientes.

Hubo protestas, pero cada cual se puso a su tarea. Luego sonó la campana y el profesor de gimnasia volvió con su grupo. Era un hombre recio y bien parecido, con el cabello rubio como estopa.

—Vamos, todos a las duchas —indicó. —El último se queda de cuadra.

El sábado era día libre, y algunas familias acudían al internado a buscar a sus hijos. Algunas pernoctaban en el parador del pueblo cercano, y otras se los llevaban hasta el lunes por la mañana. La mayoría de los internos pasaban la mañana en el campo de deportes, y por la tarde acudían al pueblo o salían en grupos de excursión. También salían algunos profesores, los que no se quedaban haciendo guardia en el colegio. Por la noche, se reunían en el comedor.

Aquel sábado, la familia de Rafael había llamado diciendo que se llevarían a su hijo hasta el lunes. El director pasó lista, como de costumbre: algunos no estaban, pero el permiso constaba al lado de su nombre. Pronunció el nombre y los apellidos de Manuel, y nadie contestó.

—¿Dónde está este chico? —preguntó, alzando la cabeza. —Que salga alguien a buscarlo al patio de recreo.

Pero no estaba allí, ni en las aulas, ni en el dormitorio. Lo buscó el tutor, sin encontrarlo. El director estaba furioso.

—Esta será su última broma —dijo, sin imaginarse que estaba en lo cierto.

Los alumnos se fueron a la cama, y el director se quedó leyendo un rato. Estaba demasiado alterado; por fin apagó la luz y también se durmió. El timbre del teléfono lo despertó de madrugada. Alguien se identificó como un miembro de la policía.

—Tengo una mala noticia que darle. Un alumno del colegio ha sido hallado muerto, en un bosquecillo que hay cerca del río. Lo han encontrado unos cazadores. Llevaba puesto el uniforme del internado.

El director se había quedado sin habla. Se expresó entrecortadamente.

—Co... ¿cómo dice?

El otro siguió explicando: habían recogido al muchacho y se lo llevaron al médico del pueblo, pero ya no pudo hacer nada. También habían hallado a su lado una vieja bicicleta.

—Es la suya —murmuró el director. —Pero, ¿cómo ha podido ocurrir? ¿Ha sido un accidente?

—No lo sabemos todavía —contestó la voz. —No tiene huellas de violencia, pero sí una picadura en la pierna. Al parecer, de un animal ponzoñoso.

El director no pudo contener una exclamación. Se había comentado el caso del escorpión entre los profesores, pero desechó la idea como absurda. La voz siguió, monótona.

—La muerte ocurrió sobre las siete de la tarde de ayer, sábado. Por la mañana, hoy mismo, se va a proceder a la autopsia. Mañana iremos por el colegio; de momento, no diga nada a nadie.— El director se pasó la mano por la frente, como queriendo borrar una pesadilla.

—Descuide, no lo haré. —La voz sonó de nuevo.

—Ah, y otra cosa. Cerca del lugar donde lo hallaron, hemos descubierto huellas recientes de una bicicleta nueva. Tendremos que tomar pruebas de todas las que haya en el internado, sin excepción. Le ruego que nadie las toque.

—Nadie las tocará —contestó él. Y, por supuesto, no volvió a pegar ojo en toda la noche. Antes de que amaneciera, la policía se personó en el colegio. Un hombre calvo se presentó como el comisario encargado del caso. Preguntó dónde se guardaban las bicicletas, y el director lo condujo al gimnasio. Abrió el almacén con la llave: había dos docenas de máquinas, algunas de carreras, y la mayor parte de montaña o de paseo. Casi todas estaban muy limpias. El comisario estuvo cotejando las llantas con una fotografía que llevaba y se detuvo ante una de ellas, ligera y completamente nueva. Las llantas eran finas, y en uno de los radios se había enganchado una espiga.

—Esta tiene que ser —indicó. El director negó con la cabeza.

—Pertenece a uno de nuestros mejores alumnos —dijo. —Pero el muchacho no ha podido usarla. Salió ayer a mediodía con su familia y hasta mañana lunes no volverá. —El policía se puso en pie con esfuerzo.

—Tendremos que interrogarle —dijo. —No podemos descartar a nadie.

El director estaba confuso. La voz del hombre lo sobresaltó.

—He estado en ese campo esta noche —dijo. —La espiga parece pertenecer al tipo y al grado de madurez del campo donde ha ocurrido el hecho. Avísenos en cuanto vuelva el dueño de la bicicleta: hay que saber si pasó la tarde con su familia, y dónde. ¿Dice que es buen alumno? —Él asintió vivamente.

—Es muy estudioso —recalcó. —Es un chico educado, algo introvertido. Tiene que haber alguna explicación. —El otro se encogió de hombros.

—Los chicos demasiado estudiosos no suelen tener la simpatía de sus compañeros. A veces son tipos neuróticos, y hasta inadaptados.

Él trató de protestar, pero el policía le estaba indicando al ayudante que sellara el almacén de bicicletas. Luego, los tres hombres se dirigieron al edificio principal. Estuvieron haciendo un registro en la habitación del muerto, que estaba muy desordenada.

—Él era así —dijo secamente el director. —Un muchacho bastante... rebelde. —El policía lo miró.

—¿Todas las habitaciones son individuales? —preguntó. Él dijo que sí con la cabeza.

—Cada alumno tiene la suya —contestó. —Como puede ver son pequeñas, pero acogedoras. —El ayudante procedía a registrar cada cajón con un aire profesional.

—He encontrado esto— dijo, mostrando unos prospectos multicolores. —Son anuncios de bicicletas de carreras, con sus marcas y precios.

—Recójalos —dijo el comisario. —¿No hay nada más?

—Solamente ropa, y unas chocolatinas empezadas. También unos libros, y algunos cuadernos. —El comisario resopló.

—Déjelo, de momento —indicó. Luego, se volvió al director. —¿Puede avisar a los profesores del muchacho? —indicó con una dureza que convirtió la pregunta en una orden. El director los condujo a su despacho. Luego salió, y al cabo de unos cinco minutos entró con la profesora de dibujo.

—Puede dejarnos solos —indicó el policía.

Ella temblaba perceptiblemente. Estaba roja, y se mordía los labios con nerviosismo. El hombre dulcificó el tono de voz.

—¿Dónde pasó la tarde de ayer, sábado?— preguntó, insinuante. Ella bajó la mirada.

—Yo... salí con un compañero —balbució. —Salimos de paseo. No ocurrió nada, se lo aseguro. —El comisario sonrió.

—Tengo entendido que está prohibido en este centro que los profesores... intimen —pronunció suavemente. Ella ocultó la cara entre las manos.

—No hicimos nada, se lo juro. Sólo somos... amigos.

Parecía a punto de echarse a llorar. Él le dio unos golpecitos en el hombro.

—Lo siento —dijo. —No me interprete mal. Los asuntos internos del colegio no me incumben para nada. ¿Qué compañero es ese?

Después de algunas vacilaciones, ella confesó que se trataba del profesor de ciencias. Fue llamado al despacho, y llamó antes de entrar.

—Perdonen —dijo. —Estaba poniendo en orden unas cosas en el laboratorio. —El policía habló sin rodeos.

—¿Acompañó a su compañera ayer por la tarde? —preguntó. Él pareció asombrado, pero se dominó enseguida.

—Pues... sí. Fue tan sólo... bueno, supe que ella iba a ir al pueblo, y me fui a acompañarla. Estuvimos en el cine, había un programa doble muy bueno. —El policía sonrió.

—Creí que habían estado dando un paseo. Bien, pueden marcharse los dos, los llamaré más tarde. No comenten nada de esto.

—Descuide, no lo haremos —prometió el hombre con convencimiento.

Llamaron al profesor de gimnasia que entró, pisando fuerte. Cerró la puerta tras de sí.

—¿Quería verme? —preguntó, tendiendo la mano al policía, que correspondió a su saludo. Le estuvo haciendo unas cuantas preguntas, y el otro contestó sin vacilar. Dijo no haber advertido nada extraño el sábado por la tarde. Cogió su bicicleta, y estuvo pescando en el río. Se había cruzado con varios alumnos, pero no recordaba con quién.

—Soy nuevo en el colegio —indicó. —Llevo aquí escasamente dos meses, y no puedo conocer a todos los alumnos. —El policía observó a aquel hombretón con aspecto sano, de niño grande.

—Está bien —dijo. —Volveré a llamarle, no abandone el internado.— Él pareció extrañarse.

—¿Ha ocurrido algo grave? —preguntó. El otro sonrió.

—Nada especial, de momento —dijo.

Entró luego la profesora de gramática, una mujer bastante hombruna, que dijo haber salido de excursión con un grupo de pequeños el sábado por la tarde. Fueron a pie hasta el río, y allí consumieron la merienda que cada uno había recogido en el colegio. Fueron desfilando los demás profesores, algunos de los cuales no se habían movido del centro en todo el día.

También se interrogó a los compañeros de curso de Manuel. El chico obeso fue el último en entrar. Declaró haber salido solo, porque su amigo Rafael estaba con su familia.

—Llegué hasta el pueblo andando —dijo, mirándose las manos gordezuelas. —Estaba jugando al futbolín cuando llegó Manuel. Él se marchó con su bicicleta a coger ranas y, como me dolía la cabeza, volví al colegio y me metí en la cama.

—¿De qué hablasteis? —preguntó el policía. —Y, ¿qué hora crees que era? — Él movió la cabeza, dubitativo.

—Serían cosa de las seis —indicó. —No hablamos de nada en especial.

Salió, cerrando silenciosamente la puerta. El director había estado presente en el interrogatorio y comentó en voz baja:

—Un muchacho poco brillante. Pero sus padres han muerto, y eran amigos del antiguo director. En realidad, lo tenemos aquí por caridad —añadió con petulancia. El teléfono había empezado a sonar; él lo cogió y se lo tendió al policía.

—Es para usted —indicó. El otro se apresuró a cogerlo y su expresión se hizo torva.

—Está bien —dijo. —Gracias. Manténgame informado si surgiera algo más.

Colgó el aparato y se volvió al director, que le ofrecía un cigarrillo de una caja. Él lo rechazó con un gesto y habló gravemente.

—Se ha practicado la autopsia del muchacho —indicó. —La picadura no ha causado la muerte, al chico lo han asfixiado con cloruro de metilo, seguramente en un pañuelo.

El director no pudo por menos que emitir un fino silbido. El policía continuó:

—Es más, cuando la alimaña le picó, el muchacho ya estaba muerto. No había restos de veneno en el sistema sanguíneo. La muerte se produjo antes, por asfixia. Por cierto, ¿ puede conseguirse cloruro de metilo en el colegio?

El director se inclinó sobre la mesa y extrajo un cigarrillo para sí.

—Es posible —dijo con expresión preocupada. —Creo que hay algo de eso en el laboratorio. Se utiliza para algunos experimentos.

—Al parecer, es muy peligroso —dijo el policía secamente. —¿Quién tiene acceso a él? —El director había encendido el cigarrillo y vaciló antes de contestar.

—El profesor de ciencias, desde luego —afirmó. —A veces, los alumnos...

Lanzó una bocanada de humo que se convirtió en un anillo. El policía asintió.

—Vamos, que está al alcance de cualquiera —dijo, sonriendo con sorna.

***

Pasaron lentas las horas del domingo, sin que ninguna luz se proyectara sobre la extraña muerte. Trataron de localizar a Rafael en la ciudad, pero en casa de sus padres no hallaron más que a una vieja sirvienta.

—Están de viaje —dijo por teléfono—. Los señores se llevaron el chófer, dijeron que estarían fuera un par de días.

—Habrá que esperar a mañana —dijo el director con gesto cansado.

Pero el lunes, otro suceso luctuoso tuvo lugar en el colegio. Al director le llegó la noticia de que el muchacho obeso se encontraba muy mal. Después de visitarlo en su cuarto, descolgó el teléfono del despacho y marcó los números de una clínica cercana.

—Por favor, vengan enseguida —dijo tensamente. —Tenemos un alumno muy enfermo. Padece convulsiones, y está muy agitado. Es... como si se hubiera vuelto loco.

Por si no hubiera sido bastante, enseguida se presentó el policía que venía dispuesto a interrogar a Rafael. Al llegar al internado se cruzó con la ambulancia que salía, y la siguió

con la vista, extrañado. El director lo recibió con la cara de color ceniza.

—¿Tienen algún enfermo? —preguntó. Él le contó lo sucedido. El chico no salía de su habitación ni contestaba a las llamadas; además, había cerrado la puerta por dentro, cosa que estaba prohibida en el internado.

—Fue el vigilante quien lo encontró. Tuvo que echar la puerta abajo. Al parecer, le ha picado en la sien algún insecto. —El rostro del policía demostró sorpresa.

—¿Otra picadura? —exclamó. El otro no contestó; lo condujo hasta el dormitorio que ahora estaba abierto de par en par, y el policía dio un vistazo: a primera vista, el cuarto estaba bastante arreglado.

—Habrá que registrar la habitación —dijo sin vacilar. Cogió del radiador una toalla sin doblar y se la acercó a la nariz. La dejó en una silla y estuvo buscando algo en el suelo. Lanzó una exclamación.

—Mire eso —señaló. —El director miró debajo de la cama y vio removiéndose un bicho amarillo provisto de un par de grandes pinzas. El policía lo cogió con la toalla.

—Tengo que llevármelo —indicó. —Busque algo donde lo pueda guardar, y no diga a nadie una palabra de esto.

—Creo que habrá algún frasco en el laboratorio —dijo él, y salió a buscarlo. Volvió con un frasco de cristal, y el policía introdujo el escorpión, y lo cubrió con el tapón a rosca provisto de pequeños agujeros. Mientras, el director había abierto los cajones de la mesa y se quedó pensativo.

—¿Echa en falta algo? —preguntó el comisario, y él asintió.

—Buscaba una calculadora —dijo. —Se sorteó en la tómbola de navidad y le tocó al muchacho, que estaba entusiasmado con ella. Era un modelo caro, yo mismo lo compré.

El vigilante llegó diciendo que había llegado Rafael. El estudioso de la clase se aproximó, casi de puntillas. Le habían comunicado la noticia.

—¿Dónde se han llevado a mi amigo? —preguntó.

Lo sacaron fuera, y dijo más o menos lo que ya se sabía: que había salido con sus padres, y con ellos había visitado a unos tíos que vivían en la costa. Le preguntaron por la calculadora, y dijo no saber nada de ella. Ignoraba quién podía tenerla. Dijo estar consternado por la muerte de Manuel, que ya todo el colegio conocía. Ahora estaba preocupado por la enfermedad de su amigo. Ignoraba quién había podido usar su bicicleta, ni por qué la espiga se había prendido de la rueda.

—No tengo ni idea —dijo, con una forzada sonrisa.

Se mantuvo a los alumnos en el patio de recreo, y se registraron una a una todas las habitaciones y los casilleros. Finalmente, un ayudante del comisario llegó, mostrando la calculadora encima de un pañuelo.

—¿Es ésta? —preguntó. El director la observó de cerca.

—Por lo menos, es idéntica —dijo. —¿Dónde la han encontrado?

El vigilante había llegado con él, y contestó:

—Estaba en el cuarto de Anselmo, ese grandullón.

—Es uno de los mayores del colegio —explicó el director, no sin extrañeza. —¿Cómo habrá llegado a sus manos?

Llamaron al alumno. En efecto, era alto y fornido, y tenía los cabellos muy cortos. Escuchó la pregunta y se encogió de hombros.

—Yo no sé nada, no la he visto nunca —aseguró. El policía intervino.

—Estaba encima de un armario, en su cuarto —explicó. —El comisario se puso serio.

—Vale más que digas la verdad. Si no lo haces, puedes verte en dificultades.

Finalmente, el muchacho terminó reconociendo que había tomado prestada la calculadora, con el consentimiento de su dueño.

—La tengo hace días, casi una semana —dijo.

No fue el único descubrimiento que se hizo. Con gran asombro del vigilante, en el casillero que el enfermo tenía en la sala de estudio, encontraron un fajo de billetes. El director recibió consternado la noticia, y su voz sonó aguda y artificial.

—No puede ser de él —aseguró. —El chico está aquí con una beca, y no puede tener tanto dinero.

El comisario miró por la ventana hacia el jardín, donde crecían unos copudos árboles. Luego resopló.

—Tendremos que interrogarle en cuanto esté mejor —dijo, pasándose la mano por la frente. —De momento, no hay nada que hacer. Al parecer sufre convulsiones y alucinaciones, que según el doctor que lo atiende recuerdan a un “delirium tremens”. Es una cosa extraña.

Pero había algo más. No pudieron interrogarlo, de todos modos: por una nueva

llamada de la clínica supieron que el muchacho había tenido un desenlace fatal. La voz del médico era ronca.

—Lo siento —dijo. —No se ha podido hacer nada, acaba de morir de un síncope cardíaco. —El comisario suspiró.

—Habrá que practicar la autopsia, dadas las circunstancias —dijo.

La autopsia reveló que el muchacho había recibido en su organismo el veneno de un escorpión. Pero éste no le había producido la muerte, sino una buena dosis de bromuro de metilo que habla inhalado. El director no daba crédito a sus oídos.

—Nadie pudo entrar en la habitación. La puerta estaba cerrada por dentro, como he dicho. Era un chico miedoso y no podíamos evitar que a veces se encerrara en su cuarto, temiendo alguna broma de los demás. Eso no está permitido en el colegio, y se le había amonestado por ello.

—¿Pudo abrir a alguien? —preguntó el comisario, y él denegó.

—Lo dudo. El vigilante pasa la noche en el pasillo, y no ha visto entrar a nadie.

El comisario sonrió.

—Vaya con el colegio —dijo con un cierto retintín. —¿Y éste es un centro tan serio y prestigioso?

***

Pasaron tensas las horas, sin que hubiera ninguna novedad. Estaba anocheciendo cuando el coche del comisario entró de nuevo en la plazoleta iluminada por un farol central. Se detuvo ante el colegio, y él subió deprisa los pocos escalones que lo separaban del vestíbulo. El director lo recibió enseguida, y poco después ambos entraban en la sala de profesores que tenía las luces encendidas. El profesor de gimnasia estaba solo, repasando unos apuntes. Al oírlos entrar alzó la cabeza.

—Vaya —dijo en tono jovial, y al sonreír mostró una dentadura sana y fuerte. —¿Otra vez por aquí?

El comisario se colocó a su lado, mientras dos policías de uniforme permanecían junto a la puerta. El director se había quedado rezagado, y se dedicó a poner en orden los libros de un estante. El comisario dejó con parsimonia los guantes sobre la mesa y miró al profesor.

—Está usted detenido —dijo suavemente, y añadió, dando una ojeada al montón de apuntes: —Tiene derecho a avisar a un abogado.

El profesor se echó hacia atrás en su asiento. Fuera sonó un claxon repetidamente.

—¿Acusado de qué? —preguntó, sin dejar de sonreír. El otro sostuvo su mirada. Un hombre alto y delgado acababa de entrar en la sala, y el director le habló en voz baja. El comisario se inclinó.

—De doble asesinato —dijo. Por un momento pareció que el profesor iba a echarse a reír. Luego se puso serio, cuando vio al recién llegado. El hombre alto lo estaba observando fijamente.

—Lo conozco —afirmó. —Fue expulsado del centro que dirijo. —Vaciló un momento, y prosiguió bajando la voz: —Más tarde, he sabido que no era la primera vez que sucedía.

El profesor se puso en pie. Iba a decir algo, pero el comisario se le adelantó. Se dirigió al recién llegado, que se mantenía en un discreto segundo plano.

—¿Cuál fue la causa? —El otro parecía apurado.

—Se comprobaron ciertas... relaciones intolerables con algunos alumnos.

Hubo un silencio tenso. El director del internado sostenía en la mano un libro que no había llegado a colocar. El comisario extrajo de su vieja cartera una fotografía de tamaño carné, y se la pasó al hombre delgado.

—Y a este muchacho, ¿lo conoce? —preguntó. Él tomó la fotografía y la estudió detenidamente. Luego la devolvió.

—Sí, lo conozco —dijo. —También fue expulsado.

—¿Por qué?

—Por algo... relacionado con lo que ya he dicho.

El policía se dirigió al profesor de gimnasia.

—Así que usted también conocía a Manuel —pronunció despacio. El profesor no contestó; en silencio volvió a sentarse y manoseó sus apuntes.

—Y él lo reconoció a usted, como es natural —añadió el otro. —Ahora todo está muy claro.

El profesor lanzó un suspiro.

—¿Qué es lo que está tan claro? —El policía se sentó a su lado.

—El muchacho lo presionaba, ¿verdad? Usted ya le había dado dinero, quizá más de una vez, pero él seguía amenazándole con la denuncia. Eso hubiera terminado

definitivamente con la carrera de usted.

El acusado ordenó con mucho cuidado los papeles que tenía delante.

—¿Está insinuando que yo lo maté?

De un vistazo rápido, el policía comprobó que sus dos hombres permanecían custodiando la entrada. Se apoyó en la mesa.

—Usted lo citó en el bosquecillo para tratar del asunto. Había cogido del laboratorio un frasco de cloruro de metilo. No necesitó más que un pañuelo, que empapó en la sustancia y oprimió contra la cara de su alumno.

Él soltó una risita chirriante.

—Siga —indicó. —Esto parece una novela. —El policía ignoró su sarcasmo.

—Usted utilizó la bicicleta de uno de sus alumnos. Se enteró de la broma de unos días antes, y aprovechó la circunstancia para despistar. Luego, se ocupó de borrar las huellas en el manillar, y de que quedara una espiga enganchada. Sólo que el chico a quien pretendía inculpar, había salido a pasar el fin de semana con su familia.

En la gran pieza sonaron las campanadas de un reloj. El profesor alzó la cabeza.

—Eso son fantasías —dijo secamente. —No puede probar nada. —El policía estaba encendiendo un cigarro y tardó en contestar.

—Pero el muchacho grueso había seguido a Manuel cuando salió del futbolín, donde habían estado charlando. A última hora, había decidido coger ranas con él. Sus sentimientos eran encontrados: por un lado, sentía odio por el bromista que había ridiculizado a mejor amigo; por otro, admiraba su viveza. Es algo que suele ocurrir en este tipo de personas. Lo estuvo buscando en los alrededores del arroyo. Iba a pie, y al llegar al bosquecillo vio cómo usted lo mataba, asfixiándolo.

El profesor contuvo un gesto de impaciencia.

—Debió dedicarse a escribir folletines, en lugar de estar en la policía —trató de bromear. El otro sonrió.

—No estaría mal, pero no sirvo para eso. —Aspiró fuertemente, y luego se quedó mirando el humo de su cigarrillo. —A su vuelta al colegio, quizá el muchacho grueso se lo dijo con toda ingenuidad. O quizá... también intentó sacar algún provecho. Ignoraba el peligro que corría. Entonces, usted decidió eliminarlo.

El director del colegio tosió. Miró hacia la puerta, y al ver a los dos policías pareció tranquilizarse. El comisario prosiguió:

—Usted sabía que estaría solo en su habitación. Quizá, incluso le avisó su visita. Él debió sentir miedo, y cerró la puerta. Por eso, usted escaló el árbol que hay junto a la ventana. Desde el árbol a la ventana hay un trecho considerable, casi imposible de salvar por muchos de sus alumnos, lo que descarta a casi todos. Pero ello no es difícil para un hombre como usted, acostumbrado a hacer montañismo y toda clase de deportes.

—Siga —dijo el profesor con aire afectado.

—Sabemos que el vigilante llamó a la puerta, sin obtener contestación. Debió ser en el momento en que usted estaba dentro, porque le pareció oír ruido. Pero luego pensó que se había equivocado y volvió a su puesto, pensando que el muchacho dormía. —La cara del profesor había adquirido un tinte grisáceo.

—Todo eso es muy interesante —dijo con ira contenida. —Pero, ¿de dónde ha sacado tan peregrina información?

—Usted llevaba una toalla, y el frasco del veneno —siguió el policía. —Se sobresaltó con la llamada, y sin rematar la operación soltó la toalla en cualquier sitio, y saltó por la ventana hasta la acera del jardín. — El otro rió nerviosamente.

—Y solté al escorpión para dar un tinte misterioso al asunto...

Los ojos de todos los presentes se fijaron en él. El policía habló suavemente, casi con dulzura.

—¿Por qué sabe que había un escorpión, si nadie se lo ha dicho?

Él se mordió los labios. Su mandíbula se tensó, y hubo un destello peligroso en sus ojos. La voz del policía se hizo dura.

—En efecto, usted lo dejó suelto en la cama del muchacho. El animal, después de picarle en la frente, cayó al suelo, donde yo lo encontré. Pero el muchacho no llegó a notar la picadura, porque estaba inconsciente ya.

El hombre alto y delgado se había dejado caer en un sillón, y tenía cruzadas sus largas piernas. Apoyaba la barbilla en la mano y parecía no perder una sílaba. El policía continuó:

—En un principio, llegué a sospechar del muchacho que tenía la calculadora. Él es también grande y podía haber subido por el árbol. Pero él aseguró que la tenía hacia días encima de su armario, y no nos mintió: en efecto, pudimos comprobar que en la calculadora

había polvo, como en el resto del armario. Sin duda, llevaba varios días allí.

El profesor se removió en su asiento, pero no dijo nada. Parecía buscar una salida airosa, o al menos una posible salida del local. El policía dio una lenta chupada al cigarrillo.

—Hubo un hecho que me dio la clave del asunto —indicó. —Se había encontrado un fajo de billetes en el casillero del muchacho grueso, y por otra parte varios prospectos de bicicletas de carreras en la habitación de Manuel. En un principio no relacioné las dos cosas, pero luego me di cuenta de que tenían relación. Seguramente, mientras charlaban en el futbolín el sábado por la tarde, Manuel comentó que guardaba en su cuarto el dinero suficiente como para comprarse una buena bicicleta de carreras. Luego, al ver que estaba muerto en el bosquecillo, al muchacho grueso se le ocurrió entrar en su cuarto y robarle el dinero, que guardó en su cajetín. El mismo dinero que usted le había entregado a Manuel para conseguir su silencio.

El humo del cigarro formaba en la habitación una neblina grisácea. El profesor, echado hacia atrás, parecía observar los giros del humo. El policía se puso en pie.

—Esta mañana hemos interrogado a ese tal Rafael, aunque sabíamos que no había podido usar su bicicleta en la tarde del sábado. Se quedó asombrado cuando supo que alguien había estado en el campo de espigas con ella.

—Hay mucha gente en el colegio —objetó el profesor, y él asintió.

—Pero sólo usted pudo cogerla. Tan sólo usted y el director tienen llave del almacén, y cualquiera hubiera tenido que pedírsela.

—Yo usé mi propia bicicleta —dijo él. El otro movió la cabeza.

—Ese ha sido su principal error —afirmó. —Usted ha declarado por dos veces que usó su propia bicicleta para ir a pescar. Pero su máquina estaba limpia, sin rastro de tierra. Lo que usted no sabía es que el viernes por la tarde, mientras usted entrenaba en la cancha a un grupo de alumnos, los que habían suspendido la asignatura fueron obligados por el director a limpiar todas las bicicletas. ¿Cuál de ellas, entonces, usó la tarde del crimen?

El profesor rió nerviosamente.

—Usted gana —le dijo. El otro asintió.

—Con estos datos, investigamos sus antecedentes. Entonces, el rompecabezas se completó. Supimos que usted había sido expulsado vergonzosamente de varias instituciones y en una de ellas, por desgracia de ambos, había conocido a Manuel.

El profesor aspiró hondo.

—Cuando quiera —le dijo. Y, tratando aún de bromear, le ofreció al policía sus muñecas.

LA CARRERA

El juez se paseó alrededor del despacho mirando por enésima vez los muebles antiguos que ya sabia de memoria, los estantes abarrotados de libros de leyes, hasta que el fiscal, con su cara roja surcada de pequeñas venillas, entró con una carpeta en la mano y la dejó sobre la mesa. Él le ofreció una bebida.

—Todo este asunto ha sido muy penoso —comentó. El recién llegado hizo un gesto vago.

—Por fortuna, se ha condenado al culpable —dijo, aceptando un largo vaso de refresco.

Con él en la mano tomó asiento en un confortable sillón que tenía el cuero desgastado. La hija del juez observaba la escena en silencio. Tenía el pelo rojo y un cutis pecoso, y una naricilla respingona. Representaba menos de veinte años, vestía informalmente y parecía muy orgullosa de su padre.

—¿Quién es el procesado? —interrogó, mirándolos con sus ojos redondos de color avellana. Su padre habló desde el otro lado de la mesa.

—Es un mecánico de un pueblo cercano —dijo. —Ella pareció interesada. Entrecerró los ojos.

—¿Qué ocurrió? —preguntó, curiosa. El fiscal frunció el ceño.

—Por su culpa, un muchacho cayó despeñado desde lo alto de un barranco. Fue intencionado, y se le acusó por homicidio con premeditación. A la víctima la recogieron ya sin vida, junto a su motocicleta que alguien había manipulado. Era una carrera organizada con motivo de las fiestas del pueblo. —Ella se estremeció.

—Es horrible —dijo. —Y, ¿quién era el muerto?

Hubo un corto silencio. El humo de los cigarrillos había trasformado la atmósfera del despacho en una especie de neblina poco respirable, y podían apreciarse claramente las capas horizontales. Los labios del fiscal se hablan afinado. Contestó:

—Se llamaba Juan Hurtado y era un muchacho huérfano que vivía solo en una casilla de camineros de las afueras. Según dicen era bien parecido y muchas en el pueblo le tiraban los tejos, como suele decirse. —Ella asintió.

—Qué interesante. —El fiscal hizo una profunda inspiración.

—Varios chicos tomaban parte en la carrera. Era una ocasión para ellos porque entre el público había personas importantes dentro del deporte nacional. Parece que la víctima era un muchacho ágil y muy listo. Seguía cursos de bachillerato por correspondencia, y sus vecinos lo apreciaban.

La muchacha se echó hacia adelante en el sofá.

—¿Qué ocurrió luego? —Él observó la ceniza de su cigarro encendido.

—En un principio, la guardia civil se ocupó del caso pensando que era un accidente. Luego pudieron comprobar que se habían aflojado varias piezas importantes de la máquina y, por supuesto, se suspendieron las fiestas hasta esclarecer lo ocurrido. —La muchacha no pestañeaba.

—¿Cómo se supo quién era el culpable? —El hombre sacudió la ceniza en un platillo de bronce.

—Al parecer, la víctima le había quitado la novia al mecánico. Además, en la motocicleta se hallaron las huellas de una herramienta que pertenecía al sospechoso, que, por otra parte, tuvo ocasión de averiarla antes de empezar la carrera.

La muchacha habló en forma resuelta, como quien tiene la lección bien aprendida.

—Existe el móvil y la oportunidad —dijo, y el hombre asintió sonriendo.

—Exacto. La novia ha sido mi principal testigo. Es una chica bastante bonita, y debía estar muy enamorada. —La hija del juez suspiró.

—En realidad, la evidencia es bastante clara. El mecánico lo tenía difícil. — El fiscal asintió.

—Aunque de oficio, el abogado defensor ha estado brillante; pero no era fácil refutar la acusación. La herramienta llevaba las huellas digitales del acusado, y las muescas coincidían. La hallaron escondida en los lavaderos del pueblo.

***

La taberna estaba atestada de clientes. Había un hombre pálido tras el mostrador y lo ayudaba una muchacha regordeta. La chica tenía el cabello lacio y una bata no muy limpia.

En las mesas, un grupo rodeaba al viejo borrachín del pueblo que parecía sentirse a sus anchas.

—Sirve otra ronda —le indicó al cantinero. —Yo pago. —El otro silbó.

—Estás muy fuerte de un tiempo a esta parte. ¿Es que te ha tocado la lotería? —El otro soltó una risotada y se secó la boca con la manga.

—Tú calla y sirve —insistió. El médico del pueblo, que ocupaba una mesa cercana, intervino.

—Está usted abusando, amigo —le dijo. —Luego vendrá a la consulta con la historia del hígado.

—El vino es la teta del viejo —contestó el anciano con un guiño, y uno de los presentes soltó una risita.

—Parece que las cosas te van bien —dijo, palmeándole la espalda. Él se mostró complacido.

—Si yo te contara —dijo con orgullo. Era un hombre seco y consumido, con el pelo muy blanco y la cara llena de arrugas. Tenía la nariz roja y en el cuello pliegues negruzcos, y llevaba una barba canosa de varios días. Vivía en la última casa del pueblo, antes de llegar a la carretera general.

—Cuenta, cuenta —le dijo el compañero, riendo. Él se encogió de hombros.

—No vais a creerme —adelantó, chasqueando la lengua. —Fue en vísperas de las fiestas del pueblo. Yo estaba en la era, y al abrir la puerta de mi casa me encontré en el suelo con un sobre cerrado.

—¿Lo abriste? —preguntó un hombrecillo menudo, y él asintió.

—Pues claro que lo abrí. No tenía señas ningunas.

—Los reyes magos —dijo el flaco con una risotada. Él habló misteriosamente.

—¿Sabéis lo que había dentro?

—Un billete de lotería —dijo alguien, y él negó con la cabeza.

—Ni hablar de eso. Era algo más seguro. Eran billetes de banco. —Hubo un murmullo general, y un hombre corpulento le puso una mano en el hombro.

—¿No lo soñarías? —bromeó, y él hizo caso omiso de la broma.

—Como os digo —siguió, relamiéndose. —Había también una nota, pero no iba dirigida a nadie. Pero estaba en mi casa, ¿verdad? Alguien había metido el sobre en mi casa por debajo de la puerta, así que el dinero era mío. —El médico pareció interesado.

—¿Qué hizo usted con la nota? —Él contestó, volviéndose.

—Todavía la tengo. —Empezó a hurgar en los bolsillos de su deshilachada chaqueta, y al fin logró encontrar un papel muy doblado. Sin ninguna prisa comenzó a desplegarlo y se lo entregó al médico. Era una hoja de papel milimetrado y parecía proceder de un cuaderno escolar. Estaba escrita a máquina.

—Vea, vea —indicó. —Usted mismo puede comprobarlo. Léala en alto, si quiere.

El médico la tomó en la mano. Estaba tan manoseada que apenas se distinguían los caracteres.

—“Retírate de la carrera, o tendrás tu merecido. El dinero es para recompensarte”— leyó. El viejo se echó a reír, mostrando sus encías desdentadas.

—De todas formas, yo no pensaba presentarme a la carrera —dijo burlonamente.

—¿Había mucho dinero? —preguntó el hombre grueso con ojos codiciosos. Él asintió.

—Bastante —dijo. —Yo ni siquiera lo conté. Pagué unas cuantas trampas que tenía, y con el resto tengo suficiente para beber todo lo que quiera con mis amigos.

El médico parecía muy interesado.

—¿Puedo quedarme con la nota? —Preguntó.

—Claro —le dijo el viejo alegremente. —Ya no me sirve para nada.

El médico se acomodó en su asiento y estuvo estudiando la nota, mientras los otros bebían. Estaba hecha con una vieja máquina de escribir y los tipos se montaban unos sobre otros. Terminó su cerveza y se despidió de los presentes.

—No beba demasiado, amigo —le dijo al anciano. —No quisiera tener que mandarlo al hospital.

Afuera estaba lloviendo. Las calles estaban embarradas y el médico avanzó a buen paso hasta su casa. Se detuvo ante una puerta recién pintada y abrió con un llavín. Cuando cerró tras sí, su rostro mostraba una extraña expresión.

—Todo esto es muy raro —pronunció en voz alta.

Estuvo recordando los hechos acaecidos durante la fiesta del pueblo. Aquel año se prometían brillantes: habían contratado toreros y luego se celebraría la carrera. El alcalde la presidiría, como siempre, pero entre el público habría gente importante que había venido de la capital a presenciar la carrera de motos. Había buenos motoristas en el pueblo, y aquella

victoria podía suponer la fortuna del ganador. A primera hora de la tarde hubo corrida de toros en la plaza, y a continuación se celebró la carrera. Luego, había ocurrido la tragedia. Al recordar lo sucedido, el médico cerró los ojos.

—Una verdadera desgracia —musitó.

Luego se dirigió al escritorio y ordenó unas recetas. Cuando hubo acabado se sentó en un sillón frente a la chimenea apagada, y estuvo mordisqueando unas almendras que sacó de la alacena. El aire que entraba por la ventana era fresco y húmedo, pero no se levantó a cerrarla. Sus pensamientos regresaron al día de la fiesta.

¿Cómo se le había ocurrido al mecánico dejar su herramienta en el lavadero? Sabía que alguien tenía que encontrarla. Podía haberla arrojado al barranco o al río, y nadie la hubiera hallado jamás. El timbre de la puerta llamando repetidamente lo sobresaltó.

—Ya voy, ya voy.

Era el farmacéutico, que traía una medicina que él había encargado. El médico lo invitó a pasar y cerró la ventana.

—No debías haberte molestado —le dijo. —Ya la hubiera recogido mañana.

—Es lo mismo. Pasaba por aquí.

El farmacéutico del pueblo era un hombre muy alto, delgado y cetrino. Llevaba un paraguas chorreante que había sido negro y era pardusco ahora, y calzaba chanclos sobre los zapatos. Había dejado los chanclos y el paraguas a la entrada, y tomó asiento frente a su amigo.

—¿Qué tal van las cosas? —preguntó.

—Estaba pensando en lo ocurrido cuando la carrera. En el accidente, el homicidio o lo que fuera. No sé por qué, hay algo que no me convence en todo esto. —El otro lo miró con extrañeza.

—¿A qué te refieres?

—Conozco al mecánico desde hace muchos años —contestó él. —Desde que era un chiquillo. Era un poco violento, pero de eso a cometer un crimen a sangre fría... ¿Sabes? No puedo quitármelo de la cabeza. Yo fui el primero que acudí al lugar y encontré al pobre Juan muerto, con el cuello roto. No hubo nada que hacer.

—Pobre muchacho —dijo el farmacéutico, y él asintió.

—Nunca tuvo suerte. La madre era soltera, ¿lo sabías? Fue una mujer muy guapa, yo mismo... estuve interesado por ella. Pero se lo creía demasiado, y el pueblo le quedaba estrecho. Era modista, y se marchó a la capital. Luego... pasó lo que pasó.

—Volvió embarazada —dijo el farmacéutico. Él tardó en contestar.

—Así fue, y en el pueblo muchos le hicieron el vacío. Tampoco ella solicitó la ayuda de nadie, y se quedó viviendo con su padre viudo en la casilla de los camineros. Allí se crió el chaval y, cuando el abuelo y la madre murieron, era un adolescente todavía. En fin, dejemos eso —suspiró. —Es agua pasada.

***

En la oficina del ayuntamiento, el oficial arrugó una hoja de papel y la arrojó a la papelera. El médico se había acomodado en una de las desvencijadas sillas y dio un vistazo alrededor.

—¿Sabe con qué máquina se ha podido escribir esta nota? —interrogó. El otro tomó el papel en la mano y lo observó un momento. Luego, algo pareció interesarle y estudió con más detenimiento las letras semiborradas. Señaló una vieja máquina Underwood que estaba arrumbada en un rincón.

—Como no sea con eso... —indicó. —Es una reliquia. Ahora utilizamos la eléctrica. —El médico arrugó el entrecejo.

—¿Quién la utiliza? —preguntó. Él se encogió de hombros.

—Cualquiera puede usarla —dijo. —Hay quien se la lleva a su casa para hacer la declaración de la renta, y luego la devuelve. El hijo del alcalde pasa sus apuntes en ella cuando la otra está ocupada. —El médico pareció interesado.

—¿Está ahora en el pueblo? —preguntó. —Me gustaría hablar con él.

El otro hojeó una carpeta y contestó sin volverse.

—Casualmente, ha venido a pasar el fin de semana. Pero no sé si se habrá levantado de la cama. No es muy diligente, ¿sabe usted?

—¿No tendría que estar estudiando en la capital? —El otro soltó una risita.

—Se supone —dijo simplemente. Miró el reloj de pared que marcaba las once, descolgó el teléfono y marcó el 00. Una voz contestó al otro lado, y él carraspeó. Era la esposa del alcalde, y dijo que el muchacho se estaba duchando. Que qué se ofrecía.

—Al doctor le gustaría hablar con él —indicó el empleado. —Está conmigo, en el despacho.

—Ahora baja —dijo la mujer, y colgó el teléfono. Había pasado casi un cuarto de hora cuando la puerta se abrió y entró un muchacho robusto, con el cabello negro y rizoso. Se dirigió al médico y le tendió la mano, mostrando al sonreír una bonita dentadura.

—Usted dirá —le dijo alegremente. El médico correspondió a su saludo, mientras el funcionario se levantaba y se disponía a salir. Desde la puerta se volvió.

—Si no me necesitan, me voy. Por cierto —añadió, dirigiéndose al muchacho. —No me utilices la eléctrica, si no te importa. Tiene una avería, y van a venir a repararla.

—No había pensado usarla —dijo él.

El médico buscó una cajetilla en el bolsillo y se la ofreció.

—Gracias, no fumo —dijo él.

—Yo tampoco debiera hacerlo.

A continuación le mostró la nota.

—¿Conoces esto? —preguntó. Él tomó el papel en la mano.

—¿Qué es? —preguntó, tratando de mostrar indiferencia, pero su rostro enrojeció.

—¿Qué te ocurre? ¿La habías visto antes?

El muchacho tardó en contestar, como si meditara la respuesta.

—Yo recibí una igual —pronunció despacio. —Fue la víspera de la carrera. Al parecer, alguien quería impedir que corriéramos. —El médico lo miró fijamente.

—¿No la conservas? —preguntó. Él hizo un gesto vago.

—¿Para qué? No le di ninguna importancia. —El médico había decidido jugarse el todo por el todo.

—Tú escribiste esta nota —dijo con firmeza. El muchacho parpadeó.

—Yo no lo hice —dijo, y el médico insistió.

—Se escribió con esa máquina de ahí —dijo, señalando. —Con la misma que tú pasas tus apuntes a limpio.

—Cualquiera puede escribir en esa máquina —sonrió el muchacho tensamente.

—Eso es verdad —dijo el médico, pensativo. —Pero no todo el mundo usa cuadernos milimetrados. Desde luego, en el pueblo no he visto ninguno y supongo que tú los usas. ¿No es verdad? —Él contestó con nerviosismo.

—Mucha gente los usa. Eso no quiere decir nada. —El médico se puso en pie.

—Tendré que entregar esta nota a la policía —indicó. El muchacho se había puesto pálido.

—Yo no escribí esa nota —repitió. El médico reflexionó un momento.

—Pues si tú no la escribiste, ¿quién lo hizo?

La expresión del muchacho era tensa, y sus labios temblaron.

—Lo hizo mi padre —declaró en un susurro. De pronto pareció tranquilizarse, como si se hubiera librado de un gran peso. El médico se sentó de nuevo frente a él.

—Quería que yo quedase ganador —prosiguió el muchacho. —Tenía que quedar bien ante sus invitados, y para eso yo tenía que llevarme el trofeo.

—¿Y por eso matasteis a Juan? —Él se levantó, como movido por un resorte.

—¡Yo no lo hice! Mi padre escribió la nota en esa máquina y me dio el sobre con el dinero. Lo único que hice fue darle el sobre cerrado a uno de los chicos que estaban jugando en la plaza, y decirle que lo llevara a casa de Juan. Yo sabía que él necesitaba el dinero para pagar sus libros. ¿Hay algo malo en eso? — El médico movió la cabeza.

—¿Qué ocurrió con el dinero y con la nota? —El muchacho se encogió de hombros.

—No lo sé, se lo juro. No volví a hablar con Juan, y me sorprendió verlo en la carrera. Luego... ocurrió lo del... accidente. Pensé que se había quedado con el dinero.

—Y... ¿qué ocurrió con la novia de Juan? —El chico se alisó el cabello con una mano temblorosa.

—No ocurrió nada —dijo. —No es más que una pueblerina, las hay mucho mejores en la ciudad. —Los ojos del médico brillaron.

—Sólo que ésta es más difícil, ¿verdad? Dime, ¿manipulaste la máquina? —El muchacho dio un respingo en su asiento.

—¡Yo no lo hice! —chilló.

—Pues si tú no fuiste, ¿quién lo hizo?

Parecía derrotado, y en su frente aparecieron unas pequeñas gotas de sudor. El médico insistía:

—¿Quién lo hizo?

—Bueno, fui yo —concedió el muchacho por fin. —Pero no con intención de hacerle daño, ¿comprende? En realidad, en el primer itinerario no había ningún peligro. Estaba previsto que saliéramos por la carretera del sur, entre tierras de labor. Sólo quería impedir que ganara, para darle gusto a mi padre. —El médico lo miró fijamente.

—¿Cómo, el primer itinerario? —Él trató de recordar.

—Creo que lo supimos en el momento de salir. Lo dijeron por el altavoz. Había que tomar la carretera del barranco.

—¿Supo alguien que habías aflojado las piezas? —El muchacho dudó antes de contestar.

—Se lo dije a mi padre —confesó. —Además, Juan había aceptado el dinero y no tenía derecho a correr. Se lo juro, no pensé que pudiera ocurrir algo tan grave. No tuve tiempo de evitarlo. —El médico estaba muy serio.

—¿Qué hiciste con la herramienta? —preguntó, y el otro agachó la cabeza.

—La guardé en mi moto —contestó. —Fue un descuido, lo reconozco. Había pensado devolvérsela a su dueño, pero después del accidente tuve miedo, y la escondí en el lavadero. Allí la encontró una mujer.

—Y le cargaron el muerto al mecánico —El muchacho habló agitadamente.

—¿Y qué quiere que hiciera? Pensaba que quedaría absuelto por falta de pruebas.

—Pero no ha sido así. Lo han condenado por homicidio con premeditación.

El muchacho apretó los labios. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Ahora estoy como loco —gimió. —No puedo dormir, no puedo hacer nada... Quiero que usted me ayude. —El médico puso una mano en su brazo.

—Trataremos de hacer algo— dijo. —Nadie puede acusarte de algo que no quisiste hacer. De todas formas, va a ser muy difícil para ti... Tendrás que declarar ante el juez todo lo ocurrido. —El muchacho se estremeció.

—Tengo que hablar con mi padre primero —dijo sordamente, y el médico asintió.

—Tienes toda la mañana para hacerlo —indicó. —Luego iremos juntos al juzgado. Si te presentas por tu voluntad, todo será más fácil. Es probable que quedes en libertad bajo fianza. Yo me voy ahora, volveré sobre las tres.

El médico salió a la plaza y tomó una calle cuesta abajo. Había dejado de llover, y tenía que hacer muchas visitas. Cuando terminó de atender al último paciente consultó el reloj: eran las dos todavía, así que tenía tiempo de comer. Entró en el bar y pidió un bocadillo con una cerveza, y allí mismo descabezó un sueñecito. Cuando iba hacia el ayuntamiento, divisó a la puerta un grupo de personas gesticulantes.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Es el alcalde —dijo uno—. Parece que ha tenido un accidente.

Cada cual daba su versión de lo ocurrido, y nadie se ponía de acuerdo. Al otro extremo de la plaza se había detenido una ambulancia, y al lado había un coche de la guardia civil. Cuando el hijo del alcalde apareció a la puerta del ayuntamiento, su cara parecía de cera.

—Dios, Dios —repetía. —No puedo creerlo.

Detrás de él iba la pareja, y lo ayudaron a subir en el coche. La ambulancia salió primero, y el automóvil la siguió. El oficial se había quedado a la puerta del ayuntamiento y el médico se le acercó.

—¿Qué ha ocurrido? —Él se volvió, sobresaltado.

—Le estábamos buscando, doctor. Se trata del alcalde. Lo vieron ir hacia el pantano hace cosa de una hora, llevando al hombro la escopeta como si fuera a cazar. Luego, unos pastores oyeron un disparo y lo encontraron con la cabeza deshecha. Ellos han avisado a la guardia civil.

—Vamos, circulen —dijo uno de los guardias. —No pueden quedarse todo el día aquí.

El médico estaba consternado. Los curiosos se fueron dispersando. Él iba a hacer lo mismo cuando una mano femenina lo detuvo, posándose en su hombro.

—No se vaya, doctor. Tengo que hablarle.

Era la novia de Juan. Tenía los ojos enrojecidos, y había en ellos una expresión de rabia.

—¿Qué tienes que decirme? —Ella bajó la mirada.

—Lo tienen bien merecido —dijo con aspereza. —El cacique y su hijo pensaban que eran dueños de todo. Ahora Juan está muerto. Valía cien veces más que ellos, y por eso lo odiaban. Ellos lo mataron.

—Ven conmigo —dijo el médico, tomándola del brazo. —Es una acusación muy grave.

Echaron a andar despacio por la acera. La chica tenía el cabello dorado y unos grandes ojos azules. Habló con la mirada baja.

—El alcalde quiso a la madre de Juan —afirmó secamente. —Pero nunca la consiguió, como ninguno del pueblo. Hubiera preferido ella pedir limosna para mantener a su hijo...

El médico lo sabía bien. Asintió en silencio, y siguieron caminando. La chica se detuvo y clavó en él los ojos humedecidos por el llanto.

—En un principio, creí que era el mecánico el culpable, como todo el mundo. Estaba celoso, y nos había amenazado. Luego, he estado pensando mucho. —El médico tenía el ceño fruncido.

—No hay que pensar tan a la ligera —dijo, y ella se echó a llorar.

—Yo estaba destrozada —afirmó. —Eso no me dejaba vivir. Luego... me pareció que había cosas que no estaban claras.

—Y el tiempo te ha dado la razón.

Se revisó el sumario a la vista de las nuevas pruebas. En el pueblo no se hablaba de otra cosa. En el bar, el farmacéutico se quitó las gafas y las limpió con una servilleta de papel. Luego las dejó sobre el mármol blanco de la mesa.

—¿Cómo se arriesgaron a enviar el dinero con un chiquillo? —preguntó. El médico sacudió en un platillo la ceniza del cigarro.

—¿Y con quién iban a enviarlo? Era demasiado humillante entregarlo en persona, y muy comprometido firmar la nota. Era la única manera que tenían de hacerlo. En realidad el hijo es inocente de la muerte: directamente no quiso provocarla, y no hubiera ocurrido si no es por el cambio premeditado del circuito, llevado a cabo por el padre. —El otro asintió.

—El chico sentía terror por su padre, eso me consta. Seguramente, sólo pretendía ganar la carrera.

El médico se había quedado serio.

—Todos en el pueblo quisimos a aquella mujer —dijo tristemente. —Juan era el retrato de su madre, y posiblemente el alcalde lo odiaba por eso. Aprovechó la ocasión para vengarse, pero fue demasiado lejos. —El otro afirmó con la cabeza.

—Por eso, cuando supo que la máquina no estaba en condiciones, se le ocurrió cambiar el circuito hacia el lado de los barrancos.

El médico alargó la mano para alcanzar el vaso de cerveza. El viejo borracho dormitaba en la mesa vecina.

—Mira por cuánto, alguien se aprovechó de la dádiva. Se conoce que el chaval tenía prisa por volver a la plaza y, en lugar de llegar a la caseta de la carretera, dejó el sobre debajo de la puerta, en la última casa del pueblo. De no ser por nuestro viejo amigo, no hubiéramos sabido lo de la nota y el dinero. Ahora, el verdadero culpable está muerto —suspiró.

El farmacéutico miró a través de la ventana, hacia los nubarrones que de nuevo presagiaban tormenta.

—Casi es mejor así —pronunció en voz baja. —El inocente queda libre, y a nadie le gusta que a su alcalde lo procesen por asesinato. Daría una mala imagen del pueblo.

LA INVITADA

El automóvil franqueó la verja abierta que rodeaba la extensa y lujosa edificación, y se detuvo ante la gran puerta recién barnizada. Del coche bajaron un hombre y una mujer, que hubieran llamado la atención en cualquier sitio. Ella era alta, y tenía un bonito cuerpo y un andar cimbreante. Poseía unas piernas largas y bien formadas, y una melena larga con rizos dorados. Representaba como mucho unos veinticinco años, y llevaba un neceser de piel de cocodrilo en su mano derecha. Observó la casa, que era un edificio extenso de una sola planta en forma de media luna, y que desde su alta plataforma dominaba el azul Mediterráneo.

—Es aquí —indicó.

Él era también un hombre alto y bien parecido, de anchos hombros; vestía un pantalón deportivo impecable y un suéter italiano, y llevaba al cuello un pañuelo de seda natural. Pulsó el timbre, y se dejó oír en el interior un sonido cristalino.

Alguien los observó un momento por la mirilla telescópica. No tuvieron que aguardar, y la gran puerta se abrió con un chasquido apareciendo ante ella una muchacha con uniforme gris, con cuello y cofia de encaje. La recién llegada se introdujo en la casa con paso resuelto.

—Estamos invitados —dijo, y la doncella inició una sonrisa.

—Pasen, por favor. Avisaré al mayordomo.

Se dirigió al interior, taconeando con sus zapatos ortopédicos, pisando sobre el brillante mármol veteado de gris del vestíbulo, entre paredes adornadas con cuadros de pinturas antiguas. El mayordomo no se hizo esperar, y en su mirada hubo un momentáneo destello de sorpresa.

—El señor está de viaje —afirmó secamente. —No volverá hasta la noche.

Ella sostuvo la mirada del hombre con sus ojos de color violeta.

—Lo sé muy bien —dijo, haciendo tintinear varias pulseras de oro en su muñeca. —Lo esperaremos, ya que venimos a quedarnos.

Su acompañante asintió. Para un observador atento hubiera aparentado al menos cuarenta años, por lo menos quince más que ella. Su cabello era castaño y ondulado, con algunas canas, y sus ojos eran oscuros y estaban ocultos tras unas gafas de fino aro dorado.

—Lo aguardaremos —repitió.

El mayordomo asintió en silencio. Observó la maleta y el pequeño maletín de cocodrilo, así como el vestido de la mujer, que le pareció atrevido y demasiado descotado para una señora, ya que mostraba descaradamente los pechos. Los condujo a las dependencias de invitados, pasando antes por una amplia biblioteca. Al fondo del corredor, empujó una puerta.

—La señora puede quedarse aquí. El señor puede alojarse en esta otra habitación, enfrente. A no ser que quieran...

—Está bien —dijo él. El mayordomo prosiguió:

Pueden tomar un baño de inmediato, si lo desean, ya que cada habitación tiene el suyo. La madre del señor se encuentra en sus habitaciones; ella no suele recibir a los invitados de su hijo. — La recién llegada movió la cabeza, y se agitaron sus largos pendientes.

—Es lo mismo —dijo. —No queremos molestarla. —Él agregó:

—La merienda se sirve a las seis, en el comedor principal. Está a la derecha del vestíbulo.

Dejó a los invitados, y se dirigió a las habitaciones de la anciana dueña de la casa, que ocupaba un ala apartada del edificio. Allí tenía un *living*, su dormitorio, un vestidor y el baño. Era una mujer gruesa y pesada; sus facciones eran duras, pero sus ojos conservaban una cierta hermosura, algo parecido a un brillo de juventud. Su atuendo era recargado, y también sus habitaciones habían sido decoradas con adornos demasiado barrocos. Había espejos venecianos y cornucopias doradas en las paredes, a juego con la sillería, también dorada; una gran profusión de pequeños muebles y mesitas lacadas ocupaban todos los rincones. Aquello más bien parecía un museo, pero a ella le gustaba así, y era la dueña. Entre las familias antiguas del lugar se comentaba el dudoso gusto de la dama.

—No puede negar su extracción social —decía su vecina más próxima, una mujer seca y estirada. —Tiene todo el aspecto de una cocinera, aunque ahora esté podrida de dinero gracias a los negocios inmobiliarios de su hijo —pronunciaba con cierto desprecio.

Pero a ella le importaba muy poco la opinión de los demás.

El mayordomo abrió la puerta y se inclinó.

—Han llegado invitados —dijo. Ella suspiró, al tiempo que se miraba los grandes pies enfundados en zapatillas de terciopelo, que el uso había deformado marcando en ellas las huellas de unos prominentes juanetes.

—¿Los conoces? —interrogó. El tono de él se hizo confidencial.

—Ella es ahora una famosa actriz —contestó. —Se hace llamar Lana Mont, si no me equivoco, y trae un acompañante...

La anciana disimuló su turbación, pero sus manos se aferraron a los brazos del sillón de caoba, hasta clavarse el voluminoso anillo que llevaba en el dedo. Iba a haber dicho algo, pero una puerta se abrió casi sin ruido, y también silenciosamente se introdujo en el saloncito una mujer con rasgos árabes, que vestía una túnica de lino bordado en oro. Tenía la tez aceitunada y unos ojos rasgados y negrísimos, y su figura menuda y graciosa se veía favorecida por los aros de oro labrado que adornaban sus tobillos. Llevaba el cabello, muy negro, prendido en la nuca con un broche de rubíes.

—¿Molesto? —preguntó, azarada. La mujer gruesa levantó la mano derecha, donde centelleó el grueso solitario.

—No digo que molestes, pero no me gusta esa manera tuya de moverte sin hacer ruido. Me da escalofríos. —Ella pareció compungida.

—Creí que había llegado su hijo —dijo suavemente—. La anciana la observó con sus ojos agudos, desde el sabio y ligero maquillaje a las babuchas doradas.

—Llegará hoy tarde, según creo —afirmó. —Y puedes tutearme, ya que pronto vas a ser mi nuera. —Ella se ruborizó.

—Está bien, señora —le dijo. —Bien, creo que no voy a esperarle, porque me duele un poco la cabeza y voy a procurar dormirme pronto. —Se detuvo un momento y agregó, bajando la mirada: —Me ha parecido que han llegado invitados... —La anciana frunció el ceño.

—Así parece —dijo. —Niña, yo también me acostaré temprano.

La mañana siguiente amaneció soleada, presagiando un día caluroso de primavera. El joven dueño de la casa había llegado por la noche y, aunque tenía por costumbre madrugar, a las diez no había salido todavía de su habitación. El jardinero había estado limpiando los cristales de la biblioteca y del salón principal, y a las diez y unos minutos, cuando se retiraba, el hombre con aire de *playboy* llamó con los nudillos a la puerta de su amiga la actriz. Estuvo aguardando y, como nadie contestaba, llamó con más fuerza. El mayordomo acudió a los golpes.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Él se mostró confuso.

—Suele tener el sueño ligero —dijo. —Me extraña que esté durmiendo todavía.

Parecía extrañamente excitado, nervioso. Sus manos fuertes y bien cuidadas se refugiaron en los bolsillos de su bata de seda. Luego agregó: —¿Ha llegado el dueño de la casa? —El otro asintió con un gesto.

—Vino anoche —afirmó. Él pareció aún más nervioso, y habló tras un ligero balbuceo:

—Tengo que saludarlo —dijo. —Me... preocupa haber venido sin previo aviso, la verdad. La señorita Lana parecía tan segura de que no le molestaría nuestra presencia.

—No se preocupe usted por eso —dijo el mayordomo. —Ahora, voy a buscar la llave de esta habitación.

Apareció con un manojo de llaves en la mano, y no tuvo que probarlo; a la primera, el pestillo cedió. Todavía se detuvo un momento antes de entrar, y golpeó suavemente, sin recibir contestación. Entonces, con pasos silenciosos sobre la moqueta, entró en la habitación seguido por su acompañante. Al llegar cerca de la cama, sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Mire esto —señaló. —Esta mujer está muerta, al parecer estrangulada.

La actriz se encontraba tendida en la cama, boca arriba, y aunque nada aparecía desordenado a su alrededor, un cordón rojo había trazado un macabro surco alrededor de su cuello. Tenía los ojos entrecerrados, y un hilillo de espuma surgía de sus labios, muy rojos por causa del carmín. Su amigo se estremeció visiblemente, y lanzó un gemido sordo.

—Sí que está muerta —balbució. —Hay que llamar a la policía. —El mayordomo lo apartó con suavidad.

—Primero avisaremos a los dueños de la casa —dijo. —Él tiene que saberlo antes. No toque absolutamente nada, ¿entiende? Y ahora, vamos fuera. —El otro aspiró hondo.

—Nunca debimos venir a esta casa —gimió. —Es verdaderamente horrible.

En el vestíbulo, se encontraron con el dueño, que ya se había vestido. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de gesto duro. Era ancho, no esbelto, tenía una mandíbula

fuerte y los ojos marrones, y su cabello oscuro y liso estaba cuidadosamente peinado hacia atrás con gomina. Vestía ropa fresca, en tonos claros, y se encaró con su huésped.

—No tengo el gusto... —dijo tendiéndole la mano, y el otro se ruborizó. En el rostro del dueño de la casa lucía una sonrisa divertida; se le veía acostumbrado a encontrarse en su propia casa con personas en bata a las cuales no conocía, o había visto quizá una sola vez en los lugares más impensados. El otro balbució su nombre, y añadió que había venido acompañando a la señorita Lana Mont. Entonces él se puso serio y se pasó una mano por el planchado cabello.

—Ella siempre es bien recibida en esta casa —afirmó. —Y lo mismo sus acompañantes. —El mayordomo intervino sin apenas levantar la voz.

—Ella está muerta —dijo. —La han estrangulado, señor.

Las cejas de él se alzaron en un gesto de asombro, que no trató de disimular. Se dirigió deprisa hacia las habitaciones de invitados, y entró en la primera. Miró a la hermosa mujer muerta, cubierta en parte por la colcha de tono salmón que hacía un vivo contraste con su pálido rostro. Se dio la vuelta y dijo:

—Hay que llamar a la policía, enseguida. Esto es un desastre para todos.

El inspector no tardó ni diez minutos en llegar. Era un hombre menudo que parecía querer alzarse sobre las puntas de sus pies, quizá para acrecentar su menguada estatura. Llevaba un traje veraniego muy arrugado, y dio un vistazo a la habitación: la luz que entraba por las grandes ventanas iluminaba los muebles lacados en blanco, con florecillas doradas; las cortinas, del mismo tono salmón de la colcha, enmarcaban unos finos visillos que caracoleaban mecidos por la corriente que se había establecido al abrir la puerta. El rostro de la muerta iba adquiriendo un tono de cera, y sus labios pintados semejaban una herida abierta. Sus manos crispadas arrugaban el embozo bordado. El dueño de la casa dio un paso atrás.

—Estoy fuera, si me necesitan —indicó. El policía asintió con un gesto.

—Está bien —dijo. —El juez no tardará en venir con el forense.

Él y su ayudante estuvieron efectuando un cuidadoso registro, y tomaron las huellas dactilares. Hicieron fotografías, pero ninguno tocó el cordón rojo de seda. Ordenadamente se fue haciendo inventario de los pocos objetos de la muerta que había en la habitación; los armarios y casi todos los cajones estaban vacíos, como si se hallaran dispuestos para acoger las ropas y enseres del invitado de turno, que por las características de la habitación parecía tener que ser del sexo femenino. El inspector salió, y su ayudante se le unió al poco con un bolso en la mano.

—Mire esto —mostró, sosteniendo a la vista unos recortes de periódico. —Estaban en un departamento cerrado con cremallera.

El inspector los estuvo observando: se referían a las actuaciones más recientes de la artista. Entre ellos había un sobre azul, y dentro una cuartilla con una nota escrita a mano en letras de molde. El inspector le dio un vistazo y la guardó de nuevo en el bolso, emitiendo un suave silbido.

—Una estos documentos al resto de las pruebas— indicó.— Se trata de una amenaza de muerte, y parece de un antiguo amante o de un marido despechado. Habrá que comprobar las huellas.

Los efectos de la muerta fueron recogidos y guardados en una bolsa de la que se incautó la policía. El juez tardaba en llegar y el inspector consultó su reloj, preocupado. El dueño de la casa aguardaba en la biblioteca, y a él se dirigió.

—¿Quién hay en la casa? —preguntó. El hombre se puso en pie.

—Además del servicio, estamos mi madre y yo, y un invitado que llegó ayer con la... señora. Ah, también está mi prometida.

—¿Podría verlas a las dos? —dijo el policía, y él vaciló un momento.

—Quisiera ponerlas en antecedentes, si no le importa —dijo. El inspector frunció el ceño.

—Lo siento, pero prefiero hacerlo yo —dijo secamente, con el tono fuerte y decidido de quien está acostumbrado a mandar. Fue el mayordomo quien lo introdujo en el dormitorio de la anciana, y él mismo se presentó.

—No quisiera molestar, señora —le dijo sonriendo, y ella lo observó con gesto displicente.

—No lo conozco de nada —indicó. —¿Puede saberse qué pinta un policía en mi casa? —Él dio un vistazo rápido a la recargada decoración.

—¿Me permite que me siente? —dijo, y no aguardó la respuesta de la anciana para hacerlo. En pocas palabras le expuso la situación, y ella no pareció afectarse.

—Estas visitas siempre dan sobresaltos —gruñó. —Podían ir a matarse unos a otros a

su casa. Bien, tendrá usted que interrogarnos a todos, ¿no es así?

—Así es. Nadie deberá abandonar esta casa hasta que yo lo diga.

—Es normal —dijo ella, cambiando de postura. La puerta del gabinete se abrió, y el mayordomo dio paso al policía ayudante. Era un hombre grande y no joven, con apariencia de guardaespaldas, y vestía de paisano.

—Acabo de dar con esto —indicó, mostrando un ovillo de cordón de seda rojo. El inspector se puso en pie de un salto, y la vieja dama entrecerró sus ojos todavía hermosos.

—Ese ovillo es mío —declaró. —Lo guardaba en mi costurero. ¿La han estrangulado con eso? —El inspector había tomado el ovillo en la mano y observaba su extremo cortado; su ayudante se le adelantó.

—El corte coincide con el trozo utilizado para el crimen. Parece haber sido hecho con una navaja de afeitar. Lo hemos encontrado en un altillo, en la habitación del mayordomo —agregó, bajando la voz y mirando la puerta por donde el otro había salido. En los ojos de la vieja señora hubo un destello indefinido, y con todo parecía tranquila.

—Puede llamar a su doncella —le dijo el inspector. —Seguiremos más tarde.

Acompañó al ayudante a la zona de servicio, que ocupaba un ala extrema del edificio. Allí estaba la habitación del mayordomo, al lado la de la cocinera, y había un tercer dormitorio que ocupaban las dos doncellas, una de ellas ausente por permiso. Cuando, después de hacer un cuidadoso registro volvieron abajo, se dieron de manos a boca con el juez que salía ya de la habitación de la muerta.

—Ah, están ahí —dijo. —Ya puede disponerse el levantamiento del cadáver que, como es lógico, pasará al Instituto Anatómico. Lo pongo en manos del forense, mientras ustedes siguen con las investigaciones.

El inspector lo acompañó hasta la salida; el jardín estaba adornado con flores de todas clases, desde grandes margaritas a arbustos floridos. Después, estuvo observando los alrededores de la casa: el edificio ocupaba la parte más alta de una loma, cerca de otras villas señoriales, y separado de ellas y la carretera por una alta verja de hierro en forma de lanzas. No era una casa moderna, pero estaba totalmente reconstruida; conservaba sus primitivos elementos, pero se habían añadido los últimos adelantos de la tecnología, entre ellos toda clase de alarmas, aire acondicionado y antena parabólica. Rodeó la verja en toda su extensión, y volvió luego hacia la entrada principal, cuya puerta parecía haber sido recientemente barnizada.

Antes de entrar, estudió la posición que ocupaba en el conjunto la habitación de la muerta. Estaba en el ala principal y tenía dos ventanales al jardín. Al inspector le extrañó que las ventanas no tuvieran rejas, y aproximándose pudo advertir sobre la arena unas huellas confusas, que parecían haber sido borradas a conciencia. Cuando estuvo de vuelta llevaba una gran flor roja en la mano, y dio una orden al ayudante que lo aguardaba.

—Hay algo fuera, en el jardín, al pie de las ventanas. Hay que tomar el molde de esas huellas. Hágalo, mientras yo sigo reconociendo el resto de la casa. Luego vuelva, para interrogar al resto.

Para esta tarea eligió una pequeña saleta con las paredes pintadas en verde oscuro, con pequeños amorcillos en blanco. Los muebles eran de nogal y los asientos estaban tapizados en seda cruda. Ocupó una silla de estilo ante una pequeña mesa escritorio, y se dirigió al ayudante.

—Llame al mayordomo, por favor —indicó. El hombre no se hizo esperar, vistiendo un traje oscuro con una camisa impecable. Llevaba corbata de seda, y para completar el conjunto unos zapatos negros de charol. Al inspector le pareció que era un tipo con experiencia en su oficio: seguramente habría conocido a mucha gente importante, y de la forma tan profunda como este tipo de sirvientes suele conocer a sus amos. Extrajo del bolsillo un objeto envuelto en un trozo de plástico, y se lo mostró. Era el ovillo de seda.

—¿Conoce esto? —preguntó, y él pareció dudar.

—Parece... es el mismo cordón con el que han estrangulado a la señora. —El otro asintió, sin dejar de mirarlo.

—Estaba en la habitación de usted, en un altillo —dijo con suavidad, y en los ojos del mayordomo apareció un relámpago de alarma. Se pasó por la frente una mano, donde lucía una alianza de oro.

—Yo no la he puesto allí, se lo juro —dijo muy pálido. —Nunca lo había visto hasta hoy. —El policía movió la cabeza.

—Es raro —indicó. —Al parecer, la anciana señora lo guardaba habitualmente en su costurero. —El mayordomo tragó saliva.

—No acostumbro a registrar a mis señores —indicó, y el otro contestó con un seco carraspeo.

—El cordón con que se ha cometido el crimen fue cortado de aquí —dijo firmemente. —Dígame, ¿conocía a la actriz invitada, a la mujer que ha muerto? —El hombre hizo un gesto ambiguo.

—La había visto alguna vez —afirmó. —Además, como actriz es bastante conocida. Pero le juro que no tengo nada que ver con lo que ha ocurrido. Cualquiera ha podido, esta mañana, ocultar el cordón en mi cuarto. Dejo la puerta abierta para que limpien las doncellas. —El policía insistió:

—¿Hasta qué punto puede decirse que conocía a la muerta? —Él bajó la mirada.

—Pues... le diré. Todo lo bien que se llega a conocer a alguien en mi profesión. La he visto en alguna de las casas donde prestaba mis servicios.— El policía alzó las cejas.

—Vaya, eso es muy curioso —indicó. —Habrá que investigar en su pasado, y quizá lleguemos a alguna... conclusión. —El mayordomo se había dejado caer en una silla, y ya no pretendía disimular que estaba muy alterado. Su rostro había enrojecido.

—Está bien —dijo. —La conozco desde hace tiempo. Incluso, en una época... pero de eso han pasado años. Ella era muy joven todavía y ayer, cuando la vi... —El policía observó a aquel hombre maduro, que parecía conservar intacto su vigor; admiró sus facciones correctas, su abundante cabello entrecano que le confería un aire de elegante dignidad.

—Lo siento —dijo—. Pero, dadas las circunstancias, me veo obligado a detenerlo.

—¿Qué dice? —saltó él, y el inspector lo aplacó con un gesto.

—Hay indicios de sospecha contra usted —dijo con firmeza. —Y, por otra parte, el móvil está bastante claro.

Se detuvo un momento, y prosiguió: —Usted ha querido a esa mujer. Entra dentro de lo posible que la haya matado por celos.

***

La autopsia se llevó a cabo antes de veinticuatro horas. El dueño de la casa parecía abrumado, sobre todo por el acoso de que le hicieron objeto los periodistas. La madre se había encerrado en su habitación y se negó a hacer declaraciones. Si en sus manos estuviera, hubiera impedido la entrada a la misma policía. El inspector se inclinó cortésmente.

—No la molestaremos mucho, señora —le dijo. —Tengo que consultarle algo.

—Ya sé, ya sé —contestó ella con gesto de impaciencia. —Usted se ha llevado de mi casa al mayordomo, y encima quiere interrogarme. ¿Qué vamos a hacer ahora? No crea que es tan fácil encontrar un sustituto por aquí. No lo es, ¿comprende?

Él dijo que lo comprendía muy bien, pero no tenía que preocuparse: iba a recuperar en breve a su flamante mayordomo. Ella arrugó el ceño.

—¿Cómo dice? —chilló. —¿Pues no lo ha detenido como sospechoso de asesinato? ¿En qué quedamos? —El policía la miró.

—Eso fue... antes de conocer el resultado de la autopsia.

La mujer no pudo disimular su asombro, y su papada tembló.

—¿A qué resultado se refiere?

—Señora, su invitada no murió estrangulada —indicó suavemente el policía. Había en su estómago una buena cantidad de aconitina, que es un fuerte veneno. Había más que suficiente para acabar con alguien mucho más robusto y pesado que ella.

—Entonces, ¿la historia del cordón? —Él movió lentamente la cabeza.

—Le repito que ella no murió estrangulada. Se simuló un estrangulamiento.

La anciana suspiró.

—Está bien, tendrán ustedes que empezar de nuevo. Toda esta historia es tan desagradable...

—Yo diría terrible —dijo él.

El dueño de la casa contestó sin vacilar a todas las preguntas que le hicieron. Había estado ausente y volvió la víspera, muy tarde; el propio mayordomo le abrió la puerta y le comunicó la noticia de la visita de la actriz con su amigo.

—¿Usted la había invitado? —preguntó el policía escrutándolo con la mirada, pero el hombre sostuvo la suya.

—No, pero eso es muy corriente en esta casa. Nuestros conocidos entran y salen como si estuvieran en la suya, y aún personas casi desconocidas. Al parecer, tengo fama de ser buen anfitrión: tenemos seis habitaciones de invitados, que pueden convertirse en doce para una emergencia. —El inspector asintió despacio.

—¿Se conocían hacía tiempo? —preguntó, y el otro entornó la mirada como haciendo memoria.

—Unos diez años —dijo. —Éramos muy jóvenes entonces, ella casi una niña, y desconocida para el público. Luego, ella se dedicó al teatro y al cine... ya sabe.

El policía lo observó. Llevaba puesta una ropa mucho más formal que la que lucía por la mañana, la típica del ejecutivo importante. Su aspecto era impecable, pero su rostro parecía de mármol, seguramente a causa de la tensión.

—Esa mujer no murió estrangulada —le dijo el inspector. —Alguien la envenenó, y el asesino sigue suelto.

***

Interrogaron a la muchacha árabe. En esta ocasión vestía ropas europeas bastante discretas, que, aún así, hacían resaltar su gran feminidad. Al hablar agitaba sus manos pequeñas, como las de una niña, y de vez en cuando manoseaba una cadenita de oro que llevaba al cuello, con un amuleto de jade.

—¿Hace mucho que conoce a su prometido? —preguntó el policía.

Ella tenía la voz cristalina, como la de un pájaro. Dijo haberlo conocido un año atrás, en una fiesta que dio el padre de ella en su vivienda de la costa. El inspector sacó la conclusión de que era muy rica, seguramente la niña mimada de un padre millonario, quizá un potentado del petróleo. Ahora, la muchacha iba a contraer matrimonio con el dueño de aquella casa.

—Lo haremos por ambas religiones —dijo la muchacha, ruborizándose. —Será una hermosa ceremonia. —Él se inclinó, sonriendo.

—Espero que sean muy felices —le dijo. La acompañó a la puerta, y ella salió sin ruido. A continuación, fue el hombre con aspecto de *playboy* quien prestó declaración.

El inspector se encontró con él en la gran biblioteca, donde le tenía reservada su correspondiente sorpresa. Le hizo saber que su amiga la actriz no había muerto estrangulada, sino por causa de un veneno.

—Es imposible —dijo él, atónito. —Y, ¿qué ocurre con el mayordomo? ¿No pensaban que él era el asesino? —El policía lo miró de frente.

—No lo es —dijo. —La han envenenado con un producto muy peligroso llamado aconitina. En cuanto al famoso cordón de seda, he de decirle que como prueba del delito se ha convertido en algo sin demasiada importancia. —Él aspiró hondo.

—Es increíble —dijo. —Nunca debimos venir a esta casa.

—Demasiado tarde —sentenció el policía. —Y hay algo más: en el cuarto de baño que corresponde a la habitación que usted ocupa, hemos hallado oculto un frasco con aconitina. Alguien lo había limpiado cuidadosamente, para borrar las huellas.

El hombre se había puesto rojo, y su voz enronqueció.

—Yo no sé nada, se lo juro —gimió. —No conozco ese veneno, ni sé cómo llegaría allí. Estaría antes de mi llegada... —El otro denegó.

—Había polvo debajo del frasco, y en cambio el frasco estaba limpio. No llevaba mucho tiempo allí. —El hombre casi chilló:

—¡Por Dios! No tengo idea de lo que me dice. Alguien trata de inculparme.

El policía chasqueó la lengua. Pensaba que aquel hombre debía tener mucho atractivo para las mujeres, con su tez curtida y sus hermosos ojos, y un estratégico lunar en el pómulo derecho.

—Hay otra cosa —dijo. —Hemos encontrado las huellas de usted en una nota amenazadora que había en el bolso de la muerta. Y restos del perfume que usted usa.

Él parecía abrumado.

—Nunca debí acompañarla aquí... —pronunció sordamente, mientras sus manos temblaban sobre las rodillas. Sus pies, calzados con unos zapatos deportivos, se movían inquietos. Era la imagen viva de un hombre hundido.

—Es mejor que me lo cuente todo —indicó el policía, y él aspiró con fuerza.

—Está bien —concedió. —Tiene razón, yo tuve esa nota en mis manos. Fue la víspera de hacer esta visita absurda... pero yo no la escribí, ni sé quién lo hizo.

—Hay que ser más precavido —sonrió el policía. —Un resto del perfume que usted usa quedó impregnando el papel. — El hombre lo miró con la expresión de un muchacho asustado.

—¿Va a detenerme? —preguntó, y el policía se puso de pie.

—No, de momento —contestó. —Pero no debe abandonar este lugar.

—Descuide, le aseguro que no lo haré.

Se estudió el molde de las huellas que había en el jardín, y que habían sido conscientemente confundidas. No estaban completas, pero eran sin duda las de una mujer y pertenecían a unos pies descalzos, pero protegidos con medias.

—La señora usa medias para las varices —declaró la doncella. —La pobre sufre de las piernas, no se las quita nunca. ¿Sabe? También la novia del señor, esa mora, lleva unas medias blancas a veces, cuando se viste como las de su tierra.

—¿Sabe si alguien usa algún veneno en la casa? —preguntó él, y la muchacha pareció dudar.

—En la casa, no creo. Pero he oído que lo usa el jardinero para las plantas, y también contra las ratas y ratones. Pero no sé qué clase de veneno. Sólo, que nos han dicho a mi compañera y a mí que no toquemos para nada los frascos del invernadero.

La doncella más joven no pudo añadir nada a lo que ya sabían: acababa de estar con una semana de permiso, y parecía estar muy excitada con los nuevos acontecimientos. Hablaba sin parar haciendo toda clase de conjeturas, y el inspector tuvo que despedirla casi violentamente.

—Está bien, está bien. La llamaré si la necesito. Vaya a decirle al jardinero que le estoy esperando. Y no cotillee, ¿entendido?

Ella dijo que sí, un tanto ofendida. El jardinero era un hombre corriente, sin ninguna característica especial. Su tez estaba muy curtida, como era lógico en uno de su profesión, y su cabello era negro con reflejos azulados. El policía le habló sin rodeos.

—¿Alguien usa aconitina en esta casa? —preguntó, y ante la mirada de extrañeza del hombre explicó luego: —Es un veneno que se extrae de cierta clase de plantas.

La cara del hombre se animó.

—Ah, eso —dijo gesticulando. —La señorita Alma, la novia del señor, es aficionada a sacar jugos de las plantas. Ella ha querido enseñarme alguna vez, pero yo no tengo tiempo para eso. —El policía lo observó.

—Y, ¿de dónde saca sus plantas? —El jardinero movió la cabeza.

—Algunas las cultiva en una finca que tiene su padre no lejos de aquí. Creo que allí tiene montado una especie de laboratorio o algo así. También aquí, en el invernadero, ha empezada a cultivar algunas.

—¿En el invernadero hay plantas de acónito? —preguntó el policía, y él se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. Ella tiene muchos frascos que a nadie deja tocar. Puede preguntárselo a la señorita, digo yo.

—Así lo haré —indicó el policía, dando por terminado el interrogatorio. Dio orden a su ayudante para que efectuara un registro en el invernadero, y tomara muestras de todas las plantas para enviarlas al especialista. El informe no se hizo esperar.

—Entre las plantas hay acónito —dijo el biólogo de la policía, por teléfono. —Hemos analizado los frascos que enviaron, pero no contienen ninguna sustancia nociva. Es más, están escrupulosamente limpios, demasiado para estar en un sitio así.

—Lo imaginaba —dijo el inspector, resoplando.

Las horas siguientes fueron de una calma que presagiaba tormenta. El policía sentía por momentos que algo se le escapaba de las manos, y estaba de muy mal humor. Las cosas parecían complicarse cada vez más, y cuando todo parecía aclararse un nuevo factor lo desbarataba todo. Pero aún tenía una carta en la manga, y había que jugarse el todo por el todo. Llamó a su subordinado por el teléfono interior.

—Hay que reunir a toda la familia —indicó. —También a los criados. Quiero que todos escriban algo para mí. Pero no los ponga en guardia, quiero cogerlos por sorpresa, y uno a uno, ¿me entiende?

Fueron desfilando por la gran biblioteca, empezando por los más alejados del caso. La doncella más joven escribió con mucha dificultad los nombres de árboles y flores que el policía le dictaba. La primera doncella escribió el texto con letra picuda, el mayordomo no pudo hacerlo por estar llevando a cabo ciertas diligencias en el juzgado y la cocinera rezongó. Era una mujer corpulenta y llevaba el cabello protegido por un gorro blanco, como su delantal.

—No sé a qué viene esto —dijo, malhumorada. —Tengo la comida en la placa, y sólo falta que ahora se me pegue. ¿No nos pueden dejar en paz?

El inspector se disculpó. Ella había dejado en el papel la huella grasienta de sus dedos gordezuelos. El policía se dirigió a su ayudante.

—Le toca ahora a la vieja dueña de la casa —indicó.

El escrito de la señora dejaba mucho que desear; su experiencia escolar debía ser bien escasa, y se quejó de las molestias que le ocasionaban.

—¿Para qué demonios quieren esto, si se puede saber? —dijo, irritada. —¿Cuándo van a marcharse con viento fresco de una vez?

Por su parte, el compañero de la muerta se mostró sombrío. Según él, la policía no tenía derecho a exigir semejantes demostraciones absurdas.

—Será sólo un momento —indicó el inspector. —Es un trámite que tenemos que llevar a cabo, ¿comprende?

El joven dueño de la casa extrajo una cuartilla propia del cajón de su mesa.

—¿Algún tipo de letra en especial? —preguntó, y el policía negó con un gesto.

—Sencillamente con su letra.

Le dictó más o menos las mismas palabras que a los otros, que él transcribió deprisa en el papel con su pluma de oro. Luego tendió la cuartilla que el otro guardó sin mirarla.

—Está bien, muchas gracias. Hemos terminado.

La próxima reunión se llevó también a cabo en la biblioteca, pero en esta ocasión estaban todos juntos. El inspector aguardaba de pie, apoyado en la gran mesa de nogal, y recorrió con la mirada los estantes llenos de libros con lujosas encuadernaciones, y tan nuevos que daban la sensación de no haber sido abiertos. En el suelo había una soberbia alfombra de nudo, y cortinas de terciopelo verde enmarcaban las dos grandes ventanas. Todos los personajes del drama estaban presentes allí: el *playboy* vestía un chándal de deporte gris oscuro, y el dueño de la casa una camiseta amarilla de marca y unos pantalones impecables. La anciana señora llevaba un vestido sedoso a grandes flores, y se adornaba con un collar de gruesas perlas a juego con los pendientes. En cuanto a la joven prometida, vestía una túnica sencilla con algunos bordados en oro. El inspector se aclaró la garganta con un seco carraspeo.

—Les he reunido para comunicarles algo de mucha importancia —dijo, recorriéndolos con la mirada. —Tengo pruebas suficientes para acusar al verdadero asesino.

Hubo un murmullo general, pero nadie intervino. El policía sacó un purito del bolsillo de su chaqueta y lo encendió con parsimonia. Luego miró al dueño de la casa.

—No nos ha dicho la verdad —indicó. —Nos ha ocultado hasta qué punto estaba ligado con la muerta.

El hombre sonrió tensamente y sus dedos tamborilearon en el brazo del sillón.

—¿A qué se refiere? —El otro lanzó una fina columna de humo.

—Me refiero a que, no sólo la conocía, sino que estuvo viviendo con ella. De esto hace muchos años, es verdad, tantos que ella era menor de edad. Así que, al quedar ella embarazada, tuvo que casarse. Luego el niño murió, usted se enriqueció y decidió abandonarla. Pero nunca se divorciaron, era su esposa todavía.

El rostro de la muchacha árabe se crispó, y sus pequeñas manos se ocultaron bajo los pliegues de la túnica. El inspector sacó una cuartilla doblada del bolsillo y se la mostró a todos.

—Este pequeño escrito me ha dado la clave. Yo les dicté varios nombres de plantas, y entre ellas se mencionaba la palabra “pacífico”, que el nombre vulgar del hibisco de China. Esta palabra figuraba también en la nota que recibió la actriz, con otro sentido distinto.

Todos lo miraban, fascinados. Él extrajo una segunda nota del bolsillo.

—La palabra “pacífico” figuraba en ambos escritos con la misma falta de ortografía —mostró, dirigiéndose a la anciana señora. —No lleva una “ce”, como sería lo correcto, sino la letra “zeta”. Al parecer, a pesar de los libros que guarda en su biblioteca, su cultura no es muy refinada.

Todos se mostraban asombrados, y ella suspiró ruidosamente. El *playboy* estaba muy quieto, con una expresión de estupor, como si estuviera atando los cabos que hasta entonces se le habían escapado, y que ahora se unían dando una explicación a aquella extraña visita.

—Ella era su mujer —musitó, y el policía asintió con la cabeza.

—Lo era. Y no sólo eso, sino que la muerte de aquel niño fue provocada. Ella tenía pruebas que nunca quiso utilizar con la esperanza de recobrarlo algún día, hasta que conoció la noticia de su próxima boda. Hemos encontrado estas pruebas en el domicilio de la muerta.

Hubo un silencio tenso. El acusado extrajo un cigarrillo de una pitillera de oro y lo encendió nerviosamente. El policía observó a la anciana que se mantenía muy derecha en su asiento.

—Y usted lo supo desde el principio —dijo. —Tuvo que reconocerla. — Ella soltó una risita.

—Usted no sabe lo que dice. Yo ni siquiera llegué a ver a la invitada.

—Está bien, no está obligada a declarar contra su hijo. Puede guardar silencio hasta que la acompañe su abogado.

Se llevaron detenido al dueño de la casa, pero no había pasado una hora cuando sonó el teléfono de la comisaría.

—Es para usted —dijo un policía, y el inspector se puso al habla. Oyó al otro lado la voz inconfundible de la anciana.

—Tengo algo que decirle —susurró—. Mi hijo no mató a su mujer, fui yo quien lo hizo.

Quiero declararme culpable. —El inspector dio un brinco.

—¿Qué me está diciendo, señora? Vamos, no quiera protegerlo. Sería inútil.

—Le digo la verdad —insistió. —Supe por nuestro mayordomo que ella estaba en la casa, y yo conocía el motivo. Fui yo quien recogió la aconitina del invernadero, y la maté para librar a mi hijo de una chantajista. Para ello, eché el veneno en el vaso de whisky que ella tenía en su mesa de noche. Era una alcohólica, una infame. ¿Sabe usted? Para humillarlo estuvo liada con nuestro mayordomo. Él mismo me lo dijo, arrepentido.

—Siga —indicó el policía. La mujer inspiró fuertemente.

—Las pisadas del jardín eran mías. Después de envenenarla entré por la ventana abierta, para simular que alguien la había estrangulado. Yo misma corté el cordón y lo puse alrededor de su cuello. Pensé que podía vengarme del mayordomo y puse el ovillo en su cuarto, donde la policía lo encontraría. Si no lo hubieran hecho los hubiera puesto yo sobre la pista, pero no fue necesario.

El inspector sentía una extraña opresión en el pecho. Todo aquello parecía fantástico. De nuevo oyó la voz de la mujer.

—Luego, escondí el frasco de veneno en el baño del invitado, que dormía.

—Está mintiendo —dijo él, sin mucha convicción. Sobre su mesa estaban las dos notas, y en la que extrajeron del bolso de la muerta podía leerse: “Renuncia a tus propósitos, o te juro que te mataré. Sabes que puedo ser pazífico, pero también muy peligroso”.

***

Madre e hijo fueron sometidos a un careo, y la teoría de la anciana se vino abajo pese a ella.

—Quiere protegerme —dijo él. —Pero ella nunca sería capaz de saltar por esa ventana, y menos pudo esconder el rollo de cordón en el altillo. Está demasiado alto para ella, aparte de que hay que abrir con gran fuerza la puerta, como ustedes habrán comprobado.

Confesó haberse equivocado en la ortografía al escribir la nota, por causa de los nervios, y aseguró que la muerte del pequeño se debió a un accidente. El policía sudaba baja su arrugado traje. Una vez a solas, dirigió una torva mirada a su subordinado.

—¡Habráse visto! —rezongó. —Tenemos un solo cadáver, y dos personas pretenden ser culpables del mismo asesinato. ¿Quién de los dos le administró el veneno? Por cierto, me gustaría interrogar a la mosquita muerta de la mora. No se puede ir por el mundo fabricando brebajes mortales, y luego quedarse tan fresca. Y quiero verla aquí, en mi terreno.

La muchacha árabe llegó a la comisaría acompañada de una mujer grande que cubría su rostro, y a la que se indicó que permaneciera en el vestíbulo. El interrogatorio no arrojó ningún resultado positivo.

—Es cierto que tengo plantas venenosas en casa de mi padre, pero muchos de los míos lo hacen, y no creo que esté prohibido. Cultivo el acónito pero no para matar a nadie, sino porque tiene propiedades curativas.

Estaban igual que al principio, y fue preciso archivar el caso por falta de pruebas.

“Asesinato por persona o personas desconocidas”, fue el dictamen del juez. El dueño de la casa quedó en libertad bajo fianza, pendiente de que se decidiera su culpabilidad en el infanticidio, y tratando de sobreponerse al escándalo que lo había salpicado. En cuanto a la muchacha, estaba demasiado enamorada de él, y persistía en la idea de la boda cuando todo se resolviese. Para el abogado de la familia, uno de los criminalistas más famosos, las perspectivas eran optimistas.

—La acusación no se sostiene —decía. —Es una serie de patrañas.

Por fin se celebró la boda, que acogió a más de quinientos invitados en la residencia del potentado árabe. La anciana asistió a las extrañas ceremonias sin mucho entusiasmo, pero contenta en el fondo de que se mejorara la posición de la familia. Acudieron a la fiesta las revistas del corazón, y en un par de semanas no se habló de otra cosa en el lugar. Llegaron regalos de todos los países del mundo, y la novia estaba radiante.

—Querido —le dijo. —Tengo que pedirte una cosa.

Él miró complacido a la muchacha, en la que se unían la belleza y una docena de pozos de petróleo y barcos petroleros.

—Lo que tú digas —concedió. —Yo no podría negarte nada.

Ella le explicó lo que quería. Se trataba de la anciana señora, que el hijo pretendía retener consigo. Ella le rogó que no lo hiciera, y él no pudo ocultar su sorpresa.

—¡Qué dices! —exclamó. —Soy su único hijo y nunca nos hemos separado. No creo que pudiera vivir un solo día sin tenerme a su lado. —Ella suspiró.

—Ese es el problema —insistió. —Es demasiado absorbente contigo. Si quieres,

puede quedarse con la casa y con todo lo vuestro. Prométele que tendrá cuanto quiera, pero no quiero que viva con nosotros. Peligraría nuestra paz. —Él parecía confuso.

—Hablaré con ella —pronunció sordamente, y la muchacha lo miró a los ojos.

—Quiero que se lo digas hoy mismo —rogó. —Cuanto más tiempo pase será más difícil, ¿no te das cuenta?

La entrevista entre el hijo y la madre fue corta, y se llevó a cabo después de la cena. Ella apenas pronunció palabra, y parecía observar con mucha atención los destellos de su sortija de esmeraldas.

—Nos instalaremos en casa de mi suegro —dijo él. —Vendré a verte a diario, y te aseguro que seré para ti lo que he sido siempre. —Ella habló sin mirarlo.

—No lo dudo, hijo mío —concedió. Él la estrechó entre sus brazos.

—Sabía que lo comprenderías —le dijo, besándola.

***

Era casi medianoche cuando el inspector se estiró, bostezando. Encima de su mesa de trabajo estaban los restos de un par de bocadillos, y varias latas vacías de cerveza. Se disponía a marcharse a su casa después de la dura jornada, cuando el timbre del teléfono lo sobresaltó. Cuando oyó la voz que le hablaba, todo rastro de sueño desapareció de su rostro.

—¿Me conoce? —oyó.

—Claro que la conozco, señora. No faltaba más. ¿Puedo saber qué se le ofrece?

—¿Podría venir a mi casa? —preguntó ella, y él consultó el reloj.

—¿Es importante? —dijo, ahogando un bostezo. La voz de ella se hizo más firme.

—Claro que lo es. Si no, no le molestaría a estas horas.

El policía tardó veinte minutos en llegar. Le abrió la doncella más joven y lo invitó a pasar al gabinete de la vieja señora.

—Le está esperando —dijo.

Le abrió la puerta, que él cerró tras de sí. La anciana vestía un traje reluciente de lamé, pero estaba despeinada y había profundas ojeras en su cara. Sus ojos parecían haber perdido la vivacidad, y estaban enrojecidos.

—Tengo que decirle algo muy importante —comenzó sin preámbulos. —A estas horas, mi hijo y mi nuera pueden haber muerto.

El policía abrió unos ojos como platos.

—¿Qué me está diciendo? —Ella sonrió tristemente.

—Yo los he matado —dijo sin inmutarse. El hombre se dejó caer en un asiento. Por segunda vez en aquella casa, sintió que el sudor corría por su espalda. Ella siguió hablando despacio.

—Sabía que mi hijo había matado a su mujer, la actriz. Aquella misma noche hablé con él: me confesó que le había estado haciendo chantaje, y ahora estaba dispuesta a hundirlo en el escándalo con tal de impedir su boda. —Se detuvo un momento, y el policía se inclinó.

—Y, ¿qué ocurrió luego?

—En el cuarto de ella tuvieron una fuerte discusión. Yo salí al jardín por ver si podía escucharlos, y lo sorprendí a él en el invernadero. Llevaba en la mano un frasco pequeño. —El policía asintió.

—¿De qué forma se las arregló para hacerle ingerir el veneno? —preguntó. Ella se encogió de hombros.

—Esa mujer no podía ver un vaso de nada sin bebérselo —dijo. —Luego se le ocurrió la idea de simular un estrangulamiento, y yo misma vi desde fuera cómo apretaba el cordón alrededor de su cuello. Pero ya estaba muerta, estaba caída en el suelo; aún así apretó y apretó, antes de acostarla en su cama. —El policía se había quedado helado.

—Y luego, ¿qué ocurrió? —interrogó sin fuerzas. Ella bajó la mirada.

Fue él mismo quien puso el cordón en la habitación del mayordomo. Sabía que yo lo había visto, porque quebré una rama en el jardín. Más tarde me fui al invernadero, y lavé los frascos en la pila que hay allí. Se me ocurrió esconder uno de ellos en el baño del invitado que estaba durmiendo como un tronco, y otro lo conservé en lugar seguro. —El policía resopló.

—¿Dónde está ese frasco ahora? —La voz de ella era solemne.

—Querían que brindase con ellos —pronunció despacio. —Ha demostrado ser un mal hijo, ella lo convenció de que me abandonara. Brindamos en la biblioteca, ¿sabe usted? Allí puede encontrarlos. —El hombre la miró, alucinado.

—No me diga que se ha tomado la justicia por su mano —dijo sordamente. La mujer asintió. Miraba a la ventana iluminada por la luna que abajo, en el mar, trazaba un camino de

plata.

—Ya no me queda nada por qué luchar en esta vida— dijo con tristeza.

LA ROSA

(Del diario de Javier, antiguo novio de Cristina.)

“Todavía estoy confuso, no he logrado asumir lo ocurrido en los últimos días; cierto, la vida juega muchas veces con nosotros, pero a pesar de todo me cuesta creer que Cristina esté muerta, y más bien creo estar soñando. Sí, sobre todo haber soñado con la escena de esta mañana cuando estábamos todos ante el féretro, viéndola rodeada de las mismas flores que ella solía vender en su tienda.

Tenía las manos delgadas y finas cruzadas sobre el regazo y nadie de entre nosotros podía apartar la mirada de ellas; y aunque sus ojos estaban cerrados, en cualquier momento sus pupilas de un color verde claro parecían poder adquirir vida.

Habían peinado su cabello oscuro y rizoso y estaba vestida con un traje de noche blanco que yo no conocía. Y no era plácido su rostro, sino que mostraba una expresión que me asustaba, quizá porque yo sabía que en su muñeca izquierda quedaban ocultos por las flores unos puntos oscuros y trágicos.

Estábamos callados, como si nadie se atreviera a decir nada o todo se hubiera dicho ya. Tenía yo la sensación de que todos nos sentíamos culpables de su muerte, como si aquellos puntos violáceos en su piel tan blanca hubieran sido una muda acusación. Pues aunque pareciera increíble, era allí donde se habían clavado las púas de uno de sus rosales, emponzoñado con veneno.

Todas sus amistades estábamos allí. Su amiga Blanca estaba muy erguida y seria, con sus cabellos de un rubio ceniciento. Iba tan bien vestida como siempre y a su lado, como si quisiera protegerla, estaba el hombre con quien iba a casarse y que yo veía por primera vez. Era elegante como ella, y aunque había algo en él que no me agradaba, lo cierto es que hacían una buena pareja. Por un momento se me ocurrió considerar que si Blanca no le hubiera ofrecido su casa a la amiga que ahora yacía muerta, las cosas hubieran sucedido quizá de otra manera.

Pues Blanca Aldáriz conocía a Cristina de siempre, y habiendo sido compañeras de colegio se habían reencontrado después de varios años, cuando Blanca que era algo mayor había conseguido un empleo importante en una empresa. No sólo eso, sino que estaba a punto de casarse con uno de sus principales directivos.

Cristina había trabajado por un tiempo como dependienta de una floristería, y mirándola ahora me pregunté si yo había llegado a quererla; sin duda me gustaron siempre sus ojos de un verde extraño, y me encantaba el gesto de su mano separando los oscuros rizos de su frente, en un ademán que repetía a menudo. Es cierto que siempre nos llevamos bien, pues, además, nuestras familias hubieran visto con muy buena cara nuestra unión. Nuestros padres habían servido juntos en el ejército, y su amistad había durado siempre. En fin, me dije, la vida acostumbra a jugar estas malas pasadas.

Cristina y Blanca llevaban viviendo juntas varios meses cuando Elena llegó; había venido a la ciudad buscando un empleo, y lo sé porque Cristina al presentarnos me preguntó si yo podía encontrarle uno en el periódico. En efecto, le conseguí el empleo; las cosas se complicaron más de lo previsto, y yo rompí mis tibias relaciones anteriores, hasta el punto de enamorarme como un tonto de ella.

No sé si Cristina lo notó desde un principio, pero sé que Elena lo supo desde nuestro primer encuentro. Y hay algo de lo que estoy tranquilo, y es que a Cristina nunca le mentí.

Pensé que lo ocurrido no la afectaría demasiado. Últimamente le había comprado el negocio al dueño de la tienda de flores, y estaba tan atareada con su nuevo local que no parecía prestar atención a nada más; y como era una muchacha tenaz y habilidosa, yo estaba seguro de que no tardaría en hacerse con una buena clientela propia.

Pero ante mi extrañeza hubo una violenta escena entre las dos mujeres, y ambas dejaron el domicilio de Blanca: Elena se trasladó a una residencia de estudiantes, mientras que Cristina acondicionó como vivienda la trastienda de la floristería.

Algunos meses después, Blanca anunció su boda, mientras Cristina iba viento en popa con su negocio de flores, y Elena trabajaba conmigo en el periódico. Fuimos todos invitados a la boda, y yo confiaba en que la situación no fuera demasiado violenta. Pero la historia tuvo un desenlace imprevisto, ya que pocos días antes del acontecimiento Cristina apareció muerta en el local: tenía una rosa roja en la mano, y varias de sus púas estaban

clavadas en su muñeca izquierda.

No era posible que unos simples pinchazos hubieran producido la muerte. Analizaron el tallo de la rosa en el laboratorio del forense, que descubrió tanto en éste como en las heridas una fuerte concentración de un veneno usado por los jardineros para combatir plagas en las plantas. Por esta circunstancia se diagnosticó muerte por envenenamiento, y se dio por seguro el suicidio. Se desecharon los motivos económicos y se llegó a la conclusión de que ella atravesaba una crisis depresiva, que la había llevado a buscar la muerte de una forma tan teatral.

La había hallado por la mañana la mujer que acudía a diario a la tienda a limpiar, caída en el suelo y con la rosa todavía en las manos. La mujer, espantada, estuvo buscando unas señas y un teléfono y encontró el de Blanca. La llamó, presa de un gran nerviosismo, y por su consejo avisó a la policía. Blanca llegó allí la primera, y desde la tienda me llamó, diciéndome lo que habla ocurrido y requiriendo mi ayuda. Yo salí en cuanto pude hacia allá.

Cuando la vi no la habían movido todavía, y aún no sé cómo pude controlar mis emociones. Mi cabeza era un verdadero caos. Junto al cuerpo habían encontrado una nota escrita por su mano en una tira de papel, que decía más o menos: “Lo he pensado mucho, pero la decisión está tomada. Así que éste será el último día”.

Nos vimos obligados a prestar declaración, con lo que nuestras anteriores relaciones salieron a relucir. Me hicieron tal número de preguntas que llegué incluso a contradecirme: era como si mi cabeza hubiera dejado de funcionar. Supe entonces que habían analizado las púas y con este hallazgo el caso se dio por cerrado con el veredicto de suicidio, a lo que contribuyó en gran parte la nota hallada junto al cadáver. En un momento dado sentí remordimientos por haber roto con ella, aunque nunca me pareció verla demasiado afectada. En fin, nunca he presumido de ser un experto en psicología femenina.

Bien, habían pasado varios días desde que ocurrió la tragedia. El cuerpo había sido conservado en el depósito y ahora estábamos todos reunidos delante de él. A mi lado estaba Elena, deshecha por lo sucedido, y me pareció que no se atrevía a alzar la mirada como si se sintiera culpable también. Y cuando traté de darle ánimos tomándola del brazo, me rechazó con suavidad.

Vi también a un muchacho a quien conocía de vista, un estudiante de medicina que al parecer visitaba la tienda de flores con asiduidad. Según me dijo él mismo, había conocido a Cristina en una biblioteca pública; al verlo pensé que mi amiga nunca hubiera podido enamorarse de él, o yo no la conocía: era demasiado insignificante para una persona ambiciosa como ella.

También la bibliotecaria estaba allí. Yo sabía la afición de Cristina por la lectura, y que acudía a la biblioteca desde que llegó a la ciudad. La encargada del centro era una mujer pequeña y regordeta, que según supe por mi amiga se llamaba Ana, y que desde el principio simpatizó con ella. Llevaba hoy un traje oscuro demasiado ceñido, como si se le hubiera quedado estrecho. Tenía el cabello teñido de un color castaño rojizo, mostrando en las entradas su tono natural y agrisado. Aún así, no dejaba de tener cierto aire juvenil; pues sus ojos eran muy vivos y sus facciones debían haber sido bellas. Por un momento pensé que nos estaba estudiando detenidamente a todos, lo que hizo que me pusiera nervioso.

También Elena parecía inquieta, y por lo visto no deseaba mi compañía. Frente a nosotros, muy serios, seguían Blanca y su importante prometido, que según creí recordar se llamaba Enrique. Me sentía un tanto confuso, y para tranquilizarme me repetía una y otra vez la versión dada por la policía. Además, al parecer habían hallado en la vitrina un frasco con una fuerte concentración de veneno, lo que completaba el proceso. Reprimí un suspiro, pensando que un hecho así no dejaba de encajar en la idiosincrasia de nuestra amiga: desde muy niña se inclinó par las escenas teatrales, y aquélla había sido el colofón que la convertía en el centro de todas las miradas.

Durante el acto, me fijé en que el estudiante no apartaba la vista de la menuda figura vestida de blanco, que bajo la tapa de cristal parecía una muñeca modelada en cera. Él fue uno de los primeros que la vieron muerta, pues acudió de mañana a la tienda a devolverle un libro que ella le prestó: era una obra de jardinería que había sacado de la biblioteca y que tenía que devolver, pues ya habían pasado los quince días de plazo. Imaginé que la afición a las flores del muchacho no sería muy antigua, más bien procedería de la admiración que sentía por la linda florista. Al parecer se trataba de algo más que una simple admiración.

Supe que él había empezado a ir a la biblioteca a consultar libros de medicina, ya que le resultaba demasiado caro comprarlos, y allí la conoció. Luego, él la visitaba en la tienda donde charlaban de jardinería, y donde ella le recomendaba algunos libros. Éste fue el pretexto para acudir a verla aquella trágica mañana.

Cuando él llegó a la tienda de flores yo ya estaba allí, y la policía bloqueaba la

entrada. Se dijo en un principio que alguien había intentado robar, y cuando quisimos entrar nos detuvieron. Entonces supo él que Cristina había muerto.

—No puedo creerlo —dijo con voz entrecortada. Vi que apretaba un libro en la mano, y le oí murmurar que había venido a devolverlo. Luego pareció pensarlo mejor y lo guardó nerviosamente en el bolsillo de su ajada gabardina. Yo sentía que se me aflojaban las piernas y traté de dominar mi alteración, hasta que me dejaron entrar. Y allí vi a mi antigua novia, a quien retiraban en una camilla medio cubierta par un rígido paño blanco. Al parecer, la policía ya había tomado toda clase de huellas y fotografías; ahora rogaba a los presentes que abandonaran el lugar.

Recordé la última vez que vi a Cristina: no estaba deprimida, e incluso hizo bromas sobre mi actual noviazgo, diciendo que de buena se había librado, o algo así. No podíamos conocer entonces el trágico fin que tendría.

—¿Era usted amigo de Cristina? —me ha preguntado la bibliotecaria. —Me parece haberlo visto con ella alguna vez. ¿No le parece raro lo que ha sucedido?

Yo no le he contestado. Me ha mostrado un libro de pastas duras con un grabado de plantas a todo color. Al abrirlo, había dentro un sobre cerrado.

—No he visto este sobre hasta ahora —me ha dicho, pensativa. —Me lo ha devuelto ese estudiante de parte de Cristina.

—No es mío —ha dicho él—. Lo dejó nuestra amiga, y no he querido abrirlo. Creo que contiene una llave pequeña, y he pensado que fuera de algún estante de la biblioteca. ¿O no es así?

—¿Una llave de la biblioteca? No, desde luego que no.

—De todas formas, no es mía. Haga usted con la llave lo que quiera. Creo que no le va a servir a nadie ya.

La mujer ha metido el libro y el sobre en un bolso demasiado grande para ella.

—Muy doloroso todo esto —ha dicho, y no hemos contestado nada. Me he unido a los que salían, porque el ambiente me ahogaba. No quería ir al cementerio, y por otra parte mi actual novia había desaparecido del lugar. Tenía necesidad de tomarme un café muy cargado, y me he dirigido a una cafetería. Luego, he vuelto al periódico.

II

No habían pasado veinticuatro horas después del funeral y del entierro de Cristina, cuando varias personas ocupaban la trastienda de la floristería, ahora cerrada, y donde las flores marchitas emanaban un olor agrio y desagradable que evocaba pasadas escenas. La bibliotecaria había llamado por teléfono a todos los amigos citándolos allí. Cosa extraña, todos habían acudido y ahora ella los observaba de pie, apoyada en la mesa de alas que ocupaba el centro de la habitación.

—Les agradezco su presencia —dijo. —Creo que es importante.

El último en entrar fue un policía de uniforme, que se acomodó en una silla junto a la puerta. Los demás se habían procurado improvisados asientos, y nadie parecía tener muchos deseos de hablar. La bibliotecaria prosiguió:

—Los he reunido aquí con el permiso del comisario. Quiero comunicarles algo que ya he puesto en conocimiento de la policía.

Se miraron unos a otros. Hubo un silencio tenso que ella rompió:

—Como todos sabemos, en la muñeca de Cristina había varios pinchazos, que analizados dieron una buena cantidad de Parathion, que se utiliza contra los pulgones y es muy peligroso. Esto, y la nota hallada hacen pensar en un suicidio, pero...

Se detuvo un momento, y nadie dijo nada. Ella siguió hablando despacio.

—Ayer estuve hablando largo rato con la asistenta aquí presente —dijo. —Estoy convencida de que es una mujer observadora, y ella me ha dicho textualmente: “Debió morir tan rápido con ese horrible veneno que no sangró siquiera”. La aludida pareció esponjarse, y ella prosiguió:

—Y yo me pregunté: ¿Cómo puede ser eso? Pues, por muy pronto que le sobreviniera la muerte, el veneno tuvo que llegar al corazón. Mientras tanto, tuvo que brotar, por lo menos, una gota de sangre. Pero no la había, sino sólo esos horribles pinchazos. — El estudiante se mordió los labios.

—Tiene mucha razón.

Ella sonrió tristemente. Fue hacia el estante y cogió de un florero una de las rosas mustias. Ante el asombro de todos oprimió el tallo contra su muñeca.

—¿Qué está haciendo? —saltó el policía. Ella lo tranquilizó.

—No se preocupe, no es más que un simple pinchazo —dijo, mostrando el brazo

extendido. En su blanca muñeca había aparecido una gota de sangre, muy roja.

—¿Lo ven? —indicó. — Yo he sangrado, y es porque *estoy viva.*

Le pidió un pañuelo al antiguo novio de Cristina, y él se apresuró a dárselo. Ella limpió la gota de sangre, pero no se lo devolvió.

—Lo tendrá cuando lo haya lavado —le dijo. —Así, no me parece correcto devolvérselo. —Él se encogió de hombros.

—Es lo mismo —dijo. —Puede quedárselo si quiere. —Ella se volvió hacia la asistenta

—¿Quiere abrir el cajón superior de la cómoda? —dijo. La mujer obedeció prestamente y ella añadió: —Haga el favor de darme el pañuelo que encontrará en ese cajón.

La asistenta extrajo un blanco pañuelo doblado y lo observó un momento. Luego dijo, moviendo la cabeza:

—No era de la señorita Cristina. Es la primera vez que lo veo.

Todos miraron el pañuelo, y la bibliotecaria lo comparó con el otro.

—Son iguales —dijo, mostrándolos. El muchacho lo reconoció enseguida: era un modelo corriente, pero ambos tenían bordada la misma inicial.

—Ese pañuelo es mío —dijo, sobresaltado—. No me explico cómo ha llegado ahí.

—Es normal que ella conservara un pañuelo de su antiguo novio —dijo ella. —Al lado, estaba la sortija que usted le regaló. Sin duda, tenía alguna caja o joyero donde conservaba estos recuerdos.

Todos escuchaban, confusos. El muchacho parecía tan asombrado como los demás.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó. Ella sonrió dulcemente.

—No se preocupe —dijo. —Todo se aclarará.

Los observó a todos uno a uno y siguió hablando despacio:

—Cristina no murió por el veneno de las plantas. Ella ya estaba muerta cuando las púas atravesaron sus venas. Hacía un buen rato que lo estaba, el suficiente para que alguien tuviera tiempo de encontrar una pequeña caja escondida.

El silencio que se hizo fue tal que se percibían las respiraciones. Los ojos de todos estaban fijos en la bibliotecaria, que prosiguió:

—No fue el parathion lo que acabó con su vida, sino unas gotas de estrofantina en el café. —El novio de Blanca se levantó de un salto.

—¿Estrofantina? —dijo, y ella asintió con la cabeza.

Alguien estuvo aquí la noche de su muerte. Cristina debió entrar en la cocina, dejando antes las tazas preparadas sobre esta mesa —señaló. —Su visitante tomó un frasco de estrofantina que había traído y echó una dosis mortal en la taza vacía. Luego, enseguida, ocultó el frasco entre los insecticidas. Allí lo encontré yo. —El ejecutivo intervino de nuevo.

—Ella misma pudo dejar el frasco ahí —dijo nerviosamente, y la bibliotecaria negó con un gesto.

—La estrofantina es una medicina para el corazón, que hay que usar con mucho cuidado. Que yo sepa, Cristina nunca había estado enferma del corazón.

Revolvió en su bolso, y sacó un pequeño frasco cuentagotas con una etiqueta. Lo levantó en alto, mostrándolo.

—La asistenta asegura que nunca lo había visto, y yo la creo —dijo. —Ella limpiaba el polvo aquí a diario, y es muy cuidadosa. Me imaginé que algún conocido de Cristina lo usaba, y he hecho mis averiguaciones.

Un movimiento de impaciencia pareció agitar a los presentes, pero ella simuló no haberlo percibido.

—Una amiga mía farmacéutica ha estado interrogando a varios compañeros que yo le indiqué. Es un producto que ya apenas se usa, sustituido por medicamentos más modernos. Así que no le fue difícil dar con el punto de venta, teniendo en cuenta que yo le dije las farmacias en que debía preguntar.

—Todo esto es absurdo —protestó el ejecutivo. —Ella fijó en el hombre sus ojos azules.

—Frente a su empresa hay una farmacia donde, al parecer, su secretaria compra los medicamentos para usted. ¿No es cierto? La receta médica es imprescindible para este producto, y cuando se termina la medicina utilizan el mismo frasco para rellenarla. La etiqueta está sellada por la oficina de farmacia, y tiene fecha de hace algo más de una semana. ¿Puede decirme dónde está el frasco de su medicina, señor? Porque me consta que usted la utiliza hace tiempo. —Él tardó en contestar.

—Sin duda estará en mi casa, en el botiquín donde siempre la guardo. No es algo que pueda dejarse en cualquier parte.

—Desde luego que no —confirmó ella. —Pero, ¿está seguro de que sigue en su casa? ¿Podría llamar y preguntarlo?

—No hay nadie ahora en mi casa —dijo él, visiblemente enojado.

La bibliotecaria extrajo de su viejo bolso un sobre, rasgado con un abrecartas. De él sacó una nota doblada, y una pequeña llave atada con una cinta blanca de seda. Hubo un murmullo de estupor.

—¿De dónde es esa llave? —preguntó Blanca Aldáriz. Ella alzó la mano en un gesto que aconsejaba calma.

—Lo sabrán todo a su tiempo —dijo. En aquel momento sonaron unos golpes a la puerta, y apareció el inspector de policía.

—Pase, pase —le dijo ella. —Llega muy a tiempo, sabía que no me fallaría.

Era un hombre robusto, vestido de paisano, pero con un aire inequívoco de autoridad. Nadie se movió de su asiento y la bibliotecaria le acercó una silla plegable. Ella permaneció de pie, y el ejecutivo ahogó un bostezo.

—Tengo bastante prisa —dijo. —¿No podría acelerar la explicación? —Ella asintió.

—Descuide, serán unos minutos nada más.

Empezó a desplegar la cuartilla que había sacado del sobre. Luego habló sin levantar la vista.

—Ayer en el funeral ocurrió algo que iba a darme la clave de este asunto —dijo. —Porque un lector de mi biblioteca, aquí presente, me entregó un libro que le había prestado Cristina, y que tenía que devolver. Dentro del libro, ella había olvidado un sobre con una nota y una llave. Les voy a leer la nota, si me lo permiten.

Todos parecían de piedra, y sólo Blanca Aldáriz había cambiado de postura. La bibliotecaria se aclaró la garganta y empezó a leer.

—Es una carta con la letra de Cristina y está dirigida a E. A. Dice así: “Te digo por última vez que lo haré. No creas que te tengo miedo, y no pienso vacilar un momento. No pienses que te has librado de mí, ni que vas a lograr la felicidad tan fácilmente Yo seré tu sombra y, cuando estéis juntos, sentirás mi amenaza. El pasado no puede borrarse, y aunque vivas cien años no conseguirás librarte de mí. Tendrás que matarme. Lo he pensado mucho, pero la decisión está tomada. Así que éste será el último día”.

Todos miraron al antiguo novio y su actual compañera, Elena Alonso. Ella estaba temblando. La bibliotecaria tosió secamente y prosiguió:

—Como ustedes habrán imaginado, no he dejado de hacer pesquisas en estas últimas horas con la aprobación de la policía. Al parecer, Cristina parecía muy contenta últimamente, como si aguardase una buena noticia. Tampoco eso encajaba con la hipótesis del suicidio.

Le tendió la nota al inspector, que después de darle un vistazo la guardó en la cartera.

—Hay otra cosa —prosiguió ella, mostrando en alto la pequeña llave. —La policía ha registrado todo concienzudamente en esta casa, pero esta llave no hace en ningún sitio.

Elena emitió un leve gemido, que hizo que todos la miraran. Se había puesto pálida.

—¿La reconoce, ¿no es así? —preguntó la bibliotecaria, y ella se encogió en el asiento.

—Yo... yo no sé nada —dijo.

—Si no me equivoco, sale ahora con el antiguo novio de nuestra amiga, ¿no es cierto? — Hubo un nuevo murmullo de estupor.

—Yo no puedo decirle nada— repitió la muchacha. Ella siguió despacio.

—El joyero de la muerta se encontró en el primer reconocimiento de la policía, junto con el pañuelo y la sortija que yo guardé más tarde en el cajón de la cómoda. Nadie había robado nada. Pero era un joyero de piel y no se cerraba con ninguna llave. ¿Adónde pertenecía esta pequeña llave que Cristina había escondido en un sobre?

El ambiente era tan tenso como si fuera a estallar una tormenta. En la calle sonó una sirena y todos se estremecieron. Javier, el antiguo novio de Cristina, se había puesto en pie.

—Es de una pequeña caja de caudales que yo le regalé —declaró. —Era una caja corriente de acero, de color azul.

El grupo parecía haber enmudecido. El policía de la puerta golpeaba el borde de la silla con las uñas, y se percibía claramente el ruido. Javier se había sentado de nuevo junto a su pareja.

—Primero, cuando leí la nota, pensé en Elena o en usted. Las iniciales coincidían con las de ella. Sabía que la llave era de una cajita de caudales que le regaló usted a Cristina, ella misma se lo contó a la asistenta. Usted y Elena la habían reconocido, pero no sabían nada de la nota. —El muchacho se removió en el asiento.

—¿Quiere terminar? —dijo.— No sé a dónde conduce todo esto. —Ella se ruborizó ligeramente.

—Ahora tengo que decirles otra cosa. No sé si se han fijado, pera algunas palabras de la carta del sobre coinciden con la nota de suicidio. Algunas, pero no todas. Eso me hizo

pensar que la carta fuera un borrador de la nota que halló la policía. Aquélla estaba correctamente escrita y, como han podido comprobar, la que han visto ustedes hoy tiene tachaduras; conociendo a Cristina, nunca hubiera enviado una carta así. Y aún hay algo más —añadió. —Ayer, después del funeral, en mi visita a este lugar junto con la policía, vi algo que me llamó la atención. Era un cabello largo y rubio que quedó enganchado en un clavo de este sillón —señaló. —La asistenta me ha asegurado que pasó la aspiradora la víspera de la muerte, y de haber algún cabello rubio hubiera desaparecido.

Hasta el momento, Blanca Aldáriz había ostentado una expresión de aburrimiento. Ahora se llevó una mano a su cuidada melena. Fue sólo un instante, pero la mujer lo percibió. No dijo nada, sino que del interior del sobre sacó un viejo recorte de periódico. Era un papel alargado y amarillento.

—Por fin, tenemos esto —indicó. —Estaba también dentro del sobre.

Ella desplegó el recorte a la vista de todos. De pronto, Blanca saltó de su asiento.

¡Déme eso! —chilló. Todos la miraron asombrados y la bibliotecaria movió la cabeza.

—Usted estuvo con Cristina aquella noche, la noche de su muerte —dijo.

Lo que siguió fue imprevisto para todos. La mujer había dejado el frasco de estrofantina sobre la mesa, y Blanca se abalanzó a cogerlo. Antes de que nadie pudiera impedírselo lo abrió, y apuró hasta la última gota.

Hubo un revuelo general, y la habitación se llenó de exclamaciones. Su prometido trataba de atenderla, pero la chica empezó a respirar agitadamente y una espuma blanquecina salió de su boca. Se quejó, como si sintiera un fuerte dolor. Entre el ejecutivo y el policía trataron de reanimarla, y al no lograrlo la cogieron entre ambos y la sacaron de la habitación. Fuera se oyó el motor de un coche poniéndose en marcha.

—¿Se puede saber lo que pretende? —dijo el estudiante de medicina, furioso. —¿Lo tenía todo preparado? —Ella parecía abrumada.

—No esperaba esta reacción —dijo. —Yo... he cometido una gran imprudencia.

Todos aguardaban una explicación que pusiera en claro lo ocurrido. Ella notó la hostilidad.

—No puedo perdonármelo... —comenzó a decir, y el inspector la interrumpió.

—Usted no tiene la culpa —dijo, tomándola del brazo. —Nos ha cogido a todos por sorpresa.

En los ojos de la mujer había un brillo de lágrimas. Luego se irguió, y su pequeño cuerpo pareció crecer.

—Bien, voy a explicarles toda la penosa verdad.

Nadie dijo nada, pero todos los ojos estaban fijos en ella. Parecía al mismo tiempo una abuela indefensa y una vieja deidad vengativa.

—Empezaré por el principio —dijo. —Blanca nació en Euskadi, como saben, y como lo muestra su apellido, Ardáriz. En su tierra su nombre se traduce por Edurne. Cuando era muy joven fue detenida por consumo y venta de drogas, y pasó algún tiempo en un centro de rehabilitación.

—No es posible —dijo sordamente Elena. —Yo no sabía nada. —Ella asintió.

—Usted no sabía nada, pero Cristina sí lo sabía. La conocía desde el colegio, y desde entonces guardaba entre sus cosas un recorte de periódico. En él se decía que una muchacha que respondía a las iniciales E. A. había sido detenida y puesta a disposición del tribunal tutelar de menores, por tráfico y consumo de drogas. La chica no tenía edad penal, y cuando estuvo curada fue ingresada en una institución para jóvenes delincuentes.

—Es terrible —se estremeció Elena, y ella sonrió con tristeza.

—No es un caso raro, por desgracia —asintió. —Sólo, que para ella era muy importante ocultar su pasado. Luego, Cristina vino a vivir con ella. De momento no ocurrió nada, pero cuando supo su próxima boda con un personaje importante, empezó a pedirle dinero.

—No puedo creerlo —dijo el antiguo novio de la chica. Ella lo miró fijamente.

—Hay muchas cosas que usted no sabe —contestó. —¿Nunca se ha preguntado de dónde sacó el dinero Cristina para comprar la tienda de flores?

El muchacho pareció recibir un fuerte golpe. Cerró los ojos.

—No es posible —repitió. Ella siguió hablando despacio.

—Cristina le iba apretando las clavijas a su amiga de forma insoportable. Guardaba el recorte en la pequeña caja de caudales, en la tienda de flores, y Blanca lo sabía. Sólo que, al decidir utilizarlo, lo había sacado de la caja y lo guardó en un sobre, que olvidó en el libro de jardinería. Luego, Blanca recibió el ultimátum: o le entregaba una importante cantidad, esta vez mucho más elevada, o el recorte llegaría a manos de su prometido con una aclaración. No le sería difícil a él comprobar las antiguas actividades de Blanca.

Se había detenido, como si le faltaran fuerzas para continuar. El inspector la invitó a sentarse y ella prosiguió:

—Blanca vio que nunca se vería libre del acoso de su antigua compañera. Entonces se presentó con la carta en la tienda, simulando que entregaría la cantidad. Había recogido el veneno en casa de su novio, y aprovechó la ausencia de Cristina para volcar en su taza una dosis mortal. Dejó el frasco en la vitrina de los fungicidas, y allí mismo se le ocurrió la idea de la rosa. —El estudiante parecía abrumado.

—¿Y la nota de suicidio? —preguntó. Ella lo miró con pena.

—Es cierto, la nota de suicidio. Como saben, las palabras coincidían con las últimas del borrador que hallamos en el sobre. Blanca rasgó la parte inferior de la suya y la dejó junto a su víctima para simular un suicidio. Tuvo tiempo de sobra para registrar la vivienda y encontrar la caja de caudales donde ella creía que estaba el recorte. Pero no halló la llave, y se llevó la caja cerrada. No podía saber que un borrador de su carta estaba, con la llave y el recorte, en un sobre que Cristina dejó dentro de un libro de la biblioteca. Hasta las personas más cuidadosas cometen errores así.

—En ese caso, ¿por qué ha tratado de inculparnos a Elena y a mí? —preguntó Javier. —No entiendo la historia del pañuelo.

—En un principio tenía mis dudas —dijo ella. —Me confundió la coincidencia de las iniciales, y también el texto de la nota. Pero, si Elena o usted hubieran sido culpables, se hubieran encargado de recoger el pañuelo con la inicial bordada, y la sortija. En cambio, para Blanca eso debió suponer un recurso en caso de sospecha.

Elena estaba tensa. Llevaba un buen rato sin hablar y ahora lo hizo con dificultad.

—Pero, ¿y el veneno de la taza? ¿Cómo no lo descubrió la policía? —El inspector intervino.

—No había ninguna taza sobre la mesa cuando nosotros llegamos —afirmó. —¿En su casa no ha habido una asistenta por horas? La que es honrada, se considera en la obligación de estar haciendo constantemente algo. Esta mujer llegó aquí, descubrió a la chica, estuvo buscando en la agenda un teléfono y avisó a Blanca, y luego a nosotros. Más tarde, sin saber qué hacer, y mientras aguardaba, recogió las tazas que había en el fregadero y las estuvo lavando. Las puso en el escurridor, que es su lugar habitual y donde no llamaron la atención de nadie. —Elena insistió.

—Pero, si mal no recuerdo, cuando a ella le preguntaron si había cambiado algo de lugar, lo negó.— El hombre la atajó con un gesto.

—Para una asistenta que lo hace todos las días, el hecho de recoger unas tazas del fregadero no es cambiar nada de lugar. Ella creía estar diciendo la verdad en aquel momento. Pero a la señora bibliotecaria le extrañó no ver ningún cacharro sucio. No le parecía Cristina una persona que se molestara en fregar los cacharros, teniendo una persona que lo haría.

La bibliotecaria intervino:

—Tenía que haber merendado por lo menos, y allí no había un plato sucio, ni una cucharilla... —Se volvió a la pareja, y vio que se habían tomado de la mano.

—Espero que sean felices —les dijo, sonriendo. —Creo que los dos se lo merecen, por encima de todo.

EL ROBO DE LAS JOYAS

El médico puso con todo cuidado una ficha de dominó sobre la mesa, alrededor de la cual estaban reunidos sus contertulios de siempre. Era un hombre de buen porte, de cabellos cortos y fuertes que habían sido oscuros y ahora eran casi blancos. Se había jubilado un año atrás, y ante el asombro de sus amigos se había ido a vivir a su pueblo natal, donde pensaba disfrutar de la vida tranquila del campo.

—¿Lo dejamos por hoy? —dijo el farmacéutico, bostezando. Él no contestó, lo que correspondía a una negativa. A veces se alargaba la reunión, y entonces solían hablar de caza, o de pesca, arrimando cada cual el ascua a su sardina. Hoy, sus compañeros estaban menos comunicativos. El dueño de la tienda de comestibles apuró su copa de anís.

—Cuéntenos algo de su vida profesional —rogó. Él se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Está bien —dijo. —Veremos si recuerdo algo que merezca la pena.

Parecía halagado por la atención que le prestaban, y tardó en empezar a hablar. Su rostro era atezado y moreno, y de cuando en cuando lo iluminaba una sonrisa casi juvenil. Llevaba puesto un jersey gris de punto con coderas de ante, y había dejado en el respaldo de su silla un impermeable de plástico negro.

—No me acuerdo de nada especial... Bueno, hay algo que no les he contado. Ocurrió cuando yo era muy joven. Era mi primer destino al acabar la carrera, y me ofrecieron el puesto de médico interino en una prisión. Era una cárcel de hombres. —El farmacéutico lo miró, extrañado.

—No sabía que hubiera estado de médico en ninguna cárcel —dijo. Él asintió con la cabeza.

—Pues es cierto —contestó con una sonrisa. Los otros solían escucharlo como a un oráculo, y él que lo sabía se aclaró la garganta con un ligero carraspeo, y comenzó:

—Un día, me avisaron que uno de los vigilantes de la cárcel había muerto. Yo lo conocía poco, ya que acababa de llegar allí. Había estado lloviendo todo el día, y los reclusos habían tenido que abandonar el patio para ponerse a cubierto. Por aquel entonces yo era soltero y no tenía obligaciones familiares, así que solía hacer la vida en la enfermería, excepto los ratos en que salía a pasear o a leer en la biblioteca. Recuerdo que eran tres pisos de galerías, con barandillas a un espacio común. En cada uno se alineaban las puertas metálicas de las celdas, pintadas todas en un verde oscuro. Todavía recuerdo que sonaban allí los ruidos como en una catedral. Todo retumbaba: las voces de los reclusos, y el cerrar de las puertas metálicas. El director de la prisión fue a buscarme a la enfermería.

—Venga enseguida —me dijo. Era un hombre blando, con el pelo escaso peinado de forma que le cubriera la calva. Siempre que hablaba movía sus gruesas manos, y en su dedo anular lucía un gran solitario. Yo lo acompañé, y llegamos a la segunda galería. Como siempre que entraba allí percibí el olor a sudor y a humanidad, al que nunca pude acostumbrarme. Recuerdo que una luz de tormenta entraba por los estrechos tragaluces en el centro del tejado.

—Está aquí —me dijo el director.

Vimos al hombre caído en el suelo al lado de una escalera metálica. Era un sujeto que aún no habría cumplido treinta años; tenía el pelo muy corto, y en el rostro siempre una expresión casi infantil. Pero hoy sus ojos estaban muy abiertos, y había en su boca una mueca parecida a la risa. Una risa lúgubre y mortal. Estuve reconociéndolo, y vi que sus manos estaban agarrotadas; el cuello, largo y con una nuez prominente, parecía retorcido en un espasmo. Su nariz corta y respingona mostraba las ventanas extrañamente distendidas. No tuve que auscultarlo para saber que estaba muerto, y, aún así, traté de hacerle la respiración artificial. Pero no me sirvió de nada.

—Parece que ha muerto por asfixia, electrocutado —le dije al director. —¿Qué es lo que ha ocurrido?

Contestó el vigilante de la planta tercera. Éste representaba unos cuarenta años y era muy robusto. Sus músculos causaban respeto a la población reclusa, y se murmuraba que había sido boxeador profesional. No era muy alto, pero sus facciones eran duras y sus manos grandes y fuertes. Solía afeitarse pocas veces, y llevaba siempre la barba crecida. Hablaba con voz potente y enérgica.

—Había visto una cosa rara en el techo —dijo, señalando arriba.

Alcé la vista y distinguí claramente un artefacto que podía ser una bomba de fabricación casera: se trataba de un bote de color anaranjado, y lo habían colocado en el techo de la segunda galería, enganchado a los tubos pintados de minio que recorrían al descubierto las galerías. Él prosiguió:

—Se subió a la escalera, y no había hecho más que tocar el bote cuando cayó de lo alto al suelo.

—Está bien, gracias —dije yo.

Observé la escalera. Era metálica en su totalidad, al igual que todas las que se utilizaban en la prisión.

—Que no toque nadie ese objeto —le dije al director, que mascaba nerviosamente el extremo de un gran cigarro. —Puede haber un contacto con el cable de alta tensión. —Él afirmó con la cabeza y su papada se movió.

—Avisaré al equipo de artificieros —dijo. —No quiero tener más accidentes.

Se llevaron al vigilante y se comunicó su muerte a la familia. Yo extendí el certificado de defunción, dando provisionalmente el dictamen de muerte por electrocución. Tomando toda clase de precauciones, varios hombres estuvieron retirando el llamativo objeto, y uno de ellos se acercó al director con él en la mano.

—Es un bote corriente, vacío —indicó. —En efecto, los cables eléctricos estaban pelados en ese punto, por lo que se estableció el contacto. Parece una broma de alguien.

—Una broma pesada —dije yo, mirando el bote. —Parece pintado con minio.

—Una pintura que está al alcance de cualquiera aquí —repuso el director.

Estuve observando con detenimiento aquel objeto. También lo hizo el director, y algunos empleados de la cárcel, y tras pasar de mano en mano quedó lleno de huellas oscuras, alguna de grasa. El director me observó con sus ojos pequeños y agudos.

—¿Qué opina? —Yo me encogí de hombros.

—No tengo ni idea. Quizá alguno de los vigilantes haya visto algo.

Fueron interrogados los vigilantes de las distintas plantas, y nadie parecía saber nada acerca del artefacto. El director estaba preocupado por la repercusión que el hecho pudiera tener.

—Parece obra de algún preso —indicó. —Se quejan de que se impongan sanciones, pero tratamos de impedir esta clase de cosas. En fin, guardaré el bote en mi despacho como una curiosidad.

—Una curiosidad morbosa —pensé yo, pero no dije nada. Él observó atentamente el humo de su cigarro.

—Echaremos tierra al asunto —me dijo. —Los periodistas complicarían las cosas, provocarían un escándalo.

Yo no estaba de acuerdo con él, pero donde hay patrón no manda marinero, y menos si es joven y novato. El asunto se dio por cerrado, y fue achacado a accidente laboral, por lo que la familia recibió una cantidad en concepto de indemnización.

—Pobre diablo —fue el comentario más caritativo que oí entre los presos.

Pero eso no fue todo: una semana después, un domingo por la tarde, yo había ido al pueblo. Era mi día de asueto, y los reclusos gozaban de tiempo libre en la huerta de la prisión. Algunos se dedicaban a faenas agrícolas para pasar el rato, y otros se limitaban a charlar entre ellos. Afortunadamente, esa tarde yo no había ido de pesca, como solía hacer, porque recibí un aviso urgente en el bar de la plaza, donde me estaba bebiendo una cerveza.

—Lo llaman de la prisión —me dijo el dueño, tendiéndome el teléfono.

Se trataba del encargado de la calefacción.

—Oiga, es urgente —me dijo. —El director no está en la casa, y he pensado en recurrir a usted. Hay un hombre muy grave en la sala de calderas.

Pegué un respingo, y él continuó:

—Yo tenía que haber salido, porque era mi tarde libre, pero por suerte no lo he hecho. Como acostumbro, he entrado a dar un vistazo. He visto a un recluso de la tercera planta de bruces en el suelo, sin conocimiento; tenía los labios azules, y por lo que yo puedo saber... creo que estaba medio asfixiado.

—¿Asfixiado, por qué? —pregunté con asombro. El hombre tardó en contestar.

—No sé por qué, el ambiente estaba cargado de óxido de carbono. Tuve que taparme la cara y abrí la ventana enseguida. Luego, como no estaba el director, y me han dicho que usted estaba en el pueblo... he imaginado que lo encontraría ahí.

Yo estaba muy alarmado.

—Le ha salvado la vida —le dije. —Haga que lo trasladen a la enfermería, yo voy para allá.

Cuando lo vi estaba grave, pero había grandes posibilidades de que pudiera salvarse. En cuestión de pocos minutos más, el hombre hubiera muerto. Era un tipo no mal parecido, aunque de apariencia vulgar. Me fijé que tenía las manos manchadas de carbón, y recordé cuándo lo había visto antes: solía prestarse a hacer trabajos de mecánico o fontanero en la cárcel. Me había parecido una persona agradable, uno de los pocos allí que se mostraban resignados con su destino.

—Se salvará —repetí. —Hemos llegado a tiempo.

Recordé que, la primera vez que lo vi, me habían llamado la atención sus ojos de un azul muy pálido, casi acuoso. Estaba arreglando la puerta del armario metálico de la enfermería, que se había desprendido. Y ahora lo tenía sin conocimiento en una de las cuatro camas niqueladas, destinadas a los presos enfermos, y sus manos descansaban sobre el embozo de la sábana de algodón. Después de un rato, el director entró en la enfermería llevando en la mano el inevitable cigarro. Sus mocasines de cuero pisaron sin ruido el suelo de baldosas blancas y negras, en forma de tablero de ajedrez.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó, aproximándose. Yo respiré hondo.

—Está fuera de peligro —le dije. —Ha sufrido una intoxicación por óxido de carbono. Y hay algo más —añadí, lo más suavemente que pude. —He comprobado que alguien lo había golpeado en la parte posterior de la cabeza, hacia la nuca. Tiene un gran hematoma.

El director me miró como si yo estuviera delirando.

—¿No pudo golpearse al caer? —Yo negué enérgicamente.

—No pudo —contesté. —Había caído hacia delante, y estaba de bruces en el suelo.

Entró el encargado de la calefacción, muy alterado. Al parecer, había comprobado que el tiro de la caldera estaba obstruido con papeles empapados en aceite.

—Eran periódicos de ayer —dijo, mostrando unas hojas que había desplegado. —Alguien tuvo que ponerlos a propósito, formando una bola. —El director silbó entre dientes.

—¿Quién piensa que pudo hacerlo? —Él dobló cuidadosamente los papeles.

—Cualquiera sabe —dijo. —Alguien que pensaba que yo iba a pasar la tarde fuera. La puerta del cuarto de calderas suele quedarse abierta, y yo la encontré cerrada. Yo había dejado el cuarto barrido, y había astillas por el suelo. —El director no apartaba los ojos del recluso.

—¿No pudo ser accidental? —preguntó con voz ronca. El otro habló fríamente.

—De ninguna manera. Han tratado de asfixiarlo. —El director tosió.

—Está bien, voy a mi despacho. Avísenme si el preso recobra el conocimiento.

Me quedé solo con él. De pronto, vi que había una nota doblada en el suelo, resaltando vivamente sobre una de las losetas negras. Me agaché, y comprobé que no me pertenecía. Luego recordé que, al quitarle al hombre los zapatos, algo había caído debajo de la cama.

—Demonio —dije para mí. Desplegué el papel y vi que era una especie de recibo: estaba escrito a máquina y las letras se habían borrado en parte, quizá por efecto del sudor. La firma era ilegible, pero el texto podía leerse todavía, aunque con cierta dificultad. Se distinguía muy bien la palabra “depósito”, y las frases “por valor de”, y un número seguido de varios ceros. Lo habían escrito en un folio de buena calidad, y parecía que hubieran rasgado la parte del membrete.

—En fin, no es cosa mía —recuerdo que pensé, y guardé el papel doblado con las otras pertenencias del preso.

Pero aquella noche no pude dormir. Tenía que hacer algo, y de madrugada me levanté de la cama. Sabía que en un despacho anejo al que ocupaba el director estaban los expedientes de los reclusos, y allí me dirigí. Por suerte, hallé la puerta abierta. Yo sabía su nombre y apellidos, y no tardé en hallar la carpeta. Rogué a Dios que el director no sufriera de insomnio, como yo.

—Sólo faltaba que me pillara aquí. No sé qué explicación podría darle.

Era una historia bastante vulgar. El hombre era casado y no tenía hijos. Al parecer, carecía de antecedentes penales antes de los hechos que lo llevaron a la cárcel. Había trabajado durante años de vigilante de noche en una joyería, y su comportamiento había sido correcto. Pero una noche se produjo un robo en el establecimiento: el ladrón escapó, llevándose varias piezas valiosas. Las investigaciones condujeron hasta el vigilante: era un experto en cerraduras, y arreglaba cajas fuertes. Esto no hubiera significado nada, si no hubieran quedado en la caja robada huellas de varias herramientas de su propiedad. En las herramientas se hallaron rastros de la pintura de la caja.

—Quién lo hubiera dicho —comenté para mí. Seguí leyendo, y me enteré de que las joyas no se habían recuperado. No obstante, no parecía que se hubieran vendido, porque tampoco se demostró que el presunto culpable hubiera disfrutado del producto de su venta.

—“*Cherchez la femme”*, me dije.

Repasando los diversos testimonios, supe que la esposa había declarado no conocer el paradero de las alhajas robadas. No obstante, declaró que el marido le había hecho alguna insinuación acerca de la posibilidad de apoderarse de las joyas. Pero no creía que él las tuviese.

—Muy graciosa —no pude por menos que pronunciar en alta voz.

Lo acusaron de robo y fue condenado a prisión, a pesar de no haberse hallado el cuerpo del delito. El abogado no parecía haberse mostrado demasiado hábil a la hora de demostrar la inocencia de su defendido. Él había empezado a cumplir condena hacía varios meses, y le quedaban varios años de cárcel.

—Pobre infeliz —pensé, y decidí olvidarme del asunto. Cuando iba a devolver la carpeta a su sitio, algo llamó mi atención: era una hoja de papel escrito a máquina, de tamaño folio, grueso y de buena calidad. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era el mismo papel de la factura. Aquello se ponía interesante. Por si fuera poco, el tipo de letra era también pequeño y cuadrado.

—Vaya —gruñí. —Creo que esta noche, definitivamente, no voy a poder dormir.

Esta hoja sí tenía membrete, y en él figuraban el nombre y las señas del abogado que llevó la causa. Debía ser de segunda fila, porque no me sonaba en absoluto. Llevaba conmigo la pluma estilográfica, y en la palma de la mano apunté los datos; luego lo dejé todo como estaba. A la mañana siguiente, el recluso estaba mucho mejor, aunque no parecía recordar nada de lo ocurrido.

—Tranquilícese —dije.— Muy pronto estará bien.

Él no contestó. Miró hacia otro lado y se encogió de hombros. Luego, se hizo el dormido.

Al día siguiente tuve que ir a la ciudad. No podía evitar que la similitud entre las dos hojas de papel se alzara ante mis ojos, al menos como una circunstancia poco común. Estuve elucubrando, y a fuerza de atar cabos se me ocurrió una idea un tanto absurda.

—Quizá visite a ese abogado —me dije.

Y del pensamiento pasé al hecho. El despacho del hombre no quedaba lejos de mi destino, y le indiqué al taxista que pasara por allí. Él asintió en silencio y me llevó hasta una calle céntrica, frente a un inmueble de oficinas bastante deteriorado.

—Es aquí.

Subí al primer piso, y me hallé ante una puerta que ostentaba tres nombres en un mismo rótulo, y debajo la palabra “Abogados”. Pisé un felpudo desgastado y pulsé el timbre, abriéndome la puerta una muchachita desmedrada. Pronuncié uno de los nombres y ella me invitó a pasar.

—El señor abogado lo recibirá ahora —dijo.

Me senté en un silloncito típico de oficina, frente a la ventana. Los cristales estaban muy sucios. La ventana daba sobre la calle, y pensé que había allí demasiado ruido para poderse concentrar. Antes de que hubieran pasado dos minutos una puerta lateral se abrió, dando paso al señor abogado.

—¿A quién tengo el gusto...? —inquirió, tendiéndome la mano.

Tengo que confesar que me sorprendió no poco su aspecto. Por entonces yo me consideraba de buen ver, y creo que era bien visto por las amigas y compañeras que de cuando en cuando frecuentaba. Era muy joven, y mi cabello era abundante y rizado; y, aunque hijo de un modesto empleado de ferrocarriles que sudó mucho para darme carrera, me gustaba vestir bien. Por entonces tenía una novia que era pionera en la emancipación femenina; luego me casé con ella, y se dedicó exclusivamente al cuidado de mí y del hogar. Siempre me gustaron los niños, y jugaba con los de mis vecinos, hasta que me hice con los propios.”

***

El médico dio un vistazo alrededor. El bar del pueblo se estaba quedando vacío. A la luz del farol que alumbraba el local, sus cabellos tenían reflejos plateados. Sus compañeros lo escuchaban sin pestañear. Él sacó una fotografía de la cartera y se la mostró: la foto estaba empezando a amarillear, y lo mostraba con treinta años menos, junto a una hermosa mujer y a un niño que se parecía a ella. El retrato pasó por las manos de sus contertulios y volvió a las suyas, y luego de nuevo a la cartera.

—Ya por entonces me gustaba pescar —rió abiertamente. —Pero mi afición favorita era montar en moto. — Uno de sus compañeros hizo un gesto, indicándole que siguiera con la historia que había dejado a medias. Parecía impaciente por conocer su desenlace.

—Cuéntanos lo del abogado —dijo. Él se humedeció los labios, y continuó:

—“Bueno, como decía, el aspecto del abogado me impresionó bastante. Era un

hombre alto y muy atildado, y recuerdo que llevaba el pelo planchado, como se llevaba por entonces. Tenía los ojos oscuros y unas cejas altas y separadas, y sus facciones eran extremadamente correctas. Además, su sonrisa parecía el anuncio de un dentífrico. Al entrar se extendió por el despacho un perfume varonil, aunque demasiado pronunciado. Lo que menos me gustó fue su ropa, bastante llamativa, y la corbata de pajarita. Nunca me gustaron esas corbatas. A primera vista, me pareció un tipo engreído y narcisista; luego, acabé por convencerme de que sólo se trataba de una "pose".

—¿Puedo servirle en algo? —preguntó.

Le dije mi nombre y profesión, y que venía a hablarle de un cliente. Él pareció sorprendido cuando le mencioné su identidad. No se mostraba muy contento de mi intromisión.

—¿Le ocurre algo? —preguntó, arqueando las cejas. Yo traté de hablar fríamente.

—Ha estado a punto de morir. Ahora está convaleciendo.

Él hizo como que estaba consternado. Tuve que contarle lo ocurrido; luego le mostré la nota doblada.

—Al parecer, es el recibo que usted le entregó a cambio de unas joyas.

El hombre se puso pálido, y luego enrojeció. Se levantó de su asiento, y como si fuera a buscar algo en una pequeña estantería, se volvió de espaldas a mí. Tardó bastantes segundos en mirarme de frente, y tosió levemente antes de contestar.

—¿Él le ha dicho eso? —preguntó con voz ronca, mientras yo lo miraba a los ojos. —En fin, tendré que explicárselo todo.

Yo estaba exultante: desde que comprobé la similitud de los papeles, no pude dejar de sospechar que el abogado tenía o había tenido en su poder las joyas que el preso robó. Ahora, no parecía negar la evidencia.

—Yo me hice cargo de las joyas —afirmó. —Era un momento delicado, y me debía a mi cliente. Mi intención era devolverlas, por algún conducto. Pero... no pude hacerlo. Las joyas desaparecieron del cajón de mi mesa. Así de sencillo.

Yo arrugué el ceño. Era más de lo que estaba dispuesto a creer.

—Ya —dije por todo comentario. Me puse en pie y le ofrecí la mano, que él estrechó efusivamente. Desde allí, me dirigí al domicilio del recluso.

—Tendrá que aguardarme otra vez —le dije al taxista. Él se encogió de hombros, como si no fuera asunto suyo.

—Usted paga —dijo sin volverse.

La casa estaba situada en un barrio obrero. El portal estaba muy sucio, y se notaba que habían adaptado una cerradura nueva al viejo portón. Había una escalera con los peldaños de madera, desgastados en el centro, y una barandilla de hierro. La casa no tenía ascensor. Las paredes no se habían pintado en mucho tiempo y estaban llenas de rótulos, raspados durante años sobre el yeso ennegrecido. Me dirigí hacia una pequeña puerta de cristales que había en el portal: habían embadurnado la madera con pintura marrón oscuro de ínfima calidad, y vi dentro la luz encendida. Había un hombre sentado a una mesa camilla: debía tratarse del portero, y di unos golpecitos en el cristal. Él alzó la mirada.

—¿Qué quiere? —preguntó. No me invitó a pasar, pero yo lo hice. Había un olor a faldas de camilla chamuscadas, y a polvo. El hombre estaba rellenando un cuadernillo de crucigramas, sobre un tapete de ganchillo multicolor. Me chocó que llevara puesta una gorra de visera.

—Quería hacerle unas preguntas —le dije. —Soy médico de prisiones.

Mi título pareció impresionarle, y se puso de pie. Era un hombre de unos sesenta años, y su cara tenía una expresión socarrona. Bajo la gorra asomaban dos grandes orejas; vi que era pequeño y menudo, y parecía ágil a pesar de su edad. Tenía puesto un guardapolvo azul. Sus ojos eran pequeños y vivos, y observé que le faltaban varios dientes.

—Usted dirá —me dijo, y noté una vaharada a alcohol que me hizo retroceder.

—¿Puedo sentarme? —pregunté. Él me miró con curiosidad.

—Como guste —contestó.

Di un vistazo a la pequeña habitación, donde apenas cabían un par de muebles modestos pero, eso sí, cubiertos con paños de ganchillo bajo los floreros donde languidecían varias flores de trapo. Llamaron mi atención varias plumas de pavo real, contenidas en un recipiente alto y estrecho. En las paredes había cromos enmarcados, con cagadas de mosca..."

—Buena memoria—le dijo al médico jubilado uno de sus compañeros de dominó. Él ignoró la interrupción.

—"Pues, como decía —continuó, —el hombre parecía muy bien dispuesto a contestar a mis preguntas. Me dijo que el matrimonio no se llevaba bien, y tenían continuas peleas.

Ella era muy guapa y él estaba muy enamorado, pero ella se quejaba de que no le diera una vida mejor.

—Le gusta arreglarse mucho —me dijo el portero con un guiño. —No es mujer que se conforme con cualquier cosa.

—¿Recibe visitas? —pregunté. Él respondió rápidamente.

—Algunas. Incluso antes, en ausencia del marido también las recibía. Él es un buen hombre en el fondo, ¿sabe usted? Demasiado calzonazos, si quiere que le diga la verdad. Yo nunca comenté con él lo de las visitas, como es natural. Mi mujer lo aprecia de veras. Dice que ella se entiende con uno, y que no quiere más que joyas y lujos.

Yo tenía la sensación de estarme acercando al ojo del huracán. Le pregunté al portero si estaba su esposa, pero había salido. Entonces me despedí, dándole las gracias.

—¿Le ocurre algo a él? —me preguntó. Yo mentí descaradamente.

—No le ocurre nada. Es buen amigo mío, nada más. Lo he conocido en la prisión.

El taxista me llevó a un par de sitios más, y luego a la estación. Me asustó la cuenta del taxi, aunque podía haberla imaginado. Durante el tiempo que pasé de vuelta en el tren, no pude evitar darle vueltas a todo aquel asunto. Al final, terminé convencido de que había una extraña conexión entre la muerte del vigilante y el atentado al preso. No obstante, el vigilante no correspondía a la planta de éste, sino a la segunda.

—Me voy a volver loco —pensé.

Cuando llegué a la cárcel, ya las luces de la oficina estaban apagadas. Me intrigaba saber si las pertenencias del hombre que murió electrocutado estaban todavía allí. Sabía dónde solían guardarse estas cosas, y fui al lugar directamente. Tuve suerte: nadie de su familia había venido a recogerlas todavía, y estaban dentro de una bolsa de plástico con su nombre escrito en una etiqueta adhesiva.

—Calma —me dije. —No hay que precipitarse.

Estuve registrando la bolsa y un pequeño maletín. Encontré lo habitual en estos casos, nada que llamase la atención. Cuando iba a abandonar, vi que entre los objetos de aseo había una pluma estilográfica envuelta en un trozo de papel secante.

—Qué raro —musité. —Ya nadie usa estas cosas.

Con la ayuda de un pequeño espejo traté de leer unas palabras que había escritas en éste, en forma invertida. Muchas no habían dejado huella, pero las que la dejaron hacían pensar. Se mencionaba la palabra “joyas”.

—Parece una nota de chantaje —dije para mí.

Dejé las cosas como estaban, y tampoco fui capaz de conciliar el sueño aquella noche. Me sentía nervioso y preocupado y me hacía mil veces las mismas preguntas: ¿quién podía ser el destinatario de la nota? ¿Se trataba en realidad de un chantaje, o era sólo el producto de mi imaginación?

Cuando estaba empezando a dormirme, algo me despertó. Sí, ahora veía las cosas con una gran claridad: el destinatario de la nota fue quien colocó el artefacto. Quizá trataba de librarse de un chantajista, y lo logró.

Encendí la luz de la mesilla. Me sentía febril, y tan excitado como si hubiera sido el día de mi boda, o de mi entierro. Ahora no tenía duda: esa persona estaba relacionada también con las joyas robadas. Era la misma que golpeó al recluso, y luego había tratado de asfixiarlo.

Aquella noche, contra mi costumbre, tomé una pastilla para dormir. Luego lo agradecí, porque a la mañana siguiente estaba como nuevo. Había decidido hablar con el director de la prisión y fui directamente a su despacho. Él pareció extrañado.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó, frunciendo el entrecejo. Yo lo tranquilicé.

—No ocurre nada —dije. —Sólo que... tengo curiosidad. Quería preguntarle si se tomaron las huellas dactilares que había en el bote. —él pareció no comprender.

—¿A qué bote se refiere? —dijo. Luego soltó una carcajada. —¡Vaya! ¿Está haciendo de Sherlock Holmes? Creí que el caso estaba cerrado. —Yo me moví nerviosamente.

—Verá— carraspeé. —He pensado que hubiera sido necesario.

Él me miró con conmiseración. Había apoyado sus manos gruesas sobre la mesa de pino teñida con nogalina, y mostraba al sonreír un diente de oro.

—Vamos —dijo, divertido. —Me pareció inútil, la verdad. Todo el mundo había estampado las suyas, incluido el muerto. También usted y yo.

Lo miré un tanto escamado. Yo era muy susceptible por entonces.

—De todas formas, me gustaría que me dejara el bote —insistí. Él abrió un cajón de su mesa.

—Tenga —me dijo a regañadientes. —No voy a negarle ese gusto.

Lo dejé en su poco atrayente despacho, junto a su flexo metálico de un modelo

corriente y frente a los amarillentos visillos que nadie se había preocupado nunca de lavar. Lo dejé con sus ventanas protegidas por fuertes rejas, como todas en la prisión, y cerca de sus deteriorados sillones tapizados en cuero sintético. Pensé que él hacía juego con su despacho: llevaba puesta una chaqueta de mezclilla muy marcada, sobre una camisa verde de cuadros. Yo por aquel entonces odiaba la vulgaridad. Odiaba el olor a tabaco revenido, y el hedor a excrementos que salía de las celdas. Odiaba las paredes desconchadas de la enfermería, y aquel horrible suelo de losetas blancas y negras. Odiaba las bombillas polvorientas que colgaban, desnudas, de los techos, y las ventanas alargadas protegidas con rejas.

—Mierda —mascullé.

Salí, pisando el linóleo con que habían tratado de disimular las gastadas baldosas del suelo, y con el bote anaranjado en la mano me dirigí al laboratorio donde un hombre flaco, calvo y ojeroso, estaba disponiendo una preparación.

—Vaya, usted por aquí —me dijo sin demasiado entusiasmo. Era mi ayudante, y el encargado del laboratorio, aunque no tenía aprobados más que un par de años de la carrera de medicina. Pero era meticuloso, y muy ordenado. En realidad, el laboratorio era el único lugar bien equipado en aquel edificio, y se lo debíamos a él. Conservaba impecables las mesas de mármol blanco, y los blancos azulejos que recubrían la pared relucían de limpios. Había allí la suficiente luz como para no quedarse ciego, y además en las estanterías se alineaban frascos de cristal con etiquetas blancas ribeteadas de azul, que él había clasificado con una letra modélica.

—Otra vez, cubra el microscopio —me dijo, indicando el viejo aparato que ahora había vuelto a su urna de cristal, sobre el trozo de fieltro verde oscuro.

—Lo siento —dije, francamente arrepentido de mi desidia. Él me escrutó con la mirada, bajo sus lentes con montura dorada.

—¿Quería algo? —preguntó. Yo le mostré el bote color naranja.

—¿Sería posible tomar huellas de aquí? —pregunté. Él chaqueó la lengua.

—Lo dudo —indicó. —Está demasiado sucio, incluso con manchas de grasa incrustadas en la pintura, cuando estaba demasiado fresca.

Tomó el bote, y para empezar lo lavó con jabón en el grifo. Yo lo miraba, extrañado, y él se adelantó a mi pregunta.

—Ahora podremos verlo —dijo.

En efecto, con ayuda de sus primitivos enseres, pudo establecer que en la pintura se encontraban numerosas huellas estampadas. Pensé que tendría que dar otro repaso a los ficheros de la casa, pero él me ahorró la molestia.

—Yo me encargaré de localizarlas —me dijo. —Tengo libre acceso al banco de datos. De una cosa estoy seguro: se trata de un solo juego de huellas. Pertenecen a unos dedos muy anchos.

Respiré. No tendría que volver de noche a los archivos, ni hacer piruetas medio a oscuras. Él pareció leerme el pensamiento.

—No me dé las gracias —me dijo. —Puede ser una tarea de chinos, pero comenzaré por el personal de la prisión. Quizá tenga suerte.

A la hora de la cena, yo tenía un nudo en el estómago. Él no aparecía, pero al fin lo vi llegar, secándose las manos en la bata blanca. Tomó su bandeja con la comida y se colocó a mi lado. Yo estaba saltando, pero él no habló hasta haber terminado el primer plato, cuando el director ya había dado fin a su cena. Entonces me habló en voz baja, acercando sus labios a mi oído.

—He descubierto al dueño de las huellas —murmuró. —Es el guardián de la tercera planta.

La comida se me había atragantado. Él afirmó con la cabeza.

—Él pudo fabricar el artefacto —agregó. —Incluso pudo llamar la atención de su compañero sobre él. —Yo hablé con la boca llena.

—Estaba con el accidentado cuando murió —le dije. —Yo hablé con él a los pocos minutos. Por tanto, la nota de chantaje iba dirigida a él. —Él me miró con extrañeza.

—El detective es usted —indicó, mordaz, y bebió un largo sorbo de cerveza.

No quise armar un escándalo sin antes haberme asegurado. Aproveché la ocasión cuando vi al vigilante de la tercera planta en el baño de los funcionarios. Lo aguardé a la salida.

—Tenemos que hablar —dije. Él me miró con extrañeza, mientras se subía la cremallera del pantalón.

—¿Tiene que ser ahora? Tengo varias cosas que hacer.

Me condujo a un pequeño despacho en la planta tercera. Los ruidos en las celdas casi

habían cesado, y sólo se oían murmullos, mezclados con aquel olor característico que yo tanto odiaba. Fui derecho al grano, y le dije lo que había descubierto. Sin querer miré sus anchas manos, y él al notarlo las ocultó en los bolsillos. Le prometí interceder por él si me contaba la verdad.

—Imagino que no puedo negar la evidencia —me dijo. —Pero yo no he sido más que un simple mandado. Además, ese tipejo nos había robado a mí y a otros compañeros, y esas cosas se pagan en la prisión. No hizo más que recibir lo que venía mereciendo hace mucho tiempo.

Me asombraba la frialdad con que se podía hablar de la muerte provocada de un hombre. Mi cena no iba a sentarme muy bien aquella noche. Tenía delante un tipo al que acababa de acusar de asesinato, y que seguramente había tratado de asfixiar a uno de los reclusos. Miré sus fuertes brazos y su pecho velludo, mostrado en parte por la camisa de franela a medio abrochar. Consultó un momento su reloj de pulsera de esfera luminosa.

—Me gustaría que me aclarase eso —le dije. Él encendió un cigarrillo y me ofreció otro, que yo rechacé. Hablaba del tema como si se hubiera referido a un hecho habitual en la prisión.

—Bien, debe preguntárselo al abogado del recluso —indicó, lanzando una bocanada de humo. —Él estaba planeando la muerte de su cliente. Me propuso que yo lo matara, y como pago me entregó unas joyas. Yo las cogí, aunque no tenía ninguna intención de apiolarlo al desgraciado.

Aspiré hondo. La desfachatez con que hablaba aquel hombre me confundía, incluso teniendo en cuenta que llevaba mucho tiempo inmerso en un mundo deformado y cruel. Sonrió cínicamente.

—Amigo, pero el compañero de la segunda nos resultó un chorizo. Ya habían faltado varias cosas en algunos casilleros del personal. En el mío, dio con las joyas y se las apropió. Luego empezó a extorsionarme.

Se detuvo un momento, como si tratara de impresionarme con su tranquilidad. Y en verdad que lo estaba consiguiendo. Le dio una larga chupada al cigarrillo y siguió el humo con la vista.

—Se lo conté todo al abogado, y él proyectó la manera de acabar con el chantajista, dándome la idea de colocar el bote en contacto con la electricidad. El tipo nos estaba incordiando, y lo mismo a los presos. Más pronto o más tarde, alguien hubiera terminado con él.

Rió forzadamente. Yo me sentía aterrado.

—Todo salió bien en aquella ocasión— musité. —Luego, usted intentó asfixiar al recluso. —Él alzó la cabeza.

—Yo no intenté asfixiarlo —me dijo con ojos brillantes. —Le dije al abogado que no había nada que hacer: dos accidentes seguidos podían levantar sospechas. Entonces él me dio una nota para que se la diera al preso. Me preguntó dónde podía verlo a solas, y le dije que en el cuarto de calderas, porque el encargado salía los domingos por la tarde. Lo citó allí para hablar de las joyas, y yo lo único que tuve que hacer fue introducirlo allí. Él llevaba un periódico debajo del brazo cuando lo dejé, y me fui a tomar unas copas al bar. Más tarde estuve dando una vuelta en el pueblo, y al volver me enteré de lo que había ocurrido. Es la pura verdad, aunque le cueste trabajo creerme. No sé cómo lo hizo, ni quiero saberlo.

Yo aguanté las náuseas y moví la cabeza.

—Falló por poco —comenté.

Le prometí interceder por él si acusaba al abogado por escrito. Curiosamente, no parecía demasiado preocupado de que lo ocurrido pudiera afectarle. Estuvo garrapateando en un papel, y firmó con una rúbrica complicada.

—Ahí tiene —dijo. —Y no olvide lo que me ha prometido. En este lugar no hay que robar a los compañeros —agregó con un guiño, y rompió a reír estrepitosamente. Yo estaba serio y no le contesté. Cuando abandonamos el lugar, él me palmeó la espalda con toda desfachatez.

—No se preocupe demasiado —me dijo. —Son cosas que pasan, ya se acostumbrará.

Con la declaración en la mano, decidí que al día siguiente visitaría al abogado. No quise hablar todavía con el director de la prisión, hasta estar bien seguro. A la mañana siguiente, muy temprano, cogí el coche para ir a la ciudad. Conduje a gran velocidad, como si algo me empujara con una fuerza incontenible. Recorrí unas cuantas calles, bordeé unos jardines y llegué al despacho de los tres abogados. Me recibió la misma muchacha de la vez anterior.

—No ha llegado todavía —me dijo. —Si quiere, le puede esperar.

Yo asentí, y me acomodé en el mismo sillón donde lo hiciera la otra vez. El hombre

tardó casi una hora en acudir al despacho, y pareció muy sorprendido al verme allí. Me estrechó la mano con efusión.

—Vaya, usted —dijo, colgando la gabardina en una percha. —Hace frío hoy, ¿no le parece?

Yo asentí sin naturalidad. No sabía cómo comenzar, y él me dio pie.

—¿Sigue preocupado por mi cliente? —me dijo. —¿Acaso se encuentra peor? —Yo hice un gesto, como desechando la idea.

—No es eso —dije. —Vengo a hablar de las joyas.

El hombre se echó hacia atrás en el sillón afelpado y me miró fijamente con sus ojos marrones. Yo sostuve su mirada. Luego le mostré de lejos la declaración del vigilante. A continuación, se la leí. Empezó a reír suavemente; luego, su sonrisa se desvaneció.

—¿Ha podido creerse todo eso? —preguntó en voz baja. —Por favor, amigo. No es más que una sarta de mentiras. ¿Deseaba algo más? Tengo muchas cosas que hacer.

Yo sabía que mentía, y me mordí los labios. Me puse de pie.

—Está bien —dije. —Nos veremos.

Tenía que visitar de nuevo la casa del recluso, y a ser posible hablar con su esposa. Me dirigí en aquella dirección, y hallé un lugar donde dejar el automóvil. Esta vez el portero no estaba, y fue su mujer la que me recibió. Era ajada y pequeña, con un cabello corto y ralo, y los labios pintados muy mal en un tono ciclamen que no le iba en absoluto. Llevaba puesta una bata casera verde con florecitas blancas, y unas zapatillas de fieltro. Por cierto, que le asomaba un dedo del pie por una de ellas. Noté que emitía un fuerte olor a cebollas.

—Mi marido no está —me dijo, accionando con unas pequeñas manos ásperas y enrojecidas. —¿Puedo yo servirle en algo?

Yo asentí, presentándome. Los ojos de ella se alegraron.

Mi marido me habló de usted —dijo, sin dejar de accionar. —Sé que se interesa por el preso. ¿Sabe? Yo, personalmente, le tengo bastante simpatía. No es mala persona.

Le dije que estaba de acuerdo con ella. Le pregunté si estaba la esposa en su casa, y ella negó con la cabeza.

—No ha venido esta noche a dormir —me dijo en tono confidencial. —Muchas veces no viene, ¿sabe? Creo que tiene un amigo, alguien que le hace muy buenos regalos. Alhajas, por ejemplo.

Yo contuve el aliento. La mujer siguió hablándome de las visitas que recibía la esposa del detenido, y que algunos de ellos parecían gente principal.

—Pero no es trigo limpio —sentenció, limpiándose las manos en la bata. Su marido asomó la cabeza por la puerta: llevaba puesta la gorra, y un gabán.

—¿Ha vuelto usted? —preguntó en tono alegre. —Precisamente, tengo que subir a casa de la señora a componerle un grifo. ¿No quiere acompañarme? No se preocupe, no vendrá en toda la mañana.

Me pareció imposible que la suerte me favoreciera de aquel modo. Accedí, tratando de no demostrar demasiada alegría.

—En realidad, venía a recoger algunas cosas del recluso —mentí. —Es posible que yo mismo pueda encontrarlas.

Me precedió por las oscuras escaleras y llegamos al piso. Abrió la puerta, y lo seguí al interior hasta un saloncito. Me llamó la atención la fotografía de una mujer, que estaba encima de una mesa dentro de un marco plateado. Era bastante joven y francamente guapa, con unos ojos grandes y una boca sensual. Sus líneas eran demasiado redondas para mi gusto, porque siempre me han gustado delgadas, pero tuve que reconocer que no estaba mal lo que se vislumbraba por su escote. Y ella parecía saberlo: llevaba una blusa con varios botones desabrochados, y la falda ceñida abierta a un lado hasta el muslo.

—Caray —dije, y el hombre me miró.

—Es ella —indicó. —Va por ahí insinuándose a todo el mundo, pintada como un coche. A pesar de su aspecto, no puede imaginarse el mal genio que tiene. Es una verdadera fiera.

Con la excusa de buscar la ropa del preso, podía permitirme registrar la casa sin ningún pudor, y así lo hice. Por fin, en el fondo de un costurero de mimbre di con varias joyas que parecían de mucho valor, y sin decir nada las recogí. Saqué unas camisas de hombre de un armario, y las metí con las joyas en una bolsa de plástico. Cuando iba a abandonar el dormitorio, se me ocurrió abrir el último cajón del armario. Había unas prendas de mujer sin estrenar, con las etiquetas todavía, y todas de color negro. Junto a las prendas, había una factura en papel amarillo que revoloteó, y antes de devolverla a su sitio le di un rápido vistazo. Sentí que la sangre se me retiraba de las venas.

—Demonio —pronuncié en voz alta. Como si no creyera lo que estaba viendo, releí la

fecha de la factura. Había sido expedida el sábado anterior a lo ocurrido en el cuarto de calderas. Con mano temblorosa, tomé la factura y la guardé en la bolsa con las joyas y las camisas. Me asomé a la cocina, donde el portero había desmontado los grifos y les estaba encajando una goma nueva.

—Ya lo tengo —le dije. —Gracias por todo. No hace falta que se lo diga a la señora, podría disgustarse. —él me dirigió una mirada de complicidad.

—Descuide, no se lo diré —Yo levanté la mano.

—Despídame de su esposa —le dije.

***

Aquí el médico se detuvo. Sus compañeros de mesa seguían el relato sin pestañear, menos el farmacéutico, que parecía adormecido. El dueño del bar les dio un toque.

—Vamos a cerrar —dijo. —Mañana seguirán con sus historias. —El médico le dirigió una mirada de reproche.

—Ya acabo —le dijo. —Y tampoco es tan tarde.

Se aclaró la garganta de nuevo, y miró por la ventana al exterior. Estaba lloviendo suavemente, y la calle estaba vacía. Tomó el vaso de cristal en la mano y vio que no quedaba nada del agua mineral que pidiera media hora antes, así que volvió a dejarlo donde estaba.

—Bien —dijo, mirando de reojo al dueño del local. —Como les digo, había encontrado las joyas, y unas ropas de luto de mujer, compradas recientemente. En cuanto las llevé a mi habitación en la cárcel, estuve repasando la factura. Era indudable: la mujer se había curado en salud, y se había vestido de viuda antes de tiempo. Eso demostraría su implicación en el frustrado asesinato de su esposo. —El farmacéutico asintió con la cabeza.

—Con esto, todos sus culpables estaban cogidos. El abogado era el hombre misterioso que visitaba a la mujer, incluso antes de que el marido ingresara en prisión. ¿Qué hizo usted luego? —Él aspiró hondo.

—Me fui derecho con las pruebas al director de la prisión. Después de hacer varias gestiones vino conmigo, y juntos estuvimos en la enfermería. Comprobé que el preso estaba mucho mejor y le pregunté si podía entenderme sin esfuerzo. Él asintió con la cabeza. Le dije que el abogado de marras y su esposa pretendían quedarse con las joyas que él había robado, y que habían tratado de eliminarlo.

—Lo sé —dijo él en un susurro. —Ella misma me indujo a que robara en la joyería. Quería ser rica y tener ropa buena, y yo no podía conseguírselo de otra manera. Por eso lo hice.

Su voz se apagó, y cerró los ojos como si se hallara muy cansado. El director y yo no apartábamos la vista de él. Finalmente emitió un suspiro, y siguió hablando sin abrir los ojos.

—Ellos son amantes —dijo, y yo no intenté negarlo. —Hace mucho tiempo que se entiende con él.

Siguió un tenso silencio, y el hombre tosió levemente. Yo puse mi mano sobre la suya.

—No se esfuerce —le dije. —Está muy débil todavía. —Él abrió los ojos, y había en ellos una expresión de tristeza.

—Todo el mundo en la casa lo sabe —murmuró, sin apartar la mano. —Ahora, ya no me importa nada.

El director se puso en pie, y él le indicó con un gesto que se sentara.

—Quiero hablar con ustedes —casi suplicó.

La situación era violenta, pero yo me iba acostumbrando a estas cosas. El director dejó caer su corpachón sobre el borde de la cama, que crujió. El hombre habló tristemente.

—Luego, ella me aconsejó que le confiara las joyas al abogado. Dijo que era lo mejor, y yo la creí. —Yo le apreté la mano.

—Lo sé —dije. —Él le hizo un recibo, que usted guardaba en el zapato. —El hombre pareció sobresaltarse, y miró hacia sus pies. Me preguntó por el papel, y yo le dije que estaba bien guardado. Él pareció tranquilizarse.

—Es la única prueba que tengo contra él. Me lo sé de memoria, aunque ya está casi borrado. Yo, tonto de mí, guardé el recibo para recuperar las joyas, confiando en que saldría absuelto. Pero él se encargó de que no fuera así.

Su voz había enronquecido. Yo dejé su mano suavemente sobre el embozo.

—El abogado compró al guardián de su planta —le dije. —Le entregó una pequeña parte de las joyas, y empezaron a planear la forma de matarlo. —Él asintió con un gesto.

—Casi lo han conseguido —suspiró. —Me citó en el cuarto de calderas, y allí me golpeó en la cabeza. Luego, no recuerdo nada más. — El director de la prisión se inclinó sobre él.

—No tiene que temer nada —le dijo. —Tanto su esposa como el abogado están

detenidos, por el asesinato del vigilante de la planta segunda. Ellos provocaron el accidente que le costó la vida. Ahora, usted debe descansar.”

—¿Ha terminado el cuento? —preguntó el dueño del bar. El farmacéutico bostezó de nuevo.

—Ya nos vamos, hombre. ¿Es que no le gustan las historias de intriga? Yo mismo podría contarle unas cuantas —añadió con un guiño.

—Hoy no, por favor —dijo él con expresión de angustia.

Todos se pusieron de pie. El dueño de la tienda salió el primero, y lo siguieron sus amigos. Se detuvieron fuera, a la puerta del bar, junto a una farola. La calle estaba silenciosa, y el farmacéutico consultó su reloj.

—La parienta me va a matar —gruñó. El médico le palmeó la espalda.

—Vamos, no será tanto. —Luego, levantó la mirada. —No sé por qué, me barrunto que va a llover.—El comerciante alzó la mano.

—Hasta mañana, pues.

—Adiós, hasta mañana.

EL ANTICUARIO

El pasaje ocupaba un lugar privilegiado en la parte antigua de la ciudad. Era un callejón de principios del pasado siglo, cubierto por una montera de cristales y cerrado en sus tiempos por dos artísticas puertas de hierro forjado, que ahora permanecían siempre abiertas. Se asomaban al interior del pasaje balconcillos con rejas, y había en el centro una pequeña glorieta con una estatua de Afrodita hecha en un bronce muy oscuro. Los cristales de la montera estaban tan sucios que apenas dejaban pasar la luz del exterior.

Precisamente, en esos días el ayuntamiento estaba llevando a cabo obras de remodelación. Habían levantado el suelo de pequeñas baldosas, y las cañerías de los desagües estaban siendo renovadas totalmente. El arquitecto hallaba grandes dificultades para sustituir las viejas estructuras y que no sufrieran daños los elementos artísticos del pasaje. No pudo evitarse que las taladradoras atronaran a los vecinos con sus repentinos rugidos.

—Esto es un abuso —rezongaba a diario el dueño del establecimiento donde se exhibían y vendían toda clase de objetos antiguos. —Alguien se embolsará dinero con las obras, como si lo viera. Menos mal que yo estoy medio sordo, pero molestan a la clientela.

Era un viejo pequeño, casi calvo y con una melenilla rala en la parte inferior de la nuca. Tenía la nariz muy gruesa, y usaba las mismas ropas desde tiempo inmemorial. Había permanecido soltero, y años atrás había recogido a una sobrina nieta que quedó huérfana de muy niña.

—Pobre muchacha —decían las vecinas. —Tener que vivir sola con ese viejo avaro, y en ese chamizo.

—Algún día tendrá que heredarlo. Entonces podrá darse buena vida.

—Pero entre tanto es una mártir, la pobre. Es inaguantable ese viejo, que huele a miseria. Y la tiene como presa en esa trastienda.

Era cierto que el anciano provocaba la repulsión de todos cuando atravesaba el pasaje, sin saludar a nadie, aunque sus labios se movían constantemente como en una perpetua oración.

—Seguro que no reza —decían con malicia las vecinas, viéndolo ir con sus viejas botas de cordones y su ropa mugrienta.

Eran las seis de la tarde de un jueves y los obreros acababan de terminar su tarea con la taladradora. Cuando ya se marchaban, una muchacha rubia los saludó, levantando la mano. Era la sobrina del anticuario, y volvía de llevar un pedido.

—Hasta mañana —dijo, sonriendo. Estaba muy delgada y no representaba más de diecisiete años. Luego se dirigió a la tienda, y empujó la puerta que cedió con un tintineo.

—Ya estoy aquí, tío —dijo desde fuera. —La señora no estaba y he tenido que esperar.

Dio un vistazo al local de techos muy altos, de los que pendían lámparas donde el polvo apagaba los reflejos del cristal de roca. Había en las paredes espejos venecianos y antiguas cornucopias, entre cuadros de pinturas cuarteadas y tallas de madera, compradas sin duda en alguna iglesia de pueblo a un párroco ignorante. En vitrinas forradas de terciopelo rojo se exhibían alhajas de filigrana junto a piezas de marfil o jade, todo en una barroca mezcolanza.

—¿Estás ahí? —repitió la muchacha, alzando la voz. Le extrañaba que el viejo hubiera dejado sola la tienda sin antes cerrar la puerta, y se dirigió al interior.

Entró en un oscuro corredor, y de allí fue a la cocina. Pensó que el anciano estaría en su dormitorio, y abrió la puerta. Como no veía casi nada dio al interruptor de la luz, que cedió con un chasquido.

Entonces lo vio. Estaba tendido en la cama, sobre la colcha de damasco rojo. Tenía los ojos cerrados, y en el centro de su pálida frente había un negro y redondo agujero. Un hilillo de sangre resbalaba por su mejilla, y se perdía en el color rojo de la colcha adamascada. La muchacha tuvo que sujetarse del quicio de la puerta.

—Dios —musitó.

Se dejó caer en el asiento más cercano. Trataba de asimilar lo que veía, y una multitud de ideas confusas se atropellaban en su cerebro. Finalmente reaccionó, y salió hasta la tienda para llamar a la policía. Con dificultad pudo marcar los números.

—Vengan, por favor —dijo con un hilo de voz. —Llamo desde el pasaje, en la tienda

del anticuario. He encontrado a mi tío... muerto, con un tiro en la frente.

—Enseguida vamos para allá —le dijo una voz varonil. —No toque nada, y no se mueva.

Estaba a punto de desmayarse y, no obstante, ahora percibió el olor a quemado. Indudablemente, algo estaba ardiendo en la casa. Sobresaltada volvió a la cocina, y notó que el olor era allí más intenso. De la trampilla del sótano se elevaba una fina columna de humo. Entonces salió corriendo hasta la calle.

—¡Hay fuego en mi casa! —chilló.— ¡Por favor, ayúdenme!

Una vecina se asomó a la ventana y dijo que avisaría a los bomberos. No tardaron ni cinco minutos en llegar, y se dirigieron a la cocina.

—Es ahí —dijo ella, sin acordarse del cadáver que estaba en el dormitorio. —Hay fuego en el sótano.

Abrieron la trampilla, y una bocanada de humo los obligó a retroceder. La atmósfera en la bodega era irrespirable, pero en poco tiempo los bomberos habían reducido el fuego. Muchos objetos se habían quemado por completo, y otros estaban tan deteriorados que no servían para nada. Al salir de la casa, el jefe de bomberos se dio de manos a boca con la policía, que llegaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó el inspector.

—Nos han avisado de un fuego. Por suerte, no había materiales demasiado inflamables, y la falta de oxígeno ha impedido que el fuego se extendiera. Pero la bodega ha ardido por completo, con todo lo que tenía dentro.

El inspector de policía era un hombre de unos cincuenta años, de estatura mediana. Parecía muy sorprendido.

—Yo no he venido por el fuego —explicó—. Al parecer, hay un cadáver en alguna habitación de esta casa.

La muchacha los introdujo en el dormitorio de su tío, donde nadie había tocado nada. Después de asegurarse de que el hombre había muerto estuvieron sacando fotografías, y buscando el arma o algún otro indicio que pudiera explicar lo ocurrido. Mientras sus ayudantes llevaban a cabo las tareas de rutina, el inspector se dispuso a interrogar a la muchacha.

—¿Es usted la señorita que ha llamado? ¿La que ha descubierto el cadáver?

Ella asintió. Estaba muy pálida y tenía los ojos rojos de haber llorado, lo que hacía su aspecto aún más enfermizo.

—Sí, yo lo descubrí. La puerta de la calle estaba abierta, y él estaba muerto, de espaldas en su cama. —Se echó a llorar de nuevo, y el hombre intentó calmarla.

—¿Era familiar suyo? —preguntó con suavidad. Ella dijo que sí con la cabeza.

Era hermano de mi abuelo... mi única familia —contestó, con un leve temblor en la voz.

Estaban en el dormitorio de la chica, y sonaron unos golpecitos en la puerta. Era el jefe de bomberos, y el policía lo invitó a pasar.

—El incendio ha sido provocado —dijo él. —Hemos encontrado una mecha. Al parecer, el fuego comenzó en la pequeña habitación del sótano. —La chica pareció sobresaltarse.

—Allí tenía mi tío cuadros muy valiosos. Eran tablas flamencas auténticas, y las estimaba mucho. No quería tenerlas arriba en la tienda, porque no pensaba venderlas. De cuando en cuando bajaba a mirarlas; había instalado unos focos para verlas mejor.

—¿Vivían ustedes aquí? —preguntó el inspector, dando un vistazo al oscuro pasillo. Ella suspiró.

—Sí, señor. —El policía insistió.

—¿Guardaba su tío alguna pistola en su tienda?

—Mi tío no tenía ningún arma —dijo la chica, estremeciéndose. —Le daban terror.

Un policía de uniforme se asomó a la puerta.

—Acaban de llegar el juez y el forense —anunció. El inspector se volvió a mirarlo.

—Está bien, voy con ellos —dijo. —Y usted, señorita, no se mueva de aquí. Tendré que hacerle algunas preguntas.

La muchacha aguardó en el dormitorio mientras los policías recorrían la cocina, el aseo y la habitación de su tío. Entraron en el pequeño comedor, y a través de la puerta de cristales oyó su conversación. El juez ordenó el levantamiento del cadáver, y el inspector volvió al dormitorio.

—Bien, ya puede salir, si quiere. ¿Tiene algún sitio donde ir? Tendremos que sellar la tienda mientras se sigue con la investigación. —La muchacha dudó un momento.

—Puedo ir a casa de mi novio —dijo. —Le dejaré las señas por si me necesita.

Fuera, el inspector se detuvo a hablar con el juez.

—¿Qué opina de esto? —Él se mostró dubitativo. Tenía un aire impecable, con su gabardina clara y nueva.

—Puede tratarse de una venganza —dijo. —O quizá, el viejo guardaba dinero en metálico o algún objeto de mucho valor. Aguardaremos el informe acerca del incendio.

—Cualquiera pudo dispararle sin ser oído —dijo el inspector. —Al parecer, la taladradora hacía un ruido infernal a la misma puerta de la tienda. Seguramente, el viejo conocía a su asesino. Si no, no se explica que lo recibiera en el dormitorio. —El otro dudó.

—Pudieron matarlo en la tienda y luego tenderlo en la cama. Aquí tengo algo para usted —añadió. Sacó del bolsillo de su gabardina un objeto envuelto en un pañuelo blanco, y se lo tendió. Él deshizo el atado y vio que contenía una pistola de un modelo muy antiguo.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó, extrañado.

—Uno de los bomberos me la dio cuando usted hablaba con la chica. La encontraron junto a la boca de una alcantarilla cercana a la tienda. Alguien intentó arrojarla dentro, al parecer, pero se le quedó enganchada. —El policía se humedeció los labios.

—Parece que el asesino tenía mucha prisa —observó. —O llevaba las manos ocupadas. No es tan difícil deshacerse de una pistola teniendo a mano una alcantarilla. ¿A quién pertenecerá esta antigualla?

Salieron caminando hacia el automóvil, y el juez se despidió.

—En fin. Todavía no sabemos si es el arma del crimen. Ahora, los peritos y el forense tienen la palabra. Puede unirla al resto de las pruebas.

***

La muchacha abandonó el lugar con pasos vacilantes. Dejó atrás el pasaje, y fue caminando despacio hacia las afueras de la ciudad. Allí se detuvo ante el viejo portón de madera de un edificio muy deteriorado, y subió luego unas crujientes escaleras que se estrechaban en los últimos pisos. Se detuvo arriba, jadeando, y pulsó un timbre. Un muchacho pelirrojo abrió la puerta.

—¿Estás solo? —le preguntó ella, besándolo. Él la miró, alarmado: estaba muy pálida.

—¿Te ocurre algo? Estoy solo, entra.

Ella le estuvo explicando lo sucedido. El muchacho la escuchaba en silencio, casi sin pestañear. Cuando acabó de hablar, él tomó las pequeñas manos entre las suyas.

—Tienes que tranquilizarte —le dijo. —Sabes que me tienes a mí. —La chica bajó la mirada.

—No sé qué hacer. No quiero que tu madrastra me encuentre aquí. Pasaré la noche en casa de alguna vecina. —Él le acarició la mejilla y la abrazó.

—Como quieras —dijo. Ella se desprendió de su abrazo.

—Prefiero irme sola, es mejor que no me acompañes. Luego te veré.

Fue con ella hasta el portal, y luego regresó a su vivienda en la guardilla. Estaba desordenada y sucia, y al final de un largo pasillo podía verse la cocina revuelta. El muchacho suspiró.

—Qué desastre —pronunció en voz alta. —Pondré un poco de orden, o no nos podremos rebullir.

***

En comisaría, el inspector recibió una llamada urgente. Era el perito en balística.

—La pistola que hallaron es el arma del crimen —informó.— No tiene más huellas dactilares que las del bombero que la encontró. Es un modelo muy antiguo y casi único, una pieza de museo. —El policía lo miró fijamente.

—¿Puede saberse a quién pertenecía? —el otro contestó sin vacilar.

—Está registrada, y tiene la documentación en regla. Pertenece a un tipo que es restaurador de obras de arte. Al parecer, hacía trabajos para el muerto; hemos hablado con él, y ha reconocido la pistola. Parecía muy sorprendido por la muerte del viejo, aunque nunca se sabe lo que piensa de veras la gente.

—¿Algún otro dato de interés?

—Según hemos sabido, el hijo es novio de la sobrina del anticuario. Y, por si fuera poco, al parecer el viejo no aprobaba el noviazgo. Tenía discusiones con la chica por eso, o al menos es lo que dicen las vecinas.

—Está bien, quiero un informe completo. ¿Dónde vive ese restaurador?

El perito le dijo las señas y él las anotó mentalmente. Se despidió dando las gracias.

—Vamos —le dijo a su ayudante. —Tenemos que hacer una visita en el extrarradio. Hay que interrogar a un sospechoso.

Cuando llegó al último piso, al inspector le faltaba el resuello. Se volvió al ayudante.

—Tiene que ser aquí —indicó.

Les abrió el muchacho pelirrojo, y dijo que su padre acababa de llegar. Los invitó a entrar en una destartalada salita con el techo abuhardillado. Al verlos, un hombre se levantó de un desportillado sofá.

—Los estaba esperando —dijo nerviosamente. —Ustedes dirán.

Representaba unos cincuenta años, y su aspecto era tan descuidado como el de la casa. Tenía el pelo rojo también, aunque entreverado de canas, y lo llevaba demasiado largo y despeinado, con unas largas patillas rojizas. Su mirada demostraba temor.

—Siéntense —dijo. Los policías rehusaron la invitación, y el inspector habló con gravedad.

—Al parecer, era suya la pistola que han utilizado para matar al anticuario. —Él asintió.

—Él mismo me la vendió hace tiempo. Lo asustaban las armas de fuego y no quería tenerlas en su tienda. Ésta le llegó con un lote de objetos que compró en una subasta. —El policía lo miró fijamente.

—¿Cuándo vio usted la pistola por última vez? —Él hizo memoria. Parecía tratar de contener su nerviosismo, sin conseguirlo. Habló precipitadamente.

—La tenía guardada en un cajón de mi taller. En realidad, hacía tiempo que no abría ese cajón y ni siquiera recordaba que la tenía. Hay demasiados trastos viejos allí. —El policía asintió.

Y, ¿cuándo vio al anticuario por última vez?

—La semana pasada —dijo él. —Me había encargado la restauración de una arqueta del siglo diecisiete, procedente de una iglesia. Fui a la tienda a recogerla y vi que estaba muy deteriorada por la carcoma.

—¿Quién tenía acceso a la pistola? —preguntó el inspector.

—Pues... creo que mi mujer, y... mi hijo —contestó él con aire preocupado. —Pero usted no pensará...

—Yo no pienso nada —dijo él. —No lo he acusado de nada, y tampoco a su hijo. Son preguntas rutinarias. —El hombre se estremeció.

—Claro, claro.

—¿Cuál piensa que fue el móvil del asesinato? —El hombre dudó.

—No tengo ni idea. Quizá le quisieron robar, y él sorprendió al ladrón.

—Es posible —dijo el policía. Él pestañeó.

—No creerá que lo maté yo con mi propia pistola —dijo con voz sorda. —Tampoco mi hijo lo hizo, se lo juro. Yo lo conozco bien.

Parecía abrumado. El inspector miró alrededor: sobre una mesa baja había una foto de boda, y el novio era sin duda el tipo que tenía delante. La mujer era joven y tenía un indudable atractivo. El hombre siguió su mirada.

—Es mi segunda esposa —dijo. —La madre de mi hijo murió al nacer él, y hace sólo dos años que me volví a casar.

Hablaba con tristeza. El policía vio que los visillos estaban sucios y rotos.

—¿El chico vive con ustedes? —Él asintió.

—Sí, claro. ¿Con quién iba a vivir? Estudia contabilidad, y no ha encontrado trabajo todavía. —El policía lo miró de frente.

—¿Conocía su hijo al anciano? —Los labios del hombre temblaron.

—Pues claro que lo conocía. Es novio de su nieta. —El inspector tosió secamente.

—¿Aprobaba el viejo ese noviazgo? —El hombre frunció el ceño.

—Eso no lo sé. Pregúnteselo al chico.

—Está bien —dijo el policía. —Quizá lo llamemos para un nuevo interrogatorio.

Cuando volvieron a la comisaría, otro ayudante los estaba esperando. Les ofreció unas tazas de café.

—Al parecer, la chica es la única heredera del viejo —informó. —Ella va a ser muy rica. El tío tenía mucho dinero en acciones, y en no sé cuántas cosas más. Al menos, eso nos ha dicho su abogado. Nos ha hablado también de un marchante que trabajaba con el viejo: al parecer, reclama una suma de dinero que el hombre le debía. —El inspector arrugó el ceño.

—Qué curioso. ¿Alguna cosa más? Él asintió.

—He podido saber que el restaurador amenazó públicamente al muerto. Parece que también había de por medio un asunto de dinero. El anticuario era un avaro, y poco amigo de pagar sus deudas. Además, estaba la oposición del viejo al noviazgo de su nieta.

—Nos está resultando un perfecto sospechoso —bromeó el policía. —Voy a tener que interrogarlo de nuevo.

Pero aquella entrevista no pudo producirse: no había pasado media hora cuando una

mujer llamó al teléfono de la comisaría. Parecía muy alterada.

—Sé que han estado en mi casa esta tarde —dijo. —Mi marido me lo ha contado todo. Yo estaba en la cocina planchándome un vestido y me ha extrañado oír un ruido en el taller. Me he asomado a ver lo que ocurría, y él estaba caído... muerto. Creo que se ha suicidado —gimió. El inspector se había puesto en pie de un salto.

—Aguarde ahí sin moverse —indicó. —No tardaremos ni cinco minutos.

De nuevo tuvo que subir la escalera hasta el último piso; pero ahora la excitación parecía haberle dado alas. Le abrió la puerta la mujer de la fotografía: llevaba un vestido muy ceñido y las uñas pintadas de un rojo brillante. Él pensó que estaba demasiado maquillada.

—Pase —indicó nerviosamente. —Está ahí, en la habitación del fondo. No he tocado nada.

Entraron en una especie de taller que tenía un ventanillo sobre el tejado. Afuera estaba anocheciendo, y la luz de una bombilla con pantalla alumbraba la mesa, donde el hombre de pelo rojizo estaba caído de bruces. De sus labios se escapaba una espuma amarillenta. Ella hundió la cara entre las manos.

—Está como lo encontré —dijo. El policía observó los estantes donde había botes con pinturas diversas, y restos de brillantes panes de oro. En la pared estaban prendidas con chinchetas láminas con bocetos y dibujos, y sobre la mesa había un recipiente con pinceles de diferentes tamaños. Parecía la única habitación ordenada en toda la casa.

—Hay que sacar fotografías —le dijo a su ayudante.

Vio que al lado del hombre, también sobre el tablero de la mesa, había un vaso de espeso cristal con restos de un líquido amarillo. Cerca estaba un frasco de laboratorio con una etiqueta. Contenía una sal de mercurio, usada en trabajos de restauración.

—Recojan esto —indicó. —Puede ser la causa de la muerte. Apartó con cuidado la cabeza del hombre, y vio que sostenía todavía en la mano derecha un trozo de papel. Parecía una nota de suicidio, y la leyó en voz alta:

“No culpen a nadie de la muerte del viejo. Yo lo maté.”

—Vaya —agregó. —No me esperaba esto.

La mujer empezó a llorar convulsivamente, y el policía notó que se corría el maquillaje de sus ojos. Ofrecía un aire desolado, y él la sacó del taller y la obligó a sentarse. Volvió donde estaban los dos ayudantes tomando las huellas.

—Habrá que comprobar si la nota ha sido escrita por él —indicó. —Veremos lo que dicen los peritos. Lo primero que hay que hacer es llamar al forense y al juez. Es posible que el hombre haya muerto por la ingestión del mercurio. Si es así, puede darse el caso por cerrado.

Todas las pruebas se enviaron al laboratorio de análisis, y se llevó a cabo la autopsia del cadáver. En efecto, el mercurio había sido la causa de la muerte. Era un producto muy tóxico, que a ciertas dosis podía resultar mortal. También se comprobó la autenticidad de la nota: la letra era del suicida, aunque naturalmente estaba alterada por la gran tensión.

—Lo siento por el chico —dijo el policía, moviendo la cabeza. —En realidad, el hombre debió matar al viejo por venganza, y luego quemó las tablas flamencas para consumar su acto vengativo. Hablaré con el hijo, debe estar trastornado con lo sucedido.

***

Más que trastornado, el muchacho estaba deshecho. Todo había ocurrido en forma tan rápida y brutal, que no lograba reaccionar. Se había citado en un bar con la novia, y dejó la motocicleta a la entrada sin ocuparse siquiera de ponerle el seguro. Parecía muy cansado, y entró en el local arrastrando los pies. Ella lo aguardaba sentada ante una pequeña mesa y le tendió la mano.

—Tienes que animarte —dijo, tratando de sonreír. —Tú también me tienes a mí.

Parecía haberse crecido con la desgracia de su compañero. Era como si una nueva fuerza brotara de su delgado cuerpo, y había una extraña luz en sus ojos. Parecía sentirse protectora de aquel muchacho en apariencia fuerte, pero quizá menos capaz que ella de enfrentarse con la dureza de la vida. Deslizó su brazo sobre el hombro de él.

—Crees en la inocencia de tu padre, ¿verdad? —preguntó suavemente. Él la miró.

—Claro que creo en su inocencia. Pero, ¿por qué tuvo que declararse culpable? Y, ¿ por qué se mató?

Ella permaneció en silencio. Luego habló en voz muy baja.

—Yo sospecho de tu madrastra —dijo, y él se estremeció.

—¿Por qué iba a matar mi madrastra a tu tío? —La chica siguió hablando despacio.

—¿No te das cuenta? Alguien tuvo que coger la pistola, y tú no lo hiciste. Nadie más pudo sacarla del cajón. ¿Sabes lo que te digo? Tendríamos que registrar su habitación. —Él la miró, alarmado.

—¿Qué piensas que vas a encontrar? Tú estás desvariando.

—Por favor —insistió la chica. —Quiero que vayamos allí.

—Vamos —dijo él, resignado. —A esta hora no debe estar en casa.

Al llegar al portal, el muchacho sacó un sobre alargado del casillero y, tras darle un vistazo, lo guardó en el bolsillo sin abrirlo. Iba dirigido a su nombre y estaba escrito a máquina. En la habitación del matrimonio no hallaron nada relacionado con la muerte del viejo, ni con el reciente suicidio. Como el resto de la casa, el dormitorio era un verdadero revoltijo: la cama estaba sin hacer, las sábanas arrugadas y la almohada llena de carmín. La chica abrió el cajón de una de las mesillas y sacó una fotografía de tamaño carnet.

—Mira esto —indicó. —Parece ese... marchante que trabajaba con mi abuelo.

Él tomó la pequeña foto en la mano: era la de un hombre moreno, de pobladas cejas y cabello rizado. Sus ojos oscuros parecían taladrar con la mirada.

—Es cierto —dijo. —¿Qué hará su foto aquí? Nunca la había visto.

La chica seguía rebuscando en los cajones y sacó un envoltorio de papel de seda. Dentro había una torta de aceite que alguien había mordido, y mostraba el círculo producido por los dientes. Volvió a guardarla como estaba y miró la cama revuelta. Sobre la mesa de noche había un cenicero con colillas, y no todas eran de la misma marca de tabaco.

—Aquí ha estado alguien hace poco —señaló. Él la miró, asombrado.

—¡Qué dices! —Ella afirmó con la cabeza.

—Creo que tu madrastra se está viendo con alguien en tu propia casa. —El muchacho se sobresaltó.

—Tú estás loca —dijo, pero ella ignoró su interrupción.

—Ella se ve con el marchante, estoy segura. Los dos han estado fumando aquí, y hasta comiendo. —Él se había puesto rojo.

—Es imposible —musitó. —¿No te parece demasiado pronto para que meta a un hombre en la cama de mi padre? Tienes una imaginación retorcida. —Ella lo sacudió por los hombros.

—¿No te das cuenta? No tienes más que atar cabos, y verás que lo que te digo no es tan absurdo. ¿Quién ha dejado esas colillas en el cenicero? —el muchacho parecía abrumado.

—¿Dónde quieres llegar? —preguntó.

Se enderezó, y sacó la carta del bolsillo. Miró el remite, pero no lo había. Rasgó nerviosamente el sobre y extrajo una cuartilla doblada. De su garganta brotó un sonido sordo.

—¡Es de mi padre! —casi gritó. Ella lo miró con asombro.

—¿Qué dices?

Él leyó la carta, y luego se la tendió. Su cara parecía de mármol.

—Léela en voz alta —le dijo.

Ella empezó a leer con voz temblorosa: en la carta el hombre le pedía perdón a su hijo, y decía quererlo ayudar con su muerte.

“No me importa lo que hayas hecho en un momento de ofuscación. Me culpo de todo por haberme vuelto a casar, y haberte dado una madre que tú no deseabas. Yo estoy viejo y cansado, y tú tienes toda la vida por delante. Aprovéchala, y acuérdate sin odio de mí”.

Hubo un largo silencio, y la carta se deslizó de su mano. Él se estremeció de pies a cabeza.

—No entiendo nada —gimió. —¿Qué quería decir? —Ella le acarició la mejilla.

—Parece... un holocausto —dijo. —Es como... querer pagar por algo que ha hecho otra persona.

—¿Otra persona? ¿Qué persona?

—Déjalo —rogó ella. —Ahora, nosotros vamos a escribir otra carta. —Él arrugó el entrecejo.

—¿A quién tenemos que escribir? —La chica suspiró.

—Vamos a escribir una carta anónima al marchante. Quiero tenderle una trampa para ver si es el asesino. —El muchacho se humedeció los labios.

—¿Qué dices?

Ella reflexionó un momento. Luego prosiguió:

—Le diremos que ha dejado las huellas de sus zapatos en el sótano de mi tío. Que alguien va a denunciarlo por su muerte, y que tiene pruebas. —Él la miró, preocupado.

—Eso no puede resultar. —La chica insistió.

—Tiene los pies muy grandes, yo me he fijado bien. Sus huellas serían inconfundibles. Puede que no dé resultado, pero hay que probar. En realidad no creo que quedaran huellas, porque el incendio y las cenizas las habrían borrado.

—Y las botas de los bomberos, y los policías que anduvieron por allí —añadió él, descorazonado. —En fin, haremos lo que quieres. Al fin y al cabo, la carta irá sin firmar. Nunca podrá saber quién la escribió.— El rostro de ella se había iluminado.

—Vigilaremos el sótano día y noche —dijo. —Yo no me moveré de mi habitación, y desde allí puede verse la trampilla de la cocina. Dejaré el cerrojo de la tienda sin echar. —Él estaba confuso.

—Creo que estás completamente loca. —Ella lo cogió del brazo.

—Tú estarás cerca —indicó. —Si ocurre algo, yo te llamaré. Puedes esconderte en la tienda, y decirle a tu madrastra que estás estudiando en casa de un amigo. —El muchacho suspiró.

—Está bien —cedió de mala gana. —Siempre te sales con la tuya.

Escribieron la carta, la echaron al correo y esperaron todo el día siguiente a que llegara a su destino. Cuando el muchacho llamó al timbre de la tienda ya caía la noche, y algunas ventanas comenzaban a encenderse en el pasaje. Ella lo invitó a entrar y dejó la puerta entornada.

—Ven, te daré algo de cenar —le dijo.

Visitaron el sótano, de techos bajos ennegrecidos por el humo. Una débil bombilla alumbraba los escalones de ladrillos que llevaban hasta la cocina. Luego, ambos permanecieron en silencio, cada uno en una habitación. Las horas se hacían muy largas y estaban cansados; iban a abandonar cuando la puerta de la tienda se abrió con un crujido: la persona que entraba no llegó a abrirla del todo, porque no sonó la campanilla. El muchacho, acurrucado tras un gran velador de caoba, vio una sombra que se deslizaba en el interior y notó el corazón golpeando en su pecho. Luego, el recién llegado se dirigió al interior de la vivienda sin encender la luz, como si conociera muy bien el camino. Caminaba sin ruido entre los muebles, tanteando. El muchacho contuvo el aliento.

—Tengo que hacer algo —se dijo, pero no se movió. La sombra se había detenido un instante, y un objeto de cristal tintineó en el silencio. Luego, se oyeron unos pasos ahogados en el corredor. Vio que se encendía la luz de la cocina, y oyó el chirrido de la trampilla al levantarse.

—Avisaré a la policía —pensó, pero no llegó a descolgar el teléfono. De pronto oyó la voz de la muchacha, y sintió un sudor frío.

—Vaya, qué agradable visita —había dicho ella. —¿Se puede saber lo que está haciendo aquí?

El hombre soltó una blasfemia. El muchacho había encendido la linterna y marcó tres números. Habló en voz muy baja.

—Es muy urgente —dijo. —Llamo desde la tienda de antigüedades del pasaje. Por favor, vengan cuanto antes.

—Vamos para allá —contestó un policía.

Se daba cuenta de que la chica estaba tratando de ganar tiempo y, de momento, no quiso intervenir. El hombre explicaba ahora que había acudido a recoger algo que era suyo. Ella, incluso, lo estaba invitando a café.

—Está hecho —dijo. —No tengo más que calentarlo.

La voz de la muchacha era serena, casi alegre. Mientras, desde la tienda, él trataba de ver lo que ocurría en la cocina. Oyó chocar de tazas, y de nuevo la voz de su novia.

—Podía haberme dicho que tenía cosas aquí. Yo se las hubiera enviado.

Los minutos se le hacían siglos, mientras escuchaba la voz bronca del hombre y la risa de la muchacha. No podía calcular el tiempo transcurrido, y la policía no llegaba. Por fin, la puerta de la calle se abrió, haciendo sonar la campanilla. Dos hombres entraron silenciosamente en la tienda, y él salió a su encuentro.

—Están allí —dijo en un susurro. —La sobrina del anticuario y el asesino.

El hombre no parecía haber oído nada, y se estaba tomando el café. A la luz de la lámpara que había en la cocina, su cabello tenía reflejos azulados. La chica sí se había percatado del ruido de la campanilla. Habló alzando la voz.

—¿Recibió mi carta? —preguntó. Él se quedó quieto, como si se hubiera dado cuenta de que le habían tendido una trampa.

—¿Qué carta?

—Vamos, no disimule. —La voz del hombre sonó como un trallazo.

—¡Voy a matarte, perra! Irás a hacerle compañía a tu tío. —Ella soltó una risita nerviosa.

—Usted y la madrastra de mi novio son amantes, ¿verdad? —Él parecía haber enronquecido.

—¿Te importa mucho?

—Simple curiosidad. Fue ella quien le proporcionó la pistola, ¿verdad? Se la robó al marido para dársela a usted. Y usted mató a mi tío. —Él tardó en contestar.

—Eres muy lista, chica. Sí, somos amantes. Y no es cosa de ahora, sino de muy antiguo. Antes de que ella se casara con ese inútil. Tiene gracia —añadió, con una risotada. —No lo hubiera conocido si no es por mí, yo se lo presenté.

El muchacho se mordió los labios. Fue a entrar en la cocina, pero la mano del policía lo contuvo.

—Tranquilo —murmuró a su oído. —Déjala a ella.

La chica permaneció en silencio, y el hombre continuó. Extrañamente, su voz se había suavizado.

—Él había amenazado públicamente al viejo con matarlo. Además, todos sabían en el barrio que no aprobaba vuestras relaciones... —la muchacha lo interrumpió.

—Pero, ¿por qué lo hizo? —Él resopló.

—¿Quieres saberlo? Pues yo te lo diré. En realidad, no me importaba el dinero que el viejo me debía. Pero ocurre que yo deseo a esa mujer, y quería librarme del marido. Además, siempre quise comprarle a tu tío sus tablas flamencas, y él siempre se negó a vendérmelas. —La chica habló tristemente.

—Lo tenía todo muy bien planeado, ¿verdad? —él soltó una risotada.

—Así, mataba dos pájaros de un tiro. Después de dispararle saqué las pinturas, y prendí fuego al sótano. Luego, no tuve más que dejar la pistola junto a la boca de la alcantarilla: la policía hizo lo demás. No creí que tu futuro suegro me pusiera las cosas tan fáciles. —La chica habló con aspereza.

—Estará orgulloso —le dijo. Él la había cogido fuertemente del brazo.

—Y ahora te toca a ti.

—¡Déjeme! —gritó ella. —¡No me ponga las manos encima!

Miró con angustia hacia la tienda, y en la penumbra distinguió a los policías. El hombre debió notar algo y giró en redondo.

—Maldita sea —masculló.

Los tres hombres se lanzaron hacia él, que se debatió como pudo. Parecía un animal acorralado, pero, aún así, un policía lo sujetó y el inspector le puso las esposas.

—Vamos, amigo, está detenido por asesinato con todas las agravantes —dijo. Luego se volvió a los muchachos: —Acompáñenme, tienen que servirme de testigos.

***

En la comisaría, el chico le mostró al inspector la carta de su padre. Él la leyó atentamente.

—Todo está claro ahora —dijo. —Él estaba ofuscado y pensó que usted era culpable. Quiso inmolarse por usted, sin saber que estaba equivocado.

—Yo no lo entiendo todavía —dijo él. El policía habló con suavidad.

—Sabemos que su padre sufría depresiones. Últimamente, había visitado a un psiquiatra. Pensaba que había traicionado a su primera esposa y a su hijo, casándose con una mujer que además lo traicionaba. —El chico asintió.

—La casa era un infierno desde que ella llegó —pronunció en voz baja.

—Lo sé. Su padre le escribió esta carta y la metió en el casillero antes de tomar el veneno. También se encargó de redactar la nota, para librarlo a usted de sospechas.

—Y así dejó el campo libre al verdadero asesino. —El policía aspiró hondo.

—A los asesinos —corrigió. —Tan culpable es ella como él, aunque no apretara el gatillo. Se ha efectuado un careo entre los dos, y se contradijeron. Ella le echaba en cara su torpeza por acudir a la tienda, y él la llamaba de todo. Al final, ella ha terminado por confesar.

—Es horrible —se estremeció el muchacho. —El policía le palmeó la espalda.

—Hemos encontrado las pinturas —le dijo. —Ahora le pertenecen a su novia. Espero que ambos sean muy felices, se lo merecen. —El chico estaba pensativo.

—Todavía me asombra cómo pudimos engañarlo para que acudiera a la tienda —observó. El inspector miró a la ventana. El cielo estaba negro.

—El asesino tiene necesidad de volver al lugar del crimen —afirmó. —Es algo más fuerte que él. Hay algunos que no pueden evitar el visitar las tumbas de sus víctimas. Es la naturaleza humana.

Fuera se oyó el ulular de una sirena.

—Dígale a su novia que venda ese local —agregó. —Cómprense un piso moderno lo más lejos posible del pasaje. Se han ganado la tranquilidad, ustedes ya han sufrido bastante.

DE MUERTE NATURAL

(PREMIO PUERTA DE BRONCE)

El especialista asintió, pensativo. Una semana antes, su colega lo había llamado a consulta; no pudo acudir, estaba demasiado ocupado con su numerosa clientela. Miró aquel cadáver de cabello como estopa y cara muy curtida; estaba tendido en la cama de estilo colonial, en aquel lujoso apartamento de veraneo. Sus mejillas estaban sumidas, pero el rigor de la muerte no se había apoderado todavía de sus miembros y su expresión era de una gran placidez. Sin duda no había tenido una muerte dolorosa, gracias a los calmantes que el médico rural le había suministrado.

—No tenía salvación —dijo el especialista, dándole al compañero unos papeles. —La metástasis había invadido el abdomen y el cáncer era incurable. —El otro movió la cabeza.

—Hubiera querido que usted lo viera antes, de todos modos —dijo, visiblemente preocupado. Sus ojos pardos aparecían llenos de cansancio bajo las cejas agrisadas.

—Demasiado tarde para nada —afirmó el especialista sin sonreír. Luego preguntó secamente: —¿Dice que era súbdito alemán? ¿No tiene familia?

—Su esposa llegará esta noche, al parecer. —El médico rural se detuvo un momento, como midiendo sus palabras, y luego prosiguió en voz baja: —Hace unos quince días que me avisaron. Parece que la encargada de la limpieza lo encontró con terribles dolores. No he podido más que aliviarlo. De todos modos —añadió con un profundo carraspeo—, hubiera querido que otro colega más calificado lo reconociera, aunque conocía la extrema gravedad del caso.

—No ha hecho más que lo que debía, y era humanamente posible —dijo el especialista. Hablaba con tono engolado, como de persona que se cree superior, y al mismo tiempo miraba por el ventanal el extenso y cuidado jardín lleno de macizos de flores. Luego rebuscó en el bolsillo una tarjeta, y con una pluma estilográfica de oro garabateó un número de varias cifras, seguido de unos datos bancarios. Tendió la cartulina al compañero.

—Estos son mis honorarios —agregó. —La viuda puede ingresar el dinero en mi cuenta corriente. —Dio un vistazo al amplio dormitorio, amueblado con una costosa sencillez. Sobre una mesa baja, los documentos relativos al fallecimiento estaban cubiertos, fechados y firmados. Salieron del piso a la terraza, donde los aguardaba el encargado de la urbanización.

—Un bonito lugar —observó el especialista, con una sonrisa un tanto untuosa, y el encargado asintió en silencio. Acompañó a los dos médicos hasta la salida, donde estaba estacionado un lujoso automóvil gris.

El médico rural quedó en la acera, mientras su compañero se acomodaba al volante. Era temprano todavía, y la mañana se presentaba brumosa augurando un día sofocante. El hotel de apartamentos era sin duda lugar de residencia de extranjeros adinerados, y no lejos se alzaban unas cuantas villas de jeques árabes, y de magnates del petróleo. El especialista tendió la mano a su colega, casi como haciéndole un favor.

—Ya sabe, en mi cuenta corriente —repitió. —Creo que no he olvidado ningún dato.

—Descuide —dijo el médico rural.

***

Tan sólo tres personas habían acudido al pequeño cementerio aquella tarde calurosa de primeros de agosto. Una era una muchacha rubia y joven, con un cuerpo espigado y un escueto vestido que dejaba al aire los bonitos hombros. El otro visitante era el médico del pueblo, y por fin una mujer vestida de negro, con un pañuelo pardo a la cabeza. La mujeruca se adelantó, andando con rápidos pasos; al pasar junto a los otros dos les dirigió una rápida mirada, y tomó un pequeño paquete blanco que el médico le tendía. Luego se fue.

La muchacha tenía unos hermosos ojos verdes, y se apoyaba con indolencia en el brazo del hombre. Llegaron ambos a la verja de salida, y caminaron junto al cementerio.

—Gracias por todo —dijo ella con un leve acento extranjero, y una atractiva sonrisa. —Es usted... verdaderamente eficiente.

—No las merezco —dijo francamente él.

La mujer había desaparecido. No había nadie más en el lugar, y al final de la cuesta abajo aguardaba un automóvil deportivo de color rojo brillante. La muchacha lo ocupó con aire ligero y juvenil.

—¿Quiere que lo lleva a algún sitio? —ofreció, sonriendo. —Tengo que pasar por el

pueblo. —Miraba al médico con expresión curiosa, y pensó que no debía ser tan viejo como parecía a primera vista. Quizá no tuviera más de cincuenta años.

—No, gracias —dijo él. —Voy a bajar andando.

La chica hizo un gracioso gesto de despedida, y él empezó a caminar por la acera estrecha. Sus pensamientos estaban demasiado ocupados con lo ocurrido en los últimos días. “Afortunadamente, todo parece haber salido bien”, murmuró. Se detuvo bajo la sombra de un gran árbol y consiguió que su tensión se relajara. Luego siguió andando despacio.

Casi sin darse cuenta, se halló en el centro del pueblo. En la plaza había unas niñas jugando a la gallina ciega, pero él apenas lo advirtió. Cruzó el espacio ajardinado donde pegaba el sol, y se dirigió hacia una casa de ladrillos.

Después de empujar un oscuro portón con llamador de bronce, ingresó en un sombrío y fresco vestíbulo; con un llavín abrió la puerta interior, acristalada, y enseguida oyó unos afelpados pasos que se acercaban por el corredor.

—Ah, ya has vuelto —dijo su esposa, con voz un tanto jadeante. Era de edad indefinida y tenía un aspecto enfermizo, y el cabello gris sujeto en un moño. Él la besó.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien —dijo ella, pero en sus ojos había una expresión de ansiedad.

—¿Qué ocurre?

—La secretaria del dueño ha llamado esta mañana —dijo, bajando la mirada. —Ya no aguardan más, son cinco meses sin pagar el alquiler.

—No te preocupes —dijo él. —Todo se arreglará.

***

La mujeruca vestida de negro se quitó el pañuelo de la cabeza y se secó la frente con él. Había bajado por unas escaleras terrosas hasta la playa, donde había una docena de chabolas levantadas con chapas metálicas y desechos de construcción. Por entre la calina le llegó el llanto de un niño, y a la puerta de la casucha asomó una jovencita morena, con el cabello largo y negrísimo.

—El niño tiene hambre —dijo. —No ha comido en todo el día. La leche que quedaba se cortó esta mañana. Los demás no hemos comido tampoco.

Hablaba en forma agresiva, y sus ojos eran negros y profundos. La madre dobló cuidadosamente el pañuelo.

—Teníais unas gachas ahí —dijo sin mirarla. Ella replicó en tono altanero.

—No tengo ganas de comer esa porquería, ni los niños tampoco. —Luego agregó suavemente: —Si me dejaras ir a la Casa Grande, y hacer lo que hacen las otras... por lo menos podríamos comer.

—De eso ni hablar —dijo la madre. Ella reaccionó con violencia.

—¿Dónde está padre? —gritó. —¿Es que no piensa en su familia? El hijo de...

—¿Quién eres tú para insultarle?. —Las facciones de la chica se tensaron.

—Ya no aguanto más —dijo, conteniendo las lágrimas. —Si me he quedado ha sido por mis hermanos, pero no aguanto más.

Dio media vuelta y salió corriendo hacia la playa. La mujer se echó a llorar en silencio, entró en la casucha y se detuvo un momento ante el bidón que hacía de cocina, y sobre el cual había una comida de muy mal aspecto. Allí, dio rienda suelta a sus sollozos.

Con sus manos ásperas y rojas sacó el sobre abultado del bolsillo de su falda ancha y negra. Luego se dirigió a la mesa, que con media docena de sillas y un par de colchones componía el mobiliario del hogar. En un rincón, dentro de un cestillo de mimbres, el pequeño se había dormido.

El corazón le latía con fuerza. Acercó una silla y se sentó en el borde, luego miró hacia a la puerta, y al no ver a nadie rasgó el sobre que el médico le había dado. Dentro aparecieron fajos de billetes de banco, muy nuevos. Los ojos de la mujer se dilataron.

—Dios —musitó.

Era la primera vez que veía unos billetes así, y estaba asombrada. No creyó que hubiera allí tanto dinero. Contó más de veinte fajos de billetes, y vio que estaban agrupados de diez en diez.

—Hay una fortuna —pronunció en voz alta.

Sintió ruido fuera y recogió precipitadamente el dinero. Un chiquillo de unos seis años, completamente desnudo, estaba a la puerta.

—Tengo hambre, madre —dijo con una vocecilla. —Y quiero que venga papá. Quiero que venga, y me traiga pescado. Quiero comer pescado.

Fue hacia la mujer, y ella apretó el cuerpo delgado contra sí.

—Papá no vendrá en mucho tiempo —le dijo. —Se ha ido muy lejos.

—¿Ha salido a pescar?

—Le ha salido un trabajo, ¿sabes? Ya no pasaremos más hambre.

Los ojos del chiquillo brillaron.

—¿Me comprarás dulces y todo?

—Pues claro que sí.

—¿Y unos zapatos blancos?

—Claro, también unos zapatos.

El niño se encaramó de un salto en sus rodillas. Alzó hacia la madre su cara pecosa y curtida, mientras ella ordenaba con los dedos sus cabellos pajizos y alborotados. Uno de los billetes había quedado sobre la mesa, y el niño puso sobre él su manita renegrida.

—¿Te lo ha dado él? —dijo mirándola, y ella asintió.

—Es como si me lo hubiera dado.

***

El mar estaba tranquilo; a lo lejos, entre la bruma, se divisaba la línea de la costa, y la brisa marina aliviaba en gran parte el calor. La muchacha rubia se acodó en la baranda del yate que se balanceaba apenas, y al mismo tiempo sintió el brazo masculino abarcándola por la cintura. También oyó la voz del hombre a su oído.

—Iremos al bar a tomar una copa —dijo su compañero en un buen alemán. —Esto hay que celebrarlo.

Ella se volvió a mirarlo, y pensó que era un hombre muy guapo, con aquel cabello trigueño y la tez dorada por el sol. Representaba unos cuarenta años, y su amplia sonrisa mostraba una estupenda dentadura.

—¿Tan temprano? Bebes demasiado.

—Tienes mucha razón. Pero llevo días metido en este barco sin poder salir... ¿Qué otra cosa he podido hacer?

—No puedes quejarte —protestó ella. —Yo sí me he expuesto demasiado. ¿Sabes que me estoy jugando mi reputación? —bromeó.

—Las gestiones en la compañía de seguros y en el consulado han transcurrido sin ningún tropiezo —dijo él, y la besó en los húmedos cabellos rubios.

—Sí, pero en algún momento he temido que sucediera una catástrofe.

—Él la observó un momento.

—Demasiado tiempo para un asunto como éste. Otras veces ha sido más rápido. —La chica bajó la mirada hasta la sortija de brillantes que llevaba en su dedo.

—¿Cuándo conociste al médico? —interrogó. Un ave marina iniciaba un giro y casi los rozó. Luego se arrojó al mar en picado, y surgió de nuevo con su presa.

—Hace casi un año. Yo había contraído unas fiebres, y él me visitó en el barco. Me pareció la persona indicada.

—¿Por qué?

—No parecía muy boyante. Pensé que andaba mal de dinero.

—¿Cómo lo supiste? —dijo la chica burlonamente. Él se echó a reír.

—Llevaba tazado el ruedo del pantalón —dijo, y luego se puso serio. —Le hice una oferta muy discreta. Él tardó en contestar, y todavía más en encontrar al paciente indicado. Todos eran hombres demasiado viejos.

Ella lo miró con incredulidad.

—Y éste, ¿dónde lo encontró? ¿Cómo se prestó a ello?

Su compañero se había apartado y la miraba despacio, dejando resbalar la mirada por las largas piernas de la chica, subiendo al hueco de su ombligo y a los pechos tensos bajo el diminuto bañador.

—Un marinero sin trabajo, creo. Con mucha familia. Estaba desahuciado, no había más que esperar su muerte natural. —El hombre miró al mar, y siguió hablando despacio. —La familia quedará arreglada por un tiempo, y hasta creo que salvaremos a una hija de la prostitución.

La chica sonrió.

—¿Tú crees? —suspiró. —Hay demasiados hombres ricos en este lugar.

—Eso ya no es cosa nuestra —dijo él, encogiéndose de hombros.

—¿Estaba la esposa del marinero de acuerdo con la farsa? —interrogó la chica, pensativa. —Me parece recordar que había una mujer vestida de negro en el cementerio. Claro, el médico le entregó un sobre.

—Una tumba demasiado cara —sonrió el extranjero. Su compañera se preguntó si realmente hablaría en serio.

—Tenías que haber visto la lápida —dijo. —Era hermosa, verdaderamente. —Él hizo un guiño y le tomó la mano.

—Como elegida por ti.

—Había que cubrir las apariencias... Además —suspiró ella de nuevo —era una obra de caridad. —Notó que él deslizaba otra vez el brazo en su cintura, y oyó su voz grave.

—Una buena comisión para un médico de pueblo —enumeró ligeramente él. —Una indemnización a la familia del muerto, y una pequeña fortuna en el alquiler de un apartamento de lujo... Por cierto, ¿No era demasiado costoso?

—No lo creas —dijo ella. —Un hombre que había hecho un tal seguro de vida, no podía morirse en cualquier parte.

—...Y el dinero que has ingresado en la cuenta del famoso especialista que firmó la defunción —terminó el extranjero.

—Por cierto, ¿estaba él en el juego? —Él denegó.

—Completamente ajeno. Actuó de forma profesional. —La muchacha hizo un mohín de disgusto.

—Bien, hay quien no necesita exponerse para estafar a los demás —dijo, y miró nuevamente la sortija en su mano extendida. — Bonita, ¿verdad? Creo que me la he ganado.

Desde luego que sí.

—Temblaba en la compañía de seguros. Tardaban en dar la conformidad, y hasta temí que no lo hicieran. Han sido unas horas terribles.

Él la tranquilizó.

—Todo estaba en regla —le dijo, acariciando su mano. —El certificado médico, la documentación... Aquí en el barco ninguno de los hombres habla la lengua de mi país. ¿ Quién iba a relacionarme con un hombre que agoniza en la cama de un apartamento en la costa? Una vez que recibimos la llamada del médico, era cuestión de pocos días.

La chica aspiró profundamente el aire marino.

—Pronto estaremos en Italia —dijo. —Klaus, Heinrich, Thomas... A veces me cuesta recordar tu verdadero nombre. —Él rió con ganas.

—Es mejor así —Su compañera le dirigió una mirada admirativa.

—He recibido tantas condolencias en unas pocas horas, que tengo sensación de viudedad —sonrió. —Por cierto, ¿No has pensado que podíamos casarnos?

—Tenía intención de decírtelo —confesó él, y acercándose la besó suavemente en los labios.

LA FARMACÉUTICA

Eran las nueve de la mañana de un cálido domingo, a primeros de septiembre. La mujer que hacía la limpieza en casa de la farmacéutica se detuvo ante la antigua fachada, donde se alternaban azulejos floreados con paneles de madera oscura decorados con hojas y frutos.

—Es puro *Art Déco* —solía decir la dueña del local con orgullo.

La asistenta no sabía nada de arte. Era una mujer pizpireta, de baja estatura y edad indefinida, que podía estar entre los treinta y los cuarenta años. Llevaba puestas unas zapatillas negras de material plástico imitando piel, y un vestido de lanilla verde demasiado ceñido, que hacía más ostensibles los rollos de grasa de su cintura. Llevaba al brazo un bolso de plástico, verde y brillante.

Desde hacía más de cuatro años acudía a la farmacia a limpiar, a primera hora del domingo; y cuando acababa en la farmacia pasaba a la rebotica, a dar una vuelta semanal a la casa de la farmacéutica, que ocupaba la parte trasera.

—Tengo ocupada la semana —le dijo el primer día. —Pero no me importaría venir los domingos. Sólo por la mañana, ¿sabe usted? —La farmacéutica estuvo de acuerdo.

—No me viene mal —afirmó. —De esta forma, la clientela no la estorbará.

Y empezó aquella relación laboral que transcurrió sin tropiezos durante cuatro años. Hoy iba a truncarse, en este caluroso día de septiembre.

—Qué raro —pronunció en voz alta la mujer.

Ella no tenía llave, por lo que estaba obligada a llamar a un timbre medio oculto entre las volutas de la decoración. Pero hoy el cierre metálico estaba levantado y la puerta entreabierta. Miró hacia el interior con expresión de extrañeza, y entró en el local sin hacer ruido, pisando con la blanda suela de sus zapatillas. Dio un vistazo a las estanterías repintadas en blanco, donde algunos ligeros rayones mostraban que la pintura anterior había sido de un marrón oscuro.

—Qué extraño —repitió.

Fue entonces cuando algo llamó especialmente su atención: la antigua caja registradora sobre el mostrador de mármol blanco tenía el cajoncillo abierto. Se aproximó, y vio que estaba vacío.

—Dios —musitó, estremeciéndose. También ahora se dio cuenta de que la televisión estaba puesta dentro a todo gas, al fondo del largo pasillo que unía la farmacia con la vivienda. Estaban retransmitiendo los oficios religiosos del domingo, y le extrañó, francamente, ya que no sabía que la farmacéutica los oyera. No era demasiado religiosa.

—¿Señorita? —preguntó en voz alta, y al no recibir contestación repitió la pregunta, casi a voces. Ante el silencio de la interpelada se adentró en el pasillo, sobre la tarima cubierta de linóleo, que crujió a su paso. Ni siquiera miró los pequeños cuadros de paisajes que había en las paredes, con su cristal y su “paspartú”, como decía la señorita, porque ya los tenía demasiado vistos. De esa forma, no percibió las cagadas de mosca que estaban allí desde el verano.

Entró en el dormitorio de muebles antiguos y recios, pero la farmacéutica no estaba allí. La cama estaba hecha y la colcha de damasco verdoso muy bien estirada. Pero los cajones de la cómoda estaban abiertos, y todas las ropas y objetos por el suelo. La voz de la mujer se hizo aguda.

—¡Señorita! —chilló, temiéndose lo peor.

Y lo peor había sucedido. Después de haberse asomado a la habitación de la sobrina y comprobar que allí no había nadie, siguió hasta la cocina que hacía las veces de comedor y cuarto de estar. Apagó el televisor y suspiró.

—Todo esto es muy raro —masculló. —¿Dónde se habrá metido?

Era extraño que hubiera dejado abierta y sola la farmacia, aunque sólo fuera por unos minutos. Recorrió con la mirada la antigua cocina de carbón, el hornillo eléctrico sobre el poyete de blancos azulejos, y encima la gran campana de humos. Curiosamente, se le ocurrió pensar que al techo no le hubiera venido mal una buena mano de pintura, y lo mismo a las puertas, donde el blanco ya amarilleaba. A través de la alta y alargada ventana horizontal, cubierta en parte por una cortinilla a pequeños cuadros blancos y rojos, entraba desde el patio un rayo de sol, yendo a dar sobre la camilla con falda de cretona en colores.

Entonces la vio. Empezó viéndole los pies, de uno de los cuales se había salido un

zapato negro de tacón alto. Fue girando despacio sin poder dejar de mirar aquellas piernas sin forma, embutidas en unas medias grises y finas.

—Es ella —pronunció con voz estrangulada, y se estremeció de arriba a abajo.

Dando la vuelta a la camilla vio el cuerpo de la farmacéutica. Estaba caída en el suelo, boca abajo, y su corta melena, que había sido rubia y ahora estaba entreverada de canas, mostraba en el centro un orificio oscuro. La mujer estaba completamente vestida, con un traje a rayas en distintos tonos de azul, y sus blancas manos parecían querer agarrar algo, pero yacían fláccidas sobre el suelo de pequeñas losetas.

—Madre querida —gimió la mujer, que no podía dar crédito a sus ojos. Le cogió una mano y la oprimió fuertemente, notando que estaba muy fría. Entonces la soltó de golpe, como hubiera hecho con un bicho ponzoñoso. La mano rebotó contra el suelo y ella se puso en pie de un salto.

—Tendré que llamar a la policía —pronunció en voz alta. Casi le faltaba valor para acudir al teléfono y marcar los números que todo el mundo conocía.

—La farmacéutica está muerta —dijo de sopetón. —Creo... que la han matado de un tiro en la cabeza.

Se volvió hacia el cadáver como si lo viera por primera vez. Luego, ante las palabras del policía, logró serenarse un poco y contó todo lo ocurrido. Con voz entrecortada estuvo exponiendo los detalles.

—Y huele a algo raro —terminó, olisqueando. —Claro que la farmacia siempre huele a medicinas, pero este olor... le aseguro que hoy huele diferente.

—Está bien, vamos para allá —dijo la voz del policía. —Y no toque nada.

—No tocaré nada, descuide —contestó ella con desmayo.

No obstante, hizo girar la cabeza de la mujer y observó las grandes bolsas que había bajo sus ojos. Cosa rara, se había maquillado contra su costumbre, y tenía sombra verde en los párpados, y en los labios una pintura anaranjada que se había corrido. Antes de incorporarse la dejó como estaba antes.

—Pobre —dijo con voz cansada.

No habían pasado diez minutos, que se le hicieron eternos, cuando se presentó el inspector de policía, seguido por dos acompañantes. El uno era menudo y joven, y el otro grueso y de mediana edad, y se presentó como el forense.

—Tanto gusto —dijo la mujer, tratando de sonreír.

—El gusto es mío —le contestó el hombre sordamente. A ella no le gustó el médico: tenía el aspecto basto, unos pies muy grandes y una cicatriz en la cara. Además, estaba fumando en un lugar donde la dueña nunca se lo hubiera consentido. Olía a desinfectantes, y su camisa no estaba nada limpia. En cambio, el inspector le cayó bien. Aunque estaba completamente calvo le pareció agradable y hasta guapo, con su barbita recortada y canosa.

—¿Dice que es la farmacéutica? —preguntó el hombre, y ella asintió.

—Le han disparado en la cabeza —repitió innecesariamente.

Los ojos del inspector eran pequeños y agudos. Vestía un traje negro que le daba un aire un poco antiguo, acentuado por una corbata demasiado estrecha. Pero, con todo, a ella le gustaba. Él habló en tono suave.

—Hay quemaduras de pólvora, pero no ha sangrado —observó. El médico estuvo reconociendo el cadáver, y mientras el policía joven tomó fotografías del cuerpo desde todos los puntos de vista. Estuvo abriendo cajones y hurgándolo todo. La mujer sacudió la cabeza.

—La puerta de la farmacia estaba abierta —dijo. El inspector la observó.

—Sin embargo, no ha sido forzada. Alguien ha abierto con llave, o quizá llamó al timbre, y la farmacéutica le abrió. —Ella asintió con un gesto.

—Creo que ha recibido una visita —dijo. —No solía maquillarse nunca, y menos para estar en casa.

El hombre se acercó a la cocina de carbón y vio que quedaba dentro algún rescoldo, como si se hubiera encendido recientemente.

—Aquí hay algo —dijo, asomándose. Sacó unas pinzas de un pequeño maletín y extrajo de entre las cenizas un fragmento de papel que tenía unas líneas escritas a mano. Parecía haber estado protegido por un trozo de cartón, que también sacó.

—Parecen restos de las tapas de un viejo cuaderno de contabilidad —intervino el compañero. —Lo digo por la etiqueta roja, y ese cartón imitando el dibujo del mármol. Mi padre tenía uno parecido.

—Es posible —dijo él. —Habrá que comprobar si la letra del cuaderno coincide con la de la muerta.

La limpiadora hizo una mueca de duda. Estaba orgullosa de su protagonismo, y no lo disimulaba. Así que intervino:

—La señorita solía hacer la vida en la cocina, cuando no estaba en la farmacia. Ella podía haber tenido una casa lujosa, sí señores. Pero era ahorradora, y, además, viviendo aquí no tenía que salir en invierno a la calle para abrir la farmacia. —Aspiró profundamente y siguió, mirando el fogón: —Lo que me extraña es que esa cocina de carbón no suele encenderse más que en invierno, y eso para calentar la casa que no tiene calefacción. Normalmente, la señorita solía usar el hornillo eléctrico. —El inspector se quedó pensativo.

—Desde luego, hoy hace calor —observó. Había tomado por el borde, con la punta de los dedos, un abrecartas de marfil tallado que estaba sobre la mesa camilla. Lo observó detenidamente y se lo tendió al ayudante.

—Guarde esto, puede tener importancia —indicó. Él lo metió en una bolsa de plástico. Luego se agachó y recogió un pequeño objeto del suelo, que mostró en la palma de la mano.

—Parece la perla de un collar —indicó. —Una perla de imitación, si no me equivoco. —La mujer intervino de nuevo.

—Es del collar de ella —dijo. —Seguramente se le ha roto, y han rodado las perlas. ¿ No han notado el olor que les dije? —preguntó, olisqueando de nuevo.

—Claro que lo he notado —dijo el inspector. — Es el típico olor a almendras amargas. Ella arqueó las cejas, depiladas hasta haberse convertido en un hilo.

—¿Almendras amargas? No sé que las hubiera en la cocina.

El ayudante había levantado las faldas de la camilla. La luz que entraba por la ventana hizo brillar un objeto debajo, que él recogió y mostró al inspector. Era una llave plana, forrada en parte de plástico azul.

—Es la llave de una consigna —observó el policía. —Guárdela con todo lo demás, y que procuren localizar cuanto antes su procedencia.

La mujer había cruzado sus brazos gordezuelos sobre el pecho; dio una vuelta por la cocina y giró en redondo, dirigiéndole al inspector una astuta mirada.

—En la farmacia suele haber una pistola —dijo. —La señorita la guardaba en un cajón del mostrador, más que nada para asustar a los ladrones. Era una mujer valiente, ¿sabe usted? Y ahora... ahí la tiene —añadió, moviendo la cabeza.

Él miró a la mujer caída, que aparentaba tener unos cincuenta años mal llevados. Todavía conservaba en las orejas unos pendientes de clip de grandes perlas artificiales. Observó también sus manos, muy cuidadas. El ayudante había salido y volvió con expresión de desánimo.

—No hay nada —dijo. —Allí no hay ningún arma. He buscado en todos los cajones, pero no está.

—Pues la había —insistió la mujer. El inspector la observó un momento.

—¿Vivía sola la señora? —Ella dijo que no con la cabeza.

—Había adoptado una sobrina. No tenía más familia que ella, ¿sabe usted? La sobrina vive... digo vivía con mi señorita. Es una chica un poco rebelde, como son ahora. Además, está lo del novio... —El policía pareció interesado.

—¿Qué ocurre con el novio? —Ella se había dejado caer en una silla, que crujió.

—Pues verá —dijo. —Ellas discutían muchas veces por eso, si quiere que le diga la verdad. La chica es menor y se hizo novia del auxiliar de farmacia, ¿sabe usted? A la tía no le gustaba ese noviazgo. Hay que comprenderlo, él es un pobretón y la chica será la única heredera de ella. Y no es moco de pavo lo que hereda, ¿sabe usted? Para empezar, la farmacia, dinero en acciones y cosas por el estilo. Además, tierras en el pueblo. Por eso, mi señorita echó al auxiliar, y enseñó a la sobrina para que la ayudara.

La larga perorata y el manoteo parecían haberla dejado sin aliento. El hombre frunció el ceño.

—¿Dónde está la sobrina? —preguntó. Ella se encogió de hombros.

—Suele irse de excursión a la sierra los sábados por la noche, ella dice que con unas amigas. Pasan la noche en uno de esos refugios, y se están todo el domingo. Lo que no sabía la señora es que se veía allí con el novio. Las chicas de ahora no tienen vergüenza —suspiró. El policía disimuló una sonrisa.

—No parece tenerle mucha simpatía —Ella hizo un gesto vago.

—Me importa un comino. Mi señorita no quería más que su bien, y a cambio ella llegaba a levantarle la voz. —El policía la miró.

—¿En qué sentido? —Ella aspiró hondo.

—Pues... verá. Delante de mí, y de otras personas, ha llegado a decirle que estaba buscando trabajo fuera de la farmacia. ¿Qué le parece a usted? Yo creo que pensaba irse con el novio.

El policía no dijo nada y ella siguió, accionando:

—El día que la señorita echó al auxiliar, ella estaba furiosa. Me dijo que estaba

deseando que se muriera su tía. La muy ingrata... No se daba cuenta de que ella lo hacía por su bien.

El ayudante entró en la cocina y se detuvo junto a la puerta.

—La chica no ha dormido en su cama, y tampoco la señora parece haber usado la suya —informó. —La casa está revuelta, como si hubieran buscado en los cajones algún objeto de valor. Es posible que entraran a robar.

La asistenta arrugó el gesto pero no hizo ningún comentario. No parecía estar de acuerdo con aquella opinión. El inspector se volvió al ayudante.

—Tenemos que localizar a la pareja cuanto antes —indicó. —En cuanto haya terminado el doctor, hay que avisar al juez y a los peritos. Usted quédese aquí. Y usted, señora, ya puede marcharse. Tenemos sus señas, ¿verdad?

Ella asintió, y dijo que estaba a disposición de la justicia. Que deseaba que cogieran al culpable sin tardar.

—Ella no merecía esto —dijo, secándose una lágrima.

El inspector volvió a la comisaría. No había pasado una hora cuando el teléfono comenzó a sonar. Era la voz de otro de sus ayudantes.

—Hemos dado con los chicos —dijo. —Los ha localizado un guarda forestal, y los traen hacia acá. No creo que tarden mucho, la carretera está despejada. ¿Los llevamos a la comisaría? Él tardó en contestar.

—Mejor a la farmacia —indicó. —Yo voy hacia allá. —El otro carraspeó.

—¿Qué piensa que ha ocurrido? —La voz del inspector era grave.

—Todo parece acusar a la sobrina y a su novio —contestó. —Aunque todavía no tenemos el informe del forense ni el de los peritos.

—Ella es su única heredera, ¿verdad? —dijo el ayudante al otro lado del teléfono. —También el novio se beneficiaría con esta muerte. —Él afirmó con la cabeza.

—Aparte de que la mujer lo despidió. Para mí, el móvil aparente no es precisamente el lucro. Más bien, me inclino por la idea de que han querido deshacerse de alguien demasiado dominante.

—Tiranicidio —indicó el ayudante, y él sonrió.

—Algo así —dijo. —Parece que vamos aprendiendo. Está bien, me voy a la farmacia para aguardar a la pareja. Tengo que hacerles unas cuantas preguntas, y prefiero hacerlo en el lugar del crimen.

Cuando llegó al lugar, ya el juez había ordenado el levantamiento del cadáver. La chica llegó escoltada por dos policías. Era una muchacha de estatura mediana y de unos diecisiete años, aunque podía parecer mayor. Tenía la tez rojiza y usaba gafas de gruesos cristales. El novio la seguía en otro coche, escoltado también, y el inspector los aguardaba a la puerta del local.

—Vamos dentro —le dijo a la chica, cogiéndola del brazo. Ella llevaba el cabello sujeto atrás con una goma; tenía apariencia de timidez, aunque algo en su mirada denotaba que era capaz de ser enérgica, incluso violenta. El hombre la hizo pasar a la cocina y la miró fijamente.

—¿Cuándo vio por última vez a su tía? —Ella dudó un momento antes de contestar.

—Ayer a mediodía —dijo. Pestañeó bajo los cristales de sus gafas, y añadió luego: —Me han dicho que la han matado. Espero que hayan encontrado el ar...

Antes de terminar la frase se dio cuenta de su error, y se puso muy colorada. El inspector había encargado especialmente a sus subordinados que no mencionaran la causa de la muerte.

—¿Se refiere al arma con que la dispararon? —Ella bajó la mirada.

—Bueno, sé que tenía una pistola en la farmacia, y yo... imaginé que la habrían matado con ella.

Se mostraba sumamente nerviosa, y el hombre la miró torvamente.

—No lo sabemos todavía —dijo en tono seco. —Usted parece saber más que yo. —La chica desvió sus ojos miopes.

—Yo... no sé nada —musitó.

—¿Sabe que es sospechosa de asesinato? Tanto usted como su novio tendrán que acompañarme, y quedarán en prisión preventiva. —Ella se retorció las manos.

—Voy a contárselo todo —suspiró. —Iba a salir para la sierra ayer sobre las siete de la tarde, cuando me di cuenta de que había olvidado mi bolsa de aseo. Encontré la farmacia abierta y me extrañó, porque cierra los sábados por la tarde. Entré en la cocina y vi a mi tía en el suelo. Creí que se había desmayado, pero estaba... muerta.

—¿Se dio cuenta de que la habían disparado? —Ella se estremeció.

—No... no. Me pareció que tenía unas señales en el cuello, como si hubieran querido

estrangularla. Yo... pensé en un principio llamar a la policía, pero luego tuve miedo y salí corriendo. —Él afirmó.

—Siga —dijo. La chica se estremeció a ojos vistas.

—Fue horrible —dijo, cerrando los ojos, como si quisiera borrar aquella visión. — No sabía qué hacer, y pensé decírselo a mi novio que estaba esperando en la calle. Él... no podía entrar en la casa, mi tía se lo había prohibido. No quería que saliera con él.

—¿Qué ocurrió luego?

—Entró en la cocina conmigo. Le tomó el pulso, y comprobó que estaba muerta. Tampoco quiso avisar a la policía, pensó que sospecharían de nosotros. Entonces... tratamos de simular un robo. —El inspector estaba serio.

—Vaya —dijo. —¿Se llevaba usted bien con su tía? —Ella se sobresaltó.

—¿Por qué no iba a llevarme bien con ella? Ella me había recogido. —El hombre habló secamente.

—Sabemos que se llevaban muy mal —dijo. —Incluso, habían discutido a menudo delante de los clientes, y hasta llegó usted a amenazarla. —La chica cerró nuevamente los ojos y agachó la cabeza.

—No sé quién le ha contado eso —musitó. El hombre habló despacio.

—Tenemos varios testigos —dijo. —¿Fue usted quien le disparó con la pistola? ¿O fue su novio? —Ella lo miró, alarmada.

—¡Ella ya estaba muerta! —chilló. —Yo no le hice ningún daño.

Afuera empezaba a lloviznar. La calle y el pavimento de la acera brillaban bajo las primeras gotas de lluvia. Dentro, el silencio se veía roto por el tictac de un reloj de pared. La chica escondió la cara entre las manos.

—Estábamos muy nerviosos —dijo tensamente. —A él... se le ocurrió dispararle con la pistola que había en el cajón de la farmacia. Ya no podía hacerle daño, ¿comprende? Ella estaba muerta. Así podría alejar las sospechas hacia un posible ladrón. Entre los dos revolvimos la casa, y él me dijo luego que saliera y fuera a casa de una amiga, que él me recogería allí. Se quedó solo, y entonces debió de disparar. Luego... me parece que tiró la pistola desde el tren, pero no me dijo nada.

El policía la escuchaba, atónito. Le asombraba la tranquilidad con que un par de jovencitos podían jugar con cosas tan serias

—¿No pensaron que eso era un delito muy grave? Como poco, estaban entorpeciendo la acción de la justicia al acumular pruebas falsas. Es increíble —añadió, en tono de reproche. —¿No pensaron que alguien podía oír el disparo, y acudir? —Ella habló con voz cansada.

—Pusimos muy alta la televisión. —Él asintió.

—Luego, a quemarropa, su novio disparó sobre la infeliz que estaba caída. Una idea brillante, pero no va a serviros de nada: soy mayorcito para creer en cuentos chinos. —Ella saltó en el asiento.

—¡Le estoy diciendo la verdad!

El inspector no contestó. Le indicó a la chica que cogiera las cosas que necesitara, y un policía la acompañó a su habitación. Estaba arreglada con cierta coquetería, y había varios muñecos de fieltro colgados de la pared. La ventana daba al patio, frente a la cocina, y la luz de fuera bañaba la colcha rosa.

Mientras ella recogía sus cosas, el inspector trató de interrogar al muchacho. Pero no consiguió de él una sola palabra: se encerró en un mutismo total, como si conociera muy bien sus derechos. Sólo se alteró cuando supo que iban a detener a su novia.

—Ella no ha hecho nada —dijo torvamente. El policía levantó ambas manos.

—Tú verás —suspiró. —Por lo pronto, vais a ir los dos a la cárcel.

Él guardó silencio de nuevo y se limitó a mirar al suelo con el ceño fruncido. Era un muchacho más bien bajo, pero tenía un rostro inteligente y unos hermosos ojos. El inspector llamó aparte a su ayudante.

—No sé qué pensar —comentó en voz baja. —Tenemos a dos sospechosos, pero no estoy satisfecho. ¿Por qué la mujer no sangró por la herida de la cabeza? Eso concuerda con la declaración de la chica. Un disparo hecho a quemarropa tiene que producir una gran hemorragia, a menos... que la víctima esté muerta de antes. En fin, habrá que aguardar el informe del forense —gruñó.

***

No había pasado una hora desde que volvieron a la comisaría cuando el forense se presentó en persona. Llevaba en la mano un cigarro puro a medio consumir, y la cicatriz que le cruzaba la mejilla le daba la apariencia de un gángster de película. Al tiempo de entrar en el despacho, los otros distinguieron el olor a formol que solía acompañarlo.

—Envenenada con cianuro —dijo sin saludar. —El inspector asintió.

—Imaginaba algo parecido. Coincide con la declaración de la muchacha de que el tiro no se efectuó en vida. Aunque tampoco demuestra su inocencia, porque ella misma pudo envenenar a su tía.

El ayudante entraba con unos papeles en la mano, y se detuvo al ver al forense.

—Ah, perdonen —se disculpó.

—No importa. ¿Qué hay?

—Sabemos de dónde procede la llave. Se ha comprobado que corresponde a un casillero de la estación de autobuses.

—Está muy bien —dijo el inspector. —¿Han comprobado lo que había dentro? —El otro le tendió un papel.

—Aquí tiene el inventario —dijo. —Había una maleta de fabricación extranjera, con ropa de hombre, también comprada en el extranjero. Lo mismo ocurría con algunos objetos personales. No hemos encontrado ningún documento de identificación. Es una ropa llamativa, que pertenece a un hombre alto y corpulento, con bastante mal gusto para vestir. Además, la ropa es de mala calidad. —El inspector parecía muy interesado.

—La habrán dejado como estaba, ¿verdad? —Él asintió.

—Naturalmente. Uno de los nuestros está vigilando el lugar.

Iremos para allá —indicó el policía. —Esto se pone interesante. —El forense movió la cabeza.

—No dejo de pensar por qué, haciendo calor, habían encendido la cocina. ¿Estaría la farmacéutica quemando algo y la sorprendieron haciéndolo? ¿Una carta, quizá? —El ayudante intervino.

—Hay otra cosa importante —dijo. —Hemos averiguado que ella estuvo casada hace tiempo con un tipo que se sospecha cometió un desfalco. No pudo probarse, y él huyó al extranjero. —El forense sacudió la ceniza en un cenicero de latón.

—Es posible que haya vuelto —dijo. —Tendrían que localizar al hombre de la maleta, a ver cómo justificaba su presencia en la farmacia.

El inspector asintió. A su vez, había extraído un cigarrillo negro de una cajetilla, y le ofreció otro al subordinado. Habló con expresión pensativa:

—Al parecer, la mujer tenía un carácter dominante y muy rígido. Precisamente, la tarde del crimen se había maquillado contra su costumbre, y llevaba puestas unas medias finas y zapatos de tacón. Según la asistenta solía estar en casa con una simple bata de farmacia y unos zapatos ortopédicos. Quizá se había preparado para recibir una visita importante. —El ayudante hizo un gesto de duda.

—Según las noticias que tenemos, ella lo odiaba por haberla abandonado. Debía estar bastante amargada y lo pagaba con la sobrina y el novio. —El inspector se puso en pie.

—Bien, vámonos. —El forense se había hecho a un lado.

—No puedo acompañarle ahora, tengo cosas que hacer. Pero me gustaría que me mantuviera informado: siento mucha curiosidad.

—Así lo haré —prometió el policía.

Cuando llegaron a la estación de autobuses, el sonido de los altavoces atronaba el recinto, con un parloteo ininteligible. En las dos plantas abarrotadas la gente iba y venía con prisa, tomando las escaleras mecánicas. El sol se filtraba por unos altos ventanales, y algunos viajeros curioseaban los quioscos de dulces, bocadillos o revistas.

—Es por ahí —indicó el ayudante.

Dejaron a un lado las máquinas expendedoras de tabaco y bebidas, y se dirigieron a una fila de casilleros grises. Algunos tenían puesta la llave, con el mango recubierto de plástico azul. El inspector buscó un lugar donde vigilar sin ser visto, y se dispuso a esperar. Su ayudante tomó a su vez posiciones. Desde su escondite podían divisar el quiosco de información que ocupaba el centro del vestíbulo, y estaba atendido por una funcionaria de cabello canoso.

—Usted vaya allí —le indicó el inspector al compañero. —Puede observarlo todo desde detrás del quiosco.

Él así lo hizo, y simuló estar leyendo el periódico apoyado en una columna. De cuando en cuando daba un vistazo a su jefe, a los casilleros grises y a la mujer de la ventanilla de información. Le estaban doliendo ya los pies cuando algo lo sobresaltó: un hombre muy alto y robusto, vestido con una chaqueta a cuadros llamativos, se aproximó a la ventanilla. Le preguntó algo a la mujer y ella asintió, señalando a un compañero con el uniforme de ferroviario que aguardaba cerca, con las manos a la espalda.

—Es él —pensaron a la vez los dos policías. Era un sujeto de apariencia brutal, de unos cincuenta años. Llevaba bigote y una barba muy mal cuidada, que le daba un aspecto

sucio.

El encargado de los casilleros lo estuvo atendiendo, y luego abrió una puertecilla con la llave maestra. El hombre sacó la maleta.

—Es ésta —le oyeron decir.

El ayudante estaba tenso; vio cómo su jefe caminaba a grandes pasos hacia los casilleros y él lo imitó. Cuando estuvo a su lado, palpó en el bolsillo las esposas que llevaba preparadas. El inspector le puso al hombre una mano en el brazo.

—Tendrá que acompañarnos —dijo. Él se volvió, sobresaltado.

—¿Qué ocurre? —chilló. —La maleta es mía, puedo demostrarlo. He perdido la llave, pero puedo decirles todo lo que contiene. —El inspector le mostró la pequeña llave en la palma de la mano.

—¿Es ésta? —dijo. —Lo comprobaremos.

Ante la mirada atenta del funcionario accionó suavemente la cerradura del casillero que se abrió con un chasquido. El viajero miró hacia la salida, pero los dos hombres se la bloqueaban, y optó por dejar la maleta en el suelo. El policía joven aprovechó para colocarle las esposas, que se cerraron sobre sus muñecas, sin que nadie en la estación se hubiera percatado de ello.

—Tendrá que acompañarnos —dijo el inspector. —Sospecha de asesinato. —Él pegó un respingo.

—¡Qué dice! Soy súbdito extranjero, y ustedes no tienen derecho a detenerme. Me quejaré ante mi embajada. —El inspector sonrió.

—Hágalo —dijo. —Para empezar, puede buscarse un buen abogado.

El funcionario se mantenía al margen, observando al hombre con curiosidad.

—Gracias —le dijo el policía. —Ahora nos vamos.

Subieron a un coche que los estaba aguardando a la puerta de la estación de autobuses. Lo conducía un muchacho joven con el pelo muy rubio, y los tres hombres se situaron en el asiento de atrás. El viajero iba en medio, y estaba muy pálido. El inspector le indicó algo en voz baja al conductor, y él asintió.

—De acuerdo —dijo, y tomó una dirección opuesta a la de la comisaría. Después de recorrer varias calles detuvo el vehículo frente a la fachada de la farmacia. El cuerpo del viajero se tensó, pero no dijo nada. El inspector le indicó que bajara del coche.

—¿Conoce este lugar? —le preguntó. Él se encogió de hombros.

—¿Por qué tenía que conocerlo? —dijo en tono agresivo. —Yo no soy de aquí. —El inspector sonrió apenas.

—Porque hemos encontrado ahí dentro la llave de su casillero. Exactamente, debajo de la mesa, junto a una mujer a la que habían asesinado. —Él habló roncamente.

—No sé de qué me habla. No tienen derecho a retenerme. —El policía sonrió.

—Eso lo veremos —dijo, abriendo la puerta de la farmacia. Fue hacia el pasillo, seguido por los dos hombres y el conductor con la maleta, y añadió sin volverse: — De momento vamos a registrarle, y le aconsejo que no oponga resistencia. Puede que le encontremos encima algo interesante.

Él intentó revolverse, pero el ayudante se lo impidió. Una vez dentro de la cocina abrieron la maleta: lógicamente, hallaron los objetos que habían sido previamente anotados. Luego, siguieron con el traje del hombre. Del bolsillo exterior de la chaqueta el inspector extrajo un pequeño objeto blanco y esférico. Se lo mostró al ayudante.

—Es una perla —indicó. —El hombre arrugó el ceño: saltaba a la vista que desconocía la existencia de aquel pequeño objeto en su bolsillo.

—¿Una perla? —gruñó. —No sé cómo puede haber llegado hasta ahí. Yo no gasto esa clase de cosas. —El inspector la tomó con la punta de los dedos y la observó de cerca.

—Pertenece a un collar de mujer —indicó. —Es una perla falsa.

El hombre estaba de pie en medio de la cocina, con las piernas separadas. Parecía un animal a punto de saltar. El policía más joven sacó la pistola.

—No se le ocurra moverse —le dijo. —No me gustaría estropearle la ropa.

Siguió registrándole, y sacó del bolsillo del pantalón un frasco pequeño, con una etiqueta de gotas para los ojos. El inspector lo abrió y se lo acercó a la nariz.

—¿Tiene los ojos malos? —preguntó. El hombre pareció sobresaltarse.

—Se me han irritado en el viaje —contestó. El policía le tendió el frasco.

—Póngase unas gotas en los ojos —indicó, y él retrocedió un paso.

—No hace falta —dijo. —Ya los tengo mejor.

El ayudante le tendió a su jefe una pequeña libreta que había sacado del bolsillo del sospechoso. Él se la cambió por el pequeño frasco abierto, mientras por la pieza se extendía el inconfundible olor a almendras amargas.

—Coincide la letra con la del cuaderno quemado —dijo él. —Es la misma, aunque está ahora un poco deformada.

Guardó el cuaderno y volvió a observar la perla atentamente. Habló muy despacio.

—Esta perla saltó del collar de la muerta —observó. —Sin duda, al forcejear con su asesino. Hemos encontrado otras iguales esparcidas por esta cocina, donde la mataron. En el mismo lugar donde el asesino perdió la llave del casillero en que había guardado su equipaje.

La mandíbula del hombre estaba tensa, pero, aún así, no se movió. Una vena comenzó a latir fuertemente en su sien.

—Yo no sé nada —dijo.

Hubo un corto silencio. El inspector estaba revisando los documentos que el hombre llevaba en la cartera. Tenía pasaporte tunecino y algún dinero de aquel país, junto con billetes europeos guardados en un sobre con el membrete de un hotel de segunda categoría.

—Espero que haya conservado el resguardo del cambio de moneda —indicó. El hombre negó con la cabeza.

—No creí que fuera necesario. En cuanto cambié, me desprendí de él.

Parecía cansado, pero el inspector no le indicó que se sentara. Él, en cambio, lo hizo junto a la puerta, mientras el ayudante salía un momento. Desde la calle llegó el sonido de un claxon. Luego el ayudante volvió, y dejó el pequeño frasco abierto sobre la mesa. De un movimiento rápido el hombre lo cogió y se bebió todo su contenido. El inspector no se movió.

—Mi compañero se ha encargado de cambiar el cianhídrico por agua del grifo —dijo, sonriendo.

El hombre parecía haber recibido un golpe en la frente; se tambaleó, y miró el pequeño frasco con el rótulo de unas inofensivas gotas para los ojos. Lo arrojó al suelo lejos de sí.

—Creyó que era cianuro, ¿verdad? El mismo producto con que mató a su esposa.

El hombre estaba lívido. De pronto, parecía haberse derrumbado. Hizo un gesto de desesperación.

—Siempre he tenido mala suerte —masculló.

Es mejor que lo confiese todo —dijo el inspector con suavidad. —Será mucho mejor para usted. Estuvo casado con ella, ¿verdad?

Él se dejó caer en una silla, junto a la mesa. Tenía el rostro demudado.

—Eso fue hace mucho tiempo —declaró. —Más de veinte años.

—Es cierto —afirmó el inspector. —Y, ¿por qué ha vuelto ahora? Bien, yo se lo diré: sabía que ella había hecho dinero, y usted lo necesitaba. Sin duda, ella guardaba todavía los libros que probaban el desfalco que usted hizo. Debía conservarlos como una baza contra usted, a quien odiaba por haberla abandonado.

El hombre se removió en el asiento, pero no dijo nada. El policía siguió:

—Corríjame si me equivoco. Usted vuelve aquí, y la visita. Quizá se informa antes de su número de teléfono, y la llama anunciándose. Ella lo cita en la trastienda el sábado por la tarde, cuando la farmacia está cerrada.

Hubo un tenso silencio que duró unos segundos. Las manos del hombre manoseaban las esposas, y su mirada estaba fija en el tablero de la mesa. El policía siguió hablando despacio.

—Usted había vuelto, además, en una especie de reto —dijo. —No sé si a vivir con ella, pero desde luego no contó con el carácter de su esposa, que no olvidaba nunca. —Los nudillos del hombre crujieron.

—Maldita —masculló. El policía aspiró hondo.

—Ella lo reconoció enseguida, a pesar de su nuevo aspecto —dijo. —Entonces, usted le propuso quedarse... ¿o directamente le pidió el dinero? Imagino que su mujer se negaría a entregarle un solo céntimo.

El hombre permaneció callado y él lo miró fijamente.

—Y no sólo eso —insistió. —Posiblemente, ella lo amenazó con entregar los libros a la policía. —El hombre se llevó a la frente las manos esposadas.

—Maldita sea —repitió sordamente. —Me mandó al infierno por las buenas, sin darme una oportunidad. Yo estaba decidido a llevarla conmigo, y pensaba que sentiría algo por mí. Estoy demasiado cansado —suspiró. El inspector chasqueó la lengua.

—Ya —dijo. El otro siguió hablando en voz baja.

—La muy perra, fue a buscar los cuadernos para restregármelos por la cara. Todavía los conservaba, guardados en la farmacia. ¿No es increíble? —gimió. El inspector habló con seriedad.

—¿Llevaba preparado el frasco de cianhídrico? Tuvo tiempo para empapar su pañuelo

en él, y aplicárselo en la cara hasta que murió.

El hombre se puso en pie de un salto, provocando la alarma de los dos policías. Alzó las dos manos, unidas por las esposas.

—¡Ella tuvo la culpa! —chilló. —Nunca he consentido que nadie me amenace. Es verdad, llevaba el veneno por lo que pudiera suceder. Pero para mí, no para ella. Fue ella quien me obligó a utilizarlo. —El policía movió la cabeza. Parecía apesadumbrado.

—Encendió usted la cocina de carbón, y quemó en ella el pañuelo y los libros. —El hombre le lanzó una torva mirada.

—Es usted muy listo, ¿no se lo han dicho nunca? —Él hizo como que no había oído el sarcasmo.

—Siéntese —ordenó. —Tengo que decirle una cosa. En realidad, la perla no estaba en su bolsillo, fue mi ayudante quien la puso allí. Es un truco viejo, pero suele dar buen resultado.

El hombre se estremeció. Se dejó caer nuevamente en la silla como un muñeco de trapo, mientras el otro proseguía:

—Usted robó la caja de la farmacia, y salió a la calle procurando que nadie lo viera. Al principio logró confundirnos: la sobrina de su esposa era la sospechosa ideal... hasta que dimos con el dueño de la llave. Nada menos que un marido que ahora volvía... de ultratumba. La pobre muchacha merece una explicación, aunque espero que escarmiente con esto. No se puede ir por la vida tratando de engañar a la ley. En cuanto a usted, le repito que busque a un buen abogado. Sospecho que va a necesitarlo.

EL MUSEO

El arqueólogo, echado hacia atrás en su asiento, observó a través de los visillos de malla del balcón la calle transitada, los peatones que pasaban deprisa o se detenían ante los escaparates. Luego, su mirada volvió al interior de su propia vivienda, resbalando sobre los altos techos y el papel floreado de la pared, que no se había sustituido desde su primer matrimonio. Lo cierto era que en la casa se respiraba un aire añejo y triste, lo que explicaba que su actual y joven esposa pasara fuera la mayor parte del día.

—Tendría que renovar el mobiliario —suspiró, mirando el gran aparador de un estilo español anticuado, que sostenía unas antiguas piezas de plata labrada.

Se observó en el espejo que había en la pared, y no le satisfizo lo que vio. En tiempos había sido un hombre de buena apariencia, con un éxito relativo entre las mujeres; pero ahora ya había cumplido los sesenta, y tenía que confesarse que estaba muy avejentado. Su cabello, antes abundante, era escaso y canoso, y su rostro se había sumido desde que se vio obligado a usar dentadura postiza. El hombre suspiró.

—No es raro que me engañe —suspiró. — Tengo la culpa, por haberme casado a mis años con una mujer joven y bonita.

Pese a las protestas de ella, había querido conservar la foto de su primera boda. Entonces tenía treinta años menos, y aparecía junto a una jovencita de gesto bondadoso. Él era un hombre apuesto, casi guapo. Lástima que ella no le hubiera dado ningún hijo antes de morir.

—Qué bajo he caído —se dijo. Una voz femenina a su espalda lo sobresaltó.

—Voy a ducharme —le dijo ella. —¿Te importa enjabonarme la espalda?

Giró en el asiento y miró a su mujer. Era una muchacha atractiva que acababa de cumplir veinticinco años. Llevaba la melena rubia sujeta en la nuca y lo miraba con sus grandes ojos azules, donde él creyó advertir una expresión de burla. Estaba vestida con un salto de cama casi transparente, que dejaba más que adivinar su bonita figura. Él vaciló un momento, y luego se puso en pie.

—Voy... voy— le dijo, y ella lo atajó con un gesto.

—Te avisaré —indicó. —Mientras, no me molestes.

—Descuida —contestó el hombre con tristeza.

La cabeza le daba vueltas. Eran las diez de la mañana de un martes, día en que se cerraba al público el museo del que era director. Allí solía refugiarse el resto de la semana, incluso los domingos, olvidando su vida y su infortunado matrimonio. Hasta que supo que ella se veía con el ayudante del museo.

—Tengo que hacer algo —masculló. —Maldita sea.

Tenía que haber previsto lo que iba a pasar, antes de proponerle el matrimonio a una mujer a quien casi triplicaba la edad. Pero el primer día, cuando ella llegó de visita al museo, se quedó de tal forma impresionado que no podía dejar de mirarla.

—Me encanta —había dicho ella con un gracioso gesto. —Me gusta trasladarme a los tiempos antiguos, a otras civilizaciones...

Él le explicó personalmente el contenido de las salas. Ella se había detenido en la sección de la antigua Grecia, donde se mostraban pequeñas ánforas y objetos de un cristal traslúcido. Luego se quedó plantada ante la estatua de mármol de un joven luchador.

—¿Todos los hombres eran así de guapos? —preguntó, riendo.

Sin saber por qué, él se sintió molesto. Desde que la vio entrar en el museo se había sentido rejuvenecer; era una sensación nueva y agradable. Lo que más había llamado su atención era el rubio cabello, que llevaba peinado en un bonito moño italiano. Ella había parecido leer su pensamiento.

—No suelo peinarme de esta forma —le dijo. —Me hace mayor.

Luego había vuelto varias veces, y siempre lo subyugaba su gran vitalidad. Vestía siempre de manera informal, y no se maquillaba en absoluto. Empezaron a tutearse, y un día ella se le quedó mirando con sus ojos azules.

—Me recuerdas a un actor de cine —le dijo. Él se ruborizó.

—Bastante trasnochado, seguro —le dijo, y ella protestó.

—De ninguna manera. Eres un tipo distinguido. Seguro que eres de muy buena familia.

Él no pudo por menos que echarse a reír. Aquel día, ella salió la última del museo, y él

se ofreció a acompañarla. La chica aceptó. Luego, las cosas vinieron rodadas. Antes de darse cuenta, le había pedido que se casara con él.

—Sé que puedo ser tu padre —le dijo. —Pero me harías muy feliz.

Se casaron a los pocos meses. Ella llevaba un vestido rosado, y él parecía rejuvenecido. Pero la noche de bodas no resultó como él había soñado.

—No te preocupes —dijo, curiosamente, ella. —Esas cosas pueden suceder. Mañana será diferente.

Pero no lo fue. Luego, él mismo le había presentado a su ayudante en el museo. La idea lo atormentaba a menudo. Era un hombre con un indudable atractivo y acababa de cumplir los treinta. En realidad había ocurrido lo inevitable, pensó. La voz de ella lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Vienes? —lo llamó desde el cuarto de baño. —Ya estoy dispuesta.

Él se estremeció. A veces, pensaba que ella trataba de provocarlo con una especie de cruel picardía, sabiendo de antemano el triste resultado de sus coqueteos.

—Ya voy, ya voy.

De paso al baño tuvo que entrar en el dormitorio. Encima de la descalzadora estaba la plancha eléctrica y la cogió para colocarla en su sitio. De pronto, una idea se abrió paso en su mente, asustándolo. Miró la plancha que tenía en la mano.

—No puedo hacerlo —musitó. —No puedo.

Era una idea diabólica, quizá sugerida por el recuerdo de alguna vieja película. Del baño llegaba un aroma de pino, que le recordó dolorosamente el cuerpo de ella. La oyó chapotear en el agua, canturreando. Entró en el baño, y la vio de espaldas. Sin que ella se percatara conectó la plancha en el enchufe que había junto al lavabo, cerca de la bañera, y la dejó en el suelo. Ella dejó de canturrear y habló sin volverse.

—¿Qué te pasa? Creí que te gustaba. Por cierto, alcánzame el champú, que está en la repisa.

Él notó unas profundas náuseas. No era odio lo que sentía, sino una mezcla de pasión y de impotencia. Hizo lo que la mujer le pedía y miró la plancha de pasada. Tenía que aparentar naturalidad.

—¿Te lavo la cabeza?—preguntó. Ella se volvió, extrañada.

—¿Qué dices? —preguntó, divertida. El hombre miró su cuerpo blanco y sus senos casi infantiles. El corazón le golpeó en el pecho.

—Vuélvete —dijo. —Voy a enjabonarte.

Se agachó y cogió la plancha, que estaba ya caliente. Tiró del cordón extensible, y sin desenchufarla la dejó caer en el agua jabonosa. Se dio cuenta de que ella lo había visto, porque abrió mucho los ojos.

—Pero, ¿qué haces? —comenzó a decir. Hubo un chispazo que lo deslumbró. La chica se estremeció un momento, y luego cayó, doblada, contra el fondo de la bañera, mientras su cabello flotaba. En una pantorrilla mostraba un triángulo enrojecido, donde la plancha había rozado. Como en un sueño, el hombre desenchufó la plancha y la sacó del baño.

—Tengo que ocultar la quemadura —se dijo.

Soltó el agua caliente y dejó que la bañera se llenara, hasta que el cuarto se llenó de vapor. El cuerpo de ella iba tomando un tono rojizo, y él no podía apartar la mirada de su boca abierta, de los ojos semicerrados y el cabello rubio y húmedo.

—Tendré que desprenderme de la plancha —pensó.

Sabía que estaría fundida, pero, aún así, lo comprobó. Tuvo que cambiar los plomos. Se vistió rápidamente y guardó la plancha en una bolsa; previamente, le había quitado el cordón que se había mojado en la bañera. Sabía que en la esquina había un taller donde reparaban electrodomésticos, y allí se dirigió. El dueño del establecimiento tomó la plancha en la mano.

—No la tendré hasta dentro de cinco días —indicó. —Tengo mucho trabajo atrasado. ¿Me dice su nombre, por favor?

Garabateó el nombre en un papel y le entregó el resguardo. Él dio las gracias y abandonó el local. Cuando llegó a su casa, entró directamente en el baño: el cuerpo había adquirido un tono cárdeno en la parte que estaba sumergida, y el resto en cambio era del color de la cera. Volvió al comedor. Su mano temblaba cuando cogió el teléfono, y un médico de urgencia contestó al otro lado. Él habló con voz ronca.

—Se trata de mi esposa —le dijo. —La he encontrado sin conocimiento, dentro de la bañera. Venga cuanto antes, por favor.

Tardó cinco minutos en llegar. Él le abrió la puerta y lo precedió hasta el cuarto de baño. El médico estuvo auscultando a la joven, y luego lo miró.

—Está muerta —le dijo. Él parecía asombrado.

—¿Qué me dice? —casi gritó.— No puede ser, no puedo creerlo.

—Lo siento, pero está muerta —repitió el médico, enderezándose. — Un paro cardiaco. —Él lo cogió del brazo.

—¿Ha sufrido? —preguntó. El médico negó con la cabeza.

—En absoluto —dijo. —Ha sido repentino. Le ha fallado el corazón.

El certificado fue de muerte por colapso, por fibrilación auricular. Al entierro asistió poca gente: la chica no tenía parientes cercanos y, en cuanto a él, su única hermana no lo trataba desde que se casó por segunda vez. Por su carácter retraído, tuvo pocas cartas de pésame. En el acto lo acompañaron el portero de la casa, el conserje y el ayudante del museo. El rostro de éste parecía de piedra.

—Ha sido terrible, una mujer tan joven— le dijo el marido, apretando su mano como si en realidad fuese el otro el viudo. —Ya le había advertido que no se bañara con el agua tan caliente.

El muchacho estaba abrumado, aunque trataba de ocultar una tristeza demasiado profunda, que hubiera podido delatarlo. Fue a decir algo, pero prefirió guardar silencio.

—Es la vida —dijo el conserje, palmeando a su jefe en la espalda. En cuanto al portero, se ofreció para lo que el hombre necesitara.

—Gracias —le dijo él. —Lo tendré en cuenta.

Los meses siguientes se le hicieron eternos. A cada paso, la imagen de la muchacha muerta se le hacía presente, tanto en sueños como durante la vigilia. Volvía a verla con el salto de cama semitransparente, con los cabellos rubios sujetos en la nuca, con su atractiva sonrisa. Pero luego se le representaba en la bañera, con el pelo mojado y los ojos entreabiertos, los dientes menudos asomando bajo el labio superior, y su piel blanca enrojecida por el agua caliente...

—Tiene los nervios destrozados —decía el conserje del museo. —La muerte de su segunda mujer ha acabado de hundirlo. Parece que no puede dormir, y anda todo el día como un alma en pena.

Aquella tarde estaba especialmente deprimido. No podía soportar la idea de que su ayudante, aquel mequetrefe que había sido el culpable de todos sus males, no pagara el daño que le había hecho.

—No puedo dejarlo impune —se repetía una y otra vez. —Tengo que vengarme. Pagará muy caro lo que me hizo.

Estuvo cavilando algún tiempo, hasta que por fin pensó tenerlo todo muy bien planeado. La tarde se le hizo interminable hasta que dieron las ocho y media, hora en que el museo se cerraba al público. El ayudante y el conserje solían salir un cuarto de hora después, mientras que él solía quedarse hasta las nueve, echando él mismo el cerrojo de la puerta principal. Iban a ser las nueve menos veinticinco, cuando sonó el interfono en el despacho del ayudante.

—¿Puede venir? —le dijo el director. El otro asintió.

—Voy enseguida —dijo.

No habían pasado dos minutos cuando se habían enzarzado en una violenta discusión. El conserje no tenía ganas de problemas. Se había quitado el uniforme azul marino que le daba tanto calor, y lo cambió por sus ropas frescas de calle. Dio un vistazo a las salas, a los viejos sarcófagos y a las momias polvorientas. Había en las paredes fotografías color sepia de enterramientos etruscos, romanos y griegos. Miró su reloj de bolsillo y vio que iban a ser las nueve menos cuarto. Estuvo cerrando las ventanas mientras oía las voces airadas de los dos hombres en el despacho del director.

—Hoy tenemos tormenta —se dijo. —Será por el calor.

Tiró del gran portón que se cerró con un sonido sordo, y se fue andando por la acera. Cuando la puerta volvió a abrirse dejando salir al ayudante, la expresión de éste era tormentosa. Sus ojos mostraban un brillo especial, que no auguraba nada bueno. El reloj de la plaza no había dado las nueve todavía cuando logró coger el autobús, y lo tomó como si hubiera sido el último avión que pudiera sacarlo de una isla en llamas.

***

Eran las ocho de la mañana del siguiente día cuando el conserje llegó, cojeando ligeramente, hasta la puerta del museo. El edificio semejaba un pequeño templete construido en estilo neoclásico, como él solía repetir varias veces día a los escasos visitantes, con planta baja, sótano y un piso superior. Las altas contraventanas permanecían casi siempre cerradas, como si las tablillas de madera quisieran proteger de la excesiva luz el contenido del museo. Subió la docena de escalones que lo llevaban hasta la puerta principal, que era grande y muy sólida.

Lo primero que llamó su atención fue que el cerrojo de seguridad no estuviera echado, ya que el director se encargaba personalmente cada noche de cerrarlo, y él tenía que abrirlo con su llave por la mañana. Entró en el vestíbulo con cierto pesar, ya que el día se prometía espléndido, y él hubiera preferido con mucho marcharse a pescar. Saludó a la momia que en un rincón reposaba en su urna de cristal, y dio un vistazo a la primera sala, donde todo se encontraba en orden. Contra su costumbre, se acercó a hora tan temprana al despacho del director. Pero no pasó del umbral, donde lanzó una exclamación sorda.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó, acercándose.

El hombre estaba de bruces contra la mesa del despacho, aparentemente dormido. El conserje rodeó la mesa y se quedó sin respiración: claramente vio que el director tenía un tiro en la nuca, y de allí se había escapado la sangre ya seca, que manchaba la blanca camisa y salpicaba el respaldo del sillón. Sin pensarlo dos veces, el conserje se abalanzó al teléfono. Dio su nombre y las señas del museo.

—Vengan enseguida —tartamudeó. —El director está muerto.

No habían pasado diez minutos cuando un coche patrulla se detuvo a la puerta, llevando a un inspector y dos ayudantes. El conserje los aguardaba en lo alto de las escaleras. Parecía muy nervioso, y estaba pálido. Los condujo al despacho, y estuvo contestando a sus preguntas con voz áspera y seca. Dijo haber salido del museo a las nueve menos cuarto de la noche, y sabía que el director estaba vivo, porque discutía con su ayudante.

—¿No se llevaban bien? —preguntó el policía. Él se encogió de hombros.

—Ni fú ni fá.

Una mujer desgarbada había burlado la vigilancia del policía de la calle, y logró introducirse casi hasta el despacho. La detuvo un ayudante del inspector.

—No puede entrar ahí —le dijo, interponiéndose. — Salga fuera. —Ella lo miró, indignada.

—Vaya modales. Vivo ahí al lado, y no quiero más que ayudar. ¿Qué es lo que ha pasado, para que venga la policía? ¿Es que han robado en el museo? En estos tiempos, nadie puede estar seguro. —El otro ignoró su pregunta.

—Despeje —ordenó. —Salga, está estorbando aquí.

Ella abandonó el edificio a regañadientes, diciendo algo acerca de los derechos y deberes del ciudadano. En ese momento llegaba el médico forense en un segundo automóvil, acompañando al juez. Ambos fueron conducidos al lugar del suceso. El despacho del director estaba en el piso bajo, no lejos de la entrada principal. Las persianas entrecerradas dejaban entrar una débil luz del exterior. Olía a cerrado y a productos utilizados en la conservación de las piezas del museo. El inspector dio un vistazo a las cortinas de terciopelo gris y a una alfombra bastante desgastada. La mesa era antigua, de estilo Imperio, con esquinas rematadas en bronce. Pendía del techo una lámpara de bronce de cinco brazos, que permanecía encendida. La mesa parecía muy ordenada, y había sobre ella una segunda lámpara con pantalla de oscuro pergamino. Estaba apagada.

—Tenemos ya las fotografías —indicó el inspector. —Se están tomando las huellas dactilares. Hemos encontrado una pistola en el suelo, a la izquierda del cuerpo.

El juez asintió. El forense reconoció superficialmente el cadáver y le calculó al hombre sesenta años, por lo menos. Se fijó en las cejas erizadas, de donde surgían algunos pelos canosos.

—Este hombre lleva muerto casi doce horas —dijo, moviendo la cabeza. — La muerte no debió ocurrir mucho después de las nueve de la noche, o quizás algo antes. Observen, el disparo del arma le ha entrado en la nuca por el lado izquierdo.

Era tan obvio, que nadie dijo nada.

—¿Puede ser un suicidio? —preguntó el inspector. Él hizo un gesto vago.

Desde luego, el disparo no está en el lugar típico del suicidio — observó. —Éste suele ser en la sien derecha, o bien en la frente o en la boca. Pocas veces ocurre en el corazón: al sujeto le da miedo fallar. En cuanto a este disparo, podía haberlo efectuado él mismo en el caso de que fuera zurdo. — El inspector negó con la cabeza.

—No lo era. El muerto no era zurdo, ya que parece que al morir estaba escribiendo el informe diario del museo, que está sobre la mesa. Sostenía la estilográfica con la mano derecha, y al parecer la izquierda la usaba para limpiarse el sudor con el pañuelo.

El juez observó al hombre: estaba bien vestido, con una chaqueta oscura a juego con el pantalón, y una corbata a rayas discretas. La sangre había corrido por las profundas arrugas de su cuello. Parecía un tipo que siempre conservara las formas, a pesar del calor. Según dijo el conserje, solía llevar en el bolsillo de la chaqueta un pañuelo blanco, que ahora estaba caído en la mesa bajo su mano izquierda. Alzando la mirada, el juez se encaró con el

inspector.

—¿Qué le parece? —dijo. —¿Piensa que le disparó un desconocido? —Él aspiró hondo.

—No lo creo —contestó. —No hay señales de lucha, y ningún desconocido se hubiera colocado por las buenas detrás del sillón del director. Debió ser alguien de la casa, alguien que fingía buscar algo en la estantería que hay detrás del sillón.

—Veamos el arma —dijo el juez. El inspector hizo una seña a su ayudante, quien le tendió un objeto metido en una bolsa de plástico transparente. Él se la mostró, sin sacarla del plástico.

—Hay otra cosa curiosa —dijo. —La dentadura postiza del muerto estaba encima de la mesa, junto a un manojo de llaves. —El juez arqueó las cejas, pero no dijo nada, y él continuó: —En la mano del muerto no hay huellas de pólvora, inevitables al disparar.

—¿Alguna cosa más? —preguntó el juez, interesado. Él consultó una pequeña libreta.

—Había unos fósforos en el cenicero. No pertenecían a la víctima, porque hemos hallado un mechero en su bolsillo. —El juez resopló.

—Habrá que comprobar quién usa aquí ese tipo de cerillas.

El conserje estaba fuera, hablando con dos policías de uniforme. Se había puesto ya el traje azul marino, y llevaba también un pañuelo doblado en el bolsillo exterior de la chaqueta. El inspector salió un momento y le habló en voz baja. Le preguntó que si usaba cerillas para fumar, y él negó con firmeza.

—Ni cerillas, ni nada —dijo roncamente. —Qué más quisiera yo, hace quince años que el médico no me deja fumar. ¿Dice cerillas? Pueden ser del ayudante. Él sí que las usa, y va dejándolas por todos lados.

El inspector lo escrutó con la mirada. El conserje era un hombre entrado en años, con aire agitanado. Su cabello y sus cejas eran negros todavía, y tenía las orejas separadas y grandes, y unas manos anchas con las uñas muy cortas.

—¿A qué hora llega el ayudante? —Él contestó con una mueca.

—Depende —dijo. —No tiene hora fija de llegar. —El inspector le mostró la bolsa de plástico, a través de la cual se veía claramente la pistola.

—¿La conoce? —le preguntó, mirándolo. El hombre pareció sorprendido.

—Claro que la conozco. Es del ayudante del museo. La usa para tirar al blanco.

Ese día, el ayudante se retrasó casi una hora. Eran las nueve de la mañana cuando llegó al museo. Era un hombre delgado, pero musculoso y muy ágil. Tenía la tez bronceada y los ojos verdosos, y llevaba pantalones vaqueros y una camiseta deportiva de manga corta. El inspector lo abordó a la entrada.

—¿Es suya esta pistola? —preguntó, mostrándola. Él trató de tomar el paquete en la mano, pero el otro se lo impidió. Él se mostró muy extrañado.

—Sí, es mía. Suelo aprovechar las horas de descanso del mediodía para acudir a un club de tiro y practicar un poco. —El inspector estaba serio.

—¿Cuándo la usó por última vez?

Él parecía confuso. Miró al interior y vio que había varios hombres ante el despacho de su jefe.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó, alarmado. Entró en un pequeño despacho y el policía lo siguió. Era una habitación amueblada con sencillez: tenía una mesa lisa con cajones, y ficheros con referencias de los objetos del museo. La ventana estaba entreabierta.

—No ha respondido a mi pregunta —dijo el inspector. Él contestó rápidamente.

—La guardé ayer a media tarde en el cajón. No suelo llevármela a casa, sino que la dejo en el museo. Tengo permiso de armas, todos aquí lo saben. Luego no he vuelto a tocarla. Pensaba utilizarla hoy. —En la voz del policía había un tinte irónico.

—Me temo que no podrá hacerlo —dijo. —¿Recuerda a qué hora salió ayer del museo? —Él estaba cada vez más extrañado y no trataba de disimularlo.

—No eran las nueve todavía —afirmó.

—¿Está seguro? —Él dijo que sí con la cabeza.

—El conserje acababa de salir, y el director del museo estaba todavía en su despacho. ¿Ocurre algo? —insistió.

—Casi nada —dijo el policía, mirándolo de frente. —Sólo, que lo hemos encontrado muerto esta mañana.

La cara del ayudante se tensó. Apretó los puños, hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

—No puedo creerlo —dijo sordamente. El otro sonrió.

—Pues tiene que creerlo. Sobre todo, teniendo en cuenta que es usted el principal

sospechoso hasta ahora. Le aconsejo que localice a un abogado y no haga ninguna declaración, si no quiere. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra.

El ayudante se dejó caer pesadamente en una silla. Fuera, se había formado un revuelo: la vecina estaba imprecando a un policía de uniforme, y hablaba accionando.

—No quieren oírme —protestó. —Y yo le aseguro que anoche oí un disparo. Pensé entonces que era el ruido de un tubo de escape, hasta que hace un momento he sabido lo que había pasado.

El inspector apareció en la puerta del museo. Había oído las últimas palabras de la mujer.

—¿Sabe la hora en que sonó el disparo? —preguntó desde arriba. Ella subió con ligereza los escalones.

—Claro que lo sé, con toda exactitud. Estaba esperando a mi hija y miré el reloj de cuco, que marcaba las nueve menos cinco. Poco después el cuco empezó a sonar. Y otra cosa les puedo decir: antes de morir la esposa del arqueólogo, vi desde mi balcón algún martes que el ayudante entraba con ella en el museo, cuando estaba cerrado al público. Entraban y salían por separado, pero yo sé que se reunían aquí.

Parecía muy orgullosa de su descubrimiento, y se consideraba importante al poderle suministrar a la policía una información tan jugosa. El inspector apoyó la mano en su antebrazo.

—Está bien —dijo. —Déle su nombre y dirección a uno de mis hombres, y la llamaremos a declarar cuando sea necesario. Ahora váyase, por favor.

Ella bajó taconeando los escalones y se fue por la acera hasta un portal contiguo al museo.

Dentro de éste, el ayudante se había sumido en un torvo silencio. Dio el teléfono de un abogado, y un policía de uniforme trató de localizarlo sin conseguirlo. Le dejó recado para que acudiera cuanto antes al juzgado de guardia.

—Es urgente —indicó.

El inspector volvió a interrogar al sospechoso, y él insistió en que cuando abandonó el museo, su jefe estaba vivo. Repitió que había salido antes de las nueve. Estaba seguro, porque el reloj de la plaza no había dado la hora cuando él tomó el autobús para su casa. El inspector hizo una seña a uno de los policías de uniforme. Luego se dirigió al ayudante.

—¿Discutió con su jefe? —preguntó con suavidad. Él pareció sobresaltado.

—Discutimos por cosas del museo —contestó. —Sé que no es de mi incumbencia, pero no pude evitarlo. A veces soy algo violento en mis palabras, pero hay cosas que no puedo aguantar.

—¿Hasta el punto de matar a su director? —dijo el inspector, entornando los ojos. —Comprenda, todas las circunstancias lo acusan. Me veo obligado a detenerlo como sospechoso de asesinato.

El ayudante había extraído un cigarrillo de una cajetilla. Sacó una caja de cerillas y lo encendió nerviosamente.

—Le juro que él estaba vivo cuando lo dejé —repitió.

No habían hecho más que regresar a la comisaría cuando el teléfono empezó a sonar.

—Es el informe del perito —le dijo un policía al inspector. —Dice que no es completo todavía, pero ya puede asegurar que no hay más que un juego de huellas en la pistola. Y todas pertenecen a la misma persona, a la última que tocó anoche el picaporte de la puerta principal. —El inspector habló con frialdad.

—El ayudante —dijo. —Todas las circunstancias se cierran sobre él.

***

A todas luces el móvil parecía personal, a pesar de estar muerta desde hacía meses la mujer implicada. Seguramente, el director del museo conocía la relación del ayudante con su esposa, y trataba de utilizar el dato para perjudicarlo de alguna manera. No era difícil, tratándose de un funcionario, que además era subordinado suyo. Podía haber hallado alguna prueba fehaciente del adulterio, y quizá le hubiera amenazado con abrirle expediente y expulsarlo del Cuerpo. Con eso, hubiera acabado su vida profesional.

El abogado resultó ser una mujer de unos cuarenta años. Tenía que haber sido guapa, y conservaba su aire distinguido. Llevaba el cabello castaño peinado en una corta melena, y en sus ojos pardos había una expresión aguda y desafiante. Tenía las manos delgadas y nerviosas y vestía de forma muy sencilla. En ocasiones podía mostrarse muy dura, pero normalmente era agradable y cordial. Se presentó al inspector, y él la saludó con una ligera inclinación.

—Quería ver a mi defendido —indicó, y el hombre la invitó a pasar con un gesto. Halló a su cliente sentado en un banco de madera, frente a una mesita donde lo vigilaba un

policía. El muchacho parecía abrumado. Cuando la vio se puso en pie de un salto; en sus ojos había una expresión de súplica que le daba un aire infantil.

—Yo no lo he hecho, se lo juro —aseguró.

El policía los dejó solos y ella puso sobre la mesa su carpeta, sentándose ambos en el banco. Él la miró con curiosidad: sabía por amistades comunes que era viuda, lo que mostraban dos alianzas juntas en su mano derecha. Sin saber por qué, se sintió protegido a su lado. Contestó a todas sus preguntas con tono de cansancio, y sólo una le hizo reaccionar y enderezarse en el asiento.

—¿Estaba enamorado de la esposa de su jefe? —preguntó la mujer con toda naturalidad. Él guardó silencio y ella repitió la pregunta. —¿Había alguna relación entre la esposa del arqueólogo y usted? —Él se mordió los labios.

—Nos queríamos —dijo sencillamente. Ella continuó hablando en voz baja. Estuvo informándose detenidamente sobre el caso, desde el punto de vista de su cliente.

—Está bien —dijo. —Estaré en contacto con usted. Y no se preocupe por nada, todo se arreglará.

Luego, la abogada estuvo relatando los hechos a su compañera de despacho. Era una mujer algo más joven, delgada y con el cabello negro y liso. Llevaba gafas con montura de carey.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó la que llevaba el caso. Ella tosió levemente.

—Habría que conocer la relación exacta que había entre la esposa del arqueólogo y el ayudante del museo. Seguramente, el muerto conocía algo que podía perjudicar a su ayudante, y quizá lo amenazó con darlo a conocer en el ministerio. —La abogada hizo un gesto de rechazo.

—No puedo creer que él lo matara —dijo. —Hay en esto varias cosas que no tienen explicación. Por ejemplo, ¿por qué estaba la dentadura del muerto encima de la mesa? —La compañera se encogió de hombros.

—Vete a saber —dijo. —Le molestaría, y se la quitó. — La abogada se acomodó en su asiento.

—Eso es lo que dice el conserje, que se la había puesto hacía poco y se quejaba de molestias. Al parecer, le producía llagas. Pero hay algo que no concuerda. —La compañera movió la cabeza. Su expresión era grave.

—Tendremos que trabajar de firme, es un caso difícil —afirmó. —Yo diría que habría que arreglárselas para entrar en el piso del muerto. Quizá allí encontremos la clave del asunto.

A la abogada no le pareció agradable la idea. Dudó un momento.

—Puede que tengas razón —concedió por fin. —Bien, veremos lo que se puede hacer.

La cosa se presentó más fácil de lo que ellas pensaban. Ambas se detuvieron ante un edificio antiguo con un descuidado portal. Fue cuestión de unas palabras amables dirigidas al portero de la casa, acompañadas de una generosa propina. El hombre alcanzó una llave que colgaba de un clavo en la pared de su garita, y subieron los tres en un renqueante ascensor. Las dos mujeres entraron en el piso y él aguardó discretamente junto a un perchero de nogal con espejos biselados.

—No sé por dónde empezar —murmuró la abogada, pero ya su compañera había entrado en el comedor y se disponía a llevar a cabo un exhaustivo registro, como lo hubiera hecho el más experto policía.

—¿Quieren que les ayude? —preguntó el portero desde fuera; ellas agradecieron su buena voluntad, pero dijeron que no era necesario. Mientras llevaban a cabo su labor, él no dejó de hablar, poniéndolas al corriente de todos los chismes que corrían en la casa. Por fin llegó a la muerte de la joven señora.

—Pobre —dijo, asomando la cabeza. —Yo la vi muerta, y me impresionó mucho. ¿ Saben? Estaba desnuda, en el baño.

En su tono había una mezcla de compasión y de interés morboso. La abogada estuvo a punto de hacer un comentario hiriente, pero se contuvo. Le interesaba terminar cuanto antes.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —preguntó. Él pareció esponjarse.

—Vengan por aquí —indicó. —Está al final del pasillo.

Era un cuarto de baño antiguo, con el suelo forrado de hule. La bañera era grande y estaba bastante deteriorada, con los grifos niquelados de un modelo arcaico. El lavabo era también grande y tenía encima un espejo redondo, picado por la humedad. Había junto a la bañera una alfombrilla de felpa y una banqueta repintada. Había una tulipa rizada sobre el espejo, y en la repisa de cristal un vaso con varios cepillos de dientes. Junto a un frasco de

colonia de una marca conocida estaba la maquinilla de afeitar. La abogada vio un enchufe junto al lavabo, y luego abrió un pequeño armario plano que resultó lleno de cosméticos femeninos.

—Todavía guardaba las cosas de su mujer —indicó con extrañeza. Su compañera suspiró.

—Aquí no hay nada de particular —dijo, y ella no contestó. Flotaba en el ambiente un aroma a pino, y ella trataba de localizar su origen. Por fin descubrió en un rincón sobre la bañera un frasco de gel que había quedado destapado. Movida por la costumbre le puso el tapón, y luego miró el interior de la bañera. Le parecía ver el cuerpo muerto de la mujer, tal como lo había explicado el portero, y se estremeció. Mientras, el hombre seguía con su tétrica información, hasta que ella lo miró con expresión severa.

—Ya está bien —dijo.— Ya imagino que no sería agradable. —Él no pareció advertir su tono cortante y siguió con sus comentarios.

—Parecía un cangrejo —dijo, estremeciéndose. —Una mujer tan joven y tan guapa, ¿ saben? No me extraña que le pusiera los cuernos al marido con el ayudante del museo. Y ya ve, morir tan joven del corazón. Y es que no somos nadie.

Las dos mujeres intercambiaron una expresiva mirada. Él las guió hasta la cocina, donde estuvieron abriendo los armarios y todos los cajones. Colgada detrás de la puerta estaba la tabla de la plancha, junto con los cepillos de barrer y un plumero.

—Nos falta el dormitorio —dijo la abogada, volviéndose. El portero asintió.

—Todavía no han recogido nada —les dijo. —Creo que el señor tenía una hermana que vivía fuera, pero no ha dado señales de vida. Yo guardo la llave para dársela. Espero que alguien se haga cargo de todo, antes de que el piso se vuelva a alquilar.

La ropa estaba en un relativo orden: había un armario con prendas masculinas y alguna de mujer, y en un lateral encontraron varios estantes con toallas y sábanas. Casi todas estaban planchadas, excepto un par de juegos que estaban colocados encima, aunque cuidadosamente doblados. Asimismo, las sábanas que estaban puestas en la cama parecían no haber sido planchadas. La abogada frunció el entrecejo.

—Parece que aquí no se ha planchado desde que murió la señora —observó. Su compañera se encogió de hombros.

—Quizá sea porque no hay una plancha en la casa. En cambio, en la cocina he visto el cordón. —La otra la miró con extrañeza.

—Es cierto —dijo. —Hemos visto la tabla, pero no la plancha.

Volvió al cuarto de baño como si hubiera recordado un detalle importante. Estuvo calculando con la mirada el espacio que separaba el enchufe de la bañera. Mientras, la compañera había vuelto a la cocina y tenía el cordón en la mano.

—Es raro —dijo. —No hay ninguna plancha. Y una plancha es algo imprescindible en cualquier casa, aparte de que hay sábanas planchadas. —El portero asintió.

—La señora solía usarla a menudo —dijo, recordando. —No era muy ordenada que digamos, pero le gustaba llevar la ropa bien planchada. Yo mismo le arreglé la plancha una vez: el cable se le había partido y le puse éste nuevo —señaló. —Es el que tiene la señorita en la mano.

La abogada observó el cordón. Era de un modelo corriente, de cable forrado con hilos de algodón. Se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Quizá, en otra ocasión tuviera que llevarla a arreglar a la calle —indicó. El portero se adelantó a su pregunta.

—En la esquina hay un taller de reparación eléctrica —dijo. La abogada no apartaba la mirada del cordón.

—Preguntaremos —dijo. —Puede ser una tontería, pero no perdemos nada con hacerlo.

Él se ofreció a acompañarlas, pero le dieron las gracias tendiéndole la mano.

—No hay de qué darlas —dijo el hombre, un poco cortado. —Hay que ayudar a la justicia.

Fueron las dos mirando los escaparates hasta que dieron con un local que mostraba pequeños electrodomésticos, a todas luces usados, y luciendo cada cual una blanca etiqueta de identificación. Tras el mostrador había un hombrecillo calvo, que sonrió amablemente a las mujeres. La abogada se le aproximó y habló en tono confidencial.

—Quisiera saber si últimamente le han traído una plancha a arreglar —le dijo. —Es que... yo se la había prestado a una amiga, que murió. Me gustaría recuperarla. Por cierto, la plancha está sin el cordón.

Él pareció extrañado ante la inusual petición, pero, aún así, estuvo buscando en la trastienda. Salió con una plancha de vapor en la mano.

—Aquí hay una desde hace varios meses —dijo, mostrándola. —Pero recuerdo que no la trajo una mujer, sino un caballero.

Ella cogió la plancha y miró la etiqueta. En ella estaba escrito el nombre del arqueólogo fallecido, y al lado había una fecha.

—Es ésta —dijo con convicción. —Comprenda, es mía y quiero recuperarla. Por supuesto, le abonaré la reparación.

El hombre se encogió de hombros, y tomando la plancha sin retirarle la etiqueta la envolvió en un papel de periódico. Ella le dio un billete y él le devolvió unas monedas.

—La resistencia estaba fundida —le dijo. —El hombre la dejó para arreglar, pero luego no volvió por ella. No creo que venga a reclamarla. —Ella sonrió.

—Puede estar seguro de que no vendrá —le dijo, despidiéndose con un gesto.

Salieron deprisa de la tienda y fueron caminando hasta una plaza concurrida. Allí, la abogada se detuvo. Un airecillo cálido le alborotó el cabello castaño.

—¿Por qué la llevaría él, y no su esposa? —preguntó. La amiga la miró fijamente.

—Posiblemente, porque ella estaba muerta. —La abogada la cogió del brazo.

—Hay que volver a la casa. Tenemos que saber exactamente la fecha en que murió la mujer.

El portero estaba recogiendo unos papelillos que alguien había tirado al suelo en el portal. A la pregunta de ella, trató de recordar.

—Espere un momento —le dijo. —Sé que era un martes, porque al día siguiente fue mi cumpleaños y tuve que ir al entierro.

Les dio una fecha, y las dos mujeres se miraron. Era la misma que estaba escrita en el resguardo. El hombre las observó, extrañado.

—¿Por qué me lo preguntan? —dijo. —Por cierto, ¿han dado con la plancha?

La única contestación que recibió fue una sonrisa de cada una de las dos mujeres. Luego desaparecieron de su vista.

—Vaya —dijo él en voz alta.

Lo primero que hicieron fue enviar la plancha a un laboratorio conocido. Una sospecha se estaba abriendo paso en la mente de la abogada, pero parecía tan disparatada que no se atrevía a expresarla. Pero el resultado del análisis no se hizo esperar, y terminó de confirmarla en su idea. La voz del perito sonó muy clara al otro lado del teléfono.

—La plancha está bastante limpia —explicó. —Es más, en el interior he detectado restos de espuma de jabón, o quizás de un gel de baño con componente de esencia de pino.

El corazón de la mujer dio un salto en su pecho. Se había puesto roja. Dio las gracias, y rogó que se le enviara el informe por escrito a la mayor brevedad. Le parecía tener pruebas suficientes para hablar con el juez, ya que pretendía evitarle a su cliente el escándalo de un proceso. Se trataba de un funcionario, y un juicio podía ser desastroso para él.

Tenía que recoger la plancha y hacer una visita. Fue a su apartamento, y pensó tomar primero una ducha fría. Después de ducharse se dirigió al salón y se dejó caer en un sofá tapizado de amarillo. Dudó si conectar el televisor y escuchar las noticias, pero acabó oyendo unos minutos la cadena musical, que llenó el ambiente de una música relajante. Luego se puso en pie sobre la suavidad de la moqueta.

—No me movería —suspiró. —Pero no tengo más remedio que salir.

No podía entretenerse demasiado. Entró en el dormitorio y tuvo que hacer un esfuerzo para no tenderse en la cama; miró el reloj electrónico que estaba sobre la mesilla, y vio que iban a ser las ocho y media.

—Oh, no.

El juez la recibió en un severo y sencillo despacho, pese a que eran las nueve de la noche. Amablemente la invitó a que se sentara.

—Es importante —dijo ella. —De no ser así, no me hubiera atrevido a molestarle.

Le estuvo exponiendo su teoría sin mencionar el registro del piso, y él la escuchó en silencio. Se detuvo un momento.

—El arqueólogo estaba casado en segundas nupcias con una mujer mucho más joven —resumió. —El hombre conocía las relaciones de su esposa con mi cliente, es indudable, ya que todos las conocían, y él no era tonto. Aparte de su edad, sabemos que estaba muy avejentado, y encima llevaba dentadura postiza... —El juez la interrumpió.

—Lo sé —indicó secamente. —Estaba encima de la mesa. —La mujer se detuvo un momento y luego prosiguió:

—Eso haría que el hombre sufriera un gran complejo, al compararse con su joven esposa. Mi cliente es un hombre también joven, y con un indudable atractivo. —El juez sonrió.

—Eso yo no puedo juzgarlo —trató de bromear. —¿Justifica el hecho a su entender

que ellos se vieran a espaldas del marido? — Ella pareció sobresaltarse. Tenía que medir sus palabras.

—No digo que lo justifique —indicó. —Pero si tenemos en cuenta el carácter irascible del marido, no sería raro que él hubiera decidido matarla.

El hombre la miró con extrañeza pero no dijo nada. Ella prosiguió.

—Quizá no lo pensara conscientemente —rectificó. —Esas cosas, a veces surgen en un momento de ofuscación.

—Tiene mucha fantasía —dijo él, sonriendo. Pero ella estaba seria.

—Tengo pruebas de que él la mató —pronunció despacio. —Con seguridad, ella murió electrocutada. Habría que efectuar la autopsia.

El juez se removió, molesto. Ella siguió hablando como para sí.

Cuando ella se estaba bañando, el marido dejó caer en la bañera la plancha eléctrica enchufada —dijo. — Es posible que incluso la plancha la rozara, haciéndole una quemadura, y él entonces para ocultarla abrió el grifo del agua caliente.

Había dejado sobre la mesa el paquete, y con mucho cuidado extrajo la plancha. El hombre la observó con el ceño fruncido.

—¿Qué me trae aquí? —preguntó. Ella habló con firmeza.

—La aporto como prueba de la defensa —dijo, —En ella hay huellas de jabón, del mismo gel que usaba la señora en el baño. Como es lógico, usted mandará analizarla, pero yo ya conozco el resultado. —Él estaba confuso.

—Está el certificado de defunción, según creo —indicó. Ella sonrió amablemente.

—También lo he hablado con un médico —dijo. —Los síntomas de la electrocución son muy similares a los del paro cardiaco. Nuestro hombre creyó cometer el crimen perfecto, aunque aquel acto, al parecer impune, terminó con sus nervios. Sabemos que últimamente padecía de insomnio y graves crisis nerviosas. No es extraño que pensara en matarse, después de lo que había hecho.

—No creo que fuera suicidio —observó él. —Eso tendría que probarlo.

Ella se puso en pie.

—Sí que lo fue —afirmó secamente, y luego rectificó: — O, al menos, pudo serlo.

—Siéntese —dijo él. Ella le pidió un último favor.

—Trate de escribir con la mano derecha, y al mismo tiempo con la izquierda intente secarse el sudor de la frente —rogó.

Él pareció extrañado, pero no obstante accedió a lo que le pedían. Escribió unas líneas, dejó la pluma a un lado y sacó el pañuelo del bolsillo. Hizo como si se secara el sudor, guardó el pañuelo y siguió escribiendo. Ella estaba radiante.

—Lo que usted acaba de hacer es lo más lógico —indicó. —Es casi imposible acompasar los dos movimientos, escribir con la mano derecha, y al mismo tiempo secarse el sudor con la izquierda. —El hombre estaba visiblemente disgustado.

—Hay algo que no concuerda con su tesis, y es la hora que estableció la vecina del museo como el momento exacto del disparo. Ella está muy segura y parece una mujer sincera, aunque algo entrometida. —La abogada ahogó una sonrisa.

—Me he permitido visitarla con una excusa, precisamente a las nueve de la noche —dijo. —Al despedirme le he preguntado la hora, y ella ha consultado el reloj de cuco de su cuarto de estar. Me ha dicho que eran las nueve menos cinco minutos.

—Son las nueve y cinco, señora —le he dicho yo. — Hay que llevar el reloj en punto. —Ella me ha contestado, excusándose:

—Bueno, cinco minutos más o menos... Lo pongo en hora todas las mañanas con las noticias de las ocho, pero se va atrasando un poquitín a lo largo del día.

—Yo estaba muy enfadada, y así se lo he hecho ver. Le he indicado que diez minutos de error pueden condenar a un inocente. Entonces, ella ha perdido la seguridad que mostraba. Se ha disculpado muy compungida, y ha prometido que declarará ante usted su error. Así, es patente que cuando sonó el disparo hacía más de cinco minutos que mi defendido había salido del museo. —El juez movió la cabeza.

—¿Cómo puede probarlo? Tenemos sólo su palabra. —Ella aspiró hondo.

—Tengo que añadir que he comprobado la declaración de mi cliente. He hablado con el conductor del autobús que le picó el billete —dijo, mostrándolo en la mano. —Lo conoce muy bien, porque siempre toma el mismo autobús. Y ese autobús tiene su salida de la parada antes de las nueve de la noche. Su testimonio está anotado en el libro de viajes.

El juez se había echado hacia atrás en su asiento. Observó a la mujer, y tuvo que reconocer que el aspecto de ella era el de una persona competente y leal.

—¿Cuál es su teoría sobre la muerte? —preguntó. —Espero que pueda probar su afirmación. ¿Qué le hace pensar que se tratara de un suicidio? —Ella tardó unos segundos

en contestar.

—Fue la dentadura sobre la mesa —contestó. —Me parece improbable que un hombre se quite los dientes en presencia de su rival, más joven y agraciado. Él no podía soportar los remordimientos, y quería acabar con aquella pesadilla, pero había algo que veía muy claro: tenía que vengarse. Así que lo planeó todo concienzudamente para que se culpara a mi cliente de asesinato: sabía que su ayudante guardaba una pistola en el cajón de su mesa, porque era aficionado al tiro.

—Eso sí lo sabemos —dijo el juez. Ella continuó:

El museo se cierra al público a las 8,30 de la noche, y el conserje sale un cuarto de hora después. Él aguardó a que estuviera cerrado, y le dijo al ayudante que quería verlo en su despacho. Nada más entrar mi cliente, él provocó una discusión sabiendo que el conserje los oiría. Éste hecho era vital para su plan. Luego el ayudante salió, cuando faltaban cinco minutos para las nueve y el conserje se había ido. Cruzó la calle y tomó el autobús, donde el conductor le picó el billete como todos los días.

—Siga —dijo el juez, verdaderamente interesado. Ella suspiró.

—El director del museo va a la mesa donde está la pistola —pronunció despacio. —Coge el arma con su pañuelo, con cuidado de no borrar las huellas de mi cliente. Vuelve al despacho de dirección, todo ello en un par de minutos.

El juez había encendido un cigarrillo. Le ofreció otro, que ella rechazó.

—Ahora viene lo de la dentadura —siguió la mujer. —Sabemos por el conserje que lo atormentaba y lo irritaba enormemente. Sobre todo, a última hora del día no podía soportarla. No es raro pensar que se libraba a diario un rato de ella, para no hacerlo luego en su casa ante su esposa. Aquel día, según su costumbre, se la quitó también. La dejó sobre la mesa, junto a un manojo de llaves.

El hombre miraba el humo de su cigarrillo. Ella prosiguió:

—Siempre sujetando la pistola en la mano izquierda, protegida con el pañuelo, cogió la pluma con la derecha y simuló estar escribiendo, aunque no lo hiciera. —El juez alzó la cabeza.

—¿Sugiere que se disparó con la izquierda? —Ella asintió.

—Lo hizo en una posición difícil, para que se pensara que alguien le había disparado. La bala entró por la nuca hacia arriba, por su lado izquierdo, y con el impulso la pistola cayó al suelo, mientras la mano arrastraba el pañuelo hasta la mesa. En la mano, por tanto, no había huellas de pólvora. ¿No se ha analizado el pañuelo?

El juez se puso en pie.

La policía no lo consideró necesario, al parecer —dijo torvamente. Ella también se levantó.

—Pues deben hacerlo —indicó con respeto. —Seguramente, conservará restos de pólvora. —Él asintió, pensativo.

—Así, que ésta es su teoría: el arqueólogo, por celos, electrocutó a su mujer en la bañera. Luego, quiso matarse de forma que se inculpara a su rival. Sí, es posible. Espero que así fuera, por el bien de su defendido.

—Yo también lo espero.

—Señora, ha hecho usted un buen trabajo —concedió. —Creo que podré felicitarla definitivamente.

—Así será, gracias.

EL QUIOSCO CHINO

El quiosco chino se alzaba en la zona más umbrosa del parque que ocupaba el centro de la ciudad. Estaba hecho en mampostería, imitando las construcciones orientales, y lo remataba un gracioso tejado de madera pintada en dorado y rojo. Unas escalerillas de troncos bajaban desde la caseta a un riachuelo artificial, y una puertecilla decorada en rojo y verde daba paso al interior, casi vacío, si se exceptuaban un banco de madera y algunas herramientas de jardín. Los vigilantes solían utilizarlo para guarecerse en los días de lluvia, y el guarda principal de parques y jardines lo usaba en las tardes de verano para descabezar una siesta.

El jefe de los guardas era un hombre macizo, no muy alto, de cabello canoso y cejas erizadas. Tenía la risa fácil, y cuando sonreía mostraba una blanca dentadura postiza. Solía bromear con las niñeras morenitas que llevaban a los niños al jardín, y avanzaba por los senderos terrosos mirando a uno y otro lado, vestido con el uniforme verde oscuro y llevando las manos a la espalda. Sus cortas piernas habían recorrido miles de kilómetros en su pacífica vida profesional.

Era un día de otoño, y la mañana se presentaba nublada. Él estaba intentando arrancar un fino tronco casi desgajado, con sus manos recias y curtidas, cuando oyó una gran explosión en el centro del parque. Giró sobre sus talones y, a través de la arboleda, distinguió una negra columna de humo que se alzaba del lado del kiosco chino. Abandonó su tarea y, atravesando el césped, corrió hacia el lugar de la explosión. Por el camino lo alcanzó el vigilante de la zona.

—Rápido, hay que llamar a los bomberos —resolló el jefe. —Parece que se ha producido un incendio. Ah, y no estaría de más avisar también a la policía.

El otro fue a dar el aviso y él se aproximó a la caseta. Estuvo merodeando por los alrededores, sin atreverse a entrar por si se repetía la explosión. Primero llegaron los bomberos, que lograron sofocar sin ningún trabajo las llamas, y luego un coche de la policía se detuvo en la plazoleta cercana. Se bajaron dos hombres y un tercero quedó al volante. El que parecía mandarlos le tendió la mano.

—¿Qué ha ocurrido?

Era el inspector de policía, a quien conocía desde que era muchacho, y que en sus tiempos había tenido una cierta propensión a trepar por los árboles, por lo que se había ganado buenos rapapolvos. Ahora tenía ya treinta y cinco años y se había convertido él mismo en el guardián de la justicia. Era delgado y ágil, y nadie hubiera podido adivinar en él un agente de la autoridad. Llevaba una chaqueta deportiva y una camisa a rayas, desabrochada, donde faltaba algún botón. Tenía barba de dos días y un cabello duro y erizado, que trataba de domar sin demasiado éxito. El guarda sabía que seguía soltero, y que vivía solo.

—Parece una explosión provocada —le dijo. —Hay un fuerte olor a pólvora, y nosotros no usamos la pólvora para nada. Los bomberos están terminando ya.

Como si hubiera oído el comentario, el jefe de bomberos apareció en la puertecilla pintada de verde y rojo de la caseta. Tosía, y su expresión era adusta.

—Hay un hombre dentro —declaró. —Está muerto, destrozado en parte por la carga explosiva, y por el fuego.

El inspector se abalanzó hacia la caseta, seguido de su ayudante y del guarda. Hallaron caído en un rincón el cadáver, o lo que quedaba de él: parecía un muchacho joven, de unos veinte años o quizá menos. Le faltaban ambas piernas, y parte del tronco estaba muy dañado. Pero su rostro estaba casi intacto, como si lo hubiera protegido con los brazos, y podían apreciarse sus cabellos oscuros y rizosos, y unas cejas negras y espesas. Cerca había un único zapato de cuero marrón con suela de goma, que había sido lanzado por la fuerza de la explosión.

—Vaya espectáculo —dijo el policía. Consultó la hora en su reloj. —En fin, lo primero es tratar de identificar al desgraciado. Haremos fotografías y tomaremos las posibles huellas.

Se aproximó al cadáver y observó una de sus manos: era grande, con las uñas oscuras, y llevaba en la muñeca una pulsera de plata con unas iniciales. Luego observó el cuerpo mutilado, cubierto todavía por una chaqueta de cuero y un jersey chamuscado. De los pantalones no quedaban más que unos jirones sangrientos. El guarda se vio obligado a cerrar los ojos y a aspirar hondo la atmósfera de humo, que le hizo toser. Tenía unos

invencibles deseos de vomitar.

—Es una cosa horrible —dijo, tratando de sobreponerse. El inspector lo cogió del brazo.

—Vamos fuera —indicó. —Hay que llamar a los de desactivación. Parece haber sido una bomba de fabricación casera, y puede haber otra.

Le indicó al ayudante que recogiera cualquier objeto sospechoso. Era éste un hombrecillo menudo, y sus manos eran delgadas y hábiles. Impasible, estuvo registrando aquel bulto sangriento. En el bolsillo del muchacho, preservados por el cuero de la chaqueta, halló varios carnets.

—Mire esto —indicó. —Militante de una organización extremista.

El inspector cogió el carnet y miró la fotografía. Sin duda, se trataba del muerto: las mismas cejas espesas, el mismo cabello, incluso la misma ropa. Pero aquí el muchacho mostraba una sonrisa alegre y juvenil. En el borde, escrita a lápiz, había una anotación enigmática: A, 1003. El inspector se guardó el carnet en el bolsillo.

— Me voy ahora —le dijo al ayudante. —Tú quédate de guardia. Voy a avisar al forense, y al juez.

En el coche, se acomodó junto al conductor. Ningún vehículo podía normalmente entrar en el parque, y ellos al encaminarse a la salida alborotaron a las palomas que picoteaban junto al estanque; también alarmaron a las niñeras, que hicieron retirarse a los niños que jugaban a la pelota. Despertaron a algunos ancianos que dormitaban en los bancos, aguardando quizá días más soleados. En cambio, no parecieron llamar la atención de los cisnes que se deslizaban impávidos sobre la superficie del agua, de un color verde oscuro.

—Ha podido ocurrir un desastre —observó el inspector, moviendo la cabeza.

En su despacho estuvo redactando el acta, y repasó el inventario de los objetos hallados, tanto sobre el cuerpo como en los alrededores. A última hora de la mañana, uno de los especialistas se personó en la comisaría de distrito.

—Como pensábamos, la explosión fue provocada por un artefacto casero —confirmó. —Una lata rellena de una mezcla formada por salitre, azufre y carbón. Una mezcla sencilla. —El inspector alzó la mirada.

—Como en los experimentos de colegio —dijo, y él asintió.

—Exacto. Sólo que éste ha sido un experimento mortífero.

Localizaron a varios compañeros de la víctima, pertenecientes al mismo grupo. Eran todos muchachos jóvenes, casi todos marginados. La sede de la organización estaba instalada en el interior de un piso vacío, abandonado por sus dueños. A la puerta, un cartel indicaba: “Pase sin llamar”. Una muchachita con la cara llena de granos recibió al policía: llevaba un pantalón vaquero muy sucio y una cazadora de dril, y tenía el pelo teñido de diversos colores. Estaba mascando chicle.

—He oído la noticia en la radio —dijo, sin dejar de mascar. —Algún cabrón no ha tenido mejor cosa que hacer que volarlo al pobre en pedazos.

—¿Quién ha podido hacerlo? —preguntó el inspector. Ella lo miró con descaro.

—Cualquiera sabe. Era un chico muy raro. Le gustaba estar solo, y se hacía enemigos.

El policía le ofreció un cigarrillo y ella aceptó.

—¿No puede ser una venganza interna? Digamos... alguien del grupo. --Ella pareció indignarse.

—¡Qué dice! —saltó. —Aquí no solemos matar a nuestros compañeros. Somos demasiado pocos para eso —bromeó luego. El hombre sonrió.

—Desde luego.

Interrogó a varios muchachos, pero ninguno sabía nada. Coincidían en negar rotundamente la intervención de ninguno de ellos. El inspector estaba confuso.

—Vamos a investigar a fondo —dijo. —La chica de los granos lo miró de frente.

—Qué gracioso. Esa no es más que su obligación. ¿Puede marcharse ya?

A la puerta, un muchacho pálido y desgarbado lo llamó, haciéndole una seña. Él se le aproximó.

—¿Querías decirme algo? —Él hizo un gesto nervioso.

—No es que yo sepa nada —dijo, pestañeando. —Cerca de aquí hay un gimnasio, y puede que allí le puedan informar.

—¿El muerto acudía al gimnasio? —él afirmó con la cabeza.

—Claro que sí. Iba con su novia. Pero ella lo dejó por otro, un campeón de judo o algo así. Ya sabe cómo son las chicas, les gustan los guaperas aunque tengan la cabeza vacía.— El inspector disimuló una sonrisa.

—Iré por allí, gracias.
—Debería buscar a la chica.
—Así lo haré.
No tardó en dar con el presunto campeón. Era un mocetón alto y fuerte, y llevaba un pantalón corto y unas zapatillas de deporte. Era rubio, y mostraba una poderosa musculatura. Llevaba al cuello una toalla, como si se dispusiera a ducharse. El inspector se presentó, y le mostró el carnet con la fotografía.
—¿Conoces a éste? —El muchacho asintió.
—Claro que lo conozco. Es el mayor hijo de puta que existe. ¿Qué ha hecho ahora?
—Ésta vez se lo han hecho a él. Lo han matado. —El otro parpadeó.
—¿Cómo dice? —El policía lo miró a los ojos.
—¿Qué sabes de la chica? Quiero decir, de su antigua novia. —Él se encogió de hombros.
—Yo no sé nada —dijo él. El policía insistió.
—Sé que tú le quitaste la novia. ¿O no es así? —Él trató de zafarse.
—Eso es cosa mía. Además no me importa nada, no es más que una putilla barata. —El inspector lo observó con seriedad.
—Ella puede ser el motivo de que lo mataran, y tú serías el principal sospechoso. Así que dime dónde puedo encontrarla.
—Está bien, está bien.
Le dijo un nombre y unas señas al policía, y él las anotó en su agenda.
—Eso está mejor —dijo. —Y procura estar disponible. Sobre todo, no salgas de la ciudad hasta que yo te lo diga.
—Vale, vale. Está bien.
El domicilio de la chica resultó estar en las afueras, en un barrio industrial. Era un edificio con fachada lisa y ventanas pequeñas, y de lado a lado algunas cuerdas con ropa tendida. En el reducido portal había un hombre limpiando un contenedor de basuras.
—¿Qué se le ofrece?—preguntó, sin dejar su tarea.
El inspector contestó que buscaba a una chica, y le dijo su nombre. El hombre lo miró guiñando los ojos, como si le molestara la luz.
—Vive arriba —indicó.— En el tercer piso.
—¿La conoce? —Él se encogió de hombros.
—Claro que la conozco, es vecina mía. Creo que trabaja en una discoteca o algo así. Vive sola. No sé si estará en casa, no la he visto hoy. ¿Pasa algo?
Él no contestó. Subió a pie las escaleras, porque no había ascensor; se detuvo ante una puerta deteriorada y llamó al timbre. Nadie contestó, y bajó de nuevo los escalones de dos en dos. El hombre había terminado de limpiar el contenedor.
—No hay nadie —le dijo, mostrándole la placa. —Policía —indicó, y el otro pareció sobresaltarse.
—¿Es que pasa algo? —repitió.
—No lo sé todavía. ¿Alguien tiene la llave del piso? —Él asintió con la cabeza.
—Yo tengo las llaves de los pisos. Las cañerías están hechas cisco y son corrientes las fugas de agua.
—Es una medida de prudencia —dijo él. —¿Podría acompañarme?
Cuando llegaron arriba, el hombre jadeaba. La cerradura se le resistió, y el policía tuvo que ayudarle.
—Ya está.
No tuvieron que buscar mucho: en un pequeño vestíbulo hallaron a la chica caída de bruces en el suelo. Llevaba puesto un camisón corto de color rojo, casi transparente, y la melena rubia y lisa cubría su rostro. El vecino retrocedió.
—Es ella —dijo roncamente.
El inspector hizo girar ligeramente el cuerpo. Se trataba de una muchacha de unos diecisiete años, con unas bonitas facciones. Era delgada y bien formada, y llevaba las uñas pintadas de un rojo metálico. Sus labios tenían un tinte violáceo. El inspector notó que estaba fría.
—Hace varias horas que ha muerto. No veo señales de violencia, ni hay huellas de estrangulamiento en el cuello. Su ropa está intacta, parece que no ha habido violación. ¿Hay aquí algún teléfono? —El hombre resopló.
—Hay una cabina en la calle —dijo, estremeciéndose.
Le mostró el lugar, y él estuvo haciendo unas llamadas.
—Avisa al juez, y que venga algún fotógrafo de la policía. Que venga también el forense —indicó. —Esto me da muy mala espina.

Luego, el vecino y él subieron de nuevo. El hombre entró en una salita y dio un vistazo alrededor.

—Tenía que pasar —suspiró. —Le abría la puerta a gente rara, y andaba siempre por la casa medio desnuda. Pobre muchacha.

—Voy a ver lo que hay por aquí —dijo él. —Siéntese, y aguarde.

Estuvo haciendo un cuidadoso reconocimiento del piso. Era muy pequeño, con un solo dormitorio, muy desordenado. Los cajones estaban abiertos y revueltos. Sobre un viejo tocador había varias prendas de ropa, junto a frascos con cremas y pinturas. El desorden seguía en la cocina, y había comida atrasada fuera de la nevera. El cuarto de aseo estaba muy sucio.

—Vaya con la niña —se dijo él con desagrado.

Cuando estaba terminando llegó el juez acompañado de dos hombres. Uno llevaba una cámara con flash, y el otro un maletín. Él les mostró el cuerpo.

—Ahí lo tienen. Apenas lo he movido.

El facultativo estuvo reconociendo el cadáver, mientras el fotógrafo lo retrataba desde todos los ángulos.

—Parece que ha muerto por asfixia, pero no estrangulada —dijo el médico, poniéndose de pie. —He descubierto en su espalda unas señales alargadas. No son recientes, y parecen haber sido ocasionadas por un látigo o algo parecido. En algunos puntos brotó la sangre, pero ya están cicatrizados. —El juez lo miró fijamente.

—¿Piensa que la han asesinado? —Él asintió.

—Tiene todo el aspecto de tratarse de un asesinato. De todas formas, no lo podré confirmar hasta que haya hecho la autopsia.

El inspector había sacado del bolsillo el carnet del muchacho muerto, y se lo mostró al vecino, que seguía aguardando en la salita.

—¿Lo conoce? Él asintió con la cabeza.

—La visitaba algunas veces, aunque hace tiempo que no lo veía por aquí. —El juez los llamó, y ellos acudieron.

—¿Trabajaba la chica? —preguntó. El hombre hizo un gesto vago.

—Creo que trabajaba en un sitio de esos que proporcionan señoritas. La discoteca sirve de tapadera. —El juez asintió.

—Comprendo. Puede retirarse.

—De nuevo estuvieron buscando algún indicio que les diera una pista. Dentro de un libro, hallaron una fotografía dedicada del muchacho muerto, y otra del deportista. Había en el armario varios vestidos, y un abrigo de piel sintética imitando el leopardo. También había varios bolsos y pares de zapatos, y sobre una descalzadora un vestido de fiesta, de seda color rosa. En uno de los bolsillos del abrigo encontraron una pequeña agenda de teléfonos encuadernada en piel.

—Esto es interesante —indicó el policía.

Había anotado algunos números, pero ningún nombre masculino. Parecían haber sido escritos en distintos momentos y con tintas diferentes. En una de las últimas páginas había una nota en lápiz rojo, que decía: “Astoria”, y a continuación unos números casi borrados. El inspector los estudió con atención.

—“Astoria, uno, cero, cero, tres”, —leyó en voz alta. —Coincide con la nota escrita a lápiz en el carnet del muchacho muerto. Figuran al lado unas señas y un teléfono.

También estaban en la agenda las señas y el teléfono de una “Empresa de relaciones públicas”. El inspector tomó nota mental.

—Habrá que visitar a esos pájaros —dijo. —Quizá ellos puedan darnos alguna información.

—Mande sellar la puerta del piso; nadie extraño debe entrar en el apartamento —indicó el juez.— Hágase cargo de la llave.

Luego, dio orden de que se levantara el cadáver. El inspector se dirigió con su ayudante al lugar donde estaba ubicada la empresa de “relaciones públicas”. Ocupaba un edificio antiguo y descuidado de dos plantas, rodeado de una verja de hierro. La casa debía haber sido señorial, pero actualmente estaba muy deteriorada. El ayudante pulsó el timbre y sonó dentro un carrillón con una música conocida. Alguien accionó la puerta desde dentro, y una muchacha muy arreglada los acogió tras un mostrador de recepción.

—¿Querían algo en especial? —preguntó con una sonrisa. —Tenemos un amplio servicio, muy esmerado. —El inspector estaba serio.

—No lo dudo —dijo torvamente, al tiempo que mostraba su placa. — Yo sólo quiero ver al que dirige todo esto.

La chica se bajó de la banqueta y, sin decir palabra, se fue taconeando por un

corredor. Volvió con un hombre de unos treinta años, con apariencia de gángster refinado. Llevaba el cabello repeinado hacia atrás, y vestía de azul marino, con corbata de pajarita. Exhalaba un perfume masculino demasiado pronunciado.

—¿Deseaban verme? —sonrió. No los invitó a pasar, y el inspector habló sin rodeos.

—¿Archivan los nombres y direcciones de sus clientes? Me refiero a las personas que piden chicas para algún hotel —preguntó. Él contestó con altivez.

—De ninguna manera —dijo. —Ni siquiera exigimos sus nombres, si se niegan a darlos. No pedimos más que el nombre del hotel y el número de habitación, y los servicios se cobran por adelantado. Luego, para evitar indiscreciones, incluso estos datos se destruyen. Es una de las garantías que ofrece nuestra empresa. No son cosas con las que se pueda jugar.

—Comprendo, no son cosas con las que se pueda jugar —repitió secamente el policía. —Bien, quizá vuelva más tarde a hacerle algunas preguntas. Procure estar disponible.

Él aguardó a la puerta hasta que los perdió de vista. Cuando llegó a la calle, el ayudante se dirigió a su jefe.

—¿Piensa que la pareja muerta se citaba en los apartamentos Astoria? —Él denegó.

—Imposible. Los apartamentos Astoria son demasiado caros para gente como ellos.

Llamó a un taxi que se detuvo ante la acera y, cuando le dio las señas, el taxista lo miró con extrañeza.

—¿Se refiere al edificio Astoria, el de los apartamentos?

—Desde luego. ¿Le extraña? Llévenos allí, por favor.

El taxi los llevó hasta un inmueble lujoso y moderno. La planta baja estaba ocupada por las oficinas de un banco y de una compañía aérea. En la primera había despachos de profesionales, estudios de arquitectos y sedes de empresas importantes. Más arriba, el resto del edificio estaba dedicado a apartamentos de lujo. Eran pisos de soltero, y otros solían ocuparlos bellas mujeres, a quienes sus amigos mantenían a todo lujo, a espaldas de sus respetables esposas.

—Vamos —indicó el inspector.

El gran vestíbulo estaba totalmente alfombrado, y todas las paredes recubiertas con planchas de reluciente caoba. Había tresillos tapizados de cuero, y al fondo media docena de ascensores automáticos. Un conserje uniformado les salió al paso con expresión adusta.

—¿Desean algo? —preguntó. El inspector se identificó, y la actitud del hombre pareció cambiar.

—Usted dirá —pronunció en tono servicial. El policía le mostró un retrato de la chica.

—¿La conoce? —dijo. Él no contestó enseguida.

—Comprendan, entra mucha gente aquí.

—¿La conoce? —insistió.

—Pues... sí. La he visto subir varias veces, y siempre iba sola.

—¿Sabe dónde iba? —Él negó con un gesto.

—No tengo ni idea.

—¿Quizá al décimo piso de apartamentos?

—Es posible que sí. —El inspector lo observó.

—Bien. ¿Puede decirme si está ocupado el 1003? —Él se quedó pensativo.

—Sí que está alquilado. Lo sé, porque yo mismo cobro todos los meses el alquiler, que es bastante elevado, por cierto. Me lo entrega en metálico un administrador del verdadero inquilino. La persona que lo tiene alquilado vive fuera, y no lo ocupa. Casi no tiene muebles, si se exceptúa el dormitorio —terminó con un guiño.

—¿Quién es el administrador? —El portero se encogió de hombros.

—No sé cómo se llama. Es un tipo raro. A mí me parece... poco hombre, ¿comprende usted? Tiene barba y el pelo largo, con patillas. Viste muy llamativo y lleva bastones con puño de plata, y cosas así. Parece tener malas pulgas —bromeó. El policía estaba serio.

—¿Viene mucho por aquí?

—De cuando en cuando viene a darle una vuelta al piso. Siempre viene solo. En realidad, al verdadero inquilino no lo he visto nunca.

—Quisiera ver el piso. Traigo una orden judicial de registro —dijo, mostrándole el papel. —El hombre pareció alarmarse.

—Está bien. Si es así... Yo tengo una llave, por si hay alguna urgencia. Hasta ahora, no he tenido que usarla más que una vez. Se estropeó la calefacción.

Fue a buscar la llave y los acompañó hasta el ascensor. Presionó el botón, las puertas se cerraron y la cabina subió velozmente hasta el décimo piso. Arriba se hallaron ante un amplio descansillo con suelos de mármol y apliques de bronce en las paredes. Él metió la

llave en una cerradura, y la puerta cedió con un chasquido.

—Pasen —indicó, apartándose.

En efecto, el lujoso apartamento parecía desocupado. El vestíbulo estaba vacío y lo mismo ocurría con el salón. Había tan sólo un gran número de plantas de interior con riego automático, y algunos cuadros modernos en las paredes. Dieron un vistazo a una moderna cocina que parecía sin estrenar, y luego al baño de mármol rosado. En medio había una bañera de forma arriñonada, a modo de pequeña piscina, y a un lado dos grandes lavabos encastrados en el mármol. La repisa estaba vacía, exceptuando un envase de cartón con el rótulo de un insecticida para plantas.

En una pieza aparte estaba el retrete. En la papelera hallaron un pañuelo de bolsillo con los colores corridos, y dentro del sanitario los restos de unos polvos grisáceos que habían quedado después de tirar de la cadena.

—No los toque —indicó el inspector. —Pueden ser importantes. Ahora, vamos a ver el dormitorio.

La habitación era de un lujo extravagante y barroco. Había en el centro una gran cama circular que podía girar a voluntad, y en el techo sobre ella un espejo provisto de focos con bombillas de diversos colores. En una especie de panoplia en la pared hallaron una surtida colección de bastones y fustas.

—Vaya elemento —murmuró el policía.

Pero nada allí podía identificar al dueño de aquellos objetos insólitos, cuya utilidad saltaba a la vista. Ni un solo papel, ni una fotografía. En el armario había varias prendas masculinas, al parecer sin estrenar y de un corte perfecto, pero sin ninguna etiqueta que pudiera mostrar el sastre que los confeccionó.

—Todo está calculado —gruñó el inspector.

En un pequeño armario hallaron numerosos artículos de perfumería masculina, todos sin empezar. En un cajón de la mesilla había una pitillera dorada que el inspector observó con atención.

—Está completamente limpia, sin huellas dactilares —observó. —Muy cuidadoso este sujeto. Y muy raro. —Su ayudante asintió.

—Puede ser cualquiera, siempre que tenga el suficiente dinero para pagar estos caprichos.

—Desde luego.

Envolvió la pitillera en un pañuelo y se la guardó en el bolsillo. Le dio las gracias al portero y volvieron al ascensor. De nuevo tomaron un taxi y dieron las señas de la comisaría.

—Vamos allá —dijo el conductor.

En el trayecto, el policía volvió a hojear la agenda de la chica. Ya en la oficina comprobó que eran teléfonos de diferentes hoteles. Había un número tachado, donde no podían distinguirse las dos últimas cifras.

—Habrá que armarse de paciencia —le dijo al ayudante. —Haremos llamadas telefónicas y pronunciaremos las palabras “Astoria uno, cero, cero, tres”.

Fue una labor ingrata y larga. En todos los lugares donde llamaban, les decían haberse equivocado. Por fin, al otro lado del teléfono sonó un gemido sordo, y luego colgaron el auricular violentamente. El ayudante tomó nota del número.

—Aquí hay algo —le dijo al jefe, explicando lo ocurrido.

—Pregunte en la central a quién corresponde ese teléfono.

Salió un momento del despacho, y cuando entró de nuevo había en su rostro una extraña sonrisa.

—Adivine quién es el titular del teléfono. Ya puede irse sentando —bromeó.

Cuando pronunció el nombre en voz baja, el inspector no trató de disimular su asombro. Se trataba de un hombre muy conocido en la política y en las finanzas.

—Caray —El compañero estaba radiante.

—Es un teléfono privado, que no figura en la guía —informó. —Me ha costado trabajo obtener la información, aunque previamente he rogado que me llamaran a la comisaría. La telefonista no se fiaba de mí —añadió, riendo. El inspector movió la cabeza.

—Lo tenemos difícil —dijo torvamente. —Aún así, hay que visitar a ese tipo.

La dirección correspondía a un palacete en medio de un bonito jardín situado en una zona residencial, donde estaban algunas embajadas extranjeras. Allí estaba ubicada la sede de uno de los más florecientes partidos políticos del país. Los recibió una secretaria, a quien mostraron su acreditación de policías. Tuvieron que aguardar un buen rato hasta que la mujer los condujo al despacho principal.

—Es arriba —indicó con una estudiada sonrisa, y por unas amplias escaleras de mármol los precedió hasta el primer piso.

El personaje los recibió en un lujoso bufete amueblado en el más puro estilo inglés. Estaba sentado ante una gran mesa de caoba sobre la que había un par de carpetas con papeles, una escribanía de plata y un marco también de plata con la foto de una numerosa familia.

—Pueden sentarse —indicó sin moverse. —Ustedes dirán.

Tomaron asiento en dos sillones ingleses tapizados en cuero verde oscuro. El sujeto era un hombre delgado, de unos cincuenta años, el mismo que aparecía con su familia en el retrato. En sus ojos había una mirada autoritaria y, bajo su fino bigote, sus labios se plegaron en un gesto de desagrado. El inspector se fijó en la alianza que lucía en el dedo anular, junto a un gran sello de oro y esmalte con un escudo nobiliario.

—Bien, ¿qué desean? —insistió fríamente.

Tras las disculpas de rigor, el inspector extrajo la pitillera dorada y se la tendió.

—¿Es suya? —dijo. Él la tomó en la mano, y se la devolvió enseguida, casi sin mirarla.

—No la he visto nunca —contestó. El policía la guardó de nuevo en el bolsillo y se puso en pie.

—No quiero robarle su valioso tiempo —dijo con retintín. —Pensé que podía conocerla.

—Pues no la conozco —dijo él. Esta vez los acompañó a la salida. Era mucho más alto que los policías, y su andar era elegante y flexible. Al despedirse tendió la mano a los dos hombres, y el inspector advirtió en su mirada una expresión de cansancio.

—Disculpe la molestia —le dijo. Él se pasó la mano por la frente.

—No es nada. Estoy a su disposición.

Cuando llegaron a la calle, el policía estaba muy serio.

—Tengo que hacer una cosa urgente —le dijo a su ayudante. —Puede volver a la comisaría, no hace falta que me acompañe. Coja con cuidado esta pitillera y llévela al laboratorio. Quiero que analicen las huellas.

Una hora más tarde apareció en el despacho policial. Parecía nervioso. Se sentó ante la máquina de escribir y estuvo redactando un informe. Estaba aún trabajando cuando el ayudante se asomó a la puerta. Él lo miró.

—¿Algo nuevo? —preguntó, tirando de la hoja de papel. El otro asintió.

—Han estudiado la pitillera en el laboratorio de huellas dactilares —informó. —Estaban las huellas de usted, como es natural. Pero había otras, que pertenecen al político de marras. Las mismas que había en los bastones y en las fustas.

—Lo sospechaba —dijo el inspector, estirándose. —Bien, creo que hoy nos hemos merecido un descanso. Mañana seguiremos.

***

Pero, al día siguiente, los periódicos publicaban una luctuosa noticia en primera plana: al parecer, accidentalmente, un alto cargo político había muerto envenenado. Había ingerido un potente insecticida, el Parathion, en lugar de su medicina habitual. El hombre era muy aficionado a las plantas, y había conseguido en su finca algunas valiosas especies. Su muerte dejaba un vacío irreparable, tanto en el partido que lideraba como en las finanzas nacionales.

Atrás, en las páginas dedicadas a notas necrológicas, el inspector leyó que el funeral se celebraría en una conocida basílica. Acudiría una representación del gobierno, así como de los distintos partidos políticos.

—No lo ha podido resistir —dijo en voz alta el policía, moviendo la cabeza. —Quizá sea mejor así.

El despacho del comisario jefe era una pieza de altos techos y muebles oscuros. La mesa estaba abarrotada de papeles, algunos polvorientos. Él era un hombre grande, con profundas entradas en la frente. Llevaba puesto un traje gris un tanto ajado, y fumaba un hermoso habano. Le indicó al inspector que se sentara.

—Aún no entiendo muy bien cómo descubrió al culpable de los asesinatos —le dijo. —Me gustaría que me hiciera una relación más detallada de los hechos. —El otro bajó la mirada.

—He andado mal de tiempo —se disculpó. —Todo ha sido muy precipitado.

Le estuvo contando lo ocurrido desde el principio, hasta su visita a los apartamentos Astoria.

—Cuando observé la pitillera, vi que la habían limpiado cuidadosamente, con lo que las huellas que podían tener eran tan sólo mías —explicó. —Yo sabía que el asesino era el hombre que contestó al teléfono, así que fui a verlo y le ofrecí la pitillera, de modo que no tuviera más remedio que cogerla. Él disimuló muy bien, pero supo que estaba perdido. —El comisario dio una larga chupada al cigarro.

—Supo que él mismo se había delatado, al devolver la pitillera con sus huellas —dijo. El inspector asintió.

—El laboratorio las identificó como las que había en los instrumentos de sadomasoquismo que hallamos en el apartamento.

El comisario se puso en pie, sacó una botella y dos copas del bar y sirvió un par de coñacs. La habitación estaba llena de humo. De nuevo se acomodó tras la mesa.

—Y eso lo llevó al suicidio —dijo con gravedad. —¿Usted sabía que lo haría? —El inspector cogió la copa y observó el líquido ambarino.

—Era cuestión de darle tiempo —contestó. Las cejas del comisario se alzaron.

—Una salida poco... ética, ¿no cree? Yo hubiera preferido detenerlo acusándolo de asesinato. —El inspector dio un sorbo a su bebida.

—¿Y poner el caso en evidencia ante la opinión pública? ¿Valdría la pena levantar esa gran polvareda, y hundir a una familia? La verdad, no lo creo.

Hubo un corto silencio. El comisario siguió con la mirada la fina columna de humo que surgía de su cigarro.

—Es posible que no —dijo sordamente. —Pero no me ha explicado la muerte del muchacho en el parque. ¿Había alguna relación entre los dos asesinatos? —El inspector dejó la copa sobre la mesa.

—Es una larga historia —dijo.

—Empiece —indicó el comisario. Él aspiró hondo.

—Después de lo ocurrido, he conseguido una confesión del dueño de la empresa de... señoritas. Al parecer, el político venía solicitando de un tiempo a esta parte a una de sus chicas, a la que pagaba por acudir a cierto lujoso apartamento. En realidad, lo que ella tenía que hacer era dejarse azotar, cosa que el hombre hacía al parecer con gran habilidad. A cambio de ello, pagaba muy bien. —El comisario torció el gesto.

—Vaya —dijo, lanzando una bocanada de humo en forma de anillo. El rostro del inspector se había endurecido.

—La chica era bonita, y había llegado a gustarle. Ante ella, al parecer, llegó a mostrar su verdadera identidad. Quizá se desprendía de su disfraz, de la barba y la peluca que ocultaban su personalidad verdadera. —El comisario paladeó el licor.

—¿Es que el administrador y él eran la misma persona? —El otro asintió.

—Exacto —dijo. —Pero al descubrirse cometió un grave error. De alguna forma ella supo de quién se trataba, lo que no es extraño. Entonces, se lo contó a su antiguo novio.

—Y entre los dos decidieron aprovecharse —adelantó el comisario.

—Eso es. Para ello, seguramente lo llamaban al teléfono particular que ella conocía, y se identificaban diciendo “Astoria uno, cero, cero, tres”. Le exigían dinero, que el hombre tenía que llevar al quiosco del parque.

—¿El quiosco chino?

—El mismo. Está en una zona poco transitada y discreta.

—¿Y él acudía al lugar? —preguntó el comisario.

Parece ser que sí, a juzgar por ciertas salidas que constan en su cuenta corriente. Parece que últimamente el muchacho le apretó las clavijas, y exigió demasiado dinero.

—¿Cómo sabe que fue él quien puso la carga explosiva? El lugar está abierto a todo el mundo.

El inspector miró a la ventana. Una fina lluvia estaba empezando a mojar los cristales.

—Cuando registramos el apartamento, hallamos en los sanitarios unos polvos grises. Analizados en el laboratorio, resultaron coincidir con la mezcla utilizada en la explosión. Es una mezcla inocente y a la vez mortífera, que cualquier estudiante de bachillerato puede preparar. —El comisario movió la cabeza.

—Tuvo que pasarlo mal cada vez que acudió a la cita —dijo. —No era normal que lo vieran merodeando por allí. —El inspector sonrió.

—No le era difícil acudir disfrazado con su barba y su peluca. Ese día aguardó a que llegara el muchacho, y por la pequeña ventana le lanzó la carga preparada para estallar. El guarda del parque acudió cuando pudo, pero para entonces él había desaparecido dejando el quiosco envuelto en llamas, y dentro un muchacho muerto, casi irreconocible.

—Todo encaja, en efecto —admitió el comisario. Él bebió un nuevo sorbo de coñac.

—Así es. Desde allí se fue al piso de la chica, y ella le abrió la puerta.

—¿La estranguló? —preguntó el comisario, y él denegó.

—No, porque hubiera dejado las huellas de su crimen. Sencillamente, la asfixió con cloroformo en un pañuelo. Registró el piso por si había algo que le perteneciera, pero no advirtió que en un bolsillo del abrigo estaba la agenda de “servicios”.

—Y usted encontró el pañuelo desteñido en la papelera del Astoria.

—En efecto —dijo el inspector. —Fue el segundo error que cometió, ya que el cloroformo corre los colores. Por lo demás, no hallamos más que objetos impersonales.

—Está el veneno para las plantas —indicó el comisario. —Él sonrió.

—Otro objeto impersonal. En cambio, no se dio cuenta de que el pañuelo lo acusaba. A veces, una mente brillante puede jugar estas malas pasadas.

—¿Y la pitillera? —preguntó el comisario. Se puso en pie, y la ceniza del cigarro cayó sobre la alfombra. El inspector se levantó también.

—Era un objeto sin ningún valor, y tampoco identificable, ya que puede encontrarse una idéntica en cualquier bazar. No quiso comprometerse al llevarla con él, la limpió cuidadosamente y la dejó en la mesilla —El comisario lo miró con una sonrisa burlona.

—Pudo haber limpiado los bastones. ¿Por qué no lo hizo? —El inspector sonrió a su vez.

—No lo hizo, y basta. Afortunadamente, ¿no?

UNA GARGANTILLA DE DIAMANTES

A las nueve de la mañana el teléfono de la casa comenzó a sonar, y contestó una joven doncella uniformada. Era aquella una residencia lujosa, de una familia acaudalada. La casa ocupaba el centro de una extensión de cuidados jardines, y se accedía a ella por una avenida de palmeras. Desde la gran biblioteca podía divisarse el mar. Ocupaba la casa un matrimonio de mediana edad y su hija adoptiva, a la que habían prohijado a los pocos días de nacer. Ahora la chica tenía dieciocho años y era francamente bonita.

—La señora no está —dijo la doncella.— Marchó el domingo a la ciudad, y pasó ayer lunes todo el día fuera. Volverá esta tarde.

Una voz masculina dijo algo al otro lado, y la chica frunció el ceño. Le rogó al hombre que aguardara un momento, y dejando el auricular sobre la mesita fue corriendo al salón donde el dueño de la casa estaba leyendo el periódico.

—Llaman del hotel donde está la señora —dijo agitadamente. —Es el director en persona, y dice que es muy urgente. —El hombre se levantó de un salto y, sin abandonar la habitación, habló por un supletorio.

—¿Ocurre algo? —preguntó. Al otro lado sonó un ligero carraspeo.

—Ha ocurrido algo grave, Siento decirle que su esposa... está muy enferma. Bien, supongo que tendría que decírselo, aunque lo siento de veras: esta mañana, la camarera la ha hallado muerta en su habitación.

Hubo un prolongado silencio. La voz del marido sonó quebrada.

—¿Qué me dice? —susurró. —Pero, ¿cómo ha sido? —En la voz del otro había un tono de conmiseración.

—El médico del hotel ha acudido de inmediato, como es natural. Él... ha diagnosticado muerte por sofocación en una crisis epiléptica. Al parecer, es un accidente no demasiado raro. ¿Sufría su esposa ataques epilépticos? —El marido tardó en contestar.

—Hacía tiempo que no los sufría —dijo con tristeza. —En realidad, pensábamos que estaba curada. —Las manos del hombre temblaban sujetando el teléfono.

—Lo siento mucho —repitió el director. —Verá... el hotel se ofrece a trasladar a su domicilio el cadáver, para evitar intrusiones y comentarios, que serían desagradables para todos. Compréndalo, nosotros queremos evitar esa clase de cosas, por el bien de las familias y del propio hotel. —El esposo asintió.

—Lo comprendo muy bien —dijo. —Sería terrible para todos. ¿Qué tengo que hacer?

Pareció que el director estaba hablando con alguien. Luego dijo:

—La trasladaremos a su casa en una ambulancia. Nuestro médico la acompañará, y saldrán inmediatamente. Le reitero mi consternación. —El esposo cerró los ojos.

—Gracias por todo —murmuró.

A su llegada, la instalaron en la cama de su dormitorio. El propio médico del hotel extendió el certificado de defunción, como persona que había seguido la crisis desde el comienzo, según decía el informe. Añadía que la señora había sido trasladada con vida, muriendo a los pocos minutos de haber llegado a la casa.

El esposo estuvo sumamente apenado, y se mostró muy reconocido por todo. El entierro se llevó a cabo en el cementerio local, y acudieron gentes del pueblo y de toda la zona, llevados por el dolor, o por la curiosidad que había suscitado la esquela publicada en el periódico. Una avenida flanqueada por dos filas de cipreses llevaba hasta el panteón de la familia, que se alzaba entre otros semejantes. En su pequeña capilla interior, el altar parecía protegido por una pareja de ángeles dorados que llevaban coronas de flores en las manos.

—Ha sido una terrible pérdida —decían los más allegados. El marido se mostraba muy afligido, y en sus ojos había claras huellas de llanto.

—No puedo creerlo todavía —comentó. Era un hombre de aspecto joven, con los ojos claros y el cabello castaño. Vestía de riguroso luto. La hija adoptiva llegó tarde a la ceremonia. Llevaba puesta una chaqueta negra y pantalones vaqueros, y no se había maquillado en absoluto. La acompañaba un muchacho alto y musculoso, con un rostro agradable y unos bonitos ojos oscuros.

—Siento no haber llegado a tiempo —dijo ella por toda explicación. Luego, todos volvieron a sus casas lamentando la muerte de una señora tan joven y caritativa, aunque alguno peor intencionado dijo que ya había cumplido los cincuenta. Iban apagándose los comentarios sobre el suceso, cuando algo nuevo vino a perturbar la vida de la doliente

familia: una llamada del viudo alertó a la policía de que alguien había entrado en la casa a robar.

—Han abierto la caja fuerte que tengo en la biblioteca. Está sobre la chimenea, oculta por un retrato de mi difunta esposa.

—¿Se han llevado algo? —preguntó el inspector cuando se puso al aparato. El hombre tardó en contestar.

—Faltan algunos documentos, y dinero en metálico, aunque no mucho. Pero... han desaparecido todas las joyas que pertenecían a mi mujer.

—No toquen nada —dijo el policía. —Vamos para allá.

No habían pasado diez minutos cuando el inspector se personó en la villa con un par de ayudantes. El automóvil dejó atrás la verja de hierro y el paseo de palmeras, y se detuvo ante un porche sombreado por enredaderas. Los recibió la doncella, que les rogó pasaran a la biblioteca.

—Los está esperando el señor —indicó. —Ahora mismo baja.

Entraron en la extensa pieza, donde el lujo resultaba incluso ostentoso. Había allí costosas alfombras y muebles antiguos, muy bien coordinados con otros modernos y funcionales, aunque de igual categoría. El inspector dio un vistazo a las brillantes estanterías de caoba tallada. La chica les indicó un gran tresillo tapizado en cuero negro.

—Tomen asiento, por favor —les dijo.

Había pinturas valiosas en las paredes, y sobre la chimenea el retrato de una señora que había sido hermosa. Su rostro era anguloso, aunque bello, y había en su mirada una gran resolución. Tenía un cuerpo erguido y esbelto. La puerta se abrió sin ruido, y el dueño de la casa entró en la habitación.

—Les agradezco que hayan venido tan pronto —dijo, tendiéndoles la mano. Iba en atuendo deportivo, con un jersey blanco de cuello alto y una chaqueta de ante. Se dirigió a la chimenea y presionó una moldura, haciendo girar el retrato que dejó al descubierto la caja fuerte.

—La persona que la abrió debía tener bien vigilada la finca —observó. —Aprovecharon el fin de semana, en que nosotros no estábamos y la servidumbre había salido. El jardinero, que hace las veces de chófer cuando lo necesitamos, había ido a visitar a su madre enferma. Debe haberlo hecho alguien muy experto, porque apenas hay daños en la caja, y trabajaron muy deprisa. La casa estuvo sola durante poco más de media hora.

El hombre entregó el inventario de las joyas robadas, con sus fotografías correspondientes, hechas por el joyero que se las había vendido o reformado a la señora. El inspector emitió un leve silbido.

—¿A quién pertenecían ahora? —preguntó.

—Lo ignoramos todavía —dijo el viudo. —Ha habido ciertas dificultades para localizar el testamento, y no se ha abierto todavía. Precisamente, mañana iba a hacerse en presencia de nuestros abogados.

—Ya —dijo el inspector. Era un hombre de unos cuarenta años, de estatura mediana y bastante delgado. Tenía aspecto cansado, y bolsas bajo los ojos. —Sí que parece obra de un especialista, me temo que no haya dejado huellas. Por cierto, ¿quién tiene la llave de la caja? —El hombre aspiró profundamente.

—Ahora la tengo yo —contestó. —El abogado de la casa tiene un duplicado. — El policía se había levantado, y miró por la ventana hacia el jardín.

—¿Quién la tenía antes? —preguntó sin volverse. El hombre carraspeó.

—Ultimamente, antes de morir, mi esposa la llevaba siempre encima, en una cadena pendiente del cinturón. Era desconfiada por naturaleza —explicó. —Pero comprenda, la servidumbre era toda nueva, incluido el jardinero. Antes había una familia de toda confianza, pero tuvieron que marcharse por asuntos personales.

Se tomaron las huellas y se hicieron fotos por parte de la policía. En contra de la voluntad del caballero alguien filtró la noticia, y no pudo evitarse que varios periódicos publicaran lo referente al robo.

El acto de la lectura del testamento se llevó a cabo ante notario, con la presencia de un abogado, así como del viudo y su hija adoptiva. Después de unos preliminares que resultaron demasiado largos, el notario leyó el testamento en que la señora legaba sus bienes. El grueso de su fortuna recayó sobre los herederos naturales; la hija resultó la única perjudicada por el robo porque, ante su asombro, todas las joyas estaban destinadas a ella.

—Es raro —comentó. —Creía que pensaba dejarlas para terminar las obras de la iglesia del pueblo.

Aquella misma tarde, el inspector se había quedado en su despacho después de la hora habitual de salida. Parecía nervioso, como si estuviera falto de sueño o demasiado

agobiado de problemas. Su ayudante asomó la cabeza y lo miró con extrañeza.

—Creí que se había ido —dijo, entrando. —¿Le ocurre algo? Parece cansado.

Él tomó el último trago de un botellín de cerveza, que ya estaba caliente.

— Más que cansado, cabreado —resopló. —Hay algo en el asunto de las joyas que me hace sospechar que nos están tomando el pelo. Me parece mucha coincidencia la muerte de esa señora, y a continuación el robo. —El ayudante asintió.

—Yo pienso lo mismo —dijo. —Todo esto es muy raro.

—Haremos una visita a la casa mañana a primera hora —indicó el inspector.

***

Los recibió la misma doncella uniformada. Era una muchachita avispada, y miró agudamente al policía. Luego explicó:

—El señor ha salido temprano, y la señorita tampoco está. —El inspector chasqueó la lengua.

—Vaya, mala suerte —comentó. De todas formas, usted misma puede servirme. Quisiera hacerle unas preguntas. —Ella pareció crecerse dentro de su negro uniforme con tirillas blancas. Parecía haber asumido el papel de anfitriona.

—Pase —dijo. —Y pregunte lo que quiera. Y usted, pase también.

Los hizo entrar en un saloncito, también alfombrado. El inspector se quitó unos ajados guantes de conducir y los guardó en el bolsillo.

—¿Es cierto que su señora antes de morir estuvo en la ciudad? —Ella dijo que sí con la cabeza.

—Había ido a visitar a su modista, según nos dijo. Además, tenía que hacer algunas compras. Ella solía ir de vez en cuando —explicó. —Salió de aquí el domingo, para volver el lunes por la noche. La señorita se ofreció a llevarla, pero ella prefirió irse sola en el tren. Porque tampoco quiso que la llevara el señor, ni el jardinero. El jardinero solía hacer de chófer cuando lo necesitaba la señora, ya que el señor conduce siempre, y la señorita también. Pobre señora, aquel domingo parecía tener tan buena salud...

La chica guardó silencio para coger aliento, y el inspector aprovechó para intervenir.

—¿Sabe si la señora llevaba encima la llave de la caja fuerte? —Ella mostró su extrañeza.

—Ahora que lo dice, creo que sí, señor. Llevaba una llave pequeña colgada de una cadenita de oro. —El hombre la miró fijamente.

—Por cierto, ¿sabe usted las señas de esa modista? —La muchacha dudó un momento.

—Creo que puedo dárselas —dijo luego. —Aguarde un momento.

Salió del saloncito, y a poco volvió con una hoja de calendario en la mano. Se la tendió al policía.

—Gracias —dijo él. —Por cierto, ¿paraba siempre la señora en el mismo hotel? —La chica contestó sin dudar.

—Sí, siempre en el mismo. Se llamaba Majestic o algo así. Es un hotel de categoría. —Él sonrió.

—Bien, gracias —repitió. —Ah, una última pregunta. ¿Hay alguien más de servicio en la casa? —Ella pestañeó.

—Está la cocinera —dijo. —Así que somos tres, aparte de una mujer que se lleva la ropa y la trae lavada y planchada. Demasiado trabajo tenemos —suspiró. —El policía le tendió la mano.

—Volveremos en otra ocasión —le dijo. Antes de salir dio un vistazo al vestíbulo. Todo allí rezumaba lujo y dinero, hasta el último detalle. Comprendió a la muchacha, al observar la multitud de jarrones y figuras que había sobre los estantes y muebles de caoba, y que ella tendría que limpiar a menudo.

Luego, el automóvil hizo chirriar la grava del paseo. Fueron en dirección a la ciudad, dejando atrás villas rodeadas de jardines y urbanizaciones recién terminadas. El inspector miró a su acompañante.

—Vamos a ver a la modista —dijo.

Poco a poco, las naves industriales y edificios de los arrabales fueron cediendo su lugar a las amplias avenidas. El automóvil se detuvo ante una casa de tres pisos y estilo modernista.

—Es aquí —indicó.

Subieron en ascensor hasta el segundo, donde los recibió una muchacha que llevaba alfileres prendidos en la pechera de la bata. Los hizo pasar a un gabinete con grandes espejos. La dueña de la casa no se hizo esperar.

—¿Querían algo de mí? —preguntó. Era una mujer de edad mediana, elegante y

discreta. Llevaba puesto un sencillo vestido gris con botones del mismo color. El policía se identificó, y ella no disimuló su sorpresa. Él estuvo explicando el motivo de su visita.

—Es cierto —dijo. —La señora estuvo aquí un lunes por la tarde, a probarse unos vestidos que había encargado. Por cierto, que ahí los tengo, y la familia no los ha reclamado —indicó, con cierto embarazo. —Comprenda, para mí ha sido un gasto grande, y... me veré obligada a pasar la factura. El policía asintió, comprensivo.

—Es natural que así lo haga —dijo. —¿Le pareció que la señora se encontraba bien?

—Pues... verá —dijo ella, dudando. —Me pareció que estaba muy nerviosa, casi enferma. Incluso tuve que prepararle una taza de tila, porque parecía a punto de desmayarse. Me ofrecí a que alguna de las chicas la acompañara al hotel, pero ella me dijo que se encontraba mucho mejor. Luego, me enteré de su muerte por la esquela del periódico, y la verdad es que no me cogió por sorpresa. Yo misma no la había encontrado nada bien, de verdad. Parecía... trastornada.

—Está bien, muchas gracias —dijo el inspector, levantándose. — Perdone la molestia.

Ella se puso en pie, pero no le tendió la mano. Precedió a los dos hombres hacia la salida, y antes de abrir la puerta se detuvo.

—¿Es que ocurre algo raro? —preguntó. Él contestó sonriendo.

—No, nada. Se trata de una simple rutina.

La segunda visita correspondió al hotel, un impresionante edificio que ocupaba toda una manzana en el centro de la ciudad. El inspector le mostró la placa al recepcionista.

—Quiero ver al director —indicó. En los ojos del joven hubo un destello rápido.

—No está en el hotel —dijo. El inspector se le quedó mirando.

—No importa —insistió. —Lo esperaremos, no tengo ninguna prisa.

Cuando apareció el director, el policía no pudo por menos que sentirse impresionado. Era un hombre muy alto y bien parecido, con el pelo muy rubio impecablemente peinado. Llevaba un traje oscuro con camisa y corbata de seda.

—Disculpen que les haya hecho esperar —dijo, invitándolos a pasar a su despacho. Era una habitación amplia y moderna, y un gran ventanal ocupaba casi por completo una de las paredes. Desde allí podía contemplarse la plaza con una artística fuente en el centro. Les indicó unos pequeños sillones de diseño muy actual.

—Tengo que hacerle unas preguntas —indicó el policía. — Se trata de la señora que hace días enfermó en el hotel.

Él se había puesto rígido, pero enseguida se dominó. Sólo un latido en su sien denunciaba su nerviosismo.

—Pregunte lo que quiera —dijo, ofreciendo a sus visitantes una caja de cristal llena de cigarrillos.

Confirmó que la señora era una antigua cliente. Que había llegado un domingo por la tarde y lo primero que hizo fue confiar su maletín de joyas a la caja fuerte del hotel. Como era costumbre, había rellenado un impreso donde se hacía mención de todo lo entregado.

—Tenía joyas muy valiosas —observó. — Y en gran cantidad. Yo mismo le indiqué que había hecho muy bien no guardándolas con ella en la habitación. — El policía frunció el entrecejo.

—¿Era corriente que se desplazara con todas sus joyas? —preguntó. El director había sacado un cuaderno del cajón y estuvo consultándolo.

—Pues no —dijo. —Era la primera vez que las depositaba en la caja. Normalmente, no traía más que las puestas.— Pasó unas hojas del cuaderno, y luego alzó la mirada. —Aquí observo una cosa curiosa —indicó. —El lunes por la noche seguía en el hotel, pero esa noche no nos confió el maletín, que había retirado por la mañana. Luego... se puso muy enferma, y nuestro médico aconsejó que la trasladáramos a su casa.— Los ojos del policía se achicaron.

—¿Tenía el maletín entonces? —El director se puso en pie. Estaba pálido.

—Me parece que no —contestó. —Yo mismo la atendí personalmente, y la camarera recogió sus cosas para llevarlas a la ambulancia. No, es seguro que no lo tenía —afirmó con convicción.

—¿Qué piensa que ocurrió con las joyas? ¿Quizá las vendió?

El hombre se sentó de nuevo. Movió la cabeza, negando.

—De ninguna manera. La señora no necesitaba vender ninguna joya, ni creo que lo hubiera hecho nunca. Era una de nuestras mejores clientes, con todo lo que eso supone. Quizá depositó las joyas en la caja de algún banco. —El inspector se mordió los labios.

—Si así hubiera sido, los ladrones no las hubieran podido robar en su casa. ¿No leyó la noticia en los periódicos?

El director dijo no haberla leído. El policía se levantó, y su compañero hizo lo mismo.

—En fin, gracias por todo —dijo.

La próxima visita fue al joyero de la señora, cuya dirección figuraba en el inventario y en las fotografías. Él los recibió en su lujoso establecimiento, donde en grandes escaparates se exhibía un cierto número de piezas, indudablemente de mucho valor, que descansaban sobre terciopelo rojo oscuro. Dentro, ante las vitrinas de cristal que hacían las veces de mostrador, varias clientes ocupaban unas pequeñas sillas lacadas. El hombre los invitó a pasar a un pequeño despacho.

—Me ha sorprendido su llamada —indicó. —Ustedes dirán.

El joyero era un tipo algo afeminado, quizá porque sus labios mostraban un tono natural de un rosa encendido. Su atuendo era tan atildado, que todo en él parecía ocupar su exacto lugar sin desviarse un ápice. Saltaba a la vista que su traje estaba confeccionado a la medida por un buen sastre, y sus zapatos negros brillaban como espejos. Su actitud era amable, casi servicial. El inspector lo observó con prevención.

—Estamos investigando un caso relacionado en cierta forma con usted —indicó. El hombre cambió de actitud, y su voz se hizo aguda.

—En mi casa no hay nada que tengan que investigar —dijo altivamente. —Yo pago mis impuestos. Además, no puedo facilitar información acerca de ningún cliente. —El policía lo atajó con un gesto.

—Relacionado sólo indirectamente —aclaró. —Algunas joyas vendidas por usted han sido robadas. Estamos investigando el caso.

Le facilitó los datos de la dueña de aquellas joyas, y él habló pausadamente.

—Sé a lo que se refiere —dijo con alivio. —Supe la noticia por el periódico. ¿Qué quería preguntarme?

Él le dijo que cualquier información al respecto podía serle muy valiosa. Sabía que la señora lo había visitado con las joyas el lunes por la mañana. Las manos del hombre se crisparon.

—Voy a decirles algo sorprendente. Las joyas que me trajo la señora no eran más que unas buenas imitaciones de las auténticas que yo le había vendido o reformado. Ella no lo sabía, desde luego, y se quedó muy afectada al enterarse, aunque lo sospechaba.

—¿Ella lo sospechaba? —El hombre asintió.

—Así es. Se llevó el maletín con las joyas falsas, y quedó en ponerse en contacto conmigo más adelante. Pero a los dos días supe por el periódico que ella había muerto. Me consideré obligado por el secreto profesional, y no dije nada del asunto. Por cierto, que también leí la noticia del robo, y pensé que los ladrones habrían salido chasqueados. —El policía se levantó.

—¿No sospechaba la señora quién había cambiado las joyas? —El dueño de la tienda se levantó a su vez.

—Si lo sospechaba, no me dijo nada —contestó, enrojeciendo.

De vuelta en el pueblo, antes de acudir a la comisaría, el inspector y su ayudante hicieron una nueva visita a la villa. Por supuesto, no pensaban mencionar el cambio de las joyas. Los recibió el viudo en persona. Vestía un chándal verde y llevaba en la mano unos guantes de ante del mismo color. Se disculpó por la indumentaria.

—Acabo de dejar la bicicleta —explicó. —No he tenido tiempo de cambiarme.

—No tiene importancia —sonrió el policía. Él preguntó en qué podía ayudarlos.

—¿Podría ver la habitación de su esposa? Puede que encuentre allí alguna pista que nos lleve a la persona que abrió la caja fuerte. —Él mostró la escalera de mármol.

—Pueden subir —indicó. —El dormitorio está arriba.

Los condujo por las escaleras hasta una pieza delicadamente decorada, con muebles antiguos lacados en blanco, y finos apliques en bronce. Las pantallas en raso color crema de varias lámparas de pie hacían juego con la estirada colcha de la cama. Una suave luz, entrando por las cortinas semicerradas, daba la sensación de una paz de ultratumba.

—Es aquí —dijo el dueño de la casa. Permaneció a la entrada, mientras los policías llevaban a cabo su labor. En la parte baja de un armario del vestidor, junto a unos pares de zapatos muy bien colocados, el inspector dio con un pequeño maletín de piel de cocodrilo marrón, con unas iniciales en oro. Sin sacarlo del lugar lo abrió, y estaba vacío. Sólo encontró dentro de un bolsillo que había en el forro un pequeño aparato, un audífono utilizado por una persona sorda. Sacó luego el maletín y se lo mostró al dueño de la casa, y él confirmó que su esposa lo usaba a veces para transportar sus joyas al banco.

—Solía hacerlo cuando nos íbamos de veraneo —indicó. El policía lo miró de frente.

—¿Usaba su esposa audífono? — El otro se mostró extrañado.

—Sí, ¿Por qué lo sabe? Bueno... ella hacía años que se había quedado completamente sorda. Sólo se lo quitaba para acostarse. ¿A qué viene su pregunta? —El

policía hizo un gesto vago.

—Algo había oído —dijo, quitándole importancia al tema. —Por cierto, ¿cuántos aparatos de ese tipo tenía? —El hombre seguía sin comprender.

—Tenía dos —contestó. —Guardaba siempre uno de repuesto. —El policía asintió.

—¿Tenía su esposa puesto el aparato cuando la trajeron enferma? —Él trató de recordar.

—No lo creo. Ella nunca lo tenía cuando estaba en la cama.

De vuelta a la comisaría, lo primero que hizo el inspector fue llamar al hotel. El director lo hizo esperar al teléfono unos cinco minutos. Luego se disculpó diciendo que estaba despidiendo a unos clientes. Él no se anduvo con rodeos, y formuló directamente una pregunta. El otro vaciló antes de contestar.

—No creo que en la habitación se quedara ningún aparato para sordos —dijo. —Como ya le informé, yo estaba presente cuando se recogieron los objetos personales de la señora. Y si hubiera caído al suelo, la camarera lo hubiera entregado, y yo se lo hubiera devuelto a la familia. Pero no fue así —terminó secamente. El policía le dio las gracias.

—Siento haberle molestado —dijo. —Espero que sabrá perdonarme.

Cogió la guía de teléfonos y buscó en las páginas amarillas las mejores ópticas de la ciudad. Después de preguntar en una docena de ellas, el éxito le sonrió. A la pregunta del inspector, que previamente se identificó, el óptico contestó que hacía unos años el otorrino le había enviado a la señora, que sufría de sordera. Precisamente, hacía unos días que le había llevado a arreglar uno de los dos aparatos que usaba.

—Fue... un lunes por la mañana, si mal no recuerdo. Al parecer notaba ciertos ruidos, y lo dejó aquí para repararlo. Después... supimos la triste noticia. Lo sentí porque era una señora de las que quedan pocas. Una señora de verdad.

El policía suspiró. Llevaba horas devanándose los sesos, y sin saber muy bien por qué. Algo no cuadraba en todo aquello, o quizá se estaba imaginando cosas absurdas. Después de dar las gracias, se enfrascó nuevamente en su trabajo. A pesar de todo, quizá fuera la propia señora quien vendió o empeñó sus joyas... la vida solía deparar muchas sorpresas. A lo mejor necesitaba dinero...

—Mierda —masculló, y su ayudante lo miró, extrañado. —Bien, haremos una última visita a la casa. Si no encontramos nada nuevo, prometo que daré el caso por cerrado. Por cierto, quiero que vigilen el chalet, y que me avisen cuando el viudo haya salido. Me gustaría poder trabajar sin testigos.

Así se hizo, y una vez que estuvo seguro de hallar el campo libre, se presentó en la casa donde le abrió la puerta la doncella, como era habitual.

—Si viene a ver a la señorita, ha tenido suerte esta vez —sonrió. —En cambio, el señor ha salido. Ella se está duchando, pero no creo que tarde. Voy a avisarla. —El policía la detuvo con un gesto.

—Luego —indicó. —Ahora quisiera ver el dormitorio del señor. —La chica pareció alarmada, y él apoyó en su brazo una mano fuerte y nudosa.

—Descuide, no revolveré nada —prometió. —Él no lo notará.

—Está bien, venga —dijo la muchacha, no muy convencida. Lo condujo al piso superior mientras el compañero aguardaba abajo. Le mostró una habitación frente a la que había ocupado la dueña de la casa.

—Avisaré a la señorita —dijo.

Él abrió la puerta, y luego la cerró tras de sí. Se hallaba en un dormitorio muy distinto al que viera en otra ocasión. Estaba amueblado con lujo también, pero los muebles eran modernos, el suelo estaba enmoquetado en un tono claro y todo un testero ocupado por armarios con puertas de espejos rosados. Tanto el cabecero como las dos mesas de noche eran de espeso y transparente metacrilato, y sobre la cama había varios almohadones de colores vivos.

—Vaya —dijo en voz alta el policía. —No se vive mal en esta casa.

Rápidamente, con habilidad profesional, efectuó un minucioso registro. Ya iba a abandonar cuando en uno de los cajones del armario, oculto entre la ropa interior, halló un sobre abultado. Lo abrió, y aguantó la respiración. Era lo último que hubiera pensado encontrar en un lugar así: fotos de muchachos jóvenes, completamente desnudos y en actitudes que dejaban de ser eróticas para caer en la pornografía. Emitió un fino silbido.

—Vaya con el viudo —susurró.

Había dentro otra fotografía mayor, ésta en un sobre individual. En ella aparecía una mujer bellísima, con el cabello de un rubio dorado, recogido con arte en la nuca. Llevaba puesto un traje de noche plateado, con un pronunciado escote. Al cuello lucía una gargantilla con varios hilos de diamantes, y en las pequeñas orejas unos pendientes a juego. El hombre

reconoció la gargantilla, y un nuevo silbido se escapó de sus labios. Era la misma que aparecía en el inventario de las joyas robadas. Guardó todo como lo había hallado, y abandonó la habitación sin aguardar a la muchacha; cogió al ayudante del brazo y salieron al exterior, cerrando sin ruido la puerta de entrada.

—Tengo que hacer una llamada urgente —indicó. El otro lo miró como si estuviera loco, pero se limitó a encogerse de hombros. Desde la primera cabina que encontraron en la carretera, el inspector marcó unos números. Le contestó la voz atiplada del joyero. Parecía irritado.

—Por supuesto que la gargantilla de diamantes pertenecía a mi cliente —explicó. —Yo mismo se la hice, y utilicé para ella las mejores piedras que tenía. Cuando la señora me la trajo aquella mañana, casi no tuve que mirarla para saber que se trataba de una imitación.

—Está bien, gracias —dijo el policía, y colgó el teléfono. No se movió durante varios largos minutos. La sangre golpeaba en sus sienes. ¿Llevaba la mujer de la fotografía la gargantilla auténtica, o se trataba de la falsa?

El ayudante pegó con una llave en el cristal de la cabina y lo sacó de sus cavilaciones. Cruzaron la carretera y se sentaron en un bar, pidiendo un par de cafés.

—No podemos seguir a la deriva —dijo el inspector con expresión hosca. —Tenemos que elaborar una hipótesis que, al menos, no sea demasiado descabellada.

En su cabeza bullían una serie de ideas y de preguntas sin contestación: ¿Volvieron las joyas falsas a la caja fuerte? Porque nadie dijo haberlas visto entre los objetos de la enferma cuando volvió a su casa, y tampoco estaban en la caja del hotel. La señora, según le dijeron, estaba muy enferma cuando volvió a su casa, y murió al poco tiempo. Así que difícilmente hubiera podido guardar las joyas falsas en la biblioteca. Todo esto se lo expuso al ayudante, que asintió.

—Por otra parte —siguió él, —la llave que llevaba encima había sido recobrada por su esposo cuando ella murió. ¿Habría descubierto él que las joyas no eran las auténticas? O, ¿ quizá él mismo las había cambiado?

El inspector apuró de un golpe el café. Le estuvo explicando al ayudante lo que había descubierto en el cajón del armario. Cuando terminó su relato, llamó al camarero para que cobrara la consumición.

—Hay que localizar a la mujer de la fotografía —dijo, levantándose. —El retrato estaba numerado y firmado por un fotógrafo conocido. Vas a hacerle una visita, y a averiguar el nombre de la modelo. Mientras, yo voy a tomarme una aspirina y a tratar de descansar un rato.

Pero su mente no dejó de volver sobre el problema; había algo muy importante que en un principio no le había sugerido nada, pero que ahora golpeaba en sus sienes: el maletín que el día antes de su muerte llevaba la señora, estaba ahora en un armario de su habitación. ¡Y dentro del maletín estaba el audífono! De pronto, una luz se abrió paso en su mente dejándolo deslumbrado, hasta el punto de que casi se salió de la carretera. Su compañero lanzó una exclamación.

—Pero, ¿qué hace? ¿Quiere que nos matemos? —él tenía los ojos brillantes.

—¡La sordera! —casi gritó. —Ahí está la solución de todo. —El otro lo miraba, extrañado.

—¿La sordera de quién? No entiendo nada, se lo juro.

El automóvil recuperó su rumbo y se deslizó sobre la nueva autopista. A ambos lados se sucedían pequeñas construcciones, muchas de ellas utilizadas sólo en el verano, y actualmente vacías. El inspector habló como si estuviera pensando en voz alta.

—En efecto —dijo. —La señora era completamente sorda y nadie lo notó en el hotel. Lo que demuestra que había tenido todo el día el aparato puesto, pues también visitó al joyero y a la modista, y no tuvo dificultad para oírlos. Y era precisamente el aparato que yo tuve en la mano, ya que el otro estaba en casa del óptico.

El ayudante empezaba a comprender. Miró la cinta gris de la carretera y asintió.

—Hasta aquí lo entiendo. Siga. —Él siguió hablando despacio.

—La señora acostumbraba a quitarse el aparato para acostarse —explicó. —La camarera la encontró por la mañana muy enferma en la cama, y el aparato no estaba, ni el maletín de las joyas. ¿No le sugiere algo? —El otro negó con la cabeza y el inspector siguió:

—Alguien entró aquella noche en la habitación que ella ocupaba, y ella no lo oiría, porque se quitaba el aparato. Tenía que ser cliente del hotel, para no llamar la atención de los empleados.

—Alguien de la familia —admitió el ayudante. —Seguramente, fue el marido.

—Tenemos a la hija —dijo sordamente él. —Por cierto, todavía no la hemos visto ni hablado con ella. En parte, soy culpable. —El ayudante frunció el ceño.

—Las joyas iban a ser para ella, ¿por qué iba a robarlas?

—No sabía que serían para ella. Se dijo que irían destinadas a la parroquia, para llevar a cabo las obras de la iglesia. Ella pudo haber cambiado las joyas, y robado las falsas para que no se notara el cambio.

—¿Y matar a su madre adoptiva? Yo no lo creo.

El inspector guardó silencio un tiempo, y luego prosiguió:

—Quizá fue, cogió el maletín con las joyas falsas y se lo llevó. Con él se llevó inadvertidamente el audífono, que quizá ella guardara allí para que no se extraviara.

Una curva pronunciada hizo que el automóvil derrapara. Se oyó sonar un claxon, y el ayudante suspiró. No parecía ser el día de su jefe como conductor. Él siguió hablando como si no hubiera advertido su error.

—En efecto, tuvo que recoger el maletín alguien de la casa, ya que estaba en el armario y ella no lo llevaba consigo cuando volvió. He estado pensando en la hija adoptiva, precisamente porque nos ha estado esquivando hasta ahora. Sabemos que pasó casi toda la noche fuera, y que volvió muy tarde con el muchacho que la acompaña. El jardinero dijo haberlos visto, y que la muchacha le explicó que había estado en la ciudad tomando unas copas y bailando, y que no sabía la hora que era. Había olvidado las llaves, y él tuvo que abrirle la puerta. Al parecer venía muy excitada, como si algo grave le hubiera sucedido. Cuando entró en la casa, todos estaban durmiendo ya. —El ayudante frunció el ceño.

—Que yo sepa, el jardinero no dijo que llevara ningún maletín.

—Pudo esconderlo en el jardín, y haberlo recogido al día siguiente.

Detuvo el automóvil a la puerta de la comisaría y saltó a la acera, cerrando violentamente la puerta. El ayudante lo siguió y él se detuvo un momento.

—Hay que exhumar el cadáver —dijo resueltamente. —Quizá la chica, o el marido, pudieron matar a la señora. Vamos.

***

No le costó mucho trabajo conseguir una orden judicial para que se efectuara la autopsia. El cadáver de la señora fue exhumado con las protestas de la familia y, pese a los días transcurridos, el forense pudo hacer su trabajo. El inspector recibió el informe por teléfono. La voz del médico sonaba lejana, aunque estaba a poca distancia de la comisaría.

—La señora no murió de muerte natural —dijo, y él contuvo la respiración. —La muerte se produjo la noche antes de que fuera trasladada, aunque no se puede establecer la hora con exactitud. Desde luego, fue después de las doce de la noche de aquel lunes, porque la digestión de la cena que tomó en el hotel estaba casi hecha. —El inspector se sentó en el sillón tras su mesa y estiró las piernas. Estaba satisfecho, y a la vez confuso.

—Entonces, ¿el certificado de defunción es falso? — El otro contestó enseguida.

—Fue el mismo médico que la vio en el hotel quien certificó la muerte en la casa. Sabemos que eso ocurre con alguna frecuencia. Los directores evitan dar a conocer la muerte de un cliente en su establecimiento, y se ponen de acuerdo con la familia. —El policía asintió. Tenía la garganta seca.

—Es cierto —dijo. —Yo conozco algún caso. —El forense continuó:

—Normalmente, no tiene demasiada importancia. La gente suele morir, salvo muy raras excepciones, de muerte natural. El mismo médico que atiende al paciente en el hotel certifica la muerte en la casa, con sólo unas horas a lo sumo de diferencia. Ni a la familia ni al hotel les interesa la publicidad. —El policía permaneció en silencio. Luego dijo:

—Pero esta vez era distinto. ¿Cuál fue la causa de la muerte? —El forense dudó un momento.

—Yo diría... que la asfixiaron con la almohada.

—Cualquiera pudo hacerlo —dijo el policía. El otro asintió.

—Por supuesto —dijo. —Hasta un niño puede hacerlo, estando la persona dormida.

El policía dio las gracias y colgó el teléfono. A los cinco minutos sonó de nuevo: era el ayudante.

—Ha habido suerte con el fotógrafo —dijo. —Tengo localizada a la modelo, él me dio su nombre y dirección. Al parecer, se trata de una chica de teatro. La foto era cara; le había hecho varias como aquélla en distintas ocasiones, y le pagó al contado, pese a no ser más que una simple chica de conjunto. —El inspector asintió con un gesto.

—Voy para allá —dijo. —Espérame en el lugar de costumbre, vamos a hacerle una visita a esa mujer.

Se encontró con el ayudante en una cafetería del centro. Lo estaba aguardando a la entrada, sentado ante el volante del coche, y se situó junto a él, que le tendió una nota con el nombre de la chica y su dirección. El automóvil recorrió varias calles antes de detenerse ante un edificio de apartamentos, rodeado de un pequeño jardín. Un moderno ascensor de acero

se cerró como un cepo y los trasladó al décimo piso. Allí las pesadas puertas se abrieron, y el policía respiró.

—Me dan claustrofobia estos chismes —dijo.

Se detuvieron ante una puerta blindada seguramente, a juzgar por el aspecto de sus cerraduras. Pulsaron el timbre y aguardaron unos segundos. Oyeron correr un cerrojo y apareció ante ellos la mujer de la fotografía. El inspector la reconoció enseguida: sí que era guapa, pero estaba demasiado maquillada y se le había corrido la sombra de ojos. Llevaba un vestido muy corto y ceñido, con estrellas metálicas a modo de botones, y tenía las uñas largas y pintadas de un rojo brillante. Él le mostró la placa.

—Policía —dijo, y ella abrió unos ojos como platos. Trató de evitarlos, pero ya el ayudante había bloqueado la puerta con el pie. La muchacha se hizo a un lado, y ellos se introdujeron en el apartamento, amueblado con un gusto bastante dudoso. En las paredes había fotografías de ella en distintas posturas y con ropa muy escasa.

—¿Qué quieren? —preguntó con voz tensa. Sostenía un cigarrillo en la mano y la ceniza cayó al suelo. El inspector habló en tono cortante.

—Es mejor que sea buena chica. No vamos a hacerle nada malo.

Ella pareció resignarse y los invitó a pasar al salón. Sobre una mesa baja, el inspector vio la fotografía en que ella aparecía con la gargantilla de diamantes.

—¿Es suya esa joya? —preguntó. Ella se mostró ofendida.

—Por supuesto que es mía —dijo, expulsando una bocanada de humo. El hombre paseó la mirada por la habitación.

—¿Cómo llegó a sus manos? Ella aplastó el cigarrillo a medio fumar en un cenicero.

—Tengo buenas amistades —dijo. —Hombres ricos, de la buena sociedad.

—Pues tiene suerte —dijo él. —¿Puede decirme el nombre del... rey mago?

Muy a su pesar, aquella chica estaba empezando a gustarle. Tuvo que hacer un esfuerzo para retirar la mirada de sus bonitas piernas, mostradas en su totalidad por la falda corta y estrecha. Ella contestó con un mohín.

—¿Le gusta el collar? Como ve, tengo los pendientes a juego. Las piedras son buenas. —El hombre sonrió.

—¿Podría verlas? —En los ojos de ella hubo un destello de desconfianza.

—¿Por qué quiere verlas? Yo... no las tengo aquí. —El policía cambió de tema.

—¿Le regaló su amigo otras joyas, aparte de éstas? —Ella le dirigió una somnolienta mirada.

—¿Le parece poco? Son auténticas. Lo sé por un... pariente mío que es joyero. Nada de chatarra, yo tengo más categoría. —El hombre contuvo una sonrisa.

—Imagino que su amigo es un hombre casado. ¿O no?

—No me importa si está casado. Eso es problema suyo.

—¿Conoce la esposa su relación con usted?

Ella había encendido un nuevo cigarrillo. Se echó hacia atrás en el asiento y cruzó las piernas.

—Creo que un día encontró una foto mía en su escritorio —dijo inocentemente. —Tuvieron una escena, según creo. —El policía asintió.

—¿Sabe lo que ocurrió con el resto de las joyas? —Ella no ocultó su extrañeza.

—¿Qué joyas? No sé de qué me habla.

El policía se puso en pie, dando por terminada la entrevista.

—No se mueva de la ciudad, hasta que yo se lo diga —indicó. —Y no hable con nadie de esto, y menos con su amigo. Se ha denunciado el robo de unas joyas, entre ellas las que están en su poder. Es mejor que ande con cuidado, si no quiere tener un disgusto. —Ella afirmó con viveza.

—Descuide, haré lo que me dice —prometió.

Cuando estuvieron en la calle, el inspector respiró hondo.

—Vaya una pieza —dijo. —Me estaba mareando. —El ayudante se echó a reír.

—Quién la cazara —bromeó. —¿Piensa que está complicada en algo gordo? —el otro denegó.

—No lo creo. Recibir regalos de un hombre casado no está contemplado en el código penal. Aunque él se las robara a su mujer, sustituyéndolas por otras. —El ayudante lo miró de reojo.

—¿Cree que el marido cambió las joyas por las falsas? ¿Que vendió el resto de las joyas? —Él tardó en contestar.

—Eso es lo que menos me preocupa ahora —dijo. —Habrá que visitar esa casa otra vez.

En el camino de vuelta la expresión del inspector era tormentosa. Temía no hallar a la

hija, pero ella misma le abrió la puerta.

—Pase —dijo. —Sé que quería hablar conmigo.

El ayudante aguardó fuera y ella condujo al inspector hasta la biblioteca. Era una bonita muchacha, pero su expresión no era alegre. Tenía los ojos de un extraño color violeta y, por supuesto, no se parecía a los padres adoptivos. Caminaba con paso elástico, y su negro cabello se deslizaba suavemente sobre sus hombros. Llevaba puesto un pantalón color fresa y una blusa del mismo color. En la biblioteca se sentaron ambos frente a frente, separados por una mesa baja de cristal.

—¿Qué quería saber? —preguntó ella, mirándolo a los ojos. Él se sintió violento, ante aquella mirada directa y franca. Apartó la suya y observó los muebles antiguos, las flores en un jarrón, los estantes con libros de todos los tamaños. Hizo una profunda inspiración.

—Quiero saber lo que ocurrió en realidad la noche de aquel lunes —dijo, y su voz sonó cordial y suave. Ella se mordió los labios.

—Sabía que me lo preguntaría —le dijo. —Me había encontrado con mi novio en un motel de la carretera, y pasamos allí la noche juntos. ¿Está contento ahora? —Él asintió.

—¿Puede probarlo? —Ella se había ruborizado.

—Claro que puedo —dijo. —Hay un guarda de noche, y le aseguro que no nos vio salir de la habitación en toda la noche, porque no nos movimos de allí.

Se detuvo un momento, y se miró las manos alargadas. Sus labios eran carnosos y húmedos, y tenía el cuerpo menudo y grácil. Antes de que el hombre le hiciera una nueva pregunta, ella prosiguió con la mirada baja:

—Era la primera vez que hacíamos el amor, se lo aseguro —dijo. —Aproveché que no estaba mi madre. Ella nunca me hubiera consentido que pasara la noche fuera. Era demasiado... rígida para eso. Al día siguiente, cuando supe que había muerto, sentí un gran remordimiento. Me pareció tener la culpa de lo que había sucedido.

—Está bien —dijo el hombre. —Descuide, por mí nadie lo va a saber. —La muchacha se encogió de hombros.

—Ahora, ya no me importa demasiado —dijo. El policía se inclinó hacia ella.

—Quisiera ver a su padre. ¿Sabe si está en casa? —Ella asintió y se puso de pie.

—Voy a buscarlo. ¿Quiere preguntarme algo más? —El policía se levantó también.

—No, nada —dijo.

El ayudante seguía aguardando. El dueño de la casa acudió a la biblioteca enseguida. Le ofreció al policía una copa, que él rechazó, yendo directamente al grano.

—Puede quitarse la careta —le dijo bruscamente. —Sabemos que frecuenta mujeres... digamos de vida ligera, y que tampoco hace ascos a ciertas fotografías... ambiguas, siempre que el modelo sea lo suficientemente joven.

El hombre se había puesto rojo, pero no dijo nada. El policía le mostró una nota donde estaba escrito el nombre de una mujer, que él leyó de un vistazo.

—¿Conoce a esta señorita? —preguntó. —Bien, si no quiere contestar, yo lo haré por usted. Es su amante, ¿verdad? —El hombre sonrió con cinismo.

—Está usted anticuado —dijo. —Nadie usa ese vocabulario ahora. —El inspector lo miró con el ceño fruncido.

—Bien, puede llamarla como quiera. Y no lo niegue, porque ella misma nos lo ha confirmado. Parece que usted le regaló una hermosa gargantilla, a juego con un par de pendientes. Una gargantilla de auténticos diamantes que luego usted denunció como robada.

El hombre había cerrado los ojos, y el policía prosiguió:

—Usted ha estado robando las joyas de su esposa, y sustituyéndolas por falsas. —Los labios del hombre temblaron.

—No es cierto —dijo. —Mi esposa tenía las joyas verdaderas, y ella misma encargó las copias. —El policía sonrió.

—No mienta. Me consta que su esposa ignoraba la existencia de las imitaciones. ¿Quizá usted se las encargó al... pariente de su amiguita? ¿Qué hizo con el resto de las joyas verdaderas? ¿Las vendió, quizá?

El hombre estaba tenso. Se apretó los dedos hasta que crujieron.

—No tiene derecho... —El otro lo interrumpió en tono cortante.

—Yo voy a decirle todo lo que ocurrió. Un día, su esposa encontró la foto de su amiga, que lucía la gargantilla y los pendientes. Ella no los había echado de menos, por lo que empezó a sospechar que había una sustitución, ¿no es así? Fue entonces cuando se colgó del cinturón la llave de la caja fuerte, y durante la noche seguía guardándola consigo. Pero ya era demasiado tarde.

—No sabe lo que dice —afirmó nerviosamente el hombre. El policía se puso en pie.

—Lo sé muy bien —afirmó. —Ella supo que usted sustituía sus joyas por imitaciones, pero no sabía con cuántas lo había hecho. Por eso las metió en el maletín y se las llevó a la ciudad. Para consultar con su joyero.

La risa del hombre sonó como un chirrido.

—Qué imaginación —dijo. El otro simuló no haberlo oído, y prosiguió:

—Le dijo a usted que iba a pasar el lunes a la ciudad, para hacer unas compras y visitar a la modista. Pero luego cambió de opinión, y le comunicó que se quedaría hasta el martes.

—Siga —dijo el hombre, mostrándose divertido. La voz del policía se endureció.

—Entonces, usted sospechó que se había llevado las joyas, ya que no encontró en su cuarto el maletín. Por supuesto, se había mandado hacer usted un duplicado de la llave, y comprobó que no estaban en la caja fuerte.

Hubo un silencio tenso, y se oyeron las campanadas de un reloj de pared. El policía se aclaró la garganta con un ligero carraspeo, y prosiguió:

—He hablado con el joyero de su esposa. Las joyas que se llevó eran todas falsas, luego no había ninguna auténtica en la caja fuerte. Seguramente, había decidido plantearle el caso a usted, o incluso denunciarlo. Por supuesto, lo habría desheredado.

El hombre no dijo nada, y el policía miró el retrato de la muerta.

—La noche del lunes, ella no guardó las joyas falsas en la caja fuerte del hotel, ya que pensó que no merecía la pena. Cuando usted comprobó que las joyas no estaban, cogió el coche sin decir nada a nadie, y se fue a buscarla. Cualquier empleado pudo abrirle la puerta de la habitación: al fin y al cabo, ella era su esposa, y estaba completamente sorda.

El hombre se irguió. Estaba pálido, y trataba de disimular su turbación.

—¿Qué más? —preguntó con una tensa sonrisa. El policía lo miró a los ojos, que eran fríos como el hielo.

—Entonces, usted la mató. La asfixió con la almohada.

—Él se echó hacia atrás en el asiento.

—No he oído tantos disparates juntos en mi vida —rió. —El inspector siguió:

—Después, usted cogió el maletín con las joyas falsas y salió sin llamar la atención. Cuando llegó aquí, todavía su hija no había vuelto. Usted se acostó tranquilamente, y al día siguiente recibió la noticia como un viudo desconsolado. Sabemos que su esposa estaba muerta cuando la trajeron a la casa.

—¿Qué más?

—Días después, antes de que se abriera el testamento que usted ya conocía, simuló un robo y se encargó de hacer desaparecer las joyas falsas, dejando el maletín en el armario de su esposa. Pero no se dio cuenta de que dentro, en un pequeño bolsillo, estaba el audífono que ella usaba.

—Ella tenía dos —dijo el hombre, enrojeciendo. El policía negó con un gesto.

—En esa ocasión, no tenía más que uno. El otro estaba en la óptica, reparándose. ¿ Se da cuenta de su error? Ante este cúmulo de pruebas, cualquier juez lo condenará por asesinato con todas las agravantes.

Miró al exterior a través de la ventana, y vio que dos coches de policía se habían detenido a la puerta de la casa.

—Le aconsejo que no ofrezca resistencia —agregó. —No haría sino empeorar su situación. No tiene salida.

—Sé reconocer cuando he perdido —dijo él. —El policía lo miró fijamente.

—Hay algo que no puedo explicarme —¿Cómo ha podido deshacerse de las joyas falsas? —El hombre habló en tono de burla.

—Creí que usted lo sabía todo —contestó. —Ese es mi secreto.

LA AZAFATA DE TURISMO

El puesto de policía de montaña ocupaba una de las primeras casas a la entrada del bonito pueblo alpino. Aquella noche había nevado copiosamente, y lo mismo el pueblo que los alrededores se hallaban sumidos bajo una espesa capa de nieve. Desde el lugar podían contemplarse abajo los extensos pinares, casi ocultos bajo la masa algodonosa. El ayudante del inspector de policía miró el cielo plomizo, sin dejar de masticar atentamente una pastilla de chicle. Era un muchacho barbilampiño, con la boca grande y unos dientes muy separados. El timbre del teléfono lo sacó de su abstracción.

—Llaman del parador —dijo, tendiéndole el aparato a su jefe, que estaba ocupado en rellenar el crucigrama de un diario atrasado. —Parece que ha habido un accidente grave.

El inspector cogió el teléfono y estuvo asintiendo con la cabeza. Era un hombre de unos cuarenta años, y a primera vista tenía un aire normal. No obstante, había algo especial en su rostro de ojos pequeños y vivos, y sus cejas puntiagudas le daban un aire un tanto mefistofélico. Sus grandes orejas parecían estar al acecho de cuanto ocurría alrededor. Vestía un jersey gris de gruesa lana, y unos pantalones grises bastante gastados.

—Está bien, vamos enseguida —gruñó. —Es mejor que no traten de mover a la chica. Llevaremos un médico.

Alcanzó del perchero una vieja zamarra y una bufanda a cuadros de colores, y se dirigió al ayudante.

—Pasaremos a buscar al doctor, aunque parece que no podrá hacer nada. Un grupo de chavales ha descubierto a una muchacha en el fondo de un barranco. Si es efectivamente donde pienso, no creo que tenga salvación. Vamos.

Salió poniéndose la chaqueta y el ayudante lo siguió, tratando de encajarse la suya forrada de piel. El médico vivía en la plaza, y una niña de unos diez años lo avisó. El hombre apareció al momento: tenía el pelo canoso, y la tez curtida surcada de profundas arrugas. Llevaba puestos unos chanclos para la nieve.

—Iba a salir ahora —dijo. —¿Ocurre algo?

—¿Podría acompañarnos? —le dijo el inspector. —Luego le llevaremos donde quiera. Es un caso urgente cerca del parador.

—Cómo no —dijo él, con una agradable sonrisa.

Cuando llegaron, el director del hostal los estaba aguardando, junto con un hombre elegante y una mujer de edad mediana. Alrededor había un grupo de chicos y jovencitas, con aire abrumado. Todos comentaban lo ocurrido.

—Vengan por aquí —les dijo el director. Era un hombre muy alto, con el cabello claro y unos ojos azules que le daban un aire juvenil. Llevaba una barba rubia y recortada, y caminaba con gran agilidad. No parecía acusar el frío, pese a que vestía tan sólo una camisa y un pantalón de pana. Llegados al lugar, les mostró el fondo del barranco.

—Ella está ahí, y parece estar muerta —indicó. —Según sus instrucciones no hemos tocado el cuerpo, pero lo hemos cubierto con una manta.

Se trataba de un acantilado cortado a pico, de más de cuarenta metros de profundidad. Impresionaba la pared lisa y vertical por debajo de la barandilla de hierro.

Tuvieron que descender con gran trabajo, ayudados por un tipo moreno que el director presentó como conductor del autocar. Era alto y musculoso, y tenía las manos fuertes y velludas. Sus grandes pies estaban calzados con botas de cuero, y mostraba una gran habilidad para trepar por las rocas. Llevaba en la muñeca derecha una gruesa cadena de plata. Gracias a él, el médico pudo alcanzar el lugar, aunque cuando llegó iba jadeando. En cambio, el director del hotel parecía no acusar el cansancio, y lo mismo los dos policías.

—Ahí está.

Levantaron la manta y vieron a la chica. Tenía el pelo oscuro y muy corto, y sus grandes ojos negros y abiertos miraban sin ver. Llevaba puesto un jersey blanco y unos pantalones de esquí, y encima un anorak.

—Aparten, por favor —dijo el médico.

Observó el rostro de la chica: por su boca entreabierta asomaban unos dientes menudos y blancos. No era delgada, sino más bien rellena, aunque bien proporcionada. Mostraba en el centro de la frente un gran hematoma y tenía rasguños en las mejillas y en las manos. El hombre la estuvo auscultando.

—Sin duda, ha caído desde arriba —indicó. —Lleva muerta varias horas, y creo que

murió en el acto.

El policía se dirigió al director del parador.

—¿La conoce? —dijo, y él asintió.

—Es una azafata, una monitora de turismo. Venía acompañando a un grupo de chicos y chicas de un colegio privado, que viajan con el gerente del centro y una profesora. Éste señor conducía el autocar, como les he dicho —indicó, señalando al chófer. —Él asintió.

—Hemos pasado aquí la noche, y teníamos proyectado salir a mediodía. Esta mañana hemos estado buscando a la monitora en el parador, y alguien dijo que había salido a dar un paseo después de cenar.

El médico respiró hondo, exhalando una nube de vapor.

—Debió caerse anoche, paseando en la oscuridad —sugirió. El director del hotel frunció los labios.

—No es probable —dijo. —Hay arriba una barandilla. Quizá se arrojó.

El inspector se acercó a la muchacha y la observó atentamente. Era claro que llevaba allí varias horas, porque la nieve la había cubierto en parte. El médico se incorporó.

—Creo que estaba embarazada —dijo. —Yo diría que al menos de tres meses. —El director del hotel lo miró fijamente.

—Eso puede explicar el suicidio, ¿no creen? Apoya la tesis del suicidio. ¿Cuándo podrán retirar el cuerpo? No quiero que empiecen a acudir los curiosos, ya saben lo que son estas cosas. —El inspector habló con el ceño fruncido.

—En estas circunstancias, habría que hacerlo cuanto antes, después de tomar fotografías y todo lo demás. El juez tardaría en llegar: puede nevar, y entonces sería muy difícil sacarla de aquí. Yo mismo, con ustedes como testigos, levantaré acta de lo ocurrido.

Tuvieron que improvisar una camilla. Cuando lograron trasladarla arriba, el gerente del colegio los estaba aguardando. Era un hombre delgado, de modales correctos. Tenía la frente muy amplia y lucía un pequeño bigote muy cuidado. Llevaba puesto un abrigo de cheviot y se tocaba con un sombrero tirolés de un tono verdoso, adornado con una pluma. Parecía consternado por lo ocurrido.

—Esto es terrible para todos nosotros —dijo.

Llevaron el cuerpo de la chica al hotel, un extenso edificio de dos plantas con los tejados de pizarra, y en ellos varias chimeneas por donde se escapaban columnas de humo. Las ventanas estaban protegidas por dobles cristales. Había varios coches en el aparcamiento exterior, y en una explanada media docena de autocares de turismo. El gerente del colegio se mostraba muy preocupado.

—Espero que podamos salir a la hora prevista —le dijo al policía. —Las familias de nuestros alumnos pueden preocuparse por su tardanza, y querrán saber el motivo de nuestra demora. No sería agradable para nadie.

—Antes hay que llevar a cabo las formalidades de rigor, y contestar a las preguntas que haga el juez —repuso el inspector. —De todas formas, creo que podrán marcharse a mediodía.

Entraron por un porche de columnas al hotel. A la chica la depositaron en una habitación de la planta baja, y el policía estuvo curioseando el parador mientras su subordinado vigilaba. Su curiosidad lo llevó a una enorme cocina donde los cocineros llevaban gorros blancos y almidonados. Doncellas con uniforme iban y venían por los pasillos, poco abrigadas por causa de la fuerte calefacción.

—Es confortable todo esto —se dijo.

Cuando llegó el juez, estuvo recogiendo datos y haciendo preguntas a los testigos, que coincidían en la hipótesis del suicidio. Ordenó que la víctima fuera llevada al pueblo en una ambulancia, y allí se avisaría a la familia para que se hiciera cargo del cadáver. Si ellos estaban de acuerdo, se le daría sepultura en el lugar. El gerente del colegio parecía satisfecho con el resultado de la encuesta; buscó a la profesora para indicarle lo que había que hacer.

—Que se preparen todos para salir a la hora prevista —le dijo. —Reúnan los equipajes a la entrada del parador, y que esté todo dispuesto. No quiero retrasos, ¿ entendido? Y ocúpese de las bolsas de comida.

—Desde luego —contestó la mujer.

El inspector la observó un momento. Tendría unos cincuenta años y era alta y robusta. Tenía un rostro pecoso de pómulos salientes, los ojos pardos y el cabello canoso. Parecía dotada de una gran personalidad, explicable por su profesión. Aunque estaba bastante ajada, sin duda había sido hermosa. Se dirigió a los alumnos en tono autoritario, y luego subió las escaleras hasta la planta superior. El gerente del colegio la observó mientras subía.

—Es una gran profesora —dijo. —Sé que está muy preocupada, como todos, pero

sabe dominar muy bien sus sentimientos.

Estaban reuniendo ya los equipajes, cuando alguien dio la voz de alarma. Era una alumna de las más pequeñas.

—Sale un humo negro del autocar —dijo, alzándose sobre las puntas de los pies. —Varios niños miraron hacia allá.

—¡Es verdad! —gritó uno. —Es un humo muy negro. Parece que el coche se quema.

La noticia llegó al interior del hotel. Alguien avisó al gerente, que apareció en el porche.

—¡Que no se acerque nadie al coche! —ordenó a los alumnos. — Hay peligro de explosión. —Luego, al director del hotel: —Por favor, avise a alguien para que ayude a apagar el fuego.

El autocar ardía por su parte trasera. Acudieron varios empleados con mangueras, y en unos minutos que parecieron eternos lograron dominar el incendio. El gerente parecía al borde del infarto mientras los alumnos, todos de los doce a los catorce años, se arremolinaban, gritando. Era para ellos una experiencia insólita que podrían contar en sus casas. Hasta el edificio llegaba un fuerte olor a quemado, cuando el director irrumpió en el vestíbulo.

—El fuego está sofocado, pero dudo que puedan salir. Los daños no son de importancia, han afectado sólo al interior, pero está impracticable.

La profesora estaba pálida. Tenía el cabello revuelto, y sus largas manos se retorcían nerviosamente, contra su costumbre. Sorprendía el cambio que había experimentado: parecía estar perdiendo el dominio de sí.

—Es tremendo, tremendo —decía una y otra vez. El gerente le dio unos golpecitos en el hombro.

—Vamos, tranquilícese, todo se arreglará. Mandaremos venir otro autocar, y estará aquí en un par de horas. —Ella habló en un murmullo.

—Ojalá no tenga que intervenir otra vez la policía —suspiró.

Pero la policía intervino. No hacía media hora que el inspector había vuelto a su oficina, cuando le dieron por teléfono la noticia de lo ocurrido, y casi saltó en el asiento. Cuando volvió al hostal, su expresión era tormentosa. El ayudante lo seguía como la sombra al cuerpo.

—¿Qué demonios ha ocurrido ahora? —bramó. —Me dicen que ha ardido un autocar. Me parecen demasiados dos... accidentes en menos de veinticuatro horas.

El chófer le estuvo mostrando los desperfectos; parecía muy disgustado. Se había puesto un anorak y unas gafas con cristales reflectantes.

—Llevamos la negra —resopló. —Está visto que no es un viaje con suerte.

En el parador, el policía buscó al gerente del colegio y lo halló hablando por teléfono. Él colgó el auricular y lo saludó, alzando la mano. El inspector se le acercó.

—Esto se complica —le dijo. —Me temo que tendrán que aplazar el viaje —Él trató de dominar su desagrado.

—¿Qué quiere decir? —El otro aspiró hondo.

—Puede haber alguna relación entre el fuego y la muerte de la monitora —dijo. —Creo que he actuado precipitadamente permitiéndoles marchar.

—¿Qué me está diciendo? —gruñó el gerente. Él sostuvo su mirada.

—Nada más, que habrá que investigar con más detenimiento la muerte de la chica. —El hombre se sobresaltó.

—No pensará que... —El otro lo interrumpió.

—Es posible que alguien haya provocado esa muerte —pronunció despacio. No se había trazado un plan concreto, pero estaba seguro de que algo extraño ocurría. Los chicos estaban muy excitados, y todos hablaban de lo ocurrido la noche antes, aventurando las más peregrinas versiones. Quizá, de aquella confusión pudiera brotar alguna luz. Una voz fina se elevó sobre las otras: pertenecía a una niña delgadita, con unas largas trenzas.

—Pobrecillo, el chófer —comentó. —Tiene que estar muy triste con lo que le ha ocurrido a su novia. —El policía la cogió del brazo y la obligó suavemente a volverse hacia él.

—¿Cómo dices?

Ella trató de desasirse, pero contestó:

—Pues... creo que la monitora era la novia del conductor. Al menos, eso fue lo que ella nos dijo a mi amiga y a mí. Parecían los dos muy alegres durante todo el viaje, y ella estuvo contándonos chistes y haciendo bromas con todo el mundo.

El inspector sacó un caramelo del bolsillo y se lo dio.

—Toma, te lo has ganado —dijo. La niña cogió el caramelo y salió corriendo. Él se

dirigió a su ayudante. —¿Qué te parece? —preguntó.

—Curiosa relación. Me parece que ese hombre sabe algo más de lo que dice.

—Exacto. Habrá que hacerle unas preguntas.

—¿Sospecha de él?

Habían entrado en el edificio, y el inspector acercó las manos al fuego que crepitaba en la gran chimenea.

—Pudo saber que estaba embarazada, y luego inducirla al suicidio.

—¿Y quemar el coche? No parece lógico —dijo, moviendo la cabeza. ¿Por qué iba a hacerlo? Al contrario, si él fuera el culpable, sería el primero en querer escapar de este lugar.

El inspector miró a través de los dobles cristales de la ventana, y vio que un automóvil se había detenido ante la puerta del hotel. Habló muy despacio.

No podemos estar seguros de que fuera un suicidio, ahora me doy cuenta. También es posible que el chófer, con su gran fuerza física, golpeara a la chica, la llevara al borde del barranco y la arrojara por encima de la barandilla. —El ayudante se estremeció.

—Pero, ¿por qué aguardar a esta excursión? —El otro se inclinó sobre el fuego.

—Puede que le inspirara la idea la situación del hotel sobre las rocas, quién sabe. Vaya a buscarlo, por favor. Tengo que interrogarle.

Cuando el hombre llegó, parecía haber envejecido en poco tiempo. Se acomodó en uno de los sillones y el policía lo hizo enfrente. Hablaron en voz baja.

—Yo no sé nada, se lo juro —aseguró. —¿A qué viene esto ahora? —El otro lo miró con el ceño fruncido.

—Sabemos que tenía relaciones con la muchacha muerta. ¿Por qué no nos lo dijo? O me lo cuenta todo, o no va a irle nada bien. No querrá que lo detengamos como sospechoso de asesinato. —Él echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Se lo diré todo —suspiró. —Es verdad que la monitora fue mi novia, y estuvimos a punto de casarnos. Yo tenía ya la casa preparada para los dos... —Se detuvo un momento y se mordió los labios. —Pero de eso hace tiempo, ahora éramos sólo dos buenos amigos. Ya sabe, las cosas de la vida.

El inspector lo taladró con la mirada. Se inclinó hacia delante.

—¿Qué ocurrió anoche? —preguntó.

—Ayer por la noche me sentía deprimido dijo él. —Salí a tomar el aire, y caminando me acerqué a una cabaña que hay en la ladera, no lejos del hotel. Creo que es la cabaña del guardabosque, aunque no estoy seguro.

—Siga.

En los ojos del hombre había aparecido un brillo agresivo. Unos surcos profundos se marcaron en su frente.

—Al entrar en la cabaña, la vi a la luz de un farol de petróleo. Yo no podía imaginarme que ella había salido, pero estaba con un desconocido. Estaban en el suelo, en una postura... bueno, ya sabe usted. No pude remediarlo, y la sangre se me subió a la cabeza. —El inspector habló con suavidad.

—¿Y la mató? —él pareció sobresaltarse.

—Nada de eso, yo ni la toqué. Ella salió corriendo, pero yo me encargué de darle un repaso al sujeto. Puede que le rompiera la nariz, no lo sé.

—¿No lo conocía de nada? —Él se encogió de hombros.

—Lo había visto a la hora de la cena, en el hotel. Nunca lo vi antes. Gracias a que llegó a la caseta el gerente del colegio y nos encontró peleando. Si no, quizás hubiera matado a aquel sinvergüenza. Luego salí a buscarla a ella, pero le juro que no la encontré. Entonces, cuando me había calmado un poco, volví al parador.

El inspector habló con expresión adusta.

—¿Cuánto tiempo hace que dura la excursión?

—Llevamos tres días. Hemos visitado varios lugares artísticos, y la segunda noche llegamos cerca de este parador de montaña. Yo lo conocía, y comenté en el coche que tenía una vista magnífica sobre el barranco. Entonces, ellos decidieron que nos detuviéramos aquí.

—¿Sabía que la muchacha estaba embarazada? —Los ojos del hombre se abrieron con expresión de asombro.

—¿Embarazada? No tenía ni idea. Desde luego no era de mí —añadió tristemente.

—¿Qué ocurrió luego con el hombre al que usted pegó?

—No volví a verlo —dijo él. —Seguramente se largaría.

—Está bien —dijo el inspector. —Si es tan amable, dígale al gerente del colegio que quiero hablar con él.

El gerente tenía la apariencia de un hombre al que han apaleado. El policía le indicó

con un gesto que se sentara.

—¿Puede contarme lo que ocurrió anoche en la cabaña? —preguntó con seriedad. —Y no diga que no sabe nada en absoluto, porque sé que no es verdad. —Él se apoyó en un brazo del sillón.

—Después de cenar supe que faltaba una de las alumnas. Me lo dijo un chico que es muy amigo suyo. Ella es una pequeña de doce años, pero está muy desarrollada y es muy traviesa. El amigo estaba preocupado, y yo también me preocupé.

—¿Qué hizo entonces?

—Llamé a la puerta de la profesora, por ver si sabía algo de ella. Pero se había dormido ya, y no quise insistir. Entonces yo mismo salí a buscar a la pequeña por los alrededores, sin encontrarla. Luego, me enteré de que había vuelto sola mientras yo estaba fuera.

—Visitó usted la cabaña del guardabosque, ¿no es así? —Él trató de disimular su sorpresa.

—Pues sí —declaró. —Creí que la niña podía estar allí. Vi luz en la ventana, luego que el conductor del autocar le estaba dando una paliza a un sujeto que paraba en el hotel. —El policía lo miró fijamente.

—¿Conocía al hombre? —preguntó.

—Pues... algo. Lo conocía de vista, porque había coincidido con él en recepción, y después en el comedor. Es un hombre bastante joven, de buen aspecto. Llevaba gafas con montura de oro, y puedo asegurarlo porque yo mismo las recogí del suelo y se las di. Él se puso las gafas, y sin decir nada salió de la cabaña. Aguardé a que se fuera, y retuve al conductor un tiempo prudencial. Luego, él y yo salimos en direcciones opuestas. Ignoro por qué se habían enzarzado en la pelea. Yo me vine al hotel, y me figuré que él iría a desahogarse caminando un rato.

—¿No vio a la monitora? —Él negó con la cabeza.

—La última vez que la vi estaba cenando sola en una mesa. Luego la he visto caída al pie del barranco, con la cabeza rota. Le diré que apenas había cruzado unas pocas palabras con ella. Trató de gastarnos alguna broma en el viaje a la profesora y a mí, pero a ninguno de los dos nos gusta ese tipo de cosas. No me gustaba la forma en que se dirigía a los alumnos, con demasiadas confianzas, y lo mismo parecía hacer con todo el mundo. Sinceramente, me pareció una loca y una entrometida, y además me di cuenta de que había algo entre ella y el conductor, lo que tampoco me gustó.

—¿Qué piensa del conductor? —El hombre se aclaró la garganta con un ligero carraspeo.

—¿Qué quiere que le diga? Me parece un tipo violento, de una gran fuerza física. Pero es eficiente en su trabajo.

—Bien, puede retirarse —dijo el policía. Él se puso el pie y abandonó el lugar a grandes zancadas. Fuera estaba nevando, y los copos golpeaban blandamente los cristales. El otro policía entró en el gran vestíbulo, frotándose las manos.

—¿Algo nuevo? —preguntó, y el inspector se encogió de hombros.

—Coinciden las declaraciones del chófer y del gerente del colegio —dijo. —Aún así, todo está bastante oscuro. Tenemos que hacer una visita a la cabaña del guardabosque que está en la ladera. Abróchese la chaqueta, o cogerá una pulmonía.

Fueron andando hasta la cabaña. Estaba hecha de troncos, y sobre el tejado se alzaba una pequeña chimenea. La puerta se abrió chirriando. Dentro, el suelo estaba lleno de ceniza que se había mezclado con la nieve arrastrada por el aire desde el exterior, y formaba un barrillo resbaladizo. Del techo colgaba un farol de petróleo, apagado, y unos juegos de esquíes estaban amontonados en un rincón, junto a unos rollos de cuerda. Junto a la chimenea había una mochila muy usada, y varios pares de botas. Olía a leña quemada.

—No veo nada de particular —dijo el inspector, abandonando la cabaña. El otro lo siguió, cerrando la puerta.

—Yo tampoco.

De vuelta en el hotel, el recepcionista les indicó que tenían una llamada urgente. Era el forense, y llamaba para informar de la autopsia hecha a la azafata. El inspector se abalanzó hacia el teléfono.

—Diga. ¿Ha encontrado algo de interés? —La voz del forense era ronca.

—He efectuado una detenida autopsia del cadáver —informó. —Y he descubierto algo sorprendente. Desde luego, es cierto que la chica estaba embarazada de tres meses, más o menos. También que tiene un hundimiento en la zona frontal, provocado por una caída desde gran altura. Pero, ¿sabe? No fue ese golpe lo que le provocó la muerte.

—¡Cómo! —saltó el policía. El forense tardó en contestar.

—No existe hemorragia interna, ¿se da cuenta? Y las erosiones del cuerpo tampoco han sangrado. La muerte se produjo antes de la caída, por un gran trauma en la parte posterior de la nuca con un objeto contundente, y luego se arrojó el cadáver al barranco. —El inspector se sentía mal.

—Gracias por todo —dijo. —Manténgame informado si surge algo más.

Miró por la ventana. Seguía nevando, y un viento racheado agitaba los copos de nieve. Se volvió al ayudante y le puso una mano en el hombro.

—Tenemos que detener al chófer —dijo. —Se trata de un asesinato, y él es el principal sospechoso. Por cierto, hay que avisar a la Brigada Central. Tendrán que localizar a un hombre joven que estaba alojado en el hotel. En recepción nos darán los datos.

Allí facilitaron el nombre del huésped, y su dirección en la ciudad.

—Está bien, muchas gracias.

Finalmente, lograron dar con él. Un policía de paisano lo había localizado en el banco donde trabajaba, y con toda discreción le indicó que lo acompañara. Cuando llegó al parador, una hora después, iba pálido y tenso. No representaba más de veinticinco años y vestía correctamente. Llevaba el pelo cortado a navaja y sus ojos oscuros brillaban, inquietos. El inspector lo aguardaba en un pequeño despacho del hotel y advirtió en su mejilla un esparadrapo color carne. No se anduvo con rodeos.

—Tengo entendido que ha pasado la noche aquí, y salió temprano por la mañana. ¿ Por qué tanta prisa? —Él habló secamente.

—Tenía obligaciones —dijo. El policía lo miró de frente.

—¿Qué hacía anoche en la caseta, con la guía de turismo?

Él pareció derrumbarse. Aspiró el aire fuertemente y se dejó caer en un asiento.

—Era una... conocida —afirmó. —Cuando he sabido lo del accidente, no he querido verme mezclado en algo tan desagradable. Comprenda, podía perjudicarme de cara a mi trabajo. —El policía sonrió.

—Lo comprendo muy bien. Sobre todo, teniendo en cuenta la escena en la cabaña de la noche anterior.

Él se puso rojo. Las venas de su cuello latieron fuertemente.

—¡Yo no tengo nada que ver con su muerte! —chilló. —Me había visto con la chica varias veces, pero no sabía que estuviera comprometida con nadie, y menos con semejante bestia. —El inspector tosió.

—¿Cuándo la vio por última vez? —Él parpadeó tras sus gafas de oro.

—Antes de empezar la pelea, ella salió corriendo —dijo. —Fue la última vez que la vi, se lo juro. Por la mañana he sabido lo de su muerte. Pensé que se había suicidado. No he comentado nada en el banco.

El policía se quedó pensativo. Había pedido un botellín de cerveza, la echó en un vaso y se la bebió de un golpe. Luego preguntó:

—¿Sabía que la chica estaba embarazada? —El hombre dio un respingo.

—No, no lo sabía —El otro volvió a la carga.

—Dadas sus relaciones con ella, digamos que... bien podía ser usted el padre de su hijo, ¿no le parece? Luego tiene un buen móvil para haberla matado. Porque sabemos que alguien la mató. —El muchacho se puso en pie. Estaba lívido.

—Yo no lo hice —dijo sordamente.— No hubiera podido hacerle nada malo. Yo la quería —gimió.— Deje que me vaya, por favor. —El inspector chasqueó la lengua.

—No vaya tan deprisa. Usted no puede irse, es sospechoso de asesinato. Sabemos que tenía un motivo y también tuvo la ocasión, puesto que al parecer no tiene coartada.

El muchacho temblaba, y no de frío.

—¡No pueden acusarme de algo que no he hecho! —casi lloriqueó. —Yo me vine directamente al hotel, y me acosté. Estaba demasiado cansado, y también dolorido. —El inspector miró el esparadrapo que llevaba en la mejilla y contuvo una sonrisa.

—¿Tiene testigos? —Él vaciló un momento.

—No... no creo que nadie me viera volver. Entré por la puerta de servicio, no quería que nadie me viera en las condiciones en que estaba, sangrando por la nariz.

—Salga —le dijo el inspector. —Pero no se mueva del hotel, ¿entendido?

Su ayudante entró en el despacho y él le pidió un cigarrillo. El otro le tendió una cajetilla. Él extrajo uno, que colocó al extremo de una vieja boquilla de ámbar. Lo encendió con un mechero.

—De todas formas, hay algo que no comprendo todavía —dijo. —¿Quién le prendió fuego al autocar? Éste hombre no pudo hacerlo, puesto que ya se había ido. ¿Quién lo hizo entonces?

Dio una larga chupada a la boquilla; el extremo del cigarrillo se convirtió en un punto

brillante.— El otro se quedó pensativo.

—Puede haberlo hecho alguien que conocía algo de lo ocurrido, y trató de impedir que la excursión siguiera su rumbo— sugirió.

—No es mala idea. Pero, ¿quién? Y, ¿por qué no ha contado lo que sabía? —El otro hizo un gesto vago.

—Podía no estar seguro, o quizá... temía que no lo creyeran.

El inspector abrió unos ojos como platos.

—¡Un niño! —exclamó. —No se me había ocurrido. Habrá que interrogarlos a todos. Empezaremos por los varones de mayor edad, y seguiremos con las chicas.

Habían interrogado a media docena y otro grupo aguardaba fuera, cuando el ayudante asomó la cabeza por la puerta.

—Creo que tenemos algo —dijo. —Hay uno que tiene las ropas chamuscadas. ¿Lo hago pasar?

—Claro —dijo el inspector. —Que entre.

Era un chico de unos doce años, espigado y con el pelo rubio y liso. Tenía la nariz respingona, y un bozo dorado alboreaba bajo su nariz. Parecía ágil y nervioso. Llevaba ropa de montaña y un sombrero de *boy-scout.* Se retorcía las manos delgadas, y el policía se dirigió a él en tono afable.

—Sin duda, quieres colaborar con la justicia —indicó. —¿Cuántos años tienes?

—Once y medio —dijo él. El inspector sonrió.

—Eres muy alto para tu edad —le dijo, halagándolo. —Y pareces fuerte. —Él se irguió dentro del anorak.

—Hago deporte —dijo. El hombre hizo ademán de olisquear.

—¿Has estado andando con benceno, o algo parecido? —preguntó inocentemente.— Mira, ahí se te ha quemado esa bonita prenda que llevas.

El chico se miró la chaqueta y ocultó el lugar con rapidez. Su rostro se crispó en una mueca.

—Yo no quería hacerlo —musitó. —Ella me pidió que lo hiciera, pero yo no quería. Entonces traté de hacer un fuego muy pequeño, pero aquello se extendió. No quería quemar el autocar, se lo juro. Por favor, que no lo sepan mis padres... —El policía lo tranquilizó.

—Nadie sabrá nada si me lo cuentas todo —prometió. —Tampoco lo sabrán tus compañeros, ni el gerente del colegio. —Él bajó la mirada, y balbució:

—Ella me dijo: “Cobarde si no lo haces”. Y yo... no puedo negarme a nada de lo que ella me pida. —El inspector habló con suavidad.

—¿Quién es ella, y por qué tenía el capricho de quemar el autocar? —Los pies del chico se movieron nerviosamente sobre la espesa alfombra. Parecía irritado consigo mismo.

—No puedo decirlo —gimió. — Sólo sé que ella no quería que siguiera la excursión. Sabía alguna cosa acerca de la azafata muerta. —El policía se puso serio.

—¿Quieres a tu amiga? —preguntó secamente. — Pues la ayudarás si me lo cuentas.

Muy colorado, el muchacho terminó por dar su nombre.

—Está bien, muchas gracias. No te arrepentirás.

Siguieron entrando los chicos. Según pudo saber el policía por otros compañeros, ella tenía doce años pero estaba muy mayor para su edad. Uno la tachó de presumida y otro dijo que le gustaba ligar con los del curso, y aún con los mayores.

—Di a esta chica que venga —le indicó a su ayudante el inspector.

Cuando apareció en el despacho, su rostro era anhelante. Era pequeña de estatura, pero muy formada, y tenía una corta melena rizada, bajo un gorro de lana de colorines. Todo en ella denotaba una gran vitalidad, y parecía deseosa de hablar. Se adelantó a la pregunta del policía.

—Tengo algo que decirle —pronunció en voz baja. Él le indicó que se sentara, pero la chica permaneció de pie. Parecía vanidosa y muy pagada de sí misma. Iba a seguir hablando, pero unos golpes a la puerta la interrumpieron.

—Pase —dijo el inspector.

Era la profesora del colegio. Parecía muy alterada.

—¿Puedo hablarle a solas? —preguntó. Él le hizo seña a la chiquilla de que se retirara.

—Luego te veré —dijo.

La mujer se quedó junto a la puerta, con el cuerpo erguido y la expresión crispada. Llevaba una chaqueta roja y un pantalón estrecho y negro. Calzaba botas deportivas.

—Soy la profesora del colegio —se presentó obviamente. —Estoy aquí porque tengo entendido que van a detener a un muchacho como sospechoso de homicidio. Quiero decirle que él es inocente. —El policía frunció el ceño.

—¿De qué me está hablando?

Ella pareció retraerse, como si hubiera hablado demasiado. Fuera sonaron voces juveniles, y ella adoptó un tono más sosegado y tranquilo.

—Le hablo del muchacho que ha hecho venir de la ciudad —dijo, bajando la voz. —Debe dejarlo marchar enseguida, antes de que en su trabajo le puedan llamar la atención. —El inspector frunció el entrecejo. No comprendía nada.

—¿Qué tiene usted que ver con ese joven?

—Yo... no tengo que ver nada. Es decir, conozco a su familia, y le puedo asegurar que es inocente. Yo lo vi volver al hotel cuando la azafata estaba viva todavía.

El inspector dio una chupada al cigarrillo, y luego sacudió la ceniza en un cuenco de pesado cristal. Trataba de ordenar sus ideas. Entonces se abrió la puerta. Vio que la niña había vuelto a la habitación, y se enfrentaba con la profesora.

—¿Fue cuando usted hablaba con la guía? —preguntó. Ella retrocedió, sobresaltada.

—¡Cállate! —dijo. —¿No te han dicho que te fueras? —El policía intervino en tono conciliador.

—Contéstela —indicó. —¿A qué se refería? —Ella había cerrado los ojos y fue la niña quien habló.

—Después de cenar, yo salí a explorar los alrededores —dijo con altivez. —No me gusta acostarme cuando las gallinas, ni estarme quieta como todas. Entonces...

—¿Viste algo? —la animó el policía. Ella se mordió el labio inferior.

—En realidad, yo no vi nada —contestó con la mirada baja. —Pero oí llorar a una mujer, y luego la voz de la profesora en la oscuridad. Parecía muy enfadada. Entonces oí pasos sobre el suelo empedrado, y salí corriendo para volver al parador. Me dijeron que el gerente me estaba buscando y subí a mi cuarto, para que no me regañara al volver.

—Sigue —dijo el policía, interesado.

—Yo no sabía lo que había ocurrido. Pero esta mañana he sabido que estaban buscando a la monitora, y luego un grupo de compañeros la vio al fondo del barranco. —El policía frunció el ceño.

—¿Qué se te ocurrió entonces? —Ella hizo un gracioso mohín.

—Yo no sabía qué pensar. Quizá se había caído, quizá se tiró por la barandilla, o... alguien la mató. —La profesora se había vuelto, muy alterada.

—Haga salir a esta impertinente —dijo. —Tengo que decirle algo.

Él la hizo salir y cerró la puerta con llave. El gesto de la mujer era de una gran preocupación, y su rostro parecía haber envejecido. El hombre le indicó que se sentara.

—Dígame la verdad. ¿Qué relación hay entre ese muchacho y usted?

Ella tardó en contestar. Se frotó las manos con un gesto de angustia.

—Él es... mi hijo —declaró por fin. —Lo tuve siendo muy joven y estando soltera. Mis padres quisieron apartarlo de mí. En un principio pensé que no podría soportarlo, pero más tarde me di cuenta de que era lo mejor para él.

—Siga —indicó el policía. Ella suspiró.

—Se crió interno en los mejores colegios —dijo con tristeza. —Para todos, sus padres habían muerto en un accidente de automóvil. Siempre lo mantuve alejado de mí, aunque lo veía con frecuencia como si hubiera sido amiga de su madre. Cuando fue mayor de edad le conté toda la verdad. Fue entonces cuando supo que su madre era yo.

—¿Usted ya trabajaba en el colegio? —Ella habló lánguidamente.

—Así es —dijo. —Se trata de un colegio muy selectivo, y en él nadie sabía lo ocurrido. Durante todos estos años me he ganado el aprecio de mis superiores, que me tiene por una mujer intachable. Próximamente me van a nombrar directora del centro —agregó. El policía la observó con curiosidad.

—¿Ni siquiera sus amistades íntimas sabían la verdad? —Ella suspiró de nuevo.

—Nunca he tenido tiempo de cultivar amistades —contestó en voz baja. —Siempre he trabajado duramente, para que a mi hijo no le faltara nada, y estoy orgullosa de él. Tiene la carrera de abogado y ahora, pese a ser muy joven todavía, lo van a ascender a un puesto de responsabilidad en el banco.

El policía se quedó mirando el humo de su cigarrillo.

—¿Tampoco en el banco conocen su filiación? —En los ojos de ella hubo un brillo de alarma.

—Desde luego que no. Y si le cuento todo esto, es para que a cambio me prometa que le evitará cualquier escándalo. No quiero que los periódicos publiquen nada. —Él asintió con la cabeza.

—Haremos lo posible. Siga.

—Un día, hace meses, mi hijo me confesó que se había enamorado. Ella era una guía

de turismo, de familia modesta. Yo quería para él algo mejor, una universitaria como él, una chica de buena familia que lo ayudara en su carrera...

—Comprendo —dijo el policía. — Pero él ya había elegido. —Ella cerró los ojos de nuevo.

—Quería que yo la conociera, quería convencerme para que la aceptara. Como todos los años, en el colegio se iba a organizar una excursión de invierno, y había que contratar el viaje con una oficina de turismo.

—Y él aprovechó la ocasión —la interrumpió el policía. —Le pidió que contratara el viaje con la empresa donde ella trabajaba.

La mujer asintió. Su mirada era fría.

—Dijo que de ese modo la chica nos acompañaría en la excursión, y yo tendría ocasión de conocerla bien. Pero cometió la indiscreción de contarle a ella la relación que había entre nosotros.

Se detuvo un momento. El policía habló suavemente.

—¿Qué le pareció la muchacha? —La mujer se estremeció a ojos vistas.

—Me reservo mi opinión. Ahora está muerta —dijo. —Puedo asegurarle que no era el ideal de una mujer para su único hijo.

—Ahora comprendo —dijo el inspector. —Su hijo llegó también al parador, para estar con usted y con ella. —Ella rechazó la idea con un gesto.

—Fue desagradable —indicó secamente. —Antes de la cena, ella entró llorando en mi habitación. Me dijo que estaba embarazada de mi hijo, que tenía que casarse con ella.

El policía habló exteriorizando sus pensamientos.

—Y la amenazó, si no aprobaba la boda, con contarle a todo el mundo su secreto. A usted quizá la expulsaran del colegio, y en cuanto a él, sería el fin de su carrera. Entonces, usted debió pensar que tenía que acabar con la intrusa.

La mujer no contestó en el acto. Sus finos labios se plegaron, y miró al exterior por la ventana.

—Vi salir a mi hijo, y supe que iba a encontrarse con ella en algún lugar. Fue en la caseta del guardabosque. —El hombre asintió.

—Los siguió, ¿no es así? —Ella habló sin mirarlo.

—Aguardé un rato fuera, sin moverme. Sentía una gran indignación. Entonces vi llegar al conductor del autocar, y me retiré. Ahora yo estaba muy asustada por lo que podía ocurrirle a mi hijo.

Se quedó callada, y el policía aplastó el cigarrillo en el cenicero. Estaba frente a la ventana y vio que había dejado de nevar. Habló despacio.

—El gerente del colegio supo que una de las niñas faltaba —dijo. —Llamó a la habitación de usted, y como nadie contestaba pensó que estaba dormida, y salió él mismo a buscar a la chiquilla. No podía imaginarse que usted estaba fuera, y menos lo que estaba ocurriendo.

Encendió un nuevo cigarrillo y se quedó mirando la fina columna de humo. Luego siguió hablando sin alzar la voz.

—Cuando la azafata salió de la cabaña usted la siguió, y tuvieron una fuerte discusión. ¿Con qué la golpeó en la cabeza?

Ella parecía derrotada. Estaba claro que no podía negar la evidencia, y habló con un hilo de voz.

—Pensé que podría convencerla de que dejara tranquilo a mi hijo. Le prometí darle dinero, y entonces ella me insultó. Una cualquiera, y me insultaba a mí...

—¿Qué ocurrió luego? —preguntó el policía, y ella hurtó su mirada.

—Oí la puerta de la cabaña y el chófer vino hacia nosotras, sin vernos. Parecía furioso. Noté que la chica avanzaba hacia él, y supe que lo contaría todo. Entonces, vi muy claro que no tenía más remedio...

—Que golpearla —dijo el policía. —Aguardó junto a ella a que el hombre se fuera, y la arrastró hacia el precipicio. Dejó una huella que la nieve se encargó de borrar por la noche. —Los nudillos de la mujer blanquearon sobre los brazos del sillón.

—No fue tan sencillo. Yo no había querido matarla, pero la golpeé en un impulso incontenible. Estaba furiosa. Ella no podía destrozar impunemente nuestras vidas... Luego vi que estaba muerta. ¿Qué podía hacer?

El inspector observó su expresión crispada, el brillo de sus ojos. Parecía una leona defendiendo a su cría. La vio tan vulnerable que sintió lástima, y el tono de su voz se suavizó.

—Lo que usted no podía saber, es que una de sus alumnas andaba merodeando por allí. En realidad, todo el mundo parecía haberse puesto de acuerdo para abandonar el

hostal. Oyó la discusión, pero no dijo nada. Tampoco el conductor habló con nadie de la pelea en la cabaña. Creyó que la azafata se había suicidado, y no quiso que lo relacionaran con ella. Lo mismo creyó su hijo, y hasta nosotros lo creímos. De modo que la excursión podía seguir, y todo quedaba olvidado.

Se detuvo un momento y se escucharon fuera las voces de los niños. Luego continuó:

—Pero la alumna las había oído discutir, y también llorar a la chica. Sabía que el hecho era importante, y no quería marcharse dejando las cosas así. De alguna forma, tenía que llamar la atención de la policía. Quizá por las buenas nadie la hubiera creído, o tal vez temía las represalias. Y como se vio impotente para tomar otra salida, se aprovechó de su ascendencia sobre un compañero y lo indujo a prender fuego al autocar.

—Lo imaginaba —dijo la mujer, estremeciéndose. Él movió la cabeza.

—Si no es por ella, el caso se hubiera dado por cerrado —afirmó. —El niño roció el coche con benceno que cogió del garaje, y procuró no producir demasiados daños. Pero el coche empezó a arder, y entonces intervinimos nosotros.

La mujer no lo oía. Parecía obsesionada en una sola idea, como si su propia seguridad no le importara en absoluto. Miró al policía con un gesto de súplica.

—¿Van a soltarlo a él? —preguntó. El hombre estaba serio.

—Desde luego —dijo. —Siempre que contemos con su declaración por escrito. —Ella aspiró hondo.

—Con una condición —dijo con suavidad. —Que nadie sepa la relación que nos une.— Él estaba conmovido.

—Nadie lo sabrá por nuestra parte —prometió. —Su hijo podrá acceder tranquilo a un nuevo puesto en el banco. —Ella sonrió dulcemente.

—Puede que algún día lo nombren director —indicó. —Bastante tendrá que sufrir viendo a su madre acusada de asesinato. —El policía se puso en pie.

—Quizá un buen abogado pueda alegar un rapto de locura. Hasta es posible que le paguen una jubilación adelantada —trató de bromear.

El día avanzaba, y la tarde se echaba encima. Había un resplandor rojizo en el cielo, y alrededor del hotel se extendía una neblina lechosa. A lo lejos se distinguía apenas la cabaña del guardabosque, medio hundida en la nieve. Los arbustos se inclinaban bajo el blando peso, y algún automóvil avanzaba con precaución por la carretera de montaña. Sólo las voces de los niños rompían el espeso silencio.

FELIZ NAVIDAD

(PREMIO HUCHA DE PLATA, DE LA FUNDACIÓN DE LAS CAJAS DE AHORRO)

No encontraba trabajo. En los ojos de su esposa pudo leer un mudo reproche, mientras el rictus de su boca le daba a entender que era él quien tenía la culpa de todo lo que estaba ocurriendo.
—Pronto llegará la Navidad —dijo ella suspirando, y se compadeció a sí misma como a una mujer atormentada por un hombre cruel.
Él no dijo nada. Se había puesto aquel día lo mejor de sus ropas, pero, aún así, lo rechazaban. Los abultados tendones de su cuello parecían dos columnas donde se mantenía, inclinada, su cabeza. La esposa no se conmovió, y habló sin apartar de él la dura y amarga mirada.
—Necesito pagar el colegio del niño —insistió. —Tenemos que pagar el colegio, o nos lo pondrán en la calle.
—No hay puestos de trabajo —dijo él, con una voz opaca. Ella se encogió de hombros.
—Para otros, sí que los hay. A ver cómo vamos a arreglar lo de la casa. Tú me dirás dónde nos vamos a meter.
Él suspiró. Se había pasado el día caminando por la ciudad, sin rumbo fijo.
A mediodía se había visto obligado a mendigar: había pedido algo de dinero a tres personas para comerse un bocadillo. Dos de ellas lo habían rechazado, con aspereza; la tercera le había dado lo preciso para comprarse una barra de pan. Era una muchachita menuda, con el pelo lacio.
—No tengo más —le dijo tristemente. —Lo siento.
Él no tenía ganas de discutir ahora, así que se puso una bufanda y salió de nuevo. Los escalones de madera crujieron bajo sus pies: un piso, dos, y así hasta cinco pisos hasta llegar al viejo portal.
—Buenas tardes —le dijo un vecino que entraba. —Vaya un tiempecito que tenemos hoy. —
Él sonrió sin ganas.
—Ya, ya —contestó, subiéndose el cuello de la chaqueta. Daban las siete de la tarde, y los focos de la calle estaban encendidos hacía tiempo. Eran los días más cortos del año, pensó. Luego pensó en su esposa, y en el niño. Había que pagar el colegio.
—Ella no tiene culpa por estar amargada —se dijo, mientras empezaba a andar despacio por la acera.
Sintió que un aire helado lo traspasaba hasta los huesos; para calentar la bohardilla en que vivían, había recogido de mañana los cajones de madera que rechazaban en el mercado. Consiguió también algún pescado de la víspera, y se lo había llevado a su mujer para que hiciera una sopa.
—¿Vas a quedarte a comer? —preguntó ella, y él denegó.
—Voy a salir —dijo. — A lo mejor hay suerte y encuentro alguna cosa. Están adornando las calles, y puede que necesiten gente.
En realidad, lo hizo para no compartir la escasa comida. Ahora, ya de noche, sabía que sus esperanzas eran vanas.
—No hay nada, lo siento —le dijeron. —Si hubiera venido una semana antes... Pero ahora, en realidad nos sobra gente —añadió el conserje del ayuntamiento, instalado tras una mesa con faldillas, de la que subía el calorcillo de una estufa eléctrica.
Y había llegado por fin el ultimátum: llevaban meses sin pagar el alquiler, y la víspera recibieron una orden judicial de desahucio.
—Tiene esta semana para dejar la vivienda —le dijo el oficial. —Y eso, por la fecha en que estamos. Si no, serían sólo veinticuatro horas.
Todavía le había dado las gracias al ujier, aunque no acababa de asumir la idea de que lo hubieran desahuciado. Tampoco en la tienda le fiaban ya, y ni siquiera el panadero.
—Comprenda —le decía, con una mirada de conmiseración. —Esto es un negocio, no la beneficencia. Me debe el pan del mes. Y yo no soy el dueño, soy sólo un empleado; si usted no paga, lo tendré que poner de mi bolsillo.
Tenía frío. Había estado caminando un rato, y eran casi las ocho. Sintió un pellizco en el estómago, y se encogió, como si así pudiera calmar la sensación de hambre.
—Perdone —le dijo un hombre que pasaba, lleno de paquetes.
—No hay de qué —dijo él, apartándose.
Estaban a punto de cerrar los comercios. Se detuvo ante el escaparate de unos grandes

almacenes, abarrotados de objetos lujosos. Dentro, varios dependientes atendían a la clientela.
“Haga un regalo de Navidad a sus seres queridos”, decía un gran cartel en letras doradas.
—Menudo regalo —masculló. —Maldita sea.
Sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Miró más allá del escaparate, y vio al fondo de la planta que una cajera rolliza y de mediana edad estaba cobrando a una clienta. La observó un momento, mientras sostenía un fajo de billetes en la mano, y los contaba atentamente. Luego la señora se despidió, sonriendo, y ella guardó el dinero en la caja.
En ese momento, la puerta basculó. Una oleada de calor le dio de frente, aliviándolo. Se quedó parado, dudando.
—Podría intentarlo —se dijo. —Al fin y al cabo, tengo bien poco que perder.
Sacó un papel del bolsillo, y con un lápiz rojo garabateó unas pocas palabras. Un nuevo cliente salía; él aprovechó el momento para entrar. Una vez dentro, se bajó el cuello de la chaqueta y se quitó la bufanda. Empezó a observar las estanterías, como si estuviera eligiendo un regalo,
—¿Quería algo en especial? —le preguntó un dependiente joven. Él se sobresaltó.
—Tengo que pensarlo —contestó. —No he decidido nada todavía.
—No tarde mucho, vamos a cerrar.
De nuevo miró a la cajera; acababa de cobrar a un nuevo cliente, y estaba sola. El joven dependiente fue a atender a una anciana que acababa de entrar.
—Mucho tiempo sin verla —dijo amablemente. —Ella le tendió una pequeña mano ensortijada.
—A ver si usted me ayuda a escoger unos regalos —le dijo. —Son para mis nietas, y hoy en día una no sabe lo que les puede gustar.
—Pase por aquí —dijo él, inclinándose. —Veremos lo que se puede hacer.
El hombre metió su bufanda en el bolsillo y miró a la cajera: estaba sola todavía, y con una lima se estaba repasando las uñas. Se acercó, y ella alzó la vista.
—¿Desea algo? —preguntó.
Por toda respuesta, él le pasó la nota escrita. Los ojos de la mujer se dilataron al leer:
“No haga ninguna señal de alarma, o tendrá que sentirlo. Voy armado. Entrégueme el dinero, y no le ocurrirá nada”.
Nadie parecía haberse percatado de lo que estaba ocurriendo; una compradora se acercó, y la cajera tomó una cantidad con una sonrisa torcida. Luego le dio la vuelta, y el comprobante.
—Felices pascuas —dijo la clienta, y ella apenas pronunció:
—Felices pascuas.
Otros dependientes atendían a algunos compradores rezagados, y el que parecía el dueño de la tienda sostenía una animada conversación con una señora alhajada.
—Vamos —dijo el hombre de la bufanda, y la cajera lo observó corno si estuviera a punto de desmayarse. Luego miró a los lados.
—No... puedo abrir la caja... —musitó. Él se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta.
—Vamos, deprisa —pronunció en voz baja. —No me obligue a disparar.
Sí... sí —dijo ella, accionando nerviosamente el mecanismo.
Las manos de la mujer temblaban, cuando fue sacando los billetes despacio y poniéndolos sobre el mostrador. Al mismo tiempo, él los fue guardando en el bolsillo del pantalón.
—Lo quiero todo —susurró.
El dueño de la tienda fue a volverse, pero luego lo pensó mejor y se dirigió al escaparate, donde cambió unos objetos de posición. Nadie se ocupaba de la gruesa cajera, ni de aquel hombre de relativo buen aspecto.
—Todo —insistió él, impacientándose.
La caja estaba vacía. El hombre hizo un gesto, al tiempo que pareció empuñar un arma dentro del bolsillo derecho de su americana.
—Venga conmigo —ordenó en voz baja.
Los demás seguían sin percatarse de lo ocurrido. Por suerte para él, nadie se había acercado a pagar en la caja. Taladró a la mujer con sus ojos profundos y negros.
—Venga —insistió, casi con la mirada.
—Está bien —casi gimió ella.
Al pasar junto al dueño, éste les dedicó un rápido vistazo; hubo un momento de peligro, pero ella hizo un gesto vago, con una descolorida sonrisa. Debió pensar que la mujer se dirigía a los servicios, y siguió colocando el escaparate.
—Hay que arreglar las luces —le dijo en voz alta al dependiente joven. —Uno de los plomos se debe haber fundido.
—Sí, señor —dijo él. —Pensaba haberlo hecho. Lo arreglaré en cuanto cerremos.

Mientras, el hombre había salido a la calle precedido por la cajera. Con un gesto, le indicó que debía seguir caminando. La caja había quedado cerrada, y no era fácil que nadie advirtiera en un rato la falta del dinero.
—¿Qué quiere de mí? —gimió la mujer gruesa, volviéndose. Él la tranquilizó.
—No le ocurrirá nada. Siga caminando, como si nada hubiera sucedido.
Ella obedeció sin rechistar. Había pensado que la raptaría, pero al llegar a una plaza muy transitada, él la tomó del brazo.
—Puede volver —le dijo, notando que se sobresaltaba. —Y perdone las molestias.
Cuando se quedó sola, ella miró con desesperación a los lados. Luego, como si acabara de darse cuenta de su peculiar situación, giró sobre los talones y echó a correr calle abajo. Estuvo a punto de atropellar a una joven madre embarazada, que iba cargada de paquetes. Al tiempo, trataba de arrastrar a un pequeño de unos cuatro años.
—Qué bárbara —dijo la mamá, trastabillando. —Le ha faltado poco para tiranos al suelo.
Cuando la cajera entró en la tienda, la alarma había cundido ya. La habían buscado en los servicios y en el almacén, y al no encontrarla, el dueño se había hecho cargo de la caja. Los últimos clientes aguardaban para abonar sus compras.
—¡Socorro! —gritó ella, y luego añadió, desfallecida: —Nos acaban de robar.
Trataba de explicarse, pero sus nervios no se lo permitían. Por fin, a duras penas, pudieron saber lo sucedido. El rostro del dueño estaba color púrpura.
—¿Dónde está el hombre? —preguntó. Ella pareció desolada.
—Entró en un bar lleno de gente —dijo. —Un bar que hace rotonda, y tiene muchas puertas. No puedo saber por dónde se fue.
De momento todos parecían haber enmudecido. Pero luego creció al alboroto, al que se unieron varios nuevos clientes. La señora anciana había conseguido elegir sus regalos, y había encargado que se los enviaran. Para ello, escribió las señas en un papel.
—No dejen de mandarlos mañana, sin falta —indicó, tendiéndole la nota al dependiente.
Junto a las señas, él vio unas letras trazadas en rojo.
—¿No le sirve esta nota? —preguntó. Ella negó con la cabeza.
—Ese papel no es mío —contestó. —Estaba al lado de la caja.
El dueño le arrancó el papel de la mano. No era una hoja en blanco, sino que al desdoblarla vio que estaba impresa por la cara oculta.
—¿Qué es? —preguntó el dependiente. El director empezó a leer.
—Parece una carta del juzgado —dijo, arrugando el ceño. —Una orden de desahucio. Le comunican a un sujeto que debe abandonar la casa —añadió, pensativo.— Vive en la calle Mayor número siete, en el quinto piso.

EL JUGADOR DE TENIS

Fue un suceso verdaderamente desgraciado, ocurrido en una gran finca de recreo convertida en lujoso club de tenis. El dueño, un antiguo deportista profesional, había logrado conquistar una alta posición, ayudado por su matrimonio con una rica heredera, y se había convertido en un hombre influyente y millonario. En la actualidad era dueño de la finca, presidente del club y promotor de jugadores internacionales. Las malas lenguas decían que había subido a base de barrer a sus oponentes.

—Siempre fue un oportunista —comentaban sus adversarios. —No tiene principios, ni clase.

Tenía cincuenta años y era refinado y elegante, por supuesto vestido por los mejores sastres del país. Su posición le había abierto muchas puertas, y contaba con numerosas amistades que parecían olvidar sus principios oscuros.

—Es un hombre duro, que se ha hecho a sí mismo —decían otros. —Él mismo se ha forjado lo que es. Si no fuera por él, no contaríamos con el club, ni podríamos promocionar a nuestros jóvenes valores.

Él mismo conservaba aún una fuerte musculatura. Era alto, con el cabello ondulado y canoso. Tenía una mandíbula firme, y en sus ojos claros una expresión de dominio. Llamaba la atención de las mujeres, lo mismo en las reuniones sociales como en la cancha de tenis. En resumen, era el viudo más deseado de la ciudad.

—Es agradable como nadie —suspiraban sus admiradoras. Otras, no tan indulgentes, lo tachaban de advenedizo. Incluso, se llegó a comentar que en su lujoso yate celebraba orgías con muchachas, e incluso que tiempo atrás había violado a una menor.

—Son habladurías —rechazaban con ardor sus amigos.

Tenía dos hijas. La mayor había cumplido veinticinco años y no se le parecía en nada. Su apariencia era insignificante y su rostro sin gracia; vestía ropas anticuadas y solía llevar mal peinado el cabello, rubio y liso.

—Es igual que su madre —comentaban los que la habían conocido. —Fue una mujer sencilla y sin pretensiones, pese a ser tan rica. Su padre había hecho fortuna con los negocios inmobiliarios. Ella era un poco enfermiza, y murió al dar a luz a la segunda niña.

La hija segunda tenía veinte años; era esbelta y muy atractiva. Al contrario de su hermana, desde jovencita tuvo buen gusto para vestir, y se llevaba de calle a los chicos.

—Es el ojo derecho de su padre —solían decir los amigos.

En cambio, la mayor lo desesperaba. Además de no ser agraciada en absoluto su carácter era retraído y carecía de amistades, con aquella expresión de niña asustada, y unos dientes desiguales.

—Tampoco es demasiado inteligente —decían. —Parece como si estuviera marcada por alguna tara desde su nacimiento. Es una chica rara, y no acabará bien.

El tiempo pareció darles la razón: un lunes, de mañana, uno de los niños que recogían las pelotas la halló muerta, con un disparo en la sien. Estaba de bruces sobre la hierba, no lejos del río, en una zona que dos años atrás estaba poblada de árboles, y que luego el dueño de la finca había mandado talar, convirtiendo la antigua chopera en un campo de tiro. Era un día radiante del mes de junio. Todavía sostenía una pequeña pistola en la mano derecha, cuando el muchacho fue corriendo a dar el aviso.

—Es... una de las señoritas, la mayor —dijo sin aliento. —Está... está muerta con un tiro en la sien. Yo creo... que se ha suicidado.

Cuando la policía llegó, nadie la había tocado; ni siquiera habían cubierto su cuerpo con un lienzo, y las moscas se cebaban en la sangre que había manado de su sien. La hallaron boca abajo, con la pistola todavía sujeta. Llevaba puesto un vestido veraniego y su cabello rubio estaba manchado de sangre cuajada. El padre acompañó a la policía. Estaba muy pálido.

—Les ruego actúen con mucha discreción —indicó. —Comprendan, un suicidio en el club... y más, tratándose de mi propia hija... —el policía habló con sequedad.

—Por supuesto, podría perjudicarle mucho —dijo, mordaz. —Así que quiere que echemos tierra al asunto, ¿verdad? —él trató de explicarse.

—Yo lo único que pido es que no trascienda el suicidio —dijo él. —Sería muy penoso para todos nosotros...

—Se hará lo que se pueda —dijo el policía. —Aunque comprenderá que en nuestros

archivos tiene que figurar el hecho como lo que es. Pero trataremos que la prensa no se inmiscuya.

—Se lo agradezco mucho —dijo él.

Entrevistaron a la hermana menor, que estaba sumamente afectada. Mostraba signos de haber llorado.

—Es horrible —se estremeció. —M pobre hermana, ¿cómo ha podido hacer una cosa así?

—¿Era una persona alegre?

—No es que fuera muy alegre —explicó ella. —Pero, de un tiempo a esta parte parecía muy animada. Es algo tan horrible que no podré superarlo.

El juez ordenó que se investigara a fondo el asunto; se practicó la autopsia, y resultó que la muchacha estaba embarazada. El propio médico le comunicó al padre la asombrosa noticia.

—¿Embarazada? No es posible, no se le conocían amistades masculinas. —El médico afirmó gravemente.

—Estaba embarazada de cuatro meses —insistió. —Lo extraño es que ninguno de ustedes lo notara.

El padre estaba consternado. Dudó si comunicarle la noticia a su hija menor y, cuando lo hizo, la reacción de ella lo asombró.

—Lo sabía —asintió la muchacha. —Ella a veces me hacía confidencias. Sabía yo que lo estaba, pero no de quién.

—Razón de más para mantener el secreto —dijo secamente él.

La versión oficial fue que ella estaba limpiando la pistola y se le había disparado. Al día siguiente los periódicos publicaron la noticia, lamentando aquella muerte en plena juventud, y suministrando algunas normas para evitar tales percances.

—Ya lo digo yo —se oyó comentar a uno de los socios. —Es una imprudencia dejar un arma en manos de cualquier inexperto.

El funeral se celebró en privado, aunque asistieron algunas amistades íntimas, y varios tenistas promocionados por el millonario. Era un pequeño grupo escogido, y alguno de ellos conseguiría el estrellato en los próximos torneos internacionales.

No obstante, nadie parecía especialmente afectado por aquella desaparición; incluso el padre estaba más preocupado por guardar las apariencias que por lamentar la muerte de su hija. Sólo su hermana daba muestras de dolor: durante todo el tiempo que duró la ceremonia, no dejó de llorar.

—Comprendemos tus sentimientos —decían todos, tratando de consolarla.

Al final uno de los tenistas se le acercó y se ofreció a acompañarla.

—Te lo agradezco —dijo ella. —No aguanto estar sola en un día como hoy.

Fueron caminando despacio. Él era un muchacho musculoso y atezado de piel, con el cabello rizoso y unos hermosos ojos castaños. Sus correctas facciones le daban un aire de escultura clásica. Los compañeros le envidiaban, además del físico, su jovialidad y simpatía que lo congraciaba con todo el mundo, especialmente con las mujeres. Ella sabía que, hasta llegar a su actual posición, había tenido que luchar. Trabajó duro para costear sus estudios y sus entrenamientos.

Por el camino, él le dijo que llevaba tiempo intentando hablarle a solas, y lamentaba que la ocasión hubiera llegado en un momento tan triste. Al despedirse, sostuvo la pequeña mano entre las suyas, fuertes y morenas.

—Quiero ayudarte en lo que pueda —le dijo. —Ella lo miró a los ojos.

—Te lo agradezco. Comprenderás que esté tan deprimida, he perdido a mi única hermana. —Él le apretó la mano.

—Lo entiendo muy bien. Pero no te atormentes, ahora ella está en paz.

Aquella misma noche, estuvo recogiendo la ropa; no soportaba ver sus abrigos y vestidos colgados en el armario y los guardó en maletas, para entregarlos en algún centro benéfico. Hizo un montón con sus papeles y decidió quemarlos en la caldera de la calefacción. No obstante, antes de hacerlo, estuvo hojeando unos cuantos; eran facturas de algunas compras, cartas antiguas de compañeras de colegio y folletos de agencias de viajes. Iba a desecharlos, cuando un sobre llamó su atención: en él estaba escrito a máquina el nombre de su hermana. Sacó una cuartilla, y empezó a leer. La misteriosa nota la dejó sin respiración.

—No es posible —pronunció en voz alta.

La carta era de un hombre, al parecer, y en ella se hablaba de un suicidio común. La muchacha se estremeció, y el papel cayó de sus manos. Un sinfín de preguntas se agolparon en su mente: ¿Quién era aquel desconocido? ¿Sería acaso el padre del hijo que

esperaba su hermana? ¿Alguien que había muerto al mismo tiempo, en cualquier otro lugar? Sería muy difícil saberlo, ya que la nota no estaba firmada, ni el sobre tenía remite. Seguramente, en otro punto del país alguien se había matado también: alguien que, socialmente, no podría acceder nunca a casarse con la hija de un hombre adinerado y soberbio como era su padre. Habría simulado un accidente de automóvil, quizá. Una incorrección ortográfica la hizo sonreír dolorosamente.

—Pobre hombre —dijo, moviendo la cabeza. —No te conozco, pero también te quiero.

Guardó la carta, en lugar de destruirla. Luego estuvo revisando las fotos que guardaba su hermana en un estuche de piel. En algunas aparecían las dos cuando eran niñas.

—Pobrecita mía —se dijo.

Siguió viendo las fotos; le causaban dolor, pero no podía evitar el contemplarlas.

***

Faltaba un mes para que comenzaran los campeonatos nacionales. Uno de los tenistas del grupo, el más antiguo, era un chico delgado y pelirrojo, de tez curtida, y muy pecoso. Llevaba el cabello muy corto, y en sus ojos verdosos había una mirada triste, que se había acentuado en los últimos tiempos. Había asistido al funeral vestido de oscuro, y no había despegado los labios durante el transcurso del acto. Aquel día se acercó a la hija menor de su jefe.

—Quiero que me desees suerte —le dijo. Ella sonrió.

—Te deseo suerte, de verdad. Sabes que te aprecio de veras.

Se conocían desde niños, y siempre lo había apreciado. Pero no tenía madera de campeón. Desde siempre, al igual de su padre, ella había concedido al deporte una absoluta prioridad; sabía que aquel muchacho nunca alcanzaría un verdadero éxito, que sería siempre un jugador de segunda fila, y eso era grave en un ambiente como el suyo.

En cambio, el compañero prometía mucho. La chica notó que se estaba interesando demasiado por él.

—Es tan guapo —comentaba con sus amigas. —No puedo remediarlo, me encanta. Es... una especie de Apolo, o algo así.

Luego habían empezado a salir juntos, hasta que él terminó convirtiéndose en su mejor amigo.

—¿Crees que puedes ganar? —le preguntó una vez. —Él sonrió.

—¿Tú qué crees?

—Me parece que sí.

El resultado del torneo les dio la razón: fue una victoria contundente para la última adquisición del millonario. En cambio el compañero, aunque más veterano, quedó relegado a un puesto menos que honroso.

—Lo siento por ti —le dijo el promotor. —Creo que me veré obligado a separarte del equipo. De un tiempo a esta parte, vas de mal en peor.

Él asintió tristemente. Ni siquiera sentía rencor, y sí vergüenza por haber decepcionado al hombre que apostara por él.

En cuanto al campeón, siguió frecuentando a la hija del jefe, de forma que sus relaciones se hicieron manifiestas. El millonario las aprobaba, al parecer, hasta tal punto que se hizo oficial el compromiso.

—Espero que sabrás merecerla —le dijo al candidato.

—Yo también lo espero —dijo él.

Comenzaron los preparativos de la boda, y el padre mismo fijó la lista de los invitados.

—Serás una novia preciosa —le dijo a la chica. —Estoy orgulloso de ti.

Ella trataba de mostrarse alegre, pero por alguna oculta razón no lo conseguía. Llegó a pensar que la debilidad de su padre por ella había provocado la muerte de su hermana mayor.

—Tengo que apartar esas ideas negras —se decía. —Tengo que olvidar lo que ocurrió.

***

Por fin se celebró la boda, con más de quinientos invitados venidos de todo el país; entre ellos se hallaban deportistas, políticos y gentes de la mejor sociedad. La novia estaba más guapa que nunca: vestía de raso crema bordado en cristal, y llevaba una magnífica diadema que había heredado de su madre. El viaje de novios duró casi un mes, y a su vuelta la pareja ocupó un chalet cercano al del dueño de la finca, sobre una colina.

—Así tu marido podrá seguir con los entrenamientos sin tenerse que desplazar —dijo el padre, abrazándola. —Y yo no te perderé.

Habían pasado tres meses desde que se celebró la boda, y la vida transcurría sin novedad. El nuevo matrimonio parecía feliz; él se entrenaba a fondo, y mejoraba cada día.

La satisfacción del suegro era grande, por tener ahora un posible campeón mundial en la familia.

—Tenéis que darme un nieto, cuanto antes —decía, complacido. —Con la herencia que llevará en las venas, será un extraordinario deportista.

Se acercaban las Navidades y la joven esposa estuvo muy atareada con los preparativos. Había que organizar las fiestas del club, y al mismo tiempo la celebración privada en familia. El día de Navidad todas las luces estaban encendidas, y los objetos de plata relucían. Ella se mostraba radiante.

—Cariño, ¿no te retrasarás? Recuerda que cenamos con mi padre en el club. —Él la besó en los labios.

—No te preocupes —dijo. —Estaré a tiempo para la cena.

Se sentía cansada, y se acomodó en un sillón junto a la chimenea. Pensó, para hacer tiempo, ordenar algunas cosas que él había traído de casa de su madre, y las estuvo repasando. Había medallas del colegio, llaveros y otros objetos de poco valor, y un paquete de fitografías sujetas con una cinta de goma. Allí aparecía su marido a todas las edades: desde que era un bebé, pasando por fotos de la escuela, y hasta cumpliendo el servicio militar. Decidió ordenarlas cronológicamente para ponerlas en un álbum y darle una sorpresa.

—Será un bonito regalo de Navidad —sonrió para sí.

De pronto, frunció el entrecejo; tenía en la mano una foto de él, bastante reciente, y algo en ella llamó su atención. Estaba con el torso desnudo, y se distinguía al fondo una masa de árboles.

—Qué raro —musitó.

Había algo en aquella fotografía... algo que le recordaba un lugar semejante. La sangre se retiró de sus venas.

Miró la foto una y otra vez: ya no le cabía duda, era la hermosa alameda de chopos que su padre hiciera cortar un par de años atrás.

—No es posible —se dijo.

Entonces pareció recordar. Abrió el cajón de una gran cómoda y sacó la caja de piel que estaba llena de fotos de su hermana. Nerviosamente fue extendiéndolas sobre la mesa: ambas cogidas de la mano en una fiesta de disfraces...

—¡Aquí está! —casi gritó.

En efecto, era una fotografía semejante a la que halló entre las de su marido. Aquí su hermana aparecía sonriendo, y detrás se divisaba un fondo de verdor. Indudablemente, las dos estaban hechas con la misma máquina; incluso, llevaban grabada automáticamente la misma fecha, algo más de dos años atrás. Además el papel era idéntico, y lo mismo el tono de color.

—Dios mío, qué es esto —gimió.

Temblando, comparó ambas fotografías: en la de su hermana, la sombra de un hombre se alargaba en el suelo. En la actualidad no existían los árboles, pero en aquella fecha la vegetación del campo de tiro estaba intacta, y era idéntica en los dos casos. Pensó que iba a desmayarse. Lo primero que hizo fue llamar a su padre.

—Lo siento, papá —le dijo. —No me encuentro bien, no podré acompañaros a cenar en el club. —Él se alarmó mucho.

—¿Qué te ocurre? ¿Quieres que llame a un médico?

—No hace falta, no es más que un fuerte dolor de cabeza. Voy a tomar algo, pero no creo que me encuentre con ánimos para acudir a la cena. Mi marido os acompañará. Él te llevará mi regalo.

Cuando su esposo llegó a buscarla, ella estaba en la cama. Repitió la misma excusa y él se ofreció a quedarse, pero le rogó que no lo hiciera.

—Tienes que llevar mi regalo —insistió. —No te preocupes, me encuentro mejor. Pero no podría soportar una fiesta, la cabeza me da vueltas.

El marido volvió tarde y ella se hizo la dormida. No dejaba de pensar en la relación entre las dos fotografías. Realmente, sentía que su cabeza iba a explotar.

—Él ha estado en la finca antes, estuvo con mi hermana —pensaba. —Ella estaba embarazada, luego pudieron tener relaciones. ¿Qué es esto, Señor?

Al día siguiente era Navidad y se levantó muy tarde. El rato en que pudo conciliar el sueño había tenido pesadillas, y en ellas veía a su marido ayudando a su hermana a darse muerte. Lo percibió con tanta nitidez que se despertó bañada en sudor.

—Tiene que haber alguna explicación —murmuró. —No puedo pensar que él la matara, y ni siquiera me consta que se conocieran de antes. Puede ser una casualidad.

Pero no lo era, estaban las fotografías. Durante el almuerzo apenas comió, estaba

asustada y nerviosa, y lo peor era que sentía unos celos irracionales. A los postres, le preguntó a su marido sin mirarlo:

—¿Conocías la finca de antes? —Él la miró, extrañado.

—¿Cómo, de antes? ¿A qué finca te refieres?

—Me refiero a esta finca. —Él movió la cabeza.

—¿Antes de qué? La conocí a primeros del año pasado, cuando tu padre me llamó para que me uniera a su grupo. ¿No lo recuerdas? —Ella parpadeó, confusa.

—No digo el año pasado, digo antes. Antes de que talaran la alameda.

Ahora estaba muy pálida. Él la obligó a volver la cabeza y mirarlo.

—¿Qué te ocurre? —preguntó. —Tienes muy mala cara. ¿A qué viene eso?

Ella se encogió de hombros.

—No es nada —dijo. —He pasado mala noche, y no sé lo que digo.

Se echó un rato después de comer. Estaba confusa y asustada: cada vez se le hacía más patente la relación de su marido con la hermana muerta, y más ahora, cuando él había tratado de ocultar su presencia en la finca antes de que cortaran la arboleda. Recordó la nota en que alguien le sugería a su hermana un suicidio común, y sintió un escalofrío.

—No puede ser —se repitió. —Estoy enferma, y sufro alucinaciones.

Pero no podía dejar de pensar en ello. Incluso llegó a imaginar que él mismo la había asesinado, por alguna causa que no podía adivinar.

—¿Y si el hijo era de él? —se decía.

Pasó una semana enferma, con fiebre muy alta, y llegó a perder el conocimiento y delirar. Más tarde, intentó borrar de su mente las sospechas y la vida siguió como antes. Trataba de engañarse a sí misma; en ocasiones lo olvidaba todo, y hasta llegaba a sonreír. Cuando estaban juntos todo aquello se le antojaba producto de su imaginación; en realidad, él se comportaba como un marido modelo. Pero cuando se hallaba a solas, las ideas negras la acosaban, y volvía a sentir miedo y unos enormes deseos de vengarse.

—Él la conocía, eso es seguro —se repetía una y otra vez, pero nunca se atrevió a formularle la pregunta de manera directa.

La tormenta estalló un fin de semana. Él había estado jugando con un campeón extranjero, un muchacho muy joven que llevaba pocos años en la profesión. Aún así, en el primer *set* el recién llegado quedó ganador. Jugaron un segundo, y luego un tercero, y volvió a ganar. Cuando volvió a su casa, la expresión del marido era tormentosa.

—Voy a salir esta noche —dijo violentamente. —No quiero que me esperes.

Ella se sobresaltó.

—¿Ocurre algo? ¿No puedo acompañarte? —El se volvió, furioso.

—¡Quieres dejarme en paz! —bramó. —No te puedo aguantar, siempre te estás quejando de algo, y yo lo noto en el juego. ¿Es que no puedo salir solo cuando me apetezca?

Ella se quedó muda. La escena había sido tan imprevista, tan violenta, que no tuvo palabras para contestar. Ocultó la cara entre las manos y se echó a llorar.

—¡Calla! —gritó él. —¡No puedo soportar tus quejidos de histérica!

Una terrible bofetada la dejó aturdida un momento; luego, él salió dando un portazo. Oyó la ducha, y unos minutos más tarde a su marido que abandonaba la casa. Le dolía el rostro y temblaba todo su cuerpo. Su mente era un torbellino pero, con todo, en medio de la angustia parecía haberse encendido una luz. Lo vio tal como era, brutal y desalmado. Ahora estaba segura de una cosa: su hermana no se había suicidado, la había matado él, aunque nunca podría probarlo. Nadie la creería, ni siquiera su padre.

Las horas que siguieron fueron las peores de su vida; pero una idea se había ido perfilando dentro de su confusión, y decidió ponerla en práctica.

—No se me ocurre nada mejor —pensó, y se mordió los labios hasta hacerlos sangrar.

Estuvo componiendo una nota con letras de periódico, donde se relacionaba al campeón con la muerte de la hija mayor del millonario. La echó al correo en la ciudad a nombre de su esposo, y ella misma se la entregó al día siguiente.

—Es para ti —le dijo. —Llegó esta mañana.

Aguardaba algún comentario, pero el rostro del tenista era impenetrable. Volvió a meter la carta en el sobre y se la guardó en el bolsillo.

—¿Qué hay de cena? —preguntó. —Tengo hambre.

Hubo una segunda carta, pero él siguió sin hacer comentarios.

—¿Quién te escribe? —Él se encogió de hombros.

—No es nada en especial —dijo, guardándose la carta. —Y a ti no te importa. Estoy muy cansado, me voy a acostar.

La tercera la recibió ella misma. Estaba escrita en el mismo tipo de letra, y acusaba al marido de la muerte de su cuñada. Se la mostró en el desayuno, aún sabiendo que estaba jugando con fuego.

Él cogió la nota y la leyó de un vistazo. Luego la rompió en varios trozos y los metió en la cafetera, dentro de los restos del café.

—Algún desequilibrado —sonrió forzadamente. —No hagas caso de cosas así.

La chica pasó todo el día con los nervios a flor de piel. Por la noche, él se mostró más cariñoso que de costumbre.

—¿No ha llegado correo? —preguntó con amabilidad. Ella se estremeció.

—Hoy no ha llegado nada.

—Estás demasiado nerviosa, tienes que calmarte. Vamos, ven.

La besó suavemente en los labios y, tomándola de la cintura, la llevó al dormitorio. Nunca hasta entonces ella había sentido lo que experimentó aquella noche; era una sensación maravillosa y única, que la obligó a desechar todas sus dudas. Por la mañana, él le llevó el desayuno a la cama.

—¿Estás contenta? —Ella se ruborizó.

—Perdona, he sido una tonta —se disculpó. —No volveremos a reñir. ¿Sabes? Tengo que decirte una cosa.

—¿Qué cosa? —Ella bajó la mirada.

—Yo he escrito los anónimos —confesó.

—Lo sabía, tontina —dijo él. —Disimulas muy mal. En fin, vamos a olvidar todo esto, creo que estás demasiado cansada y me ocupo muy poco de ti. Mañana, si quieres, te llevaré conmigo a la ciudad. Puedes visitar a un médico para que te ayude a superar esta pequeña depresión. Verás como todo va bien.

—Tienes razón —admitió ella, avergonzada.

Pasó el día preparando algunas cosas; aunque el viaje era corto, habían proyectado pasar la noche en un hotel. Salieron antes de cenar.

—Avisaré a mi padre —dijo ella. Él movió la cabeza.

—Está cenando con unos constructores. Ya se lo he dicho yo, y le ha parecido muy bien. Dice que no tengamos prisa en volver. Quiere que lo pasemos bien.

Tomaron el coche de ella, y él se puso al volante. La carretera serpenteaba sobre los arrecifes, y abajo el agua del mar, bajo la luna llena, producía una espuma blanca al chocar con las rocas. Desde arriba, el panorama era magnifico y él detuvo el coche, acercándose a la cuneta. Un deportivo los adelantó; era descapotable, y en él viajaba una pareja. Luego se perdió tras la curva.

—¿No es bonito todo esto? —dijo él, pasándole una mano por los hombros. Ella le acarició la mano.

—Es bonito, porque estoy contigo —contestó.

Él la besó de nuevo. Ella se sentía tan feliz que todo lo pasado no significaba más que el recuerdo de una loca pesadilla. La atrajo hacia sí.

—Ven conmigo —dijo.

Salieron del coche, y ella se dejó conducir. La brisa llevaba olor a mar, y la luna arrancaba blancos destellos del agua. Sentía aún los besos de su marido quemándole los labios; se asomó un momento, y vio cómo las olas batían en el acantilado.

Se oyó un pequeño grito y luego nada más; estaba tan cerca del borde que no necesitó empujarla. Fue ella misma quien perdió pie, y cayó rebotando sobre las rocas puntiagudas. El hombre ni siquiera se asomó; no era necesario.

—Ha sido demasiado fácil —sonrió para sí.

Dejó el coche de su mujer donde estaba; caminó unos doscientos metros y sacó el suyo de un pinar donde lo había dejado oculto por la tarde. Enseguida volvió a la finca y, después de haber tomado una ducha, entró en casa de su suegro.

—Vengo a buscar a mi mujer —dijo, sonriendo. Él lo miró, extrañado.

—No está aquí. Creí que estaría contigo. Yo acabo de volver de una reunión; ya sabes, esos constructores. —Él asintió torvamente.

—Pues no la he visto en toda la tarde —comentó. —Últimamente la encuentro un poco rara. —El suegro se echó a reír.

—¿No será que me vais a hacer abuelo? —Él pareció sobresaltarse.

—No es eso, al menos que yo sepa. Estoy preocupado por ella, la verdad. Me parece... muy cambiada, como encerrada en sí misma. Como si estuviera... enferma.

—Yo no lo creo —dijo el padre, palmeándole la espalda. —A veces, las mujeres actúan así, para llamar nuestra atención y que nos ocupemos de ellas.

Salieron juntos, y estuvieron preguntando a los guardas; ninguno la había visto.

Comprobaron que el coche no estaba en el garaje. El marido tenía la expresión torva, y el padre empezó a preocuparse. No obstante, arguyó:

—Es posible que esté en la ciudad con alguna amiga, antes solía ir a menudo. Quizás hayan ido al cine y vuelva tarde. Hasta es posible que llame para decirnos que se queda allí.

—Nunca lo había hecho —dijo el marido, moviendo la cabeza. —Voy a marcharme a casa, por si llama. Esto me parece muy raro —agregó. —Es posible que esté deprimida por no quedarse embarazada.

El padre se despidió, alzando la mano. Ahora estaba serio.

—Avísame en cuanto sepas algo —indicó. —Verás cómo todo se aclara. —El marido se detuvo un momento.

—No sé si hice bien, pero hace días le indiqué que debía visitar a un psiquiatra. —El suegro lo miró, alarmado.

—¿Por qué un psiquiatra? —Él pareció confuso.

Pues... pensé que existían antecedentes familiares... —La mandíbula del hombre se tensó.

—Lo de mi hija mayor fue un accidente —dijo con sequedad. El tenista aspiró hondo.

Bien. Aguardaremos su llamada. Si no llama, avisaremos a la policía.

—No será necesario, antes tendremos noticias suyas.

***

Y no tardaron en tenerlas. Al día siguiente, unos excursionistas salieron temprano de la ciudad, dispuestos a pasar el día junto al mar. Habían tomado una carretera estrecha, dejaron el automóvil y bajaron a pie hasta la playa, saltando sobre las rocas del acantilado. Uno de los muchachos se detuvo, haciendo pantalla sobre los ojos con la mano.

—Mirad, hay una mujer ahí abajo —señaló. Los otros se asomaron, y comentaron el hecho. Uno dijo que parecía dormida.

—Vaya un sitio raro para dormirse, y más a estas horas. Vamos a ver si le ocurre algo.

Con trabajo lograron llegar al lugar. Cuando vieron a la mujer de cerca, no tuvieron duda de lo que había ocurrido.

—Cayó desde arriba —dijo el más alto, empinándose para ver el borde superior del acantilado.

Arriba las rocas formaban un borde escarpado; el muro era pizarroso, y caía a muchos metros bajo la carretera principal. Unas piedras agudas y grises sobresalían del acantilado.

—Mirad, hay sangre en esas rocas —dijo uno de los muchachos.

Rodearon a la mujer, que estaba boca abajo. Llevaba puesto un vestido que había sido blanco; tenía las ropas alzadas, y podían advertirse sus bonitas piernas con algunas heridas. El cabello, de un castaño claro, era un amasijo de sangre cuajada. Su rostro estaba oculto y ellos lo agradecieron.

—No hay que tocar nada —indicó el más alto. —Avisaremos a los guardias.

La policía tardó en acudir más de una hora, porque estuvieron buscando al juez, y al médico forense. Éste dio vuelta al rostro de la chica y no pudo evitar una mueca desagradable.

—Ha tenido que caer de cabeza —indicó. —La tiene destrozada. —Uno de los chicos se acercó.

—Está muerta, ¿verdad?

—Por supuesto, está muerta. Y lleva muerta varias horas.

***

A la policía no le costó trabajo dar con la identidad de la muerta, ya que muchos la conocían en los alrededores, así como a su padre.

—Es raro que nadie haya comunicado su desaparición —observó el inspector. Su ayudante soltó un bufido.

—No me gusta nada este asunto. Según me han dicho, se había casado hacía poco, y la familia está podrida de dinero. Vamos a ver quién le pone el cascabel al gato.

—Me ha tocado la china —sonrió él con ironía.

Se dirigieron al club de tenis, y allí los recibió el encargado. Tuvieron que aguardar un buen rato al director, y mientras tanto se dedicaron a observar a los tenistas que entrenaban. De pronto, una voz sonó a sus espaldas.

—¿Me buscaban?

Los hizo pasar al despacho. Estaba completamente tranquilo, e incluso alegre. El inspector tuvo que echar mano de todos sus conocimientos de psicología y, aún así, le resultó difícil comunicar lo sucedido. En un principio, el hombre no podía creerlo.

—Es imposible, mi hija se fue ayer a la ciudad. Ustedes están confundidos. —El inspector habló gravemente.

—No hay ninguna confusión. Ha sido identificada sin ninguna duda. Llevaba muerta desde anoche. ¿No la echaron de menos?

El millonario estuvo contando lo ocurrido la noche anterior. Parecía completamente derrotado. El marido acudió por fin, y al conocer la noticia retrocedió, como si hubiera recibido un golpe.

—No puedo creerlo —dijo. —Tiene que ser un error. —Luego, habló como para sí: —No debí permitir que se fuera sola; en realidad no pude hacerlo, se fue sin despedirse... ¿Cómo iba yo a sospechar una cosa así?

El inspector no dijo nada. Mientras, su ayudante hablaba en voz baja con el policía de la puerta.

—Un nuevo suicidio —sugirió. —Parece... una predisposición familiar. El padre está deshecho. Lo veo más afectado que la primera vez.— El policía de uniforme asintió.

—Es lógico. Conocí a la hija menor en un partido de tenis, y era un verdadero encanto. Era su predilecta, al parecer.

***

De nuevo se celebraron funerales en la iglesia del pueblo. Presidían el padre y el marido, y también acudió el grupo de tenistas. Con ellos estaba el muchacho alto y pecoso. Parecía no haber dormido en mucho tiempo: tenía barba de un par de días, y sus ojos estaban rodeados de un halo rojizo. Al salir, se enfrentó con el esposo.

¿Y tú prometiste cuidarla? —pronunció tensamente. —Podías haber dejado que la cuidara otro.

La respuesta del viudo fue violenta; se encaró con el insolente, y por un momento pareció que iban a enzarzarse en una pelea. Los apartaron, y uno de los asistentes comentó, con aire de reproche:

—El padre está desesperado, y ahora esta escena...

Luego, en el club, los comentarios fueron para todos los gustos. Parecía haber caído sobre todos una pesada losa, y aún así no faltaron los cotilleos de costumbre.

—También el marido parece muy afectado —dijo una mujercita menuda. Su compañera, una señora alta y robusta, se encogió de hombros.

—Pese a que va a obtener una sustanciosa cantidad por la herencia...

La otra pareció escandalizada, y la miró con expresión de reproche.

—Qué cosas tienes. —La más alta insistió, suspirando.

—De menos nos hizo Dios.

Luego cerró los ojos con aire abrumado, y comentó:

—Hay que ver, qué mala suerte ha tenido ese hombre con las hijas. —Su amiga asintió, dándole la razón.

—El dinero no da la felicidad. Por cierto, ¿has visto la agarrada que han tenido esos dos a la salida de la iglesia? —Ella dijo que sí.

—Son los nervios, es natural.

***

El día siguiente amaneció nublado; no obstante, muy entrada la mañana no había llovido todavía. El tenista no se dejó ver en el club hasta primera hora de la tarde. En el vestuario coincidió con un jugador entrado en años, que en sus tiempos había sido una figura nacional.

—Vamos a entrenar un rato —le dijo al campeón, palmeándole la espalda. —No adelantarás nada con torturarte.

—Es cierto —dijo él. —Hay que salir adelante, por muy doloroso que sea. Pero hay momentos demasiado duros. —El otro asintió, saliendo hacia las canchas.

—Lo sé muy bien. Yo también perdí a mi mujer cuando ella era muy joven.

Las pistas se hallaban solitarias. En la más alta, acababan de rastrillar el polvo de ladrillo, y un hombre colocaba en orden unas sillas. Un compañero estaba remojando el piso con ayuda de una manga aspersora, y ambos jugadores tuvieron que aguardar a que se fueran los empleados.

A las cuatro en punto, el campeón miró el reloj.

—¿Vamos? Cuando quieras.

Empezaron a jugar, y en un principio la diferencia de nivel entre ambos contendientes fue muy acusada. Luego, conforme pasaba el tiempo, se fue nivelando. Más tarde el campeón cometió un fallo insólito, y después otro, y otro. Su compañero de juego le gritó, extrañado:

—¿Te ocurre algo? No te veo muy en forma. —Él estaba sudando y respiraba agitadamente.

—Creo que es normal —trató de justificarse. —Piensa que hoy no es mi día. —El otro

se dio una palmada en la frente.

—Es cierto. Qué burro soy.

Llevaban una hora jugando, y los signos de agotamiento eran cada vez más evidentes. El hombre sudaba copiosamente. Su rostro estaba pálido y contraído. El compañero lo observó, alarmado.

—¿Quieres que lo dejemos?

Él no contestó. De cuando en cuando se detenía, y miraba el reloj. Dio varios pelotazos en falso y se pasó la mano por los ojos.

—No sé qué me ocurre. No me encuentro bien.

De pronto, ante el asombro de su oponente, pareció fulminado; cayó pesadamente sobre el polvo rojo de ladrillo, la raqueta se deslizó de su mano, y su cuerpo quedó contraído. El compañero trató de auxiliarlo, pero al ver su estado se dirigió corriendo al edificio principal. De camino se cruzó con un recogepelotas, y le contó lo ocurrido.

—Por favor, ve a pedir ayuda. Se ha debido desmayar. —El otro no pareció muy afectado por la noticia.

—Me extraña que ese se desmaye. —Él lo miró con expresión de enfado.

—Pues es cierto. Debe ser la tensión de los últimos días. Vamos, date prisa, que yo vuelvo con él.

Una vez dada la alarma, llamaron a un médico y estuvieron tratando de reanimarlo, sin ningún resultado. El médico había llegado a la finca en cuanto pudo; se acercó y lo estuvo auscultando.

—Está muy mal —indicó.

Le observó las pupilas y le tomó el pulso, que era muy débil, apenas perceptible. Vio que tenía un profundo corte en la palma de la mano derecha.

—Rápido —dijo. —Hay que llamar a una ambulancia —El compañero de juego arrugó el ceño.

—Qué cosa tan rara —murmuró. —Estaba perfectamente antes del partido, y ahora... —El médico se incorporó.

—¿Estaba con él? —El hombre asintió.

—Jugábamos un partido de tenis, y él se encontró mal. Fue todo muy rápido, como si hubiera tenido un ataque al corazón, o algo así.

El cuerpo que yacía sobre el polvo rojizo pareció sufrir un fuerte espasmo, y luego quedó rígido; sus ojos se abrieron, y giraron en las órbitas, mientras de su garganta se escapaba un sordo gemido.

—¿Qué le pasa ahora?— preguntó el compañero.

El médico se arrodilló a su lado, y lo reconoció de nuevo. Luego alzó la cabeza.

—Lo siento, está muerto —dijo con voz inexpresiva. —No se puede hacer nada.

***

El inspector de policía acababa de llegar, por segunda vez en aquella semana. Su ayudante lo acompañaba.

—Demasiadas muertes seguidas —masculló. —Ya no sé qué pensar.

El director del centro lo aguardaba a la entrada. Parecía haber envejecido en poco tiempo, y mostraba las huellas de un gran agotamiento.

Según el doctor ha muerto por fallo cardíaco —dijo cansadamente. —Ha firmado la hoja de defunción, y ha ordenado enseguida que lo trasladaran al depósito. —El otro pareció contrariado.

—De todas formas, voy a solicitar que se haga la autopsia. Iniciaremos una investigación. Quiero estar seguro. —El director bajó la mirada.

—Me parece normal, es su trabajo. Aunque no creo que se produzca ninguna novedad. Aún así, téngame informado. —Él se despidió con un gesto.

—Lo haré.

El dictamen del forense no se hizo esperar. Al hombre lo habían asesinado. En la mano había una profunda cortadura, hecha por un objeto muy fino, que podría haber estado en el mango de la raqueta. Por la herida, había entrado en la sangre una dosis letal de aconitina.

—Es un fortísimo veneno —le indicó al policía. —¿Han recogido la raqueta? Es importante. Hágase con ella, y pásela al laboratorio. Le aconsejo que no pierda tiempo. Y, por supuesto, que nadie la toque con la mano, no vayan a cortarse. Utilicen un paño, o algo así.

Habían llevado la raqueta a la casa, junto con una toalla y algunos objetos personales. Al policía no le fue difícil localizarla, con ayuda de uno de los chicos que recogía las pelotas.

—Es ésta —dijo. —No la han tocado para nada.

—Eso está muy bien.

El director del club se mostró asombrado cuando supo el motivo de su visita.

—¿Qué me dice? ¿Qué tiene que ver la raqueta? —Él hizo un gesto vago, y no contestó a la pregunta.

—Tengo que llevármela. No creo que haya inconveniente.

—Está bien, puede hacerlo. Pero no entiendo nada.

Fue directamente al laboratorio, donde lo estaban aguardando. El perito químico lo recibió.

—Le enviaremos el informe —dijo, tomando el envoltorio. —Él se aclaró la garganta con un fuerte carraspeo.

—Prefiero recogerlo yo mismo. ¿Cuándo estará? —El otro pensó un instante.

—Espero tenerlo esta misma noche, si no surgen complicaciones. —Él asintió, conforme.

—Me pasaré a última hora —le dijo.

Estuvo haciendo unas gestiones y, cuando volvió al laboratorio, el perito lo aguardaba.

—En efecto —afirmó. —Alguien había impregnado el mango de la raqueta con el veneno, aconitina cristalizada. Luego, colocaron una cuchilla de afeitar, sujeta en las vueltas de cuero, para hacer penetrar el veneno en la carne. El hombre se ha herido al jugar, y ha muerto casi instantáneamente.

El inspector emitió un leve silbido. Tenía que visitar de nuevo el lugar de los hechos, pero era demasiado tarde, y lo dejó para el día siguiente.

Era muy temprano cuando llamó por teléfono al club, y habló con el encargado. El director estaba ocupado con una visita.

—En media hora estoy ahí —dijo él.

Cuando llegó, el director no tardó en recibirlo. Parecía estar furioso por algo, y la presencia del policía no contribuyó a tranquilizarlo.

—Pero, ¿qué pasa? ¿Otra vez aquí?

—Es importante. Tengo que preguntarle algunas cosas.

Entraron en un pequeño despacho y estuvieron hablando en privado. Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió y el inspector se dirigió hacia el lugar donde estaban las pistas de tenis, y donde lo aguardaba su ayudante, que le habló en voz baja.

—Uno de los chicos me ha dicho que un jugador sostuvo con el muerto una fuerte discusión después del funeral de la esposa. El tenista es aquel pelirrojo —señaló. —El chaval se imagina la causa: opina que estaba enamorado de la hija del amo, pero que ella prefirió al campeón.

—Eso es muy interesante —gruñó el inspector. —Hablaremos con él.

***

La historia de la raqueta envenenada se había extendido por el club como el fuego sobre un reguero de pólvora. Desde el despacho del encargado, alguien salió a buscar al nuevo sospechoso. No le dieron ocasión de explicarse; desde un primer momento, el policía lo acosó.

—Tendrá que acompañarnos —le dijo, sin más explicaciones. El tenista se mostró asombrado.

—Pero, ¿Qué ocurre? ¿Qué he hecho yo? — Él lo miró severamente.

—Puede avisar a su abogado —indicó. —Puede llamarlo por teléfono, desde aquí. Sabemos que tuvo problemas con su compañero muerto. —Él frunció el entrecejo.

—¿Qué ocurre? Es cierto que discutí con él.

—¿Puedo conocer el motivo? —Él se encogió de hombros y habló con suavidad.

—Estoy convencido de que, por omisión, fue culpable del suicidio de su esposa.

—¿Por eso se ha vengado? ¿Porque estaba enamorado de ella? —El pelirrojo había girado en redondo, y su mirada era tormentosa.

—Si lo estaba, a nadie le importa —dijo violentamente. —Pero yo no sé nada de esta muerte. Pregunten a su suegro. —el policía asintió con parsimonia.

—También hemos pensado en él. Es un buen sospechoso, ¿no cree? Ambos tenían acceso a la raqueta de su compañero. —él pareció revolverse.

—No tiene ninguna prueba contra mí —casi gritó. —Él mismo pudo preparar la raqueta: sería una manera teatral de acabar con su propia vida, y era un buen actor, se lo aseguro. —El otro pareció considerar la idea.

—Ya lo veremos. Ahora, vamos. Y su jefe, también va a acompañarnos. Hay que dejar las cosas claras.

***

El millonario no tuvo fuerzas para negarse a su traslado a la comisaría. Su expresión

era de estupor. En el camino no dejó de mirar adelante, hacia la carretera. Un policía joven conducía el auto, y atrás iban el inspector y el muchacho pelirrojo.

—Sigo sin entender nada —dijo él. —¿Piensan que yo he matado a mi yerno? No pueden acusarme de una locura así. Mucha gente aquí no le tenía simpatía, ¿no han pensado en eso? ¿Por qué iba yo a querer matarlo? —El inspector se encogió de hombros y habló con voz ronca.

—Podía tener alguna razón que desconocemos —indicó.

Pero fue imposible demostrar la implicación de ninguno de los dos sospechosos. El muchacho pelirrojo se mostraba tranquilo, contestó a todas las preguntas que le hicieron, y demostró su coartada. El millonario estuvo relatando los hechos sin contradecirse, y ambos tuvieron que ser exculpados, con gran disgusto del inspector.

—Me parece que nos hemos metido en un callejón sin salida —comentó con sus subordinados. En realidad, cualquiera de ellos pudo envenenar el mango de la raqueta y colocar la cuchilla, eso es cierto. Pero, ¿por qué? Tenemos la ocasión, pero no el móvil. Yo, por lo menos, no lo veo. —El ayudante intervino.

—La venganza —insinuó, pero ni él mismo parecía creerlo. —Su jefe gruñó.

—Es posible, aunque no veo por qué...

De nuevo acudieron a la finca y estuvieron rastreando los alrededores del edificio principal, por si encontraban una pista; visitaron los vestuarios y el salón, y hasta la cocina y los servicios de limpieza del club. Finalmente, el policía indicó:

—Habrá que registrar el chalet que ocupaba el matrimonio. Puede que hallemos algún indicio para aclarar este galimatías.

Estuvieron en la casa que ocuparan el tenista y su mujer. El dormitorio quedó completamente registrado, así como todos los cajones, y hasta miraron debajo del colchón.

El cuarto de baño era moderno y lujoso, con paredes y suelos de mármol y numerosos espejos. Se abrieron todos los armarios y se observaron las vitrinas de cristal. En una de ellas, el ayudante señaló.

—Mire —dijo.

Era un pequeño frasco oscuro, con una etiqueta de farmacia. Contenía un producto en forma de pequeños cristales.

—Es extraño —añadió, tomándolo con un pañuelo. —Aquí todo es lujoso y refinado, y esto... —El inspector consultó la etiqueta, y no pudo disimular un sobresalto.

—Es el veneno que ha matado al tenista. Júntelo con el resto de las pruebas.

Estuvieron mirando todos los muebles del salón, y registrando los libros uno a uno. Luego, el inspector reparó en un pequeño escritorio de caoba, y lo abrió. Había varios departamentos y en uno de ellos un paquete de fotografías, casi todas antiguas.

Tomó dos parecidas en la mano. Una era del campeón. En la otra aparecía una muchacha, bastante poco agraciada. Se la mostró al ayudante.

—¿La conoce? —Él dijo que sí con la cabeza.

—Es la primera hija del millonario. La que se pegó un tiro. —El jefe frunció el ceño.

—Parece que se conocían de antiguo. Interrogaremos al padre.

El padre estaba en el despacho del club, hundido en un sillón. Su aspecto era deplorable. Le tendieron las dos fotos y él les dio un vistazo.

—Es mi hija mayor —dijo. De pronto, pareció interesado y miró atentamente las dos fotos.

—Es raro —observó. —Están en la alameda, antes de que se talaran los árboles. Yo entonces, no lo conocía...

Se quedó pensativo, como si no acabara de entender lo que veía. Un profundo surco se había marcado en su frente.

—No lo puedo creer —dijo en un susurro. —El policía asintió.

—¿Se da cuenta? El hombre había tenido alguna relación con su hija mayor.

Él estaba todavía confuso. El inspector sacó unas notas que encontró en un cajón y había guardado en el bolsillo. También le tendió un sobre, donde figuraba el nombre de la primogénita.

—¿Ha visto esto alguna vez? —Él denegó.

—Nunca. ¿Qué es?

—Había dos notas parecidas, entre las cosas de su yerno —indicó el policía. Parecen cartas anónimas escritas con caracteres de periódico, y en ellas le hacían... ciertas acusaciones.

Él las tomó en la mano, y las cotejó una con otra. Luego estuvo pensando durante unos instantes. Sus ojos se habían entrecerrado, y su frente permanecía con la misma expresión abrumada.

—Lo acusan de haber matado a mi hija mayor —pronunció sordamente. —El policía asintió con un gesto.

—Ya lo he visto —afirmó. El inspector lo miró de frente.

—Y, ¿qué me dice de la carta que hay dentro del sobre? Parece que alguien la animó a suicidarse.

Él sacó una cuartilla doblada y la estuvo leyendo. Movió desesperadamente la cabeza.

—Es inaudito —gimió. —¿Quién pudo hacer esto? —El policía vaciló, como si le costara trabajo lo que iba a decir.

—Había aconitina en el botiquín de su hija. ¿Para qué la usaba? —Él no disimuló su extrañeza.

—Es un producto muy peligroso. Se usa contra las plagas de las plantas, pero sólo el jardinero tiene acceso a esa sustancia —afirmó. —Yo mismo controlo su adquisición.

—¿Quién pudo ponerla allí? —Él se encogió de hombros.

—Lo ignoro. ¿Cómo puedo saberlo? —El policía aspiró hondo antes de hablar.

—Con este producto se ha envenenado la raqueta —indicó.

—Lo sé, lo he oído —contestó el dueño de la finca.

Permanecieron en silencio, y se oyeron unas voces fuera. Eran los chicos de las pelotas que discutían por algo. Luego volvió el silencio. El inspector habló con suavidad.

—¿Cree que pudo envenenarla ella? —insinuó. El hombre se puso en pie. Quiso dar unos pasos, pero se tambaleó.

—Yo ya no sé qué pensar. Ruego que me disculpe, pero estoy demasiado aturdido.

De cuando en cuando se oía el golpear de las pelotas contra las canchas. Fue hacia una mesa de caoba y se apoyó en ella. Movió desesperadamente la cabeza.

¿Por qué piensa que ella lo envenenó? ¿Quizá, no quería partir sola de este mundo? —El inspector inició una triste sonrisa.

—Quizá —pronunció en voz muy baja.

***

Los acontecimientos se precipitaron aquel fin de semana. Una chica se había presentado en la comisaría, preguntando por el jefe superior. La recibió el inspector.

—No está ahora —le dijo. —Yo mismo puedo atenderla.

Ella parecía muy nerviosa. Era una mujer joven, muy llamativa y excesivamente maquillada, y llevaba un jersey ceñido y una falda muy corta. De pronto, se echó a llorar; él trató de calmarla, sin conseguirlo.

—Pero, ¿qué le ocurre? ¿Quiere un vaso de agua? Tranquilícese, por favor. Venga, siéntese. —La mujer obedeció y se limpió los ojos con un pañuelito de encaje. Luego alzó la mirada llorosa.

—Él no quería que viniera... —pronunció entre lágrimas. El policía frunció el ceño.

—¿A quién se refiere? —Ella no pareció oír su pregunta, y siguió hablando entre hipos.

—Pero no he podido aguantar más. Quiero declarar.

El hombre estaba perdiendo la paciencia.

—¿Quién no quería que viniera? Vamos, empiece por el principio. —Ella lo miró. Se le había corrido la pintura de ojos.

—Un amigo mío suspiró. —Es un hombre casado, ¿sabe usted? Y muy conocido.

Parecía haberse tranquilizado un poco, y siguió hablando despacio.

—Es casado —repitió. —Por eso no quiere líos.

—¿Puede explicarse mejor?

Ella sacó de nuevo el pañuelito.

Yo trabajo en una... sala de fiestas, donde lo conocí. Íbamos... a dar una vuelta en su coche. Había estrenado un deportivo, y quería darse importancia conmigo, ¿sabe usted? Salimos a la carretera, y anduvimos por ahí.

—Siga.

—Me propuso que llegáramos hasta el acantilado; dijo que había una bonita vista, y que era un lugar retirado donde nadie nos vería. Nos detuvimos en un bosquecillo, y desde allí lo vimos todo.

—¿Qué fue lo que vieron?

—Vimos a un hombre y una mujer, fuera de un coche que habíamos adelantado. Pensamos que estaban admirando el paisaje. Eran las diez de la noche, pero había una luna muy clara.

—¿Y...?

—Nosotros pasamos en el automóvil y nos detuvimos en una curva, a varios metros

por arriba. Ellos se acercaron al borde, y entonces, ¡oh, Señor!

—¿Qué ocurrió entonces? —Ella se estremeció a ojos vistas y cerró los ojos.

—Fue espantoso. Vimos cómo ella caía, sin que el hombre hiciera nada por impedirlo. Ella no debió ni darse cuenta: cayó por el acantilado, hasta abajo. —El inspector frunció el ceño.

—¿Por qué no lo denunciaron entonces? —Ella pareció asustada. Se mordió el labio inferior.

—Le he dicho que mi amigo es un señor casado, y yo no tengo muy buena fama, esa es la verdad. ¿Piensa que él iba a denunciarlo? —El policía asintió. Una idea se estaba abriendo paso en su mente.

—Es cierto —dijo. —Suele guardar silencio quien ha visto algo en tan... grata compañía. —Ella lo miró, ofendida.

—No se burle, es la verdad. Bastante trabajo me ha costado decírselo. Y ahora, ¿ Puedo marcharme?

Se había puesto en pie, y él le interceptó la salida. Habló severamente.

—Ni lo piense. Habrá que hacer venir a su amigo, necesitamos su testimonio. Lo siento por él, pero no hay más remedio. Después seremos discretos, dentro de lo que cabe.

—Ay Dios mío —gimió la mujer.

***

Cuando entró en la comisaría, el hombre se mostraba ofendido, y amenazaba con utilizar toda clase de influencias contra aquel supuesto atropello. Luego cambió de actitud.

—Le pido que no haga público este asunto —rogó. El policía movió la cabeza. No era la primera vez que trataba con un tipo como aquel. De todas formas, trató de ser conciliador.

—No creo que pueda hacer mucho, aunque lo intentaré. No obstante, tendré que retenerlo por encubrimiento. —Él se sobresaltó.

—¿No lo entiende? Me juego mi matrimonio, y hasta mi carrera. Por favor, no quiero verme mezclado en un suceso semejante.

Unas gruesas venas habían surgido en sus sienes, y su rostro se volvió color púrpura. Parecía al borde de una apoplejía.

—Está bien, no se ponga así. Voy a tomarle declaración, y luego ya veremos.

Estuvieron hablando unos veinte minutos, y su versión coincidió con la de la mujer en todos los detalles. La hora era la misma en que la hija del millonario debió morir, ya que al ser hallada llevaba muerta más de ocho horas. Todo coincidía.

—Puede irse —le dijo el inspector. —Pero no abandone la ciudad, quizá tenga que interrogarle de nuevo.

El ayudante lo acompañó hasta la salida y luego volvió.

—¿Qué opina de esto? —Él aspiró con fuerza.

—La cosa está clara —afirmó. —Por lo que sea, el tenista mató a su mujer simulando un suicidio. Luego volvió a su casa, y aguardó a que alguien encontrara el cadáver. En vista del éxito, tendremos que hablar con el padre.

***

El hombre ya había sido avisado, y lo fueron a buscar a la finca, llevándolo a la comisaría. En pocas palabras, el policía le expuso los hechos, y sus deducciones. Él estuvo de acuerdo.

—Lo imaginaba —dijo sordamente. —Ha sido a causa de la fotografía. Esto no hace más que confirmar mis sospechas. —El inspector no disimuló su extrañeza.

—¿A qué se refiere?

—Mi yerno asesinó a mis dos hijas —pronunció con tristeza. —Aunque nunca se podrá probar el primer asesinato, es seguro que él lo cometió. —El policía asintió con un gesto.

—Pero sí el segundo —afirmó. —Con esto podremos reconstruir la historia.

Él dijo que sí con la cabeza.

—Lo supe cuando vi la fotografía. Ese hombre quería relacionarse conmigo como fuera, y buscó a mi hija mayor. Él era un hombre muy apuesto, y mi hija poco agraciada. Sabía que no tenía demasiadas... pretensiones, y decidió utilizarla. Pensaba medrar con su ayuda. —El policía no quería ser indiscreto, pero se vio obligado a preguntar:

—¿Tuvieron relaciones... íntimas? —El hombre bajó la mirada.

—Ella estaba embarazada cuando murió. La fotografía demuestra que la visitaba a escondidas en mi finca; ella le tomó una sobre un fondo de árboles, unos chopos que yo luego mandé talar para hacer el campo de tiro. —Se produjo un corto silencio.

—Y él le hizo una a ella en el mismo lugar, frente a la misma alameda —terminó el inspector.

—Exacto. Todo iba bien, hasta que ella debió comunicarle que estaba embarazada. Pero él no quería casarse. Incluso, pudo decirle que ya estaba casado.

—Esto concuerda con la nota de proyecto de suicidio —dijo el policía. —En la nota le dice que la ama, y en su desesperación está dispuesto a morir con ella. —El hombre tardó en contestar.

—Así es. Él debió prometerle que se matarían juntos. Planeó el drama con todo cuidado. Preparó cuidadosamente el suicidio, con una pistola que ella misma sujetó.

Se detuvo un instante, y luego habló con pesadumbre.

—Pobre hija mía —suspiró. —Debí haberle prestado más atención. Nunca me lo perdonaré. —El policía apoyó una mano en su brazo.

—Quizá, pero ya no tiene remedio.

—Él apretó el gatillo, y mi hija murió. Entonces huyó dejándola allí, en el mismo lugar donde luego se talaron los chopos. Pensó que se había librado de ella.

—Y, a la larga, se labró su perdición. —Él asintió.

—Entonces, pensó en mi hija menor. Pero no sabía que ella descubriría las fotos. Entonces, decidió matarla también.

Se quedó silencioso, como si un raudal de ideas tristes se adueñara de su memoria. El comisario siguió el hilo de sus pensamientos.

—No contó con la venganza de su segunda hija. Fue ella quien envenenó la raqueta, había un cabello suyo enredado en las tiras de cuero que fueron manipuladas.

Si el hombre se sorprendió con la declaración, no lo demostró en absoluto. El inspector prosiguió despacio:

—En un principio llegue a sospechar de usted, y de ese otro jugador. ¿Quiere que lo llevemos a su casa? —Él asintió.

—Gracias. Se lo agradeceré.

Fuera, el ambiente era cálido. El muchacho pelirrojo aguardaba a la entrada del club; parecía abrumado, y tomó asiento en el salón, junto al millonario. El día era agradable, y un sol cálido entraba por las ventanas. El tenista habló en voz baja.

—Me lo han contado todo —dijo. —No puedo creerlo todavía. Sabía que ella no se había matado.

—Ni su hermana tampoco —suspiró el hombre. —Es un consuelo para mí. Un consuelo muy amargo —añadió. —Pero ellas dos han sido vengadas.

La novela policial... no necesita defensa; leída con cierto desdén ahora, está salvando el orden en una época de desorden. Esto es una prueba que debemos agradecerle..."

JORGE LUIS BORGES, **"El cuento policial"**

Carolina-Dafne Alonso-Cortés nació en Madrid, y ha alternado siempre el cultivo de la literatura con su trabajo bibliotecario, ejercido en la Biblioteca Nacional.

Ha obtenido numerosos premios literarios, entre los que destaca el Álvarez Quintero, concedido por la Real Academia Española de la Lengua.

Otras novelas de la autora:

Juegos del equinoccio de septiembre.

Veinticuatro horas

Villamediana

Sota de copas, reina de espadas

Los dioses y los caníbales

La aventura increíble

Como el cristal de roca

La dama hermosa de los ojos vacíos

La vuelta al mundo

Núñez de Arce, 34 (Biografía novelada)

Anatomía de Agatha Christie (Ensayo)

(Incluidas todas en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, de la Universidad de Alicante)

KnoSSos Colección de Misterio